TH. RIBOT

La psicología de los sentimientos

Traducida por

RICARDO RUBIO

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48.

1900

Á

M. L. LIARD

Director de la Enseñanza Superior

Homenaje de reconocimiento.

LA PSICOLOGÍA DE LOS SENTIMIENTOS

PREFACIO

La psicología de los estados afectivos está, según la opinión general, muy confusa y poco adelantada. Aun cuando se ha beneficiado en cierta medida de la pasión contemporánea por las investigaciones psicológicas, se debe confesar que no ha ejercido en estos trabajadores más que una seducción moderada; se han preferido otros estudios, los de las precepciones, de la memoria, de las imágenes, de los movimientos, de la atención. Si hiciera falta una prueba, la encontraríamos en las listas bibliográficas que se publican actualmente en Alemania, en América, en Francia y que dan el inventario psicológico de cada año. De la totalidad de los libros, memorias y artículos publicados, lo que se refiere al sentimiento viene á ser por término medio menos aún de la vigésima parte. Es bien poco para la función que las emociones y las pasiones desempeñan en la vida humana, y esta parte de la psicología no merece tal abandono. Á la verdad, en estos últimos tiempos, W. James y Lange parecen haber puesto un término á ese estancamiento. Su tesis, en apariencia paradógica, ha suscitado, sobre todo en América, discusiones, críti-

cas, apologías en gran número y, lo que vale más, observaciones é investigaciones.

Es necesario reconocer que, para los que se preocupan algo de la precisión y de la claridad, el estudio de los sentimientos presenta grandes dificultades. La observación interna, guía poco segura y que no conduce lejos, es aquí especialmente sospechosa. La experimentación ha dado algunos resultados muy apreciables, pero mucho menos importantes y menos numerosos, que para las demás partes de la psicología. Las investigaciones de pormenor, las monografías faltan; de suerte que en nuestro asunto abundan á cada momento cuestiones muy confusas. En fin, el perjuicio dominante, que consiste en asimilar los estados efectivos á los estados intelectuales, á considerarlos como sus análogos, ó como dependientes de ellos, y á tratarlos como tales, no es propio sino para inducir á error.

En efecto, en todo el estudio sobre la psicología de los sentimientos, tenemos que elegir entre dos posiciones radicalmente distintas, y esta elección impone una diferencia en el método. Sobre la naturaleza esencial y última de los estados afectivos hay dos opiniones contrarias. Según la una son secundarios, derivados, cualidades, modos ó funciones del conocimiento; no existen sino mediante éste; son «inteligencia confusa»: tal es la tesis *intelectualista*. Según la otra son primitivos, autónomos, irreductibles á la inteligencia, pudiendo existir fuera de ella y sin ella; tienen un origen totalmente diferente: tal es la tesis que, bajo la forma actual se puede llamar *fisiológica*. Ambas tesis tienen variantes; las paso por alto, porque no escribo su historia, pero todo entra en la una ó la otra de estas dos grandes corrientes.

La teoría intelectualista, que es de antigua fecha, ha encontrado su más completa expresión en Herbart y su escuela, para el que todo estado afectivo no existe sino por la relación recíproca de las representaciones;

todo sentimiento resulta de la coexistencia en el espíritu de ideas que están acordes ó se combaten: es la conciencia inmediata de la elevación ó de la depresión momentánea de la actividad física, de un estado de tensión libre ó lleno de obstáculos; pero no existe por sí mismo; se parece á los acordes musicales y disonancias que difieren de los sonidos elementales, aunque sólo por ellos existen. Suprimid todo estado intelectual y el sentimiento se desvanece; no hay más que una vida de prestado, la de un parásito. El influjo de Herbart persiste aún en Alemania, donde (salvo algunas excepciones como Horwicz, Schneider, etc.) el intelectualismo, completo ó mitigado, predomina.

La tesis que he llamado fisiológica (Bain, Spencer, Maudsley, James, Lange, etc.) refiere todos los estados afectivos á condiciones biológicas, y los considera como la expresión directa é inmediata de la vida vejetativa. Es la que he adoptado sin restricción alguna en este trabajo. Según ella, los sentimientos no son ya una manifestación superficial, una simple florescencia; arrancan de lo más profundo del individuo; tienen sus raíces en la necesidad y en los instintos, es decir, en los movimientos. La conciencia no manifiesta más que una parte de sus secretos; no puede nunca revelarlos completamente; es preciso descender por bajo de ella. Sin duda que es fastidioso tener que invocar una actividad inconsciente, que hacer intervenir un factor oscuro, mal determinado; pero querer reducir los estados afectivos á ideas claras, netas, é imaginarse que por este procedimiento pueden fijarse, es desconocer completamente la naturaleza y condenarse de antemano al fracaso.

Por lo demás, no estamos ahora en el caso ni de criticar la tesis intelectualista ni de justificar la otra de pasada; toda la obra está consagrada á ello. Comprenderá dos partes.

La primera estudiará las manifestaciones más gene-

rales: el placer y el dolor, signos propios de esta forma de la vida psíquica, difundida por todas partes y de aspectos múltiples; después la naturaleza de la emoción, estado complejo que en el orden afectivo corresponde á la percepción en el orden del conocimiento.

La segunda tratará de las emociones especiales. Este estudio de pormenor es de una gran importancia, por razones que se expondrán más tarde, ante todo por no quedar reducidos á generalidades; es como un contraste y comprobación. La naturaleza de la vida afectiva no puede comprenderse si no se la sigue en sus trasformaciones incesantes, es decir, en su historia. Separarla de las instituciones sociales, morales, religiosas, de los cambios estéticos é intelectuales, que la traducen y la encarnan, es reducirla á una abstracción vacía y muerta. Así, pues, nos hemos esforzado por seguir todas las emociones una tras otra en la marcha de su desarrollo, y en notar los momentos sucesivos de su evolución ó de su regresión.

La patología de cada emoción ha sido indicada á título de complemento y aclaración. Se ha tratado de hacer ver que bajo apariencias de confusión, de incoherencia y de promiscuidad, hay desde lo morboso á lo normal, de lo complejo á lo sencillo, un hilo conductor que puede siempre reconducirnos al punto de origen.

Este trabajo, que tiene por objeto exponer la situación presente de la psicología de los sentimientos, habría podido ser muy extenso. Eliminando toda digresión y toda exposición histórica, se ha hecho lo más corto posible.

Marzo 1896.

INTRODUCCION

LA EVOLUCIÓN DE LA VIDA AFECTIVA.

Hay en todas las manifestaciones afectivas dos elementos: los estados motores ó tendencias, que son primarios; los estados agradables ó penosos, que son secundarios.—La sensibilidad orgánica, protoplásmica, inconsciente; los micro-organismos.—Interpretación química, interpretación psicológica.—¿Existen estados afectivos puros? Hechos en su apoyo. —Período de las necesidades; instinto de conservación.—Período de las emociones primitivas.—¿Cómo determinarlas? Método genealógico ó cronológico: el miedo, la cólera, la emoción tierna, la emoción personal, la emoción sexual.—La alegría y la tristeza ¿son emociones?—Las emociones abstractas; sus condiciones.—Las pasiones equivalente afectivo de la idea fija.

Para comienzo conviene trazar á grandes rasgos la evolución general de la vida afectiva, desde su humilde origen—la sensibilidad orgánica—hasta sus formas más complejas y más altas. Al terminar presentaremos el cuadro correspondiente é inverso, el de su disolución.

Cuando se toman al azar y tales como la experiencia diaria nos los dá, los estados conocidos bajo las denominaciones vagas de sentimientos, emociones, pasiones: la alegría y la tristeza, un dolor de muelas y un perfume agradable, el amor y la cólera, el miedo ó

la ambición, el goce estético ó la emoción religiosa, la pasión del juego ó la benevolencia, el estremecimiento de lo sublime ó el malestar del disgusto y así sucesivamente, puesto que son innumerables, se impone una primera advertencia, aun examinándolos superficialmente, á saber: todos estos estados, cualesquiera que sean, ofrecen un doble aspecto: el objetivo ó exterior y el subjetivo ó interior.

Observamos primeramente manifestaciones motoras, tales como movimientos, gestos, actitudes del cuerpo, modificaciones en la voz, enrojecimiento ó palidez, temblor, cambios en las secreciones y otros fenómenos corporales, los cuales varían según los casos. Esto lo observamos en nosotros mismos, en nuestros semejantes y en los animales. Aunque estos movimientos no sean motores en el sentido estricto, no hay inexactitud en nombrarlos así, porque todos son efectos de una acción centrífuga.

Observamos también en nosotros mismos, directamente y por el testimonio de la conciencia; en los otros indirectamente y por la inducción, la existencia de ciertos estados agradables, penosos ó mixtos, con sus modos y matices, extremadamente variables en cualidad y en intensidad.

De estos dos grupos, las manifestaciones motoras por una parte, los placeres, dolores y sus compuestos por otra, ¿cuál es el fundamental? ¿Podemos ponerlos á la par? Y si no podemos hacerlo, ¿cuál es el que sirve de base?

Mi respuesta á esta cuestión es sencilla: las manifestaciones motoras son lo esencial. En otros términos, los que se llaman estados agradables ó penosos no constituyen más que la parte superficial de la vida afectiva, pues el elemento profundo consiste en las tendencias, apetitos, necesidades, deseos, los cuales se traducen todos en movimientos. La mayor parte de los tratados clásicos (y aun otros también) dicen: «La sensi-

bilidad es la facultad de experimentar placer y dolor.» Yo diría, empleando su terminología: que es la facultad de tender ó de desear, y *por consecuencia* experimentar placer y dolor. La tendencia no es ninguna cosa misteriosa; es un movimiento ó una detención del movimiento en el estado naciente. Yo empleo esta palabra (tendencia) como sinónima de necesidades, apetitos, instintos, inclinaciones y deseos; es un término genérico, y las otras son variedades, tiene la ventaja de abrazar á la vez los dos aspectos, psicológico y fisiológico del fenómeno. Todas las tendencias suponen una inervación motora; traducen las necesidades del individuo, cualesquiera que sean, físicas ó mentales; el fondo, la raíz de la vida afectiva está en ellas, no en la conciencia del placer y del dolor que las acompaña, según que sean satisfechas ó contrariadas. Los estados agradables ó penosos no son más que signos é indicios, y lo mismo que los síntomas nos revelan la existencia de una enfermedad, no su naturaleza esencial, que debe ser buscada en las lesiones ocultas de los tegidos, de los órganos y de las funciones, así también el placer y el dolor no son más que los *efectos* que deben guiarnos hacia la investigación y la determinación de las causas ocultas en la región de los instintos. Si la opinión contraria ha prevalecido generalmente, si se ha concedido la prioridad al estudio de las manifestaciones agradables ó penosas, consideradas como lo esencial de la vida afectiva y sirviendo para definirla, ha sido resultado de un mal método, de una fe exclusiva en el testimonio de la conciencia y de una ilusión común que consiste en creer que el aspecto consciente de un acontecimiento es su aspecto principal, pero sobre todo la consecuencia de esta idea, radicalmente falsa, de que los fenómenos corporales que acompañan á todos los estados afectivos son factores despreciables, exteriores, extraños á la psicología y sin interés para ella.

Por el momento, todo lo que precede no es más que

una afirmación; las pruebas vendrán después, que son: las que llenarán toda la obra; aquí se trata solamente de indicar con claridad desde el principio la posición adoptada. Podemos ahora seguir la evolución de la vida afectiva, notando sus principales etapas, que son: la sensibilidad preconsciente, la aparición de emociones primitivas y sus trasformaciones, bien en emociones complejas y abstractas, bien en aquellos estados permanentes y crónicos que constituyen las pasiones.

I

El primer período es el de la sensibilidad protoplásmica, vital, orgánica, preconsciente. Se sabe que el organismo tiene su memoria; que conserva ciertas impresiones y ciertas modificaciones normales ó morbosas, y que es capaz de adaptación; este punto ha sido bien determinado por Hering (el cual había sido precedido en este camino por Laycock y Jessen). Es el bosquejo de esa forma superior: la memoria psíquica, consciente. Igualmente existe una forma inferior, inconsciente, la sensibilidad orgánica, que es la preparación y el bosquejo de la vida afectiva superior, consciente. La sensibilidad vital es al sentir conscio, lo que la memoria orgánica es á la memoria tomada en el sentido corriente de la palabra.

Esta sensibilidad vital es la propiedad de recibir excitaciones y de reobrar por consecuencia de ellas. En una memoria muy conocida, y ya antigua (1), Cl. Bernard escribía: «Los filósofos no conocen y no admiten en general más que la sensibilidad consciente, que es aquella que les atestigua el yo. Es para ellos, la modificación psíquica, placer y dolor, determinada por las modificaciones externas..... Los fisiólogos se colocan

(1) «La sensibilité dans le regne animal et le regne végétal» (1876), en la *Science expérimental*, p. 218 y siguientes.

necesariamente en otro punto de vista. Deben estudiar el fenómeno objetivamente. bajo todas las formas que revista, y observan que en el momento en que un agente modificador obra sobre el hombre, no provoca sólo placer y dolor, ó lo que es lo mismo, no afecta solamente al alma, sino que afecta también al cuerpo, y determina otras reacciones que las psíquicas; y estas reacciones automáticas, lejos de ser la parte accesoria del fenómeno, son por el contrario el elemento esencial». Después demuestra, por medio de experiencias, que el empleo de anestésicos, llevados al extremo, suprime en primer término la sensibilidad consciente, después la sensibilidad inconscia de los intestinos y de las glándulas, después la irritabilidad muscular, y por último, los movimientos muy vivos del tejido epitelial. Lo mismo sucede con los vegetales: bajo el influjo del éter, la sensibilidad pierde sus propiedades particulares, las semillas cesan de germinar, la levadura de fermentar, etc. De todo lo cual resulta la conclusión de que la sensibilidad no reside en los órganos ó en los tejidos, sino en los elementos anatómicos.

Después, estas investigaciones sobre la sensibilidad protoplásmica han sido continuadas con mucho ardor en el reino de los micro-organismos. Estos seres, tanto animales como vegetales, simples masas de protoplasma, son en general monocelulares y parecen homogéneos, pues sus tejidos están sin diferenciar. Ahora bien, se observan en ellos *tendencias* muy variadas. Los unos buscan la luz, y los otros huyen de ella obstinadamente. Los mixomicetos, masa protoplásmica que vive en la corteza de la encina, colocados en un cristal de reloj lleno de agua, se están quietos; pero si se coloca cerca de ellos serrín de esa madera, emigran al momento hacia ella, como impulsados por la nostalgia. Los actinopfrios hacen lo mismo para con el almidón. Las bacterias descubren en un cuerpo vecino hasta una trillonésima de milígramo de oxígeno. Algunos ciliados

sedentarios parecen escoger su alimento. En fin, se ha creído ver una tendencia electiva en el movimiento que arrastra al óvulo macho hacia el óvulo hembra. Y no refiero más que una pequeña parte de los hechos que se han anotado.

Si pudiera invocar ejemplos, citaría además los casos estudiados en nuestros días bajo el nombre de «fagocitosis». La lucha por la vida existe no solamente entre los individuos, sino también entre los elementos anatómicos que constituyen el individuo. Todo tejido, muscular, conjuntivo, adiposo, etc., posee fagocitos (células devorantes), cuyo papel consiste en «devorar» ó destruir las células de la misma naturaleza débiles ó envejecidas. Además de estos fagocitos especiales, hay los fagocitos generales, como son los glóbulos blancos de la sangre, que vienen en socorro de las primeras, cuando éstas no bastan para tal tarea. Estos resisten á los microbios patógenos y sostienen contra ellos una lucha interna, oponiéndose á la invasión de los gérmenes infecciosos. Esta propiedad de apariencia teleológica parece á primera vista muy chocante. Investigaciones posteriores han mostrado que los fagocitos están dotados de una sensibilidad (llamada quimiotáxica), gracias á la cual distinguen la composición química del medio, acercándose ó apartándose de ella: los tejidos degenerados atraen á algunos de ellos, que se asimilan las células lesionadas ó muertas; en cuanto á los elementos sanos y vigorosos, tal vez se defiendan segregando alguna sustancia que los preserve de la fagocitosis.

Estos hechos, tomados entre muchos otros, sobre los cuales insistiremos á propósito del instinto sexual (segunda parte, cap. VI), han sido interpretados de dos maneras muy diferentes: la una psicológica, la otra química.

Para los unos, hay en todos estos fenómenos una conciencia rudimentaria. Puesto que los movimientos son adaptados, apropiados, variando según las circuns-

tancias, es menester, dicen ellos, que haya una elección, y la elección implica un elemento psíquico: su movilidad es la revelación de una «psiquis» oscura, que está dotada de tendencias atractivas y repulsivas.

Para los otros (y adoptamos esta opinión nosotros), todo es reductible á explicaciones físico-químicas. Sin duda alguna, aquí hay afinidad, atracción y repulsión, pero en el sentido científico; estas palabras son metáforas derivadas del lenguaje de la conciencia que deben ser purgadas de todo elemento antropomórfico. Diversos autores han mostrado con numerosas observaciones y experiencias las condiciones químicas que determinan ó impiden esa pretendida elección. (Sachs, Verworn, Löb, Maupas, Bastian, etc.)

Sobre este punto, como en todas las cuestiones de origen, no se puede optar más que entre probabilidades, y éstas aparecen todas en favor de la hipótesis química. Por lo demás, esto no tiene para nosotros más que un interés secundario. Si se admiten tendencias conscientes, entonces el origen de la vida afectiva coincide con el origen mismo de la vida fisiológica. Si se elimina toda psicología, queda todavía la tendencia fisiológica, es decir, el elemento motor, que en ningún grado, desde el más humilde al más elevado, falta jamás.

Esta excursión por el período preconsciente—puesto que por tal lo tenemos nosotros—nos pone en posesión de un resultado. Al término de esta investigación nos encontramos ya dos tendencias físico-químicas, orgánicas, aunque bien delimitadas: la una de atracción, la otra de repulsión: las cuales son los dos polos de la vida afectiva. ¿Qué es la atracción aquí? La asimilación simplemente, la cual se confunde con la nutrición. Por consiguiente, con la atracción sexual, notémoslo bien, vemos ya un grado más elevado; el fenómeno es más complejo; el sér monocelular no obra solamente para conservarse, sino para mantener la especie. En cuanto á la repulsión, podemos notar que se manifiesta de dos

maneras. De un lado se confunde con la desasimilación: la célula ó el tejido rechaza lo que no le conviene. De otro, en un estado un poco superior, es ya defensiva de una cierta manera.

Hemos dado así una base á nuestro asunto, mostrando que existe por bajo de la vida afectiva consciente, una región muy inferior y muy oscura, cual es la de la sensibilidad vital ú orgánica, que es una forma embrionaria de la sensibilidad consciente y la que la sostiene.

II

Pasemos ahora de las tinieblas á la luz, de lo vital á lo psíquico. Pero antes de entrar en el período consciente de la vida afectiva y de seguir en la marcha progresiva de su evolución, es tal vez aquí el lugar conveniente para examinar una cuestión bastante importante y que ha sido generalmente resuelta con error en el sentido negativo. ¿Hay estados afectivos puros, es decir, vacíos de todo elemento intelectual, de todo contenido representativo, que no estén ligados ni á percepciones, ni á imágenes, ni á conceptos, que sean simplemente subjetivos, agradables, desagradables ó mixtos? Si se responde negativamente, se sigue que, jamás y sin ninguna excepción, puede existir por sí misma ninguna clase de sentimiento, pues necesitará siempre de un sostén y no será jamás más que un acompañamiento. Esta tesis tiene de su parte á la mayoría; ha sido adoptada naturalmente por los intelectualistas, y recientemente Lehmann la ha sostenido bajo su forma radical: un estado de conciencia emocional puro no se encuentra; el placer y el dolor están siempre ligados á estados intelectuales (1). Si se responde afirmativamente, en-

(1) «Ein rein emotionneller Bewusstseinszustand kommt nicht vor; Lust und Unlust sind stets an intellektuelle Zustände geknüpft.» *Die Hauptgesetze der menschlichen Gefühlslebens* (1892), p. 16.

tonces el estado afectivo es considerado como teniendo, por lo menos algunas veces, una existencia propia, independiente, no sujeto perpetuamente al papel de acólito ó de parásito.

Siendo ésta una cuestión de hecho, la observación es la única que puede responder. Aunque nosotros tengamos otras razones que dar en favor de la autonomía y aun de la primordialidad de la vida afectiva, las dejamos para la conclusión del libro, para quedar por ahora en la experiencia pura y sencilla. Es incontestable que, por lo general, á los estados emocionales acompañan los intelectuales; pero que no pueda suceder de otra manera, es decir, que las percepciones y representaciones sean la condición necesaria, absoluta y sin excepción de toda manifestación afectiva, es precisamente lo que yo niego.

Hay una primera clase de hechos que no menciono más que como recuerdo, que aunque hayan sido invocados, me parecen poco convincentes. Hablo de ciertas emociones que aparecen bruscamente en los animales, sin ninguna experiencia anterior que las explique. Habiendo presentado Gratiolet á un perro muy joven un pedazo de piel de lobo tan usada que parecía un pergamino, al olfatearla, el animal fué atacado de un espanto indecible. Krœner, en su libro sobre la cenestesia (1), ha señalado hechos análogos. Sin embargo, es tan difícil saber lo que pasa en la conciencia de un animal y deslindar la parte que corresponde al instinto de la que corresponde á la trasmisión hereditaria, que no insisto sobre esto. Además, en todos esos casos la emoción es suscitada por una sensación *externa* que, puesta en movimiento, pone en juego el mecanismo del instinto; de suerte que se podría deducir de aquí que no es un estado afectivo puro é independiente. Para no dejar ninguna duda se necesitan casos en los cuales el estado

(1) «*Das körperliche Gefühl*» (1887), p. 80-81.

afectivo preceda al estado intelectual, que no sea provocado por éste, sino que, al contrario, el afectivo provoque el intelectual.

El niño no puede tener al principio más que una vida puramente afectiva. Durante el período intrauterino no ve, ni entiende, ni toca; aun después del nacimiento, se necesitan muchas semanas para que aprenda á localizar sus sensaciones. Su vida psíquica, por rudimentaria que sea, no puede evidentemente consistir más que en un vago estado de placer y de dolor, análogo á los nuestros. Es incapaz de ligarlos á percepciones, puesto que todavía es incapaz de percibir. Es una opinión muy acreditada la de que el niño entra en la vida por el dolor; Preyer la rebate; veremos después por qué razón. Sin embargo, no insistamos más sobre estos hechos, pues que tampoco nosotros podemos interpretarlos más que por inducción. Los adultos van á suministrarnos argumentos irrecusables y abundantes.

Regla general: todo cambio profundo en las sensaciones *internas* se traduce de una manera equivalente en la cenestesia y modifica el tono afectivo; ahora bien, las sensaciones internas no tienen nada de representativo, y este factor, de una importancia capital, lo han olvidado los intelectualistas. De ese estado puramente orgánico que deviene inmediatamente afectivo y después intelectual, encontraremos más tarde numerosos ejemplos, al estudiar la génesis de las emociones; basta por el momento notar algunos. Bajo el influjo del haschich, dice Moreau (de Tours) que lo ha estudiado muy bien, «el sentimiento que se experimenta es un sentimiento de bienestar. Entiendo por esto, un estado que no tiene nada de común con el placer puramente sensual. No es el placer del glotón ó del borracho, sino más bien un placer comparable á la alegría del avaro ó á la que produce una buena noticia». Yo conozco mucho á un hombre que durante

diez años había tomado haschich continuamente y á grandes dosis; soportó esta costumbre más de lo que parecía probable y murió loco. Recibía yo sus confidencias orales y escritas, más veces de lo que hubiera deseado. Durante este largo período observé siempre ese sentimiento de satisfacción inagotable que se traduce de vez en cuando por invenciones extrañas ó por medianas elucubraciones; pero superiores á todo, en su opinión. — En la época de la pubertad, cuando sigue ésta su marcha normal, se sabe que se produce una metamorfosis profunda. Condiciones de cualquier clase, conocidas ó desconocidas, obran sobre el organismo y modifican su estado (1.er momento); traducidas en la conciencia, estas condiciones orgánicas engendran un tono afectivo particular (2.° momento); este estado afectivo ya formado, suscita representaciones correspondientes (3.er momento). El elemento representativo aparece en último lugar. Fenómenos análogos se producen en otras circunstancias en que la cenestesia es modificada por el estado de los órganos sexuales (menstruación, embarazo): el estado emocional se produce primero, el estado intelectual ulteriormente.—Pero la fuente más abundante de donde se podrían sacar á voluntad es ciertamente el período de incubación que precede á la eclosión de las enfermedades mentales. En la mayor parte de los casos es éste un estado vago de tristeza. Tristeza sin causa, dícese vulgarmente: con razón si se entiende que no es suscitada ni por un accidente, ni por una mala noticia, ni por las causas ordinarias; pero no sin causa, si se tienen en cuenta las sensaciones internas cuyo papel, desapercibido en estos casos, no es por eso menos eficaz.— Esta disposición melancólica es también la regla en las neurosis. Muchas veces se encuentra que el estado afectivo, en lugar de ser una incubación lenta, es un *aura* de carácter emocional, de una duración muy corta (algunos minutos ó algunas horas á lo más). Cier-

tos enfermos, por experiencias repetidas, se dan cuenta clara de ello; saben por este cambio que el acceso vá á venir. Féré (*Les Epilepsies*) ha citado muchos ejemplos, entre otros el de un hombre joven que en estas circunstancias cambiaba totalmente de carácter, lo cual expresaba de un modo original, diciendo: «Siento que cambio de corazón.» Es *ulteriormente* cuando este estado afectivo toma cuerpo, se fija en una idea, como la que se nota á lo mejor en el delirio de persecución.

Sin insistir más, lo cual sería fácil con una enumeración de hechos, se pueden reducir estos estados afectivos puros á cuatro tipos principales:

1.° Estado agradable (placer, alegría): el que produce el haschich y sus análogos, ciertos períodos de la parálisis general de los enajenados, euforia de los tísicos y de los moribundos; muchas gentes que han escapado de una muerte que consideraban como cierta, se han sentido dominados á su aproximación por un estado de resignación, sin ser capaces de tomar ninguna determinación, todo lo cual no es tal vez más que la ausencia de todo género de sufrimiento (1).

2.° Estado penoso (tristeza, amargura): el período de incubación de la mayor parte de las enfermedades, la melancolía de los períodos menstruales.

3.° Estado de miedo: sin razón, sin causas aparentes, sin justificación y sin objeto; miedo de todo y de nada: estado bastante frecuente que se examinará detalladamente bajo el título de *fobias*.

4.° Estado de excitabilidad: se asemeja á la cólera, y es frecuente en los neurósicos; es un modo de ser inestable y explosivo que, apareciendo al principio vago é indeterminado, acaba por tomar una forma, asociarse á una representación y descargar sobre un objeto.

(1) Para las observaciones sobre este punto, véase la *Revue philosophique* de Marzo de 1896.

Por último, hay estados mixtos de la coexistencia ó alternancia de los estados simples.

De todo lo que precede resulta que hay una vida afectiva pura, autónoma, independiente de la vida intelectual, que tiene su causa en lo más hondo, en las variaciones de la cenestesia, que es á su vez una resultante, un concierto de acciones vitales. En la psicología del sentimiento, el papel de las sensaciones externas es muy pequeño comparado con el de las sensaciones internas, y se necesita no ver más que las primeras para sentar como regla «que no hay estado emocional que no esté ligado á un estado intelectual».

Aclarado este punto, volvamos á nuestro cuadro general de la evolución.

I.—Por encima de la sensibilidad orgánica, encontramos el período de las necesidades, es decir, tendencias puramente vitales ó fisiológicas, con conciencia además. Este período existe sólo en el hombre al principio de la vida y se traduce en sensaciones internas (hambre, sed, necesidad de sueño, fatiga, etc). Está constituído por un conjunto de tendencias de carácter principalmente fisiológico, las cuales no tienen nada de sobrepuesto y de exterior; son la vida en acción. Todo elemento anatómico, todo tejido, todo órgano, no tiene más que un fin, ejercer su actividad, y el individuo fisiológico no es otra cosa que la expresión convergente de todas estas tendencias, las cuales pueden presentarse bajo una doble forma. O bien expresan una falta, un déficit, porque el elemento anatómico, el tejido ó el organismo tienen necesidad de alguna cosa. Bajo esta forma la tendencia es imperiosa, irresistible: tal es, el hambre del animal carnicero que se come su presa viva. O bien manifiestan un exceso, algo supérfluo; tal es, una glándula que necesita hacer la secreción, un animal bien nutrido que siente necesidad de moverse; esta es la forma embrionaria de las emociones del lujo.

Todas estas necesidades tienen un punto de convergencia, la conservación del individuo, y, para emplear la expresión corriente, encontramos en ellas el *instinto de conservación* en ejercicio. Con motivo de este instinto, ha habido en estos últimos tiempos discusiones que me parecen bastante ociosas, como las siguientes: ¿el instinto de conservación es primitivo? ¿es derivado? Algunos autores están por la primera hipótesis; otros (principalmente W. James y Sergi) se inclinan hacia la segunda. Según el punto de vista donde se mire, cada una de las dos soluciones es admisible y verdadera. Desde el punto de vista sintético, el instinto de la conservación es primordial, puesto que no es otra cosa que la resultante, la suma de todas las tendencias particulares de todo órgano esencial: no es más que una fórmula colectiva. Desde el punto de vista analítico, este instinto es secundario, puesto que supone anteriores á él todas las tendencias particulares, en las cuales se resuelve; puesto que cada uno de sus elementos es simple y él no añade nada, no es más que su traducción en la conciencia. Se podría preguntar igualmente si una sensación de sonido es simple ó compuesta, y es claro que la respuesta variaría según el punto de vista que se tomara. Para la conciencia el fenómeno es uno, simple, irreductible; para el análisis objetivo, el fenómeno es compuesto y reductible á un número determinado de vibraciones. En diversas partes de la psicología se encontrarán muchas cuestiones del mismo género.

Lo importante es comprender que el instinto de conservación no es una entidad, sino la expresión abreviada que designa un grupo de tendencias.

II.—Saliendo del período de las necesidades, reductible á tendencias de orden fisiológico, acompañadas de placeres ó de dolores físicos, entramos en el período de las *emociones primitivas*.

Nosotros no podemos, por el momento, determinar

con rigor y en detalle lo que hay que entender por emoción (véase la primera parte, cap. VII); basta con una característica exagerada, aunque razonable. Para nosotros, *la emoción es, en el orden afectivo, el equivalente de la percepción en el orden intelectual*, á saber, un estado complejo, sintético, que se compone esencialmente: de movimientos realizados ó contenidos, de modificaciones orgánicas (en la circulación, respiración, etc.), de un estado de conciencia agradable, penoso ó mixto, propio de cada emoción. Es un fenómeno de aparición brusca y de duración limitada que se relaciona siempre con la conservación del individuo ó de la especie; directamente por las emociones primitivas, indirectamente por las emociones derivadas.

La emoción, aun ateniéndose á las formas primitivas, nos introduce en una región superior de la vida afectiva, donde las manifestaciones devienen bastante complejas. Pero estas formas primitivas — las emociociones simples, irreductibles — ¿cómo determinarlas, ya que es éste nuestro principal objeto? Muchos descuidan esta determinación, ó la hacen al azar, de un modo arbitrario. Los antiguos autores parecía que en este punto habían seguido un método de abstracción y de generalización que no podia conducirlos más que á entidades. Esta es una doctrina acreditada entre aquellos que reducen en último término todas las «pasiones» al amor y al odio; esta posición es muy frecuente. Para llegar á tal conclusión, parece que han confrontado y comparado las diversas pasiones, deducido las semejanzas, eliminado las diferencias, y, de reducción en reducción, abstraído de esta multiplicidad los caracteres más generales (1).

Si se entiende por amor y por odio los movimientos de atracción ó de repulsión que se encuentran en el

(1) Descartes es una excepción notable de esta manera de proceder; ya insistiremos sobre el método que ha seguido (segunda parte, c. VII.)

fondo de las emociones, no hay contradicción; pero si no se nos dan más que abstracciones y conceptos teóricos, una determinación tal es ilusoria y sin utilidad práctica. Si se entiende el amor (¿qué amor?, no hay nada tan vago como esta palabra) y el odio en un sentido más concreto, y se pretende considerarlos como la fuente primitiva de donde se pueden derivar todas las demás emociones, esto es una pura visión del espíritu, una aserción que nada justifica.

La determinación de las emociones primitivas debe hacerse, no por abstracción y generalización, sino por *comprobación*. Para esto yo no veo más que un procedimiento que seguir: un método de observación, que nos enseñe el orden y el momento de la aparición de las diversas emociones; que nos dé la lista genealógica y cronológica. Tendremos por primitivas todas aquellas que son irreductibles á las manifestaciones anteriores, todas aquellas que aparecen como una manifestación nueva; y nada más, porque todas las demás son secundarias y derivadas.

Los materiales para este trabajo no pueden ser buscados más que en la psicología de los animales y en la de los niños. La primera nos da una ayuda muy débil. Sin duda, que tratados especiales y autorizados nos dan la enumeración de las emociones de los animales; pero sin distinción entre las simples y las compuestas, sin ninguna indicación precisa sobre el orden de su aparición. No pasa lo mismo en la psicología de la infancia: los estudios, bastante numerosos, publicados sobre este asunto desde hace una treintena de años, han hecho posible una tentativa que era antes imposible.

Se trata de determinar, según los hechos, en qué orden aparecen las emociones, no teniendo en cuenta más que las que parecen primitivas, es decir, irreductibles á las precedentes. Yo me limito á la simple enumeración, indicando sus caracteres principales; cada

una de ellas será objeto de un estudio especial en la segunda parte.

1.° El temor es la primera emoción que aparece, según la unanimidad de las observaciones. Según Preyer, se manifiesta en el segundo día después de nacer. Sin embargo, el hecho que cuenta me parece que es más bien de sorpresa que de temor propiamente dicho. En todo caso, según el mismo autor, se nota éste fácilmente á los veintitrés días; Darwin no cree haberlo observado hasta el fin del cuarto mes; Pérez á los dos meses. Este último se inclina á creer que esta emoción es suscitada primero por las sensaciones auditivas, y más tarde por las visuales. Su precocidad en aparecer ha sido atribuída á la trasmisión hereditaria, aserción que examinaremos.

2.° Después de la emoción defensiva nace la ofensiva bajo la forma de cólera. Pérez la nota entre los dos y los cuatro meses; Preyer y Darwin, á los diez; éstos se refieren á la cólera verdadera, manifestada con el fruncimiento de las cejas y otros síntomas muy claros (revolcarse gritando, etc.) Naturalmente que los datos indicados para cada emoción no tienen nada de rigurosamente fijo, pues deben variar según el temperamento del niño y las circunstancias.

3.° Después viene la emoción tierna (afección). Algunos autores emplean la palabra simpatía, que es muy vaga á mi juicio. Ésta se manifiesta por su modo de expresión fundamental, el movimiento de atracción y el buscar el contacto. Darwin la ha descrito muy bien: «La afección nace probablemente muy pronto en la vida, si podemos juzgar por la sonrisa del niño (segundo mes). Sin embargo, no tengo ninguna prueba terminante de que él (el niño) reconociera y distinguiera algo antes del cuarto mes. A los cinco meses mostró deseos de ir con su nodriza; pero no es más que hasta el año cuando mostró la afección espontáneamente y por gestos manifiestos. En cuanto á la simpatía (?), la

manifestó á los diez meses y once días de una manera muy exacta, aparentando gritar á su nodriza (1).» Según Pérez, aparece á los diez meses. Es de esta fuente de donde deben derivar más tarde las formas complejas de una gran importancia, las emociones sociales y morales.

Con el temor, la cólera y la ternura quedamos en el campo de las emociones que el hombre comparte con el animal; pues la misma emoción tierna se encuentra muy baja en la serie animal, á lo menos bajo la forma de amor maternal. Estas tres emociones tienen un carácter muy claro de universalidad. Aquí damos ya un paso que nos introduce en una región puramente humana.

4.° Este estado está caracterizado por la aparición de las emociones ligadas á la personalidad, al yo. Hasta aquí teníamos un individno, un sér viviente con una conciencia más ó menos vaga de su vida; pero el niño (ordinariamente hacia la edad por lo menos de tres años) llega á ser conscio de sí mismo como persona. Entonces aparecen nuevas manifestaciones emocionales, cuya fuente puede ser llamada, á falta de un término mejor, el amor propio, la emoción egoista (*Self-feeling, Selbtsgefühl*), que puede ser traducido bajo dos formas: la una negativa, sentimiento de impotencia, de debilidad; la otra positiva, sentimiento de fuerza, de audacia. Este sentimiento de plenitud y de exuberancia es la fuente de donde saldrán más tarde numerosas fuerzas emocionales (orgullo, vanidad, ambición). Tal vez sea menester relacionar con él todas aquellas que manifiestan un exceso de vida; la necesidad de la actividad física, el juego bajo todas sus formas, la curiosidad ó deseo de conocer, la necesidad de producir por medio de la imaginación ó de la acción.

5.° Por fin, la emoción sexual, la última en el orden

(1) Darwin, en *Mind* II, 285. — *Biographical Sketch of an Infant.*

cronológico cuyo momento de aparición es fácil de fijar puesto que tiene notas objetivas y fisiológicas. Es un error suponer que pueda ser derivada de la emoción de ternura, ó que ésta se derive de aquella, como se ha sostenido con frecuencia. La observación de los hechos echa á tierra completamente esta tesis y muestra que son irreductibles la una á la otra. Después daremos pruebas evidentes de ello.

Pero ahora se nos presenta una cuestión embarazosa: este asunto está lleno de ellas. ¿Hay que poner fin á nuestra lista de emociones ó hay que añadir otras dos, la pena y la alegría? Es posible inclinarse por la afirmativa. Así Lange las ha incluído entre las cuatro ó cinco «*emociones*» simples que él ha escogido como tipos de sus descripciones. He aquí á mi juicio las razones contra esta solución. Es incontestable que la alegría y la pena presentan todos los caracteres que constituyen una emoción, á saber: movimientos ó suspensión de movimientos, cambios en la vida orgánica y un estado de conciencia *sui géneris*. Pero es menester entonces que el placer y el dolor físicos sean comprendidos también entre las emociones, puesto que presentan el uno y el otro los caracteres arriba enumerados; además hay identidad de naturaleza entre el placer físico y la alegría de una parte, y entre el dolor físico y la pena de otra, como tendremos ocasión de mostrar en lo que sigue de nuestro trabajo; la sola diferencia está en que la forma física tiene por antecedente un estado del organismo, mientras que la forma moral (alegría, tristeza) tiene por antecedente una representación. En otros términos, es menester clasificar el placer (sin cualificación ni restricción) y el dolor (sin cualificación ni restricción) entre las emociones primitivas. Ahora bien, estas dos pretendidas emociones presentan en relación con las otras cinco precitadas una diferencia evidente y capital á saber: su carácter de generalidad. El miedo es

completamente distinto de la cólera, la emoción tierna de la egoista, y la sexual delas otras cuatro, por su nota específica. Cada una de ellas es un estado complejo, cerrado, impenetrable, independiente, como lo es la visión con relación al oído, ó el tacto con relación al olfato. Cada uno traduce una tendencia particular (defensiva, ofensiva, de atracción hacia el semejante, etcétera,) y está adaptada á un fin particular. Por el contrario, el placer y el dolor, traducen las condiciones generales de la existencia; están difusamente en todo y penetran en todas partes. Hay un dolor sin miedo en ciertos momentos de la cólera y de la emoción egoista; hay placer en la emoción sexual, en ciertos momentos de la cólera y de la emoción egoista. Estos dos estados no tienen dominio propio. La emoción es por su naturaleza particularizada; el placer y el dolor son por su naturaleza, universales: son las notas generales de la vida afectiva, y si coinciden como las emociones, con fenómenos motores, vaso-motores y demás, es, porque ninguna forma de sentimiento puede existir sin condiciones fisiológicas.

Tales son las razones, por las cuales rehusamos clasificar los estados agradables y penosos, entre las emociones primitivas y considerarlos como de la misma naturaleza. En cuanto al momento de su aparición, el dolor físico se cree que coexiste con el principio mismo de la vida extra-uterina; el placer físico resultante del apetito satisfecho de la sensación de calor, etc., debe ser poco más ó menos contemporáneo. La alegría y la pena son más tardías. Según Preyer, la sonrisa y el brillo de los ojos á las tres semanas indican la alegría; «desde el segundo mes, un niño tiene placer en oir cantar y tocar el piano». Yo no estoy muy seguro de que este ejemplo sea muy comprobante, pues veo aquí más bien un placer físico. Darwin lo ha observado hacia el cuarto mes, tal vez antes, pero muy claramente hacia el año, al volver á ver una persona ausente. La pena pue-

de manifestarse segun Preyer hacia el cuarto mes (las lágrimas antes de la cuarta semana). Darwin pone su primera aparición á los seis meses de edad, por la observación citada precedentemente. En suma, los datos son poco abundantes y concuerdan poco, en razón á la gran dificultad en este momento de la vida, de diferenciar con seguridad las dos formas del placer y las dos formas del dolor.

En la raíz de cada una de las emociones primitivas, hay una tendencia, un instinto; pero no pretendemos que esta lista agote la de los instintos en el hombre; tendremos que volver á insistir sobre este punto (2.ª parte, Introducción, párrafo 2.º). Admitamos, á título de hipótesis provisional, que sólo esas cinco emociones son irreductibles; todas las demás deben derivarse de ellas. Trataremos de indicar después cómo las emociones secundarias proceden de ellas por efecto de una evolución completa, de una suspensión de desarrollo, de una mezcla ó de una combinación (2.ª parte, cap. VII).

III

Sobre estas emociones que, aunque compuestas de muchos elementos, son sencillas en cuanto emociones, y pueden calificarse de innatas, puesto que están dadas por la organización misma, se encuentran las numerosas formas de sentimiento que se manifiestan en el curso de la vida, suscitadas por representaciones del pasado ó del porvenir, por construcciones de imágenes, por conceptos, por un ideal. Como se estudiará cada emocion primitiva en su desarrollo total, desde su forma inferior á sus formas más intelectualizadas, es inútil ensayar en este momento un bosquejo de esa marcha ascendente que, reducida á generalidades, sería vaga y confusa. Alcanza su última etapa en las más altas regiones de la ciencia, del arte, de la religión, de la moral.

Se puede asegurar sin riesgo, que esas formas superiores son inaccesibles á la inmensa mayoría de los hombres. Apenas un individuo quizás de cada cien mil ó de cada millón, las alcanza; los demás no las conocen ó no las sospechan, sino de oídas ó poco más. Es una tierra prometida en que entran pocos elegidos.

En efecto, para experimentar los sentimientos de orden superior se requieren dos condiciones: 1.ª es preciso ser capaz de concebir y de comprender las ideas generales; 2.ª estas ideas no deben quedar como simples formas intelectuales, sino que deben poder suscitar ciertos sentimientos, ciertas tendencias apropiadas. Si falta una de estas dos condiciones, la emoción no se produce.

En cuanto á la fórmula de evolución durante este período, es bien sencilla; el orden de desarrollo de las emociones depende rigurosamente del orden de desarrollo de las ideas generales; la evolución de las ideas regula la evolución de los sentimientos. En esto nos encontramos de perfecto acuerdo con la teoría intelectualista.

La facultad de abstraer y de generalizar está repartida muy desigualmente. Depende de la raza, del tiempo, de los individuos. Algunos hombres no traspasan el nivel de las imágenes genéricas, que no son sino un concreto simplificado y condensado. Otros alcanzan esas formas medias de la abstracción en que la palabra juega un papel de sustituto de la realidad, pero en las que necesita, para ser comprendida, que las cualidades de las cosas que representa estén figuradas por su esquema vago concomitante de la palabra. Algunos alcanzan el grado de la sustitución completa, en que la palabra ocupa el lugar de todo el resto, y no tiene necesidad de ningún auxiliar para asegurar las operaciones del espíritu. Cada uno de estos grados (que implican subdivisiones de que no hablo) tiene su resonancia afectiva posible. Así cada hombre, según el alcance de

su inteligencia, puede franquear algunos estados ó todos los estados, y según la naturaleza de su temperamento, sentir, en cada uno de ellos, un estado emocional ó no sentir nada. Las emociones que son susceptibles de una evolución completa nos ofrecerán pruebas de ello. Puede indicarse de pasada un ejemplo bien sencillo; es la tendencia sexual, que puede ser alternativamente fisiológica, psico-fisiológica, predominantemente psicológica, y por último, intelectual. En su grado más bajo (en los micro-organismos y sus similares) encontramos hechos de orden puramente vital y orgánico, inconscientes en mi opinión. Después, la conciencia aparece; pero la emoción sexual se manifiesta bajo una forma completamente específica, sin elección individual; es un puro instinto, «el genio de la especie, que se sirve del individuo para conseguir sus fines». Más tarde la individualidad se dibuja; encontramos la elección; hay emociones tiernas completamente extrañas al período primitivo. Después viene el momento de equilibrio entre los elementos orgánicos y los elementos psíquicos; es el caso ordinario para el hombre medio, formal. Este estado es muy complejo, resultado de la fusión ó convergencia de numerosas tendencias; de aquí su gran fuerza é impulso. Después viene una ruptura de equilibrio, un período de interversión; el elemento fisiológico se desvanece gradualmente, y el elemento psíquico gana en intensidad, lo cual es la repetición del período primitivo, pero al revés. Es la fase propiamente intelectual del amor; la idea surge primero, los fenómenos fisiológicos vienen después. En su grado más elevado de refinamiento la imagen personal, concreta, está reemplazada por una representación vaga, impersonal, por un ideal, un concepto; es el amor puro, platónico, místico, cuyo acompañamiento orgánico es tan débil, que es corriente negarlo.

Estas formas sutiles y refinadas, que los intelectualistas tienen por superiores, no son en realidad más

que un empobrecimiento en el orden afectivo. Por lo demás, son raras, y salvo algunas excepciones, sin eficacia, porque es una regla que todo sentimiento pierde de su fuerza á medida que se intelectualiza, y la fe ciega en «el poder de las ideas» es una fuente inagotable de ilusiones y de errores en la práctica. Una idea que no es más que una idea, un simple hecho de conocimiento, no produce nada, no puede nada; no obra si no es *sentida*, si no la acompaña un estado afectivo, si no despierta tendencia, es decir, elementos motores. Se puede haber estudiado á fondo la *Razón práctica*, de Kant, haber penetrado todas sus profundidades, haberla cubierto de glosas y comentarios luminosos, sin haber añadido por eso una jota á su moral práctica; ésta viene de otro lado, y es uno de los más lamentables resultados del influjo intelectualista en la psicología de los sentimientos, el de haber inducido á desconocer una verdad tan evidente.

IV

Se puede observar que en los tratados contemporáneos la palabra *pasión* ha desaparecido casi por completo, ó no se encuentra sino incidentalmente (1). Hay, sin embargo, un extenso pasado, que sería interesante seguir si yo no me hubiese prohibido toda digresión histórica. Actualmente, el término emoción es el preferido para designar las manifestaciones principales de la vida afectiva: es una expresión genérica; la pasión no es más

(1) Höffding, *Psychologie*, p. 392-394, segunda edición alemana.— J. Sully, *The Human Mind*, t. II, p. 56, considera la emoción como un género, cuyas especies son la afección y la pasión: la afección es una disposición emocional fija; la pasión es la forma violenta de la emoción. Por lo demás, nada es tan vago é inconstante como la terminología de nuestro asunto, y sin embargo, como lo ha demostrado Wundt en sus *Ensayos*, ha hecho progresos muy apreciables cuando se la compara á la confusión del comienzo de este siglo.

que uno de sus modos. El lenguaje vulgar conserva la palabra, y con razón, porque responde á una realidad, y la pasión es un acontecimiento de demasiado grande importancia para que sea posible dispensarse de hablar de ella, de decir en qué difiere de la emoción, cuál es su naturaleza, en qué condiciones aparece.

Se está casi de acuerdo para definirla, y, bajo fórmulas diferentes, según que emanen de un moralista ó de un teólogo, de un filósofo ó de un biólogo, se encuentran siempre los mismos caracteres esenciales; «es una necesidad desarreglada»; «es una inclinación ó una tendencia llevada al exceso»; «es un deseo violento y duradero que domina al ser cerebral entero» (1), etc.: sólo varía la terminología.

Si buscamos cuál es la marca propia de la pasión y su característica en el conjunto de la vida afectiva, es preciso, para responder á tal cuestión, distinguirla de la emoción, de una parte, y de la locura, de otra, porque está situada entre ambas, á mitad del camino.

Es bastante difícil indicar con claridad y exactitud la diferencia entre la emoción y la pasión. ¿Hay diferencia de naturaleza? No, puesto que la emoción es la fuente de que nace la pasión. ¿Hay diferencia de grado? Esta distinción es incierta; porque si hay emociones tranquilas y pasiones violentas, lo contrario suele darse también. Queda una tercera diferencia: la duración. Se dice generalmente que la pasión es un estado que dura; la emoción es la forma aguda, la pasión la forma crónica. Violencia y duración, tales son los caracteres que se le asigna ordinariamente; pero se puede precisar aún más lo esencial de su naturaleza. *La pasión es en el orden afectivo lo que la idea fija es en el orden intelectual* (se podría añadir: lo que la contractura es en el orden motor). Es el equivalente afectivo de la idea fija. Esto exige alguna explicación.

(1) Letourneau, *Physiologie des passions*, lib. III, c. I.

El estado intelectual normal es la pluralidad de los estados de conciencia, determinada por el mecanismo de la asociación. Si, en un momento dado, una percepción ó una representación surge y ocupa sola el campo principal de la conciencia, reinando como soberana, haciendo el vacío á su alrededor y no permitiendo más que las asociaciones que estén en relación directa con ella misma, eso es la atención. Este estado de «monoideismo» es por naturaleza excepcional y transitorio. Si no cambia de objeto, si persiste ó se repite incesantemente, tenemos la idea fija, que se podría llamar la atención permanente. No es necesariamente morbosa; la frase célebre de Newton es una prueba de ello, y hay otras; pero la soberania latente ó actual de la idea fija es absoluta, tiránica.

De un modo semejante, el estado afectivo normal es la sucesión de los placeres, penas, deseos, caprichos, etcétera, que, en su forma moderada y con frecuencia amortiguada por la repetición, constituyen la marcha prosáica de la vida ordinaria. En un momento dado, cualesquiera circunstancias suscitan un choque; es la emoción. Una tendencia anula todas las demás, confisca, momentáneamente, toda la actividad en su provecho; esto es el equivalente de la atención. Ordinariamente esta reducción de los movimientos á una dirección única, no es durable; pero que, en lugar de desaparecer la emoción, permanezca fija, ó que se repita incesantemente, siempre la misma, con las ligeras modificaciones que exige el paso del estado agudo al estado crónico; esta es la pasión, que es la emoción permanente. A pesar de aparentes eclipses siempre está pronta á aparecer, absoluta, tiránica.

Sobre el origen de la pasión, los moralistas y los novelistas han hecho esta observación: que nace de dos maneras diferentes; como por un disparo ó por «cristalización», por acción brusca ó por acciones lentas. Este doble origen denota un predominio ya de la vida afec-

tiva, ya de la vida intelectual. Cuando la pasión nace de pronto, sale directamente de la emoción misma y de ella conserva la naturaleza violenta, en cuanto lo permite su metamorfosis en una disposición permanente. En el otro caso, el papel iniciador corresponde á los estados intelectuales (imágenes, ideas), y la pasión se constituye lentamente por efecto de la asociación, que no es en sí misma sino un *efecto*; porque obedece á un influjo latente, á un factor oculto, á una actividad inconsciente que sólo se revela en su obra. Las representaciones no se atraen, ni se asocian, sino en razón de su similitud afectiva, del tono emocional que les es común; por adiciones sucesivas esos arroyuelos forman un río. Esta forma de pasión, por razón de su origen, tiene menos vehemencia y más tenacidad.

PRIMERA PARTE

Psicología general.

CAPÍTULO PRIMERO

EL DOLOR FÍSICO

Sus condiciones anatómicas y fisiológicas; nervios del dolor; trasmisión á los centros.—Modificaciones del organismo que acompañan al dolor físico: circulación, respiración, nutrición, movimientos.—¿Son efectos del dolor? El dolor no es más que un signo.—Las analgesias: inconsciencia del dolor y conciencia intelectual.—Retraso del dolor respecto á la sensación.—Hiperalgesia.—Naturaleza del dolor; dos teorías actuales: es una sensación; es una cualidad de la sensación.- El dolor puede resultar de la cualidad ó de la intensidad de la excitación.—Hipótesis sobre su última condición: depende de una forma de movimiento; de una modificación química.

Se han intentado, bien inútilmente, muchas definiciones del dolor. Unas son puras tautologías; otras emiten implícitamente una hipótesis sobre su naturaleza, refiriéndola á las excitaciones fuertes (1). Considerémosle como un estado interior que cada cual conoce de propia experiencia y cuyas innumerables modalidades nos revela la conciencia; pero que por su generalidad y su multiplicidad de aspectos escapa á toda definición.

Bajo su forma primitiva el dolor es siempre físico, es decir, está ligado á sensaciones externas ó internas.

(1) «El dolor es una vibración fuerte y prolongada de los centros nerviosos conscientes, que resulta de una excitación periférica fuerte y, por consecuencia, de un cambio brusco de estado en los centros nerviosos» (Richet). «Es la más violenta excitación de algunas partes sensoriales, excitación que pone simultáneamente á contribución las excitaciones más extensas de otras partes» (Wundt).

Bastante precisa en las partes superficiales del cuerpo, especialmente en la superficie cutánea, su localización es más vaga, cuando tiene por asiento partes profundas, vísceras, instrumentos de la vida orgánica. En este último caso, cuando el dolor es de origen interno, no periférico; cuando procede del gran simpático, ó de su pariente el nervio vago, va acompañado de un estado de ansiedad, de aniquilamiento ó de angustia, que tendremos que señalar frecuentemente y que ha hecho decir que «parece que el paciente tiene conciencia de que se han suspendido en él las operaciones de la naturaleza». Por el momento, sin distinguir sobre estos dos orígenes, externo é interno, estudiemos los caracteres *objetivos* del dolor físico tomado en general; primero sus condiciones anatómicas y fisiológicas; después las modificaciones corporales que le acompañan, y que en el lenguaje usual se llaman sus efectos.

I

La trasmisión de las impresiones dolorosas de la periferia á los centros corticales, está lejos de haberse determinado en todas las etapas de su recorrido.

Las terminaciones nerviosas, por su posición de vanguardia, reciben el primer choque; pero ¿cuál es su función? Se sabe que los nervios de los órganos profundos y que los filetes del gran simpático no tienen terminaciones de una estructura especial. En cuanto á los nervios de los sentidos especiales, de la vista, del oído, del olfato y del gusto, en los que, por el contrario, los aparatos periféricos (retina, órgano de Corti, etc.), son de una anatomía extraordinariamente compleja, se sabe que su papel es, sobre todo, sensorial; son, ante todo, instrumentos de conocimiento, rara vez de dolor ó de placer directos: de suerte, que la cuestión en lo que concierne á las terminaciones nerviosas, con relación al dolor, se reduce principalmente á los nervios del

aparato tactil, tomando estas palabras en el más amplio sentido. La extrema dificultad de aislar la impresión puramente periférica de la que toca al nervio mismo, hace casi insoluble la cuestión planteada más arriba, referente al papel de esos aparatos periféricos. Beaunis (1), apoyándose sobre los hechos de anestesia localizada en que el paciente no siente el dolor, pero percibe aún el contacto, piensa que la analgesia alcanza al nervio, antes de actuar sobre sus terminaciones, encerradas en cápsulas más ó menos resistentes.

¿Existen nervios especiales para trasmitir el dolor? Desde luego, Goldscheider, bien conocido por sus investigaciones sobre los puntos de calor y de frío, lo había sostenido (2). Según él, los filetes nerviosos doloríferos están entrelazados con los nervios sensoriales, más numerosos para los nervios de la sensibilidad general (tacto, calor y frío) y menos para los de los sentidos especiales. Si la existencia de estos nervios específicos del dolor estuviese bien establecida, tendría una importancia para nuestro asunto tan grande como los descubrimientos de Sachs y otros sobre los filamentos nerviosos propios de los músculos la han tenido para el estudio del sentido quinestético. Pero este fisiólogo ha repudiado (3) después su primera afirmación, ó ha sostenido que se la había comprendido mal; admite puntos dolorosos (sensibles al dolor), no un órgano específico del dolor ni de los nervios especiales para trasmitirlo. Por el contrario, Frey (4) pretende haber dado pruebas experimentales de uno y otro: nervios doloríferos y órganos terminales apropiados. Sus experimentos se han rechazado como inexactos. En el estado actual nada establece la existencia de los nervios del dolor, y la

(1) *Sensations internes*, cap. XX; debe leerse para el pormenor.

(2) *Archiv. fur Anatomie und Physiol*, 1885.

(3) Goldscheider, *Ueber den Schmerz* (Berlín, 1894).

(4) Frey, *Beiträge zur Physiologie des Schmerzsinns* (Leipzig, 1894).

mayor parte de los autores han dado razones fuertes contra la verosimilitud de este descubrimiento. Rechazada esta hipótesis, se admite que la impresión dolorosa, como cualquiera otra, se trasmite por los nervios de la sensibilidad general ó especial.—Cuando ha entrado en la médula espinal por las raíces posteriores, el camino que sigue para llegar á los centros superiores ha dado lugar á muchas investigaciones y discusiones. Según Schiff, la trasmisión se verifica por la sustancia gris, y las impresiones tactiles caminan por los cordones posteriores; habría así dos caminos distintos, uno para el fenómeno afectivo y otro para la sensación propiamente dicha. Brown-Séquard admite también vías distintas, pero sólo á través de la sustancia gris; la región anterior está consagrada al tacto, la región media á la temperatura, la región posterior al dolor. Según Wundt, hay para las impresiones del tacto y de la temperatura un camino primario por la sustancia blanca, cuando las excitaciones son moderadas; un camino secundario por la sustancia gris, que serviría de derivativo cuando las excitaciones son violentas. La hipótesis de vías separadas, cualesquiera que sean, tiene la ventaja de estar de acuerdo con un hecho muy conocido, sobre el cual tenemos que insistir: que la trasmisión del dolor está retrasada con respecto á la trasmisión sensorial. Lehmann, cuya posición es rigurosamente intelectualista, no puede admitir que el elemento afectivo tiene una cierta independencia respecto al elemento sensorial, que existe aisladamente. Según él, el retraso se explica por el hecho «de que el dolor exige en el órgano sensorial una excitación más fuerte que la sensación sin dolor, y que, por consiguiente, el dolor debe producirse después de la sensación, á medida que la excitación aumenta en intensidad (1)». Esta explicación es

(1) Lehmann, *Die Hauptgesetze des menschlichen Gefühlslebens*, página 46 y siguientes.

aceptable; pero supone que el dolor depende siempre de la intensidad de la excitación, cosa que no está probada.

De la médula espinal llegamos al bulbo, al cual asignan un papel capital ciertos autores. El más reciente, Sergi, en su libro *Dolore e piacere* (Milán, 1894), pone en él el asiento de los fenómenos afectivos en general (dolores, placeres, emociones). Lo que, según él, atestigua la importancia del bulbo en la vida afectiva, es el número y la naturaleza de los núcleos nerviosos situados entre la protuberancia y el suelo del cuarto ventrículo; núcleos que obran sobre el corazón, los vasos, los pulmones, las secreciones, los movimientos intestinales. «El nudo vital de Flourens es el centro vital, y debe ser también el centro del placer y del dolor, que no son más que alteraciones de las funciones de la vida orgánica (1).» En su opinión (que es también la nuestra), se ha encarecido el papel del cerebro en la génesis de los estados afectivos; sólo obra de dos maneras: como medio de hacer conscientes todas las perturbaciones de la vida orgánica, base física de los sentimientos, y como causa de excitación por medio de las ideas.

Por dispuesto que se esté á restringir el papel del cerebro, es decir, de la capa cortical, no por eso deja de ser un factor preponderante y el término final á donde va á parar el proceso de trasmisión. Pero aquí nos sumimos en la oscuridad. Las investigaciones sobre las localizaciones cerebrales no nos muestran en esta cuestión nada que esté admitido generalmente. Durante el primer período de estos estudios, que se podría

(1) Sergi, en su prefacio, ha indicado sumariamente los «antecedentes de su teoría». La encuentra en el anatómico inglés Todd, en Hack Tuke, Laycock, Herbert Spencer, Brown-Séquard, etc. Nótese que Vulpian, apoyándose sobre experimentos de una interpretación dudosa, localizaba las emociones exclusivamente en la protuberancia: *Leçons sur l'anatomie du système nerveux*, XXIV.

llamar de las localizaciones circunscritas hasta el extremo, D. Ferrier colocaba en los lóbulos occipitales el asiento de las emociones; porque, según él, esta región de la corteza recogía las sensaciones viscerales, porque tenía bajo su dependencia al instinto sexual, y finalmente, porque estos lóbulos están más desarrollados en la mujer que en el hombre. Es inútil exponer las numerosas críticas que se han hecho de esta tesis. Durante el segundo período actual de las localizaciones, que se podría llamar, por oposición al otro, de las localizaciones diseminadas, más bien funcionales que anatómicas propiamente, los autores están poco dispuestos á admitir un centro particular de la vida afectiva y especialmente del dolor. Todos los centros sensoriales, y aun todos los centros motores (quizá en el fondo sólo hay centros sensorio-motores, con preponderancia de uno ú otro elemento), pueden en ciertas condiciones de actividad producir en la conciencia un sentimiento de placer ó de dolor.

La hipótesis de un centro cortical es, pues, muy poco verosímil; insistiremos sobre este punto al tratar de las emociones.

II

Las modificaciones del organismo que acompañan al dolor físico se han descrito con tanta frecuencia, que basta trazar un cuadro sumario de ellas. Se pueden reducir á una fórmula única: el dolor va unido á la disminución ó á la desorganización de las funciones vitales:

1.º Obra sobre los movimientos del corazón; en general disminuye su frecuencia; en los casos extremos, el retardamiento puede producir el síncope. En los animales sometidos á los experimentos de laboratorio, aun después de la ablación del encéfalo, las impresiones dolorosas producen una disminución de las contraccio-

nes cardiacas. En el hombre, aunque á veces hay aumento en la frecuencia del pulso, se produce siempre, en una ú otra forma, una modificación del ritmo, apreciable en el esfigmógrafo. Bichat tenía razón al decir: «Si queréis saber si un dolor es fingido, explorad el pulso.»

2.° El influjo sobre la respiración es más irregular y más inestable: el ritmo se hace anormal, ya rápido, ya lento; las inspiraciones son sucesivamente cortas y profundas. Pero el resultado final es una disminución notable del ácido carbónico exhalado, es decir, un retardamiento real de las combustiones. La temperatura disminuye. «Yo me había figurado, dice Mantegazza, que el dolor iba acompañado de un aumento de calor, por ser muy intensa la acción muscular bajo el influjo de los grandes sufrimientos. El experimento hecho sobre los animales y sobre mí mismo, probó todo lo contrario (1).» Heidenhain y Mantegazza han notado, en efecto, una disminución media de dos grados centígrados, que puede, según el último, durar hora y media y aun más; se debe á la contracción de los vasos sanguíneos y periféricos.

3.° La accion del dolor sobre las funciones digestivas es muy conocida y se traduce por un retardamiento ó perturbaciones: disminución del apetito, suspensión de las secreciones, indigestión, vómitos, diarrea, etc. Cuando es permanente, obra sobre la nutrición general y se traduce por modificaciones de la secreción urinaria, por una decoloración estable de la piel, del vello, de los cabellos. Abundan los ejemplos de cabellos, barbas y cejas, encanecidos en algunos días bajo el influjo de un gran dolor (2).

4.° Las funciones motoras traducen el dolor de dos modos opuestos: la forma pasiva, depresión, suspensión

(1) Mantegazza, *Fisiología del dolore*, cap. III.

(2) Para los casos históricos y otros véase Hack Tuke, *l'Esprit et le corps*, p. 243.

ó supresión total de los movimientos, el paciente parece aniquilado; la forma activa, agitación, contorsiones, convulsiones y gritos. Este último caso parece en contradicción con la fórmula general que liga el dolor con una disminución de actividad y me parece que se ha interpretado mal por ciertos autores. En realidad esta excitación violenta es un gasto que se hace sentir rápidamente y deja, por último, muy empobrecido al individuo. No se deduce, como en la alegría ó el juego, de un exceso de actividad; es debilitante, irregular y espasmódica. Me parece, por otra parte, que tiene su origen en la expresión instintiva de las emociones. El animal herido sacude la parte dolorosa de su cuerpo, su pata ó su cabeza, como si quisiera expulsar de allí el sufrimiento. Todas estas reacciones motoras, desordenadas y violentas, son una defensa del organismo, defensa inútil y en muchos casos perjudicial, pero que resulta de actos que, en otro tiempo ó en otras circunstancias, estaban adaptados á su fin.

Lehmann ha sometido á la experimentación á cinco personas, á las que ha hecho sufrir alternativamente impresiones agradables y desagradables, y ha registrado en los dos casos los cambios de la respiración y del volumen del brazo, con ayuda del pletismógrafo de Mosso (1). Deduce de sus experimentos las conclusiones siguientes:

Toda impresión agradable produce un aumento del volumen del brazo y de la elevación del pulso, con aumento de la profundidad de la cavidad respiratoria.

La impresión desagradable, cuando es débil, produce inmediatamente una disminución del volumen del brazo y de la elevación del pulso. Casi en seguida el volumen aumenta, á pesar de la disminución del pulso, y pasa ordinariamente del estado normal cuando el

(1) Para el detalle de los experimentos, véase *Hauptgesetze*, etc., páginas 77 y siguientes, con trazados gráficos.

pulso ha vuelto á su estado primitivo. Si la impresión es fuerte, pero no dolorosa, estos cambios se acentúan más y desde su comienzo van acompañados de profundas inspiraciones. Finalmente, si la impresión es dolorosa se producen además de los cambios considerables de volumen, movimientos respiratorios poderosos y perturbaciones de la inervación de los músculos voluntarios.

La excitación desagradable produce primero un espasmo de los vasos superficiales, un aflojamiento de los vasos profundos y una disminución de amplitud de las contracciones del corazón. Los dos últimos factores reunidos producen una disminución de la elevación del pulso, y á consecuencia del debilitamiento de las contracciones cardiacas se produce un estancamiento de la sangre venosa que se traduce por el aumento de volumen del miembro.

Estas modificaciones corporales, cuyos principales rasgos hemos resumido, son, en la opinión general, *efectos* del dolor, y muchas obras de psicología parecen admitirlo. Esta tesis es inaceptable. El dolor considerado como fenómeno psíquico, como hecho interior, como puro estado de conciencia, no es una causa sino un síntoma. La causa es la excitación (de cualquier naturaleza que sea) que, proviniendo del medio exterior, obra sobre los sentidos externos, ó viniendo del medio interior obra sobre la vida orgánica. Se manifiesta de dos modos: de una parte, por el estado de conciencia que llamamos dolor; de otra, por los fenómenos físicos enumerados anteriormente. Lo que la conciencia expresa á su modo, el organismo lo expresa al suyo. Esto no es un simple punto de vista del espíritu; porque hay experimentos que muestran que las modificaciones circulatorias, respiratorias y motoras se producen allí donde es verosímil que falta la conciencia. Mantegazza ha demostrado que si se somete á un animal intacto á pica-

duras, cortes, quemaduras, se producen perturbaciones cardíacas; pero que el mismo fenómeno se produce después de la ablación del encéfalo. François-Frank, buscando los efectos de la excitación dolorosa en el corazón, ha comprobado que la anestesia clorofórmica suprime las perturbaciones del corazón, y que por el contrario, la supresión de los hemisferios cerebrales no las destruye. En otro tiempo Longet y Vulpian han sostenido que en los animales reducidos á la protuberancia y á las partes inferiores del eje cerebro-espinal, los gritos y los movimientos que producen cuando se los pincha son puramente reflejos: esta interpretación ha sido discutida por Brown-Séquard. En anencéfalos humanos se han observado en los pocos días que les es dado vivir, gritos, movimientos de succión y otros. Hay que admitir pues, ó que el estado de conciencia que llamamos dolor puede producirse con ausencia del cerebro, ó bien que los físicos pueden existir sin su concomitante psíquico.

El dolor (como estado de conciencia), no es más que una señal, un indicio, un fenómeno interior que revela al individuo vivo su propia desorganización. Unicamente el dolor es causa cuando, una vez instalado sólidamente en la conciencia, y llenándola toda, se convierte en agente de destrucción; pero entonces no es causa más que secundariamente. Este es uno de los casos frecuentes en las ciencias de la vida en que lo que es primitivamente efecto se convierte en causa á su vez. Aun cuando sea común á la mayor parte de los psicólogos, es, pues, un error considerar el dolor y el placer como elementos fundamentales de la vida afectiva; no son más que *signos*, el fondo es otra cosa: ¿qué se diría de un médico que confundiese los síntomas de una enfermedad con su naturaleza esencial?

Tocamos aquí un punto demasiado importante para no insistir en él. Esta tesis de que el dolor no es más que

un signo, y, en suma, á pesar de su papel soberano en la vida humana, un fenómeno superficial en relación con las tendencias que constituyen el fondo de la vida afectiva, encuentra apoyo en los casos de *analgesia*, es decir, desaparición del dolor. Esta insensibilidad se presenta en dos formas: espontánea y artificial.

La analgesia espontánea es de regla en los histéricos; puede variar de grado, de posición y de extensión. Los demonólogos de la Edad Media y del Renacimiento conocían estas migraciones de la insensibilidad en las diversas partes del cuerpo, que exploraban con cuidado para descubrir los *stigmata diaboli*, es decir, las regiones insensibles al dolor. Algunos autores le asignan una causa puramente psíquica: las impresiones penosas no se sienten, porque quedan fuera del campo de la conciencia que, en estos enfermos, se encuentra en estado permanente de disgregación, de difusión, de destrucción (1). También es cierto, por el contrario, que la idea fija intensa, la concentración profunda de la atención, la exaltacion fanática, pueden producir una analgesia temporal ó duradera. Muchos soldados, en el ardor de la batalla, no han sentido las heridas. Pascal, sumido en sus problemas, se libraba de las neuralgias. Los Aissaouas, los Fakires, ciertos Lamas del Tibet, se desgarran y se cortan, garantizados contra el dolor por sus delirios, y no se puede dudar que muchos mártires, en medio de sus torturas, no han experimentado sino un estado de arrobamiento. En ciertas formas de enajenación mental (excitación maniática, melancolía, idiotismo, etc.), esta analgesia espontánea es frecuente y se produce en formas extraordinarias. Se encontrarán numerosos ejemplos de ella en las obras especiales (2). Uno, masca vidrio durante media hora sin sentir ninguna molestia. Otro, en una

(1) Pierre Janet, *État mental des hystériques*.

(2) Véase en particular Morel, *Traité des maladies mentales*, que ha resumido muchos hechos curiosos, p. 324 y siguientes.

lucha, se rompe una pierna, un fragmento de la tibia sale al exterior, después de desgarrar la piel; no deja por esto el objeto de su cólera, y después va á sentarse á la mesa para comer, sin que su cara revele el menor sufrimiento. Son muy numerosos los que, intencionadamente ó por descuido, meten un brazo en agua hirviendo, ó se apoyan en una estufa al rojo; la piel se les cae en pedazos, sin que parezcan inquietarse por ello, La enumeración de hechos análogos no tendría fin (1).

Las analgesias artificiales, producidas por el cloroformo y los diversos anestésicos, como se los emplea en las operaciones quirúrgicas, son más instructivas. Se ha preguntado si los movimientos, las objurgaciones y los gritos de ciertos pacientes no probarán que la analgesia no es completa, aunque lo parezca. Richet ha emitido la opinión de que lo que desaparece no es la conciencia, sino el recuerdo; el dolor debe ser tan rápido, que sólo dura un momento matemático, y no deja ninguna resonancia tras sí; debe ser una serie de estados que se desvanecen sucesivamente. Esta hipótesis es muy sostenible; pero lo que encuentro más notable en

(1) Weir Mitchell (*Medical Record*, 24 Diciembre 1892, citado por Strong, *Psychological Review*, 1895, t. II, p. 332), cuenta el siguiente hecho extraordinario de analgesia natural. Se trata de un hombre que murió á los cincuenta y seis años, corpulento, de 250 libras de peso próximamente, de vida alegre. Inteligente, vigoroso de cuerpo y de espíritu, había adquirido reputación considerable como abogado y político. «Durante una campaña política, habiéndose herido un dedo en un tumulto, se lo cortó mordiéndoselo y escupiéndolo después. Tuvo una úlcera en un dedo de un pie, y se resistió tres años al tratamiento sin producirle un solo momento el menor dolor. Tuvo también en la mano un absceso que se propagó al brazo y al antebrazo y produjo una enorme inflamación que puso su vida en peligro: se usaba la lanceta sin precaución y, durante todo ese tiempo, no sintió ningún dolor. Lo mismo sucedió en la operación de las cataratas en los dos ojos: guardó la inmovilidad de una estatua. Sólo en su última enfermedad se quejó de algún dolor; pero pasó pronto, y había vuelto á su estado de insensibilidad natural cuando murió.

los hechos referidos por este autor es que, habiendo desaparecido el dolor, persiste un cierto grado de conocimiento. En otros términos, hay una excisión: el hombre afectivo ha desaparecido, queda el intelectual. En gran número de operaciones sencillas, muchos sienten el contacto del instrumento: dolor, ninguno. Pero he aquí casos más complejos. Operación de una fisura en el ano, con fístula: la enferma siente el contacto de las tijeras, y distingue bien que se le hacen cuatro incisiones; no puede hablar, pero no padece. — Operación análoga. «Mientras se la opera, le pregunto: ¿Qué edad tiene usted? Y responde: cuarenta y un años. No siente nada; despierta, no se acuerda del corte ni de la quemadura, y se queja de que no la hayan operado.» — «A otra, durante la operación, le pregunto: ¿Cómo vamos? Contestación: no vamos mal. En aquel momento le pellizco con mucha fuerza; no siente nada. — Introduzco con fuerza en la boca una pinza para coger la lengua: «Vamos, quítenme este cigarrillo», dice el operado. Al despertar, ningún recuerdo.» Otro, á quien se pasa las barbas de una pluma por debajo de la nariz, dice: «No me hagas cosquillas.» Esta respuesta tuvo lugar mientras se le ligaban las grandes arterias, momento muy doloroso de la operación. — Por último, un hombre cloroformizado, mientras se le ligaba el cordón espermátivo, oye sonar el reloj, y dice tranquilamente: «Son las once y media. Al despertar, ningún recuerdo (1).»

Si he citado estos hechos es porque prueban hasta qué punto es *separable* el dolor como estado de conciencia, cómo puede estar unido y separado, y hasta qué punto ofrece los caracteres de un epifenómeno.

Esta independencia relativa del fenómeno-dolor, contra la cual se han rebelado siempre los intelectua-

(1) Richet, *Recherches expérimentales et cliniques sur la sensibilité*, págs. 258-259.

listas (1), me parece corroborada por el hecho del retraso que hemos señalado más arriba de pasada. Si se recibe un golpe en un callo al andar, se siente el choque antes que el dolor; se siente el frío del bisturí antes que el dolor de la incisión. Beau estimaba que el dolor se retrasa algunas décimas de segundo con respecto á la impresión tactil. Burckhardt, según investigaciones precisas, fija la velocidad de trasmisión á la médula en $12^{m},9$ por segundo para las impresiones dolorosas, y en $43^{m},3$ para las demás. En ciertas enfermedades, como la tabes dorsal, la distancia entre el contacto de una aguja y el dolor sentido pueden ser de uno á dos segundos. — Se pueden citar muchos otros hechos. Si se coge con una pinza de presión un repliegue de la piel y se detiene la presión en el momento en que ésta es suficiente, el dolor, que no existía en un principio, acaba por aparecer. Viene gradualmente, como por ondas, y acaba por hacerse insoportable. — Un hombre, á quien una máquina cogió el pulgar, no notó la herida sino porque sintió el brazo atraído, y sólo empezó á padecer al cabo de un cuarto de hora. Se ha observado también que el síncope, causado por choques violentos y por traumatismo, no se produce inmediatamente (2); entre el accidente y el desvanecimiento pueden pasar varios minutos.

El dolor es el resultado de una repetición. Naunyn ha mostrado que en los tabésicos, una excitación mecánica (como la de un cabello en la superficie cutánea del pie) que permanece por bajo del dintel de la conciencia como contacto y como dolor, si se la repite de 60 á 600 veces por segundo, es percibida al cabo de 6 á 20 de éstos, y pronto se convierte para el enfermo en un dolor intolerable.

(1) Véanse, sobre esto, las explicaciones difíciles de Lehmann, *op. cit.*, p. 51 y siguientes.

(2) Richet, *op. cit.*, p. 289-290 y 315 316; muchas observaciones.

Aunque la sensibilidad excesiva al dolor (hiperalgesia) pertenece á la patología de nuestro asunto, que se estudiará en otro capítulo, conviene decir aquí algunas palabras acerca de ella para oponerla al estado contrario, la analgesia, y sobre todo en vista de nuestras conclusiones. Este estado es más difícil de determinar que la insensibilidad, porque aquí no hay más que una diferencia de grado, no una diferencia de ser á no ser. Pero, en ciertos casos, hay entre la excitación y la reacción del sujeto que siente una desproporción tal, que se puede decir sin vacilar que la sensibilidad no es normal.

Se ha notado que, de una manera general, las razas inferiores son poco sensibles al dolor. Los negros de Egipto sufren casi sin padecer las mayores operaciones quirúrgicas (Pruner-Bey). Mantegazza ha referido un gran número de ejemplos de ello (cap. XXVI). En el campesino, la sensibilidad es de ordinario menos viva que en el hombre de ciudad, y se puede decir sin vacilar que la susceptibilidad al dolor aumenta con la civilización; en gran parte, lo que se llama estoicismo sería mejor llamado grado débil de sensibilidad. Donde mejor se ve la hiperalgesia es en los casos de extrema sobreexcitabilidad nerviosa. En algunos está generalizada, es el *supplicium neuricum*, el paciente se dice presa de indecibles tormentos. Es menos frecuente en lo referente á los nervios especiales, pero hay casos. Uno padece con el más ligero ruido, no puede tolerar el menor olor. Pitres cita el caso de una persona encerrada en una cámara oscura, de la cual no salía más que de noche, con los ojos protegidos por una visera espesa contra la radiación de las estrellas. Los que penetraban por el día en la Cámara oscura, debían llevar vestidos oscuros y ocultar con mucho cuidado el cuello de la camisa, cuyo reflejo blanco era para el enfermo horriblemente desagradable (1). La hiperalgesia cutánea es

(1) *Leçons cliniques sur l'hystérie*, I, p. 182.

muy común, ya en toda la superficie, ya hemilateral, ya diseminada por islotes. Weir Mitchell, en su libro *Les lésions des nerfs*, ha referido muchos ejemplos de ella, entre otros el de un soldado herido á quien el simple roce del papel producía dolores atroces. Los fumadores de opio, cuando interrumpen sus costumbres, sienten el menor soplo como un frío glacial y se quejan de dolores intolerables en todas las partes del cuerpo. La hiperalgesia de los tejidos profundos es también frecuente en los histéricos y los hipocondriacos.

Conviene notar de paso que, así como la insensibilidad al dolor (analgesia) es independiente de la incapacidad de percibir las impresiones sensoriales (anestesia), así también la hiperalgesia es independiente de la hiperestesia. Esta es una capacidad de percibir que está por encima del término medio: sabido es que ciertas razas, ciertos individuos, tienen una acuidad visual, auditiva, olfativa, extraordinarias; es conocida la hiperestesia tactil de los ciegos; por último, en los hipnotizados, la finura de los sentidos ha parecido á veces milagrosa. La hiperalgesia, como la analgesia, muestra, pues, la independencia relativa del dolor respecto de las sensaciones que lo suscitan.

III

Podemos concluir de lo precedente que, aunque el dolor físico (no se trata más que de él en este momento), esté siempre unido á una sensación interna ó externa, aunque forme parte de un complexus psíquico, puede estar separado de aquella, desunido. Tiene, pues, sus condiciones propias de existencia, y otro tanto podemos decir, por anticipado, del placer.

¿Cuáles son estas condiciones de existencia? ó de un modo más sencillo, ¿qué es el dolor, por naturaleza? A la hora presente, hay sobre este punto dos doctrinas muy distintas: una, que cuenta pocos adeptos, sostie-

ne que el dolor físico es propiamente una *sensación*. Otra, generalmente admitida, lo considera como una *cualidad* de la sensación, ó más exactamente, como un acompañamiento, un concomitante (1).

La primera, aunque muy reciente en su forma completa, no deja de tener antecedentes. Ha encontrado un punto de apoyo momentáneo en el pretendido descubrimiento de los nervios odoríferos. Nichols, uno de los promotores de esta hipótesis, la ha desarrollado al principio orientándose en este sentido; se ha tenido que renunciar á él. Strong, uno de sus más fervientes partidarios, la ha sostenido apoyándose en otras razones. Según él todo el mal proviene de la ambigüedad de la palabra dolor que puede expresar dos cosas: *disgusto (déplaisir, displeasure, Unlust)* ó dolor físico en el sentido positivo. Reduce éste á las cortaduras, pinchazos, quemaduras, en una palabra, á todos los que afectan á la piel. Es, según él, una sensación en el sentido estricto, como la del azul ó del negro; «no es un atributivo, sino un sustantivo». El dolor de la quemadura, por ejemplo, es la mezcla de dos sensaciones: calor y dolor. La sensibilidad general está compuesta de cuatro especies de sensaciones: tacto, calor, frío y dolor. Cada una de ellas puede ser abolida por separado. La cocaina y el cloroformo suprimen el dolor, no el contacto; la saponina suprime el tacto, no el dolor; la siringomielia destruye la sensibilidad térmica y dolorosa, no la del tacto; en ciertas neuritis, existe la supresión del tacto sin analgesia. Estos diversos hechos se invocan como argumento principal en favor de la hipótesis del dolor-sen-

(1) Los debates sobre este asunto han tenido lugar sobre todo entre los psicólogos americanos. Consúltese: Rutgers Marshall, *Pain, pleasure and Aesthetics* (1895). —Nichols, *Origin of pleausure and pain (Philosophical Review*, I, 403 y 518). —*Psychological Review*, Strong, Julio, 1895; y para las críticas y réplicas, Setiembre y Noviembre de 1895, Enero de 1896 —*American Journal of Psychology*, 1895, t. VII y siguientes.

sación, aunque pueden ser tan bien explicados en la otra como en esta doctrina.

Tal hipótesis está llena de dificultades. Desde luego, la ausencia de base anatómica: órganos, nervios especiales. Ya volveremos sobre este punto importante (cap. III) al tratar del placer. Dice Nichols que no hay más pruebas contra la existencia de nervios del dolor que el no haberse establecido objetivamente;—esto ya significa algo,—que el estudio histológico no podría, en definitiva, determinar en los aparatos periféricos cual sirve para tocar y cual es propio del dolor y que la prueba debe deducirse de los casos de sensaciones tactiles sin dolor y *vice versa*—lo cual no constituye una prueba en modo alguno.—Además, la separación establecida entre el disgusto (dolor moral?) y el dolor físico es arbitraria, facticia, absolutamente nada motivada. Pero hay una separación todavía más inaceptable. Strong declara expresamente que se limita á los dolores localizados en la superficie cutánea. Ahora bien, ¿con qué derecho separar del grupo de los dolores físicos—extrictamente físicos—los estados de tormento, de tortura, que provienen de los órganos internos, las múltiples neuralgias más intolerables que ningún otro dolor externo, sin hablar del malestar, de la postración, del agotamiento? ¿Son también sensaciones ú otra cosa? Nada se nos dice. Por último, y Strong mismo se ha puesto la objeción, hay que confesar que nos encontraríamos aquí con sensaciones de una clase extraña, que no se proyectan fuera de nosotros, que no se exteriorizan. En tanto que las impresiones visuales, auditivas, tactiles, olfativas y gustuales se refieren á las causas que los provocan, los dolores de pinchazo, de cortadura y de quemadura, permanecen rigurosamente subjetivos y no son localizadas en la aguja, el cuchillo ó la brasa, como localizamos el sonido en la campana, ó el amargo en el ajenjo. La única contestación posible (y no la han dado los partidarios del dolor-sensación), sería que este

fenómeno tiene un carácter propio: queda siempre como sensación, sin llegar á ser percepción; de aquí su falta de proyección al exterior. Pero entonces ¿por qué asimilarlo «al azul ó al rojo»? Además, la sensación pura, si es que existe en el adulto, se relaciona de tal modo con el estado afectivo, que la tesis del dolor-sensación, en lo que tiene de esencial, se desvanece. «Piénsese lo que se quiera de la posibilidad de un descubrimiento futuro de órganos terminales para el dolor físico, me parece obligado conceder que no hay ninguna prueba de la existencia en el medio de un estímulo especial cuyo correspondiente especial sea el dolor físico: aunque no hubiese más razón que esta, sería un error colocar en la clase bien determinada de las «sensaciones» un estado especial al que faltan todos los caracteres de la sensación en general». Esta conclusión de Rutgers Marshall es también la nuestra.

La doctrina contraria, á la cual se ha llamado en estos últimos tiempos *teoría de la cualidad* (*quale-theory*), se sostiene muchas veces en una forma poco satisfactoria; porque, en efecto, se reduce á una afirmación de *cantidad*. El dolor que acompaña á la sensación puede depender, ya de la intensidad, ya sólo de la cualidad de aquélla.

Es inútil insistir en el primer caso, porque casi todos los autores no cesan de repetir que la impresión dolorosa es el resultado de una excitación fuerte, intensa, violenta, prolongada.

Por el contrario, importa notar que esta afirmación exclusiva no es aplicable siempre y en todos los casos. Muchas veces, en efecto, el dolor no exige la intensidad de la excitación. Esto resalta con evidencia en los casos de hiperalgesia, y es lo que nos ha movido á citarlos. La sensación muy desagradable, producida por un cuchillo que rasca el cristal, procede ciertamente más de la naturaleza que de la intensidad de la excitación. Beaunis hace notar que ciertos olores ó sabores,

ciertos contactos, son penosos desde luego, y que no es necesario que sean intensos. El roce de una barba de pluma, que producía la angustia al paciente de Weir Mitchell, ¿obraba por su intensidad? Sin duda, hay que reconocer que las hiperalgesias constituyen un grupo que no es estrictamente comparable con los casos ordinarios: son formas patológicas, variables en grado; pero la patología no es más que la exageración de un fenómeno normal. El error de los que refieren el dolor sólo á la intensidad de la excitación consiste en no considerar más que las condiciones *objetivas*; olvidan demasiado el papel del sujeto que siente. Los dolores que dependen de la cualidad de la excitación son de origen predominantemente *subjetivos*; porque el grado de excitabilidad de los elementos nerviosos, en el paciente, es la condición esencial que lo regula todo.

Admitido que obran una y otra, ambas condiciones — la intensidad y la cualidad; — ¿qué ocurre enseguida? ¿Cuál es la naturaleza íntima del proceso que produce el dolor? La hipótesis más natural, la más sencilla, la más conforme con las concepciones mecánicas, actualmente predominantes en las ciencias biológicas, consistiría en admitir que el dolor corresponde á una forma particular de movimiento. En este supuesto, la vía nerviosa aferente, de la periferia á los centros, podría ser recorrida por tres especies distintas de movimiento ó de cambio molecular: el primero, que daría origen á la sensación pura, es decir, á un estado intelectual, á un conocimiento; la segunda, unas veces presente, otras ausente, que daría origen al dolor; la tercera, unas veces presente y otras ausente, que daría origen al placer.

Todavía habría otra hipótesis posible, completamente distinta de las demás, sobre la génesis del dolor, y hacia la cual me inclinaría con gusto; pero que no puede presentarse sino como un punto de vista del espíritu. Consistiría en atribuir aquél á *modificaciones*

químicas en los tejidos y los nervios, y muy especialmente á la producción de toxinas locales ó generalizadas en el organismo. El dolor sería entonces una de las manifestaciones y una de las formas de la auto-intoxicación. Creo que sólo Oppenheimer (1) ha investigado en este sentido. Según él, en lo que concierne al origen del dolor «en todo órgano, sensorial ó no, la causa real está en una alteración del tejido, particularmente una alteración de especie química, por la cual, ó bien los productos de destrucción se elevan por cima de la media normal, ó bien las modificaciones resultan del influjo de un cuerpo extraño, presente en el organismo». En cuanto á la relación entre el tejido periférico y los centros, se produciría por los nervios vaso-motores (contractores y dilatadores). Tendríamos, pues, los tejidos como órganos terminales del dolor, los vaso-motores como vía de conducción. En los órganos que no sufren más que ligeros cambios, cuando están en actividad (los tendones, ligamentos, huesos, etc.), la sensibilidad consciente es casi nula. «El dolor no es, como creen muchos, el grado superior de la sensación que se produce en los órganos de los sentidos especiales, sino la sensación más intensa que se produce en los nervios vaso-motores, bajo el influjo de una violenta excitación.»

Esta hipótesis quizás sea justificada por el porvenir. Volveremos sobre ella al estudiar las emociones, y veremos que éstas por lo menos, van acompañadas en el organismo de modificaciones químicas profundas y bien comprobadas.

El dolor físico es un asunto muy amplio que, como se ve, no ha sido descuidado en los últimos tiempos, y sobre el cual queda mucho por decir; pero hay que limitarse, porque no es más que una porción bastante restringida de la psicología de los sentimientos.

(1) *Schmerz und Temperaturempfindung*, Berlín, Reimer, 1893.

CAPITULO II

EL DOLOR MORAL

(EL DISGUSTO, LA TRISTEZA)

Identidad de todas las formas del dolor. — Evolución del dolor moral: 1.º resultado puro de la memoria; 2.º unido á representaciones: forma positiva, forma negativa; 3.º unido á conceptos. — Su estudio desde el exterior; sus signos físicos y su terapéutica; conclusiones que se deducen. — Caso-tipo de la hipocondría.

Pasando del dolor físico al dolor moral, ¿entramos en otro mundo y cambiamos de objeto? De ningún modo. Las lenguas, con sus términos especiales: tristeza, disgusto (*tristesse, chagrin, sorrow, Kümmer*), etc., crean una ilusión, de la cual parecen haber sido juguetes los psicólogos: la de que entre estas dos formas del dolor hay una diferencia de naturaleza. En todo caso no se explican claramente sobre este punto, y parecen compartir la opinión común (1). El objeto de este capítulo es establecer que, por el contrario, entre el dolor físico y el dolor moral hay una *identidad* radical, que no difieren uno de otro más que por el punto de partida; pues

(1) No veo que haya tratado este punto más que Hartmann, que lo ha hecho incidentalmente, pero con mucha claridad. «Que me duelan las muelas, un dedo ó el estómago; que pierda á mi mujer, á un amigo ó mi empleo; «si en todos estos casos se distingue lo que es dolor, y no es más que dolor, y no puede confundirse con la percepción, la idea, el pensamiento, se reconocerá que este elemento especial es idéntico en todos los casos.» — *Philosophie de l'inconscient*, t. I, segunda parte, cap. III.

el primero va unido á una sensación, y el segundo á una forma cualquiera de representación, imagen ó idea.

I

A primera vista parecerá paradógico y hasta irritante á muchos, sostener que el dolor que produce un callo en el pie ó un forúnculo, el que ha expresado Miguel Angel en sus *Sonetos*, por no poder alcanzar su ideal, ó el que siente una conciencia delicada á la vista de un crimen, son idénticos y de la misma naturaleza. Reuno de intento casos extremos. No hay, sin embargo, por qué indignarse, si se advierte que se trata del dolor sólo, no de los sucesos que lo provocan, que son, por su parte, fenómenos extra-afectivos. Por otra parte, la mejor manera de justificar nuestra tesis es seguir la evolución del dolor moral en su marcha ascendente, de lo inferior á lo superior. Bastará notar sus principales etapas.

Primer período. — El dolor moral va unido en un principio á una representación sumamente sencilla, es decir, á la copia inmediata de una percepción. Se le puede definir como la reproducción ideal del dolor físico. No supone más que una sola condición: la memoria. El niño que ha tenido que tragar una medicina desagradable, el que se ha hecho sacar una muela, cuando tienen que repetir la operación experimentan un dolor que no se puede llamar físico, puesto que va unido á una simple imágen; no es más que la copia debilitada de ésta y su eco. Se puede decir en el lenguaje de las matemáticas, que en este caso el dolor moral es al dolor físico como la imagen es á la percepción. Es una forma tan sencilla, que se encuentra hasta en muchos animales, no de los más elevados. Todavía no es el dolor moral (tristeza, disgusto) en el sentido completo y riguroso, pero debía ser notado porque responde á lo que los naturalistas llaman una forma de paso.

Segundo período. — Está unido á representaciones complejas y forma una clase muy extensa, cuyas manifestaciones son las únicas que se encuentran en el promedio de la humanidad. En este grado el dolor moral supone la reflexión, ó más explícitamente, primero la facultad de razonar (deducción ó inducción) en seguida la imaginación constructiva. Se pueden citar ejemplos en montón, tomados al acaso: la noticia de una muerte, de una enfermedad, de la ruina, de una ambición frustrada, etc. El punto de partida es un hecho muy sencillo y escueto, pero el dolor se une á todos los resultados *vistos* que se derivan de aquél. Así, por ejemplo, la ruina es todo un cortejo de privaciones, de miserias, de trabajos que hay que volver á empezar, de fatigas, de agotamientos. En esta traducción del detalle, variable según los individuos y los casos, es en lo que consiste el dolor moral. Claro es, y la observación lo prueba, que el hombre dotado de una imaginación ardiente y constructiva, sentirá un dolor intenso; mientras que otros, de imaginación fría y pobre, quedan indiferentes, no viendo en su desgracia más que lo presente, lo actual, es decir, poca cosa: la suma de los dolores evocados es igual á la suma de las representaciones evocadas. El niño aparece insensible á la noticia de una muerte ó de una ruina, y si se conmueve es por imitación; porque no tiene nada en su experiencia que le permita deducir lo que contienen esas palabras funestas ni representarse el porvenir.

El dolor moral se presenta en diversas formas:

Positiva: es un gasto de movimiento, la representación de un trabajo que agota, de un esfuerzo incesante que hay que recomenzar y que se siente ya en la conciencia por anticipado. Tal es el caso de un candidato reprobado en un examen, y que no puede renunciar á él.

Negativa: es una suspensión de movimiento, una disminución, la conciencia de un déficit, de una priva-

ción, de necesidades renacientes sin cesar y sin cesar frustradas. El ejemplo más perfecto es la muerte de una persona querida.

Mixta: como en el millonario arruinado ó el monarca destronado que vuelven á emprender la obra de reconstituir su pasado. Por una parte, representación de los largos trabajos de una nueva conquista; por otra, tendencias de todas clases satisfechas en otro tiempo y ahora refrenadas de una manera inexorable.

Un estudio completo de nuestro segundo grupo de dolores morales comprendería dos momentos: la forma egoísta, primera en fecha, y la forma simpática ó altruísta. Esta parece producirse desde muy temprano, puesto que Darwin la ha notado á la edad de seis meses y once días en uno de sus hijos que se mostró muy conmovido porque su nodriza hizo ademán de desolarse y gritar. Preyer hasta pretende, como hemos visto, que el disgusto aparece desde la edad de cuatro meses. Esta forma simpática del dolor se encuentra en ciertos animales, particularmente los que viven en sociedad. En ciertas parejas monógamas, la muerte de uno de los conyuntos produce con frecuencia el decaimiento del otro. No nos detendremos, por el momento, en la descripción de estas dos grandes formas de la vida afectiva que nos ocuparán tantas veces en el curso de nuestro estudio.

Tercer período.—El disgusto va unido á puros conceptos ó á representaciones ideales. Es el dolor intelectual, mucho más raro y que de ordinario no aflige, al menos por mucho tiempo, á la mayoría de los hombres.

Tal es el dolor del hombre religioso que no se juzga demasiado ferviente, del metafísico atormentado por la duda, del poeta y del artista que tienen conciencia de una creación abortada, del sabio que persigue, sin éxito, la solución de un problema.

Estas formas del dolor son principalmente negativas y de un modo secundario positivas. Consisten, ante

todo, en necesidades no satisfechas, privaciones, lagunas en la existencia; después, en esfuerzo, gasto de fuerza, fatiga, para no conseguir nada.

II

Después de haber mostrado que el fenómeno-dolor, en el curso de la evolución, va unido á representaciones cada vez más elevadas hasta llegar á concepciones superiores, examinemos el dolor moral objetivamente, *desde fuera*, para mostrar de nuevo su identidad con el dolor físico, ó más exactamente, para establecer que el dolor es fenómeno invariable en su naturaleza, sea cualquiera la forma en que se manifieste.

1.º La tristeza va acompañada de las mismas modificaciones en el organismo que el dolor físico. Es inútil repetir su descripción: perturbaciones en la circulacion, constricción de los vaso-motores, síncope; descenso de la respiración ó cambios perpetuos de su ritmo; repercusión brusca ó prolongada sobre la nutrición, inapetencia, indigestión, suspensión ó disminución de las secreciones, vómito. Notemos que los casos de canicie rápida, recordados más arriba, se encuentran sobre todo en las violentas sacudidas morales (María Antonieta, Ludovico Sforza, etc.) Los músculos voluntarios de la voz, de la cara, del cuerpo entero, sufren los mismos influjos, tienen el mismo modo de expresión; para el dolor moral, como para el físico, hay formas mudas y formas agitadas.

2.º Si se admite el antiguo adagio: *Naturam morborum medicationes ostendunt*, como quiera que vemos todos los días aplicar la misma terapéutica general para ambas formas del dolor, este es otro testimonio más en favor de su identidad; sin duda, cada una tiene medios curativos que le son propios: para el dolor moral, los consuelos, las distracciones, los viajes; pero ¿no

se emplea para curar una y otra el opio, los sedantes, los tónicos?

3.º Hemos asimilado más arriba los casos más groseros de dolor físico á los más refinados de dolor moral; pero hay formas compuestas en las que las sensaciones y las representaciones parecen estar en equilibrio, de suerte que esos estados dolorosos deben inscribirse bajo uno y otro título. Tales son ciertos melancólicos de que tendremos que hablar más tarde; pero podemos tomar como tipo el hipondriaco: encontramos en éste el punto de unión de ambos dolores. La descripción de las perturbaciones físicas de la hipocondría se ha hecho con mucha frecuencia. Hay dolores localizados; pero además, ¡cuántos dolores simplemente representados, aumentados como con una lente, atribuídos al corazón, al hígado, al bazo, á los riñones, al estómago, á los intestinos, á las articulaciones que crugen! ¡Qué de conjeturas sobre el color de la cara, de la lengua, de las orinas, y sobre todo qué perpetua ansiedad! Uno de ellos decía: «Esto va muy bien hoy; lo cual me inquieta, porque no es natural.» ¿Es esto dolor físico, es dolor moral? Predomina ya uno, ya otro, según los individuos y los momentos. Clouston ha notado que, entre los melancólicos, muchas veces la tristeza disminuye cuando el dolor físico aumenta. Están tan íntimamente entrelazados, que no se puede establecer entre ellos un punto de partida. Este estado morboso, que no es raro, merecería ser recordado, porque es también una forma de paso. Se podría, sin temor, generalizar y decir: no hay ningún dolor físico (es decir, localizado), por ligero que sea, que no vaya acompañado de algún malestar fugitivo, ningún malestar que no vaya acompañado de algunas ligeras perturbaciones físicas.

Todo lo que precede no quiere decir que el disgusto sea un dolor físico muy refinado, que ha nacido de él, que de él sale, como, según la fórmula muy conocida: *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*, se

supone que las formas superiores del conocimiento salen de la pura sensación. El dolor físico no es un género del cual sea una especie el dolor moral. La tesis que yo sostengo es que el dolor es siempre idéntico á sí mismo, que tiene sus condiciones de existencia propias, que las innumerables modalidades que nos presenta en el orden físico (1) y en el orden mental dependen del elemento sensitivo ó intelectual que lo suscita y que están dentro de él.

Quedaría por averiguar por qué ciertas representaciones tienen el molesto privilegio de excitar el dolor. Esta es una cuestión que nosotros sólo podemos tocar de pasada, porque pertenece á otra parte de nuestro asunto. Por el momento, respondo sencillamente: porque son un principio de desorganización mental, como el dolor físico es un principio de desorganización física. El sér que siente, hombre ó animal, es un haz de necesidades, de apetitos, de tendencias físicas ó psíquicas: todo lo que los suprime ó los estorba se traduce en dolor. El padecimiento físico responde á la reacción ciega é inconsciente del organismo contra toda acción perjudicial. La tristeza responde á la reacción consciente con-

(1) Hahnemann distinguía setenta y tres especies de dolores físicos, Georget treinta y ocho, Renaudin doce, etc. Doy estos números á título de curiosidad. Más recientemente, Goldscheider (*Ueber den Schmerz*) estableció tres grados en los dolores físicos: 1.º Dolores verdaderos, reales (*echte*); dependen de los nervios de la sensibilidad general, y son producidos por excitaciones mecánicas, térmicas, químicas, por la inflamación, los venenos. — 2.º Dolores indirectos, pseudo-dolores, que consisten, sobre todo, en un estado de malestar (*Schmerzweh*); pueden en las enfermedades de la cabeza, del estómago, etc., ser tan opresivos y crueles como los dolores «reales». — 3.º Dolores psíquicos ó ideales (*ideel*), que son una hiperestesia de la actividad sensitiva; se encuentran en los neurósicos (neurastenia, histerismo, hipocondría), en las alucinaciones, el estado hipnotico, etc. Esta clasificación es quizá aceptable en fisiología. Para la psicología, todo dolor, á título de estado de conciencia, cualquiera que sea, y provenga de donde quiera, es «verdadero», «real».

tra toda disminución de la vida psíquica. El hombre aprisionado en el prosaísmo más estrecho y más limitado, no sentirá, seguramente, ningún dolor estético, porque no teniendo ninguna necesidad de este género, no puede ser por este motivo ni aminorado ni perturbado.

En resumen, el dolor, en todas sus formas, revela una identidad de naturaleza. La distinción entre el dolor físico y el moral, tiene un valor práctico, no científico.

CAPÍTULO III

EL PLACER

Asunto poco estudiado.—¿Es una sensación ó una cualidad?—Sus concomitantes físicos: circulación, respiración, movimientos.—El placer es separable como el dolor: anedonia física y moral.—Identidad de las diversas formas del placer.—De la pretendida trasformación del placer en dolor.—Fondo común de los dos estados.—Hipótesis de una diferencia de naturaleza; de una diferencia de grado.—Simultaneidad de dos procesos contrarios: lo que va á la conciencia es el resultado de una diferencia.—Hechos fisiológicos que lo apoyan.

Cuando se trata del dolor, se está embarazado por la abundancia de datos y la dificultad de ser breve; pero en cuanto al placer, ocurre todo lo contrario. Sucede esto porque los médicos desde hace siglos, han recogido observaciones sobre el dolor, mientras que no existe ninguna profesión que tenga por fin observar el placer. ¿Es porque la humanidad está hecha de manera que sufriendo más con el dolor de lo que goza con el placer, estudia todo lo que significa pena para librarse de ella y acepta todo lo que es agradable sin reflexionar sobre ello? No se puede acusar, por consiguiente, á los psicólogos de haber descuidado este estudio, aunque la bibliografía del placer sea ínfima comparada con la del dolor. En general han considerado ellos estas dos materias como partes contrarias la una de la otra; el placer y el dolor se oponen como dos con-

trarios, de tal suerte, que al conocer al uno se conoce al otro. Pero ésta no es aquí más que una hipótesis verdadera tal vez, ó tal vez falsa, que no descansa en gran parte más que sobre el testimonio de la conciencia, siempre discutible y sospechoso. «Pudiera ser muy bien, dice Beaunis, que el placer y el dolor, que nos parecen dos fenómenos opuestos y contrarios el uno del otro, no sean en último término más que dos fenómenos de la misma naturaleza que sólo difieran por diferencia de grado. Pudiera suceder que sean dos fenómenos de orden diferente, pero no pudiéndose comparar el uno con el otro, de modo que no se pueda decir que el uno es el contrario del otro. Pudiera ocurrir que dependan sencillamente de una diferencia de excitabilidad de los centros nerviosos. Y pudiera ser, en fin, que estuvieran ya en una categoría, ya en la otra (1).»

I

Las fórmulas universalmente adoptadas para caracterizar el placer, indican esta posición vaga del problema: «Los estados agradables son la correlación de las acciones que contribuyen al bien ó á la conservación del individuo». «Generalmente hablando, el placer acompaña á las actividades medias, cuando estas actividades son por su naturaleza capaces de exceso ó de defecto.» (Herbert Spencer).—«La experiencia atestigua que en todos los dominios sensoriales, las sensaciones de energía moderada van especialmente acompañadas de un sentimiento de placer. Por esto tal sentimiento se une á las sensaciones de las cosquillas, debidas á excitaciones cutáneas de debil energía.» (Wundt).—Según este autor, la escala del placer es menos rica y menos extensa que la del dolor, y encuentra la prueba de ello

(1) Beaunis, *Sensations internes*, cap. XXIII.

en el lenguaje, que es el que traduce la experiencia universal. «El lenguaje, dice, ha creado numerosas expresiones para los sentimientos, las emociones y las inclinaciones penosas, mientras que las disposiciones alegres del alma tienen muy pocas denominaciones. Este fenómeno se debe menos á que el hombre observa especial y cuidadosamente sus estados penosos ó desagradables, que á que los sentimientos de placer poseen en realidad una mayor uniformidad. Esto es principalmente evidente para los sentimientos sensoriales (ligados á las sensaciones). El dolor tiene no solamente numerosos grados de energia, sino toda clase de matices, según el sitio en que se produzca.» Mantegazza, estableciendo la sinonimia del placer, parece sostener la tesis contraria (1). Por mi parte, me pongo del lado de la opinión de Wundt.

Las condiciones anatómicas y fisiológicas de la génesis y de la trasmisión del placer son un campo desconocido. En los casos del placer físico, ¿qué pasa en las terminaciones periféricas, en los nervios y en el eje cerebro-espinal? Estas cuestiones no se las plantean la mayor parte de los autores. La fisiología del dolor, á pesar de sus incertidumbres, es rica é instructiva, en comparación con la del placer.

En estos últimos tiempos se ha sostenido que el placer, asi como el dolor, debe ser considerado como una *sensación*, no como lo concomitante de los diversos estados psíquicos: que son uno y otro sentidos fundamentales que tienen sus energías nerviosas propias y distintas de las otras sensaciones; en otros términos, las expresiones «sensaciones de placer y de dolor» deberían tomarse en el sentido estricto que significa la pa-

(1) *Fisiologia del piacere*, 2.ª parte, cap. II. Enumera las expresiones siguientes: *gusto, diletto, compiacenza, soddisfazione, conforto, contentezza, allegria, buon umore, gioia, giubilo, tripudio, delizia, voluttà, felicità, solletico, rapimento, trasporto, ebbrezza, delirio.* Tal vez sobre este punto la lengua italiana es más rica que la alemana.

labra sensación. Hemos hablado ya de ello á propósito del dolor. Sin embargo, no me parece inútil insistir, pues esta aserción, además de su carácter hipotético. no me parece afortunada. En efecto, si hay un estado psicológico que sea claramente delimitado y diferenciado de todos los demás, es la sensación.

La sensación es determinada y circunscrita por un órgano especial que no sirve más que para este fin, como la vista, el oído, etc., á lo menos por nervios específicos y terminaciones periféricas especiales, como el tacto y la temperatura. Las sensaciones internas, á pesar de su aparato propio, tienen un caracter más vago; por eso algunos psicólogos las llaman indiferentemente sensaciones y sentimientos. Las sensaciones quinestéticas ó de movimiento, comprendidas mucho tiempo bajo el nomb e de sentido muscular — término impropio que tiende á desaparecer—aunque difundidas en el organismo, tienen sin embargo nervios que les son propios; los del tejido muscular, de las articulaciones (del periostio, de los ligamentos, de las sinoviales, de los tendones). Pero para el placer y el dolor no se encuentran ni órganos ni nervios especiales. Hemos visto cual es la opinión admitida en la cuestión de los nervios doloríferos; en cuanto á los nervios del placer, yo no conozco ningún autor que haya aventurado la hipótesis por débilmente que sea. Es verdad que uno de los que admiten los nervios del dolor (Frey) ha salido cómodamente de la dificultad diciendo que el placer «no siendo más que la ausencia del dolor,» no supone nervios especiales. ¿No es, pues, falsear completamente la acepción de los términos clasificar, entre las sensaciones, fenómenos psíquicos que no tienen ninguna de las condiciones anatómicas y fisiológicas requeridas? (1).

(1) Esta tesis ha sido sostenida principalmente en América por Nichols, *Philosophical Review*, Julio 1892, y en Francia por Bourdon, *Revue Philophique*, Septiembre 1893. El primero la aplica al placer y al dolor «que son sensaciones fundamentales tan distintas

Se conocen mejor las manifestaciones que se producen en el organismo, cuando nos hallamos en estados de placer. Tomemos como tipo los placeres estables, separando aquellos que, por su exuberancia, confinan, lo veremos más tarde, con las formas patológicas. Que el punto de partida sea una excitación física, una representación ó un concepto, se produce como para el dolor dos acontecimientos diversos: de una parte, un estado de conciencia interior, que nosotros calificamos de agradable; de otra, un estado somático, exterior, cuyos principales caracteres son:

Tomados en su conjunto, se oponen, casi rasgo por rasgo, al cuadro que se ha hecho de las manifestaciones físicas del dolor, y expresan un aumento de funciones vitales. Este contraste no deja de tener importancia en favor de la tesis común, que opone el placer y el dolor como dos contrarios.

1.° La circulación aumenta sobre todo en el cerebro, lo cual se traduce por diversos fenómenos, especialmente por el brillo de los ojos. Los experimentos de Lehmann, citados anteriormente (cap. I), muestran que el placer físico, como el placer estético, van acompañados de la dilatación de los vasos y aumento de contracciones del corazón (1).

la una de la otra, como lo son de otras sensaciones». Su artículo contiene consideraciones ingeniosas sobre el papel de la asociación de las ideas. - El segundo la aplica solamente al placer, y considera al dolor como irreductible. Para él «el placer es una sensación especial y no una sensación común ni una propiedad de todas las sensaciones; es de la misma naturaleza que la sensación especial de las cosquillas». Comparando el placer del cosquilleo (según Descartes y otros, como él lo hace notar), Bourdon escapa en parte á la crítica expuesta más arriba. Es necesario por tanto notar, que el cosquilleo es por sí mismo una sensación en la que las condiciones orgánicas están muy vagamente determinadas. Además de la impresión cutánea, hay ciertamente acciones reflejas difusas que las relacionan tanto á la sensibilidad interna como al tacto.

(1) Después de la primera edición de esta obra, M. el Dr. G. Dumas se ha entregado á investigaciones experimentales sobre el

2.º La misma nota para la respiración, que deviene más activa; en su consecuencia, la temperatura del cuerpo se eleva, los cambios nutritivos, más rápidos, producen una rica alimentación de los órganos y de los tejidos. «En la alegría, todas las partes del cuerpo se aprovechan y se conservan más largo tiempo; el hombre contento y dispuesto está bien nutrido y permanece joven. Es una verdad común que las personas sanas están contentas» (Lange). Aumenta también las secreciones (láctea, espermática, etc.)

3.º La inervación de los músculos voluntarios se expresa por una exuberancia de movimientos, por los gritos de alegría, la risa y el canto. Ciertos casos de alegría extremada y brusca han producido todos los efectos de la embriaguez alcohólica. El químico Davy bailó en su laboratorio cuando él descubrió el potasio. Münsterberg, en el Congreso Internacional de psicología de Londres, 1892, ha comunicado los experimentos siguientes, bajo el título de *Fondement psychologique des sentiments*. Se traza con la mano derecha una línea de 10 centímetros de longitud. Cuando se está bien ejercitado en este movimiento, se intenta repetirlo con los ojos cerrados, dirigiendo la mano de derecha á izquierda, por un movimiento de flexión centrípeta, después de izquierda á derecha, por un movimiento de extensión centrífuga. En ambos casos se cometen errores, ya en un sentido, ya en el otro. Repitamos los mismos experimentos bajo el influjo de ciertos estados afectivos (tristeza, alegría, cólera, etc.), y notemos los errores y sus direcciones. Münsterberg descubre aquí una ley muy precisa. En la pena, los movimientos de extensión (centrífugos) son muy cortos: error medio, — 10 milímetros, y los movimientos de flexión (centrí-

estado de la circulación durante los estados de alegría y de tristeza. Se encontrará el resumen al final de este capítulo. Han sido publicadas en la *Revue Philosophique*, de Junio á Agosto de 1896.

petos) son muy grandes: error medio, + 12 milímetros. En la alegría, por el contrario, los movimientos centrífugos son muy grandes: error medio, + 10 milímetros, y los movimientos centrípetos son muy cortos: error medio — 20 milímetros. De donde saca la conclusión de que, en el placer, los movimientos tienen una tendencia al aumento, y en el dolor, á la disminución.

Las manifestaciones de la alegría pueden resumirse en una sola palabra: dinamogenia.

Es supérfluo decir que consideramos el placer, con la misma razón que el dolor, como un fenómeno sobrepuesto, como un síntoma, un signo, una marca, que denota que ciertas tendencias están satisfechas, y que no puede ser considerado como un elemento fundamental de la vida afectiva. Como el dolor, el placer es *separable* del complejo de que forma parte, y en ciertas circunstancias anormales puede desaparecer totalmente. La *anedonia* (si se me permite este neologismo por oposición á la analgesia) ha sido muy poco estudiada; pero existe. No tengo necesidad de decir que el empleo de los anestésicos suprime á la vez el dolor y su contrario; pero hay casos en los que existe sola la insensibilidad del placer. «La sensación de la voluptuosidad sexual es, en casos muy raros, lesionada aisladamente. Brown-Séquard ha visto dos casos de anestesia especial de la voluptuosidad, persistiendo todas las otras especies de sensibilidad, de la mucosa uretral y de la piel. Althaus cuenta otro caso. Se encontrarían tal vez un mayor número sin la vergüenza, mal entendida, que impide hablar á los enfermos. Fonsagrives cita un ejemplo muy notable observado en una mujer (1).» Esta insensibilidad no existe solamente para el placer físico, sino también para el placer moral (alegría, contento). Sin hablar de casos de profunda melancolía, de los que nos ocuparemos des-

(1) Richet, *Recherches*, etc., p. 212.

pués, en los que ni el menor destello de alegría penetra en el individuo, hay casos de anedonia que parecen más sencillos y más puros. «Una joven fué atacada de una enfermedad al hígado, que alteró su constitución durante algún tiempo. Su carácter sufrió profundas modificaciones. No sentía ninguna afección por su padre ni por su madre. Hubiera querido jugar con su muñeca; pero le era imposible encontrar en ello el menor placer. Las cosas que antes le hacían reir á carcajadas no tenían para ella el menor interés (1).» Esquirol ha observado el caso de un magistrado, hombre muy inteligente, atacado de una enfermedad del hígado. «Parecía muerta en él toda clase de afecto. No mostraba, ni perversión, ni violencia, sino una ausencia completa de reacción emotiva. Si iba al teatro (cosa que hacía por hábito), no podía encontrar ningún placer. Pensar en su casa, en su interior, en su mujer y sus hijos ausentes, le afectaba tan poco, decía él mismo, como un teorema de Euclides.» Tenemos aquí una muestra de una existencia puramente intelectual, por así decirlo (el Sabio de los estóicos).

Estos hechos, y en otros capítulos, bajo títulos diferentes encontraremos otros análogos, muestran que el placer no depende simplemente de la *cantidad* de la excitación. La misma nota que para el dolor. Atribuir todos los placeres á las excitaciones de energía media, es equivalente á la fórmula: el dolor es debido á una excitación intensa y prolongada. En los dos casos se invoca solo la intensidad; pero hay placeres irreductibles á la energía media y que dependen de la *cualidad* de la excitación ó de la naturaleza del sujeto que siente. ¿Se dirá que los placeres sexuales son los concomitantes de una actividad media? El placer producido por bellos acordes, para un oído musical, es un asunto de cualidad, no de intensidad. Hay, pues, que renunciar

(1) Lewes, *Physical basis of mind*, p. 327.

á reducir las condiciones objetivas del placer á una sola fórmula.

Aunque la opinión común establezca una separación entre los placeres sensoriales y los espirituales, esta distinción es puramente práctica. El placer, como estado afectivo, queda siempre como idéntico á sí mismo; sus numerosas variedades no son determinadas más que por el estado intelectual que lo suscitan: sensación, imágen, concepto. Sería fastidioso para el lector comenzar de nuevo la exposición hecha al detalle para el dolor, para aplicarla al placer; basta indicar sus principales rasgos.

Todas las formas del placer van acompañadas de modificaciones orgánicas enumeradas precedentemente. En su origen, no puede ser más que físico, es decir, ligado á una sensación (placer de un contacto dulce y caliente, apaciguamiento del hambre y la sed en el niño y en los animales). Después el placer llega á ser una anticipación, como para el perro cuando se le lleva su comida; para emplear los términos de Herbert Spencer, éste es un estado presentativo-representativo. Después en esta evolución ascendente, aparece el placer unido á puras representaciones. Este es, como para el dolor, el gran grupo, el de las diversas y múltiples alegrías que consuelan á la humanidad de sus miserias: las alegrías se escinden también en placeres egoistas y en placeres simpáticos. Quedan las manifestaciones más raras y más altas, ligadas á puros conceptos: los placeres de la creación estética, los del metafísico, del sabio.—Se podría todavía mostrar cómo del placer considerado como estrictamente físico (el hombre sediento que toma á grandes tragos una bebida fresca), al placer intelectual más sutil, más etéreo, puede establecerse de hecho la transición, poco á poco, por grados; que los dos elementos, sensorial y representativo, coexisten siempre y que nosotros calificamos cada placer únicamente según la preponderancia del uno ó del otro. En fin, si hemos en-

contrado en la hipocondría una forma compuesta que puede ser clasificada á título de igual en el dolor físico y en el dolor moral; en el dominio del placer no es difícil encontrar formas análogas. El placer estético provocado por las formas, los colores, y sobre todo, por los sonidos, nos suministra un ejemplo. Es incontestable que estas tres especies de sensaciones únicamente, en ellas y por ellas mismas, producen un placer sensorial. Ciertos colores, ciertos timbres, ciertos acordes son agradables de golpe. Después las representaciones evocadas suscitan, ellas también, una cantidad de placer independiente de las sensaciones originales. Fechner, en su *Vorschule der Aesthetik*, distingue en su análisis de los elementos de lo bello, el factor directo, es decir, la sensación y el factor indirecto (ó asociativo), es decir, las ideas evocadas y asociadas. Estos dos factores coexisten, el análisis psicológico los separa solamente; y esto que Fechner establece en los elementos intelectuales tiene su equivalente para los estados afectivos (1).

II

La fórmula generalmente adoptada que une el placer á las actividades medias, se apoya sobre un hecho de observación corriente: esto es, que el placer llevado al exceso ó muy prolongado, se trasforma muy á menudo en su contrario. Los placeres del paladar pueden conducir á la náusea, el cosquilleo deviene rápidamente una tortura, y lo mismo el calor y el frío, y no hay melodía favorita que se pueda tolerar durante dos horas consecutivas. En una palabra, una sensación ó representación agradable al principio, puede lenta ó bruscamente ir acompañada de su contraria. El elemento sensorial ó intelectual quedando el mismo, á lo menos

(1) Para más detalles sobre este punto, véase el cap. VII.

en apariencia, puede cambiar, sin embargo, el estado afectivo.

Un estado tan trivial bien conocido desde la antigüedad y de donde los filósofos habían deducido diversas consecuencias, no merecería detenernos, si aun con su pequeña apariencia no nos permitiera penetrar en lo íntimo de nuestro asunto.

Notemos que la misma trasformación puede operarse en sentido contrario; un estado primitivamente penoso puede devenir agradable. Esta trasformación se encuentra en la raiz de casi todos los placeres que se llaman *adquiridos*; un sabor, un olor repugnantes al principio, pueden llegar á ser deleitables. Lo mismo ocurre con ciertos ejercicios físicos ligados al tacto y al sentido muscular. El uso de los alcoholes, del tabaco, de todas las clases de narcóticos, nos suministran ejemplos con profusión. Complácennos ciertas formas de literatura que al principio nos han sublevado; otro tanto se puede decir de la pintura, y la historia de la música es un gran testimonio en favor de ésta trasformación de los gustos.

Conviene ante todo notar que esta expresión consagrada «trasformación» del placer en dolor y *viceversa*, es inexacta. Ni el dolor se cambia en placer, ni el placer en dolor, más de lo que el blanco se cambia en negro. Esto quiere decir que las condiciones de la existencia del uno desaparecen para dar lugar á las condiciones de la existencia del otro. Hay sucesión, no trasformación; un síntoma no se cambia en su contrario.

Esta sucesión, brusca ó lenta, conduce á preguntar si entre los dos fenómenos antagónicos no habría un fondo común, una cierta identidad de naturaleza. A la cuestión así planteada, se puede responder por dos hipótesis.

1.° Admitir que la diferencia es fundamental, irreductible, que el dolor es tan claramente distinto del

placer como la sensación visual lo es de la auditiva; aquí hay antinomia, antagonismo irreconciliable. La afirmación más clara de esta tesis se encuentra entre aquellos que hacen del placer y del dolor «sensaciones» comparables á las otras sensaciones, teniendo su carácter específico.

2.º Admitir que la diferencia es de grado, no de naturaleza; que las dos manifestaciones contrarias no son más que dos *momentos* de un mismo proceso; que no difieren entre sí más que como el sonido difiere del ruido, ó un sonido muy agudo de uno muy grave, que resultan el uno y el otro de una misma caja, el número de vibraciones en la unidad de tiempo. Sostengo esta segunda hipótesis.

Tomemos como ejemplo un caso sencillo en el que el proceso se manifiesta en su totalidad. Una persona en estado llamado de indiferencia neutra, media, es decir, que no se le puede calificar ni como agradable ni como penoso; se deja vivir sencillamente. Es sensible al perfume de las flores; se las pone en su habitación: placer. Después, al cabo de una hora, todo cambia; se incomoda y las hace apartar. Hay aquí tres momentos sucesivos: indiferencia, placer, pena.

Pero estos tres momentos en la conciencia tienen sus correlativos en las modificaciones del organismo: circulación, respiración, movimiento, fases diversas de la nutricion. El primero responde á la fórmula vital media del individuo; el segundo á un acrecentamiento de funciones vitales, y, siguiendo la fórmula consagrada (que examinaremos más tarde), á un aumento de energía; el tercero á un abatimiento de las funciones vitales, á una disminución de energía. Tales son los datos de la observación y de la experiencia. Las investigaciones de Féré sobre las sensaciones olfativas (sin hablar de otras), han mostrado que el agrado ó desagrado que las acompaña, se traduce por un aumento ó una disminución de presión en el dinamómetro. En

un sujeto en el que la fuerza dinamométrica es normalmente 50 — 55, un olor desagradable la rebaja á 45; un olor agradable la sube á 65. En otro (un histérico), el perfume del almizcle, primero muy agradable, da en el dinamómetro 46 en lugar de 23; al cabo de tres minutos, llega á ser desagradable, y las presiones dan 19 (1). Hay, pues, en el organismo fluctuaciones respectivas de que lo agradable y lo desagradable son indicios en la conciencia: los dos contrarios están ligados á una misma causa, las funciones vitales que son su fondo común, y yo me inclinaría á proponer la hipótesis siguiente:

En la mayor parte de los casos, si no en todos, pasan *simultáneamente* dos procesos contrarios, el uno en el sentido del aumento, el otro en el de la disminución: *lo que aparece en la conciencia no es más que el resultado de una diferencia.*

¿Diferencia entre qué? Entre lo que se recibe y lo que se gasta. Tomemos á lo menos á título esquemático, un momento en que las acciones destructivas y constructivas estén en equilibrio, lo cual responde al estado neutro ó de indiferencia de los psicólogos y representémosle por la fórmula numérica 50 = 50. Sobreviene un segundo momento en el que las acciones destructivas predominan: supongámoslas iguales á 60, mientras que las acciones constructivas llegan á 40. Comparando este segundo momento al primero encontramos una diferencia en el sentido negativo = — 20, cuyo equivalente psíquico es un estado de conciencia penoso. Después un tercer momento en el que las acciones constructivas suben á 60, y las destructivas bajan á 40: diferencia en el sentido positivo = + 20, cuyo equivalente psíquico es un estado de conciencia agradable. Ruego al lector que no tome esto más que á título de aclaración.

(1) Féré, *Sensation et mouvement*, p 62 y 63.

Así entendida la «trasformación» de placer en dolor, de dolor en placer, no es más que la traducción en el orden de la psicología del ritmo fundamental de la vida. Este se reduce al hecho último de la nutrición constituída por dos procesos recíprocamente dependientes, y en el cual el uno implica al otro: asimilación, desasimilación; integración, desintegración. Salvo los casos extremos, tales como la inanición y consunción de una parte y la plétora del otro, donde uno de los procesos reina casi sin contrapeso, de ordinario oscilan alrededor de un término medio, como el placer y el dolor alrededor de un estado reputado neutro. En fisiología, sucede que un fenómeno muy claro y fácil de comprobar recubre y oculta un fenómeno contrario; de suerte que la parte principal del acontecimiento es tomada indebidamente por el todo. Así se sabe que el músculo se calienta por el ejercicio, lo cual parece estar en contradicción con la ley de la trasformación de la energía, por la cual el trabajo mecánico debía consumir una parte de este modo de movimiento que nosotros llamamos calor. Beclard y muchos otros después de él, han mostrado que hay una bajada real al principio del trabajo positivo, y que, en el músculo en acción, se producen dos fenómenos contrarios: uno, físico, absorbente de calor y que determina un enfriamiento del músculo activo; otro, químico, productor de un calentamiento del músculo. Este disfraza al otro. Igualmente los experimentos bien conocidos de Schiff, han mostrado que el cerebro se calienta cuando recibe impresiones y las elabora; debería enfriarse, puesto que trabaja; pero los experimentos de Tanzi parecen establecer oscilaciones alternantes de enfriamiento y de calentamiento, durante el trabajo cerebral. Sólo recordamos estos hechos, que no tienen una relación directa con nuestro asunto, para mostrar que la coexistencia de dos procesos contrarios, en los que el más aparente oculta al otro, no es una quimera. Hay á menudo

dos fenómenos simultáneos en los que el uno se ve y el otro no.

En nuestra hipótesis, pues, las condiciones de la existencia del placer y del dolor están implícitas la una en la otra y siempre coexisten: lo que la conciencia expresa es una demasía y lo que se llama su trasformación, no es más que una diferencia en favor el uno del otro (1).

Añado algunas notas finales sobre la trasformación del dolor en placer. Más raro que su contrario, presenta particularidades que se deben notar:

Los placeres muy vivos agotan rápidamente, condición muy propicia para la rápida aparición del dolor; yo no veo que los dolores muy vivos se cambien en placer, salvo tal vez en algunos casos que serán examinados en el capítulo próximo.

La «trasformación» no se hace bruscamente, sino siempre por una acción lenta.

A título de explicación, se ha invocado al hábito; pero este es un término tan general, que pide ser precisado para cada caso particular. Se ha dicho también que la sensación penosa, yendo acompañada de una desorganización, de un debilitamiento vital, provoca por esto mismo una reparación orgánica, un acrecentamiento vital, que es la condición del placer; pero esto no establece que este período de reintegración coexista con la impresión primera y le confiera una marca afectiva contraria. El fumador novicio se ve al principio molestado (náuseas, mal de cabeza, etc.); sigue un período

(1 Tal parece también la tesis de Rutgers Marshall (*op. cit.*) En primer término, considera siempre «los placeres-penas» como estados conexos; el placer puro es experimentado todas las veces que la actividad física, coincidiendo con el estado psíquico al que el placer va unido, implica el empleo de una fuerza de reserva almacenada, la resolución de una reserva potencial en energía actual: en otros términos, todas las veces que la energía implicada en la reacción á un estímulo es superior en cantidad á la energía que el estímulo suscita habitualmente.

de reparación, pero ésta no está ligada directamente con el acto de fumar.

Me parece preferible admitir, con Beaunis, que los estados agradables de que hablamos no son simples, sino complejos, constituídos por un cierto número de elementos. «Puede suceder que, entre los elementos que componen la sensación, sean unos agradables y otros penosos; por el hábito y el ejercicio, lo que había de penoso desaparece poco á poco para la conciencia, y no subsisten más que los elementos agradables de la sensación. En este caso no habría realmente trasformación de dolor en placer, sino extinción, desaparición de los elementos desagradables de la sensación y predominio de elementos agradables (1).»

La causa de este cambio me parece atribuible á esa función biológica, muy mal conocida en su fondo íntimo, que se llama la adaptación, y que parece reducirse á modificaciones nutritivas. La experiencia muestra que su eficacia es aleatoria; triunfa en los unos, y fracasa en los otros.

(1) Beaunis, *Sensations internes*, pp. 246-247. — Las investigaciones de G. Dumas, en un gran número de enajenados (mencionados en la p. 52), le han conducido á distinguir dos tipos diferentes de alegría y tres de tristeza, según los síntomas de la circulación y de la respiración. La alegría puede ir acompañada, sea de hipertensión, sea de hipotensión. La tristeza puede manifestarse, sea con hipotensión, depresión del corazón y de la circulación; sea con hipertensión, aceleración del corazón y de la respiración. Para los detalles de los experimentos, véanse los artículos antes citados.

CAPÍTULO IV

PLACERES Y DOLORES MORBOSOS

Utilidad del método patológico. — Investigación de un criterio de estado morboso: reacción anormal por exceso ó defecto, desproporción aparente entre la causa y el efecto, cronicidad. — I. Placeres morbosos; no son propios de las civilizaciones refinadas. — Diversos intentos de explicación. — Este estado no puede explicarse por la psicología normal: es la forma embrionaria de la tendencia al suicidio. — Clasificación. — Placeres semi-patológicos, destructores del individuo, destructores en el orden social. — II. Dolores anormales. — Tipo melancólico. — ¿De dónde proviene el estado penoso bajo la forma permanente? ¿De una disposición orgánica? ¿De una idea fija? Ejemplos de los dos casos.

El título de este capítulo puede parecer paradójico, siendo de ordinario el placer la expresión de la salud y aun de la exuberancia de la vida, y teniendo el dolor por definición un estado enfermo. Es preciso reconocer que para esto sería preferible la expresión *anormal*. Sin embargo, los hechos que vamos á estudiar no son raros, y merecen ser examinados aparte, porque las desviaciones y anomalías del placer y del dolor sirven para comprender mejor su naturaleza.

Al tomar por primera vez nuestra cuestión por el lado patológico — procedimiento que será aplicado más tarde á cada una de las emociones simples ó complejas — son indispensables algunas notas preliminares.

La aplicación del método patológico á la psicología no tiene necesidad de ser legitimada; tiene ya hechas sus pruebas. Los resultados adquiridos son muy nume-

rosos y muy conocidos para que yo tenga necesidad de enumerarlos. Este método, en efecto, tiene dos ventajas principales: primero, es un instrumento de aumento: amplifica el fenómeno normal; la alucinación hace comprender mejor el papel de la imagen, y la sugestión hipnótica aclara la sugestión que se encuentra en la vida ordinaria; segundo, es un instrumento preciso de análisis. La patología, se ha dicho exactamente, no es más que la fisiología desordenada, y nada hace comprender mejor un mecanismo que la supresión ó desviación de sus ruedas; las afasias producen una descomposición de la memoria y de las diversas especies de signos, que el análisis psicológico más sutil no podría intentar, ni aun suponer.

La principal dificultad de este método consiste en determinar el momento preciso en que ha de ser aplicado. La distinción de sano y de morboso es á menudo muy difícil. Sin duda que hay casos en los que la duda no es posible, pero hay zonas medias que flotan indecisas entre la enfermedad y la salud. Claudio Bernard se ha atrevido á escribir: «lo que se llama el estado normal es una pura concepción del espíritu, una forma típica ideal enteramente separada de las mil divergencias entre las cuales flota incesantemente el organismo en medio de sus funciones alternantes é intermitentes.» Si esto pasa así en la salud del cuerpo, con mayor razón pasa en la salud del espíritu. El dilema: «este hombre es loco ó no lo es, dice Griesinger, no tiene sentido en muchos casos». El organismo psíquico, más complejo y más inestable que el organismo físico, deja más difícilmente aun fijar una norma. En fin, esta dificultad alcanza su *máximum* en nuestro asunto, porque la vida afectiva, la más movil entre todas las formas de la vida psíquica, oscila sin cesar alrededor de un punto de equilibrio siempre dispuesto á descender muy bajo ó á subir muy alto.

Como es menester, no obstante, resolverse á adop-

tar algunos caracteres que sirvan de notas patológicas, de *criterio* para distinguir lo sano de lo enfermo, en el orden afectivo, aceptaremos los que Féré ha propuesto. Para él una emoción puede ser considerada como morbosa:

1.º Cuando sus concomitantes fisiológicos se presentan con una intensidad extraordinaria (nos parece conveniente añadir: ó una depresión extraordinaria).

2.º Cuando se produce sin causa determinante suficiente.

3.º Cuando sus efectos se prolongan fuera de lo regular (1).

Estas tres notas que yo llamaré; reacción anormal por exceso ó *déficit*, desproporción (aparente) entre la causa y el efecto, cronicidad, nos servirán muchas veces en el estudio de las emociones. Por el momento no se trata más que del placer y del dolor.

I

Comencemos por el placer. Examinaré primero un caso típico estudiado por muchos psicólogos, del cual no nos han dado, á mi parecer, ninguna explicación satisfactoria: tal es el estado particular que se ha llamado *luxure of pity* (Spencer), placer en el dolor (Bouillier) y que sería más exacto llamar *placer del dolor*. Consiste en complacerse en su propio sufrimiento y en saborearlo como un placer.

Esta disposición de alma no es, como pudiera creerse, exclusivamente propia de las personas estenuadas y de las épocas de civilización refinada; al contrario, parece inherente á la humanidad, apenas salida de la barbarie. Bouillier (2) ha hecho notar en los autores de la antigüedad los pasajes en que hacen mención de ella; no

(1) Féré, *Pathologie des émotions*, p. 223.

(2) Bouillier; *Du plaisir et de la douleur*, cap. VII.

solamente en Lucrecio, Séneca y otros moralistas, sino en los poemas de Homero, reflejo de una civilización bastante primitiva, y en donde, sin embargo, «se gozaba con sus lágrimas». Lo habría podido encontrar en la Biblia y supongo que en las epopeyas de la India antigua. No estamos, pues, enfrente de un fenómeno raro; sin embargo, cuanto más se adelanta en la civilización, llega á ser más frecuente.

Algunos hechos valdrán más que las citas; se encuentran de toda especie: placer del dolor físico, placer del dolor moral. Ciertos enfermos experimentan una voluptuosidad intensa en atormentar sus llagas. «Yo he conocido, dice Mantegazza, un viejo que me confesaba encontrar un placer extraordinario, no inferior á ningún otro, según su parecer, en arañar los contornos inflamados de una llaga senil que tenía en una pierna hacía ya muchos años (1).» Un hombre célebre del Renacimiento, Jerónimo Cardan, dice en su autobiografía «que no podía pasarse sin sufrir, y cuando esto sucedía, sentía levantarse en él tal impetuosidad, que cualquier otro dolor le parecía un alivio». Así es que tenía la costumbre, en este estado, de martirizar su cuerpo hasta saltársele las lágrimas (2). Se podría continuar una larga enumeración de estos placeres del dolor físico. Como placer del dolor moral, no daré más que un ejemplo: la melancolía, en el sentido ordinario de la palabra, no en el médico, la de los amantes, de los poetas, de los artistas, etc.; estado que puede ser considerado como el tipo del saboreo agradable de la tristeza. Todo el mundo puede estar triste; pero, no todo el que quiera, melancólico. Mencionaré además, al paso, los placeres de lo feo en estética, el gusto de los es-

(1) Mantegazza, *Fisiologia del piacere*, p. 26.

(2) Se podría hacer un curioso estudio de psicología patológica en la *De vita propia*, de Cardan, que era manifiestamente lo que se llama en nuestro tiempo un neurópata y un desequilibrado

pectáculos sangrientos y de las torturas, que deberemos estudiar en otra parte.

Dejemos los hechos y veamos los ensayos de explicación que se han propuesto: no son numerosos. Boullier (obra citada) parece adoptar la opinión de un cartesiano, que dice: «Si el alma, en todos los movimientos de las pasiones, aun las más dolorosas, es en cierto modo cosquilleada por una secreta dulzura; si se complace en su dolor; si no quiere ser consolada, es porque tiene la conciencia de que el estado en que se encuentra es el estado de corazón y de espíritu que conviene mejor á su situación.» Yo no comprendo esta pretendida explicación. Prefiero la de Hamilton, que pone la causa principal «en el aumento de actividad, que da á nuestro ser entero el sentimiento de nuestros propios dolores». Esto á lo menos es lógico, puesto que el placer está ligado á su correlativo ordinario, á saber: un aumento de actividad. — Spencer (1) ha examinado el problema más ampliamente: «Debo llamar la atención sobre otro sentimiento egoista, sobre todo en razón de su naturaleza misteriosa. Hay un sentimiento agradablemente doloroso, cuya naturaleza es difícil determinar, y más difícil todavía trazar su génesis: hablo de lo que se llama muchas veces el placer del dolor. Parece posible que este sentimiento, que lleva al hombre víctima del dolor á desear estar solo con su pena, y que le hace resistir á toda distracción, resulte de que este hombre fije su atención sobre el contraste que existe entre lo que él cree merecer y el trato que recibe, sea de sus semejantes, sea de un poder superior. Si cree que ha merecido mucho, mientras que ha recibido poco, y sobre todo, si en lugar de un bien es un mal el que le ha sobrevenido, la conciencia de este mal es endulzada por la conciencia del bien que cree merecer, y hecha agradablemente dominante por el contraste. Hay en él la idea de

(1) *Principles of Psychology*, t. II, párr. 518.

una gran denegación de justicia y un sentimiento de superioridad respecto de aquellos que son sus autores... ¿Es esta explicación verdadera? Sospecho que esto no es evidente. La propongo simplemente á título de ensayo, y confieso que esta emoción particular es tal, que ni el análisis ni la síntesis ponen en estado de comprenderla completamente.»

Esta explicación me parece parcial, é inaplicable, por consiguiente, á todos los casos. En mi opinión, todas las tentativas de este género deben fracasar, porque los autores se quedan sobre el terreno de la psicología normal. Este hecho debe ser tratado por el método patológico. Se dirá tal vez que esto no es más que la sustitución de una palabra por otra. De ningún modo, como se verá por lo que sigue.

Se ha cometido el error de atacar en primer término fenómenos muy delicados y de considerarlos aisladamente. Es menester proceder, no por síntesis ó análisis, sino por aumentos; establecer una serie en que los términos últimos — enormes — aclaren los primeros. Indico las principales etapas de esta gradación: melancolía estética, transitoria é intermitente; *spleen;* melancolía (en el sentido médico) (1); después, llevándolo más lejos, tendencia al suicidio; finalmente el suicidio. Este es el último término, que hace comprender todos los otros. Las primeras etapas no son más que formas embrionarias, abortadas ó mitigadas, de la tendencia del ser hacia su propia destrucción, del deseo, que la considera como agradable. Suprimidas en la inmensa mayoría de los casos, las formas débiles son un camino hacia la déstrucción, y no se explican más que si se las refiere al caso extremo.

(1) Un modo de sentir los melancólicos, nota Krafft-Ebing, se encuentra en la felicidad del dolor (*Leidseligkeit*): en ellos, las ideas que en estado sano provocarían dolor, despiertan en su conciencia afligida un débil sentimiento de satisfacción que representa el tono afectivo correspondiente.

Los evolucionistas han emitido la hipótesis de que han debido existir animales de tal modo conformados que en ellos el placer iría unido á las acciones destructoras, el dolor á las acciones útiles, y que, como todo animal busca el placer y huye del dolor, han debido perecer en virtud de su misma constitución, puesto que buscaban lo que destruye y huían de lo que conserva. Esta suposición no tiene nada de quimérica, pues nosotros vemos hombres que encuentran placer en actos que saben muy bien los han de conducir rápidamente á la muerte. Un ser, así constituído, es anormal, ilógico; encierra en sí mismo una contradicción que lo matará.

Pero, se puede decir, si el dolor y las acciones perjudiciales de una parte, el placer y las acciones útiles de otra, forman parejas indisolubles, de tal suerte, que el estado penoso en la conciencia es el equivalente de las acciones destructivas en el organismo é inversamente, habría aquí una inversión: el placer expresaría la desorganización, el dolor, la reorganización. Esta hipótesis, bien poco probable, no parece necesaria. Si se admite, como se ha hecho en el precedente capítulo, que existen siempre dos procesos simultáneos y contrarios, cuya diferencia únicamente es la que cae dentro de la conciencia, basta que uno de los dos procesos aumente, ó que el otro disminuya de una manera anormal, para que la diferencia cambie también en favor del uno ó del otro. Sin duda, que el resultado final está en contradicción con la regla, puesto que, en los casos anteriores, el exceso que debería ser negativo (dolor) es positivo (placer); pero ésta es una nueva prueba de que estamos enfrente de una desviación, de una anomalía, de un caso patológico que debe ser tratado como tal.

Nosotros hemos separado y estudiado un caso típico; nos queda, no que enumerar, sino que clasificar, los placeres patológicos para mostrar con ello su frecuencia. Tomemos como guía la buena definición de Man-

tegazza: «El placer morboso es aquel que constituye la causa ó el efecto de un mal»; los dividiré en tres clases:

1.° Los placeres semi-patológicos. Forman una transición de lo sano á lo francamente morboso. Tales son los que exigen un gasto excesivo ó prolongado de la energía vital. Se sabe que los placeres del gusto, del olfato, de la vista, del oído, del tacto, del ejercicio muscular, de las relaciones sexuales, producen la fatiga, el agotamiento, ó llegan bruscamente á ser penosos. Los placeres de la ternura, del amor propio, de la posesión. cuando se trasforman en pasiones, es decir, aumentan en intensidad y en estabilidad, cesan de ser placeres puros; se les agrega un elemento doloroso. Este fenómeno es natural y lógico, puesto que todo acrecentamiento de actividad lleva consigo pérdidas. y por consecuencia, las condiciones del dolor. Esta clase es apenas morbosa, porque el dolor *sucede* al placer. No pasa lo mismo con las otras dos, en las que el placer surge en medio de la destrucción y domina en la conciencia.

2.° Los placeres destructores del individuo: no me detendré en ciertas anomalías del gusto y del olfato, que serán descritas en otra parte; pero los placeres debidos á la embriaguez y á los narcóticos están tan exparcidos, que parecen inherentes á la humanidad. En todos los tiempos, en todos los sitios, aun entre las razas salvajes, el hombre ha encontrado medios artificiales de vivir, aunque no sea más que un instante, en un país encantado. Este placer es el que él mismo ha creado para su propia destrucción. Pero hay casos todavía más puros, no adquiridos é inventados, en los que el placer recubre y domina el trabajo de desorganización. Así pasa durante un cierto período de la parálisis general de los enajenados, en que el enfermo cree poseer en un grado supremo la fuerza, la salud, la riqueza, el poder, y en que la satisfacción y la felicidad se manifiestan en toda su persona. Así en ciertas formas de la

manía aguda: por un lado, que no nos interesa en este instante, se aproxima á la cólera; por otro, es un humor expansivo, una alegría que se desborda, un sentimiento de energía, de vigor; algunos dicen, después de la curación, que no se han sentido jamás tan dichosos como durante su enfermedad (Krafft-Ebing). Se puede citar todavía el caso de los tísicos: muchos no están nunca tan llenos de esperanzas y tan fecundos de proyectos como cuando van á morir. En fin, hay la «euforia» de los moribundos. Se la ha tratado de explicar por una analgesia, como si la supresión del dolor fuera idéntica á la aparición de la alegría. Féré, que ha examinado la cuestión en su *Pathologie des Émotions* (1), admite que esta exaltación es debida á condiciones momentáneas, pero positivas, de la circulación cerebral.

¿Es menester admitir que en estos casos, por una derogación inconcebible del determinismo natural, el placer devendría la traducción en la conciencia de una desorganización profunda, implacable? No hay ninguna necesidad. Es más racional admitir que este placer está ligado aquí, como siempre, á su causa natural, una sobrexcitación vital. Todo placer patológico va acompañado de excitabilidad, pero esta no es una actividad normal; pues, de lo contrario, el febril y el neurópata tendrían un exceso de salud. En realidad, estamos enfrente de un caso complejo: de una parte, una pérdida perpetua, enorme, que marcha á grandes pasos sin traducirse en la conciencia; de otra parte, una excitación superficial, momentánea y consciente. La anomalía está en esta desproporción psíquica, ó más bien en la miopía de la conciencia, que no puede pasar de sus estrechos límites y penetrar en el dominio de lo inconsciente.

3.° Los placeres destructores con carácter social están ligados, no al mal del individuo, sino al de los

(1) P. 170 y siguientes.

demás. Tal es el placer que se experimenta en matar, en ver matar, en los espectáculos sangrientos, en las corridas de toros, en los combates de animales, y en un grado mucho más tenue, en la narración ó en la lectura de acontecimientos sanguinarios. Estos placeres se explican; denotan la satisfacción de tendencias violentas, destructivas, que, débiles ó fuertes, inconscientes ó conscientes, existen en todos los hombres. Su estudio entra en la patología de las tendencias que se estudiará después; notemos solamente, al paso, que estas tendencias envuelven un cierto desplegamiento de energía, lo cual es una de las condiciones del placer activo.

Una última cuestión: el placer, particularmente la alegría, ¿puede ser la causa de una catástrofe grave, como la locura y la muerte?

Algunos alienistas, Bucknill, Tuke, Guislain, etcétera, citan casos de locura que atribuyen á una alegría brusca: una herencia imprevista, un puesto codiciado. Griesinger sostiene «que es extremadamente raro que una alegría inmoderada determine *por sí sola* la locura si es que esto sucede alguna vez.» Otros niegan el hecho absolutamente (1). Lo cierto es que en la enumeración de los casos de locura no se ve apenas figurar la alegría.

La misma tesis ha sido sostenida en cuanto á la muerte (2) que se produciría bruscamente ó á consecuencia de un síncope.

Esto es tomar la cuestión en una forma muy simple. En primer término, la alegría, á título de estado de conciencia, no podría tener esta eficacia. La catástrofe no puede explicarse más que por perturbaciones orgánicas repentinas y violentas que no pueden obrar de esta manera más que sobre los predispuestos. No es

(1) Féré, *Pathologie des émotions*. p. 293, 294.

(2) Para algunos hechos, auténticos ó no, véase Féré, obra citada, p. 234.

la alegría la que enloquece ó mata, sino el choque que es recibido por un sér cuyo estado es anormal. Sería más justo decir que un acontecimiento que para el común de los hombres, *debería* causar alegría, produce ahora un estado particular, patológico, que termina en la locura ó en la muerte.

II

La parte contraria puede ser tratada rápidamente. Se encuentran, aunque con bastante rareza, gentes que se afligen de lo bueno que les sucede: éstas tienen el dolor del placer. Yo creo que ningún psicólogo ha hablado de éstos, y me parece inútil hacer el estudio de tales casos. Contraria en la forma al placer del dolor, se le asemeja en cuanto al fondo. Esta disposición de espíritu, que se encuentra entre ciertos pesimistas, es calificada con bastante razón, de excéntrica, extraña, lo cual quiere decir que la opinión común la considera instintivamente como una desviación, una anomalía. Esta no es, por otra parte, más que un caso particular de una manera de ser más general, la tristeza morbosa ó patológica, que luego vamos á estudiar. Ya he hecho notar antes que el dolor y la tristeza envuelven siempre un elemento enfermizo; la expresión *anormal* sería más exacta ó menos expuesta á la crítica.

Para afirmar que un dolor físico ó moral está fuera de la regla y puede ser calificado de anormal, hemos recurrido á tres notas distintas puestas al principio de este capítulo y que podemos tomar como tipo único: la melancolía (en el sentido médico). Esta presenta los caracteres requeridos: larga duración, desproporción entre la causa y el efecto sentido, reacción excesiva ó insuficiente.

La descripción del estado melancólico es inútil y se encuentra en todos los tratados de enfermedades mentales. Esta afección tiene muchas formas clínicas, que

varían desde la *melancolía atónita*, que simula la estupidez, á la especie agitada é incesantemente gemidora; desde las formas ligeras á los estados profundos é incurables. Nos bastará con presentar los caracteres más generales: asimilando la melancolía á la tristeza ordinaria, practicamos el método del abultamiento, porque el estado morboso no es apenas más que el estado normal en alto relieve.

1.° Ya sabemos que los caracteres fisiológicos del dolor normal son reductibles á una sola fórmula: debilitamiento de las funciones vitales. Lo mismo para la melancolía; pero la depresión orgánica se acentúa todavía más. Constricción de los vaso-motores y de aquí la disminución de los calibres de las arterias, anemia y enfriamiento de las extremidades; disminución de la presión cardiaca que puede descender de una media de 800 gramos á 650 y aun á 500 gramos; lentitud progresiva de la nutrición con las manifestaciones diversas que de aquí resultan; perturbaciones digestivas, detención de las secreciones: movimientos lentos y raros, antipatía para todo esfuerzo muscular, para todo trabajo y para todo ejercicio del cuerpo; á menos que no haya, como entre los melancólicos agitados, momentos de reflejos desordenados y accesos furiosos. Tal es el cuadro general. Se ve que es el del dolor llevado al extremo y que nos encontramos aun aquí, como en la forma normal, los dolores pasivos y los dolores activos.

2.° Los caracteres psíquicos consisten primero en un estado afectivo que varia de la resignación apática á la desesperación; algunos están de tal modo aniquilados que se creen muertos. Se ha notado que en general los caracteres tristes se inclinan á la melancolía, y los alegres á la manía más bien: exageración en los dos casos del estado normal. La disposición intelectual consiste en la disminución de la asociación de las ideas, la pereza de espíritu. Ordinariamente una idea fija pre-

domina, escluyendo de la conciencia todo lo que se relaciona con ella: así el hipocondriaco no piensa más que en su salud, el nostálgico en su país, el melancólico religioso en su salvación. La actividad voluntaria es casi nula; la abulia, «la conciencia de no querer es la esencia misma de la enfermedad» (Schüle). Muchas veces los impulsos reflejos, violentos, inesperados, que son una nueva prueba del aniquilamiento de la voluntad. En suma, mientras que la tristeza normal tiene sus momentos de remisión, el melancólico está encerrado en dolor como en un muro impenetrable sin la menor rendija por donde pueda penetrar la alegría.

Aquí se presenta una cuestión que no podemos pasar inadvertida, porque se refiere á una de las tesis principales de esta obra, á saber: el papel fundamental de la vida afectiva. La melancolía pasiva, que es tomada como el tipo del estado penoso bajo su forma permanente y extrema, ¿qué es en su origen? Dos respuestas se pueden dar: admitir que un dolor físico ó una cierta representación engendra la disposición melancólica y emponzoña la vida afectiva, ó admitir que un estado general y vago de depresión y de desorganización se concreta y se fija en una idea. En la primera hipótesis, el estado intelectual es primitivo, y el estado afectivo no es más que una consecuencia. En la segunda hipótesis, el estado afectivo es el primer momento y el estado intelectual es el resultado.

Este problema, psíquico más bien que práctico, no ha preocupado más que á un pequeño número de alienistas. Schüle admite los dos orígenes (1). Ya el paciente es atacado de una depresión dolorosa, sin causa, de la que no puede librarse, y queda así; pero más á menudo refiere el sentimiento doloroso vago á un acontecimiento de su vida anterior ó actual. Ya, *aunque más*

(1) Schüle, *Traité clinique des maladies mentales*. Art. MELANCOLIE, traducción francesa, p. 21 y 28.

raramente, la idea obsesora aparece la primera, y forma el eje del estado melancólico y de sus consecuencias. El Dr. Dumas, que ha consagrado una obra especial á esta cuestión (1), apoyándose en sus propias conclusiones, hace suyas las de Schüle. Una de sus enfermas atribuye su incurable tristeza por turno, y sin razón suficiente, á su marido, á sus hijos, al trabajo que le ha de faltar. En otros el origen es intelectual: pérdidas de fortuna, ideas de condenación irremisible, etc. De todo lo cual somos llevados á admitir: una melancolía de origen orgánico, la más frecuente; una melancolía de origen intelectual, la más rara.

¿Podrían reducirse estos dos modos de aparecer á una causa común más profunda? Esta es la solución de Krafft-Ebing (2). «Es menester considerar el dolor psíquico y la suspensión de las ideas como fenómenos coordinados, y aquí ya hay lugar para pensar en una causa común: en una perturbación del cerebro (¿anemia?) que conduce á un gasto menor de actividad nerviosa. Tomada de una manera comprensiva, la melancolía puede ser considerada como un estado morboso del órgano psíquico, fundado sobre perturbaciones nutritivas, y caracterizado de un lado por el sentimiento del dolor, y un modo particular de reobrar de toda la conciencia (neuralgia psíquica), de otro por la dificultad de los movimientos psíquicos (instinto, ideas), y finalmente, por su suspensión.»

Yo no quisiera merecer el reproche de sacar de los hechos más de lo que contienen y desear la unidad á todo precio; pero resulta de todo lo que precede, que si el estado afectivo no es en todo y siempre primitivo, á lo menos lo es muy á menudo. Por otra parte, está estrechamente ligado á las perturbaciones tróficas que son fundamentales, de suerte que nosotros llegamos á

(1) G. Dumas, *Les états intellectuelles dans la mélancolie.* Aquí se encontrarán muchas observaciones detalladas.

(2) Krafft-Ebing, t. II, cap. I.

la misma conclusión por otro camino. Dumas (obra citada, páginas 133 y siguientes) ha insistido sobre los influjos deprimentes del paludismo, sobre el entorpecimiento, la apatía física y moral de los habitantes de las comarcas de Sologne, Dombes y las Maremmas y de otras regiones infestadas por la *malaria*, estado que se resume en dos palabras: tristeza y resignación. Estos hechos están en favor por completo del origen orgánico de las melancolías.

El estudio especial de las anomalías del placer y del dolor no es importante solamente por sí sola. La fórmula generalmente admitida desde Aristóteles, de que se une el placer á lo útil y el dolor á lo perjudicial, tiene muchas excepciones en la práctica. Tal vez la constitución de un grupo patológico en el estudio del placer y del dolor permiten resolver algunas dificultades; evitar que la regla y las anomalías sean puestas sobre el mismo plano y asimiladas indebidamente. Ya lo veremos en uno de los capítulos próximos.

CAPÍTULO V

LOS ESTADOS NEUTROS

Dos métodos para estudiarlos. — Tesis afirmativa fundada en la observación, en la deducción, en la psicofísica.—Tesis negativa; la trinidad psicológica; confusión entre la conciencia y la introspección.—Diversidad de los temperamentos.

Hasta ahora el placer y el dolor han sido estudiados separadamente, como dos estados perfectamente distintos, puros, por hipótesis, de toda mezcla; después hemos examinado esos casos singulares en que el dolor llega á ser objeto de placer y viceversa. Queda por hablar de aquellos otros casos en que lo agradable y lo penoso *coexisten* en proporciones variables en la conciencia, por ejemplo; en los ascensionistas, que sienten á la vez la fatiga, el temor de los precipicios, la belleza del paisaje, el placer de vencer las dificultades. Nada más frecuente que estas formas mixtas; serían la regla si se admitiese con ciertos autores que no hay ni penas ni placeres perfectamente puros: pero por su constitución compleja y compuesta, son de hecho emociones; ya lo veremos más tarde.

El objeto de este capítulo es completamente otro. Es el problema muy discutido, no resuelto, tal vez insoluble, de los estados neutros, de indiferencia, limpios de todo acompañamiento agradable ó desagradable. ¿Existen tales estados? La afirmativa y la negativa son sostenidas por autores de una gran autoridad; aún

hay algún psicólogo que me parece haber adoptado, una después de otra, las dos tesis (1).

La cuestión no puede ser abordada más que de dos maneras: por la observación y por el razonamiento. Examinemos los resultados de estos dos métodos.

I. El estado de indiferencia ¿existe como hecho observable? Bain es, entre los contemporáneos, el principal campeón de esta tesis, que ha suscitado una larga discusión (2). No pretende afirmar que haya un sólo estado de conciencia (*feeling*) que esté puro de todo elemento agradable ó desagradable; pero si estos no existen más que en cantidades infinitesimales, la psicología no tiene para qué ocuparse de ellos. El placer y el dolor son géneros definidos, y sin embargo hay aquí un interés práctico en saber si no existen estados neutros. Bain encuentra el tipo en los casos de simple excitación (*excitement*), que pueden ir acompañados de placer ó de dolor, pero que permanecen distintos. Quemarse, oler la asafétida, tragar áloe, he aquí modos de excitación que nosotros llamamos dolor, porque éste domina. Oir el ruido de un molino, el murmullo confuso de una ciudad populosa, hé aquí modos de excitación que nosotros podemos llamar agradables ó desagradables; pero la excitación es el hecho esencial; el placer y el dolor lo accidental. En la mayor parte de los ejemplos que ha escogido Bain, no me parece afortunado; citaré algunos: el choque que produce la sorpresa; pero la sorpresa no es más que una forma mitigada del temor, y es raro que no revista instantáneamente un caracter penoso ó agradable; el estado de espera: «la objetividad intensa de la mirada que sigue una carrera ó una gran operación quirúrgica no es estrictamente de la in-

(1) Para el curso histórico de la cuestión hasta la mitad del siglo XIX próximamente, véase Bouillier: *Du plaisir et de la douleur*, cap. XI.

(2) Véase *Mind*, números de Octubre de 1888, Enero y Abril de 1888, Enero de 1889; y J Sully, *The Human Mind*, t. II, p. 4 y 5.

consciencia, sino un máximum de energía con un mínimum de conciencia. Esto es más bien un modo de indiferencia, una excitación más bien que un estado afectivo.» La misma nota; hay por otra parte en la espera un sentimiento de esfuerzo que deviene fatiga rápidamente; y más á menudo la espera envuelve la anticipación de un acontecimiento deseado ó temido.

Los que renuncian á establecer la existencia de estados neutros por la observación directa, la deducen de principios generales. Así, Sergi la considera como el estado necesario de determinadas condiciones biológicas. Siendo el placer y el dolor las dos formas fundamentales, los dos polos de la vida afectiva, debe existir entre ellos una zona neutra que responda á un estado de perfecta adaptación. El dolor es un estado de conciencia que revela un conflicto del organismo con las fuer.as exteriores, una falta de adaptación del uno á las otras; de aquí una pérdida de energía. El placer es un estado de conciencia que revela que la reacción del organismo se junta á las excitaciones exteriores, de lo cual nace por sinergia un aumento de actividad vital. La indiferencia es el estado neutro que manifiesta una adaptación perfecta del organismo á intensidades constantes y variables, como un calor ó una luz medios; en otros términos, las excitaciones que no disminuyen ni aumentan la actividad vital, sino que la conservan, producen un estado de equilibrio y no aparecen en la conciencia ni como placer ni como dolor (1). Esta hipótesis de que en ciertos momentos el sér que siente no pierde ni gana, y que tal es el substratum del estado psíquico llamado neutro, me parece muy probable, pero queda como una hipótesis.

Ahora interroguemos á los psicofísicos que han tratado esta cuestión según el método que les es propio

(1) *Psychologie physiologique*, lib. IV, cap. I, p. 369 y siguientes de la traducción francesa.

y cuyas conclusiones son diversas. Es difícil adoptar un procedimiento más teórico que el suyo y que muestre mejor la insuficiencia del método intelectualista en el dominio de la psicología afectiva. Á decir verdad, la materia que ellos tratan, es un carácter particular del problema, no su totalidad: buscan si en la «trasformación» del placer en dolor é inversamente hay, en el paso de un estado contrario al otro, un punto neutro ó de indiferencia. Wundt representa el fenómeno gráficamente por una curva: la porción de esta curva que está por encima de la línea abscisa tiene un valor positivo y corresponde al desenvolvimiento del placer; la porción que está por debajo, corresponde al desenvolvimiento del dolor y tiene un valor negativo: el punto preciso en que la curva corta la abscisa (para subir en el sentido del placer ó descender en el del dolor), corresponde al punto neutro ó de indiferencia. Lehmann, que admite por otra parte, que las sensaciones débiles son los estados neutros, da una curva bastante diferente de la de Wundt. Según una observación hecha primero por Horwicz y por experimentos que le son propios (á Lehmann), si se meten los dedos en agua cuya temperatura varíe gradualmente de 35° á 50° centígrados durante 2 minutos 20 segundos, se experimenta primero un calor agradable, después algunos débiles pinchazos desagradables, después oscilaciones entre una picazón más intensa con momentos de reposo, por último, dolor. Su conclusión, contraria á la de Wundt, es que el paso del placer al dolor no se hace por un estado neutro (1).

Los experimentos no son de desdeñar, pero, en

(1) Wundt, *Grundzüge der phys. Psychologie*, cuarta edición (alemana), t. I, p. 557 y siguientes; Lechmann, *Hauptgesetze*, etc., párrafos 236 á 241. Uno de los discípulos más distinguidos de Wundt, Külpe, en su *Umriss der Psychologie* (1895), considera la existencia de un punto de indiferencia «como indubitable y aun probado por serie de experimentos» (p. 249).

cuanto á la configuración del fenómeno no es más que un señuelo. Es completamente arbitrario asimilar el placer á un valor positivo y el dolor á un valor negativo. Además el paso de las cantidades + á las cantidades — por el cero, es una operación que tiene su base en nuestra facultad de abstraer, y por materia cantidades abstractas y homogéneas. Los diversos grados del placer y del dolor no son nada semejantes. No sabemos aún si estos dos fenómenos tienen un fondo común, si hay para los dos una misma medida, si no son irreductibles por completo, y en el paso del uno al otro no tenemos ningún derecho para poner, teóricamente, un *Nullpunkt*. El problema es de orden concreto; lo que se plantea es una cuestión de hecho, soluble ó no.

II.—Escuchemos á los que no admiten estados de indiferencia.

Todo estado de conciencia es una trinidad en el sentido teológico: es el conocimiento de algún acontecimiento externo ó interno; encierra elementos motores y tiene un cierto tono afectivo. Nosotros lo calificamos de intelectual, motor ó emocional según el predominio de uno de estos elementos, no según su existencia exclusiva. Es un hecho bien conocido que cuando más clara es una percepción, más débil es su tono afectivo, y que cuanto más intensa es una emoción más atenuado está el elemento intelectual que la provoca; pero disminución no equivale á desaparición. Si existieran estados neutros, uno de los elementos fundamentales de la vida psíquica cesaría de existir momentáneamente. bajo una forma intermitente.

Por otra parte, observémonos é interroguemos nuestra conciencia.

«Considéremonos en uno de esos momentos de calma y de aparente indiferencia en los que parece que nada nos emociona y que nuestra sensibilidad entorpecida permanece como suspensa entre el placer y el dolor. Esta apariencia engañosa de insensibilidad y de se-

quedad emotiva, encubre siempre algunas sensaciones más ó menos débiles de contento ó de malestar, algunos sentimientos más ó menos ligeros y confusos de alegría ó de tristeza que, aunque no tienen nada de vivos y excitantes, no son por eso menos reales. ¿Cómo, por lo demás, nuestra sensibilidad no habría de estar constantemente impresionada en más ó en menos por tantas causas generales que, independientemente de las particulares, obran sobre nosotros tan constantemente, en cada instante de nuestra vida y que nos asedian, por así decirlo, sin descanso por dentro y por fuera?» Bouillier, el autor de este pasaje (obra citada, c. XI), aduce en su apoyo las innumerables impresiones que vienen de los órganos interiores, del estado del aire y del cielo, de la luz y de los incidentes más fútiles de la vida ordinaria.

Es cierto que la esfera de los estados de indiferencia, si existe, es exigua. Sin embargo, por hábilmente que Brouillier sostenga su tesis, no puede escapar á una objeción: el testimonio de la conciencia, siempre dudoso, lo es aquí más que en otro caso. Lo que él nos propone, en efecto, es *observarnos*. Desde luego no se trata ya de la conciencia natural, en el estado bruto, sino de esa conciencia un poco artificial que forma la atención. Nosotros miramos, no con nuestros ojos, sino á través de un microscopio; amplificamos, agrandamos el fenómeno; y aquí el método de la amplificación es engañoso. En ciertos estados subconscientes hace franquear el umbral de la conciencia; los hace pasar de la penumbra á la luz, y nos dispone á creer que así es su estado ordinario. Se sabe que ciertas personas, fijando intensamente la atención sobre una parte de su cuerpo, pueden hacer nacer en ella una sensación de pesadez, de hormigueo, de latidos arteriales, etcétera. Estas modificaciones ¿existen siempre, aunque desapercibidas, hasta que la atención se dirige á ellas, ó la atención las produce por un aumento de ac-

tividad vascular, aumentándolas, pero no creándolas? Esta última suposición es la más probable. El hipocondriaco, que espía obstinada y pacientemente los detalles de la vida orgánica, siente marchar en él el mecanismo vital, lo cual escapa á los demás hombres. Sería fácil aportar otros ejemplos que prueban que es menester distinguir entre la conciencia pura y simple y la observación interna, y que es tanto menos lícito deducir la una de la otra, cuanto que, en el caso actual, el problema se reduce á una diferencia de intensidad.

Esta cuestión ha merecido ser llamada «una de las cruces de la psicología» (S. Sully). Si se quiere tomar un partido, no es posible decidirse más que por probabilidades y preferencias. Yo me inclino hacia la tesis del estado de indiferencia. Me parece difícil admitir que ciertas percepciones ó representaciones, sin cesar repetidas, impliquen nada más que un conocimiento: la vista de mis muebles colocados cada uno en su lugar habitual, no me causa ningún placer ó disgusto apreciables, ó si existen como cantidades infinitesimales, la psicología, como Bain lo dice justamente, no tiene para qué ocuparse de ellos. Fouillée hace también notar que el sentimiento de indiferencia no es primitivo, sino que es debido á un desvanecimiento (1).

La repugnancia de ciertos psicólogos á admitir los estados de indiferencia, obedece á que esta tesis les parece introducir la discontinuidad en la vida afectiva. La serie, incesantemente móvil y alternante de las modificaciones penosas ó agradables, tendría momentos de interrupción, vacíos y lagunas. Tanto como cualquiera sostengo yo la continuidad de la vida afectiva; pero es menester buscarla en otra parte. Está en los apetitos, las tendencias conscientes ó inconscientes, los deseos y las aversiones que son siempre activas, per-

(1) Fouillée, *Psychologie des idées-forces*, I, 68.

manentes é indefectibles. Encontramos también aquí esa ilusión que consiste en considerar el placer y el dolor, que no son más que signos, como el elemento esencial y fundamental.

Encuentro, además, extraño qne en una materia tan estudiada y tan discutida, nadie haya hecho una observación que no me parece sin importancia. Cada autor supone que la fórmula que él adopta es aplicable á todos los hombres. Esto es plantear la cuestión bajo una forma filosófica y no bajo una forma psicológica, es decir, sin tener en cuenta las variedades individuales de temperamento y de carácter: lo cual no es un elemento que se pueda descuidar. Es suponer sin ninguna prueba, que todos los casos son reductibles á la unidad. Por el contrario, hay presunciones de que la solución que se adopte, cualquiera que sea, puede ser verdadera para ciertos hombres, y falsa para otros.

Un temperamento nervioso, excitable, en estado de vibración perpetua, constantemente despierto por el trabajo de la pasión ó del pensamiento, puede, por su misma constitución, no dejar ningún momento accesible á una intermitencia entre los estados penosos ó agradables incesantemente renovados.

Un temperamento linfático, un carácter frío, una inteligencia limitada y pobre de ideas, constituyen un terreno perfectamente apropiado á la aparición frecuente y ámplia de los estados de indiferencia (1).

(1) Doy un ejemplo de un carácter semejante, descrito por un historiador según las fuentes árabes. «El emir Mohammed (de Granada en 1408), se sentía morir, y deseoso de asegurar el trono á su hijo, envió la orden de matar á su hermano Yusuf que tenía cautivo en Salobreña. El alcaide, en el momento en que recibió la orden, estaba jugando al ajedrez con su prisionero, el cual con su dulzura se había ganado el corazón de sus carceleros. Al leer el fatal despacho, se turbó y no se atrevió á dar conocimiento de ello al príncipe. Pero Yusuf adivinó en su turbación de lo que se trataba: «¿Es mi cabeza lo que se te pide?» dijo al alcaide. Este por toda respuesta le entregó la carta de su hermano. Yusuf exigió solamente algu-

Estas diferencias de obervación corriente muestran que es menester desconfiar de una solución muy simplicista.

nas horas para decir adiós á su mujer; pero el mensajero manifestó que la ejecución no podía retardarse, pues la hora de su vuelta se había fijado de antemano. «Pues bien, replicó Yusuf, acabemos á lo menos la partida.» Pero el alcaide estaba de tal modo turbado, que avanzaba sus piezas al azar y Yusuf se vió obligado á advertirle sus errores. Sin embargo, la partida no acabó. Unos caballeros que venían de Granada á todo correr, saludaron á Yusuf como emir y le anunciaron la muerte de su hermano. Al pasar así del cadalso al trono, el príncipe musulmán quedó dueño de sí mismo como lo había sido enfrente del suplicio. Dudoso todavía de su fortuna, se encaminó hacia Granada, en la que fué recibido con gritos de alegría por el pueblo. (Rosseuw St. Hilaire, *Histoire d'Espagne,* t. V., p. 227). Se citan anécdotas semejantes de diversos personajes históricos.

CAPITULO VI

CONCLUSIONES SOBRE EL PLACER Y EL DOLOR

Comienzos de la vida. — I. Condiciones de existencia del placer y del dolor; disminución y aumento de la energía vital. — Experimentos de Féré. — Teoría de Meynert. — II. Finalidad del placer y del dolor. — Excepciones: casos explicables, casos irreductibles

No me detendré sobre una cuestión tan debatida, y todavía menos accesible que la que acabamos de tratar. En la conciencia ¿qué aparece primero, el placer ó el dolor? En nuestros días, sobre todo, optimistas y pesimistas, han batallado ampliamente sobre este punto, aunque, en mi opinión, apenas si les concierne. Sus doctrinas son dos concepciones antitéticas del mundo, que dependen únicamente del temperamento y del carácter, y que no serían ni confirmadas ni rebatidas por la solución del problema. Es claro que es una cuestión de origen, de psicogenesia, extraña á la psicología experimental, y que no permite más que probabilidades.

Descartes ha emitido esta opinión singular: «que la primera pasión del alma ha sido la alegría, porque no es creíble que el alma haya sido puesta en el cuerpo sino cuando éste ha estado bien dispuesto, lo cual da alegría naturalmente.» Otros, conforme á puntos de vista teóricos menos extraños, sostienen que teniendo el placer por causa el libre juego de nuestra actividad, el dolor va unido á su suspensión, y por consecuencia es

posterior (1). La mayoría me parece que está en favor de la tesis contraria; la impresión del frío, del contacto, el comienzo de la respiración pulmonar, etc., son invocados como prueba de la anterioridad del dolor, y sobre todo los gritos de los niños y de los animales recién nacidos. Sin embargo, Preyer, en dos pasajes poco notados, niega al grito toda significación afectiva, y no ve en él más que un reflejo (2). No parece dudoso que la vida psíquica, en su primera fase (intra-uterina y extra-uterina), esté casi reducida á las impresiones penosas y agradables. ¿Semejan éstas á las del adulto? Esto es probable; pero no hay que olvidar que, asimilar las formas plásticas de la época primitiva á las for-

(1) Para la historia, véase Bouillier, *op. cit.*, cap. XII.

(2) El primer grito del recién nacido era antes considerado como un reflejo. Es, por tanto, muy probable que esta primera manifestación vocal, que acompaña á una expiración, es un reflejo pura y simplemente.

Kant escribía (sin haber observado ciertamente niños ó animales recién nacidos): «el grito que se oye al niño apenas nacido no tiene la entonación de la queja, sino de la irritación, de la cólera. No es que sufra, sino que alguna cosa le disgusta. Sin duda, quisiera moverse, y siente su impotencia, como sentiría una cadena que atara su libertad. ¿Cuál ha podido ser el fin de la naturaleza haciendo que el niño que viene al mundo dé gritos peligrosos en el más alto grado? Ningún animal, sin embargo, excepto el hombre, anuncia su existencia, desde el momento del nacimiento, con gritos semejantes.»

Esta notable concepción ha sido muy comentada y adoptada. Actualmente muchas personas piensan que las lágrimas y los gritos del recién nacido tienen una significación psíquica considerable; pero todos los comentarios de este género vienen á estrellarse contra este hecho, muchas veces comprobado: que el recién nacido totalmente anencéfalo grita, sin embargo, desde su nacimiento; y que muchos recién nacidos sanos no gritan, sino que estornudan á su entrada en el mundo, como lo ha visto Darwin.

. . . .

«Los reflejos de dolores, que en la vida ulterior se manifiestan de la manera más viva, son los menos desenvueltos en los primeros momentos de la vida. La observación (Gunzmer) de cerca de sesenta recién nacidos le ha mostrado que son, durante los prime-

mas fijas y rígidas del adulto, constituye un procedimiento que es á menudo la fuente de muchos errores.

Dejando á un lado esta cuestión de origen, es imposible terminar nuestro estudio sobre el placer y el dolor sin recordar sumariamente las teorías generales, que son la filosofía de nuestro asunto. Éstas se pueden reducir á dos títulos: el *cómo* y el *porqué*; cuáles son las condiciones de la existenciad el placer, cuál es utilidad.

I

Sobre el primer punto, desde la antigüedad hasta la época contemporánea, hay un acuerdo casi unánime y bien raro entre las diversas escuelas; el placer tiene por condición un acrecentamiento, el dolor una disminución de actividad. Empleo con intención esta fórmula vaga, porque resume las fórmulas particulares. Sería ocioso aún enumerar las principales. En el fondo, en un lenguaje que varía según los tiempos y las doctrinas, todos los autores dicen la misma cosa, empleando según el tipo de su espíritu una fórmula metafísica (Léon Dumont) física, fisiológica ó psicológica. Los intelectualistas mismos concuerdan con los otros: considerando la sensibilidad como una forma confusa de la inteligencia, dicen que el placer es un juicio confuso de perfección, y el dolor un juicio confuso de imperfección. Brevemente si se despoja á cada fórmula de las variantes que la adaptan á la filosofía particular de cada autor, hay un residuo común que en todas es lo esencial,

ros días, casi insensibles, y durante la primera semana poco sensibles á las picaduras de una aguja.

»Niños recién nacidos han sido, durante el primer día, pinchados con agujas finas en la nariz, en el labio superior, en la mano, bastante profundamente para hacer saltar una gota de sangre, y sin embargo, el niño no manifestó ningún síntoma de malestar: ni una vez se estremeció.» —(Preyer, *L'âme de l'enfant*, pp. 177 y 193.)

La historia de estas variaciones sobre un mismo tema sería monótona y sin provecho; es bueno, por tanto, notar que á medida que se avanza en nuestro siglo, la concepción teórica de los antiguos tiende á precisarse, á apoyarse sobre la experiencia y á hacerse legitimar por ella. Ya hemos visto más arriba las dos fórmulas—aumento, disminución—tomar cuerpo, traducirse en los cambios objetivos y observables de la nutrición, de las secreciones, de los movimientos, de la circulación y de la respiración.

Los experimentos de Féré «concuerdan perfectamente, nos dice él, para mostrar que las sensaciones agradables van acompañadas de un aumento de energía, mientras que las desagradables lo están de una disminución. La sensación de placer se resuelve, pues, en una sensación de potencia, la de disgusto en una de impotencia. Hemos, pues, llegado á la demostración material de las ideas teóricas emitidas por Bain, Darwin, Spencer, Dumont y otros (1)». Yo recuerdo que Féré ha aplicado sus investigaciones dinamométricas á todas las especies de sensación: al olfato, al gusto, á la visión modificada por cristales que tienen los principales colores del espectro; el rojo da una presión dinamométrica de 42, y desciende progresivamente á 20-17 con el violeta. Para las sensaciones auditivas encuentra que el equivalente dinámico está en relación con la amplitud y el número de las vibraciones. Iguales resultados para con los movimientos; el ejercicio del miembro inferior ó superior ejerce un influjo dinamogénico sobre el miembro correspondiente. Más todavía; una excitación, *no percibida por la conciencia*, una percepción latente, determina un efecto dinámico como la impresión consciente. Las alucinaciones sugeridas, agradables ó desagradables, van igualmente acompa-

(1) Féré, *Sensation et mouvement*, p. 64. Debe consultarse para el pormenor de los experimentos resumidos.

ñadas de acrecentamiento ó de disminución de la presión en el dinamómetro.

Si la fórmula «debilitación de la energía vital», de la cual hemos encontrado el caso extremo en la melancolía, no da lugar á ningún equívoco, no pasa lo mismo con la fórmula contraria: por eso algunos autores han pensado con razón que debe precisarse. El placer responde á un acrecentamiento de actividad; pero si se entiende por esto una mayor cantidad de trabajo producido, el placer resultaría de una *disminución* de la energía potencial del organismo, como lo ha hecho notar Léon Dumont, es decir, de un empobrecimiento, lo cual contradice la experiencia. Es menester, pues, entender este acrecentamiento de actividad en el sentido de que el trabajo producido no gasta más energía que las acciones nutritivas, intra-orgánicas, puedan producir; ó para emplear la fórmula de Grant-Allen: «el placer es el acompañamiento de una actividad sana en la medida de que no exceda el poder ordinario de reparación que el organismo posee (1).»

En fin, es menester notar que si toda sensación externa ó interna, cualquiera que sea su naturaleza, es una trasmisión de movimientos venidos de fuera, una aportación nueva para el sistema nervioso y el cerebro, *toda* sensación debería producir al principio un aumento de energía, á lo menos momentáneo. Féré, que ha previsto la posibilidad de esta objeción, admite siempre una excitación primitiva; «si hay casos en que los fenómenos de depresión parecen sobrevenir de golpe y existir solos, la observación es insuficiente (2)». Habría así una fase de aumentación muy corta, encubierta un momento después por la fase de disminución. Los fisiólogos, como hemos visto, tienden siempre á explicar el dolor por la intensidad de la sensación; pero

(1) Este punto ha sido bien discutido por Lehmann (*op. cit.* p. 205 á 208).

(2) *Pathol. des émotions*, p. 226.

si se tiene en cuenta su naturaleza, su cualidad, y sobre todo la susceptilidad del sistema nervioso para ciertos modos de movimientos recibidos, nada impide que la pérdida sea inmediata.

Meynert, en su *Psychiâtrie*, es el único que ha intentado seguir más adelante en el camino de la explicación y de determinar el mecanismo que produce el dolor y el placer. Hé aquí su hipótesis en sus principales rasgos.

En cuanto al dolor, su teoría se resume en una acción de suspensión de dos categorías de reflejos: motores, vasculares. El estado penoso es la traducción en la conciencia de este mecanismo fisiológico.

1.° Reflejos motores. Supongamos un cosquilleo ligero en la mano de un niño dormido; como su sueño es bueno y el dolor es nulo, no hay más que una retirada suave de la mano. Supongamos una ligera picadura; á ésta siguen pocos movimientos, y limitados á una débil parte del cuerpo. Supongamos, en fin, un gran dolor, la extracción de un diente, una quemadura extensa sobre una gran porción de la piel, etc., y se producirán reflejos grandes y terribles en todas las partes del cuerpo, que pueden ser considerados (según nuestra opinión) como movimientos defensivos. Esto en cuanto á los hechos exteriores; ¿qué pasa en el interior?

Se sabe que la marcha es lenta en la sustancia gris (doce veces más que en la sustancia blanca, según Helmholtz). Cuando una excitación aumenta, como acabamos de ver, el número de grupos musculares puestos en movimiento, la resistencia y la trasmisión aumentan en la misma medida. «La sensación de dolor supone un movimiento reflejo y una suspensión de la conducción nerviosa en la sustancia gris de la médula espinal.» Este proceso de inhibición en grados variables es el que se siente en la conciencia como dolor.

2.° Reflejos vasculares. La excitación periférica tie-

ne también efectos reflejos sobre el sistema vaso-motor: contracción de las arterias espinales, de las carótidas, de las arterias cerebrales, y de aquí el síncope que acompaña frecuentemente á los dolores vivos y ese sueño (por anemia) que se ha observado más de una vez en los martirizados mientras sufrían la tortura. Esta constricción de las arterias produce un cambio químico, un *déficit* de oxígeno y de elementos nutritivos en las células de la corteza; la respiración de los tejidos se entorpece, y el estado del organismo se traduce psicológicamente por el dolor.

Al contrario, las excitaciones que contribuyen al bienestar del individuo van acompañadas de una libre trasmisión de la fuerza nerviosa, de una dilatación vaso-motora, de una hiperemia de los centros nerviosos, y, en el orden motor, de «movimientos de agresión», como los cantos de los pájaros, el ladrido alegre de los perros y otras manifestaciones análogas en el hombre.

Meynert ha transferido su modo de explicación al dolor moral de una manera bastante vaga y apoyándose sobre la asociación de las ideas. No sería difícil adaptar esta hipótesis á las diversas formas de la pena, de la tristeza; pero con un mecanismo más complicado. El punto de partida no está en una percepción, sino en una representación. El fenómeno, no es de origen periférico, sino central; de suerte que parte del cerebro y vuelve á él, ó en términos psicológicos, comienza por un estado puramente intelectual y acaba por un estado de conciencia predominantemente afectivo. Si leyendo, por casualidad, en un periódico una lista necrológica, encuentro, sin género de duda, el nombre de un amigo, se produce en mí esto: que los otros nombres desconocidos desfilaban en mi conciencia como palabras vacías ó una simple percepción visual; bruscamente cambia todo: los movimientos reflejos y vasculares arriba descritos se producen, después la acción de suspensión de los centros medulares y cerebrales, cuya expresión

en la conciencia será la pena. Pero estos reflejos no son posibles más que si la palabra *leída* provoca la reminiscencia de muertes anteriores, es decir, de una suma de privaciones, de negaciones y de deseos fallidos—resultantes de experiencias acumuladas que surgen en montón, y que, conscientes, subconscientes ó inconscientes, obran.

Un alienista inglés, Clouston, que ha hecho una exposición crítica de esta doctrina de Meynert, la considera como la mejor en el estado actual de la fisiología nerviosa, aunque llena de lagunas, y después de todo, teórica más bien que experimental. Está en desacuerdo con diversos hechos; por ejemplo, en la cólera, que es un estado penoso, hay una afluencia sanguínea y movimientos agresivos (1). Por el contrario, concuerda con bastante número de manifestaciones observadas en las enfermedades mentales; por eso en el tercer grado de la parálisis general, una picadura causa un reflejo sin dolor, porque no hay ya poder de inhibición en la sustancia gris desorganizada. En la evolución de la melancolía, los pacientes tienen muchas veces, al principio, dolores puramente físicos (neuralgias, cefalalgias, etc.), los cuales desaparecen para cambiarse en estado melancólico, que desaparece á su vez cuando vuelven los dolores físicos. Los hechos diarios muestran que el dolor físico y el dolor moral no pueden coexistir con intensidad; una quemadura puede detener por un tiempo dado la melancolía, y se sabe lo que sucede á muchas gentes cuando entran en el gabinete del dentista. Parece que el organismo no tiene más que una capacidad limitada para el placer y para el dolor, y que el uno y el otro no pueden coexistir bajo su doble forma física y moral.

(1) *British Medical Journal*, Agosto 14, 1886, p. 319 y siguientes. Veremos más tarde que el mecanismo de la cólera no es tan simple como Clouston parece creer.

II

Se ha escrito mucho sobre la finalidad del placer y del dolor, pero procediendo de dos maneras bien distintas.

La primera, la de los teólogos y de los moralistas, es una explicación extrínseca; el placer es un atractivo, el encanto de la vida; el dolor es un maestro vigilante que nos advierte de nuestra propia desorganización. Ambos existen en nosotros por la gracia bienhechora de la Providencia ó de la Naturaleza; ambos tienen una causa trascendente.

La segunda, que no ha encontrado su expresión completa más que en la escuela evolucionista, es una explicación intrínseca. Esta se atiene al análisis de los hechos y muestra que el placer y el dolor tienen su *porqué* en las condiciones de existencia del animal, y, por consecuencia, que su causalidad es inmanente. Así entendido el problema del *porqué* es casi idéntico al del *cómo:* mecanismo y finalidad están cerca de confundirse.

Herbert Spencer, y después Grant-Allen, Schneider y otros, han mostrado bien que la asociación del placer y de lo útil, del dolor y de lo perjudicial, es una relación casi necesaria que deriva de la naturaleza de las cosas y que ha sido un factor importante para la supervivencia del más apto. Todo animal—con frecuencia no hay otra guía — persiste ordinariamente en lo que le causa placer, es decir, en un modo de actividad útil á su conservación; huye ordinariamente de lo que le causa dolor, que es el correlativo de las acciones perjudiciales: tiene dos buenos guias en el camino de la vida, para conservar y perpetuar su especie.

Si esta concomitancia fuera sin excepción, si siempre acompañara el placer á lo útil é inversamente, bastaría plantear la ley de las condiciones de existencia y

nada más. Pero las derogaciones de la regla son frecuentes y exigen un estudio crítico. Las unas son explicables, las otras me parecen irreductibles.

1.º Herbert Spencer nos desembaraza de un gran número de excepciones que son, de hecho, un resultado de la civilización. El hombre prehistórico (según él), estaba bien adoptado á su medio y á la vida de rapiña; pero cuando, bajo la presión de la necesidad, se ha producido el paso á la vida sedentaria y civilizada, el sér humano se ha encontrado mal adaptado. A las condiciones de existencia natural se han superpuesto las condiciones de la existencia social, constituyendo otro medio y exigiendo otras formas de actividad. En su consecuencia se han producido frecuentes desacuerdos que enumera ampliamente (1): supervivencia de tendencias de depredación difíciles de satisfacer, necesidad de un trabajo repugnante y monótono, exceso de trabajo compensado por excesos de placer, cosa tan frecuente en las grandes ciudades, etc. Todas estas intervenciones son la obra del hombre, de su lucha irracional contra la naturaleza, de su voluntad, de sus artificios. «En el caso de la especie humana se ha producido por largo tiempo un desarreglo profundo y complicado de la conexión natural entre los placeres y los actos aprobables, el dolor y los actos perjudiciales, desarreglo que oscurece tanto la conexión natural que es menester suponer algunas veces una conexión inversa». Spencer cree que la readaptación se hará á la larga: dejo este consuelo á los optimistas, sin participar de el.

2.º Además de estas excepciones debidas á la concurrencia de causas sociales, hay otras, de carácter individual que todavía pueden explicarse. Ciertos venenos son agradables y causan la muerte; una operación quirúrgica es dolorosa, pero útil; muchos sabo-

(1) *Principles of Psychology*, t. I, párrafos 125-127.

rean un *far niente* que los conduce á la ruina; es agradable vivir en el mundo de la pura fantasía, del cual se cae enervado é incapacitado de cumplir la tarea cuotidiana. Muchos otros casos de este género se encuentran en la vida corriente. En todo esto no hay más que excepciones aparentes á la regla. La conciencia no revela más que el fenómeno *momentáneo* y, en estos límites, su veredicto es exacto; ella expresa los procesos que pasan en el organismo en el momento actual, como hemos visto por la euforia de los moribundos; pero no puede decir lo que seguirá. La explicación se reduce á la frase de Grant-Allen: ni el placer ni el dolor son profetas (1).

3.° Hay otros hechos que los partidarios de las causas finales pasan prudentemente en silencio y que algunos evolucionistas han intentado explicar.

Spencer hace notar (loc. cit., pár. 127), que mientras que el individuo es joven é infecundo todavía, su bien y el de la raza van á la par, pero cuando llega á la edad de la reproducción, se produce una escisión; frecuentemente el bien individual y el bien específico son totalmente opuestos. Muy á menudo, entre los in vertebrados, la muerte de los padres es un resultado natural de la propagación. En la gran clase de los insectos, la más numerosa de todas las especies animales, el macho no vive más que hasta que engendra, y la hembra muere después de la postura. Hay que hacer pues, una restricción, dice el autor inglés.

Schneider, en su interesante obra *Freud und Leid*, inspirada en la hipótesis trasformista y en las ideas de Spencer, suprime la dificultad relacionando el placer y el dolor á las condiciones de existencia de la *especie*, no del individuo: el placer corresponde á una utilidad específica, y el dolor á un perjuicio específico. Esta

(1) Véase á Lehmann, *op. cit.*, pár. 201; Höffding, *Psycologie in Umrissen*, 2.ª edición, p. 380.

posición del problema es hábil pero arbitraria. El placer y el dolor son estados esencialmente subjetivos, individuales. No pueden tomar un carácter específico más que por generalización, es decir, á título de concepción de nuestro espíritu, la cual no tiene realidad y valor sino como extracto de los casos particulares.

Ateniéndonos al hombre y sin preocuparnos del antagonismo entre el individuo y la especie, hay casos en los que la reducción á la ley es bien difícil. Un grano de árena en un ojo, una neuralgia dentaria, causan un dolor cuya desproporción es enorme con el daño sufrido por el organismo. Por el contrario, la disolución de ciertos órganos esenciales á la vida se produce á menudo casi sin dolor. El cerebro puede ser cortado, cauterizado, casi sin sufrimiento; puede formarse una caverna en el pulmón, un cáncer en el hfgado, sin que nada nos avise del peligro. El dolor, ese «centinela vigilante» de las causas finales, queda mudo y no nos informa más que cuando el mal es de larga fecha, profundo é irremediable. Más todavía; nos lleva con frecuencia al error sobre el sitio verdadero del mal; los ejemplos abundan de falsas localizaciones; una picazón de la naríz, es debida á las lombrices, una cefalalgia á un estado morboso del estómago, un dolor del hombro derecho á una enfermedad del hígado; hay muchas otras de este género que los médicos han estudiado bajo el nombre de sinestesias dolorosas ó sinalgias.

Schneider es, creo, el único que ha tratado de explicar estas derogaciones de la fórmula generalmente admitida (1), reduciendo el problema á las dos cuestiones siguientes: 1.ª El desenvolvimiento de una viva sensibilidad de los órganos internos, es decir, de una relación de causalidad entre sus lesiones y el sentimiento del dolor, ¿es posible en general? 2.ª Si este des-

(1) *Freud und Leid des Menschengeschlechts* (1883), p. 35 y siguientes.

envolvimiento hubiera tenido lugar, esta facultad de sentir las lesiones de los órganos internos como dolor, ¿podría ser un medio de protección como sucede con la piel?—Los órganos interiores no están en contacto más que con un medio interior casi uniforme; si se produce lo contrario, si las lesiones profundas los ponen al desnudo, se sigue ordinariamente la muerte, á lo menos en los animales y en el hombre primitivo; los progresos tardíos de la cirugía únicamente han permitido remediar estos accidentes. Si, por variación espontánea, se hubiera producido un caso de sensibilidad de los órganos internos, habría sido inútil, no se habría podido fijar, ni trasmitir por la herencia, puesto que la lesión, al causar la muerte, habría hecho imposible toda evolución de esta cualidad. Por otra parte, aunque esta facultad sensitiva de los órganos interiores hubiera existido, quedaría inútil, puesto que no hubiera podido llegar á ser eficaz más que á condición de estar ligada á los movimientos de protección, de readquisición de órganos que, en razón misma de la constitución del animal, no pueden producirse. De hecho la sensibilidad está concentrada toda entera en las partes exteriores del cuerpo, que al protegerse á sí mismas protegen en la medida posible los órganos internos.

He insistido sobre las excepciones (ciertamente que no se producen sin causas, ya se acepten las de Schneider ú otras), porque hay gran tendencia á olvidarlas. La conexión del placer y de lo útil, del dolor y de lo perjudicial es una fórmula que debe su origen á los filósofos, es decir, á los espíritus que exigen ante todo y sobre todo la unidad. La psicología debe proceder de otra manera: confrontando sin cesar la fórmula con los hechos, inspeccionándolos por la experiencia, notando las excepciones. Se contenta con leyes empíricas que abrazan la generalidad, nunca la totalidad de los casos.

CAPÍTULO VII

NATURALEZA DE LA EMOCIÓN

Analogía de la percepción y de la emoción. — Elementos constitutivos de la emoción. — Exposición sumaria de la teoría de James-Lange. — Aplicación de esta teoría á las emociones superiores (religiosa, moral, estética, intelectual). — Confusión ilegítima entre la cualidad y la intensidad de la emoción. — Examen de un caso tipo: la emoción musical. — La más emocional de todas las artes es la que más depende de las condiciones fisiológicas. — Pruebas: su acción sobre los animales, sobre el hombre primitivo, sobre el hombre civilizado; su acción terapéutica. — Por qué ciertas sensaciones, imágenes, ideas, despiertan estados orgánicos y motores, y por consiguiente la emoción. — Van unidas á condiciones de existencia naturales ó á condiciones de existencia sociales. — Diferencias y semejanzas entre los dos casos. — Antecedentes de la teoría fisiológica de la emoción. — Posición dualista ó de relación de causa á efecto. — Posición unitaria; sus ventajas.

I

Al abordar la materia indicada en el título de este capítulo, pasamos de las manifestaciones generales de la vida afectiva (placeres y dolores) á sus manifestaciones especiales; descendemos de la superficie á las capas profundas para llegar al hecho fundamental é irreductible, que es la raíz de toda emoción; una atracción ó una repulsión, un deseo ó una aversión; más breve, un movimiento ó una suspensión de movimiento.

Ya, en la introducción, hemos notado el lugar de la

emoció en el desenvolvimiento de la vida afectiva, y más tarde, en la segunda parte de este libro, estudiaremos separadamente cada una de las emociones primitivas, con los caracteres propios que la determinan y la fijan; por el momento, no se trata más que de los caracteres generales que se encuentran en toda emoción.

Este término, en el lenguaje de la psicología contemporánea, ha reemplazado las palabras pasiones, afecciones del alma (*passiones*, *affectus animi*), usadas en el siglo XVII. Además de estar consagrado por el uso, tiene la ventaja de poner de relieve el elemento motor incluído en toda emoción (*motus*, *Gemüthsbewegung*). «Esta palabra es una inducción que resume la experiencia del género humano y el término conmoción, antes usado para designar estos fenómenos, expresa el hecho más claramente todavía» (Mandsley).

A primera vista y sin entrar en el análisis, toda emoción, aun la poco intensa, nos aparece como invadiendo el individuo entero y expresando, bajo su forma completa, lo que Bain ha llamado la ley de difusión. Exteriormente: movimientos de la cara, del tronco y de los miembros. Interiormente: modificaciones orgánicas numerosas que causa y domina la función orgánica por excelencia, la circulación. Los experimentos de Lombard, Broca, Bert, Gley, Mosso, Tanzi, etc., han mostrado que toda forma, sea cualquiera, de actividad del espíritu, vá ligada á un aumento en la circulación; pero ésta es siempre superior á la media cuando se produce una emoción. «La actividad emocional de una especie dada produce un aumento de temperatura en todas las regiones, es en general más rápida y más fuerte que la que proviene de la actividad intelectual» (Lombard). Mosso que, con experimentos muy conocidos, ha podido estudiar las más ligeras modificaciones de la circulación de la sangre, expone la conclusión de que «las emociones ejercen una acción mucho más manifiesta sobre la circulación cerebral que el trabajo inte-

lectual por muy grande que sea su energía».—La emoción no presenta solamente estos caracteres vagos y difusos, cada una de ellas es un complexo. Tomemos las más simples y más comunes, el miedo, la cólera, la ternura, el amor sexual: cada una de ellas es un estado complejo, un haz psico-fisiológico constituído por un grupo de elementos simples que difiere según cada emoción, pero que comprende siempre: un estado de conciencia particular, modificaciones particulares de las funciones de la vida orgánica; movimientos ó tendencias al movimiento, suspensiones ó tendencias á la suspensión de movimientos particulares. Toda emoción primaria es un complejo innato que expresa de una manera directa la constitución del individuo: las emociones son manifestaciones *organizadas* de la vida afectiva; son las relaciones del individuo en lo que toca á su conservación ó mejoramiento, á su ser ó á su bienestar. En cierto modo, las emociones primarias son análogas á las percepciones que exigen un organismo psico-fisiológico adaptado á una función especial en relación al mundo exterior; con esta diferencia, que la visión, la audición, la olfación, etc., tienen su órgano propio, inalienable, mientras que el miedo, la cólera, etc., tienen un organismo difuso, cuyos elementos, combinados de una ú otra manera, llegan á ser el organismo de otra emoción diferente.

Se sigue de aquí que el estudio de las emociones, desde el punto de vista de la psicología pura, no puede dar resultado. La observación interior, por muy sutil que sea, no puede hacer más que describir el fenómeno interno y notar sus matices; no se apodera más que de una emoción sin cuerpo, de una abstracción. No hay ninguna manifestación de la vida psíquica, sin exceptuar las percepciones, que dependa más estrechamente que ésta de las condiciones biológicas. El gran mérito de James y de Lange es el de haber demostrado los dos al mismo tiempo, y de una manera independiente, la

importancia capital de los factores fisiológicos en la emoción.

No tengo la intención de exponer ampliamente la tesis de estos dos autores, aunque haya sido la que más ha contribuído desde hace mucho tiempo á la psicología de las emociones. Comienza á ser muy conocida, y en todo caso es fácilmente accesible (1). Reducida á lo esencial, puede resumirse en dos proposiciones principales:

1.ª La emoción no es más que la conciencia de todos los fenómenos orgánicos (exteriores é interiores) que la acompañan, y que son considerados generalmente como sus efectos; en otros términos, lo que el sentido común considera como los efectos de la emoción son precisamente su causa.

2.ª Una emoción difiere de otra emoción según la cantidad y la cualidad de estos estados orgánicos, según sus combinaciones diversas, no siendo más que la expresión subjetiva de sus diversos modos de agrupamiento.

Para tratar una cuestión científicamente, dice Lange, es necesario atenerse á notas objetivas: el estudio de los colores no llegó á ser científico hasta que Newton descubrió un carácter objetivo, la diferencia de refrangibilidad de los rayos coloreados. Hagamos otro tanto para las emociones; esto es posible. Cada una de ellas se traduce por gestos, aptitudes, fenómenos orgánicos, que se consideran secundarios, accesorios, consecutivos, cometiendo con ello un gran error; estudiándolos, sustituímos la introspección con un procedimiento objetivo de investigación. Como es conveniente empezar por lo sencillo, el autor se atiene «á algunas de

(1) El libro de Lange, *Sur les emotions*, apareció primero en dinamarqués, y fué traducido al alemán (1885) por el Dr. Kurella, y al francés (1895) por el Dr. G. Dumas. — W. James expuso su teoría primero en un artículo del *Mind* (1884), y más ampliamente en su *Principles of Psychology* (1890), t. II, cap. XXV.

las emociones más claras y mejor caracterizadas: la alegría, el miedo, la pena, la cólera, la timidez, la espera»; se ha abstenido de estudiar «aquellas en que los hechos físicos son poco salientes y poco accesibles».

Sigue una descripción minuciosa de las emociones ya enumeradas y de sus síntomas físicos, para lo cual remito á la obra citada. Generalizando, se ve que los fenómenos descritos son reductibles á dos grupos: 1.° Modificaciones de la inervación muscular; ésta disminuye en el miedo y la pena, y aumenta en la alegría, en la cólera y en la impaciencia. — 2.° Modificaciones vasomotoras: constricción en el miedo y en la tristeza, dilatación en la alegría y en la cólera. — Estos dos grupos ¿tienen la misma importancia, son primitivos por los mismos títulos, ó uno de ellos está subordinado al otro? En cuanto nos es posible responder, según el estado actual de nuestros conocimientos, dice Lange, los cambios vasculares deben ser considerados como primitivos, pues las más ligeras variaciones circulatorias modifican profundamente las funciones del cerebro y de la médula.

¿Cuál es la significación de todo esto para las emociones? Según la psicología corriente, un estado emocional sometido al análisis se descompone de la manera que sigue: 1.° un estado intelectual, percepción ó idea como punto de partida (una mala noticia, una aparición terrorífica, una injuria recibida); 2.° un estado afectivo, la emoción, tristeza, miedo, cólera; 3.° los estados orgánicos y los movimientos resultantes de esta emoción. Pero el segundo momento, la emoción así concebida, no es más que una entidad, una pura hipótesis. Ahora bien; para ser aceptable una hipótesis, debe explicar todos los fenómenos y ser necesaria para su explicación. Aquí no es este el caso. Hay en la vida normal y patológica emociones que no se derivan de ninguna idea, sino que, al contrario, la engendran: el

vino da la alegría, el alcohol el valor, la ipecacuana causa una depresión vecina á la del miedo, el haschich produce la exaltación, y las duchas la calman. Los asilos están llenos de enfermos, en los cuales la irritabilidad, la melancolía, la angustia, son «sin causa»; es decir, no resultan de ninguna percepción ó imagen. De este modo, tomamos en vivo la verdadera causa; está en la influencia física. Desembaracémonos, pues, de una hipótesis inútil, cual es la de una entidad psíquica — la emoción — que vendría á intercalarse entre la percepción ó la idea y los acontecimientos fisiológicos; é invirtiendo el orden admitido por el sentido vulgar, decimos: al principio un estado intelectual, después perturbaciones orgánicas y motoras, y después la conciencia de esas perturbaciones, que es el estado psíquico que llamamos nosotros la emoción.

W. James, de distinta manera y con otros argumentos, sostiene la misma tesis: «los cambios corporales que siguen inmediatamente á una percepción, y nuestra conciencia de estos cambios, en tanto que ellos se producen, es la emoción.» En contra del sentido vulgar, es menester decir: estamos tristes porque lloramos; sentimos la cólera porque golpeamos; tenemos miedo porque temblamos. Suprimid en el miedo los latidos del corazón, la respiración anhelosa, el temblor, el debilitamiento muscular, el estado particular de las vísceras; suprimid en la cólera la ebullición del pecho, la congestión de la cara, la dilatación de las narices, el rechinamiento de dientes, la voz cortada, las tendencias impulsivas; suprimid en la pena las lágrimas, los suspiros, los sollozos, la sofocación, la angustia; ¿qué queda? Un puro estado intelectual, pálido, incoloro, frío. Una emoción descorporalizada (*disembodied*) es un no ser.

Esta es sin duda una hipótesis sin prueba decisiva. El experimento *crucial* no podría ser suministrado más

que por un hombre atacado de anestesia total, externa ó interna, sin parálisis: ¿experimentaría todavía alguna emoción? El caso es irrealizable absolutamente; James no ha encontrado más que tres que se aproximen, de los cuales uno es muy conocido, el de Strumpell: los sujetos son apáticos; pero la vida emocional no está totalmente ausente; Strumpell ha notado la sorpresa, el miedo y la cólera en algunas ocasiones (1).

Renunciemos á la experiencia positiva y decisiva. La tesis tiene por sí misma un giro tan paradójico, que se le hacen muchas objeciones.

1.ª ¿Hay pruebas reales de que ciertas percepciones producen, por un influjo físico inmediato, efectos corporales anteriores á la aparición de la emoción? Seguramente. La lectura de una poesía, una narración heróica, la música, pueden evocar instantáneamente un estremecimiento de todo el cuerpo, latidos cardiacos, lágrimas. Frotad dos pedazos de acero, uno contra otro, y se exasperará toda la organización nerviosa. Ya se sabe que sólo la vista de la sangre produce desmayos á ciertas personas. Finalmente, James alega los casos patológicos mencionados anteriormente por Lange, en que «la emoción no tiene objeto»; es decir, depende evidentemente de una causa puramente física.

2.ª Si la teoría es cierta, al producir voluntariamente las manifestaciones de una emoción especial, debemos suscitar la emoción misma. — En la mayoría de los casos este criterio es inaplicable, porque la mayor parte de los fenómenos orgánicos que manifiestan la

(1) Después de la publicación del libro de James, el Dr. Berkeley ha dado cuenta en el *Brain* (IV, 1892) de dos casos de anestesia general cutánea y sensorial: los sujetos son apáticos; se ha comprobado la vergüenza, la pena, la sorpresa, el miedo y la repulsión «como sustituto de la cólera.» — El Dr. Sollier, en un artículo de la *Revue philosophique*, Marzo 1884, ha dado cuenta de experimentos hechos sobre sujetos en estado de hipnotismo profundo, en los que está abolida, por congestión, la sensibilidad periférica y visceral; llega á la misma conclusión de James y de Lange.

emoción no pueden producirse á voluntad; luego la experiencia es parcial. Sin embargo, en la medida en que es posible, corrobora la hipótesis, más bien que la debilita. Permaneced mucho tiempo sentados en una actitud melancólica, y la tristeza se apoderará de vosotros. Si estáis tristes, tomad una actitud alegre, mezcláos con una sociedad alegre, y dejaréis la tristeza en el camino. Se objeta que muchos actores ofrecen en su papel la perfecta apariencia de una emoción, y no la experimentan. James da los resultados de una curiosa investigación sobre este punto, practicada en América: las respuestas no están acordes; unos dicen que trabajan con el cerebro, otros con el corazón; los unos experimentan la emoción de su personaje, los otros no. Parece que James hubiera podido mencionar lo que se verifica en ciertos hipnotizados: si se da á sus miembros la actitud de la oración, de la cólera, de la amenaza, del amor (lo que constituye una sugestión por el sentido muscular), se evoca la emoción correspondiente.

3.ª La manifestación de una emoción, en lugar de aumentarla, la hace desaparecer; así, un abundante raudal de lágrimas disminuye la pena.—Esta objeción no distingue entre lo que se siente *durante* la manifestación y lo que se siente *después*. La emoción se experimenta siempre mientras persiste la manifestación; pero cuando se agotan los centros nerviosos, naturalmente sobreviene la calma. ¿No se dice de ciertos hombres que sentirían más si no fuesen tan «demostrativos»? Es que la exuberancia de su modo de expresión los agota rápidamente, y no permite que dure la emoción, mientras que un temperamento bilioso, que no se gasta, queda como un «volcán dormido».

Sólo he tomado de James y de Lange lo que era estrictamente necesario para hacer comprender su teoría. Declaro que la acepto en el fondo, pero sin admitir la posición dualista que parecen haber adoptado. Me explicaré sobre este punto en la contiuuación

de este capítulo; por el momento sólo nos queda demostrar que la teoría fisiológica se aplica al dominio entero de la emoción.

II

Hemos visto, en efecto, que Lange se refiere expresamente á algunas emociones simples, y rehusa aventurarse más lejos. W. James concentra su esfuerzo sobre las emociones burdas *(coarse)*; las otras (*the subtler emotions*) sólo las menciona de paso, y se limita á algunas observaciones sobre la emoción estética. Me parece, sin embargo, necesario tratar este objeto de otro modo que por preterición. En efecto, los adversarios (y son numerosos) han sostenido que la teoría fisiológica, aceptable en rigor para las formas inferiores de la emoción, se hace insuficiente á medida que nos elevamos, y que cualquier intento para aplicarla á las formas superiores daría lugar á un fracaso.

Es preciso, ante todo, entenderse sobre el valor de estos términos, inferior y superior, burdo y fino; sólo pueden significar grados en la evolución. Las emociones inferiores ó burdas se han llamado también «animales», porque son comunes al hombre y á la mayor parte de los animales. Las emociones superiores ó finas son propiamente «humanas», aunque se encuentran en germen en los animales más elevados.

Las primeras están ligadas á sensaciones y percepciones ó á sus representaciones inmediatas; tienen una relación estrecha y directa con la conservación del individuo ó de la especie. Las segundas van unidas á imágenes cada vez menos concretas, ó á conceptos; tienen una relación más vaga ó indirecta con las condiciones de existencia del individuo ó de la especie.

Se puede decir además, que inferior es sinónimo de primitivo, sencillo; que superior es sinónimo de derivado, complejo. ¿Cómo se produce el paso de las formas

inferiores á las formas superiores? Por el momento no importa saberlo, basta consignar que se verifica (1).

En resumen, de igual modo que en el orden intelectual hay una escala ascendente que conduce desde lo concreto hasta las formas inferiores, después medias y después superiores de la abstracción; igualmente en el orden afectivo hay una escala que sube desde el miedo ó la cólera, hasta las emociones más ideales, y de la misma manera que el concepto más elevado conserva la señal de los concretos de donde procede, á menos de ser sólo una palabra vacía, así los sentimientos más etéreos no pueden perder totalmente los caracteres que hacen de ellos una emoción, so pena de desaparecer como tal.

No insistiré sobre estas notas teóricas; la observación directa de los hechos es preferible y responde más claramente.

Las formas superiores verdaderamente humanas de la emoción, se pueden reducir á cuatro grupos: sentimiento religioso, moral, estético é intelectual. Aunque los caracteres somáticos que acompañan á cada uno de ellos deben observarse con el mayor cuidado en la segunda parte de esta obra, es necesario desde ahora y de antemano señalar los principales. Sobre todo hay que ponerse en guardia contra el error común, que consiste en buscar la emoción donde sólo queda su supervivencia y su sombra. Por ejemplo, si se toman las formas más intelectualizadas del sentimiento religioso ó estético, costará mucho trabajo encontrar las condiciones fisiológicas de su existencia. No hay nada que deba asombrarnos; en este caso no tenemos más que un abstracto ó extracto de emoción, una simple señal, un esquema emocional, un sustituto afectivo equivalente á los sustitutos intelectuales que ocupan el lugar de lo concreto. Lo que hay que estudiar es la

(1) Véase más adelante, 2.ª parte, c. VII.

emoción verdadera, experimentada, no recordada pobremente, reducción pálida de lo que *ha sido* una emoción.

1.° El sentimiento religioso, quizá más que ningún otro, va unido á condiciones fisiológicas, porque está estrechamente ligado al instinto de conservación, á la salvación, cualquiera que sea la forma en que el creyente la conciba. La *intensidad* de la emoción es lo único que nos importa; su cualidad es cuestión de apreciación crítica; nosotros tomamos el hecho en bruto, observable, legítimo ó no. Ahora bien, el creyente, cualquiera que sea su grado de cultura, cualquiera que sea su religión, en el momento que experimenta la emoción ¿no tiene el extremecimiento, la palidez, el *sacer horror*, el aniquilamiento, que puede convertirse en desfallecimiento, la actitud prosternada? Los místicos, ¿no han descrito mil veces la perturbación violenta que los agita, la tempestad interior que los estraga, hasta que, restablecida la calma, se expresan en un lenguaje que recuerda muy á menudo el del amor sexual? La calificación de histérico, dada con ó sin razón á muchos de ellos, se apoya en los síntomas físicos descritos. Y los procedimientos empleados para suscitar, reavivar ó reforzar la emoción religiosa, desde el vino de las bacanales antiguas hasta los ruidosos conciertos del «Ejército de salvación» ¿no tienen una acción directa y fisiológica sobre los órganos? ¿Y la acción de los ritos, que sólo son la expresión fija de una forma particular de creencia? Y los milagros que se producen en todas las religiones, en los que tienen «la fe que cura,» ¿no se verifican en el organismo? Se llenarían largas páginas con sólo la enumeración de las condiciones materiales que envuelven, sostienen ó evocan el sentimiento religioso tal como se ve que existen *en realidad*, actualmente ó en la historia. Nada más quimérico que concebir la emoción religiosa como un acto puro, como una

entidad psicológica que existe en sí misma y por sí misma, independientemente de sus concomitantes fisiológicos. Suprimid todos estos; ¿y qué queda? Una pura idea, fría y descolorida. Es evidente que los factores fisiológicos que brillan tan vivamente en la emoción intensa, se atenúan por efecto del temperamento, de la repetición, de la rutina; pero en la misma medida también la emoción se debilita y se atenúa; una alta *concepción* religiosa y una profunda *emoción* religiosa son dos fenómenos psíquicos muy diferentes: en otra parte insistiremos sobre este punto.

2.° La emoción moral no debe confundirse tampoco con la idea moral. La noción abstracta de justicia, de deber, de imperativo categórico, obra sobre unos y carece de influjo sobre otros. La emoción moral, no facticia y convencional, sino realmente sentida y experimentada, es una sacudida y un arrastramiento; se traduce siempre por movimientos interiores y exteriores; obra como un instinto. La simpatía, que nos pone al unísono con los demás, que nos hace sentir su bien y su mal, es (ya lo veremos más tarde) una propiedad de la vida animal que exige imperiosamente condiciones fisiológicas, y no puede existir sin ellas; ahora bien, el papel de la simpatía en la génesis de las emociones no es dudoso. El que corre para detener á un ladrón ó á un asesino — cuando ha sido simple testigo y no ha sido robado ni atacado—¿no es presa de una conmoción fisiológica? En las explosiones del amor maternal, en los actos de abnegación brusca, ¿no hay un *raptus* que sacude á todo el individuo de pies á cabeza? Si estos hechos, entre tantos otros, no bastan, considérese lo que se verifica en las masas populares en fermentación, en ciertos casos de la psicología de las multitudes. «Si en la palabra moralidad hacemos entrar la aparición momentánea de ciertas cualidades (1), tales

(1) G. Le Bon, *Psychologie des foules*, p. 46 y siguientes.

como la abnegación, el sacrificio, el desinterés, el sacrificio de sí mismo, la necesidad de equidad, podemos decir que, á veces, las multitudes son susceptibles de una moralidad muy alta..... mucho más elevada que la de que es capaz el individuo aislado. Sólo las colectividades son capaces de grandes desintereses y de grandes sacrificios.» Pero en este estado de aumento enorme de la emoción moral, ¿es creible que los factores fisiológicos sean despreciables? ¿No son los vehículos naturales y necesarios del contagio moral?

3.° Seré breve en cuanto á la emoción intelectual, porque es rara y ordinariamente templada. Sin embargo, cuando surge con los verdaderos caracteres de la emoción intensa, no se aparta de la regla. Ni la investigación ni el descubrimiento de la verdad pura apasionan á la mayoría de los hombres, como tampoco se afligen de estar privados de ella; pero los poseídos por este demonio le pertenecen en *cuerpo* y alma. Su emoción no es más independiente que otra de las condiciones fisiológicas; la biografía de los sabios da ejemplo de ello á voluntad: los perpetuos sufrimientos físicos de Pascal, Malebranche sofocado por las palpitaciones del corazón al leer á Descartes, Humphry Davy bailando en su laboratorio después de descubrir el potasio, Hamilton sintiendo bruscamente «como si se cerrase un circuito galvánico» en el momento en que descubre el método de los cuaterniones, etc. No hay necesidad de subir más; la vida corriente suministra á cada instante ejemplos que no por ser prosáicos prueban menos. El instinto de la curiosidad es la raíz de toda emoción intelectual, por trivial ó por alta que sea; ahora bien, el que vigila y espía la conducta de su vecino y los mil pequeños detalles de su vida, cuando se frustra su curiosidad pueril, ¿no experimenta la angustia *física* del deseo no satisfecho?

4.° A creer á ciertos refinados, la emoción estética tendría el privilegio de moverse en el dominio de la

contemplación pura. Esta afirmación está fundada en el error señalado anteriormente, que consiste en no tener en cuenta más que la *cualidad* de la emoción, y no su intensidad. Es una emoción de crítica, purificada, sublimada, despojada en la medida posible de su resonancia somática, con la que sustituyen á la emoción verdadera y primitiva, de la cual han salido todas las demás, y que ellos han experimentado en su origen, como el resto de los hombres, porque ni los más delicados pueden comenzar por el fin. Es una manera abstracta de sentir que sustituye á la manera concreta. W. James hace excelentes observaciones sobre este punto, y á ellas remitimos al lector (*op. cit.*, p. 468 y siguientes). La emoción estética completa, sin acepción de su cualidad, no exige siempre una gran cultura. El hombre primitivo que, junto con sus compañeros, se emborracha con su danza y sus cantos, se embriaga de sonidos y movimientos; el espectador cándido, que se conmueve todo por la representación de un melodrama burdo; el campesino español, que contempla su iglesia resplandeciente de adornos *rococo* y de santos extravagantemente vestidos: todos estos tienen la emoción concreta que sacude, hace palpitar el corazón, reir ó llorar, gritar, gesticular.

Por lo demás, basta recordar las investigaciones inauguradas por Fechner en su *Vorschule der Aesthetik*, y continuadas después, sobre todo en Alemania, bajo el nombre de «estética elemental» (1), que ponen tan bien de relieve el papel del elemento sensorial en la génesis del placer y el dolor estéticos. Vamos á resumirlas en dos palabras. Hay en la constitución del sentimiento estético dos factores: uno directo, ligado con las sensaciones y percepciones; otro indirecto, uni-

(1) Wundt, *Physiolog. Psychologie*, cuarta edición (alemana), capítulo XX; Külpe, *Grundriss der Psychologie*, p. 257, párr. 38; J. Jully, *Sensation and Intuition*, segunda parte; Grant Allen, *Mind*, July, 1879, art. SYMETRY.

do á las representaciones (imágenes y asociaciones de ideas); uno ú otro predominan según las artes: el factor directo en la música y las artes plásticas, el factor indirecto en la poesía. El factor directo, por su definición misma, depende del organismo. Los colores no son simples sensaciones: tienen un tono afectivo que les es propio. Según Wundt, el blanco inspira la alegría, el verde un gozo tranquilo, el rojo responde á la energía ó la fuerza, etc. Se puede admitir ó no estas determinaciones (Scripture da otras); varían probablemente de un individuo á otro; pero el principio permanece inatacable. Los experimentos de Féré, citados anteriormente sobre los colores excitantes y depresivos, van en el mismo sentido. Igual ocurre con los sonidos: según que son graves, agudos ó medios, producen una disposición particular. — Si de la simple sensación pasamos á las percepciones, la acción física directa no es dudosa: en el arreglo de los colores, en los fenómenos de contraste, en los contornos y formas de ciertas líneas, en el placer innato de la simetría, de la regularidad; en el ritmo, la medida, la cadencia, en la percepción de la armonía y de las disonancias, etc. — A la verdad, los autores citados han insistido más bien sobre la acción sensorial que sobre las modificaciones orgánicas y motoras que la acompañan; pero siempre queda indiscutible que el sentimiento estético está necesariamente ligado á condiciones fisiológicas.

Puesto que la tesis que sostenemos es que la intensidad de las emociones, aun las superiores, está en razón directa de la cantidad de sucesos fisiológicos que la acompañan, me propongo en lo sucesivo examinar una sola separadamente, pero con algunos detalles.

¿Cuál es la más emocional de todas las artes? La música. No hay duda posible en la respuesta, excepción hecha de los que son refractarios á su acción, y que deben ser recusados. Ningún arte tiene una potencia de penetración más profunda, ninguna puede tra-

ducir matices de sentimiento tan tenues que se sustraen á cualquier otro modo de expresión: esto se admite por unanimidad.

El arte más emocional ¿es también el más dependiente de las condiciones fisiológicas, como lo exige nuestra tesis? Sí; y para demostrarlo, son tan numerosas las pruebas de hechos, que sólo hay la duda de la elección. Dejemos á un lado todo elemento intelectual, las representaciones vagas ó claras que evoca la música; apartemos todas las disertaciones metafísicas sobre su naturaleza y su revelación del infinito, ó sobre su origen en la especie humana, para referirnos sólo á su aspecto físico y afectivo y apercibir su lazo de unión.

Ante todo la música obra sobre muchos animales. Aunque se encuentran sobre este punto desde la antigüedad, «cuentos de nodriza» y anécdotas maravillosas, queda, excepción hecha de historias apócrifas, un gran número de observaciones ó de experimentos que se deben considerar como exactos; se los encontrará en diversos músicos ó musicógrafos (Grétry, Fétis, etc.). Los perros, los gatos, los caballos, los lagartos, las serpientes, las arañas, sin hablar de muchos pájaros, son los ejemplos citados con más frecuencia. Se han mencionado muchas veces experimentos hechos en el Jardín de plantas de París, en particular sobre los elefantes; son variados y concluyentes (1). ¿Hay que deducir de esto que estos animales son melómanos? Algunos autores parece que no tienen duda sobre este punto, porque tienen una tendencia natural á despreciar el lado físico del fenómeno y á interpretarlo en un sentido casi humano. Es mucho más verosímil que las sensaciones de sonido y de movimiento (el ritmo al cual son muy sensibles los animales) obran directamente sobre el or-

(1) Se los encontrará en Beauquier, *Philosophie de la musique*, p. 65.

ganismo é indirectamente sobre las funciones vitales y producen un estado físico de placer ó de dolor; quizá en los más elevados, como el elefante, un cierto estado afectivo que se parece á la emoción. En una palabra, la música obra como una quemadura, como el calor, el frío ó un contacto acariciador. He consultado sobre este punto á escritores de reconocida competencia en la psicología musical. «Las consonancias ó disonancias relativas, compuestas de terceras mayores ó terceras menores, me escribe M. Dauriac, producen en el organismo efectos agradables ó dolorosos independientemente de toda impresión ó de todo juicio estético.» M. Stumpf ha tenido la bondad de contestarme en una larga carta, muy documentada, en la cual deduce que «der Grund hievon dürfte ein rein physiologicher sein».

Pasemos al hombre primitivo. La cuestión no es tan sencilla, pero el elemento físico continúa preponderando. La música casi consiste sólo en el ritmo, marcado por instrumentos groseros y ruidosos, cuyo principal efecto es aumentar la conmoción del sistema nervioso. Los aborígenes de América pueden, durante cuatro horas consecutivas, embriagarse con sonidos medidos, sin ninguna significación melódica. En diversos pueblos, los adivinos, los brujos emplean el tambor para producir en sí mismos una especie de éxtasis (1) es una verdadera intoxicación por el sonido y sobre todo por el movimiento, ó sea un estado afectivo suscitado directamente por sensaciones externas é internas: aquí asistimos á la génesis de la emoción.

El hombre civilizado es sensible á la música (salvo las excepciones) en grados diversos, desde el hombre del pueblo que prefiere como el salvaje los aires muy rítmicos, hasta el más refinado melómano; pero para todos el primer efecto es físico. «La vibración musical

(1) Para los detalles sobre este punto consúltese la interesante obra de Wallaschek. *Primitive Music*.

no es más que una manera particular de percibir la vibración universal, la música de la vida que anima á todos los seres y á todos los cuerpos, desde el más ínfimo hasta el más elevado. Desde este punto de vista, el arte musical puede llamarse el arte por excelencia de la sensibilidad, porque regula el gran fenómeno de la vibración, en el cual se resumen todas las percepciones exteriores, porque lo trasporta desde el dominio inconsciente donde se hallaba oculto, hasta el dominio de la conciencia (1).» La música obra sobre el sistema muscular, sobre la circulación, la respiración y sus anejos. Los sonidos intensos (bombo, timbales) producen una sacudida en todo el cuerpo; los sonidos sobreagudos causan contracciones musculares; yo conozco una música á quien una disonancia muy fuerte producía convulsiones. Añádanse los efectos muy conocidos de horripilación, extremecimientos en la espalda, en el cuero cabelludo, sudores súbitos, cosquilleo, constricción en el epigastrio. Grétry había ya notado que el pulso es sensible á la medida, y ha referido muchas observaciones hechas sobre él mismo, en que las pulsaciones se retardan y se aceleran, según los movimientos de un canto interior. No se acabaría nunca de enumerar los efectos puramente físicos de la impresión musical.

Lo que se deduce de aquí es que mientras ciertas artes despiertan primeramente ideas que dan á los sentimientos una determinación, ésta obra inversamente. Crea disposiciones dependientes del estado orgánico y de la actividad nerviosa, que traducimos por las palabras vagas: alegría, tristeza, ternura, serenidad, tranquilidad, inquietud; sobre este bastidor el intelecto borda á su gusto, según los individuos.

Se podría ir más lejos y pasar de lo general á lo particular. Si la música crea, por sus efectos sobre el organismo, disposiciones, situaciones afectivas momen-

(1) Beauquier, *op. cit.*, p. 56.

táneas, la diferencia de las voces, de los instrumentos, de los timbres, debe despertar disposiciones diferentes y especiales: esto no se discute. La tonalidad de una pieza debe obrar igualmente; cosa que es admitida todavía por muchos compositores. Es cierto que apenas se ponen de acuerdo sobre la determinación y la significación de cada tono, y que se descubrirían en ellos desacuerdos muy divertidos. (Así el tono de *mi bemol*, que para Gevaert es potente, magestuoso, para Grétry indica una catástrofe futura.) Aquí más que en cualquier otra parte perjudica el exceso de determinación.

Una última observación sobre los efectos físicos de la música, es su acción terapéutica. Sabemos por numerosos testimonios que era conocida en la antigüedad. Desde los médicos griegos hasta Leuret, que la empleaba en su tratamiento moral de la locura, sería larga la historia de las curas que se le atribuyen. Un fisiólogo ruso muy conocido, Tarchanoff, ha preconizado y aconsejado recientemente su empleo racional en los desórdenes del sistema nervioso; pero no obra por influjos ocultos, misteriosos, espirituales; obra físicamente, y es un caso de la medicina vibratoria. Las investigaciones de Boudet, de París, de Mortimer Granville, de Buccola, de Morselli, de Vigouroux, dan pruebas de ello.

Aunque hay otras muchas cosas que decir sobre este punto, esto basta para demostrar que la más emocional de las artes es la que depende más rigurosamente de las modificaciones del organismo, cosa que me ha parecido un argumento de hecho, que no es despreciable, en favor de la teoría fisiológica de la emoción (1).

(1) Gurney, en una crítica de la hipótesis de James (*Mind*, IX, 425), dice: «Hay muchas piezas de música cuya representación silenciosa (es decir, la pura audición interior en la lectura de las notas) me ha producido tanta emoción como su ejecución por la mejor orquesta; en este último caso, casi exclusivamente, mi emo-

III

Acabamos de demostrar que las formas llamadas superiores de la emoción no se sustraen á la necesidad de las condiciones fisiológicas; pero hay otra cuestión que queda oscura y como en suspenso, y que debe dilucidarse en razón de su importancia. La cuestión es esta: ¿por qué ciertas sensaciones internas ó externas, ciertas imágenes, ciertas ideas, tienen el privilegio de suscitar ciertos estados orgánicos y motores, y por consiguiente la emoción? ¿Cómo se establece este lazo, este *nexus?* Porque la experiencia nos enseña que no es necesario. En el mismo individuo, la misma percepción, la misma idea, pueden en un caso despertar una emoción, y en otro no suscitar nada. En otros términos: hay percepciones, imágenes y conceptos que permanecen siendo estados puramente intelectuales, sin ningún acompañamiento afectivo, por lo menos accesible á la conciencia, y los hay que en seguida quedan envueltos y como sumergidos en la emoción que provocan. Nótese que la cuestión se presenta siempre, cualquiera que sea la opinión que se adopte sobre la génesis de la emoción. Según la opinión corriente, el orden es este; estado intelectual, estado afectivo, estados orgánicos. Según la hipótesis fisiológica, el orden es este: estado intelectual, estados orgánicos, estado afectivo. Al pasar de una tesis á la otra, el problema sólo sufre una variante: ¿por qué un cierto estado intelectual va á veces acompañado de un estado afectivo y otras no? Esto en cuanto á la primera tesis. Por lo que toca á la segunda: ¿por qué un cierto estado intelectual va acompañado de modificaciones orgánicas y motoras, y á veces no?

ción se ha asociado al estremecimiento y otros fenómenos físicos.» James me parece que ha respondido á esta objeción (*Psych.*, II, páginas 469-470), que, en mi opinión, se refiere al problema de la memoria afectiva, que examinaremos más adelante.

La respuesta es la misma en los dos casos: el estado intelectual va acompañado de un estado afectivo siempre que hay una relación directa con las condiciones de existencia, naturales ó sociales, del individuo.— Para justificar esta proposición debemos examinar sucesivamente estas dos formas de condiciones de existencia.

Primer período. Sensaciones ó imágenes unidas á las condiciones de existencia naturales.

Se trata de una cuestión de génesis: debemos, pues, comenzar por los fenómenos más humildes. El sentido primordial, el único en ciertos animales, es el tacto unido á las sensaciones internas. Obsérvese que, en su origen, el «conocimiento», que consideramos en su grado más bajo, sólo tiene un valor *práctico*; la sensación es un monitor, una ayuda, un instrumento, un arma que sólo tiene un fin único, la conservación del individuo, y que está por completo subordinada á este fin: sin esto, sólo es una manifestación inútil, un lujo. El *nexus* entre la sensación y las reacciones orgánicas y motoras es, pues, innato; es decir, que resulta de la constitución misma del animal: si falta, las condiciones de existencia faltan también. El tejido primordial, dice Spencer, se debe afectar distintamente, según que está en contacto con materias nutritivas (ordinariamente solubles) ó con materias no nutritivas (ordinariamente insolubles). «La contracción, por medio de la cual un rizópodo absorbe un fragmento de materia asimilable, está causada por un comienzo de absorción de esta materia»; es decir, que contacto y absorción todo es uno. La acción de ciertos agentes va seguida de un movimiento de retirada, ó por el contrario, de movimientos propios, para asegurar la continuación de la impresión. «Estos dos géneros de movimiento son respectivamente los fenómenos y las señales del placer y del dolor. El tejido obra, pues, de modo que asegure el placer y evite el

dolor, por una ley tan física y natural como aquella por la cual una aguja imantada se dirige hacia el polo ó un árbol hacia la luz.» Sin indagar si hay placer y dolor — lo que es una pura hipótesis — hay, por lo menos, fenómenos objetivos que denotan, entre la sensación y los movimientos de expansión ó retracción, un lazo de utilidad.

Subiendo desde estos organismos inferiores á los que están provistos de varios sentidos, no cambia nada. Cada orden de sensación obra lo mismo. El animal está mejor informado, y por consiguiente, mejor guardado y mejor armado; esto es todo. Por último, cuando ciertas imágenes (es decir, recuerdos de placeres y dolores experimentados) suscitan un estado emocional, el mecanismo sigue siendo el mismo y tiende hacia el mismo fin. No sin razón, pues, hemos asimilado anteriormente cada forma de emoción primaria á un organismo psicofisiológico adaptado á un fin particular.

Es inútil pasar revista á las emociones primarias y demostrar que la sensación, la percepción ó la imagen no producen perturbaciones orgánicas y motoras sino cuando está interesada la conservación del individuo ó de la especie. El estado intelectual (sensación, percepción ó imagen) puede producir instintivamente, es decir, por un mecanismo innato, la inmovilidad, el estrechamiento, el replegarse sobre sí mismo, la huída — el miedo; ó por el contrario, los movimientos ofensivos, el ataque — la cólera; ó movimientos de atracción, acompañados de los fenómenos particulares á cada especie — el amor sexual.

En resumen, todo suceso de este género, reducido á su más sencilla expresión, consiste: 1.° En un hecho intelectual, análogo á un resorte, que conmueve toda la máquina; 2.° Una reacción inconsciente, semiconsciente ó consciente del instinto de conservación, no siendo éste de ninguna manera una entidad, como ya se ha dicho, sino el organismo mismo bajo un aspecto dinámico.

2.º período. Percepciones, imágenes ó ideas, ligadas con las condiciones de existencias sociales.

Hasta aquí sólo hemos considerado la reacción emocional en sus relaciones con la naturaleza, es decir, con el medio ambiente físico. Su dominio es mucho más extenso; en el hombre y en muchas especies de animales, está adaptada al medio social. En el fondo, el mecanismo es el mismo. Una percepción, una imagen ó una idea suscitan una emoción porque tienen una relación directa ó indirecta (en este último caso, la relación es concebida, inducida, deducida) con las condiciones sociales del individuo. El yo natural tiene sus necesidades y sus tendencias; lo mismo pasa con el yo social, injertado sobre el otro, ó más bien formando una sola unidad con él; por consiguiente el mecanismo se pone en juego en mayor número de ocasiones: la circunferencia se extiende, pero el centro sigue siendo el mismo.

Nótense las diferencias entre los dos períodos. Hay en éste: 1.º Una preponderancia de las representaciones y de los conceptos, es decir de las formas superiores del conocimiento. 2.º En lugar de una asociación natural, innata, entre ciertas percepciones y ciertas reacciones emocionales—asociaciones que se pueden llamar anatómicas, pues están fijadas en el organismo del individuo,—hay asociaciones secundarias, adquiridas, fijadas con menos solidez, á veces enteramente artificiales que resultan de la experiencia, de la educación, del hábito, de la imitación. A continuación van algunos ejemplos, á título de aclaración y para evitar las repeticiones.

El sentimiento de la propiedad se deriva de una condición de existencia natural, la nutrición. Se manifiesta al principio bajo la forma de una previsión en algunos animales, que reservan alimentos para el porvenir. En el hombre primitivo se extiende á los vestidos, á las armas, á la gruta, ó á la caverna que habita; más tarde, con la vida nómada, á los rebaños; después, á los pro-

ductos agrícolas, al oro, á la plata, al papel moneda, y, finalmente, á esa cosa impalpable y hecha toda de opinión que se llama el crédito. Así reviste poco á poco un carácter social. El conocimiento de cualquier pérdida ó ganancia, actual ó posible, produce en el individuo una emoción, porque le muestra que su adaptación á las condiciones sociales disminuye ó aumenta.

El sentimiento del amor propio (*self feeling*) es innato, primitivo. Trasportémonos á una sociedad en que las cuestiones de rango, de precedencia, de etiqueta, tienen una importancia capital, en una monarquía aristocrática como la de Luis XIV, y veremos qué efervescencia de emociones se produce á propósito de un acontecimiento fútil y sin alcance para nosotros. Leed las *Memorias* de Saint-Simon: se quieren conceder indebidamente á un cortesano los privilegios de un duque y un par, y á su mujer un taburete junto á la reina. Escandaliza, se indigna, prodiga visitas incesantes, forma coaliciones, remueve á los ministros y al Parlamento, y, finalmente, goza de su victoria. Por facticia y pueril que parezca esta agitación, su emoción resulta del mismo mecanismo fisiológico que las emociones más sencillas, el instinto de conservación de su persona, no de su yo natural, sino de su yo cortesano del gran rey. Si fracasa queda afectado, disminuído, empequeñecido en sus condiciones de existencia sociales.

El caso de Malebranche, citado anteriormente, á quien el *Traité de l'homme* de Descartes, «causó palpitaciones de corazón tan violentas, que se veía obligado á dejar el libro á cada momento para respirar,» ha hecho decir á Fontenelle: «La invisible é inútil verdad no está acostumbrada á encontrar tanta sensibilidad entre los hombres.» Sin duda alguna, pero para el verdadero sabio, encontrar la verdad es una de las condiciones imperiosas de su existencia; para los demás es un lujo; por eso son indiferentes.

Creemos haber respondido á la cuestión plantea-

da arriba — por qué ciertas sensaciones, imágenes, ideas, tienen el privilegio de suscitar cambios orgánicos y motores, que traducidos al lenguaje de la conciencia constituyen el estado emocional — y haber justificado nuestra respuesta. La sensación, la imagen, la idea, no son más que causas ocasionales incapaces por sí mismas de engendrar ninguna emoción: ésta brota del fondo íntimo del individuo, de su *organización*, la expresa directamente, participa de su estabilidad y de su inestabilidad.

IV

La hipótesis de James y Lange, considerada al principio como una paradoja, ha promovido tantas observaciones, críticas, objeciones, respuestas, partidarios en pro y en contra, que renuncio á resumirlos (1). Sin embargo, tenía precedentes. Lange, en sus *Addenda*, menciona, á título de precursores, á Malebranche, Spinosa y otros autores menos célebres. Se han hecho después reivindicaciones legítimas en favor de Descartes, en su tratado sobre las *Pasiones del alma* (2). Conven-

(1) A contiuuación van, un poco al azar, los principales documentos de esta polémica: Wundt, *Philosophische-Studien*, VI, 3, página 349 (sólo critica á Lange); Gurney, *Mind*, t. 35, Julio 1884; Marshall, *ibid*, t. 36, Octubre 1884; Stanley, *ibid*, t. 41, Enero 1886; Worcester, *Monist.*, Enero 1893; *Psychological Review* (de Baldwin), Setiembre y Noviembre 1894, Enero 1895, etc.

(2) «Aunque escrito en los primeros días de la ciencia moderna, este libro sostiene la comparación con todo lo que se ha producido en estos últimos años. Sería, en efecto, difícil encontrar un tratado de las emociones que sea superior en originalidad, en profundidad, en sugestión. La posición que ha tomado Descartes es la de James; pero no se contenta con sostener de un modo general que la emoción está causada por un cambio físico. Después de haber deducido que hay seis posiciones primitivas, trata de demostrar que hay un conjunto especial de estados orgánicos afecto á la producción de cada una de ellas.» — Irons, *Philosophical Review*, Mayo 1895, página 291.

dría no olvidar á los fisiólogos: Maudsley había indicado esta tesis, sin insistir en ella (1). La superioridad de James y de Lange está en haberla planteado claramente y en haberse esforzado por apoyarla con pruebas experimentales. Ya he dicho que me parece la tentativa de explicación más verosímil para los que no se representan las emociones como entidades psicológicas. El único punto en que difiero de estos autores es relativo al planteamiento de la tesis, no á su fondo.

Es evidente que nuestros dos autores, inconscientemente ó no, se colocan en el punto de vista dualista, tanto como la opinión corriente que combaten; la única diferencia está en la inversión de los efectos y de las causas: la emoción es una causa cuyas manifestaciones físicas son los efectos, dicen unos; las manifestaciones físicas son la causa cuyo efecto es la emoción, dicen otros. Según mi opinión, se ganaría mucho con eliminar del problema toda noción de causa y de efecto, toda relación de causalidad, y con sustituir la posición dualista con una concepción unitaria ó monista. La fórmula aristotélica de la materia y de la forma me parece convenir mejor, entendiendo por materia los hechos somáticos, y por forma el estado psíquico correspondiente; los dos términos, por otra parte, no existen más que el uno para el otro, no siendo separables más que por abstracción. Era una tradición en la antigua psicología, estudiar las relaciones «del alma y del cuer-

(1) «Cuando una gran pasión causa perturbaciones físicas y morales, hé aquí lo que yo creo que se produce: una impresión física, hecha sobre el sentido de la vista ó sobre el sentido del oído, se propaga por un camino físico hasta el cerebro, donde suscita una conmoción física de las moléculas. De este centro de conmoción, la energía libertada se propaga por vías físicas á otras partes del cerebro, y finalmente se descarga por las vías físicas apropiadas, sea por movimientos, sea modificando las secreciones y la nutrición. La pasión que se siente es el lado subjetivo de la conmoción cerebral, es su paso de una base física á la conciencia.» — (*Pathol. of Mind.*, 1879.)

po»; la nueva psicología no lo menciona. En efecto, si la cuestión toma una forma metafísica, esto no pertenece á la psicología; si toma una forma experimental, no hay ocasión de tratarla separadamente, porque está tratada en todas partes. Ningún estado de conciencia debe estar disociado de sus condíciones físicas; componen un todo natural que es preciso estudiar como tal. Cada especie de emoción debe ser considerada de esta manera: lo que los movimientos del rostro y del cuerpo, las perturbaciones vaso-motoras, respiratorias, secretoras, experimentan objetivamente, los estados de conciencia correlativos, que la observación interior clasifica según sus cualidades, lo experimentan subjetivamente: es un sólo y único hecho traducido en dos lenguas. Anteriormente hemos asimilado las emociones á los organismos psico-fisiológicos; este punto de vista unitario, más conforme con la naturaleza de las cosas y las tendencias actuales de la psicología, me parece que en la práctica elimina muchas objeciones y dificultades.

Por lo demás, que se adopte ó no esta teoría, siempre habremos conseguido que las manifestaciones orgánicas y motoras no son accesorias, que su estudio forma parte de la emoción; así, pues, debemos hablar de esto con algunos detalles.

CAPITULO VIII

CONDICIONES INTERIORES DE LA EMOCIÓN

Estados confusos de esta cuestión. — Psicología popular y psicología médica. — Función del cerebro, centro de la vida psíquica. — Hipótesis sobre el «asiento» de las emociones.—Función del corazón, centro de la vida vegetativa. — Metáforas populares: su interpretación fisiológica. — Las sensaciones internas ¿son reductibles á un proceso único? — Función de las acciones químicas en la génesis de las emociones. Caso de la ingestión de sustancias tóxicas, de auto-intoxicación, de modificaciones durante las enfermedades mentales.

El *substratum* fisiológico de la emoción ó su materia (como se quiera) comprende las funciones orgánicas ó interiores y las funciones motoras que se traducen al exterior; nosotros seguiremos esta división. Aunque pueda parecer artificial no lo es completamente: las manifestaciones interiores están, la mayor parte, fuera de la acción de la voluntad; las exteriores la reciben en muchos casos. Por otra parte, esta separación, un poco arbitraria, no ha hecho más que aclarar la exposición.

I

La relación de las diversas emociones con las funciones internas es un estudio todavía en la infancia, confuso, mal desarrollado. Está en la misma situación que el problema de la expresión de las emociones antes de Ch. Bell, Darwin y sus sucesores, es decir, reduci-

do á una afirmación puramente empírica, sin explicación. Sin duda alguna, sabemos con seguridad que las perturbaciones vaso-motoras ó respiratorias varían según las emociones, pero el *porqué* de las diferencias de un caso á otro es con frecuencia ignorado ó inexplorado. Aunque Lange haya hecho mucho en este sentido, no se puede vanagloriar de ofrecer un cuadro completo de todas las manifestaciones orgánicas y funcionales que acompañan á las emociones simples, sin hablar de las formas complejas. Se sabe todavía menos, clara y positivamente, por qué tales manifestaciones se producen y no otras. Así, Hack Tuke pretende «que es una señal común, que mientras que el rubor de la vergüenza comienza por las mejillas y las orejas, el de la coléra comienza por los ojos y el del amor por la frente.» Aun suponiendo el hecho perfectamente establecido, quedaría averiguar por qué, en cada caso, tal territorio vascular se afecta con preferencia. En suma, el estudio de las condiciones interiores de la emoción permanece, por ahora, fragmentario y descriptivo.

El papel de las vísceras en la vida afectiva, emociones, pasiones, es tan evidente que en todo tiempo ha sorprendido el espíritu de los hombres. Sobre este punto, durante siglos, se encuentra: de una parte, una psicología popular fijada en el idioma, llena de errores y prejuicios, pero también de muy buenas observaciones; de otra, tentativas científicas, que varían con la fisiología de la época, y que están expresadas en las doctrinas médicas. Se puede durante este largo período, distinguir dos tendencias principales: una que consiste en localizar las pasiones en las vísceras exclusivamente, sobre todo en el corazón; otras en colocarlas en el cerebro. Sin forzar los hechos se podría encontrar en estas dos tendencias la forma anticuada é inconsciente de las dos teorías reinantes en la psicología afectiva: la una orgánica, la otra intelectualista.

No tendría interés recordar esta larga historia, decir

que Platon colocaba el valor en el pecho y los apetitos sensuales en el vientre; que la Escuela de Salerno atribuía la cólera á la hiel, la alegría al bazo, el amor al hígado. La teoría orgánica ó visceral continuó durante largo tiempo muy preponderante, y á principios de este siglo, Bichat, (año VIII, 1800) no vacilaba en escribir que: «el cerebro no está nunca afectado por las pasiones que tienen por sitio *exclusivo* los órganos de la vida interna; el hígado, el pulmón, el corazón, el bazo, etc.» A partir del siglo XVII, la teoría cerebral se acentúa; con Gall y Ch. Bell el corazón se encuentra completamente desposeído y, por reacción, el papel de las vísceras queda casi olvidado.

Actualmente nadie sostiene que el corazón, ú otro cualquiera órgano de la vida vegetativa, sea el sitio de una emoción, en el sentido recto de la palabra; la conciencia afectiva no existe más que en el cerebro, en el cual las sensaciones internas, que parten de las vísceras, están representadas del mismo modo que las sensaciones externas: es un eco. El cerebro, decía Hunter, sabe perfectamente que el cuerpo tiene un hígado y un estómago, ó, como se expresaba Carus, cada órgano tiene su *psychische Signatur*. Lo ideal sería determinar por medio de un análisis elemental, bien conducido y completo, la parte con que contribuye cada víscera y cada función interna en la constitución de una emoción particular. Nada semejante puede intentarse; no existen sobre este punto más que materiales dispersos y conjeturas apoyadas sobre todo en el estado morboso. Nosotros trataremos de esto más tarde (2.ª parte). Nos limitaremos en este momento á los dos órganos dominadores: el cerebro centro de la vida psíquica y el corazón centro de la vida vegetativa.

I. El cerebro no es solamente el eco de las sensaciones internas: recibe y reacciona según su disposición; centraliza, pero tomando su parte en el concier-

to; las impresiones que recoge llevan su marca. Antes (cap. I, párr. 1.º) hemos examinado las hipótesis emitidas acerca del «sitio» ó «centro» del dolor y del placer: bulbo, protuberancia, lóbulo temporal, lóbulo occipital, etc. Naturalmente, cada autor ha relacionado su hipótesis con las emociones propiamente dichas. Sin embargo, la investigación de «centros emocionales» parece todavía más quimérica. Una emoción particular no tiene un centro determinado, un sitio localizado, en el encéfalo, al que se pueda referir. Aparte de que ni la observación ni el experimento indican nada parecido, basta considerar la complejidad de una emoción cualquiera para comprender que exige la actividad de varios centros cerebrales é infra-cerebrales: 1.º los centros sensoriales de la vista, del oído, del olfato, etc.; 2.º los centros diseminados en la zona motora que rigen los movimientos de las diversas partes del cuerpo; 3.º por último, los centros que corresponden á los fenómenos de la vida orgánica, y que constituyen varias capas: en la médula, los centros respiratorio, acelerador de los movimientos del corazón, génito-espinal, vésico-espinal (se sabe que la vejiga es tan buen estesiómetro como el iris), etc.; en el bulbo, los centros respiratorio, vaso-motor, de la inhibición cardiaca, térmica; en la capa cortical, hay muchas discusiones no terminadas aún, acerca de la posición de los centros vasculares, térmicos, tróficos, glandulares, de los movimientos orgánicos que determinan la contracción de los intestinos, de la vejiga, del bazo, etc. Esta enumeración, aunque incompleta y confusa, basta para nuestro objeto: demostrar que es necesario hablar, no de un centro, sino de la acción sinérgica de varios centros diferentemente agrupados, según los casos (1).

(1) En sus *Leçons sur l'hystérie*, t. 1, lec. XXI, Pitres examina incidentalmente si existen centros encefálicos de los estados afectivos, y concluye diciendo «que los cambios moleculares que corresponden á la actividad de los elementos celulares, conmovidos por

Se sabe que los vaso-motores de la cabeza, de los miembros superiores, de los miembros inferiores, de las vísceras, están formados en parte por filetes nerviosos del simpático, en parte por nervios raquidianos procedentes de diferentes partes de la médula. Supuesto esto, un antiguo experimento de Claudio Bernard (1852) demuestra que la sección del gran simpático produce en el mismo lado del cuello dilatación de los vasos, aumento de temperatura, de nutrición, de tonicidad muscular y de sensibilidad. Por el contrario, la galvanización del mismo nervio produce la constricción de los vasos y fenómenos inversos de los anteriores. Féré hace notar que las manifestaciones del primer caso son, en general, las de las emociones esténicas, como las del segundo son la traducción de las emociones asténicas (1).

Cualquier cosa que se piense de estas relaciones, el carácter indiscutible y tantas veces mencionado de toda emoción — la difusión — nos demuestra que está en todas partes; que si se pudiese ver con los ojos el mecanismo cerebral que la sostiene, seríamos espectadores del trabajo coordenado de múltiples centros; que, por lo tanto, la hipótesis de una localización, de un lugar, en el sentido estrecho de la palabra, no está justificado por nada.

II. Es inútil recordar que la mayor parte de los idiomas hacen del corazón la encarnación de la vida afectiva, y que la diferencia que existe entre la razón

las pasiones, irradiando en todos los sentidos, estimulando ó deprimiendo la excitabilidad de los elementos vecinos, repercuten sobre los centros motores y sensitivos, sobre los núcleos de origen de los nervios viscerales, y finalmente determinan el estado de emoción, es decir, el estado psico-fisiológico, que es la expresión especial de la reacción de los centros nerviosos en las excitaciones psíquicas»

(1) *Op cit.*, p. 490-491.

y la pasión es, en lenguaje corriente, la del cerebro y la del corazón. No todo es prejuicio en esta opinión: los fisiólogos contemporáneos lo han demostrado.

¿Por qué el corazón, músculo desprovisto de conciencia, se encuentra erigido en órgano esencial y central de las emociones y de las pasiones? Es por razón de la tan conocida ley fisiológica, que nos hace trasferir nuestros estados psíquicos al órgano periférico que los comunica á nuestra conciencia. De todos los choques que nos hieren, sufre el rechazo; refleja las impresiones más fugaces; en el orden de los sentimientos, ninguna manifestación está fuera de él, nada se le escapa: vibra incesante, aunque diferentemente.

Claudio Bernard, y después de él Cyon, han tomado con gran interés el justificar las expresiones populares acerca del corazón, para demostrar que no son simples metáforas, sino el resultado de una observación exacta, y que pueden traducirse en el lenguaje fisiológico. Resumo sus principales observaciones.

El corazón, centro de la vida orgánica, y el cerebro, centro de la vida animal, los dos órganos culminantes de la máquina viviente, mantienen relaciones incesantes de acción y reacción, que se traducen en dos estados principales: el síncope y la emoción; el primero, producido por la cesación momentánea de las funciones cerebrales, por interrupción en la llegada de la sangre arterial; la segunda, debida á la trasmisión al corazón de una modificación circulatoria. Siempre existe una impresión inicial que detiene ligeramente este órgano (según Claudio Bernard), produciendo una palidez fugaz, después una reacción que el corazón, á causa de su extremada sensibilidad, siente el primero; porque del mismo modo que el cerebro es el más delicado de los órganos de la vida animal, el corazón es el más sensible de los órganos de la vida vegetativa.

Cuando se dice que el corazón está *despedazado* por el dolor, esto responde á fenómenos reales. El corazón

se ha detenido á causa de una impresión repentina, originando algunas veces síncope y crisis nerviosas. E corazón *grueso* responde á una prolongación de la diástole, que comunica á la región precordial un sentimiento de plenitud y de encogimiento. El corazón que *palpita* no es solamente una fórmula poética, sino una realidad fisiológica; las palpitaciones son rápidas y sin intensidad. La facilidad con que el corazón se vacía, la regularidad de la circulación, que se mantiene por una presión insignificante, responde al corazón *ligero*. Dos corazones *unidos* palpitan al unísono, bajo el influjo de iguales impresiones. En el corazón *frío* las palpitaciones son lentas y tranquilas, como bajo el influjo del frío; en el corazón *caliente* sucede lo contrario. «Cuando se le dice á uno que se le ama con *todo el corazón*, significa que, fisiológicamente, su presencia ó su recuerdo despiertan en nosotros una impresión nerviosa que, trasmitida al corazón por el neumogástrico, hace reaccionar dicha víscera del modo más conveniente para provocar en nuestro cerebro un sentimiento ó una emoción. En el hombre, el cerebro debe, para expresar sus sentimientos, tener el corazón á su servicio» (1).

Recordemos las tan conocidas observaciones de Mosso, que ha podido estudiar directamente la circulación sanguínea del cerebro en tres individuos cuyo cráneo se había destruído por diversos accidentes. Ha comprobado que el solo hecho de mirar á uno de sus enfermos con atención, el entrar un extraño ú otro hecho de poca importancia, eleva inmediatamente el pulso cerebral. En una mujer, la amplitud de las pulsaciones aumenta bruscamente, sin causa aparente: es por-

(1) Para más detalles, véase Cl. Bernard, *La science expérimentale. Étude sur la physiologie du coeur*, 1865, y Cyon, Discurso en la Academia de San Petersburgo. *Le coeur et le cerveau*, trad. en la *Revue scientifiq.*, 22 de Noviembre de 1873. — Mosso, *Sulla circolazione del sangue nel cervello* (1880), y *El Miedo*, edición española.

que acaba de percibir en el cuarto una cabeza de muerto que le ha causado algún miedo. Igual fenómeno se produce en otro que oye dar las doce; es porque no se siente en buenas condiciones para decir su oración. No digo nada de sus investigaciones con el pletismógrafo, que se refieren sobre todo al trabajo intelectual.

Se comprende, pues, cómo la opinión popular ha podido considerar al corazón como el sitio ó el generador de las emociones. Es la expresión instintiva de un punto de vista muy justo: la soberana importancia para la vida afectiva de la acción de las vísceras resumida en un órgano fundamental.

II

Puesto que por el momento eliminamos los movimientos para ocuparnos de las condiciones *interiores* de la emoción, es fácil ver que estas condiciones se reducen á lo que se designa con el nombre de sensaciones internas, orgánicas, vitales. No es este el lugar de enumerar las modificaciones de cada una de ellas en el caso de cada emoción especial (véase la 2.ª parte); la cuestión, tomada actualmente en su generalidad, se plantea así. Las sensaciones internas ¿son reductibles á un *processus* único, fundamental? Si la respuesta es afirmativa, las condiciones interiores de la emoción se encontrarían de igual modo determinadas bajo su forma más general. Se puede por lo menos ensayarlo.

La primera dificultad consiste en que no tenemos de las sensaciones internas una enumeración completa, invariable de un autor á otro, como en el caso de las sensaciones especiales. Beaunis ha dado una clasificación muy detallada en ocho grupos: Krœner adopta otra bastante diferente: ambos incluyen en ellas el placer, el dolor y las emociones. Eliminemos este último

grupo (las manifestaciones afectivas) para limitarnos á las sensaciones vitales propiamente dichas, unidas á las necesidades puramente fisiológicas, á los órganos y funciones indispensables en la vida: las sensaciones diversas del canal alimenticio (hambre, sed, malestar, náuseas, etc.), las del aparato respiratorio (aire sano y fresco, disnea, asfixia), del aparato circulatorio, de las escreciones y secreciones, de los órganos sexuales en el estado normal ó en las fases transitorias (pubertad, menstruación, embarazo, menopausia, etc.), la necesidad de movimiento muscular, de reposo, sueño, la sensación de fatiga,—tenemos casi todos, si no todos, los elementos de la cenestesia, es decir, de la conciencia de nuestro cuerpo en tanto que vive y obra.

Estas sensaciones múltiples, ¿tienen una causa común, son las modalidades de un mismo *processus*; suponen en su origen un mismo estímulo, un mismo género de excitación, como las variedades de la sensación visual suponen todas las vibraciones luminosas y las variedades de las sensaciones auditivas las vibraciones sonoras?—Para todas las sensaciones internas, sostiene Krœner, la excitación inicial es de naturaleza *química*. «Toda sensacion orgánica descansa en un *processus* químico y se produce según las leyes de la difusión y de la osmosis» (1). El autor justifica su aserto por la exposición de un gran número de hechos para los que enviamos al lector á su libro. La acción química, según él, se produce, bien bajo la forma gaseosa (paso del exterior á una habitación cargada de miasmas deletéreos), ó bien bajo la forma líquida (alcohol, sustancias tóxicas en estado de solución en los líquidos del organismo y lanzadas en el torrente circulatorio).

No es seguro, aunque lo diga Krœner, que todas las

(1) Krœner, *Das körpeliche Gefühl*, in-8, Breslau, 1887, páginas 102 112.

sensaciones internas tengan por causa una acción química, bajo una ú otra de las formas antes citadas, y que su localización vaga se deba á esta causa solamente, y no, como por lo general se admite, á las que se produzcan en los órganos desprovistos de movimientos. Así el atolondramiento, el vértigo, las sensaciones musculares (que Krœner y Beaunis colocan en este grupo) parecen descender de excitaciones mecánicas más bien que de causas químicas. Algunas veces no se puede negar que las sensaciones internas fundamentales — unidas á la nutrición y á sus condiciones inmediatas, á la fatiga y al sueño, que resultan una y otro de un envenenamiento de los músculos y de los centros nerviosos en la vida sexual — son debidas á excitaciones de causa química. Desde luego se puede dar un paso más en el camino de James y de Lange, y decir que las emociones no dependen solamente de las condiciones fisiológicas, sino todavía más profundamente de las *acciones químicas* que se producen en los tejidos y los líquidos del organismo.

En apoyo de esta condición extrema de la génesis de las emociones no se pueden aducir más que algunas notas fragmentarias que, sin embargo, las presentan estrechamente dependientes de las variaciones del medio interior, intra-orgánico.

1.ª Tenemos desde un principio el grupo de las sustancias excitantes, tónicas, deprimentes, tóxicas: el vino, las diversas bebidas alcohólicas, el haschich, el opio, la coca, los afrodisiacos, etc. Aunque son productos artificiales, introducidos del exterior, no engendrados en el organismo ni por él, sabido es cuánto modifican el medio interior, y por tanto, el humor, el carácter, la intensidad y la dirección de las pasiones.

2.ª Pero hay sustancias que el cuerpo vivo fabrica ó modifica él mismo. Se dice que el organismo es un receptáculo y un laboratorio de venenos: en el estado

de emoción, el único que nos ocupa, el papel de este trabajo químico se manifiesta á cada instante. Se habla sin cesar de la disminución ó del aumento de la circulación sanguínea; no obstante, las disposiciones ó modificaciones emocionales no están unidas solamente á variaciones de cantidad, sino también de *cualidad* de la sangre (anemia, aglobulia, paludismo, etc.) El dicho popular de que las emociones «pudren la sangre» no es tan ridículo como parece. La cólera, el miedo, la fatiga, van acompañadas con frecuencia de cambios en la constitución íntima del líquido sanguíneo. Notemos incidentalmente las relaciones comprobadas entre ciertas afecciones cardiacas y las disposiciones afectivas; en los aórticos, anemia, excitación, irritabilidad; en la insuficiencia mitral, congestión, humor taciturno y melancolía. — Más adelante tendremos ocasión de relacionar hechos que demuestran la correlación de ciertas emociones con cambios tóxicos en la saliva y la secreción láctea. El sudor, en ciertos estados afectivos, toma un tinte rojo, amarillo, verde, azul: sin hablar de sus variaciones de olor, que son, seguramente, de origen químico. — Aun fuera de las emociones mentales, la secreción urinaria suministraría un gran contingente de cambios químicos (azoturia, oxaluria, fosfaturia, etcétera), coincidiendo con variaciones del orden afectivo, tales como la aprensión, melancolía, irritabilidad. En los gotosos y reumáticos, las modificaciones de humor, que dependen más bien de la nutrición general que del sufrimiento actual, se han señalado con frecuencia. — Se conocen las relaciones entre la secreción del jugo gástrico y los estados agradables ó penosos; los dispépsicos tienen la reputación bien establecida de no ser ni alegres ni agradables para el trato. Beaumont notó en su famoso Canadiense «que, bajo el influjo de la cólera ó de otras emociones muy fuertes, la túnica interior del estómago se irrritaba, se ponía roja, seca, muy sensible, de lo que resultaba un acceso de indi-

gestión». — En la época del celo, el eretismo sexual va acompañado, en un gran número de animales, de profundas modificaciones, que se traducen al exterior por cambios de color y de olor, y que interiormente no se limitan á los órganos sexuales, sino que se extienden al cuerpo entero; se sabe que la carne de la caza es mala durante el celo, y que muchos pescados, en la época del desove, se convierten en tóxicos. No olvidemos que el animal, durante este mismo período, se vuelve perverso, violento, agresivo, peligroso. Sería fácil extenderse sobre este punto, aun por lo que se refiere al hombre (pubertad, gestación, lactación, menstruación).

3.ª Se ha observado desde hace mucho tiempo que, en la gran mayoría de los casos, las enfermedades mentales comienzan por desórdenes afectivos, y que las aberraciones intelectuales no aparecen sino más tarde. Muy recientemente se ha constituído una doctrina que tiende á buscar la causa primitiva de estos trastornos afectivos en una auto-intoxicación, es decir, en los «desórdenes provocados en el interior del organismo por la formación exagerada ó la retención morbosa de los venenos normales, en particular por los que provienen del tubo digestivo y de la orina»: desarreglos de la nutrición por aceleración, disminución ó perversión; tal es la causa tenida como la más general. Se invoca en su apoyo las relaciones de la melancolía, de la hipocondría, del humor pesimista con la hipercloridria estomacal, y los buenos resultados de un lavado del estómago; las numerosas modificaciones mentales, que coinciden con las modificaciones químicas del organismo; por ejemplo, ciertos accesos de locura en los artríticos. «Un carácter del estado mental de los diabéticos es la concordancia de las fluctuaciones del estado mental con las del azúcar, y el influjo, por decirlo así, barométrico de la composición de la orina sobre las disposiciones morales.» Este líquido, en la manía, cesa en

gran parte de ser tóxico, á consecuencia de la retención morbosa de los venenos normales que no se han eliminado (1).

Una enumeración larga de hechos acerca de esta cuestión, todavía por estudiar, estaría fuera de su sitio. Además no sería verdaderamente instructiva sino á condición de ser sistemática, es decir, de agrupar bajo el título de cada emoción todos los estados fisiológicos que le acompañan invariablemente, y todas las modificaciones químicas que le son propias exclusivamente. Siguiendo nuestro estudio hasta las condiciones químicas, hemos querido solamente penetrar todo lo posible en las condiciones más generales de la vida afectiva y mostrar una vez más por qué traduce la constitución íntima del individuo.

A propósito del placer y del dolor hemos observado que se les atribuye muy exclusivamente á la intensidad de la excitación (que se dice excesiva para el dolor y moderada para el placer), y que se olvida su *cualidad*. Puesto que nos referimos á las hipótesis sobre el papel de las condiciones químicas en la vida afectiva, y puesto que son las más generales, y el placer y el dolor tienen también este carácter de generalidad, se nos permitirá arriesgar una suposición. Consistirá en admitir que el placer se produce, ya cuando la excitación aumenta la actividad química en el organismo sin producir toxinas, ya cuando este aumento de actividad produce la disgregación de los venenos normales; que el dolor se produce, ya cuando la excitación crea un medio apropiado para la formación de las toxinas, ó bien cuando directamente y de una vez suscita su aparición general ó local. Pero no quiero insistir sobre este simple punto de vista sin pruebas, enunciado de

(1) Bouchard, *Leçons sur les auto-intoxications; Leçons sur las maladies par ralentissement de la nutrition.* — Régis, *Traité des maladies mentales*, pp. 112, 415, 423, etc. — Féré, *Pathologie des émotions*, 261, 495 y siguientes.

paso y á título de sugestión sobre una cuestión inexplorada.

Hemos hablado siempre de las modificaciones químicas como *coincidiendo* con los cambios emocionales. ¿Son efectos ó causas, ó lo uno y lo otro según los casos? Claro es que esta cuestión no es nueva para nosotros. Es la antítesis entre la teoría psicológica y la teoría fisiológica de la emoción que se ofrece bajo otro aspecto; no hay lugar á insistir sobre ella.

CAPITULO IX

CONDICIONES EXTERIORES DE LA EMOCIÓN

Período de empirismo — Períodos de las investigaciones científicas antes de Darwin. — Examen de los tres principios de Darwin.— Wundt y sus fórmulas explicativas; modificación directa de la inervación; asociación de las sensaciones análogas; relación del movimiento con las representaciones sensoriales.

Los movimientos de los ojos, de la boca, del rostro, de los miembros inferiores y superiores, del tronco, las modificaciones de la voz, constituyen la expresión exterior de la emoción reductible principalmente á acciones musculares. Desde hace medio siglo este asunto se ha estudiado en obras tan conocidas, que conviene ser muy breve. Me limitaré á un resumen del estado actual de la cuestión.

Durante millares de años esta cuestión ha permanecido en la fase del empirismo puro ó de especulaciones científicas que apenas tenían mejor apelativo que el de alquimia, astrología ó quiromancia: Juan Müller, en nombre de la fisiología, declaraba totalmente inexplicable la expresión de las emociones. Sin embargo, el trabajo que debía darle un mentís había ya comenzado: Lavater con su raro talento de observación personal; Ch. Bell con procedimientos más objetivos. Después Duchenne (de Boulogne) fué más lejos y sustituyó la experimentación con la observación pura. Se sabe que un viejo, atacado de anestesia facial, conseguía, con ayu-

da de la electricidad, contraer un músculo aislado, produciendo así ciertos modos de expresión de la fisonomía: de esto deducía que bastaba muchas veces con la contracción de un sólo músculo para expresar una pasión, «que cada emoción tiene, por decirlo así, su nota exacta, precisa, única producida por una modificación local única.» De este modo el frontal es para él el músculo de la atención, el orbicular superior de los labios, el de la reflexión; el piramidal (interciliar) expresa la amenaza; el gran zigomático, la risa; el pequeño zigomático, el llanto; el triangular de los labios, el desdén, etcétera.

A pesar del carácter un poco artificial de los experimentos y de los exclusivismos de las conclusiones, se había dado un gran paso (1).

Por último, apareció la obra de Darwin, que hace época. Apoyado en los resultados de una larga investigación, que comprendía á los adultos, á los niños, á los enajenados, á los animales, á las diversas razas humanas, Darwin es el primero que plantea la cuestión fundamental, única, de ¿por qué y cómo tal emoción está ligada á tal movimiento y no á tal otro? Y se esfuerza en responder: el problema está planteado en su forma científica (2).

(1) Lavater (1781-1803), *Essai sur la physionomie destiné à faire connaître l'homme et à le faire aimer*; Ch. Bell (1806), *Anatomy and philosophy of expression;* Duchenne (1862), *Mécanisme de la physionomie humaine ou analyse électro physiologique de l'expression des passions*. Sobre las antiguas obras, acerca de la fisonomía, consultar el libro de Mantegazza sobre la expresión de los sentimientos. — *(Bibliot. Scient. Intern.)*

(2) En Duchenne se encuentra el curioso pasaje que sigue: «El Creador no tuvo que preocuparse de las necesidades de la mecánica. Pudo, según su sabiduría, ó (perdóneseme esta manera de hablar) por una divina fantasía, mover tal ó cual músculo, uno solo ó varios músculos á la vez, cuando quiso que los signos de las pasiones, aun las más fugaces, estuviesen escritos transitoriamente en el rostro del hombre Una vez creado este lenguaje de la fisonomía, le bastó, para convertirle en universal é inmutable, dar á todo ser

En la obra de Darwin hay dos cosas: una descripción detallada y completa de cada emoción ó estado afectivo particular (más tarde lo utilizaremos) y la exposición de las leyes generales de la expresión, reducidas á tres principios muy conocidos. ¿Qué queda de estos tres principios, después de las críticas que han sufrido? Este es el único punto que tenemos por el momento que examinar.

1.° El principio de la asociación de los hábitos útiles es el que permanece más firme. Consiste en admitir que los movimientos útiles, para satisfacer un deseo ó separar una sensación penosa, se convierten en habituales y continúan produciéndose, hasta cuando su utilidad llega á ser nula ó dudosa. En otros términos: hay actitudes, gestos, movimientos que se explican directamente, porque no son más que la emoción actualizada, objetivada, que toman cuerpo, como los movimientos de contacto, en la ternura, de agresión en la cólera, de estivamiento ó hinchazón en el orgullo. Pero hay otros que no se explican directamente. ¿En qué nos son útiles el fruncimiento de cejas en la perplejidad, las lágrimas en la pena, el enseñar los dientes en la cólera? Según Darwin, estos actos, en otro tiempo útiles, siguen existiendo á título de supervivencia. Aquí, los sucesores de Darwin lo reprochan legítimamente, de no ser bastante psicólogo, y encuentran una explicación mejor: el hecho importante no es la supervivencia de los movimientos útiles, sino la trasferencia de un modo de expresión primitivo á una emoción análoga.

humano la facultad instintiva de expresar siempre sus sentimientos por la contracción de los mismos músculos.» Así, la cuestión queda para él en el dominio de las primitivas causas. Consigna una relación de coexistencia entre una emoción determinada y ciertos movimientos de los músculos; pero sin buscar la razón y la explicación natural de este *nexo*. Es sabido que ciertos filósofos han sostenido la tesis de la institución divina de la palabra; esto es su equivalente; esta es la tesis de la institución divina del lenguaje de los gestos.

2.° El principio de la antítesis está decididamente abandonado; es hipotético, y no explica nada. Según Darwin, hay una «disposición primitiva y general para acompañar ciertos sentimientos con gestos contrarios á los que expresan el sentimiento opuesto». Léon Dumont ha hecho una crítica muy lacónica, y que prueba esta aserción. Toma, uno á uno, los hechos invocados por Darwin, y demuestra que pueden explicarse de otro modo distinto (1).

3.° El principio de la acción directa del sistema nervioso no puede colocarse en la misma línea que los otros dos, porque los aventaja con mucho en generalidad, y porque en relación con él están subordinados y no coordinados. Antes de Darwin, Spencer (*Psyck.*, II, §§ 475, 502) había establecido un principio análogo, al cual reducía la expresión de las emociones. Le llama ley de la descarga nerviosa. Esta puede producirse bajo dos formas: difusa ó restringida. La primera depende de la cantidad ó intensidad de la emoción, y le sirve de medida. Sigue en su propagación una marcha invariable: afecta los músculos en razón inversa de su masa y del peso de las partes en que se insertan. En el hombre actua primero sobre los músculos delicados de la voz y los músculos delgados del rostro; después invade sucesivamente los brazos, las piernas, el tronco del cuerpo. Los movimientos de la cola en el perro y el gato, de la oreja en el caballo y otros muchos análogos en los animales, son ilustraciones de esta ley. La descarga restringida depende de la cualidad ó de la naturaleza de la emoción: se debe á las relaciones establecidas en el curso de la evolución entre sentimientos particulares y series particulares de músculos, puestos de ordinario en juego para su satisfacción. Esto me parece que casi no difiere del principio de los hábitos útiles de Darwin.

(1) L. Dumont, *Théorie scientifique de la sensibilité*, cap. VI, página 236. — Fouillée, *Psychologie des idées forces*, I, 167, admite el ciprinpio de Darwin, pero lo interpreta de otra manera.

El libro sobre la *Expression des émotions* ha suscitado otros: los de Piderit, Mantegazza, Warner, que en su *Physical Expression* (1885) ha ensayado un estudio puramente objetivo, y por consecuencia extra-psicológico del sujeto. Pero entre los ensayos hechos para conducir la expresión á sus principios fundamentales y reemplazar la teoría, muy conmovida, de Darwin, me parece el mejor el de Wundt (1). Admite, como su predecesor, tres principios, pero muy diferentes que pueden obrar simultáneamente y concurrir á la producción de un movimiento aislado.

1.º El principio de la modificación directa de la inervación; es decir, que la intensidad de los movimientos musculares y de los vasomotores depende de la intensidad de las emociones; á este principio obedecen sobre todo los movimientos que más se sustraen del dominio de la voluntad. Este es el equivalente del tercer principio de Darwin, puesto aquí en su lugar al frente, como conviene.

2.º El principio de la asociación de las sensaciones análogas consiste en que las disposiciones del espíritu que tienen una analogía con ciertas impresiones sensoriales, se traducen de la misma manera. Al principio no tenemos más que placeres, dolores, necesidades del orden físico, cuyo modo de expresión es innato, y, por decirlo así, anatómico. Más tarde, vienen los placeres, dolores, deseos del orden moral que se apoderan de los modos de expresión preexistentes para traducirse al exterior: esto es un lenguaje sustraído de su acepción primitiva, que en el orden de los gestos es equivalente á una metáfora. Este principio, mucho mejor que el de las supervivencias de Darwin, permite explicar con facilidad un gran número de modos de expresión, en apariencia embarazosos. Si el hombre per-

(1) *Physiolog. Psychologie,* t II, cap. XXII. Ha tratado también la cuestión en una colección especial de artículos titulada *Essays*.

plejo se rasca la cabeza, tose, se frota los ojos, es que un ligero malestar de origen físico y una pequeña molestia de origen psíquico tienen una profunda analogía que se traduce en los mismos movimientos expresivos. Wundt ha descrito muy bien la mímica de la boca en la degustación de las sustancias dulces, ácidas y amargas; en cuanto se produce alguna emoción que tenga alguna afinidad con estas sensaciones gustativas (alegría dulce, dolor amargo, reconvenciones acerbas), la expresión de la boca, de la naríz, de la cara, reaparece. Porque en ambos casos el estado afectivo, el tono emocional es el mismo, es por lo que los movimientos expresivos son idénticos. Hay, como dice con razón Mantegazza, *sinonimias mímicas*.

3.º El principio de la relación de los movimientos con las representaciones sensoriales, consiste en que los movimientos musculares de expresión se refieren á objetos imaginarios. Wundt considera como justificante principal de este príncipio la mímica de los ojos, de los brazos y de las manos. Representamos lo que es grande, levantando la mano; lo que es pequeño, bajándola; lo futuro, por un movimiento hacia delante; lo pasado, por un movimiento hacia atrás. Se podría objetar que estos gestos traducen estados mentales más bien que afectivos, pero es cierto que muchas emociones tienen una mímica que se dirige á objetos ausentes. Gratiolet (1857) ha recogido un gran número de ellos. El hombre indignado, aun cuando esté sólo, aprieta el puño contra un enemigo ausente. Se cierran los ojos, se vuelve la cara para no ver un objeto desagradable; otro tanto se hace para desaprobar una opinión. Cuando se aprueba, se inclina la cabeza hacia delante como para contemplar. En la negación, movemos la cabeza de derecha á izquierda, exactamente lo mismo que hacen los niños y los animales cuando se les pone ante la boca un objeto que les disgusta. La expresión del desdén, del desprecio, de la repugnancia, reproduce la fisonomía

de un hombre que rechaza un manjar nauseabundo.

No me parece muy seguro que el tercer principio de Wundt tenga la importancia de los otros dos, ni que sea irreductible. Pero su teoría, que acabamos de resumir, con algunos ejemplos tomados de otros lados, se presenta como la que mejor hace resaltar la importancia de los factores psicológicos, que los fundadores habían olvidado demasiado.

Todos los trabajos sobre esta cuestión, sean cuales quieran actualmente sus lagunas, han demostrado que la expresión de las emociones no es un hecho adventicio, puramente exterior, extra-psicológico, cuyo estudio no incumbiría más que al fisiólogo, como ciencia, y al fisonomista como arte; es la emoción misma objetivada, es su cuerpo, del cual es inseparable. A mi parecer, de las tres numerosas modalidades del movimiento muscular que expresan las emociones, hay que distinguir dos capas: una primitiva, que depende de la constitución anatómica y fisiológica; otra secundaria, que depende de la constitución psicológica. La relación de una con otra es la que, en toda lengua desarrollada, existe entre el sentido primitivo y el derivado de las palabras. La analogía es el gran artesano del lenguaje intelectual; su acción es más restringida, en cuanto al lenguaje emocional. Pero cuando á la emoción del primer momento, que tiene ya su modo de expresión fijo, ha sucedido una emocion nueva, que la conciencia, con razón ó sin ella, siente como análoga á la primera, el mecanismo expresivo preestablecido ha servido para un nuevo fin, lo mismo que una palabra antigua cuyo significado se extiende y se modifica. En ambos casos, el espíritu sigue el mismo procedimiento y obedece á una misma ley inconsciente que le rige.

CAPÍTULO X

LAS CLASIFICAOIONES

Sus desacuerdos. — Reducción á tres tipos: 1.º clasificación de los placeres y de los dolores;—2.º clasificación de las emociones: dos formas: empírica, analítica y comparativa;—3.º clasificación de las representaciones, forma intelectualista. — Observaciones críticas. — Imposibilidad de toda clasificación.

El estado de incoherencia de la psicología afectiva y lo vago de su terminología aparecen en toda su plenitud con el problema de las clasificaciones. Aunque creo imposible, por razones que expondré al final del capítulo, una clasificación satisfactoria y completa, no han faltado tentativas en este sentido, y hay que admitir que no son ilegítimas, por lo menos á título de aproximación y de esfuerzo hacia un orden provisional.

En el espacio de los últimos cincuenta años, y á pesar de lo moderado del celo de los psicólogos hacia el estudio de los sentimientos, se encuentran unas veinte, suscritas por nombres conocidos, sin hablar de las variantes (1). Distan mucho de estar acordes, salvo en algunos puntos, y cuando se las reune para confrontarlas y conciliarlas si es posible, la primera impresión es

(1) Para una historia sumaria de esas clasificaciones, consúltese especialmente: J. Sully, *The Human Mind*, t. II, apéndice F, página 357, y Bain *Émotions*, apéndice B.

la de una confusión inextricable y de divergencias irreductibles. Examinándolas con más atención, se hace la luz. Se ve que si concuerdan tan poco es porque difieren en cuanto á los objetos que clasifican y en cuanto á los métodos que siguen; en una palabra, se puede intentar una clasificación de esas clasificaciones, y desde luego se nota, á mi ver, que se refieren á tres grupos que las comprenden todas: 1.º Unas no clasifican de hecho más que los placeres y los dolores, y refieren toda la vida afectiva á sus modalidades; 2.º Otras clasifican las emociones propiamente dichas, y en éstas hay que distinguir dos grupos, según que el método empleado sea puramente empírico y fundado en la observación corriente, ó recurra al análisis y á la investigación genética, á la manera de las clasificaciones llamadas naturales; 3.º Otras, por último, clasifican pura y simplemente estados intelectuales, y de rechazo los estados afectivos que las acompañan; este es el método intelectualista.

Para justificar nuestra distinción, vamos á examinar sucesivamente estos tres tipos. Esta incursión por un terreno ingrato no dejará de tener su utilidad, cuando menos negativa.

I

Como es una tendencia común á muchos autores reducir toda la vida afectiva á los placeres y los dolores, considerados como fenómenos esenciales y fundamentales, es natural que hayan servido de base á una categoría de clasificaciones.

«En la ciencia del placer y del dolor, dice Léon Dumont, no nos encontramos ya, como en las demás ciencias, en presencia de órganos y de funciones separadas, porque el placer es de todos los órganos y de todas las funciones lo mismo que el dolor. También pensamos que, reproducir en esta ciencia la clasificación de las

facultades de percepción, de inteligencia y de voluntad, es entregarse á una redundancia psicológica, que no ofrece, sin duda, muy graves inconvenientes, pero que arroja, en todo caso, muy poca luz sobre el análisis» (*ob. cit.*, segunda parte, cap. 1). ¡No se puede decir mejor. Sin embargo, para clasificar hay que tener un principio director; ¿de dónde tomarlo? «Esta base nos la proporciona nuestra misma definición del placer y del dolor, puesto que el placer es el aumento de la fuerza en el conjunto de la individualidad consciente y el dolor su disminución.» De aquí deduce Dumont la división que se encuentra en muchos autores: el dolor es positivo cuando resulta de un aumento de gasto, negativo cuando depende de una supresión de excitación; el placer es positivo cuando hay un aumento de excitación, negativo cuando hay una disminución de gasto. En otros términos, si asimilamos la «fuerza» á un capital en estado de renovación continua, tendremos más gastos ó menos ingresos, más ingresos ó menos gastos.

Pero Dumont no se detiene en esto, y va á los detalles; en estos cuatro títulos generales quiere clasificar especies, y tenemos: Dolores positivos: el esfuerzo, la fatiga, lo feo, lo horrible, lo inmoral, lo falso; — Dolores negativos: debilidad, agotamiento, inanición, dolor físico propiamente dicho, aburrimiento, turbación, duda, impaciencia, espera, pena, temor, tristeza, compasión; — Placeres negativos: reposo, alegría; — Placeres positivos: de los sentidos, de actividades tales como el juego, fantasías, pasatiempo; del gusto, del espíritu, de lo sublime, de la admiración, de lo bello y de sus variedades.

He trascrito esta clasificación tal como él la da. No opondré ninguna dificultad, ni á un procedimiento de repartición tan arbitrario que clasifica los dolores físicos entre los negativos, ni al abuso de una palabra vaga: «la fuerza», que L. Dumont tiende marcadamen-

te á tomar en un sentido trascendente. No considero más que un solo punto: el paso que se hace *subrepticiamente*, de una clasificación de placeres y penas á otra de emociones, ó cosa análoga. El autor no mantiene su promesa de no clasificar «las facultades de percepción, de inteligencia y de voluntad», ni puede mantenerla. En efecto, lo que sigue es la antigua división clásica (placeres y dolores de los sentidos, del corazón y del espíritu), que puede servir para una exposición didáctica, pero para ninguna otra cosa.

Beaunis ha propuesto una clasificación de los dolores y placeres que tiene también por base un principio único: los diversos modos de movimiento. Distingue tres clases de dolores: los centros ne' viosos pueden estar inactivos por insuficiencia de movimiento; su actividad puede ser excesiva por exageración del mismo; su actividad puede ser cortada bruscamente por suspensión del movimiento. La misma clasificación en lo que concierne á los placeres: inacción, actividad, detención. — Esta división me parece muy preferible. Ha intentado también una clasificación de pormenor de los dolores físicos (p. 176) y de los dolores morales (p. 235); pero no da ninguna de los placeres (1).

Por mi parte, me inclino á creer que una clasificación (en el sentido exacto de la palabra) de los placeres y de los dolores es cosa imposible. Como son caracteres muy generales, no se puede establecer más que divisiones muy generales. En cuanto se va más allá, lo que se clasifica, en realidad, son sensaciones internas ó externas, percepciones, imágenes, conceptos, modos de acción, que van acompañados de un estado agradable ó desagradable, positivo, ó negativo, debido á la actividad, á la sobreactividad ó á la suspensión; pero las modalidades de lo agradable y de lo desagradable que, por otra parte, son infinitas, no están clasificadas en sí

(1) Beaunis, *Sensations internes*, cap. XXI.

mismas y por sí mismas. Las variedades del dolor físico, las más sencillas de todas, las más comunes, las mejor estudiadas, las más fáciles de aislar, las más desprovistas de representación concomitantes, no han podido sufrir una clasificación fija, desde Hahnemann, que contaba 73, hasta Beaunis, que enumera 83.

En una palabra, «la ciencia del placer y del dolor», para emplear la expresión un poco enfática de L. Dumont, es de la categoría de las ciencias que no proceden por clasificación, porque no tienen materia para ella. Sólo se pueden proponer divisiones muy generales, y después proceder por *enumeración incompleta*.

II

Las emociones, por lo menos las más sencillas y mejor determinadas, se presentan como estados psíquicos, que tienen sus caracteres propios, específicos. Difieren entre sí, no como un modo del dolor ó del placer difiere de otro, sino como una cosa difiere de otra; bajo este respecto, parecen *objetos* susceptibles de clasificación. Más arriba hemos dicho que se procede de dos maneras.

1.ª Se asemeja mucho la primera á las clasificaciones llamadas artificiales, que se podrían llamar también concretas, sintéticas. Toma las emociones como realidades, y se coloca frente á ellas como el zoólogo y el botánico frente á la variedad de los animales y de las plantas. Es empírica, es decir, que no tiene ningún principio director; clasifica según la sola observación, según las semejanzas y diferencias exteriores.

Puede citarse á Bain como uno de los principales representantes de este modo de proceder. No quiero insistir en un trabajo indigno de un filósofo semejante que, sin embargo, lo ha hecho dos veces distintas, sin llegar á ponerse de acuerdo consigo mismo.

Su clasificación más antigua da como fundamenta-

les la emoción de la relatividad (sorpresa, admiración), el terror, la ternura, la estima de sí mismo, la cólera, la emoción del poder, de la actividad, del ejercicio del espíritu, la emoción estética, la emoción moral.

La más reciente comprende once grupos: el amor, la cólera, el temor, el sentimiento de la propiedad, del poder, el orgullo, la vanidad, la emoción de la actividad, el sentimiento intelectual, la emoción estética, la emoción moral. Entre ellas, tres son «sencillas»: el amor, la cólera y el temor; pero poco más adelante se llama al amor y á la cólera los «dos gigantes, los miembros que dominan el sistema emocional», de suerte que el temor parece eliminado.

La incoherencia y la inconsistencia de esta tentativa resaltan por sí mismas. No insisto. (Notemos que en ambos casos se omite el sentimiento religioso.) No encuentro en ellas más que una buena observación: que los placeres y los dolores están contenidos en todas las clases, del mismo modo que, en las plantas, un mismo género puede contener plantas alimenticias y venenosas, de un aroma delicioso ó de un olor nauseabundo. No he copiado esta clasificación más que para mostrar cómo, por su naturaleza misma, está condenada á un fracaso. Flotando á la ventura, sin principio fijo, no puede menos de ser arbitraria, cuando no contradictoria.

Herbert Spencer ha hecho de ella una crítica muy conocida, y si la recuerdo en algunas palabras, es porque sirve de transición á la segunda forma de clasificación y la aclara (1). Bain no ha visto que referirse á los caracteres más manifiestos de las emociones es seguir el método de los antiguos naturalistas, que clasificaban los cetáceos entre los peces. Toda clasificación debe ir precedida de un análisis riguroso. Para esto

(1) H. Spencer, *Essays*, t. II. La clasificación de Bain se encuentra en *The Emotions*, cap. III.

hubiese sido preciso, ante todo, estudiar la evolución ascendente de las emociones á través del reino animal, buscar las que aparecen primero y coexisten con las formas inferiores de la organización y de la inteligencia; notar las diferencias que existen, en cuanto á las emociones, entre las razas humanas inferiores y superiores; las que son comunes á todas, que pueden ser consideradas como simples, y las que son propias de las razas civilizadas, como ulteriores y derivadas.

2.º Inspirándose en estas observaciones, el Dr. Mercier ha elaborado una clasificación que yo pondría como tipo del método analítico y comparativo: es, en todo caso, la más reciente y la más trabajada en los detalles (1). Procediendo á la manera de los zoólogos y de los botánicos, divide en clases, subclases, géneros, especies, formando 17 cuadros. Cuento en ellos seis clases y 23 géneros, en los cuales vienen á alinearse (deducción hecha de toda repetición y doble empleo) 128 manifestaciones afectivas, tales como se encuentran en la experiencia común y traducidas al lenguaje corriente. No es posible ni util presentar aquí en detalle esta clasificación; indicaré sólo las seis grandes clases con algunas subdivisiones que permiten comprender su espíritu:

La primera clase comprende los sentimientos que se refieren á la conservación del organismo físico ó mental. Abraza dos subclases (según que la excitación primitiva provenga del medio exterior ó que nazca en el organismo mismo): dos órdenes y nueve géneros.

La segunda es la de las sentimientos que se refieren á la perpetuación de la especie, considerados como simples necesidades. Dos subclases: primaria (emoción sexual y sus variedades); secundaria (sentimiento paternal, maternal, filial, etc.)

(1) Ch. Mercier, *The Nervous System and the Mind* (1888), p. 279 á 364.

Con la tercera clase traspasamos la región de los sentimientos primitivos y fundamentales. Comprende los que se refieren al bienestar común (colectividad, familia, etc.). Comprende dos órdenes (que suponen muchos géneros): sentimientos patrióticos y sentimientos morales.

La cuarta clase (vagamente diferenciada de la precedente) es la de los sentimientos que se refieren al bienestar de los demás: simpatía, benevolencia, compasión y sus contrarios.

La quinta clase comprende los sentimientos, que no son ni conservadores ni destructores; es decir, que pasamos de la región de la pura utilidad individual ó social. Dos órdenes y cinco géneros, que son: la admiración, la sorpresa, el sentimiento estético, el sentimiento religioso.

La sexta y última clase es la de los sentimientos que corresponden á puras relaciones (en la nomenclatura ordinaria se les designa con el nombre de sentimientos intelectuales): convicción, creencia, duda, perplejidad, escepticismo. No comprende ninguna subdi visión.

Aun con la omisión de todo pormenor, el espíritu general de este trabajo debe aparecer con bastante intensidad al lector. Aunque conducida según un método fijo, no escapa á las dificultades inherentes á *toda* clasificación de las emociones. Primeramente, el orden de filiación no siempre está bien marcado. El autor mismo reconoce que la disposición en series no es posible; pero que esta dificultad se ha presentado igualmente en la zoología y en la botánica. Se advierten en ella repeticiones, es decir, formas de sentimientos que figuran varias veces con varios títulos. También esto es inevitable. Las emociones complejas (algunas cuando menos) están formadas por anastomosis: se parecen á confluentes cuyos diversos arroyos proceden de diversas fuentes y de muy distintas direcciones; se pueden, legí-

timamente, referirlas á uno ú otro de los orígenes; pero la atribución será parcial y arbitraria. El sentimiento religioso, por ejemplo, está comprendido en la clase de las emociones intelectuales. Pero su carácter social es innegable: volveremos sobre ello al estudiarle; recordemos de pasada el culto de los antepasados, de los héroes divinizados, las religiones estrictamente nacionales en la antigüedad; las comunidades, órdenes; cofradías, corporaciones, las obras de propaganda en los tiempos modernos, y sobre todo, su carácter contagioso. Es falso, por otra parte, que no sea «ni conservador ni destructor del individuo». Con tanta — ó con tan poca — razón se le podría, pues, colocar en la tercera clase. En cuanto se pasa de las emociones simples á las complejas, lo que importa determinar no es tanto la filiación, como la composición; ahora bien, este procedimiento toca más bien á la química que á la clasificación zoológica.

III

Un tercer tipo de clasificación, propio de los intelectualistas, consiste en clasificar según los estados intelectuales, en tanto que van acompañados de elementos afectivos. Ha nacido de la psicología de Herbart; se apoya en ella, y se encuentra en los principales representantes de esta escuela, Waitz, Drobisch, y sobre todo Nahlowsky, en *Das Gefühlsleben* (p. 44 y siguientes). Este método es propio de Alemania, y su influjo se deja todavía sentir hasta en Wundt, y más recientemente en el libro de Lehmann (*ob. cit.*, p. 338 y siguientes). En Inglaterra, Shadworth Hodgson se aproxima á este tipo.

Aparte del procedimiento, que es común á todas, estas clasificaciones concuerdan todavía menos en los detalles que las de los dos primeros tipos. Tomadas en general, tienen un aspecto escolástico; se desmenuzan

en divisiones, subdivisiones y distinciones de donde sale más oscuridad que luz. Hay, sin embargo, una dicotomía que les es propia, que responde á una realidad, que no se encuentra en los dos tipos precitados, y que, en este concepto, es digna de mención.

Las clasificaciones de este género establecen primeramente dos grandes categorías de emociones: las que dependen del *contenido* de las representaciones, y las que dependen del *curso* de las mismas. Asimilamos el flujo de los estados de conciencia á un río que, según la naturaleza del suelo ó el estado del cielo, corre unas veces límpido, otras fangoso, ya azul ó verde, ya gris. Además de estas variedades de aspecto, las presenta de otra especie, que dependen del movimiento de sus aguas, aquí lentas, allá rápidas, más allá estancadas ó quebradas por los recodos bruscos de las orillas. Lo uno responde al contenido, lo otro al curso de las representaciones que sostienen los estados afectivos.

La primera clase (contenido) comprende las emociones *cualitativas*, que dividen generalmente en inferiores ó sensoriales y superiores, que son intelectuales, estéticas, morales ó religiosas, según que las ideas que suscitan estos sentimientos sean la verdad, ó lo bello, ó el bien, ó lo absoluto.

La segunda clase (curso de las representaciones) comprende las emociones *formales*; es decir, las que dependen de las formas diversas del curso de las ideas, de las relaciones que existen entre ellas. Nahlowsky distingue cuatro especies: 1.° Sentimiento de espera y de impaciencia; 2.° De esperanza, de ansiedad, de sorpresa, de duda; 3.° De fastidio; 4.° De confortación y de trabajo.

El único mérito de esta clasificación es mostrar que hay manifestaciones afectivas que no dependen más que de relaciones, de transiciones de un estado intelectual á otro. Este mérito se deriva de su defecto esencial, que consiste en operar sólo sobre las percepciones,

representaciones é ideas, no sobre los estados afectivos tomados en sí mismos y directamente. Como este modo de proceder es, en definitiva, una clasificación intelectual, debe no omitir ninguna forma del conocimiento, ni aun aquellos estados fugitivos y borrosos — las relaciones — que unen, separan, excluyen, aproximan, alejan, subordinan; en una palabra, que indican *movimientos* del pensamiento, y que á veces se ha cometido la torpeza de olvidar. Faltaría saber si muchas relaciones son ó no estados de naturaleza afectiva más bien que intelectual; es un punto que examinaré en otro lugar.

Para consolarse de esta multiplicidad y de este desacuerdo de las clasificaciones, se puede decir que los naturalistas no son más afortunados. Se concederá sin dificultad que es más fácil clasificar los animales que los estados afectivos; y, sin embargo, con sólo mirar á nuestro siglo, ¡cuántos «sistemas» desde Lamarck, Cuvier, Oken, pasando por Blanville, Geoffroy Saint-Hilaire, Siebold, Ehrenberg, Robert Owen, von Baer, Vogt, Agassiz, para terminar en Hæckel y no citar más que los principales!

Hemos indicado de pasada por qué es imposible una verdadera clasificación de las emociones, es decir, una distribución en órdenes, géneros y especies, según los caracteres dominantes y subordinados. Toda clasificación, si no es puramente empírica, expresa una teoría general de la vida afectiva, un «sistema»; por consiguiente, una hipótesis. Además, no puede vanagloriarse jamás de haber agotado la materia, porque cada emoción simple ó compuesta lleva consigo variedades sin número, según los individuos, las razas, la época y el curso de la civilización. Las hay que se han extinguido, y otras que acaban de nacer. Por último, la existencia de las emociones mixtas — y son muy numerosas — es un obstáculo continuo para toda tentativa de repartición en serie lineal. El único camino que se pue-

de seguir es de la filiación genérica: presentar las emociones simples, primarias; después investigar por qué procedimientos conscientes ó inconscientes del espíritu han podido salir de aquéllas las emociones derivadas; procuraremos determinarlos en otro capítulo (1). Pero ese trabajo no es tampoco una clasificación.

(1) Véase la segunda parte, cap. VII.

CAPÍTULO XI

LA MEMORIA AFECTIVA

Las imágenes afectivas, ¿son susceptibles de reviviscencia espontánea ó voluntaria? — Resumen de los hechos esparcidos sobre este asunto. —Investigación de esta cuestión; método seguido.— Imágenes afectivas y gustativas. — Sensaciones internas (hambre, sed, fatiga, disgusto, etc.). —Placeres y dolores; observaciones. — Emociones; tres formas distintas de reviviscencia según las observaciones. — Reducciones de las imágenes á tres grupos: reviviscencia directa y fácil, indirecta y relativamente fácil, difícil y tan pronto directa como indirecta. — La reviviscencia de una representación está en razón directa de su complejidad y de los elementos motores que comprende. – Reservas sobre este último punto. — ¿Hay una memoria afectiva real? Dos casos: memoria falsa ó abstracta, memoria verdadera ó concreta. — Caracteres particulares y diferencias de cada caso. —Trasformación del recuerdo afectivo en recuerdo intelectual. —La amnesia afectiva: sus consecuencias prácticas. — Hay un tipo afectivo general y tipos afectivos parciales. — Observaciones en su apoyo — Reviviscencia comparada de los estados agradables y de los estados desagradables. — Resentir vivamente y reavivar vivamente, son dos operaciones distintas.

I

Según las numerosas investigaciones hechas desde hace unos veinte años, acerca de la naturaleza y de la reviviscencia de las imágenes visuales, auditivas, tacto-motoras y verbales, parece paradógico sostener que existe todavía en el dominio de la memoria una región no explorada. Sin embargo, apenas si se encuentran algunas

notas dispersas acerca de las imágenes que se derivan de la olfación, de la gustación, de las sensaciones internas, de los placeres y los dolores, y de las emociones en general. La cuestión de la memoria afectiva permanece poco menos que intacta (1). El objeto de este capítulo es comenzar su estudio.

Las impresiones del gusto y del olfato, nuestras sensaciones viscerales, nuestros estados agradables ó penosos, nuestras emociones y pasiones, dejan, ó pueden dejar recuerdos, como las percepciones de la vista y del oído; esto es un hecho de experiencia vulgar sobre el cual es inútil insistir. Estos resíduos, fijados en nosotros, pueden volver á entrar en la conciencia, y se sabe que la reviviscencia de las imágenes puede producirse de dos maneras: ser provocada ó espontánea.

La reviviscencia provocada es la más sencilla de todas. Consiste en que un suceso *actual* suscite las imágenes de sucesos anteriores semejantes, y tiene lugar, sin duda posible, en la categoría de imágenes que nos ocupa. La sensación actual de fatiga, de olor á azucena, de sabor de pimienta, de dolor en una muela determinada, me aparece como la repetición de las sensaciones experimentadas anteriormente, semejantes á la presente ó que al menos lo parecen; por consiguiente las reaviva.

Pero las imágenes de las sensaciones olfativas y gustativas, de las sensaciones internas, de los placeres y los dolores pasados, de las emociones experimentadas, ¿pueden renacer en la conciencia *espontáneamente ó á voluntad, con independencia de todo suceso actual que las provoque*? Sabido es que en algunos pintores, la visión interior es tan clara, que pueden hacer un retrato

(1) No creo que haya que citar más que á Herbert Spencer, *Principles of Psychology*, I, párr. 69 y 96; Bain, *Emotions*, cap. V; W. James, *Psychology*, II, 474, 475, y Fouillée, *Psychol. des idées forces*; Höffding, *Psychologie*, 3.ª ed. (trad. alemana), VI, B. 3; Lehmann, *Hauptgesetze*, pag. 361-263.

de memoria; que, en algunos músicos, la audición interior es tan perfecta, que pueden, como Habeneck, oir idealmente una sinfonía que se acaba de tocar, recordando todos los detalles de la ejecución y los menores errores en la medida. ¿Existen, en el orden de las representaciones afectivas, casos análogos? Tal es, en forma precisa, la cuestión que vamos á examinar al pormenor. Se verá, por lo que sigue, que tiene alcance práctico, y que no es una simple curiosidad psicológica.

Antes de entrar en materia, resumiré los principales hechos relativos á esta cuestión, que se encuentran dispersos en diversos autores. Los clasifico en cuatro grupos:

1.° Reunamos el gusto y el olfato. Este último sentido es mucho más extenso, más rico y variado que el otro; el lenguaje común los confunde muchas veces y enriquece al gusto á costa del olfato. Aunque poco científica, esta confusión es para nosotros de gran importancia.

Todo el mundo sabe que los catadores, los cocineros y ciertos químicos ó perfumistas distinguen los tonos más delicados y los identifican sin error con sensaciones anteriores; pero esto es un recuerdo provocado. ¿Existe una relación espontánea ó voluntaria entre estos dos grupos de imágenes? Si se consultan las monografías más copiosas de los fisiólogos (1), se las encuentra casi mudas en este punto. Cloquet, Müller, Valentin han referido casos de sensaciones subjetivas, que atribuyen á causas internas; pero otros fisiólogos, como Ludwig, sin negarlas, piensan que partículas sápidas en la boca, ó moléculas olorosas en la mucosa nasal, pueden obrar en esos casos; de suerte que las pretendidas imágenes serían de hecho sensaciones.

(1) Véase von-Vintschgau, art. *Geruch y Geschmack* en el *Handbuch der Physiologie* de Hermann, t. III; Gley, art. GUSTATION; François-Franck, art. OLFATION, en el *Diction. encycl. des sciences médicales*.

Los sueños pueden proporcionar mejor punto de apoyo. Entre los numerosos autores que han escrito acerca de esta cuestión, algunos niegan resueltamente la existencia de representaciones del gusto y del olfato. Es imposible aceptar esta opinión. Aunque aquéllas sean relativamente raras, se encuentran ejemplos que parecen á cubierto de toda crítica. Una persona que, por razones de salud, se abstuvo completamente de vino durante muchos años, me afirma haber sentido muy claramente el sabor de esa bebida durante un sueño. Recordemos las alucinaciones hipnagógicas, tan bien descritas por A. Maury, que las padecía mucho: menciona el sabor del aceite rancio, el olor á quemado, que sobrevenían independientemente de toda causa objetiva.

En cuanto á las alucinaciones propiamente dichas, sabido es que las del olfato son muy frecuentes. Muchos autores dudan si admitir las del gusto, que reducen á puras ilusiones; pero sabido es que la distinción establecida en otro tiempo entre estas dos manifestaciones patológicas es muy discutida en nuestros días.

2.° Las sensaciones internas desempeñan un papel capital en la vida afectiva. En estado normal, ¿son susceptibles de reviviscencia espontánea ó voluntaria? No he encontrado ningún dato preciso sobre este punto. En estado patológico se encuentran abundantes ejemplos en los hipocondriacos, histéricos y neuróticos, en los locos que se quejan de órganos suprimidos, de estómago intervertido, etc. Quedaría, en todo caso, por determinar el papel del órgano mismo y de su estado actual en la mayoría de estos casos de reviviscencia; lo cual es muy difícil.

3.° En lo que toca á los placeres y los dolores, en su doble forma física y mental, no cabe duda. El recuerdo de una luz deslumbradora, de una disonancia ó de un sonido estridente, de la extracción de una muela ó de una operación más grave; la perspectiva de una buena

comida para el glotón, de las próximas vacaciones para el escolar, todos estos estados de la vida psicológica, que se designan en general con el nombre de placeres y dolores de la imaginación, muestran cuán frecuente es la reviviscencia de las imágenes afectivas. Así, la dificultad no está en establecer su existencia, sino en determinar su naturaleza.

Recordemos también con qué facilidad se puede, en los hipnotizados, hacer nacer por sugestión estados agradables ó penosos de todas clases.

Por último, en ciertos casos la imagen afectiva puede hasta llegar á ser completamente alucinatoria; es decir, que por su intensidad iguala á la misma realidad. «Un estudiante, dice Gratiolet, dió un golpe con el mango del escalpelo en un dedo extendido de un compañero. Este sintió un dolor tan vivo, que creía que el instrumento le había penetrado hasta el hueso.» Durante un motín, en el reinado de Luis Felipe, un combatiente recibió en un hombro la ligera contusión de una bala perdida; «sintió una ola de sangre que le brotaba de la herida sobre el pecho», y la piel no tenía ni un arañazo. Bennett cuenta que un carnicero quedó suspendido por un brazo en el gancho de colgar las reses. Le descolgaron aterrorizado, dando gritos espantosos, quejándose de que padecía cruelmente; ahora bien, el gancho sólo había atravesado el traje, y el brazo estaba indemne (1). Se podría dar á este estado el nombre de *alucinación afectiva*.

4.° Sobre la reviviscencia de las emociones y de las pasiones, la psicología está muy pobre de observaciones y documentos; bien es verdad que se puede admitir que lo que precede sobre placeres y dolores es aplicable á este último grupo. Pero la atención de los psicólogos no se ha concentrado sobre la cuestión de

(1) Hack Tuke, *L'Esprit et le corps*, traducción francesa, página 104. Se encontrarán otros casos de este género.

hecho. Su preocupación es teórica, y se refiere á la naturaleza de la memoria afectiva. Para la mayoría de ellos, el recuerdo es simplemente el de las circunstancias concomitantes con la emoción. Para los demás, existe un recuerdo de la emoción misma como tal. Siendo este el punto principal de mi asunto, y debiendo discutirse extensamente más adelante, me limito por el momento á indicar las dos opiniones.

En suma, ateniéndose al estado normal,—y dejando á un lado los estados patológicos,—los hechos reunidos me parecen en absoluto insuficientes para responder á la cuestión planteada anteriormente.

II

Me he propuesto, en vista de ello, recoger nuevos documentos é investigar si existen, de un individuo á otro, grandes diferencias en la memoria afectiva; lo cual explicaría los disentimientos de los autores en ese punto.

Hecha la eliminación de las respuestas dudosas, vagas ó poco instructivas, he recibido unos sesenta documentos. Cada persona (adultos de ambos sexos y de diversos grados de cultura) ha sido interrogada por mí directamente, y sus contestaciones han sido anotadas en seguida. He recibido además algunas largas comunicaciones escritas, que incluyo en el número de las mejores. La naturaleza de las cuestiones propuestas resaltará lo suficiente de la exposición que sigue, que es el resumen de mi investigación, y que da los principales resultados de ella. Me limito por el momento sólo á los hechos; la interpretación vendrá más tarde.

1.° *Imágenes gustativas y olfativas.* — Estaba dispuesto á admitir que no eran susceptibles de ninguna reviviscencia espontánea, cuanto más voluntaria; pues era, por mi parte, incapaz de hacer revivir una sola, ni en el grado más débil. Las respuestas me han desen-

ganado completamente: las negativas son 40 por 100, las positivas 60 por 100. Con más exactitud: 40 por 100 no reviven ninguna imagen, 48 por 100 lo hacen con algunas, 12 por 100 se dicen capaces de revivirlas todas y á voluntad, ó casi todas.

La mayoría de los casos supone, pues, la reviviscencia espontánea de algunos olores solamente. Los citados con más frecuencia son: clavel, la nuez moscada, la violeta, el heliotropo, el ácido fénico, el olor á campo y á hierba, etc. En cuanto á las condiciones en que aparece la imagen, son muy variadas. Para unos, no va acompañada de ninguna representación visual, táctil ó de otra clase. En la mayoría, el olor imaginado suscita ulteriormente la imagen visual correspondiente (de una flor, de un frasco de esencia). Muchos tienen que anteponer la representación visual, y «con el tiempo», llegar á suscitar la imagen olfativa. Dos personas afirman que, leyendo una descripción de paisaje, sienten inmediatamente los olores característicos. Aquí, el signo basta. Una de ellas, que es un novelista, experimenta algunas veces la sed en las mismas condiciones.

En las dos observaciones que siguen, la imagen olfativa no existe más que para un caso único, y parece suscitada por el conjunto de circunstancias concomitantes.

Observación primera. — «Había ido á ver en el hospital á mi amigo B., enfermo de un cáncer en la cara... Cuando él habla, hay necesidad de aproximarse todo lo más posible para coger los intentos de palabras, y entonces, á despecho del vendaje antiséptico, se os llenan las narices de un olor acre, fétido... Debía ir á volver á verle, así se lo prometí; pero esta perspectiva me repugnaba. Paseando en los alrededores de París por un sitio donde no faltan ni aire, ni espacio, me hacía el reproche de no ir á visitar al pobre enfermo.....

En el mismo momento percibí, como si estuviera cerca de él, aquel mismo olor acre, muy conocido, del tumor canceroso. Tan brusca como instintivamente aproximo la manga á mi nariz para olfatear y ver si mi vestido había conservado el olor; pero al momento reflexiono que hacía cinco días que había estado en el hospital y que, además, llevaba otro gabán.»

Observación segunda.—«Yo no recuerdo más que *dos* olores: uno asociado invenciblemente al recuerdo de la alcoba de un enfermo; olor insípido de farmacia, de aire viciado, verdaderamente desagradable cuando renace como en este momento.

«Me ha ocurrido encontrar en un magnetizador (M. R.) un olor muy particular é indefinible cuando me dormía y no había llegado al estado de aletargamiento. Noté después que muy á menudo—no siempre—la memoria de este olor extraño acompañaba al recuerdo del magnetizador. Esto me pareció tanto más probatorio, cuanto que el olor, siendo ya muy sutil cuando M. R. está cerca de mí, es necesario para que la sensación renazca, por muy débil que sea, que la reviviscencia sea absoluta.»

Dudaría en admitir la reviviscencia espontánea ó voluntaria de casi todos los olores, si no se me hubiera afirmado esto por personas instruídas, competentes y de buena fe. Doy algunos extractos de su declaración: «Siento casi todos los olores característicos, y lo hago á voluntad; en este momento pienso en un país riniano y siento su olor.»—Recuerdo la mayor parte de los olores, no todos, espontánea ó voluntariamente (en este último caso necesito tiempo).—¿Sentís *hic et nunc* el olor de rosa y de qué clase? Yo le huelo *in genere*, pero, insistiendo, es un olor de rosa marchita. La representación visual viene en seguida.» El único que me ha dicho que podía sentir todos los olores á voluntad, tuvo

siempre necesidad de una representación visual previa (1).

Sobre el recuerdo de los sabores solos, las respuestas son bastante vagas. Uno recuerda «fácilmente y á voluntad, el gusto de la sal, con una impresión visual muy clara,» pero menos fácilmente los otros tres sabores fundamentales. Otro que usa para la garganta de tres clases de bombones, «se le presenta el sabor cuando experimenta la necesidad, cuando los ve ó cuando los toca.» En general la reviviscencia de los sabores me ha parecido que va asociada sobre todo á la de los alimentos usuales y al estado del canal alimenticio (hambre).

2.° *Sensaciones internas.* — Mi interrogatorio no las comprende todas, sino solamente las más comunes y más fáciles de observar (2).

Para el hambre, de 51 respuestas claras, 24 pueden representársela y 27 no pueden. (La pregunta ha sido hecha en una hora en que la sensación real no existía, y algunos me han dicho que en el estado normal no experimentan ni hambre ni sed). Esta es descrita ordinariamente «como una sensación tactil en el exófago ó un desfallecimiento de estómago.» Uno sólo me ha afirmado poder «á capricho sentir el hambre y la sed aun después de haber bebido y comido».

La sed es imaginada más frecuentemente y al pare-

(1) Recientemente Galton, en una nota intitulada «La aritmética por el olfato», ha descrito un procedimiento con ayuda del cual asegura que se pueden practicar algunas operaciones aritméticas mediante imágenes olfativas, como se ha hecho ya con representaciones visuales ó auditivas. Se ejercita en asociar dos o faciones de menta con una de alcanfor; tres de menta con una de ácido carbónico: hace pequeñas adiciones; más tarde opera con sus imágenes solamente (excluyendo las representaciones visuales y auditivas). Para los detalles, véase *Psychological Rewieu,* número de Enero de 1894.

(2) La memoria de las sensaciones internas, aunque distinta de la de los estados afectivos propiamente dichos, se aproxima de tal suerte, que las dos cuestiones me parecen inseparables.

cer más claramente (36 que sí y 15 que no). Se la describe como sequedad de la garganta, calor, etc.

Para la representación de la fatiga, la respuesta ha sido afirmativa, sin excepción alguna. Los modos de representación difieren. Los unos la sienten (idealmente) en los músculos, los otros bajo forma cerebral. Hé aquí algunos ejemplos: «desfallecimientos musculares en las pantorrillas, las espaldas y los hombros, los ojos cargados, pero ninguna pesadez en la cabeza»; «sensación de relajamiento, de peso, localizada en los hombros, porque en el estado normal me es muy penoso inclinarme»; «lentitud en los movimientos con sensación de peso en la cabeza»; «laxitud general, estado difuso, sobre todo pesadez en la cabeza y fatiga de espíritu»; «dolores en las articulaciones y pesadez cerebral». Aunque todos mis individuos se representan la fatiga, tres ó cuatro no lo hacen sino «difícil y débilmente».

Los mismos resultados para la representación del mal sabor. No encuentro más que tres respuestas negativas con esta nota: «Yo tengo un buen estómago.» Uno de estos casos es tanto más singular, cuanto que el sujeto ha estado mareado. Bajo su forma viva la representación es descrita «como un comienzo de náusea». Para otros, es «un mal en el corazón, con movimiento de vacuidad asociado á la idea de aceite de hígado de bacalao ó de carne corrompida». Entre los que han experimentado el mareo, no encuentro ninguno que no se lo represente con facilidad (vértigo, sensación de balanceo, que los invita á no persistir en su reviviscencia). — M. X. (muy competente en cuestiones psicológicas), me dice: «soy bastante buen visual, no tengo ninguna memoria auditiva, ni para la música, ni para las lenguas; no puedo hablar idiomas extranjeros. Salva la memoria muscular, que es nula en mí—jamás he podido tener buen éxito en ningún ejercicio corporal ni tocar ningún instrumento—hago revivir todas las sensaciones internas: hambre, sed, mal sabor, fatiga, vér-

tigo, disnea; no quiero insistir sobre este último estado: pensando en ella mucho tiempo, la tendría» (1).

3.° *Dolores y placeres*.—A la pregunta: «¿Podéis resucitar en vosotros el recuerdo de un dolor físico ó de una pena, de un placer ó de una alegría?» la respuesta es casi siempre afirmativa; pero en esta forma seca no nos enseña nada. Son necesarias descripciones más precisas. Volvemos aquí al punto capital de nuestro asunto, y me encuentro obligado á anticipar algo sobre mis conclusiones. Las observaciones, hechas con cuidado, muestran que hay dos formas distintas de memoria afectiva, la una *abstracta*, la otra *concreta*. Insistiré después sobre sus diferencias; por el momento continúo relatando los hechos.

Estados penosos.—El dolor de muelas, muy común, me ha suministrado muchas respuestas. Noto en casi todas el predominio de los elementos motores: arrebatos, latidos, contorsión de las mandíbulas. Cuando se recuerda la extracción de una muela: sacudimiento de la cabeza, sensación de torsión, crujido de dientes, ruidos. Para muchos, el elemento doloroso aparece poco ó nada reavivado; en otros lo es claramente.

Observación tercera. — «Os envío una observación personal que he hecho en estos últimos días. Había sufrido dolores de muelas muy vivos y ciertamente más intensos que la sensación desagradable que se experimenta cuando el dentista os limpia la dentadura con su máquina rotativa. Sin embargo, cuando ahora pienso y trato de representarme, de una parte, el dolor, y de otra, el frotamiento de los dientes con la máquina, este último aparece en mi representación mucho más desagradable. Me explico este hecho, porque ese frota-

(1) Un gran nadador ha tenido sofocaciones que se representa muy bien.

miento va acompañado de un ruido que me represento muy vivamente, y esta representación auditiva sola basta ya para evocar una sensación desagradable; el dolor de muelas está también ligado á diferentes accesorios: inclinación de la cabeza, cerramiento del ojo correspondiente, movimiento de la mano para aplicarla á la mejilla que corresponde, etc.; pero estos accesorios no ejercen gran influjo sobre mí: no caracterizan tanto el dolor de muelas como el ruido particular de la limpieza con la máquina. Esta última representación es muy viva; cuando pienso mucho en ella, siento frío en la espalda y un ligero temblor de brazos. La representación del dolor de muelas es en mí mucho más vaga, más difusa; tengo que ayudar la descripción con palabras; no obra sobre mí tan desagradablemente como la primera.»

Se recuerdan bastante bien las cortaduras, quemaduras, etc. «He recibido en mi juventud un pistoletazo: recuerdo muy bien el choque, que produjo primero una sensación tactil, que se irradiaba, y después el dolor; pero recuerdo mal el elemento doloroso.» Otro recuerda bien las contracciones vesicales de una cistitis; pero tiene necesidad de elementos motores para este caso y para el dolor de muelas. M. B., que parece pertenecer al tipo afectivo (explico después lo que entiendo por esto), siente en su estado naciente una neuralgia punzante sobre el ojo, un calambre en el estómago, un escozor en el ano, una mordedura en la lengua.—Otro (del mismo tipo) dice: «Si yo insistiera, sentiría una neuralgia; pero no me represento los dolores de un forúnculo.» — Otro: «Hay dolores que me los puedo representar á capricho: ó no se produce nada, ó la representación es tan viva que es casi actual: esto pasa, sobre todo, con los dolores cardiacos.»

Tenía el proyecto de interrogar á los que han sufrido grandes operaciones; pero como se practica de ordi-

nario la anestesia, había poco que esperar de esta parte. Quedaba un caso muy frecuente: los dolores del parto. Las respuestas son contradictorias. He aquí una que ha tenido cinco hijos, y que declara «que, un momento después, no pasa nada». Es una mujer de una salud que no se altera y de un optimismo inquebrantable. Otra: «Desde que el dolor ha pasado, tengo el poder de olvidarlo todo al momento.»

El médico de una casa de maternidad me decía: «Casi todas, durante el alumbramiento, gritan que no volverán más, y casi todas vuelven.» Otras dicen que tienen «una sensación muy clara y muy precisa de los dolores del parto». Por contradictorias que sean estas respuestas, veremos después cómo se concilian.

Observación cuarta. — Casos de memoria afectiva, nula para los dolores del parto. — Mujer nerviosa. Memoria visual, buena; memoria auditiva, nula. No puede representarte ni un olor ni un sabor. Se ha estudiado á sí misma, en vista de la cuestión que nos ocupa, y ha hecho que me trasmitan la observación que sigue:

«Los primeros dolores muy vivos han comenzado á aparecer cada quince ó veinte minutos; durante estos intervalos de reposo todo desaparece: no queda ningún rastro del dolor. Esta mujer trataba, durante los intervalos, entre las dos crisis, de representarse el dolor que acababa de experimentar, lo cual le era absolutamente imposible; podía describir muy bien el dolor con palabras: eran los dolores en la espalda, los lados, etcétera, y esta descripción con palabras era la que volvía siempre que trataba de representarse el dolor. Después, los dolores comenzaban á devenir cada vez más frecuentes, y ya no hacía más observaciones. Cuando eran excesivamente vivos, gritaba y hablaba al mismo tiempo. Es curioso notar que no pronunciaba, como de ordinario, las palabras, cada sílaba era enunciada

muchas veces; por ejemplo: *«ça, ça, ça, ça, fait, fait, fait, fait, très, très, maaaal»* (esto hace mucho daño). Suplicaba á su marido que la matara, que la cortara en trozos pequeños, que la hiciera pedazos, etc., con tal de que todo acabara. Después de cinco horas de sufrimiento, el médico declaró que los dolores no habían adelantado la situación, que todo estaba como al comienzo. Esta declaración provocó un vivo sentimiento de desesperación que se añadió á los dolores. Cinco horas después había acabado todo. Al día siguiente, cuando intentó representarse los dolores, vino solamente á su espíritu la descripción por medio de palabras, después el sentido de las cosas que decía durante el alumbramiento; recordó que no podía absolutamente contenerse; comprendió que era absurdo todo lo que decía á su marido; pero al mismo tiempo pensaba: «Se hacen á veces cosas absurdas; ¿por qué no hizo lo que yo le pedía?» Recordó muy bien que, después de la declaración del médico, había tenido un sentimiento de desesperación; pero esto lo recordó con palabras, no como sentimiento.

Cito, en fin, con motivo del dolor físico, una interesante observación de Fouillée, hecha sobre sí mismo.

«Para recordar un determinado dolor de muelas es necesario que me represente las muelas en que he localizado siempre el dolor; después la palabra dolor, que le sirve de signo; pero ¿cómo llegar á representarme este dolor *en sí mismo*? Es uno de los filósofos que declaran la cosa imposible, y pretenden que se reproducen solamente las percepciones y los estados intelectuales, así como las palabras. Esto es, en efecto, lo que tiene lugar de ordinario; pero se puede también, según nuestra opinión, reproducir incompletamente en la conciencia el elemento *doloroso* del dolor de muelas. Para

esto es necesario emplear un procedimiento indirecto, y este procedimiento consiste en evocar primero las imágenes y reacciones motoras que acompañan ó siguen al dolor de muelas. Yo he hecho el experimento: fijo intensamente mi pensamiento sobre uno de los molares de la derecha, localizo después el dolor que trato de evocar, y aguardo. Lo que primero se renueva es un estado vago y general, común á todas las sensaciones dolorosas. Después esta reacción se precisa, á medida que fijo mi atención sobre mi muela. A la larga, siento una afluencia mayor de sangre en las encías y los mismos latidos. Después me represento un cierto movimiento, que se realiza de un punto al otro de la muela ó de la encía; este es el trayecto del dolor. Me represento también la reacción motora causada por el dolor, convulsión de la mandíbula, etc. En fin; si pienso intensamente, en todas estas circunstancias, acabo por sentir, de una manera más ó menos sorda, los rudimentos de la picadura. En un experimento que acabo de hacer he provocado un dolor real en una muela que está, por lo demás, enferma... Saco del experimento una dentera general y un impulso á pasar la lengua por las encías» (1).

Salvo algunas observaciones muy claras, que diré más adelante, no tengo más que respuestas vagas sobre la reviviscencia de la pena ó del dolor moral, hecha abstracción de las condiciones ó circunstancias en las cuales se produce. Uno se representa «una inercia general y un estado febril». Otro, que durante su período de servicio militar ha atravesado períodos de depresión y de tedio, «un año después, cuando tiene el recuerdo de esta vida, lo ve todo con un tono gris». Veremos después que hay gentes en los que la reviviscencia del dolor moral es tan viva como el estado inicial.

(1) Fouillée, *op. cit.*, t. I, p. 200 201.

Estados agradables. — Los mismos resultados que para el grupo que precede, *mutatis mutandis*. Yo noto un predominio muy claro de los elementos motores. Los placeres citados más frecuentemente son los de patinar, de la natación, del trotar ó del galopar á caballo, y de los diversos ejercicios del cuerpo. Los que reavivan *realmente* los recuerdos agradables, acusan: un estado general de excitación, un ensanchamiento del pecho, una dilatación del rostro, una tendencia á hacer gestos de niño. El uno, al pensar en sus carreras á caballo, siente el placer de la velocidad, el viento que acaricia sus mejillas, etc. Los músicos reavivan fácilmente su placer con la sola audición interior. Uno de ellos no puede pensar en la Cabalgata de las Walkirias sin sentirse como soliviantado por impulsos motores.

4.° *Emociones.* — Los fenómenos de este grupo, aunque más complejos, no son de hecho más que una prolongación de nuestro tercer grupo. Pero para estar fijo sobre la naturaleza de su reviviscencia, no es necesario proceder por generalidades. Preguntar á alguno si es capaz de reavivar sus emociones pasadas sería una cuestión sin objeto. He rogado siempre que se recuerde un caso *particular* de una emoción particular (miedo, cólera, amor, etc.) Las respuestas se pueden reducir á tres categorías, que expongo en su orden de frecuencia.

Los más no recuerdan más que las condiciones, circunstancias y accesorios de la emoción; estos no tienen más que una memoria *intelectual*. El suceso pasado se reaviva en ellos con un cierto tono emocional (á menudo aun éste falta), una nota afectiva, vaga de lo que ha sido, pero que no resucita ya. En el orden afectivo son los análogos á los visuales y auditivos mediocres en el orden intelectual. — C..... que ha estado expuesto á quedar envuelto sobre una roca por la marea, vuelve á ver las olas que suben, su carrera desordenada hacia la playa, en la que se encuentra en seguri-

dad; pero la emoción, como tal, no vuelve.—En Constantina me he librado hace pocos años de despeñarme en las gargantas del Rummel; cuando pienso en esto, veo muy claramente el paisaje, el estado del cielo, los detalles; la única reminiscencia afectiva es un ligero estremecimiento en la espalda y en las piernas.

Los otros (bastante menos numerosos), recuerdan las circunstancias, *mas* el estado afectivo mismo, que es reavivado. Estos tienen la memoria *afectiva* verdadera; corresponden á los buenos visuales y á los buenos auditivos. Se encuentran en la mayor parte de los temperamentos emocionales. Como tocamos aquí al punto oscuro y cuestionado de nuestro asunto, conviene que demos ejemplos.

Las gentes irascibles, con el solo nombre, con el solo pensamiento de su enemigo, sienten la cólera en su estado naciente. El miedoso se estremece y palidece con el solo recuerdo del peligro corrido. El enamorado que piensa en su amada, reaviva el estado completo del amor. Que se compare el recuerdo de una pasión extinguida con el recuerdo de una pasión actual, y se verá claramente la diferencia entre la memoria intelectual y la memoria afectiva, entre el simple recuerdo de las circunstancias y el recuerdo de la emoción como tal. Es un gran error pretender que no se pueden recordar más que las condiciones de la emoción y no el estado emocional mismo. No hago en este momento más que desflorar la cuestión; volveré sobre ella.

Muchas personas me afirman que el recuerdo de una emoción las sacude tan vivamente como la emoción primitiva, y no me cuesta trabajo creerlo. ¿Es que el solo recuerdo de una necedad no hace enrojecer? Una de ellas pretende «que su representación de las emociones es más viva que la emoción misma, y que se las recuerda mejor que las sensaciones visuales, auditivas y otras». Pero algunas observaciones detalla-

das harán mejor comprender la naturaleza de la memoria afectiva verdadera.

Littré cuenta que él perdió á la edad de diez años una hermana joven en circunstancias muy penosas, y que sintió un vivo dolor; «pero la pena de un muchacho no dura mucho». En una edad muy avanzada, este dolor revivió en él bruscamente sin causa exterior: «De golpe, sin quererlo ni buscarlo, por un fenómeno de automnesia afectiva, este mismo acontecimiento se ha reproducido con una pena no menor ciertamente que la que yo experimenté en el momento mismo, y que llegó hasta á llenarme los ojos de lágrimas.» Se repitió muchas veces en el trascurso de los días siguientes, después cesó y cedió su puesto al recuerdo habitual (1) (es decir, bajo su forma puramente intelectual).

Era natural suponer que entre los poetas y los artistas, la reviviscencia afectiva debiera ser muy frecuente. M. Sully-Prudhomme, cuyas aptitudes filosóficas son conocidas, ha tenido á bien remitirme, sobre nuestro asunto, una comunicación escrita, de la cual tomo algunos pasajes con su autorización:

«..... Tengo el hábito de apartarme de los versos que hago antes de terminarlos, de dejarlos algún tiempo en mis cajones. Los olvido muchas veces, cuando me ha parecido que eran malos, y suelo encontrarlos muchos años después. Entonces los recompongo y *tengo la facultad de evocar con una gran claridad el sentimiento que los había sugerido*. Este sentimiento lo pongo, por decirlo así, en mi fuero interno, como un modelo que copio con la paleta y el pincel del lenguaje. Esto es exactamente lo contrario de la improvisación. Parece que trabajo entonces sobre el recuerdo de un estado afectivo.

»Cuando me acuerdo de la emoción que me causó la entrada de los alemanes en París, después de nuestras

(1) *Revue positive*, 1877, p. 660.

últimas derrotas, me es imposible de un modo indiviso y al mismo tiempo, *no experimentar de nuevo esa misma emoción*; mientras que la imagen mnemotécnica del París de entonces permanece en mi memoria muy distinta de toda percepción actual. Cuando yo recuerdo la especie de afección que experimenté en mi infancia por mi madre, me es imposible no volver á ser en cierto modo un niño en el momento mismo en que evoco este recuerdo; no dejar á mi corazón de hoy participar de mi ternura antigua, debida al recuerdo. Vengo casi á preguntarme *si todo recuerdo de un sentimiento no reviste un carácter de alucinación*.

«Cuando yo era estudiante, tuve unas relaciones en que fuí engañado: fenómeno muy vulgar para que la observación no pueda ser comprobada por mis semejantes, en ellos mismos. Mi amor no tenía nada de profundo, la imaginación lo hacía casi todo, y perdoné la injuria que no interesaba apenas más que á mi vanidad. El rencor y la afección desaparecieron hace ya mucho tiempo. En estas condiciones: si evoco los recuerdos, primero me reconozco ageno á los sentimientos que evoco; pero noto bien pronto que no permanezco extraño más que en tanto que estos recuerdos permanecen vagos y confusos. Desde que, por un esfuerzo de reminiscencia, los preciso, cesan por esto mismo de no ser más que recuerdos, y *me sorprende sentir en mí renovarse los movimientos de la pasión juvenil y de los celos furiosos*. Esta misma reviviscencia es la que únicamente me permite retocar los versos que aquella aventura, tan antigua, me hizo *perpetrar* y aprovecharme de la experiencia que he adquirido en mi arte para la expresión de mis sentimientos de otras veces.»

Observación quinta.—H. (20 años). Sobre la *memoria* del sentimiento de fastidio experimentado el primer día de llegada al cuartel.

«Para *representarme* bien este sentimiento de fastidio, que ha sido muy intenso y ha durado medio día entero, cierro los ojos y me absorbo. Experimento primero un ligero extremecimiento en la espalda, un cierto malestar, un sentimiento de algo desagradable que no quisiera sentir de nuevo. Después de este primer momento, sobreviene un cierto estado penoso, una ligera opresión en la garganta; este sentimiento penoso está ligado á ciertas representaciones vagas que no quedan fijas; en el experimento que aquí describo, me represento primero el patio del cuartel, donde me paseo, después esta representación del patio es reemplazada por la del aposento en el tercero, me represento allí delante de una ventana mirando á la campiña, esta campiña la veo con muchos detalles; pero esto no dura largo tiempo; bien pronto esta representación desaparece, no queda más que una representación muy vaga de que yo estoy así delante de la ventana y después un sentimiento de opresión, de fatiga, de abatimiento, una cierta pesadez en las espaldas; en este momento interrumpo el experimento, abro los ojos, tengo todavía un sentimiento de malestar general que desaparece bien pronto.»

El experimento total ha durado un poco más de diez minutos.

En resumen: primero sentimiento de pesadez y de opresión, estremecimiento en la espalda, pero sin representación clara de los objetos que le rodean, después un sentimiento penoso que llega á ser cada vez más intenso; representaciones visuales que cambian, sea de naturaleza, sea de intensidad, en fin, desaparición casi total de estas representaciones visuales y el sentimiento de fastidio persistiendo siempre.

Observación sexta.—Una mujer (28 años). «Hace tres años que yo visitaba en un establecimiento de los al-

rededores de P... á uno de mi familia que se encontraba sujeto á tratamiento. Estas visitas muy frecuentes, principiaban siempre por una larga espera en un salón que daba á un jardín. Si yo quiero pasar por todas las impresiones de esta espera que me era extremadamente penosa, no tengo más que sentarme en un sillón como allí estaba, cerrar los ojos y ponerme en la misma disposición de espíritu en que me encontraba entonces, lo cual me es fácil. No se pasa medio minuto entre la evocación y la reconstitución clara, absoluta de la escena. Lo primero es el tapiz que *siento* bajo mis pies, después lo veo con su semillero de flores rojas y pálidas, después la mesa delante de mí con los libros que están encima, sus tapas y su color; después las ventanas con las ramas de árboles detrás de los cuales *oigo* su rozamiento con los cristales; después, por último, la atmósfera particular de la sala, su olor sobre el cual no me engañaría; después todos los enervamientos de la espera los siento como otras veces, complicándose con una aprensión intensa de la llegada del médico, aprensión que se termina con un violento latido del corazón: el latido del corazón me es imposible evitarlo. Cuando he entrado por este camino, *es necesario* que llegue hasta el fin volviendo á pasar por la serie entera de los estados por los cuales pasé. Si quisiera eliminarlos no podría, estoy segura; como en un sueño cuando se trata de evitar una caída desagradable que se prevé, sin conseguirlo jamás.»

Aquí no falta nada, ni las circunstancias, ni la repetición de la emoción misma, la cual nos muestra que la reviviscencia completa de una emoción, es la emoción que comienza.

Queda, en fin, una tercera categoría de respuestas de las que no tengo más que cuatro casos, los cuales menciono á título de curiosidad y para no omitir nada. Estos se representan la emoción *objetivamente* y colocán-

dola en otro. El uno no se representa la cólera más que bajo la forma de un hombre determinado, que está colérico. Otro encarna el miedo y el odio en un determinado personaje cuya fisonomía y actitud expresan el miedo y el odio. El estado afectivo no se presenta para ellos más que bajo la forma de su expresión corporal.

¿Es esto porque ellos mismos han experimentado poco, por su parte, estas diversas emociones?

III

Esta exposición de hechos, de manifestaciones múltiples y á menudo contradictorias, deja tal vez al lector en perplejidad. Sería esta más grande todavía, si las enumerara todas. Tratemos de ponerlas en orden y de comprender su significación.

Si colocándonos en el punto de vista de la cuestión planteada más arriba—la posibilidad de una reviviscencia no provocada por un acontecimiento actual — nos proponemos clasificar todas las imágenes, cualquiera que ellas sean, vemos que se distribuyen en tres grupos:

Las de reviviscencia directa y fácil (visuales, auditivas, tactiles, motoras, con reserva para estas últimas).

Las de reviviscencia indirecta y relativamente fácil: placeres y dolores, emociones. Son indirectas, porque el estado afectivo no es evocado más que por el intermediario de los estados intelectuales á los cuales va asociado (1).

(1) Un carácter propio de la reviviscencia afectiva, es la lentitud con que se produce y el tiempo que exige. Mientras que la imagen visual ó auditiva puede ser evocada inmediatamente y por una orden, la representación afectiva se constituye lentamente. Esto pasa porque recorre dos momentos. El primer momento (intelectual) consiste en la evocación de las condiciones y de las circunstancias; de un dolor de muelas, de una quemadura, de una pasión. Muchos no lo rebasan, y por eso el tono afectivo concomitante es débil ó nulo. El segundo momento (afectivo) añade estados nacientes de excitación, de exaltación y de abatimiento ó disminución de

Las de reviviscencia difícil, tanto directa como indirecta. Este grupo heterogéneo y refractario comprende los sabores, olores y sensaciones internas.

¿Cuáles son las razones de estas diferencias? Las reduzco á dos principales que las resumo así:

La reviviscencia de una representación está en razón directa de su complejidad, y por consiguiente en razón inversa de su simplicidad.

La reviviscencia de una representación está en razón directa de los elementos motores que encierra (salvo las reservas que serán motivadas después).

1.º Es un hecho incontestable que un estado de conciencia aislado, sin relación con el que precede, le acompaña ó le sigue, tiene pocas probabilidades de quedar fijo en la memoria. Si oigo una palabra de una lengua desconocida, se desvanece al momento; pero si la leo y la escribo, y si la asocio á un objeto y á diversas circunstancias, entonces se fija. Es más fácil recordar un grupo ó una serie que un término aislado y sin relaciones. Ahora bien, por su misma naturaleza, las imágenes visuales se ordenan en agregados complejos; las imágenes auditivas en sucesiones (y en simultaneidades como en la armonía), las imágenes motoras se asocian en series, en las que cada término suscita y encadena los demás. Así cumplen, pues, las condiciones de la reviviscencia inmediata y fácil. Lo mismo pasa con los placeres, dolores y emociones. Siempre ligados á estados intelectuales (percepciones, representaciones ó ideas), forman parte de un agregado y son arrastrados en su movimiento de resurrección.

Todo lo contrario pasa con las imágenes de nuestro tercer grupo. Estas no se asocian entre sí; tienen un carácter de aislamiento y de individualismo; no contraen relaciones entre sí, ni en el espacio ni en el tiempo.

la vida. Este requiere condiciones orgánicas, una difusión en el organismo, una excitación de los centros motores, vasculares, respiratorios, secretores, etc.

Tomemos los olores. El uno excluye al otro; no se asocian en la imaginación como las imágenes visuales en el recuerdo de un paisaje. Una de las personas que he interrogado, resucita á capricho el olor del clavel que le gusta mucho, y ha intentado reavivarla paseándose en un bosque lleno de las hojas secas del otoño y de su olor; sin éxito, porque un olor excluía al otro. No se ordenan, además, en series. No ignoro que un químico inglés, Piesse, ha pretendido clasificar los olores en serie contínua como los sonidos, «el patchulí respondía al *do* bajo de la clave de *fa* y la algalia al *fa* alto de la clave de *sol*», todo esto con tonos y semitonos; pero nadie, que yo sepa, ha tomado en serio esta fantasía.

Otro tanto para los sabores. Estos pueden asociarse á otras imágenes, por ejemplo, al hambre (no recuerdo más casos), lo que hace su reviviscencia menos difícil. Entre ellos no forman asociaciones, pero sí combinaciones; ó si se encuentran algunas asociaciones, son sumamente restringidas y raras.

El hambre y la sed son estados especiales, indescomponibles. El mal sabor y la fatiga se reavivan con bastante facilidad, y como lo hemos visto, por casi todo el mundo; pero es necesario notar que estos estados están compuestos de elementos bastante heterogéneos — sensoriales y motores — y que se asemejan á los agregados.

Esta antítesis entre los dos primeros grupos y el de los sabores, olores y sensaciones internas, dependen, sin duda, de ciertas condiciones fisiológicas. Como no se podrían aventurar sobre este punto más que hipótesis, vale más abstenerse.

2.° La segunda tesis enunciada más arriba — que la reviviscencia está en razón de los elementos motores incluídos en la imagen — es más discutible. Yo no la doy más que como una explicación *parcial*, secundaria, subsidiaria, que conviene á muchos casos, no á to-

dos, y que tiene muchas excepciones. Puesto que se rata de una ley empírica, de una pura generalización de la experiencia, es necesario insistir sobre los hechos, para con ello fijar su alcance y valor. Este rápido examen justificará mis restricciones y reservas.

Entre todas nuestras representaciones, las de la vista y las del oído son las más fáciles de reavivar. Ahora bien; si la visión dispone de un aparato motor muy rico, muy variado, muy delicado, no pasa lo mismo con la audición. Para ser un sentido superior, es muy pobre en elementos motores (movimientos de la cabeza, acomodación de la membrana del tímpano; en rigor, movimientos de los órganos vocales; y según las últimas hipótesis, un cierto papel de los canales semicirculares). Entre los dos sentidos, la diferencia es notable bajo el aspecto motor.

El olfato es más variado y más extenso que el gusto; le es superior como medio de información, y sin embargo, es inferior á éste en cuanto á la suma de movimientos de que dispone para funcionar.

Los placeres, dolores, emociones, agradables ó penosas, encierran todas elementos motores. Esto es evidente; y sin embargo, notemos lo que sigue: si nosotros establecemos en los estados afectivos una división grosera, pero que baste á nuestros designios, en dos grupos: de una parte los dolores y emociones dolorosas, de otra los placeres y emociones agradables, se presenta una dificultad. El primer grupo, el de los estados «asténicos», se manifiesta por una disminución de los movimientos, de la circulación, de la respiración, etc. El segundo grupo, el de los estados «esténicos», se manifiesta por fenómenos inversos: aumento de los movimientos, de la circulación, etc. ¿Se dirá que el segundo grupo — que contiene más elementos motores — se reaviva más fácil y más frecuentemente que el primero? La conclusión sería conforme á la lógica; pero contraria á la experien-

cia. Se encontrarían, yo creo, más partidarios de la opinión contraria (1).

Las sensaciones orgánicas parecen depender principalmente de acciones químicas que pasan en el organismo: así el hambre, la sed, el sueño, la sofocación, el mal sabor, la fatiga, etc. Aquí, el elemento motor es débil. Como su reviviscencia es vaga, este grupo parece conformar con la ley enunciada más arriba.

En suma, examinada en los pormenores, nuestra fórmula no es más que una explicación parcial, una generalización de alcance restringido.

IV

Llegamos ahora á la cuestión principal: todo lo que precede no tenía otro fin que prepararla. ¿Hay una memoria afectiva real? Aunque la mayor parte de los psicólogos no se pongan esta cuestión ó no la traten más que de paso, la mayoría está ciertamente por la negativa. Sostienen que nosotros recordamos las condiciones y circunstancias de un acontecimiento de un orden afectivo, pero no el estado afectivo mismo.

Yo rechazo completamente esta tesis, la cual no se habría sostenido si esta cuestión no hubiera sido tratada *a priori*, á la ligera, y sin observaciones suficientes. Un estudio más ceñido, apoyado sobre los hechos que he citado y sobre otros que siguen, muestra que hay dos casos bien distintos. Los unos tienen una memoria afectiva *falsa* ó *abstracta*; los otros una memoria afectiva *verdadera* ó *concreta*. En los unos, la imagen afectiva se reaviva poco ó nada; en los otros, se reaviva en gran parte ó totalmente. Para hacer comprender la diferencia de estas dos formas de memoria, examinemos separadamente los elementos constitutivos y el mecanismo de cada una de ellas.

(1) Esta opinión se examinará más adelante.

1.º La memoria afectiva falsa ó abstracta consiste en la representación de un acontecimiento, mas una *nota* afectiva — yo no digo un *estado* afectivo. Esta es ciertamente la más frecuente. ¿Qué queda de los pequeños accidentes de un largo viaje? El recuerdo de los lugares en que se han producido, los detalles, y además, que ello *ha sido* desagradable. ¿Qué queda de un amor extinguido, sino la imagen de una persona, de las asiduidades para con ella, de las aventuras, y además, que ello *ha sido* alegría? ¿Qué queda al adulto de los juegos de su infancia? ¿Qué queda de sus opiniones políticas ó religiosas de otras veces á aquel que ha llegado á ser indiferente? En todos los casos de este género, y hay millares, la nota afectiva recordada es *conocida*, no sentida ni experimentada; ésta no es otra que un carácter intelectual más, que se añade á lo demás como un accesorio; poco más ó menos, lo mismo que al representarnos una ciudad, un monumento, un paisaje que hemos visitado otras veces, añadimos el recuerdo de un cielo luminoso ó gris, de una lluvia ó de una niebla que lo envuelve.

Yo la llamo memoria afectiva «abstracta», y justifico este término. Los estados afectivos son susceptibles de abstracción y de generalización, como los estados intelectuales. Aquel que ha visto muchos hombres, que ha oído ladrar á muchos perros y cantar á muchas ranas, se forma una imagen genérica de la forma humana, del ladrido del perro y del canto de la rana. Es una representación esquemática, semi-abstracta, semi-concreta, formada por la acumulación de semejanzas groseras y de la eliminación de las diferencias. Lo mismo que el que ha tenido muchas veces dolor de muelas, cólicos ó jaqueca; que ha tenido accesos de cólera ó de miedo, de odio ó de amor, se forma una imagen genérica, una representación esquemática de estos diversos estados, por el mismo procedimiento. He aquí el primer paso. Estaría fuera de mi propósito

seguir aquí al detalle la marcha ascendente del espíritu hacia generalizaciones cada vez más altas. En su grado más elevado, los conceptos, tales como la fuerza, el movimiento, la cantidad, etc., suponen dos cosas: una palabra que los fija y los representa, un saber potencial, latente, oculto bajo la palabra, y que la impide ser un puro *flatus vocis*. Aquel que no posee este saber potencial, que es incapaz de resolver las abstracciones superiores en abstracciones medias, después en inferiores, por último en datos concretos, no posee más que un concepto vacío. Otro tanto pasa con los detalles afectivos: los términos emoción, pasión, sensibilidad, etc., no son más que abstracciones, y para vivificar tales términos y darles una significación real son menester experimentos del orden afectivo, datos concretos. Las gentes que hablan de un estado afectivo que no han experimentado jamás, que no conocen más que de oídas, tienen un concepto vacío. Los estados afectivos tienen un contenido que puede sufrir todos los grados de la abstracción, como el contenido sensorial.

El recuerdo afectivo, falso ó abstracto, no es más que un signo, un simulacro, un sustituto del acontecimiento real, un estado intelectualizado que añade á los elementos puramente intelectuales de la representación, y nada más.

2.º La memoria afectiva, verdadera ó concreta, consiste en la reproducción *actual* de un estado afectivo anterior con todos sus caracteres. Esto es necesario, á lo menos teóricamente, para que sea completa. Cuanto más se aproxima á la totalidad, más se aproxima á la exactitud. Aquí el recuerdo no consiste solamente en la representación de las condiciones, circunstancias, brevemente, de los estados intelectuales, sino de la reviviscencia del estado afectivo mismo como tal, es decir, *resentido*. Ya he referido casos más arriba: el experimento de Fouillée, los casos de Littré, de Sully-Prudhomme, las observaciones tercera y cuarta, tan

precisas, tan claras, muestran que la memoria afectiva verdadera, independientemente de su acompañamiento intelectual, no es una quimera.

Bain nos dice: «Las emociones, en su carácter estricto de emoción propiamente dicha, tienen el mínimum de reviviscencia; pero como forman un cuerpo siempre con las sensaciones superiores, participan de la reviviscencia de las percepciones visuales y auditivas.» Sobre lo cual W. James hace la reflexión siguiente: «Pero se olvida mostrar que las sensaciones visuales y los sonidos reavivados pueden ser imágenes, sin cesar de ser distintas, mientras que la emoción, para ser distinta, ha de llegar á ser real de nuevo. Bain parece olvidar que una emoción ideal y una emoción real causada por un objeto ideal son dos cosas muy distintas» (1).

Yo sostengo, por el contrario, que no tenemos aquí más que dos grados de la misma cosa, dos fases: la primera frustrada y abortada, y la segunda completa, de un mismo acontecimiento; y es necesario que la materia que nos ocupa sea muy confusa ó haya sido tratada con mucha negligencia, para que un espíritu tan perspicaz como el de W. James no haya visto que los recuerdos afectivos, como los otros, tienen por ideal volver á ser actuales. No se debiera, por consiguiente, olvidar el hecho incontestable de que nuestra conciencia no vive más que en el presente. Para que un recuerdo, por lejano que sea, exista para mí, es necesario que entre en el campo estrecho de la conciencia *actual*, si no es sepultado en la sima de lo inconsciente é idéntico á la nada. Tenemos así (sin hablar del presente futuro) un presente presente y un presente pasado, el de la memoria, y este no se distingue del otro más que por ciertas notas adicionales que no importa enumerar, pero que consisten, sobre todo,

(1) *Psychology*, II, 474.

en que aparece como una repetición de un estado inicial, y generalmente con una intensidad menor. Ahora bien; estas condiciones indispensables de la memoria son las mismas para los estados intelectuales y para los estados afectivos. Si con los ojos cerrados me represento á San Pedro de Roma (si fuera arquitecto y buen visual, volvería á ver todos los detalles), mi representación es actual, y no deviene un recuerdo más que por la adición de notas secundarias, entre otras, la de la repetición y la menor intensidad. Si al recuerdo de una agonía, de la cual he sido testigo, me invade la pena; si corren mis lágrimas (el caso de Littré citado antes no tiene nada de raro), mi representación es *actual*, y no deviene recuerdo más que por la adición de notas secundarias, entre otras, la de la repetición y la menor intensidad. Los dos casos son semejantes; en el uno, como en el otro, la representación, siguiendo la ley formulada por Dugald Stewart y Taine, va acompañada de una creencia momentánea que la considera como realidad actual. Pero el recuerdo afectivo, se dirá, tiene este carácter propio de que se acompaña de estados orgánicos y fisiológicos, que hacen de él una emoción real. Respondo á esto que *debe* ser así, pues una emoción sin una resonancia en todo el cuerpo no es más que un estado intelectual. Exigir que se represente realmente un estado afectivo sin que sus condiciones orgánicas renazcan también, es exigir lo imposible; esto es poner el problema en términos contradictorios. Lo que se producirá entonces es simplemente su sustituto, su abstracción, es decir, la memoria afectiva falsa, que es una variedad de la memoria intelectual; la emoción será *re*conocida, no *re*sentida.

En fin, el ideal de todo recuerdo es, conservando la nota ya comprobada, el ser adecuado en la medida posible á la impresión original. La representación es una operación interior cuyo límite extremo es la alucinación. Para las dos formas del recuerdo intelectual afec-

tivo, el ideal es el mismo; solamente que cada uno tiene su mecanismo especial para llegar á él.

Hay aquí todos los grados posibles de transición de la simple representación seca de la palabra placer ó dolor, amor ó miedo, á la representación viva, llena y completa, sentida, de estos estados. En una masa de hombres tomada al azar, se podría con informaciones suficientes fijar todos estos grados de lo abstracto á lo concreto. Hay más; pueden encontrarse en el mismo individuo. Cuando el poeta dice que;

«Sur les ailes du temps la tristesse s'envole»,

esto significa en lenguaje psicológico que poco á poco la memoria afectiva se trasforma en memoria intelectual. Se sabe que ciertos artistas, para desembarazarse del recuerdo de una pena ó de una pasión, la fijan en una obra de arte. Este fué el procedimiento de Gœthe: todo el mundo conoce la historia de *Werther*, para no citar más que ésta. Una de las personas á quien yo he interrogado, emplea el mismo medio y tiene buen éxito; es decir, que se trata, en el caso que nos ocupa, de trasferir la emoción al dominio de la imaginación objetiva, y, por consecuencia, de intelectualizarla.

Hemos dicho que entre ciertas personas, la reviviscencia del estado afectivo parece completa. ¿Lo es de hecho? Me parece imposible responder rigurosamente á esta cuestión, y hé aquí un punto por donde la memoria afectiva difiere de la memoria intelectual.

Tal recuerdo es tenido como exacto; pero esto no es con mucha frecuencia más que una ilusión. Casi siempre en la reviviscencia hay menoscabos y pérdidas, algunas veces adiciones, tanto de *más*, tanto de *menos*. Sin embargo, en el orden intelectual hay ciertos casos en los que se puede decir que es perfecta, impecable, sin la menor laguna, y la afirmación es legítima, porque puede comprobarse. Basta comparar la copia con el original. Si yo entro con los ojos cerrados en una sala

de la Alhambra, puedo comprobar si la visión interior que he guardado de la primera visita es adecuada á la realidad. Puedo comparar mi recuerdo de un pasaje musical con su audición efectiva. El pintor Wigan, que hacía sus retratos de memoria, Mozart, reconstituyendo el *Miserere* de Allegri, son ejemplos clásicos de casos perfectos, en los que la representación es de una exactitud irreprochable.

Pero en el orden afectivo, esta comparación es imposible, porque dos estados subjetivos, de los que uno es el original y otro la copia, no pueden coexistir en el mismo individuo; y es que aquí la impresión primera no puede ser objetivada. Yo no veo más que un medio para apartar la dificultad, para llegar á una respuesta aproximativa. Consistiría en comparar el estado afectivo reavivado con un documento escrito en el momento mismo de la primera impresión, y todavía este procedimiento es de una seguridad dudosa. J. J. Rousseau, á propósito del entusiasmo excitado por las cartas de amor de su *Nouvelle Héloïse*, nos dice que estaban inspiradas por su propio amor hacia Mme. d'Houdetot, y añade: «¡Qué se hubiera dicho si se hubieran leído los originales mismos!» Puede que Rousseau se engañe en más ó en menos; pero es una confrontación de este género la que yo propongo. Una persona muy apta para las observaciones psicológicas, y que nota día por día sus impresiones desde hace muchos años, me habia prometido intentar esta comparación entre el recuerdo actual y el documento escrito: razones múltiples se lo han impedido. Se podría sin gran trabajo, pero por casualidad, encontrar una carta escrita bajo la impresión del momento y compararla con el recuerdo afectivo actual, que, con razón ó sin ella, se considera como bien conservado. Por mi parte me inclino á dudar que haya jamás conformidad completa entre el original y la copia cuando se trata de sentimientos; pero esto no es más que una hipótesis.

Me quedan por decir algunas palabras sobre el olvido en el orden afectivo. La amnesia afectiva se produce bajo dos formas: la una patológica, la otra normal.

Paso en silencio las manifestaciones morbosas. Su estudio sería largo y curioso, pero me apartaría de mi fin principal, que es *práctico:* se encuentran numerosos ejemplos de la pérdida de los sentimientos altruístas, morales, religiosos; de indiferencia parcial y total para el pasado, de insensibilidad completa; el *Gemüthslösigkeit* de los alienistas alemanes.

Me atengo á la amnesia afectiva bajo su forma simple, corriente, vulgar. Nada más frecuente. Desde luego, el solo hecho de que la mayor parte de los psicólogos descuidan la memoria afectiva, ó la niegan, es una presunción de que no representa con frecuencia más que un papel oscuro. Además, esta memoria afectiva, que yo he llamado falsa ó abstracta, puede, sin prejuicios, ser considerada como una forma mitigada del olvido. En fin, eliminando los temperamentos no emocionales que no son apropiados á nuestro estudio, sucede que aun entre los emocionales, muchos vuelven á sentir vivamente, pero no lo conservan todo. Todo el mundo conoce gentes que se conmueven de pies á cabeza por la pena, la alegría, el amor, la indignación; parecen dominadas por mucho tiempo; algunas semanas más tarde, no queda de todo ni vestigio. Las emociones resbalan sobre ellos como una lluvia de tormenta sobre los techos. Ahora bien, esta amnesia afectiva tiene un gran influjo sobre la conducta.

Hé aquí, en efecto, dos verdades generales derivadas de la experiencia y que me parecen incontestables:

De una parte, lo agradable y lo desagradable son los móviles más poderosos de la actividad humana, si no son los únicos.

De otra, hay gentes en quienes la reviviscencia afectiva es fuerte, débil ó nula.

La conclusión es que esta porción de la experiencia individual que resulta de los placeres y de las penas experimentadas será, en cuanto á su eficacia, fuerte, débil ó nula, según los individuos. El pródigo que está arruinado y que una casualidad inesperada lo vuelve á la opulencia, si no ha conservado un recuerdo vivo de sus privaciones, comenzará otra vez su vida derrochadora; si sus reviviscencias penosas son estables, obrarán sobre sus tendencias naturales como un freno, como un poder de inhibición. El borracho y el glotón no reincidirán en tanto les dure la representación viva, en los días siguientes, de la crápula y de la indigestión. El niño, insensible al recuerdo de las recompensas y de los castigos, no presenta, todo el mundo lo sabe, ningun resorte para el educador. He contado precedentemente las reflexiones que siguen á menudo á los partos peligrosos, lo cual es un caso de amnesia afectiva La falta de simpatía entre muchos hombres no es á menudo más que la imposibilidad de reavivar los recuerdos de los males que ellos mismos han sufrido, y por consecuencia de volverlos á sentir en otros. Hé aquí hechos bien conocidos de los cuales es inútil alargar la lista; pero cualquiera que sea su insignificancia, me parece que no se ha tenido siempre en cuenta la razón psicológica, porque la importancia de la memoria afectiva ha sido desconocida.

La amnesia afectiva juega pues, en la vida humana, un papel mucho más importante de lo que se piensa; explica á menudo el secreto de los modos de conducta extraños, aunque no quiero sostener que ella sola lo explique siempre todo.

V

El estudio que se acaba de hacer parece conducir á las conclusiones siguientes:

1.ª Existe un *tipo afectivo* tan distinto, tan claro

como el tipo visual, el tipo auditivo y el tipo motor. El cual consiste en la reviviscencia facilitada, completa y preponderante de las representaciones afectivas.

No he hecho más que aplicar á una parte casi inexplorada de la memoria los procedimientos de investigación inaugurados para las sensaciones objetivas por Taine y Galton, continuada por muchos otros, y que han logrado éxito en sus manos. Se me objetará tal vez que el tipo afectivo completo es raro; pero seguramente los tipos visual, auditivo y motor, en el estado puro, no son muy frecuentes. Esto, por otra parte, importa poco; lo esencial era repararlo. Aquellos que pertenezcan á este tipo lo reconocerán bien. Preveo que los que están en el polo opuesto rehusarán admitirlo; pero los sabios de la Sociedad real y los de la Academia de Ciencias, interrogados por Galton — no visuales en su mayor parte — no comprenderían nada sus preguntas y rechazarían probablemente sus conclusiones. Es una tendencia incurable en muchos hombres querer que todo el mundo sea hecho como ellos, y no admitir lo que los separa, y por tanto, en psicología más que en otra cosa, es necesario desconfiar de las generalizaciones demasiado extensas.

2.ª No existe solamente un tipo afectivo general: contiene variedades y aun es probable que los tipos *parciales* sean los más frecuentes. Aquí noto una semejanza entre mis investigaciones y las que han sido hechas sobre las representaciones de origen objetivo. Se sabe que uno tiene una excelente memoria de las figuras, de las formas, de las cosas concretas; no de los colores ni de los signos visuales (letra de molde, escritura); otro tiene una memoria excelente para las lenguas y ninguna para la música, ó inversamente. Por otra parte, numerosos hechos patológicos ¿no nos han demostrado que en una categoría determinada de imágenes puede desaparecer todo un grupo sin perjuicio notable para los otros?

No tengo al presente bastantes documentos para entrar en el estudio de las variedades del tipo afectivo: pero es cierto que existen, que, para el uno, la reviviscencia clara y frecuente no tiene lugar más que para las representaciones alegres, en otro no más que para las imágenes tristes ó eróticas. He obtenido declaraciones muy afirmativas sobre este punto; trascribo además una observación relativa al temor solo.

Observación sétima. «No soy lo que pudiera llamarse un tipo general afectivo, tengo una memoria afectiva especial, la del temor, que la tengo muy pronunciada... He tenido en mi vida muchos momentos de alegría como todo el mundo; diré francamente que cuando recuerdo los incidentes de mi vida que me han causado una gran alegría, no vuelvo á sentirla. Además me es muy difícil recordar los momentos en los cuales he estado alegre—los incidentes mismos que han producido mi alegría — probablemente porque la memoria representativa no ha sido reforzada por la memoria afectiva. Yo no sé nada de esto. De mi caso no quiero inducir nada, y no hablo más que de mí.»

«He tratado de recordar uno de los momentos de mi vida en el cual sentí la alegría más viva: era en Abril de 1888. (Sigue una larga descripción del acontecimiento en que el autor obtuvo un éxito y los aplausos inesperados para su edad (veinte años), delante de un público imponente.) Recuerdo bien los incidentes que acabo de describir, que son muy exactos; puedo recordar la causa á la cual, con razón ó sin ella, he atribuido mi éxito; podría repetir casi todo lo que dije; recordaría más difícilmente el salón y las figuras; pero hoy no siento ninguna alegría al pensar en todo esto.»

«En lo que concierne á la tristeza, mis disposiciones son análogas á la alegría, en cuanto á la memoria afectiva.»

«Volvamos al temor. Tengo dos casos muy concluyentes de mi memoria afectiva especial. Cuando yo estaba interno en el liceo S... en Bucarest, temía á todo el personal del internado á causa de un castigo que me imponían á menudo, la retención en la escuela los días de fiesta. Recuerdo que temía de tal manera ser encerrado, que cuando había salido, difícilmente habría pasado por delante de la puerta del liceo; tanto era el miedo de ser detenido. Más tarde, habiendo acabado mis estudios, y habiendo conservado relaciones amistosas con todo el mundo, volví al liceo; pero nunca dejé de sentir al entrar una especie de estremecimiento de temor.»

«Además, he estado tres años en París sin volver á mi país. Al volver á Bucarest, fuí á ver á un nuevo provisor con quien yo estaba en muy buenas relaciones. Aun entonces, al aproximarme á la puerta del internado, sentí una especie de malestar, el cual no era otro que mi antiguo temor atenuado».

«El primer año de mi llegada á París, me inscribí para seguir los cursos superiores del liceo L... No estuve allí más que una semana. En la sala de estudio sentía malestar; temía alguna cosa sin saber qué; tenía horror al personal, aunque me llenaran de atenciones para mi edad (veintidos años). ¿Miedo de qué, si podía marcharme cuando quisiera? Aunque habituado á trabajar muchas horas en la biblioteca, no podía hacer nada en la sala de estudio. Creo que este estado era una reminiscencia del antiguo temor, el del liceo de Bucarest... Mucho tiempo después, frecuentando la Facultad de derecho como estudiante, mi camino era por delante del liceo L... y lo pasaba velozmente, experimentando el mismo temor que en el tiempo en que pasaba por delante de la puerta del liceo de Bucarest».

«Soy muy motor, no del todo visual y muy poco auditivo.»

Se podría decir que, en esta observación, la reviviscencia es á menudo provocada y asociada á circunstancias particulares; pero me ha parecido de tal modo clara, que he creído que debíar dar cuenta de ella.

No tengo necesidad de hacer notar que estas diferencias individuales en la reviviscencia de los estados afectivos juega ciertamente un gran papel en la constitución de las diversas formas de carácter. Además la existencia de las variedades del tipo afectivo corta de golpe una cuestión discutida con insistencia por algunos autores: «si se recuerdan más fácilmente los dolores que los placeres.» Optimistas y pesimistas han batallado alrededor de este fantasma de problema; pero esta es una cuestión facticia y vana en tanto que se suponga que no tolera más que una sola respuesta. No hay, no puede haber aquí una respuesta general.

Ciertas personas reavivan las imágenes alegres con una facilidad sorprendente; los recuerdos tristes cuando surgen, son rechazados al momento y fácilmente. Yo conozco un optimista decidido á quien todo le sale bien y que le cuesta mucho trabajo representarse las escasas penas que ha experimentado. «Recuerdo mucho mejor las alegrías que los estados dolorosos». es una respuesta que encuentro muchas veces en mis notas.

Por el contrario, muchos dicen: «recuerdo más vivamente las penas que los estados agradables». En mi información, he visto que estos son los más numerosos, pero no puedo ofrecer conclusión alguna. Uno de ellos me dijo: reavivo más fácilmente las emociones desagradables, y de aquí mi tendencia al pesimismo. Las impresiones de alegría son fugitivas. Un recuerdo penoso me vuelve triste en un momento gozoso; un recuerdo alegre no me hace alegre en un momento penoso.»

He aquí los casos claros. Aparte de ellos, la cuestión planteada más arriba no puede ser resuelta más

que al azar y conforme á un simple punto de vista del espíritu.

3.ª La reviviscencia depende de condiciones cerebrales é internas (cualesquiera que sean, conocidas ó desconocidas), mucho más que de la impresión primitiva misma. Volver á sentir vivamente las emociones y reavivarlas vivamente, son dos operaciones diferentes; la una no implica la otra. Ya hemos visto que, en muchos, la reviviscencia aparece en razón inversa de la intensidad del fenómeno inicial. Esto nos lleva á la cuestión de los caracteres. No basta que la impresión sea viva; es menester que se fije. A menudo se refuerza por un trabajo de incubación latente que depende del temperamento individual. Chateaubriand, hablando de un guarda al cual profesaba mucho cariño, y que fué muerto por un cazador furtivo, nos dice: «Mi imaginación (tenía entonces dieciséis años), me representaba á Raul sosteniéndose sus entrañas con las manos y arrastrándose hacia la choza en donde espiró. Concebí la idea de la venganza; hubiera querido batirme con el asesino. Bajo este aspecto soy desde mi nacimiento muy singular: en el primer momento de una ofensa *apenas si la siento*, pero se graba en mi memoria; *su recuerdo en vez de decrecer aumenta con el tiempo*; duerme en mi corazón años enteros; después se despierta á la menor circunstancia con nueva fuerza, y mi herida llega á ser más viva que el primer día (1).» Todavía hay una analogía con lo que pasa en el orden de las representaciones objetivas. No basta tener buenos ojos para tener una buena memoria visual y yo conozco miopes en los que la visión interior es excelente.

Termino esta exploración, que no es más que un bosquejo más bien que un estudio del asunto, recordan-

(1) *Memoires*, t. I, p. 77. Las palabras que aquí están con letra cursiva no lo están en el texto.

do que lo que ha sido reconocido para la otra parte de la memoria—la memoria intelectual—no lo ha sido por obra ni de un hombre ni de un día (1).

(1) Este capítulo ha sido publicado primero en la *Revue philophique*, en Octubre de 1894 Esto me ha valido nuevas comunicaciones. Entre ellas no he escogido nada más que dos que han sido añadidas al texto primitivo. La afirmación de un tipo de memoria afectiva ha levantado, como yo esperaba, críticas y negaciones. Mi principal contradictor, Titchener, ha publicado sobre este motivo, un artículo bastante extenso en la *Philosophical Review* (1895 t. IV, p. 65 77), en el cual me reprocha no haber citado ni un solo ejemplo de memoria afectiva pura, es decir, donde todo elemento de sensación y de representación esté ausente, en que haya una reviviscencia del sentimiento como tal (*as such*). Un ejemplo de este género bien comprobado, parece casi imposible. Un placer, una pena, una emoción van siempre asociadas á una sensación, una representación ó un acto; la reviviscencia lleva consigo necesariamente el estado intelectual que forma parte del complejo y de que es soporte. Pero la cuestión es otra: ¿la reviviscencia, á lo menos en ciertas personas, es una notación á secas ó un estado *sentido*? En este último caso (y éste se encuentra), hay un recuerdo del estado afectivo como tal.

Otra objeción: ¿se puede decir que una emoción es la reproducción de una emoción antecedente y no una nueva emoción? La reproducción de una emoción no puede ser más que una emoción, pero que lleva la señal de una repetición. Sin volver sobre lo que se ha dicho más arriba, noto que los psicólogos contemporáneos que estudian con una paciencia admirable el mecanismo de la memoria, descuidan aquellas de sus condiciones más generales. Ahora bien, la principal es que todo recuerdo debe ser una *reversión* por la cual el pasado vuelve á ser presente y nosotros vivimos presentemente en el pasado. El recuerdo de una emoción como tal no escapa á esta ley, es necesario que devenga actual, que *sea* una emoción real, viva ó débil.

Según las críticas y los documentos nuevos que me han sido entregados, resumo una vez más mi afirmación. 1.° La memoria afectiva es nula en la mayor parte de las gentes. 2.° En otras hay una memoria semi-intelectual, semi-afectiva, es decir que los elementos emocionales no son reavivados más que con esfuerzo, parcialmente, y con ayuda de los estados intelectuales á los cuales van asociados. 3.° Otras, las menos numerosas, tienen la memoria efectiva verdadera, es decir, completa; el elemento intelectual no es más que un medio de reviviscencia que se borra rápidamente.

CAPÍTULO XII

LOS SENTIMIENTOS Y LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS

Papel de los sentimientos como causa de asociación.—Ley de asociación afectiva concebida, ya como general, ya como parcial.—I. Papel del sentir inconsciente: inconsciente hereditario ó ancestral; inconsciente personal que proviene de la cenestesia; inconsciente personal que proviene de los sucesos de nuestra vida.—Ley de traspaso: por contigüidad; por semejanza, estrecha, amplia.—II. Papel de los sentimientos conscientes: casos accidentales, casos permanentes, casos excepcionales ó raros.

Se trata todavía en este capítulo de la relación de los sentimientos con la memoria, pero bajo una forma completamente distinta; vamos á estudiarlos como *causa*. En lugar de establecer, como antes, que hay una memoria afectiva real, nuestro fin actual es el de determinar el papel de los estados afectivos en el llamamiento de los recuerdos y la asociación de las ideas. Su importancia como factor oculto de la reviviscencia ha sido reconocida por muchos autores contemporáneos (1); algunos tienen hasta propensión á exagerarla.

(1) Particularmente: Horwicz, *Psychologische Analysen*, t. I, 108 y siguientes; 265, 330, 369 y siguientes; Fouillée, *Psychologie des idées forces*, t. I, 221 y siguientes; J. Sully, *The Humand Mind*, tomo II, 76-80; Shadworth Hodgson, *Time and Space*, 266; W. James, *Psychology*, I, 571; Höffding, *Psychologie* (segunda edición, p. 331).

Se sabe que la asociación de las ideas ha sido reducida á dos leyes fundamentales: la de la contigüidad y la de la semejanza. Recuerdo, sin insistir, que no son de la misma naturaleza: la primera, puramente mecánica, es el resultado de los experimentos; la segunda supone otro trabajo del espíritu, pues una semejanza completa entre dos estados se encuentra raramente, y no puede ser observada más que por una especie de disociación ó abstracción operada sobre los materiales brutos. Estas dos leyes son puramente intelectuales; son principios reguladores extraídos de los hechos, y nada más. Son más bien descriptivas que explicativas. Revelan el mecanismo, no el motor. Suponen alguna cosa encima, á menos de admitir que las ideas son átomos psíquicos dotados de una abstracción ó afinidad misteriosa. Son mudas sobre las razones determinantes. Ahora bien: no se puede dudar que en muchos casos (no siempre) la causa de la asociación se encuentra en una disposición afectiva, permanente ó momentánea.

Los autores que han señalado este influjo, á menudo latente, pero eficaz, han concebido esa ley superior, que se podría llamar *ley afectiva*, de dos maneras: los unos como universal y absoluta; los otros como parcial. Yo me encuentro entre estos últimos.

1.º Fouillée (y según parece, Horwicz) ha sostenido la primera tesis. «La asociación de las ideas presupone la de emociones, y bajo esta de las emociones la de los impulsos. El impulso dominante despierta por asociación los impulsos secundarios dirigidos en el mismo sentido. El lazo que los une es la unidad de un fin, por relación al cual los impulsos son medios; la unidad de un efecto por relación, al cual aquellos son fuerzas cooperantes..... Lo que domina la asociación de los sentimientos son las leyes de la analogía y del contraste» *(Loc. cit.*, 121). No se me supondrá hostil al espíritu fundamental de esta tesis, puesto que el presente libro no es más que una larga reivindicación

en favor de la primordialidad de las tendencias. Pero, á menos de dejarse engañar por el señuelo de la unidad á todo precio, me es imposible admitir que *toda* asociación suponga un factor afectivo como razón determinante. Sin hablar de aquellas que resultan de la contigüidad (y son numerosas), en las que el papel de los sentimientos es muy dudoso; yo encuentro una categoría importante de asociaciones puramente intelectuales, en la que la intervención de los sentimientos me parece imposible de demostrar. El matemático y el metafísico que encadenan una larga serie de abstracciones, ¿tienen un estado emocional por sostén y vehículo de su pensamiento, discursivo ó constructivo? Yo no veo en la teoría y en el hecho ninguna razón para admitirlo, á menos de que se quiera invocar el amor de la verdad; y, en todo caso, esto no sería más que un *primum movens*, no la causa directa é inmediata de las asociaciones.

2.º El influjo de los estados afectivos debe ser considerado como causa principal, pero no exclusiva. Se resume en lo que Shadworth Hodgson ha llamado «la ley del interés». En un acontecimiento pasado no es todo igualmente interesante; en su reviviscencia, todos los elementos no son igualmente activos: los más emocionales arrastran á los otros. «Dos procesos están constantemente en juego en toda reintegración: el uno es proceso corrosivo, de disolución; el otro un proceso de renovación, de retorno...» Las partes del objeto que ofrecen algún interés resisten á esta tendencia gradual hacia la disolución del objeto total. «Coleridge decía, con razón, «que la ley general *práctica* de la asociación es esta: todo aquello que hace ciertas partes de una impresión total más vivas ó más distintas que el resto, determinará su llamamiento en el espíritu, con preferencia á las otras que le son igualmente asociadas, por la condición común de coexistencia en el espacio ó en el tiempo. Pero la voluntad misma, reforzando y limi-

tando la atención, puede conferir arbitrariamente á un objeto cualquiera la actividad y la claridad» (1). El poder que Coleridge atribuye á la atención y á la voluntad se resuelve finalmente en un estado afectivo como causa última: solo de éste puede provenir un acrecentamiento de intensidad.

No insistiré más sobre estas generalidades. Será más instructivo fijar con algunos pormenores el influjo de la vida afectiva sobre la memoria. Para esto, divido nuestro estudio en dos partes: papel del sentir inconsciente, papel de los sentimientos conscientes.

I

No es siempre fácil determinar positivamente en qué medida influye el sentir inconsciente sobre la memoria para suscitar y para encadenar las ideas. Empleo á propio intento este término vago: «sentir inconsciente», porque no prejuzga nada en cuanto á su naturaleza. Se puede formar la concepción que se quiera: considerarlo como puramente fisiológico ó asignarle un carácter psicológico, el de una conciencia indefinidamente decreciente; estas dos hipótesis tienen sus partidarios; ésto no tiene importancia para lo que sigue. En este inconsciente distingo tres capas, marchando de la profundidad á la superficie, de lo más oscuro á lo menos.

1.º *Lo inconsciente hereditario ó ancestral.* — Lo menciono para no omitir nada. Consiste en el influjo de ciertos modos de sentir heredados y fijos en una raza, que ejercen una dirección sobre nuestras asociaciones sin saberlo nosotros. Esta dirección me parece, bajo esta forma á lo menos, muy hipotética. Uno de los fundadores de la fisiología de lo inconsciente, Laycock (1844), ha pretendido explicar por esto ciertos gustos

(1) *Biographia Litteraria*, según James, I, 572.

nacionales ó individuales: las llanuras gustarían á los Húngaros, porque evocan el recuerdo ancestral de las etapas de la Mongolia, su patria primitiva (?). Herbert Spencer, que apenas si se ha preocupado del influjo de los sentimientos sobre la asociación de las ideas, dice incidentalmente que en la impresión causada por un paisaje, además de las sensaciones inmediatamente recibidas, «hay millares de sensaciones causadas en tiempos anteriores por objetos parecidos á aquellos que se tienen delante de los ojos... en fin, se despiertan también probablemente ciertas combinaciones de estados más profundos, aunque más vagos sin embargo, que existían en estado orgánico en la especie humana desde los tiempos bárbaros, cuando su actividad para el placer se desplegaba, sobre todo, en medio de los bosques y de las aguas» (1). Schneider supone esta reviviscencia ancestral en toda percepción estética; ya volveremos sobre este asunto (segunda parte). Los gustos depredadores del hombre primitivo explicarían ciertas asociaciones agradables (por ejemplo, el placer de construir un drama sangriento) que contrasta con los hábitos del hombre civilizado, etc.

Estos hechos me parecen reductibles á una explicación única. Hay en todo hombre tendencias latentes; éstas pueden dormir durante toda la vida, pero también un acontecimiento fortuito puede despertarlas y revelarlas. Se las puede llamar hereditarias, puesto que están en un organismo heredado; sería también exacto llamarlas innatas. En todo caso, es bastante difícil de mostrar que son una supervivencia y sobre todo una resurrección de tendencias que han existido en edades lejanas.

2.° *Lo inconsciente personal, que proviene de la cenestesia*, es decir, del conjunto de las sensaciones internas:

(1) Laycock, *A Chapter on some organic Laws of personal and ancestral Memory*, 1872; H. Spencer, *Psychology*, I, párr. 214.

esto nos aproxima insensiblemente á la conciencia, desde el momento en que el estado afectivo puede comprobarse sin inducción. Una cierta disposición, una cierta manera de sentir es la causa directa é inmediata de las asociaciones. Es permanente ó transitoria. Permanente, responde al temperamento ó al carácter: según que se está alegre, melancólico, erótico, ambicioso, se produce una selección inconsciente entre las ideas que surgen en la conciencia; un artista y un hombre práctico, enfrente del mismo objeto, tienen dos modos totalmente distintos de asociación. Transitoria, responde en el mismo individuo á los estados de salud ó de enfermedad, á los cambios de la edad; cada uno de estos estados distintos produce una selección distinta. La unidad de ciertos ensueños, á pesar de la apariencia disparatada de las asociaciones, tiene su causa (la cual se descubre fácilmente), en una disposición orgánica ó afectiva: fatiga, depresión, opresión, perturbaciones de la circulación, de la digestión, excitación sexual. La simplicidad y la frecuencia de estos hechos dispensan de la insistencia.

3.º *Lo inconsciente personal, residuo de los estados afectivos ligados á percepciones anteriores ó á acontecimientos de nuestra vida*. Este residuo emocional, aunque queda latente, no obra menos y puede ser descubierto por el análisis. Este caso, uno de los más importantes de nuestro asunto, ha sido estudiado recientemente por Lehmann (1) bajo el nombre de mutación (*Verschiebung*), de los sentimientos y por J. Sully bajo el nombre de trasferencia de los sentimientos: esta segunda denominación me parece más clara y más exacta.

Bajo su forma más general—pues su mecanismo no es siempre el mismo—la ley de trasferencia consiste en

(1) Lehmann, *Hauptgesetze*, etc., p. 268 y 250 á 357. J. Sully, *op. cit.*, II, 76.

atribuir *directamente* un sentimiento á un objeto, el cual no lo causa. No hay trasferencia, en el sentido de que el sentimiento sea separado del acontecimiento primitivo para concedérselo á otro; pero hay un movimiento de generalización ó de ampliación del sentimiento que se extiende como una mancha de aceite. Esta trasferencia puede ser figurada simbólicamente. Representemos por A un estado intelectual y por S el estado afectivo que le acompaña; A por asociación suscita B, C, D, E, etc.; S es trasferido sucesivamente á B, C, D, E, etc.; así tenemos:

$$\frac{A}{S}, B, C, D, E, \text{etc.}; \quad \text{después} \quad \frac{A.\ B.\ C.\ E.}{S} \quad \text{etc.}$$

De suerte que C ó D ó E, etc., pueden suscitar S directamente tanto como A y sin A. El sentimiento es evocado sin el intermediario de la representación á la cual estaba ligado en su origen (Sully). Esta ley de trasferencia merece detenernos un poco, porque representa un papel bastante importante en la formación de las emociones complejas, las cuales tendremos necesidad de recordar más de una vez. Por otra parte, no opera siempre de la misma manera: yo distingo dos casos principales, según que la trasferencia se hace por contigüidad ó por semejanza.

Trasferencia por contigüidad.—Cuando los estados intelectuales han coexistido, han formado un complejo por contigüidad, y cuando uno de ellos ha sido acompañado de un sentimiento particular, uno cualquiera de estos estados tiende á suscitar el mismo sentimiento.

La vida corriente suministra ejemplos muy numerosos y muy sencillos. El amante trasfiere el sentimiento causado primero por la persona de su amada, á sus vestidos, sus muebles, su casa. Por la misma razón, la envidia, el odio, ejercen su rabia sobre los objetos inanimados que pertenecen al enemigo. En las monarquías absolutas, el culto para la persona del rey se tras-

fiere al trono, á los emblemas de su poder, á todo lo que se relaciona de cerca ó de lejos con su persona. El hermoso pasaje siguiente de Herbert Spencer, se relaciona con un caso menos sencillo, pero de la misma naturaleza: «El grito de los cuervos no es en sí mismo un sonido agradable; musicalmente es, en efecto, todo lo contrario. Sin embargo, estos graznidos producen ordinariamente impresiones agradables, impresiones que muchos atribuyen á la naturaleza del sonido mismo. Unicamente las pocas personas que se entregan al análisis de su propia conciencia, saben que este grito les agrada, porque ha estado unido á una multitud innumerable de sus mejores placeres; con la recolección de flores silvestres en la infancia, con las excursiones de las tardes de asueto, con las partidas de campo en pleno estío, cuando se dejaban los libros y se reemplazaban las lecciones por los juegos y las aventuras á través de los campos, con las mañanas frescas y soleadas de la edad madura, cuando un paseo les hacía descansar deliciosamente de su tarea. Y ahora, este sonido, aunque no esté ligado como una causa á todos estos placeres pasados tan numerosos y tan diversos—simplemente porque les ha sido asociado, despierta una conciencia oscura de estos placeres, como la voz de un antiguo amigo que aparece ante nosotros de improviso, despierta repentinamente una oleada de emociones resultante de nuestro compañerismo pasado» (1). Se debe notar que en la trasferencia por antigüedad, que por su naturaleza es automática, los estados intelectuales obran como *causas*, puesto que la extensión de los sentimientos les está subordinada.

Trasferencia por semejanza. — Cuando un estado in telectual ha sido acompañado de un sentimiento vivo, todo estado semejante ó análogo tiende á suscitar el mismo sentimiento.

(1) *Physiologie*, II, párrafo 519.

Este hecho psicológico es el que constituye el secreto del sentimiento del amor, de la ternura, de la antipatía, del respeto que se experimenta por una persona á primera vista, sin razón aparente, lo cual se inscribe á cuenta del instinto. Pero los «que se entregan al análisis de su propia conciencia» descubrirán en muchos casos una semejanza más ó menos cercana con una persona conocida, que nos inspira ó nos ha inspirado amor, ternura, antipatía, respeto. Una madre puede sentir una brusca simpatía por un joven que se parezca á su hijo muerto, ó que sea de la misma edad sencillamente. La explicación de muchos de estos casos está en un estado inconsciente que no se deja fácilmente sorprender, pero que si vuelve á ser consciente (la voluntad no ayuda aquí sino de un modo muy indirecto), lo aclara todo. Hay también miedos que se llaman instintivos, sin motivos conscientes, que una observación un poco penetrante puede referir á la misma explicación (1).

Esta trasferencia puede operarse de dos maneras: la una, estrecha; la otra, amplia. La manera estrecha descansa sobre la pura semejanza; B se asemeja á A, pues la percepción ó la representación está ó ha estado otra vez acompañada de tal sentimiento; la trasferencia no va más allá. La manera amplia descansa sobre la analogía, y tiene un alcance mucho más alto; pasa de un individuo á muchos, á una clase, á las clases. Uno de mis amigos, dice Lehmann, odiaba los perros; las circunstancias le obligaron á tener uno; se le hizo atractivo, y poco á poco su sentimiento se extendió á toda la especie canina (*loc. cit.*). Esta posibilidad, de una trasferencia ilimitada, ha sido un factor social y moral de primer orden; ha permitido la extensión de los sentimientos simpáticos del pequeño clan

(1) Este punto ha sido muy bien tratado en Lehmann (*op. cit.*, p. 244).

cerrado á grupos cada vez más distintos: tribu, nación, humanidad. La trasferencia amplia ha sido el gran agente del paso del particularismo al universalismo (1).

II

De los estados inconscientes á los estados afectivos, de los cuales se tiene plena conciencia, se hace la transición por grados y por formas ambiguas; pero oscuro, semi-oscuro ó claro, su influjo permanece el mismo. Entre los casos numerosos en que la asociación de las ideas depende de una disposición afectiva consciente, se pueden establecer tres grupos:

1.º Los casos individuales, accidentales, efímeros. Son reductibles á una sola fórmula: cuando dos ó muchos estados de conciencia han sido acompañados de un mismo estado afectivo, tienden á asociarse. La semejanza afectiva reune y encadena representaciones desemejantes. Este es un caso de asociación por semejanza, *pero no intelectual*; las representaciones se asocian, porque todas se reunen por un tono emocional común, no en tanto que representaciones. No se pueden dar ejemplos abundantes. L. Ferri (en su *Psychologie de l'association*, y sin notar, por otra parte, esta ley emocional) nos dice que un día, picado por una mosca, recordó bruscamente un niño que, siendo él joven, había visto tendido en su lecho de muerte. ¿Por qué esta visión súbita? «En primer término, yo estaba acostado sobre mi cama en este momento; después, había sido picado por una mosca; en fin, la vista del cadáver me había causado una profunda tristeza, y en este momen-

(1) El mecanismo de la supresión de los intermediarios entre A, estado inicial, y los estados lejanos G, H, I, etc., ha sido estudiado por J. Sully (II, 76). No insisto sobre este punto, que pertenece más bien á la psicología de la asociación que á la de los sentimientos.

to yo estaba también muy triste.» La asociación por identidad ó semejanza emocional es muy frecuente en los sueños, como se ha dicho más atrás. Yo recuerdo, entre otros muchos, un sueño en el que la unidad, á pesar de la incoherencia aparente de las asociaciones, era debida á un sentimiento general de fatiga: un camino sin límites se extendía delante de mí antes de llegar á mi última etapa, las montañas abruptas surgían sin cesar, mis ojos se fatigaban por descubrir la ciudad deseada en el horizonte; en fin, á cada instante, para orientarme, me era menester hablar una lengua extranjera que poseo muy mal, y en la que me es muy penoso expresarme; me desperté en un estado de cansancio intenso y general. J. Sully da cuenta de un sueño en que la unidad está en una situación de ansiedad y de despecho. Fué llamado de improviso para dar una lección sobre Herder: comenzó balbuceando generalidades; después fué apostrofado por una persona de su auditorio, que le presentó dificultades; después, el auditorio entero se volvió tumultuoso, etc. Uno de sus hijos, que vió por primera vez, con dos días de intervalo, el reloj de la catedral de Estrasburgo y los glaciares de Suiza, soñó la noche siguiente que los personajes del reloj se paseaban sobre la nieve; el fondo del sueño está en un estado de admiración ó de asombro.

2.° Casos permanentes, estables, que se encuentran por todas partes, porque se relacionan con la constitución del espíritu humano. Estos se han fijado en las lenguas. En un capítulo precedente sobre la expresión de las emociones (c. IX) hemos encontrado «el principio de asociación de las sensaciones análogas» formulado por Wundt. Adaptándole á nuestra cuestión actual, podemos decir: Las sensaciones dotadas de un tono afectivo semejante se asocian fácilmente y se refuerzan. Nada más diferente, por su naturaleza, que nuestras sensaciones externas (salvo el gusto y el olfa-

to) y las cualidades que necesitamos conocer: los datos de la vista y del oído no se reunen de ningún modo, en tanto que conocimientos del mundo exterior, y sin embargo, nosotros hablamos de voces sombrías, de voces claras, de colores chillones, de música coloreada. Asociamos la vista á las sensaciones térmicas: colores fríos, colores calientes. El gusto juega su papel: reproches amargos, crítica agridulce. En fin; el tacto — como lo ha hecho notar Sully-Prudhomme — es tal vez la fuente más abundante de las asociaciones entre la idea de la sensación física y un estado emocional: blando, duro, tierno, pesado, sólido, firme, áspero, penetrante, punzante, picante, etc. En el fondo de todas estas asociaciones hay un tono afectivo común, que es su causa y su soporte. Tal vez fuera más exacto clasificarlos entre los casos de influjo afectivo semi-consciente; pero ya hemos dicho más arriba que nuestra división en factores inconscientes y factores conscientes es superficial y sin gran importancia.

3.° Casos excepcionales, raros. Flournoy, en su importante obra sobre la audición coloreada, explica con razón esta anomalía por «una sensación afectiva». Se sabe que se han hecho muchas hipótesis sobre el orígen y la causa de este fenómeno: — embriológica, sería el resultado de una diferenciación incompleta entre el sentido de la vista y el del oído y la supervivencia, puede decirse, de una época primitiva en la que tal estado habría sido la regla;—anatómica, suponiendo anastomosis entre los centros cerebrales de las sensaciones visuales y auditivas;—fisiológica ó de irradiación nerviosa—psicológica ó de la asociación. No examinaré si todos los casos son reductibles á una sola y única explicación; pero el mayor número parecen ciertamente reductibles á la asociación. Sin embargo, no se trata de una forma cualquiera de asociación; debe ser la afectiva, como ha notado el primero Flournoy. «Por asociación afec-

tiva entiendo aquella que se efectúa entre dos representaciones, no á causa de una semejanza cualitativa (pueden ser diversas como un sonido y un color), ni en virtud de su encuentro regular ó frecuente en la conciencia, sino por consecuencia de una analogía de su carácter emocional. Cada sensación ó percepción posee, en efecto, al lado de su cualidad objetiva ó de su contenido intelectual, una especie de coeficiente subjetivo, que viniendo de las raices que sumerge en nuestro sér y de la manera enteramente particular con que nos impresiona, nos agrada ó desagrada, nos excita ó nos apacigua, en un momento nos hace vibrar por entero..... Se concibe que dos sensaciones absolutamente heterogéneas é incomparables por su contenido objetivo, tales como el color y el sonido *i*, puedan ser comparables y asemejarse más ó menos por esa resonancia que ambas tienen en el organismo; y se concibe al mismo tiempo que este factor emocional pueda llegar á ser entre ellas un modo de unión, un lazo de asociación por el cual la una despierte á la otra» (1).

Añadamos que se encuentran — bastante más raramente — casos de olores y de sabores coloreados, y según parece, de dolor coloreado (2). Esta asociación anormal entre colores determinados y sabores, olores, dolores determinados, puede explicarse de la misma manera.

¿Es necesario atribuir á la misma causa un hecho comprobado por excepción en algunos histéricos en estado de hipnotismo (algunas veces despiertos), y que consiste en lo siguiente? La excitación de regiones circunscritas del cuerpo hace surgir inmediatamente en el espíritu, sean ideas, sean sentimientos que se imponen imperiosamente á la conciencia y duran tanto como la excitación que los ha provocado. Pitres, que ha estu-

(1) Th. Flournoy, *Des phénomènes de Synopsie* (1883). p. 20.
(2) Suárez de Mendoza, *L'audicion colorée* (1890), p. 58-59.

diado bastante ampliamente estas «zonas ideógenas,» (1) ha notado hasta una veintena esparcidas sobre diversas partes del cuerpo en un mismo sujeto. El efecto de su excitación (por frotamiento ó comprensión) es siempre el mismo en el mismo individuo; pero varía de un individuo á otro, lo cual excluye la hipótesis de un mecanismo anterior. Entre los sentimientos suscitados por este procedimiento, he notado: la tristeza, la alegría, la cólera, el miedo, el erotismo, la piedad, el éxtasis.

Se limitan todos á comprobar el hecho, sin ensayo alguno de explicación. Unicamente Pitres propone la de una auto-sugestión, lo cual no está lejos de una asociacion de ideas. ¿Es necesario admitir en el orígen una coincidencia fortuita entre una modificación corporal local y un cierto estado emocional (ó una idea), de donde una asociación por contigüidad que se habría fijado y reforzado por su misma repetición para devenir indisoluble? ¿O bien la fricción, la compresión, producirán en ciertos sujetos reacciones orgánicas particulares que suscitarían un estado afectivo particular? No se pueden aventurar más que conjeturas.

Para concluir, el influjo de las disposiciones afectivas sobre la memoria es grande y de cada momento; contribuye á resucitar las ideas y á asociarlas. Ahora bien, los estados afectivos no son entidades, sino modos de la conciencia, el equivalente psíquico de ciertas reacciones orgánicas, viscerales, vaso-motoras, musculares: de suerte que el influjo afectivo se reduce á todo esto. Y todo esto ¿se reduce á movimientos? Es una tendencia bastante marcada en muchos contemporáneos inclinarse en este sentido. Fouillée llevaba más alto toda asociación á la de los impulsos, é igualmente Horwicz bajo otra forma (*loc. cit.*) Pone en los

(1) *Leçons cliniques sur l'hystérie et l'hypnotisme*, t. II, lección 59. Se encontrará aquí la historia de esta cuestión (Braid, Chambard, Féré) y las observaciones personales del autor.

sentimientos la base de toda memoria de conservación y en el movimiento la base de todo sentimiento. «Nosotros recordamos un estado afectivo en la medida en que nos podemos reproducir los movimientos que implica.» Por otro camino, el de la experimentación, Münsterberg se ha esforzado por mostrar que la asociación llamada sucesiva se reduce á una simultaneidad rápida y que si se suprime el ejercicio de los movimientos, mientras se reciben las impresiones, la memoria se disminuye mucho y la reproducción se dificulta (1). Es verdad que sus experimentos se han limitado á los movimientos de las articulaciones.

Indico de paso esta hipótesis general. Que se admita ó no, la relación entre los sentimientos y la asociación de las ideas (aunque se la haya desconocido á menudo) queda establecida conforme á una masa de hechos que, á pesar de su naturaleza heterogénea, conducen todos á la misma conclusión.

(1) Sommer (*Zeitschrift für Pychologie,* t. II) da cuenta de una observación de afasia que permite una interpretación análoga.

CAPÍTULO XIII

LA ABSTRACCIÓN DE LAS EMOCIONES

Los estados afectivos, ¿pueden llegar á ser materia de abstracción conservando su caracter emocional? — Pruebas afirmativas tomadas de la vida usual. — La abstracción emocional en los simbolistas. — Predominio de las disposiciones afectivas bajo forma abstracta. — La palabra como instrumento, no de la inteligencia sino del sentimiento. — Tres procedimientos: cambiar el sentido ordinario, usar arcaísmos, actuar por su sola sonoridad. — La abstracción emocional no puede exceder de un grado muy inferior; el de las imágenes genéricas.

Para terminar la psicología general de los sentimientos, nos queda considerarlos en el momento de su evolución que responde al de los conceptos, en el desenvolvimiento de la inteligencia.

Cuando se habla de abstracción ó de generalización, se ha de entender implícitamente que se trata de una operación del espíritu que se aplica á los datos de los sentidos, que no sale del orden intelectual. Evidentemente este es el caso ordinario, el más frecuente y el más importante de todos. Pero los estados afectivos, las emociones, en tanto que emociones—la alegría, la tristeza, el miedo, la cólera, el amor, etc., para citar sólo las más comunes — ¿pueden también servir de materia para un trabajo análogo del espíritu y en qué límites? Yo no creo que esta cuestión haya sido planteada ó á lo menos estudiada por los psicólogos. Ferrero, en su

libro sobre *Les Lois psychologiques du symbolisme*, ha consagrado un capítulo (1.ª parte, V) á los símbolos emocionales: entiende por este término los signos que representan no percepciones ó ideas, sino emociones; y que no solamente las representan, sino que pueden comunicarlas á los demás: así, la corona real, símbolo de autoridad y de poder, inspira respeto; la bandera despierta el sentimiento del patriotismo militar ó social, etc. Estos hechos y sus análogos son casos de *asociación*, no de abstracción: hay una conexión establecida entre un objeto material, un signo y un estado emocional; de suerte que el signo evoca no una idea sino un sentimiento. La cuestión que nosotros nos proponemos examinar es del todo diferente; no se trata aquí de asociación, sino más bien de disociación.

Teóricamente se puede decir que todo estado de conciencia concreto, compuesto, puede llegar á ser materia de abstracción; pero se trata de saber si, en efecto, se produce esto, principalmente con las emociones; es decir, si el espíritu puede hacer extractos sin que ellas pierdan su carácter afectivo, sin que se conviertan en una simple anotación fijada por una palabra, pero desnuda de todo tono emocional. Me propongo establecer que esto se produce en realidad, apoyándome primero sobre observaciones de la vida común; después sobre procedimientos empleados algunas veces en las bellas artes. Y terminaré mostrando que esta forma de abstracción es muy limitada y se eleva muy poco por encima del nivel de las emociones concretas.

Sin entrar en una disertación inútil sobre la naturaleza de la abstracción y de la generalización que la sigue y de ella depende, basta recordar que nosotros tenemos el poder, en un acontecimiento complejo, de considerar aisladamente un carácter esencial ó accidental que llega á ser para nosotros el sustituto de la totalidad; y que en muchos acontecimientos, en parte semejantes, en parte desemejantes, tenemos la facultad de operar

una disociación y, por consecuencia, de unificar las semejanzas y de eliminar las diferencias. Este trabajo de simplificación es posible — ahora vamos á verlo — para con las emociones.

I.—Se encuentra de ello un ejemplo sencillo y vulgar en este estado afectivo particular que se produce en nosotros cuando recorremos un país. Se le expresa en términos un poco vagos, diciendo que sentimos «el alma» de este país. Algunos autores admiten que todas nuestras sensaciones y representaciones, sin excepción alguna, tienen un coeficiente afectivo; que aun toda forma especial (tal como una vertical, una horizontal, un ángulo agudo ú obtuso, un círculo) «conserva algo de los diversos sentimientos que nos inspiran los objetos en que la encontramos eminentemente representada en la vida cuotidiana (1)», es decir, no nos es completamente indiferente y tiene su resonancia en nuestro yo orgánico. Se puede objetar que esta tesis es un poco teórica y que, en muchos casos, la cualidad emocional, si existe, es despreciable y no se la puede señalar; pero en muchos otros casos, no sucede así. Aquel que, aun con dotes de observación mediocres y una facultad de sentir regular, visita un país, sobre todo si es muy lejano, muy diferente del suyo, en la raza, costumbres, vestidos, religión, paisaje, fauna y flora, experimenta de hecho dos cosas: sensaciones y emociones. Lo que hay en el espíritu no es solamente una visión de los hombres y de la naturaleza, sino también un residuo condensado de los estados afectivos que se suscitan. En muchos, esta impresión emocional queda en estado indistinto; otros, más fáciles de emocionar ó más sagaces, la separan, la reducen á un sentimiento general y predominante que es, según los casos, me-

(1) Esta tesis ha sido sostenida, en todo su rigor, por Flournoy, *Des Synopsies*, p. 31 y siguientes.

lancolía, alegría, fastidio, esplendor, severidad, calma, reposo, indiferencia de vivir (como en ciertos países de Oriente). Este sentimiento general es un *extracto* de la masa de las impresiones particulares; está formado por la fusión y el predominio de los estados afectivos más frecuentemente repetidos en la experiencia. Este es un carácter emocional general y un resumen. Recordado más tarde, resucita en nosotros la nota sentimental que el país nos ha dejado; y puede aun suscitar la emoción completa, en aquellos que tienen una buena memoria afectiva.

Lo que acaba de decirse para un país se encuentra, bajo otras formas menos complejas, en la vida ordinaria. La impresión que nos da la visita de un monasterio bien regido, no consiste únicamente en lo que es percibido, visto, comprendido, no viene simplemente de su arquitectura, de su iglesia, de sus claustros, de sus ceremonias; sino que sale de los hombres y de las cosas un tono emocional común que nos penetra: calma, recogimiento, silencio, piedad, misticismo. Esta emoción, abstraída del conjunto, puede llegar á ser todavía más abstracta y más general, si nuestra experiencia es más extensa, si resulta de la impresión de muchos monasterios, de reglas diferentes, de países diversos. Lo mismo que en el orden intelectual, nos formamos la representación abstracta de un monasterio que es, ó el resumen de los caracteres esenciales comunes á todos, ó la representación de uno solo que deviene el sustituto de todos los demás, lo mismo, en el orden afectivo, una impresión general surge de los casos particulares que son en sí mismos una condensación de impresiones, y llega á ser la nota emocional que se aplica á todos en conjunto y á cada uno.

Cuando hemos oído una ópera (dejando á un lado el argumento y tales trozos ó fragmentos que han llamado nuestra atención), podemos sacar una impresión general que está formada de las emociones predominantes.

Podemos abstraer todavía más, y, de las diversas obras del mismo músico, extraer uno ó muchos caracteres afectivos que nosotros le atribuímos como propios y que son para nosotros su marca como evocador de emociones.

Sin insistir sobre otros hechos de la vida cuotidiana, notemos que estos términos empleados con frecuencia: «medio moral», «atmósfera moral», expresan una condensación de emociones. Todo grupo humano, sobre todo, si sale un poco de la trivialidad — deja al que lo visita una impresión de tristeza, de alegría, de disipación, de austeridad, de inmoralidad, etc. Esta atmósfera moral que juega tan gran papel en la educación y en la vida social, es una resultante del sentimiento evocado: ella expresa el predominio de algunos, constantemente repetidos en la experiencia, y la eliminación de los otros; es decir, una abstracción; es una nota fundamental extraída del conjunto, una simplificación.

II.—Examinemos ahora nuestra cuestión bajo una forma mas precisa y más limitada. Me ha parecido que un estudio sobre la emoción abstracta encontraría un punto de apoyo bastante sólido en ciertas obras estéticas, principalmente en las de los autores contemporáneos conocidos bajo el nombre de *simbolistas*. Sabido es que son bastante numerosos: en Bélgica, sobre todo, luego en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos: no conozco los de otros paises, pero con estos basta.

No tiene importancia para nosotros que se considere la forma del arte simbólico como superior, inferior ó igual á las otras formas: no tenemos para qué tomar un partido en este debate. Sus procedimientos, su técnica, están también fuera de nuestra competencia. Esta no entra aquí más que á título de documento psicológico, siendo los simbolistas, de intención y de hecho, traductores sutiles de la subjetividad y de la emoción. Su su-

tilidad misma y su refinamiento los predispone á la abstracción; son casos singulares cuya interrogación es útil. Me atendré á los literatos, porque expresándose por palabras sus maneras de sentir, puede tal vez establecerse una comparación entre la abstracción intelectual y la abstracción emocional.

Vamos á considerar lo que sus obras nos enseñan: 1.º Sobre su estado interior: 2.º Sobre el papel de la palabra como medio de expresión.

1.º Los simbolistas pretenden expresar no ideas, como los clásicos, no imágenes, como los románticos, que «no tienen más que el exterior de la emoción», sino sobre todo y ante todo la emoción misma. Mientras que el realista describe cada objeto con una minuciosidad inagotable y pone su ideal en lo concreto, el simbolista, dice uno de ellos, «en lugar de describir y de nombrar, hacer sentir en el lector la emoción particular, grande ó fuerte, sencilla ó complicada, pero única, por la cual nos comunicamos con todo objeto». Procede por *sugestión:* «Más bien que el nombre de un color, dirá el efecto general ó particular que produce; ni describirá una flor, ni la enunciará sin objeto: pero la aparición obtenida de la flor añadirá el sentimiento producido por ella». Nordau, que no ha juzgado siempre á los simbolistas con bastante imparcialidad, dice con razón: «despiertan en el lector emotivo é innatento una emoción general, como hace una serie de notas musicales en tono menor; y el lector se imagina comprender la estrofa, mientras que, de hecho, interpreta solamente su propia emoción conforme á su grado de cultura, su carácter y sus reminiscencias» (1). Hay una impresión natural ó artificial; todo flota en un sueño, hombres y cosas, á menudo sin señal en el tiempo ó en el espacio; pasa alguna cosa, no se sabe dónde ni

(1) *Dégénérescence*, t. I, p. 168 —Todos los demás pasajes entre guiones están tomados de los autores ó críticos de la escuela simbolista.

cuándo; no es de ningún país, de ninguna época; esto es *la* Floresta, *la* Ciudad, *el* Bosque, *el* Caballero, *el* Peregrino; algunas veces menos todavía: *Él*, *Ella*, *Uno*: en suma, todos los caracteres vagos é inestables del estado afectivo puro y sin contenido. Este procedimiento de «sugestión,» á veces sale bien y á veces sale mal; me temo que este último caso sea el más frecuente.

Este estado mental puede interpretarse como sigue: ineptitud para la abstracción intelectual, la del matemático, del metafísico, del sabio; ineptitud para la representación exterior, clara, precisa, completa, coloreada (la de los románticos). Predominio de las disposiciones afectivas. Como es una ley psicológica bien conocida que el conocer y el sentir no pueden coexistir con igual intensidad, que el estado afectivo no puede agrandarse más que si la representación se borra, las condiciones son singularmente favorables al predominio de la emoción, puesto que ni la idea ni la imaginación tienen un poder suficiente para establecer el equilibrio.

Pero importa notar que su emoción es abstracta. Ella no es la emoción de un acontecimiento particular de hecho experimentado ó imaginado simplemente; está sin objeto, es decir, sin principio de determinación; no es tal amor, tal alegría, tal pena, sino una disposición interior hecha de sus principales elementos, una abstracción, un esquema de la alegría, del amor, de la tristeza. Todas las emociones no se individualizan más que fijándolas en un objeto. Esta es ciertamente una de las razones (y hay otras) de la vaguedad de la poesía de los simbolistas; está formada de emociones abstractas.

2.º La palabra es el signo por excelencia, el que fija y expresa la emoción. Como para los simbolistas, se deben expresar con ella emociones, más bien que ideas é imágenes, y debe llegar á ser el instrumento de la su-

gestión, el vehículo del sentimiento, no del pensamiento, es necesario que pierda parcialmente su función intelectual y que sufra una nueva adaptación.

Para esto uno de los procedimientos primeros consiste en emplear las palabras usuales cambiando su acepción ordinaria, ó bien asociarlas de tal modo que pierdan su sentido preciso; que se presenten borrosas, misteriosas; estas son «las palabras escritas con profundidad». «Nombrar un objeto es suprimir las tres cuartas partes del placer del poema, que está compuesto del goce de adivinarlo poco á poco; sugerir, hé aquí el sueño» (Mallarmé).

Un segundo procedimiento es el empleo de palabras nuevas ó caídas en desuso (1). Las palabras usuales conservan á pesar de todo algo de su sentido tradicional, de las asociaciones y los sentimientos condensados en ellas por una larga costumbre; las palabras olvidadas desde hace cuatro ó cinco siglos escapan á esta necesidad; son una moneda sin valor fijo.

En fin, un procedimiento más radical consiste en tratar de dar á las palabras un valor exclusivamente emocional. Inconscientemente, ó por reflexión, algunos simbolistas han venido á esta tentativa extrema que la lógica de las cosas impone fatalmente. Por lo general, el pensamiento se expresa por la palabra, el sentimiento por los gestos, los gritos, las interjecciones, las diferencias de entonación; éste encuentra su expresión completa y sabia en la música. Los simbolistas quieren trasferir á la palabra el papel del sonido, hacerla el instrumento que traduce y sugiere la emoción por la pura sonoridad; las palabras deben obrar, no como signos, sino como sonidos; deben ser «notas musicales á voluntad de una psicología pasional». La poesía devie-

(1) Cito algunos al azar: *hilare, aprilin, révolver, gracile, fragant, idoine, orée* (de los bosques), etc. Rossetti, en sus poemas ingleses, usa mucho el vocabulario de la Edad Media.

ne una forma particular de la música; es necesario «la música antes que toda otra cosa».

No he expuesto, ni lo que los teóricos de esta escuela han escrito sobre la cuestión (1), ni las tentativas múltiples de sus poetas para conseguirlo; no examino si han tenido buen ó mal éxito, si no han emprendido una lucha contra lo imposible; pero convenía mostrar que la emoción abstracta ha buscado, si no ha encontrado, un modo de expresión, un instrumento que le fuera propio.

He insistido sobre el caso de los simbolistas, porque es completo y sistemático; esta forma de arte, que pretende ser el de la emoción, expresarla, sugerirla, y muy raramente bajo la forma concreta, individual.

Nos queda por determinar la *naturaleza* de estos abstractos emocionales. Para esto, lo mejor es compararlos con los abstractos intelectuales, cuya naturaleza está mejor fijada. En el orden del conocimiento, la abstracción y la generalización siguen una marcha ascendente, en la que se pueden notar los principales estados como sigue: las imágenes genéricas, simple condensación de los concretos, formados por la fusión casi pasiva de las semejanzas evidentes, y que no tienen necesidad de palabras para fijarse; — los abstractos fundados sobre semejanzas menos groseras, que van asociados á la palabra, pero que pueden pasar sin ella (ej.; la numeración de los niños y de los hombres primitivos que se ayudan de los dedos ó de los objetos para contar); — los abstractos, que no se pueden fijar más que por la palabra, pero que pueden despertar todavía alguna vaga imagen concomitante (ej., vertebrado): en fin, el simbolismo, por el cual la palabra existe sola en la conciencia y llega á ser el sustituto de la representación imposible (2).

(1) René Ghil, *Traité du verbe*, y los «Instrumentistes».

(2) Para más pormenores sobre este punto, remitimos al lector á nuestro libro sobre *La evolución de las ideas generales*.

La abstracción emocional no pasa apenas del primer estado — el de las imágenes genéricas. — Para existir en el espíritu, tiene necesidad la imagen genérica de condensarse en un signo, pero no es necesario que este signo sea una palabra: puede ser una imagen visual, tactil, auditiva (no verbal). Los animales, y los niños antes de la palabra, tienen abstracciones de esta naturaleza, que les sirven en la práctica. Las abstracciones emocionales se forman también por la adición de semejanzas manifiestas, de caracteres comunes á todas las alegrías, tristezas, miedos, cóleras, etc.

Nuestras emociones forman todos complejos, pero refractarios al análisis. No se dejan disociar en sus elementos constitutivos, como hacen las percepciones; de aquí la imposibilidad de extraer un carácter esencial, que sustituya al resto, y después de operar de nuevo sobre este extracto y de subir así por la escala de la abstracción. Desde que traspasamos un grado muy inferior, no podemos tener un abstracto de emoción *como tal*, es decir, conservando todavía algunos de sus caracteres afectivos. La abstracción llega á ser intelectual. Así, los más altos conceptos estéticos, morales, religiosos (Belleza, Bien, Infinito), aunque tengan su origen en los datos concretos, en los estados de conciencia compuestos de sensaciones, de representaciones y de emociones, llegan á ser simples palabras, cuya resonancia afectiva es nula ó muy débil, á menos que en el espíritu que las piensa no se trasformen en un caso particular.

Este estudio es el complemento natural del que precede sobre la memoria afectiva. Hemos tratado de mostrar que existe en muchos hombres una memoria afectiva *verdadera*, es decir, un recuerdo de la emoción misma, no simplemente del objeto y de las circunstancias en que aquella se produce. En estos hombres únicamente hay los materiales de una abstracción emocional. En efecto, las emociones se producen (pri-

mer momento); dejan resíduos susceptibles de ser reavivados como recuerdos (segundo momento); los recuerdos particulares pueden fusionarse en un estado de conciencia único (tercer momento), y constituir así un abstracto de emociones. Por otra parte, la memoria afectiva, por su misma naturaleza, es un primer paso hacia la abstracción, porque la imagen afectiva, como la imagen sensorial, renace casi siempre empobrecida, parcial y reducida á sus caracteres principales.

SEGUNDA PARTE

PSICOLOGIA ESPECIAL

INTRODUCCION

Importancia del estudio de los sentimientos especiales. — Utilidad de los documentos históricos. — Causas de la evolución de los sentimientos: 1.ª el desarrollo intelectual; 2.ª el influjo hereditario, quizás reductible á influjos del medio. — Casos en que la evolución de las ideas precede á la de los sentimientos. Casos inversos. La inteligencia está regida por el principio de contradicción; el sentimiento por el principio de finalidad. — Clasificación de las tendencias primitivas. Método que debe seguirse. — Primer grupo: fisiológico (recibir, trasformar, restituir). — Segundo grupo: psico-fisiológico. — Tercer grupo: psicológico. Su enumeración.

I

El estudio especial de las diversas manifestaciones de la vida afectiva nos hace penetrar en su psicología bastante más que las generalidades que anteceden. No es un simple complemento ó una aclaración que se puede cortar, tratar deprisa ó hasta omitir, como lo hacen algunos representantes de la teoría intelectualista. Mientras no se haya considerado, uno después de otro, al pormenor, cada sentimiento simple ó compuesto, no se tiene ninguna idea de esa riqueza, de esa multiplicidad de aspectos, de que sólo son compendios incompletos las fórmulas generales.

Algunos dicen, ó dan á entender desdeñosamente, que este es un estudio puramente descriptivo. Pero mientras no se haya encontrado otro método para abreviar la cuestión, valdrá más esto que el silencio. Hasta ahora la experimentación aplicada á los sentimientos

se ha encerrado en límites muy estrechos, y apenas ha hecho más que corroborar los datos de la observación. Hay, pues, que modificar nuestra orientación y buscar por otra parte: la antropología, la historia de las costumbres, de las artes, de las religiones, de las ciencias, nos serán con frecuencia más útiles que los datos de la fisiología. Los experimentos de laboratorio inspiran á algunos una fe inquebrantable; pero la evolución de los sentimientos en el tiempo y en el espacio, á través de los siglos y de las razas, es un laboratorio que opera hace miles de años sobre millones de hombres y cuyo valor documental no es poco. Sería una gran pérdida para la psicología despreciar estos documentos. Mucho tiempo encerrada en la observación interior, se ha aislado de las ciencias biológicas, con propósito deliberado, juzgándolas extrañas ó inútiles para su obra. Sería preciso que no cayera en semejante error por lo que toca al desarrollo concreto de la vida humana y que, después de haberse mutilado por abajo, se mutilase por arriba. Si la vida del espíritu tiene sus raíces en la biología, sólo se desarrolla en los hechos sociales. Una ciencia no gana nunca al restringir su dominio; vale todavía más el exceso contrario (1).

Puesto que tenemos que pasar revista á todas las

(1) Entre las causas que han dado algún impulso á la psicología de los sentimientos durante la última mitad de este siglo, Ladd (*Psychology: descriptive and explanatory* p. 163 164) menciona: 1.° la teoría de la evolución; porque los fenómenos afectivos son fundamentales y permanentes y los hombres difieren mucho menos entre sí por sus apetitos, emociones y pasiones, que por sus pensamientos y sus ideas, y porque esta doctrina sostiene que bajo las formas más elevadas del sentimiento hay siempre alguna tendencia instintiva; 2.° el movimiento literario y artístico que comienza en J. J. Rousseau y «se ha afirmado cada vez más con la novela moderna y la música wagneriana», y que debía invitar á los psicólogos al análisis. Convendría agregar los estudios sociológicos contemporáneos que han mostrado el papel considerable de elementos emocionales, simples ó refinados, que los economistas habían apartado de sus teorías sobre la organización social.

formas del sentimiento, inferiores y superiores, primitivas y derivadas, que observar los momentos sucesivos de su desarrollo, que seguirlos en sus trasformaciones, una cuestión domina todo nuestro objeto: ¿Cuáles son las causas de la evolución de los sentimientos?

Para dar á esta cuestión una forma clara y concreta tomemos el hombre primitivo, tal como lo han reconstituído los antropólogos, no sin muchas hipótesis y conjeturas. Bien haya sido el animal feroz descrito por algunos, ó ya un sér débil, miserable, desnudo, que tallaba sus primeras armas en los pedernales rodados de un río, que apenas sostenía al día su existencia famélica y que no encontraba en el hueco de las rocas más que un refugio insuficiente contra peligros incesantes, sigue siendo siempre cierto que hacía una triste figura, al principio, en la superficie del globo. ¿Cómo, desde la antropología primitiva, ha llegado á la cultura moral y social de la actualidad? ¿cómo, desde el acto sexual bestial, al amor caballeresco? ¿desde el fetiquismo grosero á las sutilidades de la metafísica religiosa ó al misticismo? ¿desde los dibujos de la edad neolítica á los refinamientos del sentimiento estético? ¿de una curiosidad estrecha y limitada al entusiasmo ilimitado por la ciencia? ¿Cómo se ha producido el paso de un extremo á otro? Claro es que una forma nueva de sentimiento no puede surgir por generación espontánea, sólo puede ser la obra de una trasformación, de un desarrollo psicológico. ¿Cómo se ha hecho esto? ¿Qué causas han operado esta metamorfosis?

La causa principal, de esencia, de fundamento, es el desarrollo intelectual.

Otra causa, invocada por muchos autores, pero más dudosa y más limitada en su acción, es la trasmisión hereditaria.

1.° A pesar de su importancia, la primera causa no nos ocupará mucho tiempo, porque no se puede presentar por el momento, más que bajo la forma de ge-

neralidades vagas. Su acción consiste en que la marcha ascendente que desde las formas inferiores del conocimiento (sensaciones y percepciones) sube hasta la representación concreta, después á la abstracta (imágenes genéricas) y luego á las formas medias y superiores de la abstracción, arrastra en su movimiento modificaciones concomitantes de la vida afectiva, producidas de rechazo. El hombre primitivo, como el animal y el niño, sólo es al principio un conjunto de necesidades, de tendencias, de instintos que, cuando no son sencillamente inconscientes, sólo están ligados á expresiones internas ó externas. El instinto de conservación, fórmula sintética que expresa un grupo de instintos subordinados y convergentes, se orienta diferentemente según los casos, ya es defensivo, ya ofensivo. Sólo está determinado por los fines sucesivos que debe conseguir, de igual modo que la fuerza muscular de mi brazo se puede emplear indiferentemente en levantar un peso, en disparar un tiro, en pegar, en acariciar. El elemento intelectual, cualquiera que sea, es siempre el principio de determinación, nunca sólo y por sí mismo el principio de acción. El proceso sigue siempre la misma marcha y sigue siendo idéntico de abajo á arriba; va de lo sencillo á lo complejo; tendremos la prueba de ello á propósito de cada emoción. El niño que siente vivamente la posesión ó la privación de un juguete, se queda insensible delante de un gran paisaje, por razón de su exigüidad intelectual. Se sabe que (á pesar de la opinión común), un salvaje, aun un bárbaro, no se conmueve por los esplendores de la vida civilizada, sino sólo por sus lados mezquinos y pueriles. Sus grandes aspectos no le inspiran ni deseo, ni admiración, ni envidia, porque no los comprende. Ya en el siglo último, Bougainville hacía esta observación, confirmada después muchas veces. Hablando de la profunda indiferencia de los oceánicos por la construcción sabia de sus navíos y sus instrumentos, dice: «Tratan las obras

maestras de la industria humana como tratan las leyes de la naturaleza y sus fenómenos.»

2.° ¿Hay que admitir la herencia como una causa especial é independiente de la solución afectiva? Este es un problema muy discutido. Darwin, Spencer y otros muchos después de ellos admiten que ciertas variaciones ó modificaciones adquiridas en el orden afectivo pueden trasmitirse por vía hereditaria, y después fijarse y organizarse en una raza. Dan como ejemplos el miedo, los sentimientos benévolos, el amor á la naturaleza, el sentimiento musical, etc.; la vuelta brusca de los llamados civilizados á la vida salvaje ó nómada por falta de trasmisión hereditaria que se ejerce en muchas generaciones; las tendencias depredatorias que coexiste con la más alta cultura son para ellos casos de atavismo ó vuelta atrás (1). De otra parte, la opinión que domina desde hace veinte años (¿no comienza á declinar?) es radicalmente hostil á la herencia de las modificaciones adquiridas. Weissman y Wallace, que han tratado más que los demás las partes psicológicas de este objeto, están decididamente por la negativa. La cuestión queda, pues, abierta y la acepto como tal con objeto de que no se me acuse de favorecer á la herencia. Pero aun admitiendo que no haya ningún hecho que pruebe rigurosamente en favor de la trasmisión de las particularidades psíquicas, resulta, sin embargo, que algunos son verosímiles, sobre todo en el orden patológico, y pertenecen á la categoría de los apetitos, tendencias y pasiones más que al grupo de los estados intelectuales. Era de preveer; la herencia psicológica y las condiciones fisiológicas rigen á la vida afectiva más estrictamente que á la vida intelectual.

(1) Para más detalles véase nuestra *Herencia psicológica*, trad. española, lib. I, cap. V y lib. III, cap. III. Bain ha discutido largamente la cuestión desde el punto de vista enteramente psicológico (*The Emotions*, cap. II); se inclina á la probabilidad de una trasmisión en ciertos casos.

Luego sí, por una reserva quizá excesiva, se elimina la herencia como factor de la evolución de los sentimientos, el papel de conservación y de consolidación que se le atribuye de ordinario debe asignarse á otras causas; los influjos del medio, la imitación, la tradición, la educación en sus múltiples formas. Claro es que un modo nuevo de emoción, surgiendo en una conciencia humana aislada, no puede durar, aumentar, hacerse contagioso en un medio totalmente distinto y refractario. El misticismo religioso era irreconciliable con el culto sangriento de los Aztecas; ¿qué habría podido hacer un San Vicente de Paul indígena entre los caníbales, ó un Mozart entre los de la Tierra del fuego?

Pero estos influjos del medio nos conducen indirectamente á nuestra causa primitiva; porque las costumbres, usos, tradiciones, instituciones, son *ideas* que con los sentimientos concomitantes se han fijado y encarnado en ciertos modos de obrar que sirven de punto de partida á una nueva etapa de la evolución.

Sin embargo, lo que precede no se debe admitir sin restricción. Hemos establecido como ley que el desarrollo intelectual lleva consigo la evolución afectiva; pero esta regla no es absoluta y exige grandes reservas. 1.º Estas dos formas de la evolución por rara vez *pari passu*. Sin hablar de los casos en que las ideas permanecen completamente ineficaces, abortan y no producen ningún movimiento, generalmente su acción sólo se hace sentir á la larga; la evolución afectiva retrasa. 2.º En ciertos casos la evolución de los sentimientos es *directa* y precede á la de las ideas.

Un historiador, Buckle, estudiando los factores de la civilización encuentra dos esenciales: el progreso intelectual, el progreso moral; después se presenta una cuestión muy grave: ¿Cuál es el más importante y tiene al otro bajo su dependencia? Elige claramente el primero. La cuestión de Buckle es en gran parte la nuestra,

porque si no se extiende á todas las manifestaciones de la vida afectiva, el grupo de los sentimientos morales forma por lo menos una importante fracción suya. Su respuesta me parece legítima, pero está demasiado embebido en el prejuicio de que basta que una idea sea verdadera y concebida claramente para que haga obrar, y no parece apercibirse de que una idea sólo suplanta á un sentimiento con la condición de haberse convertido ella misma en un sentimiento (1).

La inteligencia puede en un instante encontrar una verdad nueva, reconocer una idea como justa conforme á la naturaleza de las cosas; pero todo esto permanece teórico, es decir, sin tono emocial, sin tendencia á realizarse. Lo que la lógica descubre tan rápidamente exige años, hasta siglos, para convertirse en un motivo de acción. «Si los griegos no podían extender á los bárbaros sus sentimientos de humanidad, la causa estaba no en una insuficiencia intelectual, sino en el poder de suspensión del sentimiento nacional. El cristianismo derribó estas barreras, no por reflexión intelectual, sino por el efecto de un sentimiento vivo y profundo. Después, en el cristianismo, la intolerancia ha elevado nuevas barreras y ha limitado el desarrollo natural de la religión (2)». Se encontrarían en la historia ejemplos abundantes de esta inercia de los sentimientos (historia de la esclavitud, etc.). Se los representa siempre en estado de movilidad y de inestabilidad perpetuas, mientras que un modo de sentir habitual posee en realidad

(1) Para la discusión, véase su *Civilisation in England*, t. I, capítulo IV; se resume en el pensamiento siguiente que ha tomado de Cuvier y que es muy discutible: «El bien que se hace á los hombres, por grande que sea, es siempre pasajero; las verdades que se les deja son eternas.» No tiene, pues, en cuenta, las instituciones nacidas de un esfuerzo original, de un impulso nuevo de los sentimientos morales. Este es un aforismo de puro sabio.

(2) Höffding, *Psychologie*, 4.ª edición, traducción alemana, 1893, página 411-412. Este punto está tratado con brevedad pero muy bien.

un poder formidable de suspensión. Sólo lo pierde poco á poco y con el tiempo. Se dice comunmente que una discusión nunca se ha cambiado en una convicción, pero esto es no ver más que lo presente; puede obrar por incubación á largo plazo.

Otra razón de desacuerdo entre los dos modos de desarrollo — intelectual, afectivo — puede expresarse bajo una forma un poco pedantesca, pero clara y precisa. La evolución intelectual está sometida al principio de contradicción; la evolución afectiva no lo está; está sometida también á un principio lógico que determinaremos más adelante, pero es distinto. Supongamos un sér puramente intelectual; la afirmación y la negación sobre un mismo objeto no pueden coexistir en su cerebro; la una elimina á la otra. Supongamos un sér puramente afectivo; dos tendencias contrarias pueden obrar en él, cada una de las cuales va á su fin con tal que no produzcan la destrucción del individuo. En todo individuo que se contradice hay un momento en que se contradice á un elemento afectivo que está en juego. Más tarde veremos que aquí está la clave de los caracteres contradictorios, muy naturales desde el punto de vida afectivo aunque sean el escándalo de la razón.

Finalmente, en ciertos casos, el desarrollo afectivo está completamente emancipado del otro y hasta le adelanta; esta es una evolución directa. El sentimiento, se ha dicho, es el centinela avanzado del conocimiento, es decir, que envuelve á veces un conocimiento confuso; es la anticipación de un ideal. Entonces no es una idea la que suscita un sentimiento, sino el nacimiento de un sentimiento que concluye por concretarse en una idea; su origen está en el temperamento y en el carácter. El trasformismo nos ha familiarizado con la nôción de las variaciones espontáneas en los animales y las plantas. Este fenómeno no es ya raro en psicología, en el orden intelectual, en el orden afectivo, en el orden de la acción. Estamos demasiado inclinados á creer que

los inventores, reveladores, iniciadores, sólo existen en el dominio del conocimiento ó de la actividad; pero también hay en el dominio de los sentimientos variaciones espontáneas, útiles ó perjudiciales. Si hay maneras de pensar originales, hay maneras de sentir originales que se imponen y crean un contagio. Encontraremos numerosos ejemplos de ello; estas «variaciones» han representado un gran papel, especialmente en la evolución del sentimiento moral.

Estas observaciones muy generales se completarán en lo sucesivo, al estudiar cada forma de emoción, una después de otra. Tal es el objeto de esta segunda parte. Consistirá en una serie de monografías breves ó largas. Excepto una ojeada de conjunto sobre la ley que parece regir la disolución de los sentimientos, su patología no se tratará bajo un título especial sino en estado diseminado; terminará el estudio de cada forma normal, sólo en la medida en que se puede percibir mejor su naturaleza y poner de relieve su psicología.

II

Antes de ponernos en marcha tenemos que trazar nuestro itinerario. Al comienzo de esta obra se ha presentado al lector un cuadro general de la vida afectiva; es necesario insistir sobre este punto en una forma más breve, más precisa y más limitada. Puesto que las emociones complejas se derivan de las emociones simples y éstas de necesidades é instintos, satisfechos ó no, de tendencias que son la expresión directa é inmediata de nuestra constitución física y mental, puesto que el elemento irreductible es un fenómeno motor, actual ó virtual, realizado en estado naciente, es indispensable establecer la lista de estas tendencias ó instintos primitivos, que son la raíz de las emociones.

Este punto está muy poco aclarado. Unos no se ocupan de él, otros se contentan con una enumeración

cualquiera. W. James, que se ha ocupado seriamente de la cuestión, establece como principio que hay en el hombre tantos y aun más instintos que en los animales, lo que me parece indiscutible. Pero su lista, que termina diciendo que unos la encontrarán demasiado larga y otros demasiado corta, contiene elementos heterogéneos: instintos primitivos ciertamente, instintos derivados (ej.; el amor de la posesión), ejemplos discutidos como tales (ej.: la imitación), instintos patológicos (ej.: las fobias, la cleptomanía, etc.), que no se pueden considerar como anomalías y, en este respecto, muy diferentes de los instintos simples é irreductibles (1).

Aunque sea temerario comprometerse en una campaña en que unos han huído y otros fracasado, hay que tratar, sin embargo, de hacer una lista de los instintos (ó tendencias) primitivos, pues son el origen de donde brotan todos los placeres, todos los dolores, todas las emociones, todas las pasiones. Para esto sólo veo un método que poder seguir, empleado desde hace mucho tiempo en la psicología animal: no admitir en la lista de los instintos humanos más que los que presentan francamente los caracteres siguientes: 1.º Innatismo. Esto no quiere decir que aparezcan á la hora misma del nacimiento, sino que son anteriores á la experiencia, no aprendidos; que surjen ya formados en cuanto se encuentran sus condiciones de existencia. Los instintos que se llaman *diferidos*, que aparecen tarde, como el instinto sexual en el hombre y en muchos animales no son menos innatos. 2.º Especificidad. Existen en toda la especie, excepto en algunos individuos que por este hecho y por este punto son anormales: así en el idiota faltan ciertos instintos. 2.º Fijeza, entendida en el sentido relativo; porque nadie sostiene ya la tesis de la invariabilidad absoluta del instinto, y en el hombre, su plasticidad es extraordinaria, porque un poder supe-

(1) *Psychology*, t. II, p. 403-440.

rior, la inteligencia, le amolda y le adapta á sus designios.

Fijados estos caracteres falta aplicarlos siguiendo el orden cronológico; partir del nacimiento, hacer el inventario de los instintos actuales, innatos en el sentido estricto; después seguir el curso de los años, observando la aparición de cada instinto nuevo, irreductible, y continuar así hasta que se agote la lista.

Yo propongo que se repartan en tres grupos: el primero en antigüedad depende, sobre todo, de la fisiología, el segundo es psico-fisiológico, el tercero psicológico sobre todo. No tenemos que estudiarlos todos porque unos son extraños á la psicología en general y otros á la psicología de las emociones. Se hará su enumeración, por el momento, en una forma muy seca, como un índice.

Primer grupo.—Pertenecen á la vida que los biólogos llaman orgánica ó vegetativa y que oponen á la vida de relación. Todos convergen hacia un solo y mismo fin, hacia el acto fundamental de la vida: la nutrición. Para simplificar en tanto que sea posible, dividamos este acto en tres momentos: recibir, trasformar, restituir.

1.° El primero solo tiene un interés psicológico porque se traduce en la conciencia por dos necesidades extraordinariamente enérgicas, el hambre y la sed. Es casi superfluo decir que estos instintos pasan del dominio de la psicología para penetrar en el de la sociología y representar allí un papel capital (sequía, hambre, robo, crímenes, antropofagia, lucha á muerte para disputarse un poco de agua, etc.). Su patología es más instructiva de lo que parece, pues plantea y resuelve, como veremos, bajo una forma sencilla, el problema de la anterioridad de la tendencia sobre el placer y el dolor.

2.° El momento de la trasformación es puramente fisiológico. Se traduce también por necesidades de las

cuales la más imperiosa es la de la respiración, condición indispensable de la combustión de los materiales y de los cambios intersticiales producidos por ella. Si se debiese adquirir y conquistar el aire como los alimentos, este instinto se traduciría en la conciencia como el hambre y la sed, cosa que ocurre rara vez (disnea, asfixia). Su patología no instruye y apenas tiene más que singularidades individuales (respirar siempre aire caliente ó frío, dormir con las ventanas abiertas, etcétera).

3.º El momento de la restitución al exterior (secreciones, excreciones, etc.), aunque se traduce por movimientos instintivos, solo tiene relaciones muy indirectas con nuestro objeto; y aunque en realidad, *nada* de lo que se verifica en el organismo es totalmente extraño á la psicología, podemos guardar silencio sobre él.

Segundo grupo.—Estos instintos pertenecen á la vida de relación y responden á dos momentos: recibir, restituir. El primer momento está representado por todas las formas de la percepción externa y comprende las tendencias ligadas con el ejercicio de cada uno de nuestros sentidos, la tendencia de cada órgano sensorial á llenar su función: el ojo tiende á ver, la mano á coger y palpar. Estas tendencias, satisfechas, son agradables; si se les ponen trabas, penosas. De aquí resulta placer y dolor, no emociones propiamente dichas. El segundo momento está representado por todas las formas de movimiento muscular, tendencias á obrar, á producir ruidos como ciertos animales, gritos, vocalización, gestos y actitudes del cuerpo. Hemos visto que todo esto expresa las emociones según la opinión corriente; es parte integrante suya según la nuestra.

El *tercer grupo* de tendencias tiene por fin no ya recibir ó restituir, sino conservar y desarrollar el individuo como ser consciente. Expresan no ya su constitución física, sino su constitución psíquica, su organización mental bajo sus diversos aspectos; traducen

sus necesidades como ser espiritual, de igual modo que la respiración, el hambre, la sed, etc., traducen sus necesidades como ser vivo. Todas tienen, pues, un carácter psicológico, y son el origen de los complejos de movimientos y estados agradables, penosos ó mixtos que se llaman emociones.

Recordemos el orden cronológico de su aparición ya indicado en otra parte: 1.º El instinto de conservación, bajo su forma defensiva, que se expresa por el miedo, con sus variedades y sus formas morbosas (las fobias); 2.º el instinto de conservación bajo su forma ofensiva, es decir, la cólera y sus derivados y bajo la forma morbosa, los impulsos destructivos; 3.º la tendencia simpática y las emociones tiernas (no sexuales). Es, sin embargo, muy discutible que la simpatía se pueda asimilar á una tendencia en el sentido riguroso: me parece más bien una propiedad general del ser que siente; este punto se examinará más adelante. La misma observación en cuanto al instinto de imitación ó tendencia á imitar que no parece irreductible.

Estas tres tendencias y emociones primitivas con sus derivados forman la primera base del edificio. El miedo y la cólera sobre todo tienen su carácter de generalidad extraordinaria; se puede descender muy abajo en la escala animal sin que falten. Las emociones tiernas, apoyadas en la simpatía (origen de las emociones sociales y morales), tienen un campo mucho más pequeño; sin embargo, penetran en la animalidad bajo la forma de aproximaciones temporales ó permanentes.

Las otras tendencias son de aparición más tardía y su círculo es más restringido; 4.º el instinto del juego, designando por esta palabra la tendencia á gastar una actividad superflua. Este es un tronco de donde salen varias ramas: (a) la necesidad de ejercicios físicos, *(b)* el gusto por la vida de aventuras, (c) la pasión de los juegos de azar que se hace morbosa con tanta rapidez, y (d) la actividad estética. 5.º La tendencia á conocer (cu-

riosidad) solo aparece con un cierto desarrollo de la inteligencia y de la atención; ligada al principio con el ejercicio de los sentidos (considerar un objeto, tocarlo) es rigurosamente práctica, aunque debe engendrar más tarde las variedades del sentimiento intelectual. 6.º En una época más tardía, y quizá solo en el hombre, se manifiestan las tendencias egotistas (*self-feeling, selbstgefühl, amor proprius*) que expresan el yo, la persona con conciencia de sí misma y se traducen en la emoción del orgullo ó su contrario y en sus variedades. 7.º Queda finalmente el último en antigüedad (por lo menos en el hombre) el instinto sexual, cuyo carácter de extraordinaria generalidad es muy conocido.

Estas son las tendencias que, en nuestra opinión, son las raíces de todas las emociones simples ó compuestas, actuales, pasadas ó futuras. Esta afirmación se justificará ó debilitará por los estudios que van á seguida.

CAPITULO I

EL INSTINTO DE CONSERVACIÓN BAJO SU FORMA FISIOLÓGICA

Hipótesis sobre la relación de los órganos de la nutrición con el cerebro. — Perversión de los instintos relativos á la nutrición. Patología del hambre y de la sed. Pruebas que ofrece de la anterioridad de las tendencias con relación al placer y al dolor. Hechos en su apoyo. — Tendencia negativa; el disgusto, su valor biológico como instinto de protección.

Este título quizá parezca bastante extraño á la psicología, ó de tal naturaleza que ilustre poco nuestro objeto. No hay nada de eso. Este grupo de tendencias, —porque hemos visto que el instinto de conservación es una suma, un total,—representa los factores principales de la cenestesia, que es, á su vez, el terreno en que crece y se multiplica la vida afectiva. Además, los instintos nutritivos tienen su patología: ésta nos hace asistir, no á la génesis (cosa que es imposible), de nuevas tendencias, sino á una trasformación radical, á un cambio cuyos efectos se pueden observar con facilidad y son instructivos. En el estado normal, los instintos se nos dan ya formados y obrando; no podemos, ni en nosotros mismos ni en los demás, remontarnos á la época lejana y oscura en que el impulso inconsciente, la tendencia ciega, se producen por vez primera, sin experiencia anterior del agrado ó desagrado que se debe seguir de ellos. Así, la afirmación de la anterioriorioridad

de la tendencia sobre el placer y el dolor se puede calificar de teórica mientras no se hayan podido proporcionar datos claros que la demuestren; vamos á suministrarlos.

I

Los actos nutritivos se verifican en la profundidad íntima de los tejidos y de los órganos. ¿Por qué medios están en conexión con la capa cortical, sea para sufrir su influjo, sea para trasmitir allí la resonancia de su retardamiento, de su aceleración, de sus modificaciones diversas? Los fisiólogos saben poco sobre este punto. Según unos (Schiff, Brown-Séquard), hay relaciones entre el tubo digestivo y el tálamo óptico, el cuerpo estriado, los pedúnculos cerebrales; las acciones psíquicas que modifican la respiración se trasmiten por el tercer ventrículo y los tubérculos cuadrigéminos anteriores. Los experimentos de Pitres y François-Frank sobre la zona sensorio-motora de la corteza demuestran que la excitación sobre un punto cualquiera tiene por resultados: un aumento, un retraso y hasta una suspensión de la respiración, una aceleración del ritmo cardiaco, y, si es fuerte, una inhibición y hasta un síncope; efectos vasomotores, una contracción ó una extensión de los nervios de la vejiga; un influjo sobre las contracciones uterinas; sobre la secreción de la saliva y del jugo pancreático, sobre las acciones tróficas en general. Según Goltz, la destrucción de los lóbulos anteriores produce el adelgazamiento, la de los lóbulos posteriores el efecto contrario. Estos desacuerdos é incertidumbres son poco importantes para nosotros: siempre resulta que las funciones nutritivas están bajo la dependencia especial del pneumogástrico y del gran simpático, que están representadas de algún modo en la corteza cerebral y forman el contenido principal de la cenestesia. Si en el adulto sólo representan un papel latente é intermiten-

te por la preponderancia de las sensaciones externas, de las imágenes y de las ideas, es probable que en los animales, sobre todo en los voraces, los papeles están invertidos, y que la cenestesia, como síntesis de las funciones orgánicas, pasa al primer plano. Hasta se ha sostenido esto respecto de los niños y los salvajes, apoyándose en el hecho de que tienen proporcionalmente el estómago más ancho y los intestinos más largos, y en otros diversos caracteres (1). Sea lo que quiera, cuando se verifican perturbaciones profundas en el organismo, la cenestesia se modifica, por tanto se modifican las tendencias y *por consiguiente* la posición del placer y del dolor.

Los hechos siguientes sólo se refieren á las necesidades nutritivas, pero hallaremos sus equivalentes ó análogos en las demas manifestaciones de la vida afectiva. Podemos, pues, desde ahora, generalizar y decir:

Cuando se forman tendencias anormales ó morbosas, por absurdas ó violentas que sean, su satisfacción produce el placer, su no satisfacción, el dolor. Allí donde el hombre normal, de tendencias normales, halla el placer, el hombre anormal, de tendencias anormales, halla el dolor. Inversamente, lo que el hombre de tendencias normales experimenta agradable, el hombre de tendencias anormales siente desagradable. *El placer y el dolor siguen los cambios de la tendencia, como la sombra sigue los movimientos del cuerpo.*

Veamos los hechos. Sólo se trata en este momento de la perversión de los instintos relativos á la nutrición.

El embarazo produce en los primeros meses perturbaciones digestivas, circulatorias, secretoras, una nutrición incompleta, y al mismo tiempo esas rarezas de apetito, esos gustos depravados que todo el mundo conoce y cuya lista no tendría fin. Para no salir del ob-

(1) Brugia, *Patología della cenestesia* (1893).

jeto de este capítulo no digo nada de las tendencias morbosas de otra naturaleza que se producen al mismo tiempo en algunas mujeres: tendencias al homicidio, al suicidio, al «horror del marido», al robo, etc.

En los anémicos, cloróticos, histéricos y otros individuos cuya nutrición es mala, se nota un vivo placer en comer tierra, paja, tabaco, yeso, arena, carbón, etc., y la repulsión por las substancias alimenticias más sabrosas (1).

Hay muchos ejemplos de hipocondriacos que buscan y comen con delicia gusanos, sapos, arañas, orugas, etc.; y el comienzo de la locura está marcado con frecuencia por un régimen alimenticio excéntrico y desordenado.

Finalmente, y todavía más abajo, hay la coprofagia y la escatofagia (comer excrementos, orina, el contenido de las escupideras, etc.); apenas se encuentran más que en los idiotas y dementes, es decir, en séres en los

(1) Debo citar la observación de Briquet sobre este punto: «Por raros que parezcan estos apetitos, se encuentra con frecuencia su razón de ser. Así, una joven que se comía con delicia el cisco de su braserillo, me ha contado que al principio le gustaba la corteza de pan, de aquí pasó á la corteza de pan tostada, después á la corteza de pan carbonizada y después gradualmente al carbón menudo. Yo supongo que si se buscase el origen de muchos de estos gustos raros, se encontraría uno tan simple como éste.» Pierre Janet (*État mental des hystériques*, II, p. 71), después de haber copiado este pasaje, añade: «Yo he seguido á menudo este consejo y he podido apreciar su valor.» Esta investigación psicológica es muy ingeniosa, pero no hace más que retrasar la dificultad. Nos enseña por qué serie de asociaciones de ideas se alcanza el resultado final; pero para llegar á él y sobre todo para fijarse en él no basta la asociación. Esta solo es el mecanismo exterior que, en rigor, explica por qué la desviación se ha orientado en ese sentido. A muchos les gusta la corteza, aun quemada, y nunca tendrán apetito por el carbón. Muchos han mascado carbón por curiosidad ó por equivocación, pero sin tomar gusto en ello. Es una causa más profunda y más poderosa que la asociación la que se encuentra en el origen y la que obra.

cuales los instintos más sencillos están abolidos ó pervertidos. La voracidad insaciable de ciertos idiotas se ha atribuído á una parálisis de la rama gástrica del nervio vago (1).

Otro tanto se podría decir del olfato, tan íntimamente asociado al sentido del gusto y que se ha llamado justamente una gustación á distancia. (Por otra parte no hay que olvidar su estrecha relación con el instinto sexual.) Ciertas personas que no pueden soportar los aromas más delicados, saborean el olor de la valeriana; de la asafétida y otros todavía peores.

En resumen, se puede decir que, en una raza dada y en un momento dado de su desarrollo, hay un cierto término medio de gustos alimenticios cuya satisfacción es agradable; si se operan perturbaciones profundas en el organismo, todo cambia; las tendencias, deseos y aversiones cambian; los estados agradables y desagradables, *que no son más que efectos*, varían con su causa y como ella.

Los actos fisiológicos, cuyo fin es el mantenimiento de la nutrición, apenas entran en la conciencia más que bajo la forma del hambre y de la sed, cuya psicología no tenemos que estudiar aquí, porque forma parte de otro departamento, el de las sensaciones. Todo lo anterior se puede reducir á anomalías ó derivaciones del hambre. La patología de la sed es más sencilla porque se resume en la *dipsomanía*, cuyas modalidades y variedades clínicas no tienen interés para la psicología de los instintos; pero, en lo que se refiere á esta necesidad, la trasformación de la tendencia normal, natural, en tendencia morbosa, no difiere, en cuanto á su mecanis-

(1) Para los pormenores véase Campbell, *On the appetite in Insanity*, en «Journal of mental science» Julio 1886, p. 193; Belmondo, *Pervertimenti dell'instinto di nutrizione* en la *Rivista* de Tamburini, 1888, p. 1, que cita el caso de un enagenado que tenía en el estómago 1.841 objetos (clavos, plomos, etc.) de un peso total de 11 libras inglesas y 10 onzas.

mo y sus resultados, de lo que se ha dicho anteriormente del hambre.

En los tratados generales y especiales hay muchas descripciones de la dipsomanía, y á ellas remitimos al lector. Dejemos á un lado las alucinaciones, las perturbaciones motoras, el decaimiento intelectual y moral, para considerar sólo la génesis, el desarrollo y la consolidación de esta tendencia morbosa.

«No es dipsómano todo el que quiere serlo.» Beber mucho voluntariamente ó por casualidad puede ocurrir á todo el mundo; pero no hay en este hecho el carácter fatal é inexorable de un instinto insaciable. El período de incubación, es decir, de acciones lentas que encaminan hacia la metamorfosis completa, presenta caracteres psicológicos muy claros; traducen el estado perturbado de la cenestesia y son de orden afectivo: malestar, tristeza, falta de energía y de valor, apatía, insensibilidad moral, presentimiento vago del peligro. Después se produce la erupción bajo la forma de una sed intensa, devoradora. Muchos tratan de reaccionar y de engañarse á sí mismos por medio del agua, de sustancias mucilaginosas: lo que muestra, como se hace notar por algunos autores, que el alcoholismo propiamente dicho, no es más que un paroxismo: bajo la presión de una necesidad de energía creciente, se franquea el paso decisivo. Se encontrarán muchas variedades en las numerosas observaciones publicadas sobre este asunto; lucha sólo al comienzo, lucha antes de cada acceso, indignación del enfermo contra sí mismo, se injuria, se administra bebidas extrañas ó repugnantes: todo pasa. En resumen, incubación, constitución de una idea fija, obsesión, caída final; esta es, en una palabra, la historia de esta metamorfosis patológica.

Hay que hacer notar una vez más que el hecho primitivo es la trasformación de una tendencia natural á consecuencia de cambios en el organismo, y que la satisfacción y la tranquilidad sólo vienen *después*.

II

La nutrición, es decir, el acto esencial de la vida fisiológica, está protegida por dos clases distintas de tendencias. (Sólo hablamos siempre de las que entran en la conciencia y tienen así un carácter psicológico.)

De una parte las tendencias de forma positiva que consisten en una atracción, un ataque al mundo exterior (alimento y líquidos); el hambre y la sed.

De otra las tendencias de forma negativa que consisten en una aversión, una defensa, una huída y que se resumen en el estado conocido bajo el nombre de desgana.

La desgana es debida á una excitación del pneumogástrico que produce el vómito, las náuseas ó un simple malestar. Este instinto repulsivo está ligado: 1.º directa é inmediatamente con el gusto y el olfato — dos sentidos que apenas están aislados y que están encargados de la vigilancia de lo que entra en el organismo; 2.º indirectamente y por asociación de ideas con las sensaciones visuales y con las sensaciones tactiles (cuerpos pegajosos, viscosos, etc.); por analogía y por metáfora con ciertos objetos que no tienen ya nada de común con las funciones nutritivas: lo feo, lo inmoral. En virtud de esta ley de paso ó «de asociación de las sensaciones análogas» de que hemos hablado, la tendencia se aleja cada vez más de su forma primitiva; pero en todos los casos hay un fondo común de repulsión, de defensa, de deseo de alejarse.

La inapetencia, bajo su forma primitiva (la única que nos ocupa) se ha estudiado poco. Se han contentado con clasificarla entre las sensaciones orgánicas despreciando el lado afectivo, es decir, su papel en la conservación del individuo. Sobre este punto no conozco más

que una buena monografía de Ch. Richet, que resumo á continuación (1).

La inapetencia va unida á la conservación, «es un sentimiento instintivo de protección». Para justificar esta tesis, el autor pasa revista á los diversos objetos de la naturaleza, observando los que nos inspiran inapetencia y buscando la causa de ello. El reino inorgánico nos deja en general indiferentes; sin embargo, el hidrógeno sulfurado, el amoniaco y otros gases nos causan una repulsión muy marcada: es el efecto de una asociación de ideas, esto huele y recuerda la descomposición, el cadáver. En cuanto al reino vegetal, los herbívoros, por razón de su régimen, son los mejores sujetos de observación; su instinto apenas les engaña sobre la elección de los alimentos. Recordemos que á su entrada en el Nuevo Mundo, los españoles, dudosos en frente de una flora cuyas propiedades desconocían, se fiaban de la decisión de sus caballos. En el hombre, Richet atribuye su repulsión por los áromas amargos á que coexisten frecuentemente con propiedades tóxicas: toma como tipo los alcaloides vegetales (quinina, nicotina, etc.), cuya potencia como venenos es en cierto modo proporcional á su amargura. De modo que hay siempre, en el fondo, «el amor á la vida y el horror á la muerte». En el reino animal, la desgana se dirige á las materias putrefactas que huelen ó recuerdan la descomposición cadavérica y las sustancias tóxicas, á los parásitos, á los animales venenosos ó reputados como tales; porque el instinto, que lo ve todo en conjunto, confunde en la misma aversión al sapo y á la rana, á la serpiente y á la inofensiva culebra.

En su aspecto general la tesis de la finalidad de la desgana es indiscutible. Hay, sin duda alguna, muchas excepciones, hechos difíciles de explicar (Richet ha se-

(1) De las causas de la inapetencia, en *L'Homme et l'intelligence*, p. 41 48.

ñalado algunos); pero si se tiene en cuenta la complejidad de la cuestión, las objeciones quedan destruídas.

Una vulgaridad repetida hasta la saciedad, es que no hay que discutir sobre los gustos. Tomada al pié de la letra, reduciría la inapetencia á una manifestación puramente individual, sin alcance biológico, la despojaría de todo carácter específico y la haría desaparecer como instinto. Es una afirmación superficial. Las contradicciones del gusto hay que compararlas con las de la moral. Las variaciones de usos y costumbres según las razas, los tiempos, los países y hasta las castas, no excluyen la presencia de una regla que tiene el carácter, común á todos los casos, de derivar condiciones de existencia de cada grupo y de imponerse con este motivo. De igual modo la inapetencia existe en todas partes bajo una forma ú otra como instinto de protección. Lo que complica el problema en el hombre es que, á consecuencia del desarrollo intelectual, este instinto se ha modificado, trasformado y hasta suprimido; entre el conocimiento razonado y la tendencia instintiva se ha librado un combate en que ha triunfado, ya el uno, ya el otro. Se sabe cuánta repugnancia tienen los animales á un cambio de alimentación. Esto se ve también en los niños y en las razas inferiores cuando no están impulsadas por la necesidad. La plasticidad crece con la civilización. Hay que añadir la necesidad de adaptaciones nuevas: así en una ciudad sitiada se comen cosas inmundas; el instinto de la conservación fisiológica es una «casa dividida» en que la forma positiva lucha contra la forma negativa con resultados que varían según los individuos. A este antagonismo entre el instinto primitivo y motivos racionales más complejos, agreguemos el influjo de la imitación, de la moda, y quedarán pocas excepciones sin explicar.

En cuanto al *origen* de este instinto, si se acepta la hipótesis de las modificaciones adquiridas, se dirá que los animales y los hombres mejor dotados para abste-

nerse de las substancias nocivas, han tenido por esto mismo probabilidades de vivir más, que han podido trasmitir esta cualidad á sus descendientes, y que en éstos se ha fijado y organizado como tendencia innata. Que se admita ó no esta hipótesis, no importa; nuestro único objeto era recordar que la inapetencia no es un fenómeno caprichoso, sin alcance, sino que tiene sus raíces en las profundidades inconscientes de nuestra organización..

CAPITULO II

EL INSTINTO DE CONSERVACIÓN BAJO SU FORMA DEFENSIVA. EL MIEDO

Su fisiología.—Su psicología. Primer momento: miedo instintivo; hipótesis de la herencia. Segundo momento: miedo fundado en la experiencia.—Su patología: los temores morbosos ó fobias. Dos períodos en su estudio. Ensayo de clasificación.—¿Cómo se derivan del miedo normal? Dos grupos que se relacionan con el miedo, con el disgusto.—Investigaciones sobre las causas inmediatas; sucesos de la vida cuyo recuerdo se conserva; sucesos de que no se conserva recuerdo; trasformación ocasional de un estado vago en una forma precisa.

El instinto de la conservación individual, bajo su forma defensiva, es el origen de la emoción que se llama miedo y de sus variedades. Ya hemos dicho varias veces que aparece la primera en el orden cronológico (á los 23 días según Preyer, á los dos meses según Pérez; Darwin la retrasa hasta los cuatro meses); con ella se manifiesta por primera vez en la conciencia la emoción propiamente dicha como complejo psico-fisiológico. Según el método que se aplicará invariablemente á cada emoción, simple ó compuesta, examinaremos sucesivamen su psicología y su patología.

I

Se le ha definido «la reacción emocional causada por la representación viva y persistente de un dolor ó de un

mal posible». Esta fórmula, buena para la mayoría de los casos, no parece aplicable al primer momento del miedo, como se verá ahora (1).

Su fisiología la han hecho Darwin, Mantegazza, Mosso, Lange. Yo prefiero la descripción de este último porque es más sistemática; no está compuesta de rasgos esparcidos, sino que forma un cuadro ordenado lógicamente. Se sabe, por otra parte, la importancia que atribuye á las condiciones fisiológicas de cada emoción. Las señales características del miedo son:

1.° En cuanto á la inervación de los músculos de la voluntad: debilitamiento mayor que para la pena, temblor convulsivo; en los casos extremos supresión de todo movimiento; se queda uno clavado en el sitio; voz ronca y cascada ó mutismo completo: en suma, parálisis más ó menos acentuada del aparato motor voluntario.

2.° En cuanto á los músculos de la vida orgánica, detención de la secreción láctea, de la menstruación, de la secreción salivar, la boca se queda seca y la lengua se adhiere al paladar, sudor frío, carne de gallina, erizamiento de los pelos, detención de la respiración, opresión, estrechamiento de la garganta. El miedo tiene también un influjo muy conocido sobre las secreciones intestinales.

3.° Por lo que toca al aparato vaso-motor, constricción espasmódica de los vasos, estremecimiento, latidos violentos del corazón y, si la impresión es violenta, parálisis que puede causar la muerte, palidez y anemia periférica.

(1) J. Sully, *Psychology*, II, p. 91. Consúltese también la conocida monografía de Mosso, *El miedo*, traduc. española, y Bain, *Emotions*, cap. VIII. El miedo se ha estudiado bastante. La ausencia de monografías, por lo que se refiere á las otras emociones, es una nueva prueba del estado de infancia de la psicología afectiva; en cuanto á la memoria, las percepciones, las imágenes, etc., se encuentran, por el contrario, un gran número de estudios especiales sobre puntos especiales.

El conjunto de estas manifestaciones expresa una depresión del tono vital que no es tan completa ni tan clara en ninguna otra emoción. Se ha podido sostener con razón que el miedo tiene un carácter teleológico, que está adaptado á un fin, encojerse, sustraerse, ofrecer la menor presa posible á los ataques y, en previsión de un mal posible, mantenerse á la defensiva. Sin embargo, el caso no es tan sencillo. Las formas débiles ó moderadas del miedo, por el sentimiento de debilidad que producen en la conciencia, son un arma contra las acciones nocivas, determinando el alejamiento ó la huida. Pero las formas graves, como el terror y el espanto, acompañadas de temblor y de aniquilamiento motor, nos ponen frente á una gran dificultad. Cuando la existencia está amenazada, en los momentos más decisivos, cuando se ordena imperiosamente el ataque, la defensa ó la huida, vemos que los animales ó el hombre paralizados por el temblor sucumben sin poder sacar partido de sus fuerzas. Darwin se limita á decir que el problema es muy oscuro (*Cap. XIII*). Mantegazza (*op. cit., cap. VII*) pretende que el temblor es extraordinariamente útil porque tiende á producir el calor y recalienta la sangre que, bajo el influjo del terror, no tardaría en enfriarse. Mosso combate con muy buenas razones la tesis de su compatriota. Considera la «catalepsia» que acompaña á las formas extremas del miedo como una grave imperfección del organismo. «Se diría que la naturaleza, para hacer el cerebro y la médula, no ha podido combinar una sustancia que fuese muy excitable, y que al mismo tiempo fuese capaz, bajo el influjo de estímulos excepcionalmente fuertes, de no pasar nunca en sus reacciones los límites útiles á la conservación del animal.» En suma, el terror y el espanto le parecen fenómenos morbosos. Desde el punto de vista naturalista, esta afirmación extrateleológica es perfectamente aceptable. Una concepción finalista del mundo no sufre excepciones y debe explicar todo

según su principio; pero si nos contentamos con decir que las condiciones de existencia de un sér vivo, ya son determinadas, ya son ausentes, no hay que consignar el caso en que faltan, ni los accidentes que se deducen lógicamente de esto.

La psicología del miedo comprende dos momentos muy distintos que estudiar. Hay un miedo primitivo, instintivo, inconsciente, anterior á toda experiencia individual, y un miedo secundario, consciente, razonado, posterior á la experiencia. Se los confunde generalmente, y como el segundo es mucho más frecuente, sirve de tipo á las descripciones.

Primer momento.—Las observaciones más numerosas establecen la existencia de un temor innato, que no se puede atribuir á ninguna experiencia individual. En los niños, Preyer (1) sostiene la existencia de un «miedo hereditario que se manifiesta cuando se presenta la ocasión». Muchos tienen miedo de los perros y de los gatos sin haber sido mordidos ni arañados; el trueno los hace gritar, ¿por qué? El temor de caer, dice el mismo autor, durante las primeras tentativas para andar, es tan singular como el miedo á los animales. A los catorce meses su hijo no se atrevía á dar un paso sin que le sostuviesen y experimentaba una gran angustia si se le soltaba; sin embargo, no tenía ninguna experiencia de una caída. Deduce muy justamente «que es enteramente erróneo creer que el niño, á quien no se le ha enseñado el miedo, no sabe lo que es. El valor ó el miedo de la madre ejercen ciertamente un gran influjo; pero hay en los niños tantos casos de miedo sin motivo que se debe admitir algún influjo hereditario». El mismo hecho se ha observado en animales jóvenes; ya se conocen los experimentos de Spalding sobre los polluelos recién nacidos y su terror instintivo

(1) *Die Seele des Kindes*, cap. VII.

al halcón. Preyer ha repetido este experimento con los mismos resultados. Gratiolet, como lo hemos dicho anteriormente, refiere que un perro pequeño que no había visto nunca al lobo, al oler un resto de piel de este animal, sintió un espanto indescriptible. El hombre adulto, aunque su miedo reposa siempre sobre la experiencia, manifiesta á veces (por lo menos los ignorantes y los primitivos) temores vagos, inconscientes, de lo desconocido, de las tinieblas, de los poderes misteriosos, de los maleficios, de la brujería, de la magia, etc. La ignorancia es un gran origen de terror, y Bain ha dicho no sin razón «que el gran remedio contra el miedo es la ciencia».

¿Cómo explicar la aprensión de un mal no experimentado? Aun admitiendo que el miedo pueda fundarse á veces, y desde el comienzo de la vida, en analogías, parecidos, asociaciones de ideas, queda un gran número de casos irreductibles. Hemos visto que Preyer, á seguida de Darwin, Spencer y otros evolucionistas, admitía el influjo de la herencia. Es un hecho muy sabido que los pájaros de las islas desiertas no muestran ningún temor cuando ven al hombre por primera vez (1), después adquieren la desconfianza á costa suya y este miedo adquirido se trasmite á sus descendientes. En esta hipótesis el miedo estaría en todas partes y sería siempre el resultado de una experiencia, ya individual, ya de los antepasados; lo que hemos llamado el segundo momento se convertiría en el primero y hasta en momento único.

Esta explicación la rechazan naturalmente los que no aceptan la trasmisión hereditaria de las cualidades adquiridas, sin que hayan propuesto en lugar suyo nada satisfactorio. Por otra parte, esto es una cuestión

(1) Para detalles curiosos sobre este punto, véase Darwin, *Viaje de un naturalista*, cap. XVII, en que cuenta lo que ha visto y lo que han visto otros viajeros antes que él. Véase también H. Spencer, *Essays*, I, 135.

con respecto á la cual puede recusarse como incompetente la psicología experimental. Para no quedar en un terreno discutido y no pudiendo invocar la experiencia individual, hay que admitir que las bases del miedo existen en el organismo, que forman parte de la constitución del animal y del hombre y le ayudan á vivir por una adaptación defensiva, útil en la mayor parte de los casos. En cuanto al mecanismo oscuro de este miedo instintivo, se puede suponer que ciertas sensaciones producen un choque doloroso que suscita las reacciones orgánicas, motoras, vaso-motoras que constituyen la emoción, que el instinto de conservación, para sustraerse al dolor *actual*, reacciona ciegamente, con ó sin provecho, lo que hace que ciertos miedos innatos sean inexplicables por la razón.

Por mi parte, yo considero como muy verosímil la hipótesis de una disposición trasmitida á ciertos miedos.

Segundo momento. — La definición dada anteriormente se aplica sin restricción al miedo consciente, razonado, posterior á la experiencia. Tiene por base la memoria, no intelectual, sino afectiva. Los esfuerzos de los primeros asociacionistas para explicar el miedo sólo por la asociación (como James Mill que lo definía como una sensación penosa asociada á la idea de su reproducción futura) han sido vanos, porque eliminaban el factor esencial, el elemento afectivo, la conmoción orgánica (1). Para que yo tenga miedo de la extracción de un diente, es preciso que renazca con su tono doloroso el recuerdo de una operación anterior; si sólo tengo un recuerdo vago, sin resonancia fisiológica, no se producirá el miedo. Es inútil insistir sobre un punto tratado ampliamente en la primera parte.

Resulta que se es accesible al temor en la medida de la intensidad de la representación de un mal futuro, es

(1) J. Sully, *op. cit.*, II, 91.

decir, afectiva y no intelectual, sentida y no concebida. En muchas personas la ausencia de miedo no es más que una ausencia de imaginación. Esto explica por qué toda depresión vital, permanente ó transitoria, predispone á esta emoción; las condiciones fisiológicas que la engendran (ó la acompañan), están dispuestas: en un organismo debilitado, el miedo está siempre en estado naciente.

La emoción que nos ocupa es susceptible de todos los grados, desde las formas muy débiles, como la sospecha, la aprensión, hasta las formas extremas del espanto y el terror. Estos matices, fijados por la lengua, no permiten una descripción psicológica distinta para cada uno de ellos. Sin embargo, Bain ha tratado de enumerar las diversas especies de temor, y algunos experimentos de Féré indican efectos fisiológicos diferentes, según el grado del miedo (1). Haciendo aparecer sucesivamente un buho, una serpiente y un espectro, la reacción muscular del individuo, traducida por trazados gráficos, no es la misma en cada caso.

II

Establecer una separación entre las formas normales y morbosas del miedo es una obra que á primera vista puede parecer bastante difícil. Sin embargo, tenemos un criterio que nos puede guiar. Es patológica toda forma del miedo que, en lugar de ser útil, se hace nociva, que cesa de ser un medio de protección para convertirse en una causa de destrucción. Anteriormente (primera parte, cap. IV), hemos indicado las señales que permiten distinguir lo sano de lo enfermo; vuelvo á recordarlas.

La emoción morbosa presenta uno ó varios de los ca-

(1) Féré, *Dégénérescence et criminalité*, p. 28 y siguientes, con figuras que lo aclaran.

racteres siguientes: está en desproporción (aparente) con su causa; es crónica; sus concomitantes físicos tienen una intensidad extraordinaria.

Sobre la cuestión de los miedos morbosos, actualmente designados con el nombre de *fobias*, existe un gran número de observaciones, notas, memorias, que aumentan cada día y que contienen muchas más enumeraciones y descripciones que tentativas de explicación. J. Falret y Westphal (en su trabajo sobre la agorafobia, 1872), parece que son los primeros que han entrado en este camino. Al miedo de los espacios de Westphal y al temor del contacto de Falret, se añaden muchos otros y se atraviesa un primer período en donde se produce una verdadera inundación de fobias que tiene cada una su nombre especial: uno teme las agujas, otro el cristal, otro los sitios bajos, otro los altos, otro el agua, otro el fuego, etc. Toda manifestación morbosa del temor se ha denominado así por un vocablo griego ó reputado como tal, y tenemos la aïcmofobia, la belenofobia, la talasofobia, la potamofobia, etc., y hasta la siderodromofobia (miedo de los ferrocarriles) y la triakaidekafobia (¡miedo del número trece!) La lista de estas fobias llenaría páginas enteras; claro está que no hay razón para que se detenga; todos los objetos de la creación pueden pasar á ella bajo un traje pseudogriego.

También se ha producido una reacción. En lugar de considerar, como se hacía al principio, aisladamente cada fobia, denominarla según su objeto y perderse en variedades sin fin, solo se ven casos particulares de una disposición morbosa, general, cuyos caracteres psicológicos esenciales son una idea fija, pertinaz, los síntomas del miedo llevado á veces hasta el paroxismo y que pueden traducirse por convulsiones y crisis.

Se han propuesto también diversas clasificaciones para poner un poco de orden en esta multiplicidad. Unos proceden subjetivamente y clasifican según las

sensaciones, percepciones, imágenes, ideas ó sentimientos que sirven de base á la fobia; por ejemplo, el temor de los contactos se refiere al tacto, la agorafobia á la vista y así sucesivamente. Otros proceden objetivamente. Régis (1) propone cinco grupos: 1.º el temor de los objetos inanimados; 2.º de los séres vivos (miedo de las multitudes, de la soledad, de los animales inofensivos); 3.º de los espacios (agorafobia, claustrofobia, etc.); 4.º de los fenómenos meteorológicos; 5.º de las enfermedades (nosofobia con sus numerosas variedades). A decir verdad, estas clasificaciones, que pueden ser útiles al clínico, sólo tienen mediana utilidad para la psicología del miedo; el problema interesante está en otra parte.

Antes de llegar á ello recordemos que, además de todas las fobias particulares, hay algunas observaciones de un estado vago, pero permanente, de ansiedad ó de terror, que se ha llamado panofobia ó pantofobia (Beard); es un estado en que se tiene miedo de todo y de nada, en que la ansiedad, en lugar de estar concentrada en un objeto que es siempre el mismo, flota como en un sueño y sólo se fija por un instante, al azar de las circunstancias, pasando de un objeto á otro.

Si, dejando la enumeración interminable de las fobias y su descripcion, tratamos—porque esta obra incumbe á la psicología—de determinar su derivación del temor normal y las causas que las suscitan, entramos en un régimen poco explorado y pasamos de la riqueza á la indigencia.

Por lo que toca á su orígen psicológico, es decir, á la determinación del tipo normal del cual son desviaciones, propongo que se reduzcan á dos grupos.

El primero se refiere directamente al miedo y comprende todas las manifestaciones que implican en un

(1) Régis, *Manuel pratique de médecine mentale*, p 270 y siguientes.

grado cualquiera el temor de un dolor, desde el de una picadura de aguja ó una caída, hasta el de la enfermedad y la muerte.

El segundo se refiere directamente al disgusto y creo que comprende las formas llamadas á veces *pseudofobias* (Gélineau). Tales son el temor de los contactos, el horror de la sangre, de los animales no dañinos y muchas aversiones raras y no justificadas.

Notamos además que el miedo y el disgusto tienen un fondo común, pues uno y otro son instrumentos de protección, de defensa. El primero es el instinto de conservación defensiva de la vida de relación; el segundo es el instinto de conservación defensiva de la vida orgánica. Como hay, en el fondo de los dos, un movimiento de aversión, se traducen de una manera equivalente: el miedo por retroceso, alejamiento, huida; el disgusto por el vómito, la náusea. Los reflejos del disgusto son sucedáneos de la huida; como el organismo no puede sustraerse por un movimiento en el espacio á lo que ha ingerido y le disgusta, sustituye á éste por un movimiento de expulsión.

Despues de haber reducido los temores morbosos á dos fuentes originales que hasta se pueden reducir á una sola, tenemos que buscar sus causas. Hay una muy general con la cual se contentan la mayor parte de los autores: la degeneración. Hablaremos de ella en otra parte (véase la Conclusión); pero como es una causa que se invoca á cada instante para las manifestaciones más distintas, es ya una explicación tan general que es indispensable completarla. Establezcamos, pues, si se quiere, la degeneración como el terreno sobre el cual van á germinar y pulular los temores morbosos; después busquemos causas complementarias, menos vagas, más próximas á los hechos. Yo propongo tres:

1.° La causa está en algún suceso de la vida anterior, *cuyo recuerdo se ha conservado*. Ejemplos: Un hombre que se pasea en una terraza, sobre las cubier-

tas de la casa, no se apercibe de que la balaustrada falta en un sitio; andaba hacia atrás y hubiera caido en el vacío si no se le hubiese detenido bruscamente: se hace agoráfobo y sigue siéndolo (1). El temor enfermizo de los caminos de hierro se encuentra con frecuencia en los mecánicos fatigados, sobre todo en las personas que han estado á punto de ser víctimas de una catástrofe. El caso tan conocido de Pascal que veía un abismo á su izquierda «y que le impedía avanzar á menos que no le diese alguien la mano ó se le colocase una silla para apoyarse», fué una consecuencia de su accidente en el puente de Neuilly. Se ha dicho también que Pedro el Grande, que estuvo á punto de ahogarse en su infancia, experimentaba al pasar un puente un temor difícil de vencer.

Se ve fácilmente que muchas fobias entran en esta clase. Ahora bien, aquí la causa es sólo la exageración de un hecho normal. Todo accidente grave deja un recuerdo que es para unos una simple nota del suceso y de las circunstancias (memoria intelectual), para otros una reviviscencia en cierto grado del miedo experimentado en otro tiempo (memoria afectiva); para los fóbicos, es un estado permanente, por lo menos en potencia, dispuesto á surgir en cuanto una asociación le despierta (2).

2.° Algunas fobias tienen su causa en los sucesos de la infancia, *cuyo recuerdo no se ha conservado*. Haciendo un llamamiento á la memoria inconsciente, se coloca uno fatalmente en una posición desfavorable: entra en lo oscuro, lo hipotético, se presta á las críticas de todas clases, tanto más, cuanto que ciertos autores abusan mucho de las explicaciones por lo inconsciente. Sería preciso una investigación minuciosa sobre cada caso

(1) Gélineau, *Des peurs maladives*, p. 54; véase también p. 18, 69, 126, 169, etc.

(2) Muchas fobias me parecen nuevas pruebas de hecho en favor de la existencia de una memoria afectiva verdadera.

particular. Sin embargo, si esta hipótesis es difícil de justificar por pruebas positivas, el papel de lo inconsciente en la vida psíquica, y particularmente en la memoria, es tan indiscutible, que es legítimo admitir que su influjo obra con seguridad aunque sordamente. Quizá si se interrogase á personas atacadas de miedos extraños, se encontraría la causa en su pasado. He aquí, por lo menos, un caso que presento como tipo del grupo. Mosso preguntaba á un soldado de setenta años cuándo había sentido mayor miedo. El soldado respondió: «He visto la muerte cara á cara en muchas batallas; pero nunca tengo tanto miedo como cuando encuentro una capilla solitaria en una montaña desierta; porque cuando era pequeño he visto en las mismas circunstancias el cadáver de un hombre asesinado y una criada quería encerrarme con él para castigarme (1).» Supongamos que el recuerdo consciente se haya borrado poco á poco con los años; la impresión puede permanecer indeleble aunque oculta y obrar en circunstancias determinadas. ¿Es temerario decir que hay muchos casos de este género, con la diferencia de que las huellas que condujeron á la causa primera se han borrado?

Se ha observado en hombres célebres, miedos singulares é invencibles. Escalígero temblaba á la vista del berro, Bacon se desmayaba durante los eclipses, Bayle al oir correr el agua, Jacobo II al ver una espada desnuda (Morel). Hay muchos hechos de este género en la masa común de los hombres; se ignoran porque no tienen biógrafos. Yo me inclino á pensar que hay en el fondo alguna impresión de la primera infancia incrustada en la conciencia del individuo, y que es origen de esa tendencia repulsiva que obra como si fuese natural.

3.º El temor enfermizo puede ser el resultado de la trasformación *ocasional* de un estado vago, indetermi-

(1) *El miedo*, cap XI, p. 222-23

nado, en una forma precisa. La panofobia mencionada anteriormente sería una etapa preparatoria, un período de indiferenciación; el azar, un choque brusco, da una orientación y la fija (miedo de una epidemia, de los microbios, de la rabia, etc.) Este es el paso del estado afectivo difuso al intelectualizado, es decir, concentrado y encarnado en una idea fija: trabajo análogo al del delirio persecutorio, en que la sospecha, vaga al principio, se apodera de un hombre y no lo suelta. Los casos, mucho menos frecuentes, en que coexisten varias fobias, me parece que pertenecen á este grupo. En resumen, la verdadera causa es un estado general (emotivo-miedoso), pero la casualidad desempeña aquí un papel muy importante.

No pretendo que estos tres órdenes de causas basten para explicarlo todo. Cuando se coloca uno ante la legión de los miedos morbosos, se ve uno con frecuencia perplejo y se encuentran muchos casos refractarios. He aquí uno de ellos, muy conocido y muy vulgar: la vista de la sangre, que produce malestar ó síncope. Racionalmente, esto es inexplicable, porque la sangre es la vida; pero la razón no tiene nada que ver en la ocurrencia. Busquemos por otro lado. Se puede decir que la sangre recuerda el dolor violento, la destrucción, la carnicería; pero su aspecto afecta á niños que no pueden tener tales recuerdos. Se ha invocado la debilidad constitutiva, el neurosismo; pero el síncope se produce á veces en gentes muy vigorosas (1), mientras que los neuróticos permanecen fríos. Se ha hecho intervenir la herencia; no veo lo que explica; porque remontando la serie de las generaciones sería necesario llegar á los hombres primitivos, batalladores y que no debían tener miedo á la sangre. Se podrían proponer muchas otras explicaciones que sugerirían otras tantas críticas.

(1) Véase un caso curioso en Gélineau, *op. cit.*, p. 99.

He citado este caso único para mostrar que desde el momento en que se sale de la enumeración y descripción de los miedos morbosos, para intentar la recomposición de su génesis, se entra en un asunto casi intacto.

CAPÍTULO III

EL INSTINTO DE LA CONSERVACIÓN BAJO SU FORMA OFENSIVA. LA CÓLERA

Su fisiología.—Su psicología; la cólera recorre dos momentos, uno penoso, otro mixto. — Su evolución. Forma animal ó de agresión real. Forma afectiva ó de agresión simulada; aparición de un elemento de placer. Forma intelectualizada ó de agresión diferida. —Su patología. A la forma animal corresponde la locura epiléptica; á la forma afectiva, el estado maniaco.—Formas disgregadas de la cólera; las tendencias obsesoras hacia la destrucción. ¿Cómo nacen y toman una dirección determinada? Vuelta al estado reflejo. Causa esencial: el temperamento. Causas accidentales.

I

El instinto de la conservación individual, en su forma ofensiva, es el orígen de la cólera, tipo de las tendencias violentas y destructoras. Esta emoción es la segunda que aparece en el orden cronológico (á los dos meses, según Pérez; claramente á los diez meses, según Darwin y Preyer).

Bain la define así: «Un impulso consciente que obliga á infligir un sufrimiento y á sacar de este hecho un goce positivo.» Esta definición no me parece rigurosamente aplicable á las formas inferiores ó animales de la cólera, como se verá más adelante.

Considerada objetivamente ó por fuera, la cólera se

presenta con caracteres muy claros, en cuanto á su fisiología y á su modo de expresión (1).

1.° Dilatación de los vasos sanguíneos, aumento de la circulación cutánea, rubor, hinchazón. Estos caracteres se encuentran también en la alegría; pero, observa Lange, con mucha menos intensidad. Además, la cólera tiene una manifestación que le es propia, la dilatación de las grandes venas, sobre todo, en la cara y en la frente. Llevada hasta su forma extrema (rabia), puede producir hemorragias nasal y pulmonar, la ruptura de los vasos y la muerte.

2.° Aumenta la inervación de los músculos voluntarios, pero en forma incoordenada y espasmódica; la voz es entrecortada y ronca, el cuerpo se echa hacia delante en actitud agresiva, los movimientos son ciegos y destructores; «se dan palos de ciego»: respiración anhelosa, con el hecho muy conocido de la dilatación de la nariz, que tiene por fin, según Piderit, respirar con amplitud, estando la boca cerrada y apretados los dientes; y que se debería, según Ch. Bell, á la sinergia de los músculos respiratorios, pues la nariz se dilata aun cuando la boca esté abierta.

3.° Según Lange, y contra la opinión popular, no hay aumento de la secreción biliar; no ocurre lo mismo con la saliva, como lo prueba la locución «echar espumarajos de cólera ó de rabia». Importa notar que la cólera da á veces á las secreciones un carácter tóxico, Van Swieten, Bichat, Trousseau y otros lo han observado en la saliva, donde aumenta la cantidad de ptomaina; sabido es, desde hace mucho tiempo, que la mordedura de los animales furiosos es peligrosa, y se han comprobado hechos análogos en el hombre mordido por uno de sus semejantes en un acceso de furor.

(1) Para la descripción detallada, véase Darwin, cap X; Lange, *op. cit.*; Mantegazza, *op. cit.*, cap. XIII; trascribe el cuadro trazado por Séneca en su *De Ira* y lo encuentra, con razón, magistralmente hecho.

La secreción láctea puede hacerse tóxica y producir en la criatura el efecto de un envenenamiento. Estos hechos muestran una vez más las relaciones estrechas de la emoción con los fenómenos fisiológicos y hasta químicos.

En suma, excitación del organismo en general y de los órganos activos en particular; y se puede decir, con Spencer: «Lo que llamamos el lenguaje natural de la cólera se debe á una constricción parcial de los músculos que el combate *actual* pone en plena actividad; todas las señales de irritación, á partir de la sombra rápida que pasa por la frente y acompaña á una simple contrariedad, son grados diferentes de las mismas contracciones.»

La cólera y el miedo forman una antítesis; pero la primera tiene un carácter más complejo, como fisiología y como psicología. En efecto, el miedo, en todos sus grados y en toda su duración, permanece invariablemente en la categoría de las emociones penosas; la cólera pasa por dos momentos. El primero (asténico) responde á la causa, al suceso exterior, al choque inmediato, y consiste en una corta depresión, estado totalmente penoso. El segundo (esténico) responde á la reacción ofensiva, y por sus síntomas, se aproxima más al placer que al dolor: recordemos la risa sardónica que acompaña, no á la explosión de la cólera, sino á algunas de sus formas mitigadas, y expresa el goce de ver padecer. La cólera es, pues, una emoción mixta; no pertenece por completo á la categoría de los estados de conciencia penosos, aun cuando éstos predominan.

Considerada como hecho interior, puramente psíquico, escapa á la descripción, como todo estado irreductible y, en sus formas vivas, la observación interna no puede apoderarse de ella. Apenas si admite un examen retrospectivo. Su psicología es la historia de su evolución, que comprende tres períodos principales:

1.º La forma animal ó de la agresión real. Es primitiva y general. En los animales se ve en estado puro, porque no existen tendencias antagónicas que la alteren y la refrenen. Los que viven de sus presas, los carniceros, los voraces, representan el tipo completo. Además de los fenómenos fisiológicos arriba descritos, existe el ataque real; cada uno hace uso de sus instrumentos naturales; los dientes, las garras, los líquidos venenosos. Tiene la violencia de un huracán, de una fuerza de la naturaleza desencadenada. Es porque va unida á instintos muy poderosos; la nutrición que exige su presa; la lucha por la vida en su forma implacable, la del ataque: destruir ó ser destruído. En este período el elemento del placer es nulo ó muy débil, porque la destrucción tiene un carácter inconsciente y ciego. Bain piensa «que los monos son casi capaces de gozar con la agonía de sus víctimas» y quizá también los elefantes. Si el hecho es real, no se encuentra más que entre los representantes superiores de la animalidad. Es inútil añadir que esta forma de la cólera se ve no sólo en los hombres salvajes, sino también en los civilizados.

2.º La forma *afectiva* propiamente dicha, ó de la agresión simulada, mucho menos general que la precedente, es ante todo humana. Por la preponderancia del elemento psíquico, ó al menos, por la desaparición relativa de los movimientos destructores, me parece el momento típico de la cólera, como emoción. Se la ve con frecuencia en los animales superiores: el perro que, al encontrar un enemigo, se detiene, gruñe y eriza el pelo, ofrece todos los síntomas de la agresión en estado naciente. Lo más frecuente es que el hombre se limite á la amenaza, con alguna violencia sin destrucción. La afinidad de esta forma con la primera es evidente; así que los evolucionistas han sacado de ella un argumento á favor de la descendencia animal: los que están más cerca de la naturaleza, es decir, más bajos en la evolución, ejercen incesantemente su cólera; los niños sobre

los animales y los débiles, los primitivos, las gentes groseras, los idiotas y los imbéciles, sobre cualquiera que no oponga resistencia.

Pero el hecho importante que hay que notar en este momento de la evolución, es la aparición clara de un nuevo elemento: el placer de ver padecer. Con él, la cólera comienza á refinarse. «No cabe duda, dice Bain, de que el hecho primitivo en el placer de la cólera es la fascinación producida por la vista de la aflicción y del padecimiento físico. Este hecho es tan singular como horrible; pero su evidencia es incontestable.» El autor da de ello muchos ejemplos que es inútil copiar. A mi parecer, el hecho no es tan «singular»; se explica, notando que en ese momento entra en escena *otro instinto* (que no hemos estudiado aún), el de la dominación. Aquí encontramos el primer gérmen de una emoción cuyo desarrollo es más tardío, la emoción del poder triunfante, de la fuerza, de la superioridad, del orgullo. Para el análisis psicológico, desde ese momento ya no está la cólera en estado perfectamente puro. Existe el instinto destructor, con más, y en una dosis variable, el instinto satisfecho de la dominación.

3.º La forma *intelectualizada*, ó de la agresión diferida. Se puede decir también que es la forma civilizada de la cólera. Los principales representantes de este grupo son el odio, la envidia, el resentimiento, el rencor, etc. Se encuentran aquí en presencia dos fuerzas antagónicas: por un lado, el instinto agresivo que impulsa hacia adelante; por otro, la razón, el cálculo, que limitan y refrenan la tendencia al ataque. El resultado es una *suspensión de desarrollo*. No quiero insistir en un punto que se tratará más tarde extensamente, cuando estudiemos el paso de las emociones simples á las compuestas; bastarán algunas breves observaciones. En biología, la suspensión del desarrollo modifica el órgano en su función y en su estructura y muchas veces obra de rechazo sobre otros órganos; lo mismo, y más aún en psicología,

la suspensión del desarrollo de una tendencia modifica su naturaleza y la repercusión sobre los fenómenos conexos. Mantegazza (*op. cit.*, cap. XII), ha hecho un buen cuadro sipnótico de la mímica del odio. Los que se tomen el trabajo de estudiarla en detalle, comparándola con la expresión de la cólera franca, comprenderán, mejor que por una disertación, en qué consiste una suspensión de desarrollo en el orden psicológico, y las modificaciones que lleva consigo. Noto entre otros este punto muy observado;—padecimiento que se infringe á sí mismo, tal como morderse el puño ó las uñas;—la tendencia destructora refrenada se gasta interiormente á costa del envidioso.

El sentimiento de placer de la destrucción, realizada ó sólo imaginada, se hace más vivo con esta forma intelectualizada de la cólera, como lo prueban las expresiones: saborear el odio, gozar con la venganza, etc.

Tales son los tres momentos de esta evolución ascendente, y lo que muestra bien clara su identidad de naturaleza y su fondo común es que el odio, si cesa el poder que lo detiene, se convierte en cólera franca, y ésta, si aumenta, toma la forma de agresión real, volviendo así al tipo primitivo.

II

Los antiguos definían la cólera como una locura corta, lo cual la colocaría de lleno é íntegramente en la patología. Sin restricción, esta fórmula es inaceptable. Mientras la cólera no es nociva ni para el individuo ni para los demás, es normal y hasta útil; porque el animal ó el hombre privado de todo instinto de defensa activa y de represalias estaría muy pobremente armado. Sin embargo, preciso es reconocer que el campo de la cólera normal es muy restringido y que no hay emoción que más rápidamente se haga morbosa. De los tres medios que nos permiten calificarla de tal, uno—el

de la repercusión violenta en el organismo—no tiene ningún uso porque se presta demasiado á la apreciación personal y á la conjetura. Quedan los otros dos: la ausencia de motivos racionales y la cronicidad, la duración excesiva, siendo así que la cólera normal es solo un acceso. Ahora bien, entre las enfermedades mentales encontramos dos derivadas de la cólera, dos aumentos de estado en la forma paroxística, y debemos establecer entre ellas una diferencia psicológica, que es la repetición del estado normal.

A la forma ciega, animal, con frecuencia bestial de la cólera, compuesta por completo de movimientos violentos y de sentimientos penosos, corresponde la locura epiléptica.

A la forma violenta y consciente de la cólera, mezclada con un elemento de placer, corresponde el estado maniaco.

1.° Nada tengo que decir de las numerosas variedades de la epilepsia, de las alucinaciones que la acompañan, de sus consecuencias intelectuales y morales; me limito á su asimilación con la cólera.

Aun en los períodos de calma, los rasgos psicológicos universalmente notados, revelan una disposición sombría, morosa, irritable, pero ante todo, irascible; es el carácter «colérico» por excelencia. En el período de ataque encontramos los síntomas de la cólera, llevada al extremo: «El enfermo (tomo la descripción de Schüle), se precipita sobre lo que le rodea, con una rabia ciega, un furor bestial; escupe, golpea, muerde, rompe todo lo que puede alcanzar, grita, alborota. La cara se le congestiona, las pupilas están, ya contraídas, ya y con más frecuencia dilatadas; las conjuntivas muy inyectadas, la mirada fija; salivación abundante, latido carotidiano, aceleración del pulso.» ¿Dónde está el punto de partida de estas descargas y por qué mecanismo se producen? Los autores no concuerdan sobre esta cuestión; unos atribuyen el papel principal al bulbo,

otros al cerebro; recientemente se ha admitido una auto-intoxicación de los centros nerviosos; por otra parte, esto no toca más que indirectamente á la psicología. En el período de estupor que sigue, los actos de violencia ciega no dejan de ordinario rastro en la memoria; porque es una especie de ley psicológica que la intensidad de la conciencia esté en razón inversa de la intensidad de los movimientos producidos.

2.º La manía presenta muchas variedades. Tomemos la forma típica—la manía aguda—la más cercana á la cólera. Después de un período de incubación melancólica, se produce una reacción violenta por acceso brusco. El estado maniaco puede recorrer todos los grados, desde la simple excitación al furor. Exteriormente se traduce en su forma débil, en contínuas idas y venidas, en una necesidad de producir movimiento sin experimentar fatiga alguna; en la forma intensa, los síntomas son los de la rabia ya descritos: congestión de los vaso-motores, cara roja, palpitaciones violentas del corazón, flujo de saliva, impulsos furiosos, destrucción, etc. Interiormente el estado es análogo; es «el caos en movimiento» (Esquirol): y así como el síntoma exterior principal consiste en perturbaciones de la movilidad, el síntoma interior principal consiste en una exuberancia intelectual, un flujo de ideas tan desordenado y tan rápido, que vienen á sucederse sin regla ni concierto y que parecen estar suspendidas las leyes de la asociación; la palabra, en su curso impetuoso, traduce la rapidez y la discontinuidad del pensamiento. Pero hay además (no siempre), un humor expansivo, un estado de satisfacción, un sentimiento de placer que no está en modo alguno de acuerdo con lo demás. Muchos, después de su curación, declaran que nunca se han sentido tan dichosos como durante su enfermedad.

Se ha discutido la causa de esta inesperada disposición á la alegría. Unos la atribuyen á la superabun-

dancia de ideas y, por consiguiente, le asignan un origen intelectual. Es un nuevo ejemplo del principio intelectualista que no ve siempre en las modificaciones de la vida afectiva más que un afecto. Por otra parte, observa Kraff-Ebing (t. II, sec. I, cap. II), en los delirantes y febricitantes existe flujo de ideas sin alegría concomitante, é inversamente, el alcohol puede producir la alegría sin acelerar el curso del pensamiento. Así, pues, este autor admite, con razón á nuestro entender, que estos dos fenómenos—la superabundancia intelectual y el sentimiento de placer—están subordinados á una causa más profunda: tienen su base funcional en un gasto más fácil, en una sensación engañosa de fuerza y de poder, que dependen de una sobre-actividad patológica.

Estas dos formas morbosas, cuyo prototipo psicológico es la cólera, sugieren una observación. No las suscita una excitación exterior (vista de un enemigo, injuria, desobediencia). Su causa, cualquiera que sea, es interior; pone en juego un mecanismo pre-establecido, que es el de la cólera (movimientos violentos y desordenados, fenómenos vaso-motores, etc.), y el estado físico consiguiente es la cólera ó una forma emocional muy análoga, con ó sin estado de placer concomitante. Esto me parece un mero argumento en favor de la tésis de James-Lange.

La rabia epiléptica y maniática no es la única que hay que inscribir bajo la razón de la cólera; existe aún un grupo de impulsos irresistibles de carácter destructor, que, psicológicamente deben colocarse bajo el mismo título. Con una diferencia, sin embargo: en el epiléptico y el maniaco los síntomas físicos y psíquicos constituyen un complejo semejante ó análogo á la forma normal y que sólo es patológico por falta de adaptación y de motivos racionales; mientras que los impulsos irresistibles no son más que manifestaciones parciales, formas *disgregadas* de la cólera.

Entre las tendencias obsesoras, no debemos examinar actualmente más que las que conciernen al instinto ofensivo. Elimino, pues, las que se ingertan en otro tronco (dipsomanía, erotomanía, cleptomanía), las que por naturaleza, son inofensivas, ridículas ó pueriles (necesidad constante de viajar, de contar, de buscar el nombre de los hombres ó de las cosas, etc.), y me limito á las que tienen el carácter violento y destructor de la cólera: tales son los impulsos á herir, á matar, á destruir ó incendiar (piromanía); bajo otro título (cap. V) estudiaremos el impulso fatal del suicidio.

Será inútil describir uno por uno estos impulsos violentos ó copiar las observaciones que se encuentran en todas partes; bastará un diseño de los caracteres comunes á todos. 1.º Atraviesan un período psicológico de incubación: palpitaciones y desarreglos vaso-motores; bocanadas de calor en la cabeza, cefalalgia, ansiedad precordial, insomnio, agitación, fatiga, malestares y dolores vagos. 2.º La entrada en el período psicológico se señala por la aparición de una idea fija. ¿Por qué una y no otra cualquiera? Cuestión es ésta que examinaremos enseguida. La idea fija que reina tiránicamente en la conciencia, propone un fin á la tendencia, determina su orientación. Según unos, existen ideas fijas puramente intelectuales, sin ningún acompañamiento afectivo. Para otros, la idea fija supone siempre y en algún grado un estado emocional: participo de esta segunda opinión, puesto que toda idea fija es el comienzo de un impulso. 3.º El tercer período es el del paso al acto, á veces brusco, con más frecuencia precedido de una lucha violenta entre el impulso obsesor y el poder de inhibición de la voluntad (1). Hay casos en que la idea fija no pasa del segundo grado; es una forma abortada y de desarrollo incompleto.

(1) Tamburini distingue tres especies de ideas fijas: sencillas, emotivas, impulsivas, según que la obsesión determine una atención forzada, un estado de angustia ó una acción.

La regla es el paso al acto; porque es ley psicológica que toda representación intensa de un movimiento ó de un acto es un movimiento que comienza. Consumado el acto, cualquiera que sea, resulta de él un sentimiento de satisfacción, de paz, de libertad.

Respecto de estas tendencias destructivas que son á la cólera lo que las fobias al miedo, se ofrece un problema—el único psicológico—el de su origen, de su causa. Yo divido esta cuestión en dos: ¿Cómo nacen? ¿Cómo toman una dirección determinada?

Primera cuestión.—Para explicar el origen y la aparición de los impulsos irresistibles, lo general es contentarse con evocar la degeneración. Como se pretende también explicar por ella el hecho inverso de las fobias, hay que precisar. Sin entrar por el momento en la discusión de las diversas interpretaciones que se han dado á esta palabra vaga — degeneración,—tomémosla como sinónimo de disolución, regresión.

El ideal de la herencia, principio de conservación, es trasmitir en forma sana una organización sana, es decir (en lo que concierne á nuestro asunto), con tendencias armónicas y convergentes. Si la disolución es total, tenemos al idiota, al demente. Si es parcial, tenemos una ruptura de equilibrio á favor de una ó de varias tendencias. Esta disgregación no es una cualquiera; tiene un carácter *regresivo*, es un retroceso á los reflejos. Aproxima el hombre á los animales, á los niños, á los imbéciles; le hace descender hasta aquel momento de la vida psíquica en que no estaba todavía constituída la voluntad en su forma superior, el poder de suspensión.

Segunda cuestión.—Entre tanto queda la cuestión principal: ¿Por qué ha predominado tal tendencia? ¿Qué causas han determinado la regresión en un sentido particular; homicidio en uno, suicidio ó erotomanía en otro? Se ha creído explicarlo, pretendiendo que todo impulso irresistible resulta de la irritación excesiva de

un grupo *aislado* de células cerebrales. Aparte de que esto no pasa de hipótesis, es, con su precisión aparente, perfectamente vago. ¿Hay un grupo aislado de células cleptomaniacas? Verderamente, esto es demasiado sencillo.

En cuanto se puede penetrar en la génesis psicológica, muy oscura, de los movimientos impulsivos destructores (y esto puede extenderse al grupo entero de las tendencias irresistibles) se encuentran actuando dos clases de causas: esenciales y accidentales.

1.º La causa esencial, principal, fundamental que, después del período de incubación fisiológica, orienta la tendencia en una dirección determinada, es la constitución, el temperamento, el carácter. Se puede admitir, cuando menos teóricamente, que *todas* las tendencias existen, actuales ó virtuales, en cada uno de nosotros. De ordinario predominan una ó varias. Las investigaciones contemporáneas nos han familiarizado con el hecho de las variedades de la memoria. Excelente en tal hombre para las cifras, ó la música, ó los colores ó las formas, es mediana para todo lo demás. Es una disposición natural que se puede desarrollar, especialmente por el ejercicio. Este hecho tiene su equivalente en el orden motor ó de las tendencias: existen disposiciones naturales que están deseando predominar, y las condiciones morbosas son un «caldo de cultivo» que favorece su desarrollo. La tendencia más violenta tiene su origen en la vida normal. «Hay, decía Gall, una inclinación que va por grados, desde el placer de ver matar, hasta el deseo más superior de matar.» No basta decir esto; se puede, por gradaciones insensibles, pasar del caso extremo al estado normal, en el orden siguiente: placer de matar, deseo imperioso de matar, placer de ver matar (espectáculo de un asesinato, combates de gladiadores), placer de ver correr sangre de animales (corridas de toros, riñas de gallos, etc.), placer derivado de la representación de melodramas violentos ó san-

grientos (no es más que un simulacro; pero el teatro produce siempre la ilusión momentánea de la realidad); por último, placer de leer novelas sanguinarias ó de oir narraciones de asesinatos, que no es más que una cosa de imaginación. Así pasamos del acto á la percepción, al simulacro, á la simple imagen sugerida por signos leídos ú oídos. No pretendo, en modo alguno, que los espectadores de dramas ó los lectores de novelas sean todos candidatos al asesinato; pero como hay otros hombres á quienes repugnan esos espectáculos y lecturas, es forzoso reconocer diferencias en las disposiciones naturales. Ahora bien, lo propio de la regresión (ó degeneración) es obrar en el sentido de la atracción más fuerte ó de la menor resistencia: lo cual es un carácter de la actividad refleja y el opuesto al de la voluntad inhibitoria, que obra en el sentido de la atracción más débil y de la resistencia más fuerte.

2.° Las causas accidentales que determinan la orientación de una tendencia no se pueden enumerar, porque varían en cada caso particular; notemos el sexo, la posición social, el grado de cultura, las diversas enfermedades, etc. Sobre un fondo melancólico nacen las tendencias al homicidio y al suicidio; el alcoholismo favorece el impulso incendiario (piromanía); el epiléptico y el paralítico general son más propensos al robo, y así sucesivamente. Hay más; el mismo impulso se modifica según el terreno en que germina; «el epiléptico mata de distinto modo que el hipocondriaco, éste que el alcohólico ó el paralítico» (Schüle).

Esto muestra el papel de las causas accidentales, por lo tanto imposibles de señalar, y se ve mejor todavía en la sustitución brusca de una tendencia irresistible por otra en el mismo individuo. De ordinario, cada uno tiene su señal propia: uno repite incesantemente las tentativas de suicidio, otro de robo. Pero en los casos de disolución profunda, la orientación es inestable. El autor de la teoría de la degeneración da un

buen ejemplo de ello (1): el de un hipocondriaco atacado sucesivamente por impulsos irresistibles al suicidio, al homicidio y á los excesos sexuales: á la dipsomanía y á la piromanía, y que por último se entrega á la justicia, «feliz, porque sus padecimientos van á acabar». Se puede decir de todos estos impulsos obsesorres, que *in radice conveniunt*; por eso el estudio de los que impulsan á la destrucción nos ha inducido más de una vez á hablar de los demás.

(1) Morel, *Maladies mentales*, p. 420 y siguientes.

CAPITULO IV

LA SIMPATÍA Y LA EMOCIÓN TIERNA

La simpatía no es un instinto, sino una propiedad psico-fisiológica muy general. Sentido completo y sentido restringido. — Estado fisiológico: la imitación.—Estado fisiológico. primer momento, unisón psicológico; segundo momento, adición de la emoción tierna.—La emoción tierna. Su expresión fisiológica. Sus relaciones con el tacto. La sonrisa. Las lágrimas: hipótesis sobre sus causas.—La emoción tierna es irreductible.

La simpatía no es un instinto ni una tendencia, es decir, un grupo de movimientos coordinados, adaptado á un fin particular y que se traduce en la conciencia por una emoción, como el miedo, la cólera, el atractivo sexual; es, por el contrario, una propiedad psico-fisiológica muy general. Al caracter especializado de cada emoción, opone un carácter de plasticidad casi sin límites. No tenemos que considerarla bajo todos sus aspectos, sino como una de las manifestaciones más importantes de la vida afectiva, como base de las emociones tiernas y como uno de los fundamentos de la vida social y moral.

I

La simpatía en el sentido etimológico (σῦν, πάθος), que es también el sentido completo, consiste en la existencia de disposiciones idénticas en dos ó muchos indivi-

duos de la misma especie ó de especie diferente; ó, como dice Bain, «se entiende por simpatía la tendencia de un individuo á concordar con los estados activos ó emocionales de los demás, cuando estos estados se revelan por ciertos medios de expresión.» En su forma general y original es esto y nada más. Lo primero, pues, que hay que hacer, es desechar un prejuicio consagrado por las lenguas, que identifican la simpatía con la compasión, la ternura, la benevolencia y los sentimientos que establecen entre dos seres un lazo de concordia y una reciprocidad. Así entendido, en sentido restringido, el término simpatía no es exacto ni suficiente; porque en todas las disposiciones benévolas hay, además del hecho general de la simpatía, varios elementos afectivos que se determinarán en otro lugar.

Antes de ser moral, aun antes de ser psicológica, la simpatía es biológica. En el fondo, es una propiedad de la vida, y su estudio completo sería un capítulo de psicología general. Si, limitándonos á nuestras necesidades, tratamos de seguir la evolución de la simpatía, desde sus formas más elementales á las más complicadas, distinguimos tres grados principales; el primero, fisiológico, consiste en una concordancia de las tendencias motoras, es una *sinergia*; el segundo, psicológico, consiste en una concordancia de los estados afectivos, es una *sinestesia*; el tercero, intelectual, resulta de una comunidad de representaciones ó de ideas, relacionadas con sentimientos y movimientos.

Primer grado. — En su forma primitiva, la simpatía es refleja, automática, inconsciente ó muy débilmente consciente: es «la tendencia á producir en nosotros mismos una actitud, un estado, un movimiento del *cuerpo* que vemos en otra persona» (Bain). Es la imitación en su grado inferior: entre la simpatía y la imitación no veo, al menos en esta época primitiva, más que una diferencia de aspecto; la simpatía designa

especialmente el lado pasivo, receptivo, del fenómeno, y la imitación el lado activo y motor (1).

Se manifiesta en los animales que forman agregados (no sociedades), como un rebaño de carneros, una jauría de perros, que corren, huyen, se paran y ladran todos á la vez, por imitación puramente física; en el hombre, reir y bostezar por imitación, andar al paso, reproducir los movimientos de un funámbulo á quien se mira, sentir una sacudida en las piernas cuando se ve caer á un hombre y otros cien hechos de este género, son casos de simpatía fisiológica. Representa un gran papel en la psicología de las muchedumbres, con sus ataques bruscos y sus pánicos repentinos. En las enfermedades nerviosas sobran ejemplos: epidemia de crisis histéricas, de convulsiones, de toses, de hipos, etc. Elimino las enfermedades mentales (epidemias de suicidio, locura de dos, de tres), porque estamos en el grado puramente fisiológico.

En resumen, la simpatía, en su origen, es una propiedad de la materia viva: de igual modo que hay una memoria y una sensibilidad orgánicas, las de los tejidos y los elementos últimos que los componen, hay una

(1) La psicología de la imitación no entra en nuestro asunto. Baldwin, *Mental developpement in the child and race*, p. 263-366, ha hecho un buen estudio de ella. La define así: «Una relación sensorio-motora, que tiene el carácter particular de ser una actividad circular, pues la reacción muscular reproduce el estímulo.» La imitación aparece muy pronto en el niño, á las quince semanas (Preyer), á los cuatro meses (Darwin). ¿Se la debe considerar como un instinto? La opinión popular se inclina en este sentido, y con ella muchos psicólogos, Stricker, James, etc. Sostienen la negativa Preyer, Bain, Sully, Baldwin, y yo participo de este parecer. La imitación no presenta los verdaderos caracteres de un instinto; no se adapta de primera intención: tantea, ensaya, fracasa después de haber triunfado, retrocede ó no progresa, sino muy lentamente. Es un reflejo ideo-motor; está colocado por cima del instinto, tendencia innata y ciega, y por bajo de la actividad voluntaria, á la cual prepara, porque es el primer esfuerzo de convergencia hacia un fin.

simpatía orgánica, formada de receptividad y de movimientos de imitación.

El *segundo grado* es el de la simpatía en sentido psicológico, acompañada necesariamente de conciencia; crea en dos ó más individuos disposiciones afectivas análogas. Tales son los casos en que se dice que se comunican el miedo, la indignación, la alegría, la tristeza. Consiste en experimentar un afecto que existe en otro, y que se nos revela por su expresión fisiológica. Este grado comprende dos momentos:

1.º El primer momento podría definirse así: un unísono psicológico. Si durante este período de unísono se pudiese leer en el alma de los que simpatizan, se vería un hecho afectivo único reflejado en varias conciencias. L. Noiré, en su libro *Ursprung der Sprache*, ha emitido la hipótesis de que el origen del lenguaje se explica por la acción en común de los primeros hombres. Mientras trabajaban, andaban, bailaban ó remaban, emitían, según aquel autor, sonidos que se convirtieron en apelativos de esos diversos actos ó de diversos objetos, y esos sonidos, emitidos por todos, por todos debían ser comprendidos. Poco importa que sea verdadera ó falsa esta hipótesis (Max Müller la ha aceptado); la doy como ilustración. Pero tal estado de simpatía no constituye por sí solo un lazo de afecto, de ternura, entre los que lo experimentan: no hace más que preparar á ello. Puede constituir la base de una cierta solidaridad social, porque los mismos estados internos suscitan los mismos actos — de una solidaridad mecánica, exterior, no moral.

2.º El segundo momento es el de la simpatía, en el sentido restringido y popular de la palabra: es un unísono psicológico *mas* un elemento nuevo; se encuentra la adición de otra manifestación afectiva, la emoción tierna (benevolencia, compasión, lástima, etc.). No es ya la simpatía pura y simple, es un compuesto *binario*. El hábito común de no considerar los fenómenos más

que en su forma completa, superior, enmascara á veces su origen y su composición. Para comprender, por otra parte, que hay aquí dualidad, fusión de elementos distintos, y que no es este un análisis ficticio, basta notar que la simpatía (en el sentido etimológico) puede existir sin ninguna emoción tierna; aún más, que puede excluirla en vez de suscitarla. Según Lubbock, en tanto que las hormigas curan á sus heridos, las abejas, que forman, sin embargo, un cuerpo social, son indiferentes unas para otras. Sabido es que los animales que viven en rebaños se alejan casi siempre del herido y le abandonan. Entres los hombres, ¡cuántas gentes hay que, viendo padecer, se apresuran á sustraerse á ese espectáculo, para suprimir el dolor que se despierta en ellas por simpatía! Esto puede llegar hasta la aversión: el tipo de ello es el rico malo del Evangelio. Hay, pues, un completo error psicológico en considerar la simpatía capaz, por sí sola, de hacer salir del egoísmo; sólo da el primer paso, y no siempre.

Tercer grado. — En su forma intelectual, la simpatía es una concordancia de sentimientos y actos, fundada en una unidad de representación. La ley de su desarrollo se resume en esta fórmula de Spencer: «La extensión y la claridad de la simpatía están en razón de la extensión y de la claridad de las representaciones.» Añadiré, sin embargo, á condición de que se apoyen en un temperamento emocional. Este es la fuente por excelencia de la simpatía, porque vibra como un hecho; el temperamento activo se presta menos á ello, porque tiene tanto que manifestar de sí mismo, que no puede casi manifestar nada de los demás; por último, el temperamento flemático menos aún, porque presenta un mínimum de vida afectiva: como las mónadas de Leibnitz, no tiene ventanas.

Al pasar de la fase afectiva á la fase intelectual, la simpatía gana en extensión y en estabilidad. En efecto, la simpatía afectiva exige una analogía de tem-

peramento ó de naturaleza: casi nunca se establece entre el tímido y el audaz, entre el alegre y el melancólico; puede extenderse á todos nuestros semejantes, á algunos animales próximos á nosotros, y no más allá. Por el contrario, es propio de la inteligencia buscar por todas partes semejanzas ó analogías, unificar; comprende la naturaleza entera. Por la ley de transición (estudiada anteriormente), la simpatía sigue esta marcha invasora y comprende hasta á los objetos inanimados; como el poeta que se siente en comunión con el mar, los bosques, los lagos, las montañas. Además, la simpatía intelectual participa de la fijeza relativa de la representación; un ejemplo sencillo de esto se encuentra en las sociedades animales, como la de las abejas, en que la unidad, la simpatía entre los miembros sólo se mantiene por la percepción ó representación común de la reina.

II

La emoción tierna marca un momento importante en la evolución de la vida afectiva; con ella traspasamos el período de las emociones puramente egoístas. La fecha de su aparición, como ya hemos dicho, no se ha fijado bien: quizá á los dos meses, según Darwin, que ha observado en esta época uno de sus modos característicos de expresión, la sonrisa; más probablemente hacia los nueve meses (Darwin), ó los doce (Pérez), según observaciones precisas.

La expresión fisiológica de la ternura, por lo que se refiere á los movimientos, es reductible á una sola fórmula: la atracción. Se traduce, ó por movimientos elementales de aproximación, ó por los contactos, ó por el abrazo que es su fin último, y del cual no es más que una forma mitigada y contenida el resto. Tiene, pues, una relación directa con el sentido primordial, el tacto, como dice Bain, «el contacto es el alfa y la omega de

la afección tierna (1)». Los movimientos tienen un carácter general de templanza que contrasta con los de la cólera.—Un modo de expresión que le es propio, si no exclusivo, es la sonrisa. ¿Esta es la forma inicial de la risa, ó por el contrario, una forma debilitada, una suspensión del desarrollo? Se ha discutido este punto sin gran provecho. Darwin adopta la primera tesis, lo que parece poco conciliable con la ley general de la evolución: el niño se sonríe antes de reir: se debería encontrar el orden inverso.

La emoción tierna se parece á la alegría: así las modificaciones de la circulación y de la respiración son análogas. Hay aumento como en el placer, en un grado menor: la ternura acomoda mejor con las sensaciones moderadas y reposadas.

Va acompañada también de un aumento de las secreciones, especialmente de la de las glándulas mamarias en la mujer. La de las glándulas lacrimales es más embarazosa. Se sabe que la ternura humedece á menudo los ojos; pero las lágrimas se producen en condiciones tan variadas, á veces tan contrarias, que, aun después de los trabajos contemporáneos sobre la expresión de las emociones, esta cuestión de las causas me parece que está lejos de resolverse. La presión sanguínea tiene un influjo directo sobre esta secreción que va siempre unida á un aumento de circulación; pero la sencillez del mecanismo no impide la diversidad de las causas. Las lágrimas pueden provocarse por acciones mecánicas ó fisiológicas (irritación de la conjuntiva, tos, esfuerzo, vómito); por estados psíquicos totalmente distintos: la pena, la alegría, la ternura. En realidad, todos los intentos de explicación sólo se refieren á los estados penosos: caso el más frecuente, pero no el único. Darwin admite que los gritos en el niño producen

(1) Este punto lo ha tratado muy bien este autor, *Emotions*, cap. VII. Véase también Mantegazza, cap. XI, Lange no habla de él.

un infarto en los vasos del ojo, después una contracción de los músculos orbiculares como medio de protección, y de aquí una acción refleja sobre las glándulas lacrimales: en seguida la efusión de las lágrimas subsistirá aun cuando se hayan suprimido los gritos. Wundt, que rechaza esta explicación, ve en las glándulas lagrimales órganos *derivativos* que calman el dolor: esta secreción, que es permanente, purga el ojo de cuerpos extraños (polvo, insectos, etc.); como las imágenes visuales son las más importantes de todas, la efusión de las lágrimas sería un esfuerzo inconsciente para alejar las representaciones tristes; tendría por fundamento una analogía entre las sensaciones penosas y las imágenes. Piénsese lo que se quiera de estas hipótesis, ellas consideran las lágrimas como si tradujesen exclusivamente el dolor.

El aumento de la secreción lacrimal depende del aumento de la presión sanguínea; ahora bien, la circulación aumenta en la alegría y la ternura, como lo prueba el brillo de los ojos. La aparición de lágrimas, por lo demás, poco abundantes en semejante caso, sería su consecuencia natural. La pena, por el contrario, va acompañada de una disminución, y con frecuencia el llanto falta en el primer momento. La efusión de las lágrimas procura un consuelo, es una válvula de seguridad; responde á su segundo momento — depresión — en que ha comenzado la vuelta á la vitalidad. En otros términos, los llantos de la alegría y de la ternura corresponderían al momento de acción; los llantos de la tristeza al momento de reacción.

La psicología de la emoción tierna me parece reductible á una cuestión única, la del origen. La descripción de sus variedades no tiene interés, ó se encontrará en otra parte. La hemos presentado como sencilla y primitiva. Siendo el origen de todas las manifestaciones altruistas, sociales y morales, vale la pena de considerar su naturaleza en el momento de su aparición.

En el niño y en los animales más elevados, la primera manifestación de ternura es para la madre ó la nodriza. «Sólo el hecho de que la madre lleva al niño constituye una relación entre los dos que es sólo de un grado más flojo que el del feto al organismo materno; constituye el origen principal del sentimiento tierno. Agreguemos que el niño continúa recibiendo el alimento, el calor, el apoyo, como en el estado fetal. Este primer lazo instintivo ó sensorial, se convierte en ternura por la adición de numerosos sentimientos derivados de sensaciones agradables diversas, entre otras las de la vista y el oído, cuyo origen es su madre (1). La tendencia primitiva se dirige, pues, en los niños y en los animales, á quien les ha sido agradable, á quien les ha hecho bien y de quien lo esperan todavía. Esta es una emoción que, en la nomenclatura de H. Spencer, se llamaría legítimamente ego-altruista y hasta con predominio marcado del egoísmo. Así debe ser, porque el altruismo no puede ser innato.

La facultad de conocer comienza por un período indiferenciado en que no hay sujeto ni objeto, sino solo la conciencia de algo sin calificación. La separación del yo y del no yo, en el orden del conocimiento es el momento al cual corresponde, en el orden efectivo, la escisión entre el egoísmo consciente y el altruismo. ¿Cómo se verifica esta enajenación parcial de nosotros mismos? ¿Cómo puede nacer y consolidarse? Más tarde se responderá á esta interrogación, al tratar de la emoción moral. (Cap. VIII). Por el momento, me limito á una sola cuestión: ¿estamos en frente de un verdadero instinto, de una tendencia innata, irreductible, que se traduce en la conciencia por la emoción tierna ó sus variedades?

Se conocen ya todos los esfuerzos intentados (sobre todo en el siglo XVIII) para conducir por el análisis el

(1) J. Sully, *The Human Mind*, II, 104-105.

altruismo á un egoísmo muy refinado, á un cálculo; así la ternura de los padres para los hijos se explicaba por la presunción de los servicios que les prestarán más tarde. Creo inútil insistir sobre ello.

En favor del innatismo, las mejores razones que se pueden alegar, porque son razones de hecho, es que la afección, el cariño, se encuentra hasta en los animales á quienes no se puede atribuir un cálculo ó previsiones interesadas. Sin hablar del amor materual que se manifiesta enérgicamente en grados muy inferiores del reino animal, se hallan ejemplos de simpatía benévola y activa entre animales de la misma especie y, aunque más raramente, de especies diferentes (1) aparte de todo atractivo sexual. Los monos, al defender á sus compañeros, son á veces arriesgados hasta el heroismo.— Agreguemos en el hombre, si es necesario: «los impulsos de piedad instantáneos, irreflexivos, por los desgraciados, aunque sean extranjeros, enemigos, criminales, aun animales; la ausencia de todo cálculo entre una pérdida inmediata y una ganancia futura... El egoísmo mejor entendido no podría explicar la conducta del buen samaritano. Los hombres, que en todas las edades han dado voluntariamente la vida por su patria, no podían estar influídos por consideraciones egoístas. Muchos, sin duda, tenían la esperanza de una vida futura; pero esta creencia no es de ningún modo universal, y para la mayor parte no es absolutamente cierto que el que abandona esta vida recibe una plena compensación en otra (2).»

El innatismo del instinto altruista me parece, pues, que está establecida sin réplica. Puede ser muy enérgica en unos, muy débil en otros; en esto se parece á todas las tendencias instintivas. Como género, este instinto comprende variedades, de carácter general (la

(1) Para estos hechos véase Romanes: *Mental Evolution*, cap. XX; Lloyd Morgan, *Animal Life*, 397-398.

(2) Bain, *Emotions*, cap, V.

benevolencia, el afecto, la piedad etc.,) y por último, entra como elemento en muchas emociones compuestas (la veneración, la admiración, el amor sexual, etc.)

Quedaría por investigar bajo qué forma ha hecho su entrada en el mundo, cuál ha sido su primera manifestación. Sobre este punto no hay más que tres hipótesis posibles: el amor maternal, el estado gregario, ó (cosa que es muy poco verosímil) el instinto sexual. Se discutirá más adelante el valor de estas hipótesis en el capítulo sobre la emoción moral, completamente natural de éste (1).

(1) La patología de la emoción tierna no presenta bastante interés para ocuparnos de ella. La tendencia altruista puede faltar totalmente en ciertos hipocondriacos y dementes que, aferrados á su egoísmo inexpugnable, han sufrido una verdadera «osificación moral». La ternura se puede convertir en *sensibilidad afectada* por las personas, los animales (zoofilia), las cosas (nostalgia, etc.), Morel, *Études cliniques*, t, II, párrafo 4, cita el caso de un hombre de una gran capacidad intelectual, en quien las causas más fútiles, las más ridículas, suscitaban «accesos de sensibilidad» absurdos. La pérdida de los animales domésticos que criaba, le producía estados de perplejidad y crisis de lágrimas, como la muerte de sus mejores amigos. Yo le he visto un día presa de un dolor delirante con motivo de la muerte de una de las numerosas ranas que criaba en su jardín. Esta emotividad morbosa que coincide con una debilidad congénita ó adquirida, la convalecencia y otros estados adinámicos, pone de relieve, por su exageración, el carácter de flojedad que es, como ya se ha visto, una de las principales señales de la emoción tierna.

CAPÍTULO V

EL «YO» Y LAS MANIFESTACIONES AFECTIVAS

Se reducen á un hecho primitivo; sentimiento de la fuerza ó de la debilidad.—Forma positiva: tipo, el orgullo. Sus caracteres fisiológicos y psicológicos. Sus relaciones con la alegría y la cólera. Su evolución.—Forma negativa: tipo, la humildad.—Su carácter semi-social.—Patología. Forma positiva: locura de poderío, delirio de grandezas. Forma negativa extrema: tendencia al suicidio. Problema psicológico de esta negación práctica del instinto fundamental.

I

Los ingleses designan por *self-feelings* y los alemanes por *Selbst-gefühl*, un grupo de sentimientos que se derivan directamente del yo. No sé como llamarles: personales sería muy vago, egoístas muy equívoco (más valdría egotistas); identificarlos con el orgullo y con su contrario sería restringirlos mucho porque tienen otras formas. Se podría, en rigor, comprenderlos bajo el término amor propio (en el sentido etimológico, *amor proprius*), es decir, la satisfacción ó el descontento de si mismo, con sus diversos modos.

Cualquiera que sea el nombre que se le otorgue, estas formas emocionales son reductibles á un hecho primitivo del cual son la traducción en la conciencia: es el sentimiento, fundado ó no, de la fuerza ó de la debilidad personales, con la tendencia á la acción ó á la sus-

pensión, que es su manifestación motora. De un modo menos directo se puede aproximarlas al instinto de conservación y decir con Höffding que resultan de este instinto «llegado á la plena conciencia de sí mismo y encarnado en la idea del yo.»

Este grupo tiene caracteres propios. Es exclusivamente humano, ó poco menos, mientras que las emociones estudiadas hasta aquí son tan animales como humanas. Es tardío (hacia los tres años) aparece el último en el orden cronológico, exceptuando el instinto sexual. Esto es porque toma pronto el carácter de la reflexión, porque supone que el yo está constituído y que el individuo tiene conciencia de sí mismo como tal.

El *self-feeling* tiene dos formas: una positiva, otra negativa, de las que se pueden tomar como tipos el orgullo y la humildad.

Bajo su forma positiva, hay una expresión fisiológica muy conocida (1); consiste en un conjunto de movimientos que tienden á dos fines: 1.° *Aumentar*, la respiración es amplia, el tórax se dilata grandemente, la mímica es excéntrica y como invasora; de aquí las expresiones populares, hinchado, inflado de orgullo; 2.° *Elevar*, el cuerpo y la cabeza se enderezan, el andar es firme, la boca cerrada, los dientes apretados; en los megalomaniacos, que son la caricatura del orgullo, estos rasgos se acentúan más. Algunos autores anotan además con carácter específico el juego del *musculus superbus* que adelanta el labio inferior.

Psicológicamente, el sentimiento de la fuerza es *sui generis* é irreductible. Está emparentado por una parte con la alegría, porque es la emoción esténica por excelencia; por otra parte con la cólera, porque el sentimiento de la superioridad conduce pronto al desprecio, á la insolencia, á la brutalidad, al ejercicio de la fuerza bajo su forma agresiva. Recordemos que anteriormente se

(1) Véase Darwin, XI, y Mantegazza, XIV.

ha referido á este sentimiento el placer que acompaña con bastante frecuencia á la cólera satisfecha. Como depende de la reflexión más que ninguna otra emoción primitiva, su desarrollo está determinado por las condiciones intelectuales.

¿Tiene algún equivalente entre los animales? Ciertos hechos permiten suponerlo. Las luchas corteses de combates simulados, de cantos, de danzas á que se entregan los machos para cautivar á las hembras, el triunfo de los unos y la derrota de los otros deben producir algún estado análogo al orgullo y á la humillación. La actitud arrogante del gallo y del pavo, la ostentación pretenciosa del pavo real, se toman como símbolos del orgullo cándido, y si la expresión de una emoción es esta emoción objetivada, se puede muy bien suponer que ésta existe de alguna manera. En el niño, el sentimiento personal va unido, al principio, al ejercicio de la fuerza física gastada en la lucha ó en los juegos; más tarde en la forma misma de su persona, en sus vestidos, en su adorno (sobre todo en las muchachas). Por efecto de una irradiación siempre creciente, el *self-feeling* comprende todo lo que entra en su esfera de acción y puede contribuir á dilatarla: los muebles, la casa, los parientes. Más tarde viene la conciencia de la fuerza intelectual y de las ventajas que procura: fama, poder, riquezas, etc.

Como derivados ó aspectos diversos de la emoción egoísta, bajo su forma positiva, encontramos el orgullo, la vanidad, el desprecio, el amor de la gloria, la ambición, la emulación, el valor, la audacia, el atrevimiento, etc. El estudio especial de cada uno de estos sentimientos pertenece más bien al moralista que al psicólogo (1).

Bajo su forma negativa, la emoción personal no

(1) Consúltese: W. James, *Psychology*, t. I, 305-339; Bain, opinión citada, capítulos X y XI; J. Sully, *Psychology*, t. II p. 97 y siguientes.

puede entretenernos mucho, porque sólo sería una repetición de lo anterior bajo un aspecto inverso. Tiene por base un sentimiento de debilidad, de impotencia. Se traduce por una disminución ó una suspensión de movimientos; su mímica es concéntrica, y consiste en disminuir, en lugar de aumentar; en bajar, en lugar de elevar. Está emparentada, por una parte, á la tristeza, y por otra parte al miedo; en una palabra, es la completa antítesis de la forma positiva.

De este origen salen, con adaptaciones diversas, la humildad, la timidez, la modestia, la resignación, la paciencia, la bajeza, la cobardía, la falta de confianza en sí mismo, etc. La mayor parte de estas manifestaciones no son sencillas, sino que resultan de la acción combinada de varias causas, como se dirá más adelante.

II

El sentimiento positivo ó negativo de la fuerza personal es una emoción normal, sana, cuando permanece dentro de los límites de la adaptación, porque tiene una utilidad individual y hasta social.

Para el individuo, es el instinto reflexivo de la conservación, y por la conciencia de su fuerza ó de su debilidad le permite medir sus pretensiones con su grado de potencia.

Socialmente, nos pone en una cierta medida bajo la dependencia de los demás. Aunque rigurosamente egoísta en su orígen, el *self-feeling* no puede desarrollarse más que haciéndose ego-altruista ó semi-social. Según Bain, la estima de nosotros mismos es «un sentimiento reflexivo que consiste en juzgarnos como juzgamos á los demás». Esta opinión se ha criticado y parece poco sostenible, tanto menos cuanto que quita al amor propio su caracter instintivo y autógeno, y le considera como una acción inversa. Sin embargo, es

cierto que el deseo de la aprobación y el temor del reproche son elementos *exteriores* que cuentan con la constitución y la consolidación del sentimiento de complacencia por nosotros mismos: la alabanza le da extensión, la crítica le corta y le mutila; y esto no supone mucha reflexión ni cultura. El niño es extraordinariamente sensible al juicio de sus iguales. El hombre primitivo está aprisionado en una red de costumbres, tradiciones, prejuicios, que no puede romper sin ser excomulgado; así son muy raros los que se contentan con su sola y única satisfacción.

Pero el amor á nosotros mismos se convierte fácilmente de semi-social en anti-social. No hay ninguna emoción en que sea tan sencillo y tan claro el paso de la forma normal á la pasión, de la pasión á la locura. En el fondo de la tendencia del yo á afirmarse, hay una virtualidad de expansión sin límites y de irradiación infinita. El hombre cuyo *self-feeling* es vigoroso, se parece á esas especies vegetales y animales, prolíficas y vivaces, que por sí solas serían capaces de cubrir toda la superficie del globo; su expansión sólo está contenida por la de los demás.

El camino que conduce á la patología está bien indicado. Hay primeramente las formas semi-morbosas, que se han llamado la locura del poder. Colocad á un hombre en condiciones tales, que esta tendencia á la expansión sin límites no encuentre nada que la detenga, y la llevará hasta el fin; este es el caso del poder absoluto. Sin duda esta posición única y, por decirlo así, sobrehumana, no basta. La *locura del poder* es el resultado de dos factores: ante todo el carácter, es decir, la violencia de los apetitos egoístas; siempre satisfechos, aumentan siempre, y la voluntad, fuerza antagonista de detención, disminuye siempre; después las circunstancias exteriores, la ausencia de todo freno, de un poder igual, que se levanta como una amenaza. El temor de una catástrofe

política ó de una sanción religiosa ha detenido á más de uno; ha limitado esta tendencia desenfrenada, que no es más que el sentimiento que tiene el yo de su potencia, llevado al estado agudo. Es inútil dar ejemplos tomados en la historia, porque no hay ya nadie que no conozca alguno (1).

El *self-feeling*, bajo su forma positiva, tiene su última encarnación en una manifestación patológica muy conocida: el delirio de grandezas ó megalomanía. Quizá es este el caso en que el aumento producido por la enfermedad se muestra más claro y sin alterar el original.

La megalomanía se encuentra en la parálisis general de los locos como momento pasajero; pero, sobre todo, en el delirio sistematizado crónico *(paranoia)*. Dejemos á un lado el período de incubación, que es con frecuencia melancólico; así en el delirio de persecución, el enfermo está atormentado al principio por sospechas vagas; no acusa á nadie en particular; no hay todavía enemigo titulado; pero un día lo descubre, y entonces ya no suelta la presa. Después, en algunos casos la enfermedad sufre una evolución, y llega á esta conclusión por deducción lógica: mi gran mérito y mi alta situación son los que excitan la envidia. Desde entonces queda constituída la megalomanía; el individuo se cree millonario, genio desconocido, gran inventor, rey, papa, Dios.

Nada tan característico como su retrato, que se ha hecho á menudo, y que muestra una vez más que la emoción, su expresión y sus bases fisiológicas sólo forman una unidad. «Anda con la cabeza alta, con seguridad; su lenguaje es breve é imperioso, busca el aisla-

(1) Para los pormenores sobre este punto, se puede consultar Ireland, *The Blot upon Brain*, p. 88 (allí se verá un estudio sobre los Césares romanos, los Sultanes indos, Ivan el Terrible, etc.), y Jacoby, *Études sur la selection et l'hérédité*.

miento y desdeña la sociedad que le rodea. Su modo de vertir concuerda con su género de aberración. Como el maniaco, se mueve y se agita, pero en él ningún movimiento es fortuito, ni se ejecuta sin motivo; su voluntad está siempre en juego; sus actos tienen un objeto determinado; si es violento es para hacer ejecutar sus órdenes, para mostrar su fuerza, capaz de aniquilarlo todo; no es el espírttu de destrucción el que le anima, sino la necesidad de manifestar su poder. Las funciones de la vida de asimilación no se alteran; se verifican de ordinario con una perfecta regularidad. Parece que la forma expansiva de su efecto, el contento de sí mismos, la extraordinaria satisfacción en que no dejan de vivir, imprimen á los aparatos de la vida orgánica un aumento de actividad de donde resulta en cierto modo un exceso de salud.» Se ha observado la longevidad frecuente de las personas atacadas de la locura de grandezas. Finalmente, la observación siguiente tiene su valor por el cambio á la vez orgánico y psíquico que se encuentra en ella: «Hemos observado un enfermo que, después de haber padecido durante varios años de melancolía, se ha convertido en megalómano casi de repente. Su constitución estaba profundamente alterada y su salud muy debilitada mientras ha sido lipemaniaco; sus fuerzas no tardaron en tomar un nuevo vigor en cuanto su afección mental se transformó en megalomanía (1).»

Se podría añadir que los hombres van más bien en el sentido del orgullo y las mujeres en el sentido de la vanidad; lo que va en favor de los que sostienen que la locura no es á menudo más que la exageración del carácter: basta haber demostrado que el sentimiento, aun ilusorio, de la fuerza personal llevado al extremo, no es más que el estado normal amplificado, no cambiado.

(1) Dagonet, *Traité des maladies mentales*, p. 360 y siguientes.

III

Quizá parezca extraño cerrar este capítulo con algunas observaciones sobre un hecho que, por sus caracteres interiores y exteriores, pertenece al grupo de las tendencias irresistibles, el impulso fatal al suicidio. Su afinidad con la obsesión homicida es innegable, como lo probaría el caso en que se ve uno atormentado alternativamente por la necesidad de matar ó de matarse. Sin embargo, si el amor á sí mismo, bajo su forma positiva, alcanza su punto culminante en la megalomanía, me parece legítimo sostener que *self-feeling*, bajo su forma negativa, alcanza su negación suprema en el suicidio.

Sin insistir sobre un punto accesorio, es cierto que el suicidio, como manifestación de la vida afectiva, nos pone en frente de un problema psicológico que no se ha observado bastante. Si hay un hecho indiscutible, es que en todo animal, el instinto fundamental, inmutable, es el de la conservación: ser y perseverar en su ser; ahora bien, el suicidio voluntario ó irreflexivo, deliberado ó impulsivo es la negación de la tendencia fundamental, negación no teórica, parcial y de palabras, sino de hecho y absoluta. El sacrificio de la vida no está subordinado á otro fin que obra por un atractivo superior, como el sacrificio por una creencia, por los suyos, por sus semejantes, por la patria; es una supresión pura y simple, una liberación deseada en sí misma y por sí misma.

El estudio etnológico, moral y social del suicidio no entra en nuestro objeto; ya se ha hecho hasta la saciedad (1). Solo tenemos por objeto el problema psicológico que hay que precisar más.

(1) En la abundante literatura que existe sobre el suicidio, conviene mencionar la monografía de Morselli: *Il Suicidio*, donde se estudian con muchos pormenores las causas cósmicas, étnicas, socia-

El acto del suicidio resulta de dos disposiciones mentales muy diferentes: el estado de reflexión y el estado de impulsión.

En el suicidio deliberado, reflexivo, voluntario, hay lucha entre dos factores: el instinto de conservación y el estado insoportable causado por el dolor (enfermedad incurable, ruina, miseria, penas, ambición frustrada, deshonor). La reflexión decide, y como el dolor es siempre un comienzo de destrucción, prefiere la destrucción total y brusca á la destrucción parcial y lenta. El acto es racional, pues va en el sentido de lo menos malo, ó por lo menos, de lo que se juzga como tal.

El suicidio impulsivo es más enigmático. Uno se arroja bruscamente al agua por una ventana, se envenena, se corta el cuello. En algunos hay una meditación previa de la muerte, pero que aparece siempre como forzada, inevitable, reclamando sin cesar á su víctima; el epíteto irresistible lo dice todo. Desde afuera, para el espectador, el acto parece sin motivo, sin razon, sin causa. Sorprende tanto más, cuanto que la lucha, en este caso, no es ya entre un instinto y la reflexión, sino entre dos instintos—conservación, destrucción—y que el uno, de ordinario el más fuerte, sucumbe y el individuo vuelve contra sí mismo la tendencia destructiva destinada á los demás.

Sin embargo, la psicología del suicidio voluntario da la clave del suicidio impulsivo. Lo que en el primero resulta de motivos conscientes, claros, razonados, en el segundo resulta de estados inconscientes, oscuros, ciegos: es un acto de la vida orgánica y la causa está

les, biológicas, psicológicas. De ello ha sacado conclusiones teóricas, las principales de las cuales son: 1.° en todos los pueblos civilizados el suicidio aumenta más rápidamente que el aumento geométrico de la población y de la mortalidad general; 2.° los suicidios están en razón inversa de los homicidios en un tiempo y en un país dados. Esta última «ley» la han discutido mucho Tarde y otros.

en la cenestesia. El suicidio impulsivo es la expresión del trabajo de destrucción, lento, permanente, sentido oscuramente, que se opera en las profundidades del organismo. El que oprime con rabia un diente enfermo, el que se revuelca por el suelo, el que se golpea la cabeza contra la pared, se mutila, intenta una reacción instintiva (aunque absurda) para desembarazarse de su dolor. Estas son formas mitigadas, pero que hacen comprender que el impulsivo obcecado, que se estrangula ó se ahoga, busca una liberación del mismo género.

Dejemos á un lado la degeneración invocada perpetuamente; la observación demuestra que entre los dos suicidios, la diferencia se reduce á la de las causas psíquicas y de las puramente orgánicas. El suicidio impulsivo tiene por terreno de elección la melancolía, la lipemanía, la hipocondría, es decir, estados que resumen un rebajamiento profundo, una desorganización de las acciones vitales. Observemos además el papel, señalado desde hace mucho tiempo, de la herencia: los descendientes se suicidan á menudo á la misma edad y por el mismo procedimiento que sus ascendientes (1), ahora bien, la herencia psicológica descansa sobre la herencia orgánica. Finalmente, el carácter automático de estos impulsos los aproxima á la clase de los reflejos: las tentativas de suicidio se repiten bajo la misma forma, en las mismas circunstancias, tales como el sonambulismo, la embriaguez, el período menstrual, etc. Todos estos caracteres asignan al suicidio irresistible un origen orgánico, lo que equivale á decir que la causa última está en el temperamento. El instinto de conservación existe en todos los hombres, pero puede tener todos los grados. En unos hay una alegría de vivir innata que resiste á todos los desastres; en otros una

(1) Para más pormenores remitimos á nuestra *Herencia psicológica*, trad. española, parte I, cap. VIII.

melancolía constitutiva, ó lo que es lo mismo, *un instinto de conservación muy débil* que cede al menor choque. El suicidio impulsivo representa el *self-feeling* en el último grado de su regresión ó en el término extremo de su forma negativa.

CAPÍTULO VI

EL INSTINTO SEXUAL

Su fisiología. — Su evolución: período instintivo, emocional (la elección individual), intelectual (amor platónico). — Su patología. ¿Cómo puede desviarse el instinto sexual? Causas anatómicas, sociales, psicológicas inconscientes y psicológicas conscientes.

I

El instinto sexual, el último en el orden cronológico en el hombre y los animales superiores, da origen á la emoción del amor con sus numerosas variedades individuales. La mayor parte de los psicólogos han sido muy sobrios de detalles con respecto á ella, y se podrían citar tratados voluminosos que ni siquiera la mencionan. ¿Es por pudor exagerado? ¿Es porque piensan que los novelistas, confinados obstinadamente al estudio de esta pasión, han ocupado su lugar? Pero éstos tienen un modo de análisis diferente de la psicología y que no la excluye.

Como el amor sexual es una emoción de evolución completa, es imposible determinar señales fisiológicas y psíquicas que convengan á todos los casos, desde el instinto ciego hasta las formas refinadas é intelectualizadas. Sin embargo, hay ciertos caracteres específicos que conserva siempre, una señal propia que no se borra nunca á través de sus metamorfosis, y que es la de su *origen*. Por el momento, tomemos como tipo las formas

comunes y medias que, como veremos más tarde, se encuentran á mitad de camino, cuando se sigue la evolución del amor sexual de abajo á arriba.

1.° Aunque ni James ni Lange lo hayan citado entre sus casos típicos, el amor es ciertamente una de las emociones que expresan más claramente el estado del organismo y que hablan con más claridad en favor de su tesis. Suprima el lector con el pensamiento, una después de otra, todas las manifestaciones fisiológicas que la acompañan; ¿qué queda? Ni siquiera la conciencia de una atracción vaga, porque ésta supone un movimiento real ó naciente.

El amor, como emoción esténica, presenta caracteres corporales que la aproximan, por una parte, á la alegría, por otra á la ternura — ya descritas. Aumento, á veces extraordinario, de la circulación, de la respiración, resonancia sobre las funciones orgánicas (hemos visto anteriormente que, en muchos animales, la época de los amores corresponde á profundas modificaciones químicas, ordinariamente tóxicas, del organismo). Movimientos centrífugos ó de aproximación, papel predominante del tacto resumido en su órgano esencial, la mano; caricias, abrazos, fusión; los movimientos de atracción, tanto más ruidosos y violentos cuanto más predomina el instinto. Finalmente, como señal específica, un estado particular de los órganos sexuales, que varía de la excitación ligera al paroxismo, pero cuya conmoción, fuerte ó débil, aun cuando no tenga su eco en la conciencia, influye sobre la actividad inconsciente (1).

(1) M. Pierre Janet refiere el caso de una mujer, en la cual «los sentimientos de familia, las emociones afectivas y la sensibilidad de las partes genitales aparecen y desaparecen simultáneamente» Añade: «¿Cuál de estos fenómenos lleva trás de sí á los demás? La sensibilidad genital ¿es un centro alrededor del cual se construyen las demás síntesis psicológicas? No quiero sacar ninguna conclusión.» — (*État mental des hystériques*, t. I, pp. 217-218.)

Si de las manifestaciones orgánicas, vaso-motoras y motoras, pasamos á los centros nerviosos, receptores de las impresiones é iniciadores de los movimientos, apenas se encuentra nada más que hipótesis. Un solo punto está fijado desde Budge: la existencia en la médula espinal de un centro ó de una región al nivel de la cuarta vértebra lumbar, que tiene bajo su dependencia á los movimientos del acto sexual. Su papel psicológico es débil ó nulo; es propiamente un centro instintivo, cuya acción no está limitada por la ablación de los hemisferios cerebrales y del cerebelo en los vertebrados inferiores, y hasta en el perro, como lo prueban los experimentos de Goltz y otros.—Algunos autores admiten, sin localización precisa, un segundo centro, situado hacia los ganglios de la base del encéfalo, que sería el lugar de las sensaciones brutales y de los movimientos correspondientes; estaría en relación con los centros de la sensación olfativa y de la sensación visual: éste tendrá un valor psicológico.—Finalmente, un tercer y último centro en una capa cortical, órgano de la percepción propiamente dicha y de la reviviscencia de las imágenes. Nada preciso sobre su posición; ¿está localizado en una región, ó diseminado? Sólo se hallan sobre este punto hipótesis, cuando se las halla (lóbulo occipital (¿?), proximidad del centro olfativo). Se contentan con admitir que, desde los órganos genitales, las impresiones se trasmiten primero al centro inferior (espinal), que obra por reflexión sobre los sistemas correspondientes de una inervación vascular, motora, secretora; que de aquí (haya ó no un centro intermediario) llegan á la corteza cerebral, para producir un estado de conciencia más ó menos claro, según los casos.

La anatomía y la fisiología no son las únicas interesadas en esta cuestión, porque si estuviese bien establecida la existencia de tres centros superpuestos, unidos entre sí, aunque distintos por sus funciones, esto

daría puntos de mira y establecería condiciones fijas, momentos en el desarrollo de la emoción sexual, que pueden resultar de un estado de órganos (forma instintiva), de una percepción exterior ó de una pura representación (amor de imaginación). En ausencia de una base anatómica, que serviría á la psicología normal, y quizá más todavía á la comprensión de los hechos patológicos, seguimos la evolución del amor sexual tal como nos la da la observación. Ya se ha bosquejado en la «Introducción», pero muy brevemente.

2.º Hemos distinguido en esta evolución psicológica tres períodos principales: instintiva, emocional, intelectualizada.

Tomando la cuestión desde su origen más lejano, algunos naturalistas y filósofos admiten en los seres vivos, desprovistos de sistema nervioso — micro-organismos animales ó vegetales—equivalentes de la atracción sexual. Es curioso, dice Balbiani, encontrar en seres cuya pequeñez y la extraordinaria sencillez de su organización han hecho que todos los zoólogos los coloquen en el límite más retrasado del mundo animal, actos que denotan la existencia de fenómenos análogos á aquellos por los cuales el instinto sexual se manifiesta en gran número de metazoarios..... Así entre los paramecios, en el momento de la propagación, un instinto superior parece dominar estos pequeños seres; se buscan, se persiguen, van de uno en otro palpándose, ayudados de sus pestañas, aglutinándose por algunos momentos en la forma de la relación sexual, separándose para unirse de nuevo. Estos juegos singulares, por los cuales tales animalillos parecen provocarse mutuamente para la unión, duran con frecuencia muchos días antes que ésta llegue á ser definitiva.» Se han citado otros hechos del mismo género. En fin, se ha dicho, «la unión de dos elementos sexuales no deja de tener analogía con la unión de dos animales de los cuales

derivan esos elementos: el espermatozoide y el óvulo hacen en pequeño lo que los dos individuos hacen en grande; el elemento espermático, dirigiéndose hacia el óvulo que debe fecundar, está animado por el mismo instinto sexual que dirige al ser completo, hacia su hembra» (1).

Ateniéndonos á los micro-organismos, estos hechos de abstracción sexual han sido interpretados de dos maneras, como hemos visto anteriormente: una psicológica y otra química. Los unos — como acabamos de observar — admitiendo un deseo, una acción colectiva, una elección, apoyándose no solamente sobre los fenómenos de la generación, sino sobre muchos otros; así el hábito, el empleo de una cierta materia para la construcción de los caparazones, los movimientos de ciertos micro-organismos para buscar y coger una presa determinada. Los otros rechazan esta psicología, que califican de antropomorfismo, y sostienen que las acciones químicas bastan para explicarlo todo. Ya Pfeffer había mostrado, en lo que concierne á la generación, que los espermatozoides de las criptógamas son atraídos por ciertas sustancias químicas que varían según los vegetales. Más recientemente Maupas y Verworn, estudiando uno después de otro los casos de la pretendida elección, eliminan todo elemento psíquico para reducirlos al puro mecanismo. Yo me pongo de parte

(1) Esta tesis psicológica ha sido sostenida en todo su rigor por Delbœuf: «Esta joven y este joven (teniendo inclinación el uno hacia el otro) obedecen á la voluntad, oscura en el uno y en el otro, de un espermatozoide y de un óvulo. Pero tenedlo como cosa cierta: esta voluntad no es oscura, ni en el espermatozoide, ni en el óvulo; ellos saben, los dos, lo que les falta, y lo buscan. Para ello dan órdenes á su cerebro respectivo por el intermediario del corazón, y el cerebro obedece sin saber por qué. Algunas veces se figura haber razonado, y se explica á sí mismo su elección. En el fondo no ha sido más que un instrumento *inconsciente* en poder de un obrero imperceptible que sabe lo que quiere y lo que hace» — (*Revue philosophique*, p. 257.)

de la segunda opinión, reconociendo que en los problemas del origen se decide según las probabilidades más bien que según las pruebas.

Por encima de esta abstracción química ú orgánica, encontramos el instinto sexual propiamente dicho, que con adaptaciones sin número abarca á todos los animales. Es inútil establecer que es fatal, ciego, no aprendido, anterior á la experiencia; pero como por su naturaleza consiste esencialmente en manifestaciones motoras, su psicología es bastante pobre. No serán inútiles algunas observaciones sobre este punto. Se ha producido, en efecto, un cambio de posición sobre el problema del instinto.

Durante la primera mitad de este siglo, el innatismo del instinto está colocado en el orden del conocimiento, mientras que la psicología contemporánea lo coloca en el orden de los movimientos, ó más exactamente, en una relación fija entre ciertos estados de conocimiento y ciertos movimientos. En la primera hipótesis, bien expuesta por F. Cuvier, el instinto consiste en imágenes ó sensaciones innatas y constantes que determinan á obrar como las sensaciones ordinarias; es «una especie de visión, de sueño, análoga al sonambulismo». En la segunda hipótesis, las sensaciones, percepciones é imágenes suscitan movimientos determinados por la organización (el ánade que ve el agua, el gato joven que olfatea un ratón, la ardilla que hace sus provisiones de invierno). No hay nada de representaciones innatas, ni aun de movimientos innatos, sino una relación prestablecida entre impresiones fortuitas y un grupo de movimientos: el instinto es la *reacción motora innata* á una excitación externa ó interna; resulta de la naturaleza del animal. La impresión no hace más que aflojar el fiador, y el tiro sale. Como cualquier otro, el instinto sexual consiste en una *relación* fija entre dos sensaciones internas que vienen de los órganos genitales ó de las percepciones tactiles, vi-

suales, olfativas, de una parte, y de los movimientos adaptados al fin, de la otra. En tanto que, instinto, es esto, y nada más que esto. Entre la inmensa mayoría de los animales, y con frecuencia en el hombre, no pasa de este nivel; en términos más claros, no va acompañado de ninguna emoción tierna. Cumplido el acto, hay separación y olvido. Más todavía, en ciertos casos hay más que indiferencia, hay hostilidad: los machos de la abeja reina son condenados á muerte como inútiles, y se sabe que el macho de la araña corre con frecuencia el riesgo de ser devorado.

El *amor* sexual corresponde á una forma más alta de la evolución. Además del instinto, supone la adición, en cualquier grado que sea, de sentimientos de ternura, es pues una simple emoción, aun en las especies animales, bastante numerosas, que nos ofrecen muestras de él. En el hombre, sobre todo el civilizado, su complegidad llega á ser extrema. El análisis que ha hecho Herbert Spencer es conocido y un poco extenso; sin embargo, no dudo en transcribirlo, porque no encuentro ninguno que le iguale, y no encuentro nada que quitarle ó que agregarle.

«Ordinariamente, aunque con error, se habla de la pasión que une á los sexos como de un sentimiento sencillo, mientras que de hecho es el más complejo, y por consecuencia el más poderoso de todos los sentimientos. A los elementos puramente físicos que encierra, es necesario añadir primero esas impresiones muy complejas producidas por la belleza de una persona, y alrededor de las cuales se agrupan un gran número de ideas agradables que en sí mismas no constituyen el sentimiento del amor, pero tienen una relación orgánica con este sentimiento. A esto se añade el sentimiento complejo que nosotros llamamos *afección*; sentimiento que pudiendo existir entre dos personas de un mismo sexo, debe ser mirado en sí mismo como un sentimiento independiente, pero que adquiere su más alta actividad

entre los amantes. Hay también aquí el sentimiento de *admiración*, respeto ó veneración que en sí mismo tiene un poder considerable, y que en el caso actual llega á ser activo en muy alto grado. A esto es menester añadir el sentimiento llamado *amor de la aprobación*. Cuando uno se ve preferido á todo el mundo, y esto por alguien á quien se admira más que á todos los demás, el amor de la aprobación es satisfecho en un grado que rebasa todas las experiencias anteriores; especialmente cuando á esta satisfacción directa hay que añadir la indirecta que resulta de que esta preferencia es atestiguada por los indiferentes. Además hay también un sentimiento vecino del precedente, el de la *estima de sí mismo*. Haber logrado alcanzar tal apego de parte de otro, dominarle, es una prueba práctica de poder, de superioridad, que no puede menos de excitar agradablemente el amor propio. Además, el sentimiento de la posesión tiene su parte en la actividad general; hay aquí un placer de la posesión; los dos amantes se pertenecen el uno al otro, se reclaman mutuamente, como una especie de propiedad. Además, en el sentimiento del amor se implica una gran libertad de acción. Respecto á las otras personas, nuestra conducta debe ser prudente, pues alrededor de cada una hay ciertos límites delicados que no se pueden traspasar, hay una individualidad en la cual nadie puede penetrar. Pero en el caso actual se levantan las barreras, el libre uso de la individualidad de otro se nos concede, y de este modo se satisface el amor de una actividad sin límites. Finalmente, hay aquí una exaltación de la simpatía: el placer puramente personal se duplica al compartirle con otra persona, y los placeres de ella se añaden á nuestros placeres puramente personales. Así, alrededor del sentimiento físico que forma el núcleo de todo, se unen los sentimientos producidos por la belleza personal, los que constituyen la simple atracción, el respeto al amor de la aprobación, el amor propio, el amor de la posesión,

el amor de la libertad, la simpatía; todos estos sentimientos excitados cada uno en el más alto grado, y tendiendo, cada uno en particular, á reflejar su excitación sobre cada uno de los otros, forman el estado psíquico compuesto que llamamos nosotros amor. Y como cada uno de estos sentimientos es en sí mismo muy complejo, pues como se ha visto reune una gran cantidad de estados de conciencia, podemos decir que esta pasión funde en un agregado inmenso casi todas las excitaciones elementales de que somos capaces, y que de aquí resulta su poder irresistible» (1).

Este momento de la evolución da el tipo completo del amor. Al continuarlo se produce una ruptura del equilibrio á expensas de los elementos fisiológicos y del instinto, que se borran gradualmente frente á una imágen que se intelectualiza cada vez más.

Ciertamente, en el fondo de todo amor hay la persecución inconsciente de un ideal, pero tomado bajo una forma concreta, personal, encarnado por un momento en un individuo. Por un trabajo de abstracción del espíritu, semejante al que hace salir las ideas más generales de las percepciones, la imágen concreta se trasforma en un esquema vago, en un concepto, un ideal absoluto, y vemos el amor puro, intelectual, platónico, místico; la emoción se intelectualiza totalmente. Notemos que este último período de la evolución no es muy raro. Aunque se encuentre en el estado esporádico, es fija y expresada, en ciertos momentos de la historia, en las instituciones; el amor caballeresco, del cual es el más perfecto ejemplo el de Godofredo Rudel, buscando á la condesa de Trípoli; los trovadores, las cortes de amor provenzales sosteniendo que el amor *verdadero* no puede existir en el matrimonio, y excluye toda cohabitación, etc.—Sin embargo, no hay que dejarse guiar demasiado por las apariencias. Los amantes

(1) Herbert Spencer, *Psychologie*, pár. 215.

platónicos y místicos han sostenido siempre que su sentimiento era perfectamente puro, que no tiene nada de común con los sentidos, y la opinión contraria les parece una profanación y un sacrilegio. Pero, ¿cómo podría existir el amor sin las condiciones físicas, por muy atenuadas que se las suponga? Si estas faltan, no tenemos y no podemos tener más que un estado completamente intelectual, la representación de un ideal concebido, no sentido. Por otra parte, hay algo más que hacer que suponer y razonar: hechos bastante frecuentes muestran cómo se puede caer rápidamente de la esfera ideal, y la caída no es tan fácil más que porque todo está dispuesto para favorecerla (1).

En esta evolución ascendente del instinto á la forma idealista, hay un momento decisivo: la aparición de la elección individual; esta es la nota propia que distingue el instinto de la emoción. El instinto sexual se contenta con una satisfacción específica; el amor sexual, no: como la elección se manifiesta entre los representantes superiores de la animalidad, no solamente por combates sangrientos entre los machos, ó por los torneos más pacíficos que preceden á la selección sexual, sino, en la ausencia de toda rivalidad y de toda concurrencia, por la preferencia exclusiva de un macho por una hembra elegida entre otras muchas que él podría poseer, se puede admitir con mayor razón que la humanidad primitiva ha debido salir muy pronto de la *venus volgivaga*. Se sabe que Schopenhauer y después que él Hartmann han tratado de determinar las razones de la elección; pero esta tentativa queda siempre incompleta, porque no se está jamás seguro de descubrir todos los factores inconscientes.

Por lo demás, la psicología del amor oculta otros muchos misterios. Su violencia ciega que produce asom-

(1) Para observaciones curiosas sobre este punto, véase especialmente Moreau (de Tours) *Psychology morbide* pp. 264 á 278.

bro y á veces espanto en el observador de sangre fría, ¿de dónde viene? Bain cree explicarla por una «concentración de la atención sobre un individuo» y porque «la intensidad y la unidad en el objeto están asociadas en el amor»; pero esto es lo mismo para otras pasiones tales como la ambición y el odio: Herbert Spencer, en el análisis precitado, la atribuye á su complejidad; el amor es un agregado de tendencias heterogéneas, pero que todas convergen al mismo fin y empujan en el mismo sentido. En el fondo, la irresistibilidad está en el instinto sexual y no existe sino por él; únicamente la actividad instintiva tiene esta potencia. Se podría decir también en términos biológicos, según la hipótesis en voga de Weissmann: la continuidad del plasma germinativo que se manifiesta y afirma enérgicamente, poniendo en salvo los derechos de la especie contra las fantasías individuales. Pero todas estas metáforas no explican nada, no añaden nada á la sencilla observación del hecho. El instinto sexual queda como el centro alrededor del cual gravita todo; nada existe más que por él; el carácter, la imaginación, la vanidad, la imitación, la moda, el tiempo, los lugares y muchas otras circunstancias individuales ó influjos sociales, dan al amor, como emoción ó pasión, una plasticidad sin límites: toca á los novelistas describir todas sus formas; y no han descuidado esta tarea.

II

Aunque el amor, aun en sus manifestaciones medias, sea inseparable de la obsesión y de la impulsión, yo no veo en estos dos caracteres ningún motivo legítimo para colocarle, sin restricción, como place á muchos autores, en la patología (1). Tiene su fin natural y

(1) Véase Danville, *Psychologie de l'amour*, cap. VI, para una discusión detallada de esta cuestión que el autor se decide también por la negativa.

tiende á él por los medios apropiados; que á menudo toca á los límites de la locura, lo sabe todo el mundo; pero en esto no difiere de la mayor parte de las emociones. Hay las formas impulsivas é irresistibles del amor (erotomanía); estas quedan dentro de lo natural; su verdadera patología está en otra parte, está fuera de lo natural.

Sobre las desviaciones é inversiones del instinto sexual se han publicado—sobre todo en nuestros días—tantas observaciones, escrito tantos libros, discutido tanto en tesis médico-legales, que se podría creer que la psicología de esta materia se encuentra aclarada; nada de esto: ahora bien, únicamente ésta es la que nos interesa.

Reducido á su más simple expresión, el problema psicológico es este: El instinto sexual tiene un fin muy claro y muy fácil de establecer; ¿cómo puede separarse de él? Otros instintos, el de la conservación bajo la forma ofensiva ó defensiva, el *self-feeling*, no tienen un mecanismo que les sea exclusivamente propio y son susceptibles de adaptaciones variables y múltiples. Este está encerrado por la naturaleza en límites muy extrictos. Sin duda, que todo instinto tiene sus oscilaciones; pero éste no varía más que en los medios, el fin siempre es el mismo. La hormiga, la abeja, el castor, la araña, modifican su manera de obrar según el medio, porque están encerradas en este dilema: adaptarse ó perecer; pero llegan siempre al mismo fin. El instinto de la nutrición en el hombre utiliza los animales y los vegetales, las orugas crudas del salvaje ó la cocina inteligente del civilizado; pero el mismo fin es perseguido siempre y cumplido. En las desviaciones, al menos en las extremas del instinto sexual, es otra cosa: todo cambia, medios y fines. El fin normal—la generación y la perpetuación de la especie — parece ignorado, como si no existiera. Este aspecto de la cuestión no creo que haya sido notado. ¿Cómo un instinto tan só-

lidamente establecido, teniendo su mecanismo propio, puede faltar?

Esta cuestión merece una monografía, puramente psicológica, muy difícil, cuyo lugar no es este. Quiero solamente buscar las principales causas de alteración de este instinto. No citaré ningún hecho; estos son muy conocidos ó se adivinan por sí mismos; por otra parte, es menester optar entre mucho ó nada. Dejo á un lado los casos extremos, como la necrofilia ó el eretismo sexual acompañado de la necesidad de violencia, de destrucción, de sangre: esto es el equivalente de las manifestaciones animales mencionadas más arriba, en las que el estado de excitación general, lejos de suscitar la ternura, despierta con preferencia las tendencias agresivas. Tales son los impulsos locos. Me atengo á las desviaciones é inversiones, es decir, á los casos en que el mecanismo natural del instinto es falseado (excitaciones causadas por impresiones extrañas á la sexualidad, atracción hacia el mismo sexo).

Se pueden pasar en silencio las causas generales, que instruyen poco: la degeneración, invocada aquí como de costumbre; la herencia, que no explica nada, puesto que es una repetición y retorna al caso primitivo, en el cual se vuelve á plantear la cuestión. No se puede investigar con fruto más que en el orden de las causas particulares.

1.° Una primera, anatómica y fisiológica: se encuentra en la conformación de los órganos genitales: detención de desarrollo, sexualidad incompleta, hermafroditismo, deformaciones, etc. Esta es la más sencilla, la más fácil de comprobar y basta para diferentes casos: la acción de abajo arriba, del órgano y de su centro inferior sobre el cerebro, no es ya normal; las condiciones de existencia del instinto están ausentes ó alteradas.

2.° Las otras causas son más difíciles de señalar. He aquí una de orden sociológico: se sabe lo que pasa

en las aglomeraciones cerradas de individuos del mismo sexo: internados, conventos, prisiones, cuarteles, buques haciendo un largo viaje.

Pero las más numerosas son de origen psicológico y es necesario dividirlas en inconscientes y conscientes:

3.º Las causas inconscientes y por consecuencia involuntarias son más bien sospechadas que comprobadas. Consisten en asociaciones de ideas extravagantes que se forman en el momento de la pubertad y cuya última razón nos escapa: se podrían asimilar á ciertos casos de audición coloreada, por los que se forma una asociación entre un sonido y un color, de apariencia accidental y fortuita, pero que descansa sobre un fondo afectivo común. Hay más; las observaciones parecen mostrar que en una época bastante anterior (cerca de cinco ó seis años), se producen «impulsos genitales inconscientes que provocan asociaciones de ideas que sirven frecuentemente en el porvenir de *substratum* á nuestros sentimientos y á nuestras voliciones. La mayor parte de estas asociaciones son inestables y quedan en lo inconsciente. En los degenerados toman el carácter impulsivo y de obsesión que distingue su psicología; la intensidad expresa el grado de conciencia que les acompaña, el recuerdo que les queda ligado, la importancia misma que ellas toman en la existencia ulterior. La existencia de una sub-personalidad inconsciente, directora de la personalidad consciente, se manifiesta aquí, más que en cualquier otra parte, con una claridad innegable (1).»

4.º Quedan las causas conscientes y voluntarias que son el reverso de las causas físicas, representan una acción de arriba á abajo, de los centros superiores sobre los centros inferiores y los órganos. Es aquí donde el instinto se encuentra en lucha con su enemigo más

(1) Dallemagne, *Dégénérés et Déséquilibrés*, p. 527.

temible: la imagen intensa es persistente. En los predispuestos, el poder creador de la imaginación trabaja en una construcción sobre un tema erótico, como produce en otros una invención mecánica, una obra de arte, un descubrimiento científico. Toda imagen viva tiende á realizarse; en el caso actual puede apartar al instinto de su camino natural si su poder motor es más fuerte; y el instinto sexual no tiene en todos los hombres una estabilidad igual.

No pienso, además, que estas causas basten para explicarlo todo; aun teniendo en cuenta la imitación que se fija en las costumbres y el contagio del ejemplo. Si los hechos se tomaran en sus pormenores, sin omitir nada, más de una vez se encontraría uno con dificultades para la explicación. Así, aberraciones sexuales se encuentran entre los animales de mediocre inteligencia y que viven sin sujeción; ¿se puede acusar á la imaginación? En los pueblos primitivos, los hunos, dicen los historiadores antiguos, habían hecho del amor contra natura una institución; ¿se puede acusar á la civilización? Muchas otras dificultades de este género podrían formularse; pero recuerdo que la patología no se ha introducido en esta obra más que á título de esclarecimiento y me parece que, en nuestra cuestión actual, recibe de la psicología normal más luz de la que ella le envía.

CAPÍTULO VII

TRANSICIÓN DE LAS EMOCIONES SIMPLES Á LAS COMPLEJAS

Las emociones complejas se derivan de las emociones simples: 1.°, por evolución completa; de forma homogénea (ejemplos), de forma heterogénea (ejemplos); 2.°, por suspensión de desarrollo; 3.°, por composición: dos formas. Composición por mezcla: de elementos convergentes; de elementos divergentes. Composición por combinación (sublime, humor). El pudor, ¿es un instinto? Hipótesis sobre su orígen.

Habiendo estudiado una tras otra las tendencias que tenemos por irreductibles y la emoción simple que las expresa, pasamos ahora á las emociones compuestas. No hay necesidad de hacer notar que una emoción simple (el miedo, la cólera, etc.), es por sí misma un fenómeno muy complejo, y que «simple» significa irreductible por el análisis á otra emoción. Son compuestas todas aquellas que no presentan este carácter. El problema que se presenta aquí es este: ¿Cómo de las emociones primitivas ó principales salen las secundarias y derivadas? Admitiéndose que hay emociones típicas, y, por otra parte, mostrándonos la observación de la vida humana estados afectivos muy numerosos, con sus variedades y matices individuales, sus trasformaciones en el curso de las edades, ¿cómo se produce esa multiplicidad?

Bajo esta forma es como habían puesto la cuestión los maestros del siglo XVII, y así la tomo yo, porque

este método me parece preferible al de las clasificaciones que ha prevalecido después. Se sabe que Descartes no admitía más que seis pasiones primitivas: la admiración, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza; «todas las otras, dice, están compuestas de algunas de estas seis, ó bien son especies que tienen aquí su origen» (1), y él describe hasta cuarenta; Espinosa no admite más que tres principales: el deseo, la alegría y la tristeza, y deduce de éstas las otras, que, eliminadas las repetidas, se elevan hasta cuarenta y seis. Sin embargo, no se ve claramente por cuál procedimiento determinan estos filósofos las pasiones primitivas; parece que es según su carácter de generalidad extrema (salvo para la admiración). En cuanto á las otras pasiones, son *deducidas*, y para mostrarlo bien tiene Espinosa siempre cuidado en sus definiciones de hacer volver la pasión derivada á la pasión primitiva. Así, «el temor es una *tristeza* insegura que proviene de la idea de una cosa futura ó pasada cuyo acontecimiento nos deja alguna duda» (1). En suma, su método es geométrico y reductivo, sobre todo en la *Ética*; pero se puede adaptar con ligeras modificaciones á las exigencias de la psicología experimental. Por esto hemos determinado las emociones primitivas por la observación—según su orden de aparición cronológica— no por su carácter de generalidad. En cuanto á las emociones derivadas, vamos á esforzarnos en establecer las condiciones muy diversas de su génesis, no por deducción sino por análisis ó síntesis, y según la observación, es decir, en tanto que posible, por un método genético. Hemos hablado en otra parte de las clasificaciones y de las dificultades insuperables que les son inherentes; tampoco el fin que nos proponemos es el de: dada una emoción compuesta cualquiera, determinar su género y su es-

(1) Descartes, *Traité des passions*, pár. 69.

(2) Spinoza, *Etica*, III, Apéndice.

pecie, sino el de saber *de qué emoción primitiva deriva y por qué procedimiento*.

Estos procedimientos naturales de trasformación de lo simple en compuesto, me parece que se pueden reducir á tres: 1.º, por evolución; 2.º, por suspensión de desarrollo; 3.º, por composición (mezcla y combinación). Estos tres procedimientos pueden obrar aislada ó conjuntamente; las emociones más complejas son de ordinario el resultado de su cooperación. Vamos á examinarlos sucesivamente.

I

La trasformación *por evolución* completa ó incompleta es el caso más sencillo y el más general. Consiste, como toda evolución, en el paso de lo simple á lo complejo, de lo indiferente á lo diferenciado, de lo inferior á lo superior. Depende del desarrollo intelectual, y se apoya sobre la ley de la trasferencia ya descrita (Primera parte, cap. XII), que es aquí el instrumento activo é inconsciente. Por débil que sea el desenvolvimiento de las emociones en una raza ó en un individuo (excepto el idiota), no falta jamás, porque los acontecimientos de la vida nacional é individual tienen siempre alguna variedad y algunos cambios de aspecto que influyen sobre la vida afectiva.

Conviene distinguir dos casos, según que la emoción es de una forma homogénea ó de una forma heterogénea.

Primer caso. Evolución de forma homogénea. — La emoción primitiva queda idéntica á si misma en todo el curso de la evolución; no hace más que crecer en complejidad. He aquí algunos ejemplos (1).

(1) Todas las emociones que se van á citar en este capítulo, habiendo sido ya estudiadas, ó debiendo serlo, no se mencionan más que sumariamente á título de ejemplos y de aclaraciones del trabajo del espíritu en la creación de las formas compuestas.

La emoción estética tiene por origen un sobrante de actividad que se gasta en una dirección particular, bajo el influjo de la imaginación creadora, y conserva este carácter fundamental desde los dibujos tallados sobre piedras del hombre cuaternario ó la danza simbólica de los primitivos, á través de las épocas clásicas, hasta los refinamientos quita-esenciados de los decadentes. Ciertamente que no están todos dispuestos á admitir esto: un temperamento artístico muy fino, educado en un medio muy culto, arrojado bruscamente en la estética de los salvajes, negará la comunidad de origen, pero equivocadamente. Los siglos á los cuales ha faltado el sentido de la evolución, de la continuidad del desarrollo (siglos XVII y XVIII) no han visto en los orígenes del arte más que groserías incomprensibles, de las cuales hay que apartar los ojos. La transición se ha hecho de lo simple á lo complejo por la acumulación de los conocimientos, de las ideas y de la habilidad técnica, causas ú ocasiones de nuevas maneras de sentir; así se han formado agregados yuxtapuestos que obran por la cualidad y por la cantidad. Esta marcha de lo simple á lo complejo es más visible que en otra cosa en el desenvolvimiento del sentimiento de la música, la más emocional de todas las artes.

El sentimiento religioso no es de origen simple. Resulta: 1.º, de la fusión de dos emociones primitivas, el miedo y el amor, en sentido amplio (emoción tierna): es, pues, un compuesto binario; 2.º, de un proceso de evolución, que tendremos que seguir en sus detalles, que depende de condiciones intelectuales: predominio de las imágenes, de los conceptos inferiores, después de los conceptos superiores. Aquí todavía la continuidad escapa á muchas gentes, que no ven el lazo que une el fetichismo á las religiones más idealistas. ¡Cuántos viajeros y etnógrafos, después de haber observado en una población la existencia de la hechicería, de los amuletos, de ritos funerarios, afirman seriamente que

está desprovista de sentimiento religioso! Es porque para ellos las formas completas y organizadas son las únicas que se tienen en cuenta, y no ven el sentimiento religioso más que á través de las grandes religiones.

Segundo caso. Evolución de forma heterogénea.— El sentimiento primitivo se trasforma, hasta el punto de llegar á ser desconocido y no poderse encontrar más que por un análisis, con frecuencia laborioso. Este caso se asemeja al desenvolvimiento morfológico de los animales; las formas del adulto no dejan sospechar las formas de la vida embrionaria y fetal.

El mejor ejemplo que se puede aportar es la génesis de la emoción de benevolencia. La dejo para el capítulo siguiente, en donde estará más en su lugar. Pero podemos examinar otro caso.

El instinto de conservación es, como hemos visto, un término colectivo, una fórmula abreviada para designar el conjunto de las tendencias particulares que aseguran la persistencia del individuo, entre las cuales es fundamental la necesidad de nutrirse. Se manifiesta en toda su sencillez en la mayor parte de los animales y en las poblaciones más salvajes, que viven estrictamente al día. Sin embargo las hormigas, las abejas, las zorras y muchos más animales conservan los alimentos para sus necesidades. La especie humana ha adquirido muy pronto la previsión y la preocupación del futuro, aun sin salir de la vida salvaje, de la caza y de la pesca. Con la vida nómada y agrícola se afirma más y más la necesidad de poseer. El progreso social, sustituyendo al cambio natural con el uso de los metales preciosos, primero en lingotes, después en monedas, más tarde con el papel-moneda, imprime la misma marcha al sentimiento y se trasfiere de las cosas á los valores que los representan y á la representación de estos valores; en muchos con la tenacidad bien conocida; y se ven, finalmente, gentes que prefieren la enfermedad á los

gastos de la curación, el riesgo de ser asesinado al disgusto de entregar la bolsa; de suerte que estos valores y signos de valores, representando la posibilidad de satisfacer las necesidades (nutrición, vestidos, habitación, etc.), llegan á ser en sí mismos y por sí mismos una causa de deseo y de placer, y que, fabricados para asegurar la vida, quedan inútiles cuando no sirven más que para causar la muerte. La avaricia es una pasión que aclara convenientemente esta evolución de forma heterogénea que, á despecho de un desenvolvimiento estrictamente lógico, sufre tantas metamorfosis, que su punto de llegada parece la negación de su punto de partida.

El sentimiento de la fuerza, el *self-feeling*, bajo su forma positiva, es en primer término, como hemos visto, la conciencia de la energía física; pero con el desenvolvimiento intelectual irradia en diversos sentidos, conforme al temperamento y al carácter. Podemos notar, á lo menos, dos direcciones muy diferentes: primero, una evolución en el sentido teórico y puramente individual: abordar todas las cuestiones, escrutarlo todo, criticarlo todo, formarse de todo una opinión independiente, brevemente, tener por ideal una libertad absoluta de pensar, sin freno ni restricción de ninguna clase; segundo, una evolución en el sentido práctico y social; extender su poder sobre las cosas y los hombres: el niño que domina á sus camaradas, más tarde se impone á un grupo de hombres, á un pueblo, á pueblos (César, Napoleón). La cualidad de las emociones sentidas en los dos casos es muy diferente; sin embargo, la fuente primera es común, la divergencia es el efecto del carácter y de la evolución intelectual.

II

La trasformación de las emociones simples en emociones derivadas *por suspensión de desarrollo* es más

rara. Mientras que en el caso precedente hay una marcha hacia adelante, rectilínea, arrastrando la evolución intelectual á la evolución afectiva según la ley de trasferencia, aquí el trabajo del espíritu es más complicado; supone un antagonismo entre dos estados de conciencia, que se resuelve en una transacción. Hay de una parte tendencias afectivas que van en el sentido de la impulsión, y de otra imágenes, ideas, estados intelectuales cualquiera que obran en el sentido de la suspensión, de suerte que la emoción resultante se compone á la vez de movimientos y de inhibición de movimientos.

Salvo el miedo, todas las emociones primitivas implican tendencias al movimiento, algunas veces violentas y ciegas como las fuerzas naturales; esto se ve en los niños, los animales, los hombres primitivos, los bárbaros de los primeros siglos de nuestra era, tales como los describen los cronistas contemporáneos; el paso al acto, bueno ó malo, es instantáneo, rápido y fatal como un reflejo.

La reflexión es por naturaleza lenta é inhibitoria. ¿Cómo puede producir una suspension de movimiento una imágen ó una concepción? Esta es una cuestión muy oscura y poco estudiada en cuanto á su mecanismo psicológico y fisiológico; es inútil tratarla aquí al paso; basta con que la suspensión exista de hecho.

La intervención de este nuevo factor—la reflexión—puede tener dos resultados. El primero es el de borrar, de hacer desaparecer; así, una pasión puesta en jaque, después de las oscilaciones, de retornos y recaídas, acaba por extinguirse. El segundo es una trasformación ó metamorfosis por suspensión de desarrollo; no hay aquí extinción, sino cambio de naturaleza.

Las ciencias fisiológicas se han familiarizado con la noción de suspensión de desarrollo y con las modificaciones morfológicas que de ello resultan. Se sabe que las partes de un sér viviente están de tal modo ligadas

entre sí, que ninguna puede cambiar sin que las otras cambien también. Tal es la fórmula de la ley llamada de las correlaciones orgánicas, y que tiene su equivalente en el orden funcional. La «compensación de desarrollo» existe, á no dudarlo, en psicología, aunque se haya estudiado bien poco, á pesar de que merezca otra cosa: así la experiencia parece mostrarnos que la hipertrofia de ciertas facultades lleva consigo como consecuencia la hipertrofia ó la atrofia de algunas otras.

Hemos considerado precedentemente (cap. III) el odio como una forma abortada de la cólera, el resultado de una suspensión de desarrollo; no tengo que añadir más que algunas notas complementarias sobre los dos elementos antagónicos. Primitivo el uno, tiende á la destrucción parcial ó total del enemigo; á atacarle en su persona, en las de los suyos, en su reputación, su honor, sus intereses. El otro hecho, por reflexión y por cálculo, consiste en la representación de las consecuencias, en el temor de las represalias, de las leyes divinas ó humanas. De aquí un estado emocional asimilable á un movimiento que vuelve á su sitio, incapaz de franquear ciertos límites; es necesario admitir que el trabajo de metamorfosis es aquí bastante profundo, puesto que muchos autores, lejos de darse cuenta de las afinidades del odio con la cólera, la consideran como una emoción primitiva, antítesis del amor. Por tanto, es bien claro que el odio, por el carácter de inhibición que le es propio, no es ni puede ser una emoción primitiva; responde á un segundo momento: si se me objeta que también se puede decir: la cólera es la forma desenvuelta al odio (es decir que éste es primitivo), y no el odio la forma abortada de la cólera, responderé que esta posición es inadmisible, porque en la experiencia no tenemos ningún ejemplo de la forma inhibitoria, apareciendo *antes* la forma impulsiva correspondiente. Lo que es primitivo es un movimiento de instinto, in-

consciente de retraimiento, de aversión (en el sentido etimológico); pero esto no es la emoción del odio, como el movimiento instintivo é inconsciente de atracción no es la emoción del amor.

La resignación, con sus variedades y matices, es una forma abortada de la pena. Su modo de expresión ha sido descrito al pormenor por Darwin (cap. VI). Este estado es la resultante de dos corrientes: de una parte, el dolor moral, la pena que, sola y bajo su forma completa, se traduce por la postración, las lágrimas, etc., de otra parte, una emoción intelectual, la de lo irreparable y lo irremediable, de la inutilidad de todo esfuerzo. La inteligencia tiene su teología que no es la del sentimiento; si prevalece y se mantiene en la conciencia, tendremos, después de un período de oscilaciones, un estado fijo que será la pérdida aceptada y sentida, bajo una forma mitigada.

El amor místico, platónico, intelectual (sería inútil distinguir los diversos matices que expresan estos epítetos), es, como hemos visto, una forma abortada del amor sexual. Predominio del elemento intelectual, el ideal concebido; debilitamiento de las manifestaciones fisiológicas y afectivas, del eretismo orgánico, de la tendencia de los movimientos al contacto y al abrazo, y de todo lo que constituye la emoción en su plenitud: tales son sus caracteres. Aquí más que en parte alguna, el término «suspensión del desarrollo» es rigurosamente exacto, porque el amor místico resulta, no de una inhibición voluntaria que mutila ó refrena la emoción, sino de impotencia de la emoción para producirse bajo su forma completa.

La experiencia sumistra la contra-prueba: que desaparezca la acción antagónica de la reflexión ó del estado intelectual cualquiera que sea, y el odio se convierte en cólera, la resignación en pena ó desesperación, el amor místico en amor sexual; la forma primitiva reaparece de entre las ruinas de la forma derivada.

En resumen, todas las emociones de este grupo, cuya génesis depende de una suspensión de desarrollo, se pueden reducir á una sola fórmula: *emociones intelectuali zadas*, porque el elemento intelectual llega á ser denominante. Se pueden llamar también emociones *atenuadas*, porque van en el sentido de un debilitamiento afectivo. Las dos tendencias contrarias y recíprocamente dependientes que son propias de este grupo, determinan, no una emoción media, sino una forma nueva que, en relación á la emoción primitiva y á la cantidad general de vida afectiva, es una *pérdida*.

III

La trasformación *por composición* es un término general bajo el cual comprendemos dos casos: la mezcla y la combinación. Este proceso consiste en adiciones y se puede formular así: Cuando dos ó varios estados intelectuales coexisten, teniendo cada uno su tono afectivo, se produce un estado afectivo compuesto; en otros términos, la composición intelectual lleva consigo la composición afectiva. Si comparamos las emociones primitivas con las percepciones sencillas de la vista y del oído, las emociones complejas corresponderán á la percepción de un gran paisaje ó de una sinfonía. Se forman así por adición ó por fusión compuestos binarios, ternarios, cuaternarios, y así sucesivamente; designando con estos términos el número de emociones sencillas que los constituyen; la composición puede producirse de dos maneras, que distinguimos llamándolas mezcla y combinación, en el sentido en que los químicos emplean estas palabras.

I. *Composición por mezcla*.—En las emociones que se derivan de este procedimiento del espíritu, los elementos constituyentes se encuentran en el compuesto; se unen sin compenetrarse, y un análisis psicológico, hábilmente dirigido, puede determinarlos y enume-

rarlos. Para mayor claridad, distingo dos casos en las mezclas de los sentimientos.

Primer caso.—Los elementos son homogéneos ó convergentes. Si son numerosos, como tienden todos al mismo fin, la emoción resultante será muy intensa. Hemos encontrado un ejemplo de esto en el amor sexual, agregado compuesto (según el análisis de Herbert Spencer), de atracción física, de impresiones estéticas, de simpatía, de ternura, de admiración, de amor propio, de amor del aplauso, de amor de la posesión, de deseo de la libertad.

Segundo caso. —Los elementos son heterogéneos ó divergentes. Tomo como ejemplo la envidia, que muchos autores consideran como primitiva, tal vez porque se manifiesta en los animales y en los niños; esto sólo prueba que es precoz, lo cual es muy diferente. Un contemporáneo cree definirla diciendo: «Es un temor morboso, que va de la estupidez inerte á la rabia activa ó pasiva.» Prefiero mucho más la definición de Descartes: «La envidia es una especie de temor que se relaciona con el deseo de conservar algún bien» (*Pasiones*, art. 167). Esta pasión merece una monografía, que se hará seguramente cuando los trabajos de este género prevalezcan en la psicología de los sentimientos. No se trata aquí de estudiar las gradaciones, desde los casos benignos hasta la locura y el homicidio, sino de investigar su composición: 1.°, hay la representación de un bien poseído ó deseado, elemento de placer que obra en el sentido de la excitación y de la atracción; 2.°, la idea de la desposesión ó de la privación (del amante hacia su amada, del candidato despojado contra su rival afortunado, y en general, de los que han tenido mal éxito contra los que lo han tenido bueno), elemento de pena que obra en el sentido de la depresión; 3.°, idea de la causa real ó imaginaria de esta desposesión ó privación, que despierta, en grado variable, la tendencia destructora (cólera, odio). En las formas pa-

sivas, inertes, de la envidia, este tercer elemento es muy débil. Esta emoción es, pues, un compuesto ternario.

Se podría citar además el sentimiento religioso (compuesto binario), el sentimiento del respeto (compuesto de simpatía y de temor en un débil grado), sentimiento, cuyo análisis se hará en el capítulo próximo.

Es necesario notar que estas emociones derivadas, en razón de su complejidad, deben presentar lógicamente matices tanto más numerosos, cuanto más lo son sus elementos constitutivos. En el amor sexual, donde el análisis descubre una decena, por lo menos, de tendencias, primitivas ó no, el predominio de una sola ó de muchas cambia el aspecto de la emoción, según los momentos y los hombres. La inestabilidad de las pasiones, de la que tanto se ha hablado, tiene una de estas causas en su composición.

II. *Composición por combinación.*—La emoción que resulta de este procedimiento del espíritu difiere, por su naturaleza y caracteres, de sus elementos constitutivos, y aparece en la conciencia como un producto nuevo, una unidad irreductible. Aquí el análisis, con frecuencia problemático y aleatorio, no puede dar todo lo que hay en la síntesis; este es un caso psicológico que tiene en química equivalentes bien conocidos.

Un psicólogo dinamarqués, Sibbern, me parece que ha sido el primero que ha notado este modo de composición de las emociones, bajo el nombre de sentimientos mixtos, y los define: «Aquellos en que lo desagradable suscita lo agradable y *viceversa*, de tal suerte, que el uno no es el antecedente del otro, sino que obran simultáneamente, y la desaparición del uno lleva consigo la del otro» (1). En efecto, no hay simplemente

(1) La *Psychologie*, de Sibbern (1856), publicada en dinamarqués, no es conocida más que por extractos de sus compatriotas: Höffding, *Psychologie*, segunda edición alemana, pp. 330-331, y Lehmann, *Hauptgesetze*, p. 247 y siguientes. Estos dos autores serán también consultados con provecho.

coexistencia, sino reciprocidad de acción; suprimid un término, y la emoción cambia de naturaleza, como se ve en los ejemplos que siguen.

La emoción que acompaña todas las formas de actividad, en las cuales se *buscan* grandes dificultades que vencer ó peligros que correr: la caza de fieras, ascensiones peligrosas, viajes de descubrimientos, etc. Suprimid lo desconocido, los riesgos, el peligro, y no hay atractivo. Suprimid el atractivo y el placer que le acompaña, y no queda más que miedo ó disgusto. Esta emoción particular no existe más que por su independencia. Puede producirse bajo una forma mitigada, pero sin cambiar de naturaleza, en el que contempla las corridas de toros, los domadores, las luchas violentas, un drama espeluznante, más débil todavía por la narración y la lectura.

Hemos mencionado precedentemente la melancolía (en el sentido ordinario, no médico) como una forma del placer del dolor. Supone la evocación de estados agradables, lejanos, desaparecidos, más un estado de tristeza actual que los envuelve. Suprimid el uno y el otro, y la melancolía se desvanece. Si el elemento agradable, por débil que sea, desaparece, no queda más que la pena pura y simple. En esta combinación predomina, ya el uno, ya la otra, y dan al sentimiento resultante un timbre afectivo especial, según los casos.

La emoción de lo sublime es considerada de ordinario como una forma del sentimiento estético; volveremos sobre esto. Cualquiera que sea el objeto, el espectáculo de los tristes glaciares, de un desierto sin fin ó de un hombre que se lanza, ciego de entusiasmo, sin reflexionar en nada, á una acción heroica, se compone de elementos discordantes, fundidos en una síntesis: 1.°, un sentimiento penoso de angustia, de disminución de vida, de aniquilamiento, que nos empuja hacia abajo, que nos deprime; 2.°, la conciencia de un esfuerzo, de una energía desplegada, de un despertamiento interior

que nos lleva hacia arriba, de un aumento de vida que nos exalta; 3.°, el sentimiento consciente ó inconsciente de nuestra seguridad en frente de un poder formidable; sin él la emoción cambia de naturaleza, y sentimos el miedo. Estos tres elementos coexistentes y en estado de dependencia recíproca entran como una masa en la conciencia, que los toma como una unidad irreductible.

W. James propone otra menos sencilla pero más aceptable (1). Se la puede resumir de esta manera: El estado emocional que hay en el fondo del pudor, de la vergüenza y de otras manifestaciones análogas, resulta de dos momentos. El primero consiste en un juicio que formamos sobre los demás: la vista de ciertas partes del cuerpo y las ideas que sugieren inspiran repulsión; es difícil admitir que, aun en el salvaje desnudo, el cinismo y la indecencia no choquen á sus semejantes. (Según mi opinión, este estado psicológico se aproximaría al disgusto, del cual hemos visto precedentemente las causas y la significación). El segundo momento consiste en un juicio que hacemos sobre nosotros mismos, por un choque de retorno. Lo que nos repugna en los demás, debe ser repugnante para ellos en lo que se refiere á nosotros: de aquí el hábito de cubrir ciertas partes, de ocultar ciertas funciones corporales. «El pudor no puede ser considerado como un instinto, en el sentido riguroso de la palabra, es decir, como un fenómeno excito-motor.» Bajo el influjo de la costumbre, de la opinión pública, de la civilización, sufre una evolución que conduce á los excesos de purismo de la Inglaterra actual: «decir estómago por vientre, miembro por pierna, retirarse por ir al lecho, y no deber nombrar una perra por su nombre».

Tomada en su conjunto esta emoción, se aproxima al miedo, sobre todo por estos síntomas exteriores. Con-

(1) James, *Psychology*, II, p. 435 437.

tiene también elementos derivados del amor propio (*self-feeling*). ¿Es necesario añadir otros elementos derivados del instinto sexual? Esto no es admisible mas que en ciertos casos. En suma, varía en su composición. Nosotros no podemos considerarla como instintiva, primitiva, innata; por otra parte, no alcanzando el análisis á resolverla claramente en sus constituyentes, nos inclinamos á ver aquí un caso particular de síntesis mental, una combinación.

Para concluir, sobre las emociones formadas por combinación:

Tienen por base una asociación de estados intelectuales que es frecuentemente por contraste.

Höffding (op. cit., p. 407), da como ejemplo de combinación (él la llama sentimiento mixto) el *humor*. Lo define «el sentimiento de lo risible teniendo por base la simpatía». Este estado consiste en ver simultánea é indisolublemente el lado flaco de los grandes acontecimientos, y el lado fuerte de las cosas más triviales. Es la síntesis de dos elementos antitéticos: la risa destructora, despreciando lo que nos erige en superiores; la indulgencia, la piedad, la compasión que nos coloca en un mismo nivel con los demás. Esta manifestación emocional puede ser un simple arranque transitorio ó una disposición permanente del carácter, una manera propia de comprender la naturaleza y la vida humana, siendo un término medio entre el optimismo que todo lo ve bello y el pesimismo que todo lo encuentra feo. La escuela de la *ironía* que, con Solger, Schlegel y otros, ha representado un papel importante en la estética alemana al comienzo de este siglo, tenía por principio fundamental de la interpretación de las cosas, el *humor,* negativo y destructor en su forma, positivo y constructivo en su realidad.

Me inclino á colocar en este grupo un estado emocional que ha dado motivo á muchas disertaciones y discusiones: el pudor. Lo considero como un compuesto

binario resoluble en dos emociones primitivas: el *self-feeling* y el miedo. A pesar del juicio que merezca esta explicación, vale la pena el problema de que nos detengamos en él un poco; no puede omitirse en psicología de los sentimientos.

Los documentos sobre las manifestaciones del pudor no faltan en los diferentes pueblos; se encuentran en las narraciones de los viajeros y en las obras de antropología y de etnología. La cuestión psicológica de su naturaleza y de su origen ha sido tratada por Spencer, Sergi, James, Mantegazza, para no citar más que los contemporáneos. Este último da una definición: «El pudor es el respeto físico de nosotros mismos.»

Tiene un modo de expresión físico que le es propio ó á lo menos que no se encuentra más que en las emociones semejantes al pudor (vergüenza, timidez, modestia); cual es el rubor súbito de la cara, debido á una parálisis momentánea de los nervios vaso-constrictores. Son conocidas las explicaciones ingeniosas de Darwin sobre este punto: el que se cree objeto de las miradas de los demás, dirige su atención sobre su propia cara, por lo cual se produce un momento de flujo sanguíneo hacia esa parte del cuerpo. Tales explicaciones son en la actualidad rechazadas. Los experimentos de Mosso y otros sobre la circulación sanguínea justifican más bien la tesis de Wundt que ve en el relajamiento momentáneo de la inervación maso-motora—causa del rubor de la cara—un fenómeno compensador de la aceleración de los latidos del corazón, producida por la emoción.

Además de este modo de expresión particular, se traduce el pudor por movimientos concéntricos, defensivos, por una tendencia á cubrir ó disfrazar ciertas partes del cuerpo. Sobre este punto los medios empleados presentan la más grande variedad, según las razas, los países, las épocas; ocultar las partes sexuales y todo lo demás, ó solamente la cara ó el seno, pintar-

se el cuerpo ó el rostro, etc. Es imposible establecer qué papel han jugado en esta diversidad, las circunstancias, las condiciones climatológicas, las asociaciones de las ideas, la violencia, la moda, la imitación y hasta el azar.

Por lo que toca á la psicología, se ha discutido sobre todo la cuestión de origen: ¿Es el pudor un instinto, es innato ó adquirido? ¿primitivo ó derivado? Algunos autores lo consideran un instinto un poco á la ligera y sin otro apoyo que su carácter de cuasi-universalidad, que separan con bastante razón de sus manifestaciones múltiples. La mayor parte adoptan la opinión contraria, alegando el ejemplo de los niños y el de algunos pueblos primitivos que parecen totalmente desprovistos de él. Esta segunda tesis parece la más aceptable, aunque sea difícil una respuesta categórica, inquebrantable. El pudor (y lo mismo la vergüenza y la timidez), sentimiento ego-altruista, supone alguna reflexión.

Se sabe poco sobre las condiciones de su génesis. H. Spencer, y después de él Sergi, sostienen que resulta del uso de llevar vestidos, el cual ha comenzado por el hombre (no por la mujer), por razones de ostentación y de adorno. Hay pueblos en el que los dos sexos están desnudos, y otros en los que el vestido es el privilegio del hombre: el impudor acusaría en su origen una falta de estética. Exclusivamente propio del sexo masculino en un principio, se trasmitiría enseguida al otro sexo. Esta explicación parece muy frágil, sin hablar de la hipótesis emitida incidentalmente, de que este sentimiento no es más fuerte en la mujer que en el hombre (1).

Suponen una fusión, en proporciones variables, de estados agradables y desagradables, lo que hace que se las llame con justa razón emociones mixtas.

(1) Sergi, *Piacere e dolore*, p. 210 y siguientes.

El todo difiere de la suma de sus elementos constitutivos.

El análisis encuentra y aisla estos elementos, pero sin poderse vanagloriar de haberlos descubierto todos.

CAPITULO VIII

LOS SENTIMIENTOS SOCIALES Y MORALES

Orígen de los sentimientos sociales. — Las sociedades animales; sociedades de nutrición. Individuo y sociedad. Sociedades domésticas: el instinto social no se origina ni del amor sexual ni del amor maternal. — Sociedades gregarias. — Atracción de lo semejante por lo semejante, orígen de las tendencias sociales. Reuniones accidentales é inestables; de duración variable y voluntarias. Las tendencias sociales nacen de las condiciones de existencia. La vida social no procede de la vida doméstica.—Las sociedades superiores entre los animales; excluyen la familia. — Sociedades humanas. Dos teorías contrarias sobre su orígen: la familia, la horda. — Evolución de la familia. Evolución de la vida social. La familia y el clan no son instituciones similares. — El sentimiento moral. Dos tesis sobre su origen: intelectualista, afectiva. Responden á dos momentos de su desarrollo. Su innatismo y su necesidad son del orden motor, no del orden intelectual. — Génesis del sentimiento de la benevolencia. Análisis psicológico de sus elementos generadores. Hechos en su apoyo. Los inventores en moral. — Génesis del sentimiento de la justicia. Las fases de su desarrollo. Conclusión: complejidad del sentimiento moral. — Patología. Eliminación de las cuestiones de antropología criminal. La insensibilidad moral.

En el momento de comenzar el estudio de las emociones compuestas, que han hecho la más brillante carrera y jugado el papel más importante en la vida humana, es bueno indicar la marcha que se ha de seguir una vez para siempre. No podemos, á propósito de los sentimientos sociales, morales, religiosos, estéti-

cos, intelectuales, remover las numerosas cuestiones que de estos dependen, y perdernos en detalles sin fin. La tarea de la psicología me parece bien limitada: tomar cada uno de estos sentimientos *en su orígen*, esforzarse en determinar bien su naturaleza y seguir el desenvolvimiento en sus grandes fases con ayuda de los documentos que nos suministren la etnología, la historia de las costumbres, de las religiones, de la cultura estética y científica; evitar lo vago y lo *a priori* sin perdernos en la masa inextricable de los hechos.

Conforme á este plan, principiaremos por las formas más sencillas del instinto social en los animales, para pasar de aquí al del hombre y después al desenvolvimiento de las tendencias morales.

I

Aun admitiendo la hipótesis trasformista, la evolución zoológica no ha sido rectilínea; este es un punto incontestable. Conviene, por tanto, recordarlo, tanto más, cuanto que el desenvolvimiento de la organización y el de los instintos sociales no marchan siempre *pari passu*. Así las aptitudes sociales de las hormigas y las abejas, son bastante superiores á las de ciertos mamíferos que son considerados como mucho más superiores por la organización. Sin preocuparnos de la no concordancia frecuente entre la taxinomia zoológica y la psicología sociológica, seguiremos la marcha ascendente del instinto social, cualquiera que sean el orden, la clase, el punto del árbol genealógico en que se manifieste.

Encontramos de esta suerte cuatro formas principales de sociedades animales: en lo más bajo, las sociedades fundadas sobre la nutrición, después las que descansan sobre la reproducción, después las sociedades gregarias inestables, por último, las sociedades de

organización estable y completa (1). Todas las cuestiones particulares se plantearán á propósito de cada una de ellas y nos mostrarán el instinto social bajo un aspecto particular.

«La idea de una sociedad, dice Espinas, es la de un concurso permanente por el que se auxilian para una misma acción individuos vivos, separados» (op. cit. página 157). El carácter de permanencia no es aún necesario para las formas primitivas: hay sociedades temporales que difieren totalmente de estos agregados heterogéneos, fortuitos, momentáneos, que se llaman las multitudes. Reciprocidad y solidaridad, tales son las dos condiciones fundamentales: esto excluye de las sociedades animales y humanas, dos formas que se aproximan, el parasitismo en el que no hay reciprocidad, el cual es una forma mitigada de la lucha por la vida; el comensalismo que no supone ninguna acción perjudicial, pero tampoco implica ningún servicio.

I. En las sociedades animales fundadas sobre la nutrición es esta función la que constituye el lazo social; los individuos que las componen se atraen los unos á los otros de una manera permanente desde su nacimiento, y el líquido nutritivo circula del uno al otro, estableciéndose así una comunidad material. Estas se encuentran entre los pólipos hidrarios, los briozoarios, los tunicados. Como ejemplos de sus formas superiores se puede citar las hidractinias, compuestas de individuos en los que cada uno tiene su forma especial y exclusiva: los unos para la nutrición, los otros para explorar y tocar, otros para defender la colonia, y otros, en fin, para reproducirla; estos se dividen en machos y hembras. Los sifonóforos presentan una división aná-

(1) Para el estudio general de esta cuestión, véase Espinas, *Les Sociétés animales*, segunda edición (1878) y Ed Perrier, *Les Colonies animales*.

loga del trabajo y la sociedad, de más de un metro de longitud, suspendida de un utrículo flotante, ejecutan movimientos de conjunto bien coordenados.

¿Hay, por lo menos en las formas superiores de estas colonias, un instinto social? La solidaridad y la reciprocidad se dejan percibir bien objetiva y materialmente bajo la forma de adherencia y de comunicación vascular; pero nada prueba que haya más que una solidaridad y una reciprocidad *orgánicas*. Tal vez en circunstancias tales como las maniobras náuticas, de que se acaba de hablar, se observa una obediencia general al individuo director, se produce un consensus momentáneo, una cierta unidad de representación. A decir verdad, aqui los términos individuo y sociedad se apartan de su acepción ordinaria y toman un sentido equívoco. Nuestra noción del individuo es la de un todo organizado que vive por sí mismo de una manera independiente; ésta no corresponde al caso presente. Nuestra noción de la sociedad es la de un conjunto de individuos, y como éstos son, en el caso actual, de una naturaleza particular, el conjunto debe ser de una naturaleza particular. También puede sostenerse igualmente que estos agregados merecen y no merecen el nombre de sociedades animales; esta es una cuestión de punto de vista. De una parte, se puede considerar el hidractinio ó el sinóforo como un individuo complejo en el que los individuos pescadores, pilotos, reproductivos, etcétera, son los órganos. De otra parte, se puede decir, que los individuos nutridores, pilotos, etc., son verdaderos individuos cuyo conjunto es una sociedad. En suma, este es un estado de indiferenciación en el que se confunden individuos y sociedad y no son más que dos aspectos de un mismo todo. El instinto social, si existe, no está más diferenciado que el instinto de conservación bajo sus formas más sencillas, rebusca del alimento, defensa, ataque: ambos coinciden.

Este estado no tiene nada más que enseñarnos. Su

bamos ahora hacia las formas sociales, cuya psicología es más clara.

II. Estas son las sociedades fundadas sobre la reproducción, sociedades domésticas ó familias, con sus diversas formas. Si comienzo por ellas (y no por el estado gregario), es en razón, primero, de su universalidad; después, porque aparecen las primeras en el orden cronológico. Según la opinión común, se encuentra en ellas la primera manifestación de los sentimientos sociales, su origen, su fuente y su momento de entrada en el mundo. La rechazo para adoptar la tesis que une el instinto social al estado gregario.

Si tomamos, una después de otra, las condiciones de todo agregado fundado sobre la reproducción, encontramos tres momentos: el de la relación sexual, el del amor maternal; en fin, y á título de excepción en los animales, el del amor paternal. El instinto social, es decir, la conciencia más ó menos vaga de una solidaridad y de una reciprocidad, á lo menos temporal, no aparece en ninguno de estos momentos, como vamos á verlo.

1.° La proximidad sexual resulta de un instinto particular; no reune más que á dos individuos; ¿es esto ya el embrión de una sociedad? «Alrededor de la sexualidad se coordenan los sentimientos altruistas de que es capaz el animal.» Esta fórmula de Littré necesita precisarse. Primero, en la inmensa mayoría de los casos, la proximidad apenas si dura; satisfecho el instinto ciego, se acaba todo. Hay por encima de esto formas más estables: la poligamia y la poliandria; pero estas pequeñas sociedades, fundadas sobre el atractivo sexual, son cerradas, sin poder para brillar y para extenderse, sin porvenir. Más alto, encontramos la monogamia (muchos pájaros, los lobos, etc.); pero el agregado monógamo es todavía más cerrado que el otro. Notemos al paso que estas dos formas, poligamia y mono-

gamia, están repartidas en el mundo animal de una manera fortuita en apariencia y sin relación con el desenvolvimiento intelectual; por esto vemos la monogamia de la cigüeña y la poligamia del mono.

En suma, este primer momento no nos da nada, y va mucho más en el sentido de la restricción que en el de la extensión social.

2.º El amor maternal tiene una importancia más grande. En las sociedades domésticas, este es el elemento universal, estable, el nudo vital. Esta emoción está tan esparcida, es tan conocida, es tan común, que no parece ocultar ningún misterio, y sin embargo, si se desciende en la psicología animal, nada hay más enigmático. El desarrollo de la simpatía y de la inteligencia la explica de una manera parcial en la especie humana y en los animales más elevados; pero en los grados inferiores de la escala zoológica la dificultad llega á ser extrema, y sin embargo se manifiesta entre los anélidos, los crustáceos, los moluscos y aun en las asterias, las cuales trasportan sus huevos adheridos al cuerpo; frecuentemente se revela, no bajo la forma de un sentimiento vago, sino tenaz, ciego, heroico. No indicamos todas las dificultades de la cuestión; por ejemplo, ésta: ¿Cómo puede tomarse el insecto un cuidado tan grande por sus huevecillos, cuando no puede reconocer su propia forma en la de un sér que la tiene completamente diferente de la suya, ó que no tiene aún ninguna forma viviente? (1).

La mayor parte de los naturalistas se limitan á observar, sin buscar el origen. Darwin declara «que es infructuoso especular sobre este asunto». Otros ligan la afección maternal al parasitismo; asimilación poco legítima, porque el parásito es el enemigo de su huesped y vive á sus expensas, á pesar suyo. Romanes parece in-

(1) Para un estudio profundo de esta cuestión, véase Espinas, *Les sociétés animales* (segunda edición), p. 334 y siguientes, 411 y 444 y siguientes.

vocar el principio de las variaciones útiles: un animal que cuida de sus huevecillos, ó los trasporta con él, tiene más probabilidades de conservarlos, y si esta manera de obrar se fija en sus descendientes, se constituye un instinto; explicación que se reduce al azar y á la trasmisión hereditaria — discutida — de las modificaciones adquiridas.

Exclusión hecha de los insectos y casos análogos, que exigen, como lo ha mostrado Espinas (obra citada, 334-339), una explicación particular, es preferible admitir con este autor y con Bain, el papel capital del contacto. «Me parece que se encuentra en la base del sentimiento materno este placer intenso que da el abrazo á lo pequeño, abrazo que caracteriza completamente tal sentimiento. El orígen de este sentimiento puede ser puramente físico, como el del amor..... Hay en el abrazo animal una satisfacción animal, aumentada por la reciprocidad» (1). «La hembra, en el momento que da á luz sus hijos, semejantes á ella, no hace ningún esfuerzo para reconocer en ellos la carne de su carne; el sentimiento que experimenta hacia ellos es compuesto de simpatía y de piedad, pero no se puede excluir una idea de propiedad, que es el más sólido sostén de la simpatía. Siente y comprende hasta cierto punto que estos chiquitines que son ella misma, son al mismo tiempo de ella; el amor de sí extendido á los que salen de sí, cambia el egoísmo en simpatía y el instinto de propiedad, en impulsión afectuosa. Lo mismo que el amor sexual implica la idea de propiedad recíproca, el amor maternal supone la de propiedad subordinada. Esto pasa porque este otro yo es tan débil, que el interés sentido hacia él toma la forma de la piedad (2).» Esta última nota se relaciona con una manifestación afectiva que Spencer mira como la fuente del amor maternal: la ter-

(1) Bain, *The Emotions*, cap. VII.
(2) Espinas, *Les sociétés animales*, p. 444 y siguientes.

nura hacia los *débiles*. Esto me parece uno de sus elementos más bien que su base única. Por otra parte, Bain sostiene «que la atracción que inclina hacia los débiles no es solamente inherente al estado gregario, sino que parece ser la consecuencia necesaria de sus variadas exigencias... La solicitud hacia los miembros débiles es casi el complemento indispensable de todo sistema social» (op. cit.). Admitido esto, el amor natural y el instinto social tendrían un elemento común, pero no quedan menos distintos é independientes el uno del otro.

Hemos insistido un poco sobre el amor maternal, porque es una de las manifestaciones más importantes de la vida afectiva. Es claro que pertenece á la categoría de las emociones tiernas, de las cuales es una forma bien determinada, y notable por su intensidad; pero no es la fuente del instinto social, porque no implica ni solidaridad ni reciprocidad. Se puede sostener que es la puerta por donde ha entrado en el mundo el sentimiento de benevolencia, cuya primera aparición constituye; pero para que el instinto social se manifieste, se necesitan otras condiciones.

3.° El tercer momento, señalado por la entrada del padre en la sociedad doméstica, no hace cambiar en nada nuestra conclusión. En la vida animal, tomada en conjunto, es raro y poco estable el amor paternal, y entre los representantes inferiores de la humanidad, es un sentimiento bastante débil y un lazo bien flojo. Sin embargo existe, y el señalar su origen es mucho más difícil todavía que para el amor maternal (1). Si se ha podido sostener que deriva en el hombre del orgullo y del sentimiento de la propiedad (Bain), esta hipótesis no puede emplearse en cuanto á los animales; no se puede decir, como para la madre, que haya una relación ma-

(1) Para las hipótesis sobre este punto, enviamos una vez más á la obra de Espinas, p. 401 y siguientes.

terial y visible de tal género, que la progenie parezca una parte enagenada del *padre*. Queda por hacer valer la simpatía por la debilidad como una causa primera de este sentimiento. Se puede agregar otro elemento, si se admite con Spencer que la vida en común del padre y de la madre (el amor paternal no se encuentra más que en las uniones estables) crea una corriente de afección que está en razón de los servicios prestados. Cualquiera que sea el orígen que se le atribuya, no introduce nada nuevo en nuestra cuestión, y no tiene ninguna eficacia para suscitar el instinto social.

En resumen, lo que nosotros encontramos en la base de los agregados domésticos, es la emoción tierna, la génesis del altruismo, pero restringido á un grupo cerrado, sin fuerza de expansión, sin elasticidad.

III La vida gregaria, es decir, la de los animales que viven en ganados ó en hordas, está fundada sobre el atractivo de lo semejante hacia lo semejante, sin distinción de sexos, y manifiesta por primera vez las verdaderas tendencias sociales por el hábito de obrar en común.

En su grado más bajo consiste en reuniones accidentales é incstables que son como ensayos de la vida en común. Todo el mundo sabe que los animales pelágicos forman bandas enormes, guiadas por la temperatura del agua ó la dirección de las corrientes. Se sabe también lo que pasa en los casos de emigración de las orugas, de la langosta, y sobre todo de los pájaros. Numerosas especies de animales se reunen mañana y tarde para cantar, gritar, pretenderse, recrearse, y viven dispersas el resto del tiempo. Esto nos muestra «una inclinación social latente, dice Espinas, siempre dispuesta á manifestarse cuando ninguna otra la combate».

Más alto están las reuniones, de duración variable, pero voluntariamente formadas y mantenidas en vista de un fin común. Tienen estas los caracteres de una

sociedad: comunidad en el esfuerzo, sinergía y reciprocidad de servicios. Darwin (1) ha facilitado muchos ejemplos: los pelícanos pescan en común y forman alrededor de su presa una red viviente en la cual la encierran; los lobos y los perros salvajes cazan en bandas y se ayudan mutuamente para atacar á sus víctimas, etc. Estas sociedades son un poco accidentales é inestables y pueden acabar por una lucha para el reparto del botín. Mucho más estables son las que tienen por objeto la defensa común: los conejos se advierten del peligro, y muchos mamíferos y pájaros colocan centinelas (ya se sabe lo difícil que es acercarse á los animales reunidos en ganados); los monos se limpian recíprocamente su miseria, se sacan las espinas adheridas á su piel, forman cadena para franquear la distancia que media entre dos árboles, y se unen para levantar una piedra grande; en fin, formados en bandas bajo la dirección de un jefe, se defienden con energía y saben salvar á sus compañeros aun con riesgo de su vida. Se podrían citar con profusión hechos de este género. Sin duda no encontramos aquí todavía la organización permanente, la división estable del trabajo, y la continuidad propias de las sociedades animales superiores; pero la instabilidad y la intermitencia de estas formas sociales nos hacen comprender mejor por qué existen y en dónde tienen su origen.

Las tendencias sociales derivan de la simpatía; nacen de condiciones determinadas. A la cuestión de: ¿cómo nacen, dónde está su fuente, cuál es su origen? han respondido los hechos antes notados. Nacen de la naturaleza de las cosas, de las condiciones de existencia del animal; no descansan sobre el placer, sino sobre la afirmación inconsciente de la voluntad de vivir; son el auxiliar del instinto de conservación. «La sociedad, dice

(1) Darwin, *The Descent of Man*, cap. III. Véase también Espinas, *op. cit.*, sección IV.

con razón Spencer, está fundada sobre su propio deseo, es decir, sobre un instinto.»

La vida gregaria, como este autor lo ha mostrado en sus detalles, predomina en los herbívoros y granívoros, que, en general, mal dotados para la lucha y encontrando los pastos en abundancia, tienen ventajas en vivir en multitud.

Esta es rara entre los carnívoros; están éstos bien armados, tienen necesidad de recorrer grandes espacios en busca de sus presas; tienen ventajas en vivir aislados, salvo los casos mencionados más arriba en los que se asocian para una caza difícil ó contra un enemigo peligroso (1).

Añadamos que hay animales que, persiguiendo sus ventajas, viven ya en sociedad, ya aislados. «Algunos pájaros sociables de Australia construyen especies de cunas de ramaje para reunirse en gran número durante el día. En la época del celo se disuelve la sociedad y cada pareja se retira aparte para construir un nido solitario. En tanto que duran las familias temporales, no hay reunión ni vida en común: ésta no se empieza hasta que los hijos pueden utilizar sus alas. Estos nos ofrecen uno de los mil ejemplos que se pudieran citar (2).»

En suma, la vida gregaria depende de la talla, de la fuerza, de los medios de defensa, del género de alimentación, de la distribución del alimento, del modo de la propagación. Derivado de la necesidad, este hábito de vivir en común crea una solidaridad no mecánica y exterior, sino psicológica: la vista, el contacto, el olor de sus compañeros constituyen, en cada individuo, una porción de su propia conciencia, de la cual siente la falta; es conocido el estado de angustia y las lamentaciones de un animal, que el azar ha separado de su ganado.

(1) Herbert Spencer, *Psychology*, t. II. pár. 503 y siguientes.
(2) Houssay, *Revue philosophique*, Mayo 1893, p. 487.

Aquí se presenta una cuestión discutible, indicada implícitamente en la exposición que precede, pero que no puede ser tratada de paso. Por el momento me limito á citarla. Si aproximamos las sociedades familiares y las gregarias, ¿qué relación media entre ellas? Nos encontramos en presencia de dos opiniones ó teorías: la una está por la unidad, la otra por la dualidad.

La primera, la más antigua y la más esparcida, hace salir la vida social de la vida doméstica. La familia es la molécula social; por su acrecentamiento se forman agregados cada vez más complejos, en los que la vida en común crea una solidaridad y un cambio de servicios, es decir, las condiciones de una sociedad.

La segunda admite dos grupos de tendencias y de sentimientos, irreductibles, independientes el uno del otro, aunque tengan puntos de contacto. El instinto social no deriva de las emociones domésticas, como éstas no derivan de las emociones sociales. Son distintas por naturaleza; cada una tiene su fuente: la una en la atracción de lo semejante por lo semejante, sin distinción de sexos; la otra en el apetito sexual y el desenvolvimiento de las emociones tiernas.

Hay más: algunos autores, sobre todo los zoólogos, han sostenido que no hay solamente dualidad, sino *antagonismo*. Allí donde los sentimientos de la vida doméstica son sólidos, es nula ó débil la solidaridad social. Allí donde la solidaridad social es estrecha y rigurosa, las tendencias familiares son nulas ó borrosas y transitorias; ejemplos, las abejas y las hormigas. El caso de los pájaros de Australia nos muestra este antagonismo en forma alternante; la tendencia social y la familiar predominan, ya la una, ó ya la otra. Sin duda, que este antagonismo no es irremediable, y tolera transacciones y arreglos; pero de hecho hay una dualidad irreductible. Volveré después sobre este debate, declarando de antemano que la tesis dualista me parece únicamente admisible.

IV. Las sociedades superiores son aquellas en que el animal ha adquirido su más alto grado de desenvolvimiento social. Se encuentra aquí división del trabajo, solidaridad, estabilidad y continuidad á través de las generaciones. Tales son las abejas, las avispas, las hormigas, los termitas, los castores, etc. No entra en nuestro asunto estudiarlas, puesto que nuestro único fin es el de seguir las tendencias sociales hasta su apogeo; pero el problema indicado más arriba vuelve aquí: ¿Sobre qué fundamento descansan estas sociedades superiores? Espinas, que admite la tesis de la familia considerada como origen de la vida social, las clasifica entre las sociedades que tienen por objeto la reproducción. Por nuestra parte, las relacionamos con el estado gregario, cuyo momento extremo de perfección señalan. Notemos á este propósito los inconvenientes de una falsa oposición y las dificultades facticias que de ella se desprenden. El autor establece (página 370 y siguientes) una comparación detallada entre las sociedades de las abejas y las de las hormigas; muestra la superioridad de éstas que, según las circunstancias, cavan, esculpen, edifican, cazan, almacenan, recogen las mieses, tienen esclavas, ganados, hacen la guerra, y cuando luchan contra las avispas (guerreras equivalentes de las abejas) alcanzan la victoria; muestra también claramente qne esta superioridad es debida á sus hábitos terrestres, donde no hay un contacto, no hay una marcha, que no deje una enseñanza precisa. Pero esta superioridad les embaraza. En efecto, una colmena es una sociedad doméstica perfecta, puesto que la «reina», es decir, la madre común, es el alma visible de la vida social entre las abejas. Un hormiguero es imperfecto, «inferior», como sociedad doméstica, porque contiene muchas hembras. La aparente contradicción se desvanece, si se considera que en ambos casos, sobre todo en el segundo, el elemento esencial es la solidaridad entre los miembros, la atrac-

ción entre los semejantes, y que, por consecuencia, se les debe relacionar con el tipo de la vida gregaria, no con el tipo de la vida doméstica. Por lo demás, ni en uno ni en otro caso existe la verdadera familia en el verdadero sentido de la palabra; no hay necesidad de aplazar su demostración: basta con notar la ausencia del amor maternal. También algunos autores se han valido de esto para sostener, como hemos dicho, que este alto desenvolvimiento de las tendencias sociales no ha sido posible sino que porque han abortado de las tendencias familiares.

II

Pasando del animal al hombre, la situación es la misma, y la tendencia á la vida social, á pesar de sus múltiples adaptaciones, no cambia de naturaleza; hay siempre en el fondo una solidaridad y una reciprocidad de servicios determinados por las condiciones de la existencia humana y variables como ellas. No es este el lugar de insistir sobre esto; pero la cuestión indicada precedentemente — la de la relación entre las manifestaciones afectivas que sirven de base á la familia por una parte, y las que son el fundamento de la vida social de otra — se presenta de nuevo. No se la puede eludir si se desea alguna aclaración sobre el origen de los sentimientos sociales.

Si se pone la familia como el hecho primitivo, que por su acrecentamiento ha producido el clan, después los agregados más complejos, como las tribus ligadas entre sí por el recuerdo de un antepasado común, y finalmente sometidas á la autoridad de un rey patriarca, el desenvolvimiento social no es más que una sencilla expansión de la familia natural. En esta hipótesis, las tendencias domésticas (fundadas sobre la reproducción) son primitivas; las tendencias sociales son derivadas y de segunda ó de tercera formación.

Si, por el contrario, se consideran los grupos sociales más pequeños (hordas, clanes, de cualquier modo que se les llame) como existiendo por sí mismos, independientemente del grupo doméstico, la tendencia á vivir en sociedad es irreductible y autónoma: no hay más que un sólo fenómeno afectivo más general del cual debe derivarse, la simpatía.

Evidentemente no puede darse solución á este debate *a priori* sino por la interpretación de los hechos. Ahora bien, los documentos no faltan, suministrados por la etnología de los pueblos primitivos actualmente existentes y observables, por la historia de las épocas más remotas, por los monumentos literarios de las primeras edades, eco de los tiempos prehistóricos. No faltan obras autorizadas sobre esta cuestión (Mac-Lennan, Bachofen, Taylor, Sumner Maine, Starcke, Westermarck, para no citar más que algunos). Aunque haya muchas divergencias sobre los hechos y en cuanto á las interpretaciones de los hechos, es muy débil la probabilidad en favor de la prioridad de la familia, y muy grande en favor de dos desenvolvimientos distintos con los puntos inevitables de contacto y de interferencia.

Recordemos primeramente sobre la evolución de la familia y sobre el desenvolvimiento social, los resultados más generalmente admitidos.

1.° La evolución de la familia no se ha producido ciertamente en todas partes de una manera idéntica, lo cual permite siempre al crítico oponer hechos á la tesis que combate. Por una enfermedad inherente al espíritu humano, cada autor, en general, tiende á reducirlo todo á *una* fórmula, á imponer á los hechos la unidad perfecta, que, en semejante materia, parece poco probable. Los que asignan á la familia la evolución más larga, admiten tres períodos: promiscuidad, matriarcado, patriarcado.

El período de la promiscuidad primitiva (Bachofen, Mac Lennan, Giraud-Teulon, etc.) es aprobado y re-

chazado por muchos autores. En todo caso no parece que se pueda erigir en regla sin excepciones. Sin embargo, sin hablar de instituciones arcáicas que han sido interpretadas en este sentido y como supervivencias, hoy día se acercan todavía á ella algunas poblaciones tártaras. En Hawaï, el individuo era pariente de toda la horda y la edad únicamente regula los parentescos: todos llaman abuelo y abuela á todos los viejos indistintamente, padre y madre á todos aquellos que por la edad podrían ser sus padres. hermanos y hermanas á todos los de su generación, y así sucesivamente para los hijos é hijas, nietos y nietas. Estos cinco términos expresan todos los grados de parentesco conocidos. Notemos al paso que para negar la existencia de este período, se ha hecho valer una razón psicológica bastante débil; tal es la de que la envidia natural en el hombre, habría hecho la promiscuidad imposible y todavía menos durable. Los que han aventurado este argumento, se han imaginado excesivamente al hombre primitivo conforme al hombre civilizado. Sea lo que quiera, esta masa, sin parentesco individual, es más bien sociedad que familia; para decirlo mejor, es un estado de indiferenciación que se podría asimilar á las formas más bajas de las sociedades animales (de nutrición) indiferenciadas también.

En el período del matriarcado, que parece haber sido muy largo, la madre es el centro de la familia. Esta forma doméstica con poligamia, poliandria y aun con monogamia, ha dejado tantos vestigios y se encuentra todavía en tantas razas y países diferentes, desde los egipcios antiguos y los etruscos, hasta los indígenas actuales de Sumatra y ciertas regiones de Africa, que la discusión no es posible sobre este punto. La mujer da su nombre á los hijos, la consanguinidad es conforme á las mujeres, la herencia de los bienes (no siempre la de las dignidades políticas), es según la línea femenina; el papel principal pertenece al herma-

no de la madre (al tío), no al padre. Se ha disertado mucho sobre las causas del matriarcado; ¿deriva de la ignorancia presumida del padre verdadero ó de una opinión común sobre su insignificancia? Cualquier opinión que se adopte, me parece bastante natural aproximar el matriarcado á la forma predominante entre los animales; las sociedades maternales sin intervención del macho.

El patriarcado (*agnatio*), que hace del padre el centro de la familia, nos lleva á la época histórica y aun la ha adelantado en algunas partes del globo. Su aparición ha sido saludada en términos líricos por Bachofen, como el triunfo de la idea sobre la materia. «Por el principio espiritual de la paternidad se rompen las cadenas del telurismo»; es una conquista del espíritu sobre la naturaleza sensible, sobre esto que se toca y que se ve (1). No se sabe cómo se ha producido: por adopción, ó por un simulacro de parto. En todo caso, responde á la entrada del macho en las sociedades animales.

2.° Completamente distinto es el desenvolvimiento de la vida social. Estaría fuera de nuestro propósito recordar las fases sucesivas; limitémonos á la cuestión de origen. ¿Qué era el hombre primitivo? Sobre este punto se ha escrito, disertado y congeturado mucho. Herbert Spencer en su *Sociología* (t. I), ha hecho una restitución completa según los documentos de la prehistoria, las sepulturas, sobre todo, del estado de los salvajes contemporáneos. Nada induce á creer que este retrato convenga á todos los casos; ha existido, no un hombre primitivo, sino hombres primitivos, bastantes diferentes según las razas y el medio.

Por lejos que se remonte, la primera forma de la vida en común parece haber sido la horda, agregado

(1) *Mutterrecht*, p. 17-19. Véase también su interpretación de los mitos de Orestes y de Belerofonte como expresión del triunfo del patriarcado, p. 85.

sin estabilidad, sin organización, sin distinción de parentesco, constituída instintivamente en vista de la utilidad y de la defensa. Pero la verdadera unidad social que se ha producido afortunadamente en los diversos puntos del globo, es el clan (y las instituciones análogas), agregado fijo, estable, coherente, cerrado, fundado sobre una afiliación religiosa ó de otro carácter, pero no sobre la descendencia independiente de las condiciones de la familia: un hombre no puede pertenecer simultáneamente á dos clanes, y con frecuencia cada uno de estos grupos está respecto de los otros en una relación de hostilidad. ¿Cómo ha podido esta molécula social agregarse á otras y romper sus estrechos límites este organismo muy cerrado, para extenderse por acrecentamiento y fusión? Esta es una cuestión bastante oscura: tal vez por la exogamia, es decir, por la costumbre imperativa que prohibía el matrimonio dentro del grupo (sin embargo, en otros grupos era la endogamia, es decir, la prohibición del matrimonio fuera de él); pero es más probable que el gran agente de asimilación y de fusión haya sido la guerra, seguida de la asimilación de los vencidos.

Esta sencilla comparación muestra que la familia y el clan no son instituciones similares: la primera es un grupo autónomo que pertenece á un amo y que tiene por fin el goce de los bienes; el segundo es un grupo de otra naturaleza cuyo fin es la lucha en común por la existencia. «En todas partes donde los intereses defendidos por la familia son menos importantes que los del clan, la familia sufre el influjo de las ideas que gobiernan la organización del clan; y este hecho se repite en todas las sociedades primitivas en donde la defensa contra el enemigo exterior es la necesidad dominante (1).» El grupo familiar y el grupo social proceden cada uno de tendencias diferentes, de necesidades distintas:

(1) Starcke, *La famille primitiv e*, p. 110.

cada uno tiene su origen psicológico especial é independiente y no hay derivación posible del uno al otro.

III

La vida en común, aun bajo la forma gregaria, exige ciertas maneras de obrar y hábitos fundados sobre la simpatía y determinados por el fin que todos persiguen concertadamente. Para que llegue á ser estable y constituya una sociedad, es menester que se agregue aquí un elemento de fijeza: la conciencia clara ó vaga de una obligación, de una regla, de lo que debe ser hecho ó evitado. Esta es la aparición del *sentimiento moral*. Todas las concepciones de la moralidad, groseras ó refinadas, teóricas ó puramente prácticas, concuerdan en este punto; las divergencias no existen, prácticamete, más que sobre los caracteres del acto reputado obligatorio; teóricamente, sobre su origen.

Toda moral *real* que ha vivido, es decir, que ha regido una sociedad, grande ó pequeña, de hombres; que ha existido, no en las construcciones sabias y abstractas de los moralistas, sino en el desenvolvimiento concreto de la historia, y que ha cumplido su ciclo entero, presenta dos períodos principales.

El uno instintivo, espontáneo, inconsciente, irreflexivo, determinado por las condiciones de existencia de un grupo dado en un momento especial. La moral se expresa por las costumbres, mezcla heterogénea de creencias y de actos que, desde el punto de vista de la razón y de una cultura más adelantada, las consideramos nosotros, ya como morales, ya como inmorales ó ya como amorales; es decir, pueriles y fútiles, pero que todas eran de observancia rigurosa.

El otro, consciente, reflexivo, de múltiples aspectos, complejo, como las formas superiores de la vida social y moral. Se manifiesta en las instituciones, las leyes escritas, los códigos religiosos ó civiles; más todavía

en las especulaciones abstractas de los moralistas filósofos. Después, alcanzado el apogeo, aparecen vagas aspiraciones hacia un nuevo ideal entrevisto, y el ciclo comienza de nuevo.

La mayor parte de los constructores de la moral sabia han desdeñado la del primer período; con bastante error, pues esta es el origen. De aquí procede también que, sobre el origen del desenvolvimiento moral, existan dos tesis contrarias.

Los unos lo buscan en el orden del conocimiento, de donde hacen proceder todo lo demás; suponen ideas innatas, ó una adaptación adquirida á la larga y fijada por la herencia (Spencer), ó la conciencia de un imperativo categórico, ó la noción de utilidad, soluciones todas intelectualistas.

Los otros lo buscan en el orden de los instintos y de los sentimientos. Admiten tendencias, impulsos dados en nosotros por la naturaleza, es decir, que forman parte de nuestra organización, como el hambre y la sed, cuya satisfacción produce placer y la no satisfacción dolor; esta es la tesis afectiva.

No son ambas absolutamente inconciliables; responden cada una á un período diferente de la evolución; la tesis afectiva, al momento instintivo y de caos moral; la tesis intelectualista al momento de reflexión y de organización racional; pero es claro que solo uno tiene el derecho de reivindicar la nota de origen. Se puede decir bajo otra forma: hay en la conciencia moral dos elementos, el juicio y el sentimiento. El juicio de aprobación ó de desaprobación sobre nuestra conducta y la de otro es el resultado de un proceso más profundo, no intelectual, de una manera de sentir: no es sino la traducción clara é inteligible en la conciencia. Suponer que una idea completamente desnuda, completamente seca, que una concepción abstracta sin acompañamiento afectivo, semejante á una noción geométrica, ejerza la menor influencia sobre la conducta

humana, es un absurdo psicológico. Sin duda, debe admitirse que la evolución es más bien de las ideas morales que del sentimiento moral, que no es en sí mismo más que una tendencia á obrar, una predisposición; pero una evolución de ideas *puramente especulativas*, sin ningún acompañamiento afectivo, no producirá nada en el orden práctico. Notemos que la oposición de estas dos tesis se refleja constantemente en la historia de las teorías morales. En Inglaterra, donde predomina la psicología, la doctrina del sentimiento ha tenido siempre numerosos campeones desde Shaftesbury hasta nuestros días. En Alemania, donde predomina la metafísica, la doctrina intelectualista tiene el principal papel desde Kant (excepto Schopenhauer y sus partidarios): es muy natural que los metafísicos, intelectualistas por temperamento y por profesión adopten esta posición.

Por lo demás, no se trata para nosotros sino del sentimiento moral, y sólo de él, los otros elementos de la moralidad no entran en nuestro estudio. Hay, en el fondo, un movimiento ó suspensión del movimiento, tendencia á obrar ó á no obrar; no es debido *en su origen*, á una idea ó á un juicio, es instintivo, en lo cual consiste su fuerza. Es innato, no al modo de un pretendido arquetipo, infuso en el hombre, invariable, patente en todas partes y siempre, sino á la manera del hambre y la sed y otras necesidades constitutivas. Es necesario, obliga á obrar como la vista del agua impulsa al ánade á zambullirse (cuando no es detenido por tendencias contrarias). Por esto debe decirse que el hombre que se lanza bruscamente al peligro para salvar á otro, es más moral en el fondo que aquel que no lo hace más que por reflexión; es necesario haber sido cegado por los prejuicios intelectualistas para sostener lo contrario. La moralidad *natural* es un don—los teólogos dirían una gracia — siendo la moral artificial, adquirida, la que se mide por la cantidad de resistencia vencida. En fin, como toda tendencia, termina en una

satisfacción ó en una contrariedad (el remordimiento) (1). En suma, su innatismo y su necesidad son del orden *motor*, no del orden intelectual.

Fijados estos caracteres, sigamos la marcha de su evolución. Presenta dos aspectos: 1.° positivo, que corresponde á la génesis de los sentimientos de beneficencia ó de altruismo activo—evolución interna, es decir, del sentimiento primitivo en él mismo y por él mismo; 2.° negativo; que corresponde á la génesis de los sentimientos de justicia — evolución externa, es decir, producida bajo la presión de las condiciones de existencia y de medios coercitivos.

I. Comprendemos bajo el nombre de beneficencia ó de altruismo activo sentimientos tales como la benevolencia, la generosidad, la abnegación, la caridad, la piedad, etc.; en una palabra, los que son extraños ó contrarios al instinto de la conservación individual. Tienen por condiciones fundamentales dos hechos psicológicos ya estudiados:

1.° La simpatía, en el sentido etimológico, es decir, un unísono afectivo, la posibilidad de sentir con otro y como otro. ¿Podría descansar una sociedad sobre este único estado? En rigor, sí, pero momentánea, precaria,

(1) «Los australianos atribuyen la muerte de los suyos á un maleficio hecho por alguna tribu vecina; por esto consideran como una obligación sagrada vengar la muerte de todo pariente, yendo á matar á un miembro de aquella tribu. Un indígena que había perdido á una de sus mujeres anunció su intención de ir á matar una á otra tribu lejana. El magistrado le respondió que si cometía este acto lo pondría en prisión por toda su vida. No fué, pues, pero se iba aniquilando de mes en mes: el remordimiento le avergonzaba, no podía ni comer, ni dormir, el espíritu de su mujer le visitaba y le reprochaba su negligencia Un día desapareció; un año después reapareció, había cumplido con su deber.» (Guyau, *Esquisse d'une Morale*, etc., p. 109.) He aquí un ejemplo de moralidad instintiva y de inmoralidad racional. Notemos que en esta obra Guyau vuelve á la tesis del instinto moral que ha adoptado, después de haberla criticado precedentemente en su *Morale anglaise* (III, cap IV).

inestable; hemos encontrado ejemplos en el estado gregario, animal ó humano. La estabilidad exige lazos más sólidos, los lazos morales.

2.° La tendencia altruista, emoción tierna que existe en todos los hombres, salvo las excepciones mencionadas al final de este capítulo, y que se refieren á nuestra constitución, como tener dos ojos y un sólo estómago.

Ahora, la cuestión que se presenta es esta: ¿Cómo se desenvuelve el altruismo activo? ¿Por qué mecanismo psicológico? ¿Cómo del egoísmo primitivo salen los sentimientos desinteresados? Aparte las soluciones metafísicas, como la de Schopenhauer sobre la piedad universal, la compasión (*Mitleid*) para todos los séres, fundada sobre la conciencia vaga de una comunidad de naturaleza y de una identidad de origen, concepción monista. Me atengo á una explicación estrictamente psicológica.

La génesis de la benevolencia resulta de una forma particular de actividad acompañada de placer; esta fórmula vaga y oscura se va á precisar.

La tendencia fundamental consiste en primer término en conservar y en seguida en extenderse, en ser y en ser mejor, es decir, en gastar su energía. Este gasto lo puede dirigir el hombre sobre las cosas: corta, talla, taja, destruye, derriba; es una actividad destructora; siembra, planta, construye, es una actividad constructora ó creadora. Puede aplicarla á los animales ó á los hombres: injuria, perjudica, maltrata, destruye; ó bien cuida, ayuda, salva.—La actividad destructora va acompañada de un placer, pero patológico, porque es la causa de un mal. La actividad conservadora ó creadora va acompañada de un placer puro, que no deja tras sí ningún sentimiento penoso; por consecuencia, tiende á repetirse y á acrecentarse: el objeto ó la persona causa del placer, deviene centro de atracción, el punto de unión de una asociación agradable. En re-

sumen, tenemos: 1.º, una tendencia á desplegar nuestra actividad creadora; 2.º, el placer de tener un buen éxito; 3.º, un objeto ó un sér vivo cuyo papel es receptivo; 4.º, una asociación entre este sér ó este objeto y el placer sentido; de aquí una atracción aumentada sin cesar hacia este sér ó este objeto. La tendencia á obrar en un sentido conservador y la ley de la transferencia (véase la primera parte, cap. XII) son los agentes especiales de la génesis del altruismo.

Justifiquemos esto con algunos ejemplos. Si se reflexiona en lo que precede, se comprenderá que la benevolencia puede muy bien ser el resultado de una casualidad y no tener en su origen ningún carácter intencional. Un hombre, descuidadamente, arroja agua sobre una planta que se seca en su puerta; al día siguiente nota por casualidad que comienza á reverdecer, y la vuelve á regar, esta vez con intención, le interesa cada vez más, le toma apego y no quisiera verse privado de ella (1). Hé aquí un hecho bastante común, y no hay nadie que no haya hecho alguna cosa semejante; no tiene valor más que porque nos muestra la génesis del sentimiento en toda su simplicidad. Si esto pasa con una planta, ¡cuánto más fácilmente pasará con un animal ó con un hombre!

Es un hecho que puede observarse el de que un hombre se apega á otro mucho más en razón de los servicios que le presta que por los que de él recibe. Hay en general una corriente más fuerte de benevolencia del bienhechor hacia su protegido, que del protegido á su bienhechor. La opinión común considera esto como ilógico; sí lo es, desde el punto de vista de la razón, pero no desde el punto de vista del sentimiento; y el análisis precedente muestra que esto *debe ser* así, porque el bienhechor ha puesto más de sí mismo en el

(1) Friedmann, *Genesis of desinterested Benevolence*, en el *Mind*, tomo III, 1876, p. 404.

protegido que lo que puede poner éste en su bienhechor; por esto en muchos el reconocimiento tiene necesidad de ser sostenido por la reflexión.

Si uno se siente mal inclinado hacia otro, el mejor y el más seguro remedio contra la aversión que comienza es el de hacerle algún servicio. Por el contrario, el que rehusa todos nuestros presentes y los evita obstinadamente, llega á ser un objeto de indiferencia y hasta de odio.

«Los moralistas antiguos, dice Friedmann, habían notado que durante las proscripciones de la República romana hubo muchos ejemplos de hijos que habían denunciado á su padre, y que ningún padre denunció á su hijo. No podían explicarse este hecho: esto depende de la constitución de la familia en Roma, en la que el padre podía hacer mucho bien á sus hijos, mientras que éstos estaban siempre bajo su dependencia.»

Se podrían citar otros muchos hechos que justifican la exactitud del análisis que precede. Tal es el mecanismo por el cual nuestro yo afectivo viene á exteriorizarse, á enajenarse; pero nada se efectuaría si no tuviese por origen y por punto de partida una tendencia primitiva que hemos estudiado precedentemente bajo el nombre de emoción tierna. Es claro también que la benevolencia es un término genérico que designa formas variables, según las circunstancias: caridad, generosidad, abnegación, etc.

La extensión y acrecentamiento del sentimiento de la beneficencia se han producido lentamente y por obra de algunos hombres, que merecen ser llamados *inventores* en moral. Esta expresión puede sonar de una manera extraña en los oídos de algunos, porque están imbuídos de la hipótesis de un conocimiento del bien y del mal, innato, universal, repartido entre todos los hombres y en todos los tiempos. Si se admite, por el contrario—como impone la observación—no una moral completamente hecha, sino una moral

que se hace, es necesario que sea la creación, el descubrimiento de un individuo ó de un grupo. Todo el mundo admite inventores en geometría, en música, en las artes plásticas ó mecánicas; pero ha habido también hombres que, por sus disposiciones morales, eran bastante superiores á sus contemporáneos y han sido los promotores, los iniciadores. Notemos (pues este punto es de la mayor importancia) que la concepción *teórica* de un ideal moral más elevado, de una etapa por franquear, no basta; es necesario una emoción potente que haga obrar, y por contagio, comunique á los otros su propio ímpetu. La marcha hacia adelante se mide por lo que es *sentido*, no por lo que es concebido.

La especie humana, en su origen, ¿ha sido antropófaga? Unos lo afirman, otros lo niegan. Lo que es cierto es que la costumbre de comerse á sus semejantes ha existido en muchos lugares, y existe todavía. Se ha explicado por la penuria de alimentos, por creencias supersticiosas, por la embriaguez del triunfo que aniquila al vencido, por la idea de asimilarse su fuerza y su valor, y por otras razones más; pero no se ha notado que su extinción no se ha debido siempre á la intervención de las razas superiores. Esta se ha producido muchas veces en el lugar mismo. En las islas Taiti había desaparecido un poco antes de la llegada de Bougainville; entre los Pieles Rojas, y aun entre los Fidjianos, se habían formado partidos para suprimir la antropofagia, y aún más las torturas infligidas á los prisioneros de guerra. Los promotores de esta abolición — individuos ó grupos — han sido inventores. Es conocida la universalidad de los sacrificios humanos; se encuentran subsistentes todavía en la época histórica de la China á la Judea, de la Grecia á la Galia, de Cartago á Roma. ¿Cómo han desaparecido? No hay sobre este punto más que ignorancia ó leyendas; pero no han desaparecido sino por obra de los hombres. Du Chaillu cita un caso en el que la refor-

ma se ha hecho de golpe: fué un jefe africano el primero que ordenó que no se matase ningún esclavo sobre su tumba (1). Entre los Aztecas, de sangrienta religión, una secta que se formó antes de la llegada de los españoles se había puesto bajo la protección de un dios que tenía horror á la sangre. Todos los grandes legisladores antiguos, históricos ó legendarios, Manú, Confucio, Moisés, Budha, se podría decir, todos los fundadores de religión han sido inventores en moral; que la invención venga de ellos solos ó de una colectividad, de la cual son el resumen y la encarnación, importa poco.

Sería fácil continuar esta demostración histórica; esto basta para justificar el término inventores. Por causas que ignoramos, análogas á las que producen un gran poeta ó un gran pintor, surgen hombres de una superioridad moral indiscutible, que *resienten* lo que los demás no sienten, como pasa exactamente á un poeta con relación á la multitud. Y para uno que haya vencido, ¡cuántos se han malogrado, faltos de un medio favorable! Un San Vicente de Paul entre los Canaques es tan imposible como un Mozart entre los habitantes de la Tierra del Fuego.]

En las sociedades primitivas ha habido una larga lucha entre tendencias egoístas más fuertes, de acción disolvente y las tendencias altruistas débiles, intermitentes, cuyo progreso se ha hecho por algunos revéladores y tambien con el apoyo de la fuerza de la cual nos queda que hablar.

II. Examinemos ahora el desenvolvimiento del sentimiento moral bajo su aspecto negativo y restrictivo, es decir, como sentimiento de lo justo. Aquí el elemento intelectual es evidentemente el que prepondera y su evolución la que arrastra á la otra.

(1) Staniland Wake, *Evolution of Morality*, t. I, p. 427 y siguientes. Consúltese para los hechos de este género.

«La justicia, dice Littré, tiene la misma base que la ciencia.» La una se apoya sobre el principio de identidad que rige el dominio de la especulación; la otra se apoya sobre el principio de equivalencia y rige el dominio de la acción. Justicia en su origen, es compensación, indemnización. Su evolución parte de una manifestación instintiva, semi-consciente, para elevarse por una marcha progresiva á una concepción universalista. Notemos los principales momentos.

El primer momento, muy bajo, no es ni moral ni social, sino puramente reflejo y animal: es «un reflejo defensivo» (1). El individuo que sufre una violencia, que se cree atacado ó lesionado reobra al momento; es «el instinto de conservación exasperado» ó para llamarlo por su nombre, la venganza. Tal es el salvaje que, á la vista de Darwin, abrió la cabeza á su hijo, culpable de haber dejado caer una provisión de conchas, fruto de una pesca laboriosa. Este reflejo defensivo es un rasgo frecuente de la psicología de las multitudes, y es inútil dar ejemplos. Puede parecer paradójico tomar la venganza como punto de partida del sentimiento de la justicia; pero vamos á verla mitigarse y hacerse racional.

En efecto, un segundo momento responde á la venganza diferida, por premeditación, reflexión ó causa análoga. Tiende hacia la equivalencia y llega á ella bajo la forma del talión, tan frecuente en las sociedades primitivas. La idea de la igualdad, diente por diente, ojo por ojo, aparece; el instinto se ha intelectualizado.

Hasta aquí la compensación reclamada parece no tener más que un carácter individual; pero muy pronto debió tomar un carácter colectivo, en razón de la solidaridad estrecha que une los miembros del pequeño agregado social, del clan ó de la familia. La

(1) Letourneau *L'évolution juridique chez différents peuples.*

opinión omnipotente obliga á perseguir la venganza, aun cuando la parte lesionada no lo quisiera; y cuando la *vendetta* se ejerce de clan á clan, aparece el momento de la responsabilidad colectiva y se amplía la noción de la compensación debida.

Sin embargo, la venganza reintegra en el agregado social un estado de guerra que es menester eliminar; de aquí una reacción de la comunidad para suprimirla ó atenuarla. Este es el momento del arbitraje y de la composición. Muchos hechos muestran que, en el origen, la decisión de los árbitros no tenía valor obligatorio y no era apoyada por ningún medio coercitivo. Establece menos una culpabilidad que una indemnización que dar á los que tienen derecho á ella; el proceso criminal es un proceso civil.

A este arbitraje temporal y falto de sanción, el desarrollo social sustituye lógicamente un arbitraje permanente y con garantía, ejercido por un jefe ó una aristocracia ó por la asamblea del pueblo. La compensación llega á ser obligatoria é impuesta por la fuerza. El condenado debe someterse ó salir del grupo; la comunidad excomulga al refractario, y en las sociedades primitivas la vida del *outlaw* es insostenible; vemos sus equivalentes en las huelgas actuales. Notemos también el uso bastante extendido de una división de la indemnización impuesta: una porción se le daba á la parte lesionada, la otra al Estado, es decir, al jefe. La noción de justicia ha tomado un carácter netamente social.

En fin, solo le falta universalizarse. Durante mucho tiempo ha quedado encerrado en los límites del grupo social. Es bueno todo lo que contribuye al bien material y moral del grupo é inversamente: fuera de esto, los actos son *amorales*. Se encuentra en la historia, y aun actualmente, muchas pruebas de este dualismo ó desdoblamiento del individuo, según que obre en su medio social ó con relación á los extranjeros. Tales

eran los germanos (1) en tiempo de César. En su primera época, los griegos se consideraban menos obligados hacia los bárbaros, y los romanos hacia el extranjero (*hostis*). Gracias sobre todo, á la obra de los filósofos. Sócrates, Platón, Aristóteles, los Estoicos, la justicia ha cesado de ser nacional para llegar á ser universal. Se podría añadir que en esta época en que la noción de justicia es nacional, varía todavía en el interior del grupo según las castas: no es la misma para los sacerdotes que para los guerreros, para los hombres libres que para los esclavos, para los aristócratas y para los mercaderes. Al principio el particularismo ha sido la regla.

Es evidente que por el lado negativo, la evolución de la vida moral ha sido debida sobre todo al progreso de la inteligencia; el elemento afectivo no ha hecho más que acompañarlo. Comparado con el sentimiento de la justicia, el sentimiento de la benevolencia activa, si no ha evolucionado más rápidamente, ha aparecido á lo menos más pronto, porque está más cerca del instinto y menos dependientede la razón. Un filósofo (creo que Kant), se asombraba de que hubiera entre los hombres tanta benevolencia y tan poca justicia. No observaba como psicólogo, ó le extraviaba el prejuicio intelectualista. Esto debe ser porque la ternura es innata y espontánea, y la justicia adquirida y reflexiva; porque la una sale directamente de un instinto y la otra debe sufrir metamorfosis. Si el hombre es social y moral, no lo es menos porque piense que porque sienta y tenga ciertas inclinaciones.

Para concluir, la emoción moral es un estado muy complejo. Es un error de los sentimentalistas del siglo último ó del nuestro, que han sostenido la hipótesis de

(1) «Latrocinia nullam habent infamiam quæ extra fines cujusque *civitatis* fiunt.» (*Comment*, VI, 21.)

un «sentido moral», el haberlo asimilado á la vista ó al gusto, haberlo considerado como un sentido especial, que con un tacto innato distingue el bien del mal: no es un acto simple, sino una suma de tendencias. Eliminemos los elementos intelectuales para enumerar solamente los elementos afectivos que lo constituyen: 1.°, como base la simpatía, es decir, una comunidad de naturaleza y de disposiciones; 2.°, la tendencia altruista ó de la beneficencia que se manifiesta bajo formas diversas (atracción de lo semejante hacia lo semejante, amor maternal, paternal), débil primitivamente, pero á quien el egoísmo, al restringirse, permite más expansión; 3.°, el sentimiento de la justicia con su carácter obligatorio, cuya génesis hemos vuelto á trazar; 4.°, el deseo de la aprobación ó de las recompensas divinas ó humanas, y el temor de la desaprobación y de las penas. Como todos los sentimientos complejos, debe variar en su composición, siguiendo el predominio variable de sus elementos constitutivos: en uno es la obligación (los estoicos), en otro la caridad, en muchos el temor de la opinión y de la ley, de Dios ó del diablo. Es imposible que sea constante é idéntico en todos los hombres.

IV

La patología del sentimiento moral no puede detenernos mucho tiempo; su estudio detallado pertenece á la antropología criminal. Son conocidos los numerosos trabajos publicados sobre este punto desde hace medio siglo; no serviría de nada presentar de ellos un resumen seco. La tesis de Lombroso sobre el «criminal nato», con sus caracteres fisiológicos, psíquicos y sociales, ha sido violentamente combatida. Muchas teorías se han sucedido para explicar la existencia de esta anomalía moral: — el atavismo; el criminal nato sería una supervivencia, un retorno al hombre primitivo al que

se le supone violento é insociable, un «anacronismo ambulante» — el infantilismo, que no invoca la herencia, sino la suspensión del desarrollo, y pretende que la perversión, que es permanente en el criminal nato, es normal, pero transitoria, en el niño — la tesis patológica que une el tipo criminal á la epilepsia, considerada como el prototipo de las impulsiones violentas y destructoras — la tesis sociológica (más reciente) que atribuye á las condiciones sociales un papel preponderante y sostiene que el criminal «es un microbio inseparable de su medio». No tenemos para qué entrar en el examen de estas hipótesis, que han dado lugar á debates muy apasionados: una sola cuestión tiene que ver con nuestro asunto, la de la insensibilidad moral, planteada mucho antes de la antropología criminal bajo los nombres de *moral insanity* (Pritchard, 1843), locura moral, locura impulsiva, monomanía instintiva, etc. (1), la cual es adecuada también para mostrar una vez más la independencia y la preponderancia del sentimiento en la vida moral.

«La locura moral es una perturbación del espíritu que afecta exclusivamente á los sentimientos morales dejando perfectamente intacta la inteligencia.» Esta era la fórmula de Pritchard, que después se ha modificado un poco. Traducido al lenguaje de la psicología pura, esto significa, ausencia completa ó perversión profunda de los sentimientos altruistas, insensibilidad á la representación del bien ó del mal de otro, egoísmo absoluto con sus consecuencias. Por una analogía que se comprende por sí misma, se ha llamado esto una ceguera moral, y como la ceguera física tiene diversos grados. Se le ha comparado también con el idiotismo. Reducido á la vida vegetativa y sensitiva, el idiota, en

(1) Según Krafft-Ebing *Lehrbuch*, t.º II, sec. 2.ª, cap. III, Regiomontanus sostenía ya (en 1513) que la perversidad es independiente del conocimiento exacto del bien y del mal; atribuía esta anomalía al influjo del planeta Venus.

el respecto intelectual, se opone á los grandes genios; «el idiota moral se opone á los grandes bienhechores de la humanidad». (Schüle.)

Se encontrarán muchos ejemplos de locura moral en las obras de patología mental y de antropología criminal (1). Se manifiesta bajo dos formas: 1.º pasiva ó apática, es decir, de insensibilidad pura; si el temperamento es frío y las circunstancias favorables, no hay que temer ninguna violencia; 2.º activa ó impulsiva, en que la violencia de los apetitos no tiene freno. Tomada en su conjunto, consiste: en insensibilidad completa, ausencia de piedad, ferocidad fría, ausencia de remordimientos después de la ejecución de violencias ó de asesinatos. Sobre este último punto, se han intentado estadísticas y cifras cuya precisión me parece sospechosa (2), porque es muy difícil penetrar bastante adentro de la conciencia de un criminal para no ser engañado ni por la hipocresía que finge el remordimiento sin experimentarlo, ni por la fanfarronería que lo siente sin confesarlo. Se ha observado también, cosa rara, la ausencia de todo sentimiento maternal.

La insensibilidad moral es lo más á menudo innata y coexiste con otros síntomas de degeneración. Entre varios niños de una misma familia, criados en el mismo medio, con los mismos cuidados, uno solo difiere de todos los demás y es igualmente refractario á la dulzura y á la fuer a, y manifiesta una perversidad precoz que no hace más que aumentar con los años.

Puede ser adquirida y momentánea: la epilepsia, el histerismo, la apoplegía, la demencia paralítica, la involución senil, los golpes en la cabeza son sus causas.

(1) En particular Despine, *Psychologie naturelle*, t. II, p. 169 y siguientes: Maudsley, *Pathology of Mind*.

(2) *Dictionary of psychological Medecine*, art. CRIMINAL ANTROPOLOGY. Se ha comprobado en Elmira, que en un 34 por 100 de los asesinos, falta el sentimiento del remordimiento y que sólo existía en seis mujeres de 130 (?).

Krafft-Ebing, además de una observación personal (op. cit.), refiere, tomado de Wigan, el caso de un joven que, herido de un reglazo en la cabeza, fué atacado de insensibilidad moral completa; habiéndole quitado por medio de la trepanación una esquirla ósea que comprimía el cerebro, volvió á su estado primitivo. Ya hemos encontrado otros casos análogos en el curso de esta obra.

El punto delicado y debatido es saber si esta anomalía es de origen rigurosamente instintivo y afectivo y si la actividad intelectual es completamente extraña á ella. La mayoría de los autores se decide por la afirmativa: otros lo niegan. Entre los diversos modos de la actividad mental hay tal dependencia y relaciones tan estrechas, que es difícil decidir claramente la cuestión. No se puede dejar de admitir que la inteligencia sufre más ó menos un contra golpe; pero la observación demuestra que la mayor parte conocen muy bien las prescripciones de la moral, tienen la noción *abstracta* del bien, del mal, del deber, inculcada en ellos por la educación y que todo esto no tiene el menor influjo sobre su conducta. Tienen *ideas* morales, no sentimientos morales, es decir, una disposición á sentir y á obrar. La ley no es para ellos más que un reglamento de policía que tienen la conciencia de haber infringido. Su inteligencia, con frecuencia firme y lúcida, no es más que un instrumento para urdir tramas hábiles ó justificarse por sofismas sutiles.

La naturaleza de la insensibilidad moral merecía recordarse, por lo menos sumariamente, para mostrar la importancia del elemento afectivo: es un incompleto, y el déficit proviene, no de la inteligencia, sino del carácter.

CAPÍTULO IX

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

Importancia y división del asunto. — Primer período. Cuestión de origen. Noción primitiva del infinito (Max Müller); culto de los antepasados (H. Spencer). Fetichismo, animismo. Predominio del miedo. Carácter práctico, utilitario, social no moral. – Segundo período: 1.° Evolución intelectual. Concepción de un orden cósmico, primero fijo, después moral. Papel de la generalización creciente: sus momentos. 2.° Evolución afectiva. Predominio del amor; adición del sentimiento moral. — Tercer período. Supremacia del elemento racional. Trasformación en filosofía religiosa; desaparición del elemento afectivo. — La emoción religiosa es una emoción completa. Estados fisiológicos múltiples que la acompañan; los ritos, forma especial de la expresión de las emociones. — El sentimiento religioso llegando á ser pasión. — Patología. Formas depresivas: melancolía religiosa, demonomanía. Formas exaltadas: éxtasis, teomanía.

Hay que confesar que el estudio del sentimiento religioso no ha dado mucho trabajo á los psicólogos. Unos lo omiten totalmente, otros se contentan con una mención sumaria, hecha deprisa y corriendo; observan los dos elementos esenciales de donde se deriva — el miedo, la emoción tierna (amor) — sin inquietarse por las relaciones variables de estos dos elementos ni por las trasformaciones múltiples que han sufrido en el curso de los siglos por la anexión de otros estados afectivos. Como no se puede negar su importancia, esta abstención ó esta negligencia no son justificables. In

vocar un respeto mal entendido, sostener que una sola religión es verdadera y todas las demás falsas, pretender que todas son igualmente falsas, estas razones y otras análogas no son, en ningún grado, aceptables para la psicología, porque aun llevando las cosas al extremo, admitiendo que todas las manifestaciones del sentimiento religioso no son más que ilusión y error, no deja de verificarse por eso que la ilusión y el error son estados psíquicos, y con este carácter deben ser estudiados por la psicología. Para ésta, el sentimiento religioso es un *hecho* que tiene sencillamente que analizar y seguir en sus trasformaciones, sin ninguna competencia para discutir su valor objetivo ó su legitimidad. Entendida así la cuestión, afecta á dos puntos principales: las manifestaciones primitivas, después la evolución, es decir, los diversos elementos que han constituído el sentimiento religioso en las diversas épocas de su historia.

En toda creencia religiosa hay necesariamente dos cosas: un elemento intelectual, un conocimiento que constituye el objeto de la creencia, y un estado afectivo, un sentimiento que la acompaña y se expresa por actos. El sentimiento religioso es desconocido, innaccesible á quien le falte el segundo elemento; sólo le quedan conceptos abstractos, metafísicos. El estudio del sentimiento religioso, en su evolución, no puede disociar estos dos elementos, y hasta es posible una división precisa, según el grado del conocimiento; yo le reduzco á tres períodos: 1.° El de la percepción y la imaginación concreta, en que predominan el miedo y las tendencias prácticas, utilitarias; 2.° El de la abstracción y la generalización medias, caracterizado por la agregación de elementos morales; 3.° La de los más altos conceptos, en que el elemento afectivo se volatiliza cada vez más, y el sentimiento religioso tiende á confundirse con los sentimientos llamados intelectuales.

I

Como de ordinario, no se está de acuerdo sobre la cuestión de origen. ¿Bajo qué forma ha hecho su aparición el sentimiento religioso? Dejemos primero á un lado dos respuestas muy sistemáticas que, aunque de espíritu diferente, tienen el punto común de que son puramente intelectualistas.

La primera, muy antigua, ha encontrado su más reciente y más claro intérprete en Max Müller, para quien la noción de lo divino, sobre todo bajo la forma de lo infinito, había precedido á la de los dioses. Nuestros sentidos nos dan lo finito; pero «más allá de lo finito, detrás de lo finito, debajo de lo finito, encima de lo finito, en el seno mismo de lo finito, el infinito está siempre presente á nuestros sentidos; nos oprime, nos rebosa por todas partes. Lo que llamamos lo finito, en el tiempo y en el espacio, no es más que el velo, la red, que nosotros mismos arrojamos sobre el infinito..... Ahora bien; ¿qué es el infinito, sino el objeto de toda religión? La religión del infinito precede y comprende á todas las demás; y como el infinito nos lo dan los sentidos, se deduce que la religión es un desarrollo de las percepciones sensoriales con el mismo título que la razón». La religión primera ha consistido en la adoración de diversos objetos, tomados sucesiva y aisladamente como una encarnación de la noción del infinito; esto es lo que Max Müller llama «el enoteismo». Para él, el politeísmo y hasta el fetichismo son *posteriores*; resultan del fraccionamiento de la unidad primitiva, y son debidos á una enfermedad del lenguaje: cada nombre se convierte en un dios distinto; las palabras se erigen en séres que tienen su vida, sus atributos y sus leyendas: *Nomina numina* (1).

(1) Max Müller, *Origine et développement de la religion.*

Esta última tesis, aunque ha tenido un cierto favor entre los lingüistas, es nula como explicación psicológica; porque es claro que la palabra no es más que un punto de partida ó un vehículo para el trabajo del pensamiento, que es el único agente de la metamorfosis. Si los *nomina* se convierten en los *numina* es por una enfermedad de la imaginación ó del pensamiento, más bien que del lenguaje (1).

En cuanto á la tesis principal — la pretendida noción primitiva de donde sale el enoteismo — es una hipótesis metafísica muy poco verosímil. El hombre primitivo, encerrado en condiciones de existencia duras, es positivo, poco soñador; lo que no le conduce hacia el *más allá*. Pero una razón mejor, enteramente psicológica, es que él es incapaz de alcanzar un grado, ni siquiera medio, de abstracción y de generalización. Un salvaje, que no puede contar hasta cuatro, ¿cómo ha de formarse una idea cualquiera del infinito? Evidentemente esta noción de lo ilimitado le sobrepasa.

Sólo habría un medio de dar á la tesis de Max Müller una cierta verosimilitud psicológica, y sería despojarla de su carácter intelectualista y admitir en el origen un sentimiento más bien que una noción; una necesidad, una tendencia más bien que un conocimiento. De estos dos factores que constituyen toda creencia religiosa, uno intelectual, otro afectivo; ¿cuál es el que tiene la prioridad? ¿Es la noción la que ha producido el sentimiento, ó el sentimiento el que ha suscitado la noción? Este es el problema que se encuentra en el fondo de los debates sobre el origen de las manifestaciones religiosas. Unos la colocan en el dominio de los instintos; como Renan cuando compara la religión en la humanidad con la nidificación en el ave. Otros sostienen que todo sentimiento supone anteriormente un objeto.

(1) Para una discusión sobre este punto, con hechos en su apoyo, véase Goblet d'Alviella, *L'idée de Dieu d'après l'anthropologie et l'histoire*, p. 60 y siguientes.

A primera vista esta última teoría parece que lleva consigo la lógica. Claro es que para amar ó temer á un sér hay que haber concebido la noción de su existencia. Sin embargo, por indispensable que sea colocar al comienzo de la religión una operación intelectual, se debe reconocer que los sentimientos puestos en juego por esta operación han debido preceder mucho tiempo á las más antiguas fórmulas de la teología primitiva (1). Por mi parte me inclino hacia la prioridad del sentimiento, sin poder suministrar argumentos de hecho, pues el período de los orígenes es el de las congeturas.

La segunda teoría, la de Herbert Spencer, nos hace descender de la noción del infinito á la pobreza de la vida mental de los salvajes. Ya se sabe que reduce todas las religiones primitivas al culto de los antepasados, ó la necrolatría. El hecho primordial es la concepción de un espíritu ó más bien de un *doble*. El salvaje cree que tiene un Sosia, ó hablando en nuestro lenguaje, un yo principal y un yo secundario. Deduce la existencia de este «doble» de un gran número de hechos inexplicables para él: su sombra, su imagen en el agua, el eco, las apariciones en los sueños, el desvanecimiento, el éxtasis, la epilepsia, etc. El mundo está lleno para él de espíritus errantes que intenta hacer propicios. Según Spencer, el fetichismo y el politeísmo no son más que formas discordantes del culto de los antepasados, y él intenta establecerlo por una serie de consideraciones donde no tenemos que seguirlo. Imperturbable en su deducción sistemática, hasta pretende hacer derivar de él, por razones apartadas y frágiles, la adoración de los animales, de las plantas y de los objetos inanimados (2). Es indiscutible que un gran número de creencias salen de este origen; pero este concepto, que es el antropomorfismo llevado al extremo, es demasiado estrecho

(1) Goblet d'Alviella, *op. cit.* p. 50.
(2) H. Spencer, *Principles of Sociology*, t. I, p. 139 442.

para comprender todos los hechos. Taylor y otros le han hecho una viva crítica, y no creo que cuente todavía muchos partidarios.

Separadas estas dos hipótesis sistemáticas, recordemos cómo el desarrollo religioso *parece* que se ha producido durante este período primitivo; porque la marcha de la evolución no ha sido igual en todas partes y siempre, dificultad ya señalada á propósito del instinto social. Según los autores competentes, la forma más frecuente ha sido la siguiente.

Un primer momento es el del fetichismo, polidemonismo, naturalismo: términos que, en cuanto á la historia de las religiones, no son completamente sinónimos, pero que responden á un mismo estado psíquico: la adoración de un objeto, vivo ó no, que es *percibido*, es decir, tomado como concreto, á la vez cuerpo y alma, ó más bien animado, juzgado como benévolo ó malévolo, útil ó perjudicial; porque es una opinión poco justificada la que pretende que el adorador de un trozo de madera ó de una piedra sólo ve en ella un objeto puramente material.

El segundo momento es el del animismo ó espiritismo: creencia en espíritus sin lazos de sustancia ó sin conexion necesaria con objetos naturales determinados. «El espíritu se concibe independiente, separable; va, viene, entra, sale; se atribuye no sólo á los hombres sino también á los animales; el salvaje se esfuerza en desarmar la cólera de la caza que ha matado, el jefe se hace enterrar con sus caballos y sus perros, etc. Psicológicamente, este momento responde á una preponderancia de la imaginación sobre la percepción simple.

Estas formas primitivas de la creencia religiosa han nacido de la tendencia del salvaje, del niño y quizá del animal superior, á considerar todo como animado, á atribuir deseos, pasiones, voluntad á todo lo que obra, á representarse la naturaleza según su propia natu-

raleza. Este antropomorfismo resulta del despertar del pensamiento razonador bajo su forma más usada: la analogía, origen primero de los mitos, del lenguaje, de las artes, hasta de las ciencias. Pero las analogías, que para nosotros sólo son imágenes, para el hombre primitivo eran realidades. Es inútil insistir sobre un objeto tan conocido. Notemos, sin embargo, que esta operación primitiva que crea los dioses, es una proyección hacia afuera de nuestra actividad más bien que de nuestra inteligencia; brota del hombre *motor* más bien que del hombre pensador.

Hasta aquí sólo hemos considerado el objeto de la creencia, percibido ó imaginado; pero ¿qué experimenta el creyente? ¿de qué elementos se compone el sentimiento religioso durante este período? He aquí los que se pueden señalar:

1.° Ante todo, la emoción del miedo en sus diversos grados, desde el terror profundo hasta la inquietud vaga, debida á la fe en una potencia desconocida, misteriosa, impalpable, que puede servir de mucho, y sobre todo, perjudicar mucho; porque es una observación de los historiadores que en el origen se adoran sobre todo los genios malos ó terribles; los genios buenos y clementes están abandonados; en los períodos siguientes será lo contrario. Actualmente el atributo de los dioses es la fuerza.

2.° Otro carácter mucho menos marcado consiste en una cierta atracción ó simpatía, muy débil, del creyente para su dios. El «Primus in orbe Deos fecit timor» no es absolutamente cierto, pues en el miedo hay tendencia al alejamiento, á la huida, á la aversión, mientras que en todo culto hay por lo menos alguna esperanza de apaciguar á la potencia más malhechora y hacerla compasiva, y por consiguiente, un movimiento hacia ella. Más tarde esta atracción embrionaria será lo esencial.

3.° Un tercer carácter que se deduce de los prece-

dentes es que el sentimiento religioso es rigurosamente práctico y utilitario, es la expresión directa de un estricto egoísmo. Se refiere al instinto de conservación del individuo ó de su grupo, y no es, en modo alguno, un indicio patológico, como lo ha sostenido Sergi. Por el contrario, es un arma en el combate de la vida, porque no es indiferente tener en favor ó en contra á los que tienen la fuerza. Este carácter tan interesado se traduce por el culto que descansa por completo en la regla práctica: *do ut des*. De aquí las ofrendas y los sacrificios proporcionados al deseo y á la petición y por los cuales el dios debe á su fiel una gran indemnización. De aquí los encantamientos, la magia y la brujería que son procedimientos no sólo para atraer y cebar al dios, sino también para apoderarse de él por astucia y tenerlo en su poder.

4.° Por último, desde esta época, el sentimiento religioso tiene un carácter *social* ó más bien las tendencias religiosas y las tendencias sociales se aglutinan y forman un todo. Refuerza el principio de autoridad, frecuentemente en provecho de las inclinaciones altruistas todavía muy débiles. Los jefes, sacerdotes, brujos, hablan y obran en nombre de una potencia superior y mantienen el lazo social. El culto de los muertos que Spencer ha generalizado demasiado sin razón, al establecer la continuidad entre las generaciones, es un elemento de estabilidad. La comunidad del culto y de los ritos es la expresión objetiva y visible de la solidaridad social. No considero propias de este período instituciones tales como el juramento religioso, las pruebas judiciales (ordalias) ú otras que suponen la agregación de un elemento moral, todavía ausente. Pero hay otras costumbres locales ó generales, por ejemplo la del *tabou* que ha existido en casi toda la Oceanía y en otras partes bajo diversas formas en que la religión desempeña un oficio social, no moral (por lo menos según nuestras ideas actuales) y protege las ins-

tituciones y convenciones por el terror, permaneciendo todavía extraña al reino de la moralidad.

II

Excepto los sentimientos intelectuales, ninguna manifestación afectiva depende más que el sentimiento religioso del desarrollo de la inteligencia, porque toda religión implica una concepción cualquiera del mundo, una cosmología y una metafísica. Con el primer período, apenas hemos pasado el momento de la imaginación; con el segundo aparecen la reflexión y la generalización cuyo progreso y marcha ascendente vamos á seguir. La evolución intelectual y la evolución afectiva, durante este segundo momento, deben estudiarse sucesivamente.

I. *Evolución intelectual.* — Además es útil dividir el estudio del elemento intelectual en dos cuestiones: 1.º La concepción de un orden cósmico, primero físico y después moral; 2.º la marcha progresiva de la generalización, de una multiplicidad casi sin límites, á la unidad. Estos dos procesos no siempre han coincidido ni marchado á la par.

1.º Hemos visto que para el hombre primitivo todo está animado, lleno de caprichos arbitrarios, de deseos, de intenciones, y sobre todo de misterios, porque todo es imprevisto; es el reino de la contingencia universal. La fórmula «todo estaba animado» es, sin embargo, demasiado absoluta; no conviene más que á lo que se movía y cambiaba; es decir, á la mayoría, no á la totalidad de las cosas. Parece que la ausencia de movimiento, la estabilidad, la fijeza, la falta de reacción, ha debido ser una especie de revelación para un espíritu cándido. Quizá es por el espectáculo de la fijeza material por lo que la noción de orden ó de ley ha hecho su muy humilde entrada en el mundo. Sea lo que

quiera, es cierto que el trabajo de despersonificación de la naturaleza ha comenzado pronto y marca el comienzo de la ciencia. Con nuestra cultura actual, nos representamos difícilmente un estado mental en que la idea de la fijeza en los fenómenos naturales es casi nula; ha existido, sin embargo, y los documentos no dejan de establecerla. La expresión «luna nueva» no era en el origen una metáfora; se preguntaban si el sol continuaría siempre su carrera; los mejicanos esperaban con ansiedad su renacimiento cada cincuenta años; los eclipses parecían destinados al azar, y producían el terror, etc. (1). Poco á poco, el espíritu de observación y de reflexión se ha desprendido de las relaciones constantes, y se ha introducido en el concepto de la naturaleza la idea del orden y de la regularidad, disminuyendo en otro tanto el dominio atribuído al azar y á la contingencia. Esta noción de orden cósmico ha tenido influjo sobre los conceptos religiosos; el gobierno del mundo físico se ha atribuído á los dioses; ellos son reguladores: cada uno tiene su departamento donde es el amo. Se ha notado en la religión de muchos pueblos, en este período de su desarrollo, la coexistencia de dos principios antitéticos: la necesidad está personificada en una divinidad abstracta, misteriosa, inaccesible (Sita en los arias, Mâ en los egipcios, Tao para los chinos, Moira ó Nomos en los griegos, etc.)» (2); la contingencia, ó más bien la arbitrariedad limitada, se personifica en dioses más humanos, que tienen sus leyendas, que obran en la esfera que les es propia; por ejemplo, los dioses de la Grecia. Estos están también clasificados en dos categorías, lo que es una primera simplificación: unos, que dispensan los bienes físicos, salud, prosperidad, riqueza; los otros, que inflingen á

(1) Para los hechos, véase Goblet d'Alviella, *op. cit.*, página 178.

(2) *Ibid.*, pp. 176-198.

los hombres los males físicos, enfermedades, hambre, tempestades, naufragios.

La noción de orden cósmico ha conducido á la de orden moral; los dioses tienen primeramente el gobierno físico, más tarde el gobierno ético del universo. El concepto de potencias superiores, investidas de atributos morales, ha sido, como se verá ahora, un momento importante en la evolución del sentimiento religioso. La opinión muy antigua, y que subsiste todavía en muchos creyentes, de que los crímenes de los hombres suscitan epidemias, desencadenan los elementos, causan inundaciones y temblores de tierra, muestra que el espíritu humano, con ó sin razón, ha supuesto una analogía entre todas las formas del orden en el universo. De aquí también la trasformación del dualismo físico, mencionado anteriormente, en un dualismo moral; los genios del día y los de las tinieblas se convierten en dioses morales ó inmorales, buenos ó malos consejeros, salvadores ó tentadores, y en este período, la fe en la superioridad y el triunfo definitivo de los buenos se establece sólidamente. En resumen, los dioses han tenido por atributos, primero, la fuerza, después la inteligencia, luego la moralidad.

2.° Veamos ahora el papel de la generalización creciente en la constitución de las ideas religiosas.

Cuando se quiere estudiar los grados ascendentes de la generalización, no *in abstracto*, sino según los hechos y los documentos, se puede uno apoyar sobre la evolución de las lenguas, ó mejor todavía sobre la marcha del espíritu científico (seguir, por ejemplo, los procedimientos de clasificación en zoología, desde la antigüedad hasta nuestros días); se podría igualmente recurrir al desarrollo de las religiones, porque es el mismo procedimiento del espíritu aplicado á otra materia. Basta señalar muy sumariamente sus etapas.

Es un hecho sabido la desigualdad de las razas humanas en cuanto á la potencia de abstracción y ge-

neralización: unos apenas pasan de lo concreto; otros pronto y con facilidad, parece que juegan con lo abstracto. Esta desigualdad de aptitudes se expresa en sus religiones. Muchos pueblos no han podido pasar del polidemonismo, es decir, el culto de los genios individuales, es decir, el reino de lo concreto, sin hablar de los salvajes, esta ha sido la religión del antiguo imperio chino (Tiele); tales son los innumerables genios de la primitiva religión de los romanos, pueblo poco inclinado á las abstracciones.

Ciertas tribus tienen todavía en la actualidad, una palabra para designar cada curso de agua de su país, pero ningún término general para designar un río: encontrarlo es un progreso. Lo mismo pasa en el orden religioso: por un progreso análogo, el genio de cada árbol se subordina al dios del bosque, los diversos genios de un río, al dios del río, etc. A las divinidades particulares se les sustituye por una divinidad específica que tiene la superioridad.

En un grado más alto, el espíritu percibe semejanzas más lejanas y constituye un solo dios para el agua, uno solo para el fuego, uno solo para la tierra, y los genios de las aguas, del cielo y de la tierra se agrupan bajo la dominación de uno solo que es en Grecia, Zeus, Poseidôn, Hestia.

Este trabajo de generalización que se ha operado para los fenómenos naturales se verifica también en el orden social. Ha habido sucesivamente dioses de clanes, de tribus, de naciones. Se sabe cuánto tiempo han sido nacionales las religiones, aún complejas y bien organizadas; el dios de una nación es su guardian, su protector, vela por ella y nada más que por ella; pero su existencia no excluye la de los dioses dueños de las otras naciones. El paso á las religiones universales, extra-nacionales, ha sido obra de las conquistas y anexiones, pero sobre todo de la especulación filosófica.

En el punto en que nos encontramos, hay jerarquías divinas análogas, por una parte á la jerarquía ideal de los individuos, especies, géneros; por otra parte, á la jerarquía de las sociedades humanas: están concebidas y constituídas según el tipo humano. La anarquía de la India védica se refleja en la mitología de los vedas, el feudalismo del Egipto en su religión, Zeus se parece á Agamenón, el inca peruviano desciende del sol y aplica á su imperio el gobierno del dios solar, etc., y «por una ilusión de óptica, es la sociedad humana la que parece el calco del estado divino (1).»

En su movimiento hacia la unidad absoluta, el espíritu tiene todavía que franquear varias etapas antes de llegar al término. Concibe un dios muy superior á los demás, pero que obran bajo él (*Jupiter optimus maximus*) y á quienes no suprime. Hay «monolatría» no monoteismo. Se encuentran además disposiciones y temperamentos en la concepción de las triadas (ó trinidades), y de las diadas (divinidades masculina y femenina asociadas). En realidad, el monoteismo puro es una conquista del espíritu metafísico que remonta la serie de las causas segundas para buscar la causa primera, mucho más que una intuición de la conciencia popular.

Este cuadro de la generalización ascendente es un poco esquemático y se ha presentado bajo la forma de una restitucion ideal, aunque todos los elementos están tomados de la realidad. Algunos pueblos no han alcanzado más que las primeras etapas, otros las han pasado con trabajo, otros de un solo salto han franqueado muchas. La evolución de las ideas religiosas no ha sido quizá dos veces idéntica á sí misma.

(1) Consúltese para los pormenores á Tiele, *Manuel de l'histoire des religions*, Goblet d'Alviella, p. 153-163. «El feudalismo divino es el hecho primordial de la religión egipcia, como el feudalismo político es el hecho primordial de la Historia de Egipto.» (Maspero, *Histoire ancienne.*)

II. *Evolución afectiva.*—Se ha dicho justamente que el sentimiento religioso se compone de dos escalas. Una en el tono del miedo, se compone de estados penosos, depresivos: el terror, el espanto, el temor, la veneración, el respeto, estas son las principales notas. La otra, en el tono de la emoción tierna, se compone de estados agradables y expansivos: admiración, confianza, amor, éxtasis. La una expresa un sentimiento de dependencia; la otra un sentimiento de atracción hasta la unión recíproca.

Un primer cambio que se produce durante este período de la evolución, es el predominio de la segunda escala; en la combinación de las dos emociones elementales, la relación proporcional ha cambiado, de aquí un cambio de naturaleza en la emoción resultante. Lo hemos visto en la desaparición progresiva del culto de los dioses malos; en la supresión de los sacrificios sangrientos, primero para las personas, después para los animales; en la tendencia á sustituirlos por el simple homenaje.

Un segundo cambio, capital, consiste en la coalición del sentimiento religioso y del sentimiento moral, que contraen una unión tan estrecha que, para muchas gentes, parece necesaria é indisoluble. Hemos visto que no hay nada de esto y que hay religiones sin moral. Primitivamente el sentimiento religioso es una forma afectiva especial; el sentimiento moral es otra forma. Hay primero las religiones puramente naturalistas, más tarde las religiones morales. Una masa de hechos demuestra que en el origen, el sentimiento religioso no es sólo extraño á la moral, sino que está en contradicción con ella. Ya se conocen las críticas acerbas de los filósofos griegos contra la religión reinante, toda impresa de mitos procedentes de un naturalismo primitivo que ni los creyentes ni los mismos filósofos comprendían. Los criminalistas contemporáneos han mostrado que las prostitutas y hasta criminales feroces no

omiten ningún acto de devoción. Esto es porque el sentimiento religioso, en su origen y completamente solo, es en el fondo egoísta (1) y es sólo la preocupación de la salvación individual. Esta superposición del sentimiento moral se ha producido en todas las grandes religiones, es decir, las que han tenido una evolución completa: en el brahma mismo, y sobre todo el buddismo, en la época védica, entre los profetas de Israel, hasta entre los griegos en los Misterios, etc. Se acaba por creer que la intención moral es la mejor de las ofrendas.

Para la mayoría de las religiones, la cuestión suprema es la del destino humano; su historia, que ha atravesado dos períodos, uno naturalista y el otro moral, muestra una vez más que el sentimiento religioso y el sentimiento moral son, en el origen, dos manifestaciones totalmente distintas.

Durante el primer período no se encuentra ninguna idea de la retribución según las obras. La vida después de la muerte es una continuación de la vida terrestre, á veces semejante, á veces mejor, lo más frecuentemente peor. Ya se conocen las quejas de Aquiles en la *Odisea* (XI) en que Homero nos ha dejado una pintura viva de esta creencia primitiva: se continúa siendo esclavo, amo, jefe, rey, como se era durante la vida. Hasta algunos pueblos, proyectando en el otro mundo sus principios aristocráticos, sólo concedían la inmortalidad al alma de los jefes.

Durante el segundo período, hay un juicio previo según las obras, que decide del destino futuro. Los

(1) La teoría *do ut des* está expresada con una completa candidez en un himno brahmánico. «Muy llena, oh cuchara (del sacrificio), vuela allá abajo, vuelve muy llena. Como á precio convenido, cambiemos fuerza y vigor. Hiere y te doy; tráeme y te traigo.» Todavía hay más: «Si se quiere hacer un daño á cualquiera no hay más que decir á Sourya: Hiere á Fulano y en seguida te haré la ofrenda; y Sourya para obtener la ofrenda, le hiere.» (Barth, *Les Religions de l'Inde*, p. 25-26.)

conceptos de esta vida son diversos: trabajos y recompensas temporales ó eternos, trasmigraciones hacia arriba ó hacia abajo, liberación total (*nirvâna*), etc.; pero todas descansan sobre una idea moral. Esta noción aparece muy pronto en los egipcios (el juicio de Osiris y el peso de las almas). En el *Libro de los muertos*, del cual tenía un ejemplar cada momia en su tumba, el difunto dirige al dios una enumeración muy larga (1) del bien que ha hecho y de las faltas que no ha cometido; es notable que no habla de sus ofrendas síno de sus virtudes.

III

En el punto en que estamos, el sentimiento religioso ha alcanzado su pleno florecimiento, y ya sólo puede declinar; por esto el tercer período no puede detenernos mucho tiempo. Se resume en esta fórmula: predominio siempre creciente del elemento intelectual (racional); desaparición progresiva del elemento afectivo que tiende á aproximarse á los sentimientos intelectuales y á entrar en este grupo.

Cuando la marcha del pensamiento hacia la unidad ha llegado á su último término con el puro monoteismo, la obra de los teólogos y sobre todo de los metafísicos, tiende á refinar el concepto divino, establecido como causa primera ó ideal moral, ó ambas cosas á la vez; pero siempre á título de ideal inaccesible y sólo vislumbrado. La consecuencia lógica, necesaria, inevitable, es el debilitamiento del estado afectivo. En efecto, se puede erigir en ley lo siguiente:

De la percepción á la imagen y de la imagen al concepto, el elemento emocional concomitante va disminuyendo siempre en igualdad de circunstancias, es de-

(1) Se encontrará esta oración *in extenso* en Maspero, *op. cit.* (4.ª edición), p. 38.

cir, teniendo en cuenta los temperamentos y las variedades individuales. Esto no es más que el resumen de lo que se ha dicho tantas veces en nuestra primera parte: que los estados afectivos dependen más que todos los demás de las condiciones fisiológicas (viscerales, motoras, vaso-motoras). Ahora bien, es claro que el percibir es la operación que exige más imperiosamente condiciones orgánicas complejas y numerosas. Para las imágenes ó representaciones hay dos categorías: la imaginación viva é intensa se parece al percepto por su tendencia alucinatoria; la imaginación fría y tierna, que no es más que un simple esquema de las cosas, se parece al concepto. Por último, el concepto puro, casi todo él reducido á un signo, sustituto de la realidad, se aparta también de las condiciones orgánicas, en cuanto esto es posible en un estado psíquico; requiere un *mínimum* de fisiología. Por consiguiente, la emoción tomada en su orígen no corre más que en delgado filamento; y del sentimiento religioso propiamente dicho no sobrevive más que el respeto vago de lo incognoscible, de una x, última supervivencia del miedo y una cierta atracción hacia el ideal, resto del amor que domina durante el segundo período.

Se podría decir en términos más claros y más sencillos que la religión tiende á convertirse en una *filosofía religiosa*, cosa que es completamente distinta, porque una y otra responden á condiciones psicológicas diferentes; la una es una construcción teórica de la razón razonante, la otra es la obra viva de un grupo ó de un gran inspirado, que comprende al hombre entero, que piensa y siente. Esta distinción es muy importante y aclara nuestro objeto.

Sería fácil demostrar que las grandes religiones, al final de su desarrollo, se trasmutan en una metafísica sutil, accesible sólo á los filósofos. Para ser imparciales y no molestar á nadie, fijémonos en tiempos lejanos. En

la India, la religión, que comienza por el naturalismo de los vedas, se organiza, se hace social y moral con el brahmanismo, y alcanza el ideal trascendente de la *Bhâgavad-Gîta*. El pasaje citado anteriormente (1), ¿es una religión ó metafísica, ó más bien una bella poesía filosófica que obra por el explendor de las imágenes? Para que semejante doctrina se convierta en una *verdadera* religión, es preciso que se concrete y se condense. Por lo demás, para que no parezca que se argumenta y discute sobre las palabras, ni que se decide arbitrariamente que esto es una religión y lo otro una filosofía religiosa, se puede plantear la cuestión bajo una forma objetiva. Desde que el pensamiento religioso no tiene ni culto ni rito y no los tolera, es una doctrina filosófica; despojada de todo carácter exterior y colectivo, de toda forma social, deja de ser una religión para convertirse en una creencia individual y especulativa. Tales son el deismo del siglo XVIII y las concepciones análogas: el sentimiento juega un papel muy debil, casi nulo.

Indicaremos, por lo tanto, que en estas épocas de refinamiento intelectual el sentimiento no pierde sus derechos: el misticismo es su desquite. En todas las grandes religiones llegadas á su apogeo, el antagonismo entre los dos elementos de la creencia — racional, sentimental — se traduce por la oposición de los dogmáticos y de los místicos. La historia está llena de su antipatía: en el cristianismo, desde los gnósticos, á través de las escuelas de la Edad Media y del Renacimien-

(1) Elijo este pasaje entre ciento: «Yo soy (habla Krishna) incomprensible en mi forma, más sutil que el más sutil de los átomos. Yo soy la luz en el sol y la luna; mucho más allá de las tinieblas, yo soy el brillo de la llama, el resplandor de todo lo que resplandece, el sonido en el éter, el perfume en el suelo, la semilla eterna de todo lo que existe, la vida de todo Yo habito como sabiduría en el corazón de todos. Yo soy la bondad del bien, yo soy el comienzo, el medio y el fin, el tiempo eterno, el nacimiento y la muerte de todos.»

to, hasta el amor puro del siglo XVII y más allá. Respecto á las otras religiones, lo mismo: el islamismo, á pesar de su monoteísmo seco y de la pobreza de sus ritos, no ha escapado á la ley común, y tuvo y tiene todavía sus sectas místicas. Cuando se les estudia se ve que, no obstante la diferencia de los tiempos, lugares, razas, creencias, los místicos, poco cuidadosos del rigorismo dogmático, tienen todos un aire de familia y se asemejan singularmente entre sí. En el caso actual, el razonamiento es el que divide y el sentimiento el que reune.

Queda por examinar una última cuestión, relativa al elemento afectivo solo: la emoción religiosa ¿es una emoción *completa?* Vale la pena de detenerse aquí, puesto que muchos autores (sin hablar de los que la olvidan) hacen de ella una variedad de los sentimientos intelectuales, es decir, de la forma más fría de la vida afectiva.

Una emoción completa, como sabemos, comprende, además del estado puramente psíquico, una resonancia somática, una conmoción del organismo, que consiste: 1.º En cambios de la circulación, de la respiración y de las funciones en general; 2.º En movimientos, gestos y actos, que constituyen su modo propio de expresión. Sin esto, no existe más que un estado intelectual. El sentimiento religioso ¿llena estas dos condiciones?

1.º Tiene su acompañamiento fisiológico; penetra en todo el organismo tanto como cualquier otro. Después, por su naturaleza, contiene siempre, aunque en dosis variables, dos elementos, la depresión y la exaltación, cuyas relaciones fisiológicas examinaremos muy sumariamente.

La depresión está emparentada con el miedo, y bajo sus formas vivas se confunde con él. El creyente que penetra en un santuario respetado ¿no experimenta la palidez, el temblor, el sudor frío, el mutismo, lo que

los antiguos llamaban tan justamente el *sacer horror?* La debilidad física y mental se convierte en religiosa por conciencia de la debilidad humana. Las austeridades, la maceraciones, en una palabra, el ascetismo, que en las religiones llamadas pesimistas es una institución, aunque se refiera á causas múltiples que no tratamos de investigar, prueba, por lo menos, que el factor fisiológico no está considerado como indiferente. Los ascetas indos de las primeras edades podían, por mortificaciones insensatas, destronar los dioses y ocupar su lugar, ser dioses á su vez. La creencia tan generalizada de que las austeridades sirven para la salud es una forma de ello muy mitigada.

La exaltación está emparentada con el amor, y tiende á la unión, á la posesión. La historia de todos los tiempos abunda en procedimientos fisiológicos, empleados para producir artificialmente el entusiasmo en sentido etimológico, es decir, tener la divinidad en sí.

Tiene formas inferiores: La embriaguez mecánica producida por la danza, por la música rítmica de los antiguos, que los excitaba y ponía en condiciones favorables para ser inspirados. La embriaguez tóxica: el soma, el vino, los Dionisiacos, las orgías de las Menades. Los medios sangrientos, tan extendidos en los cultos del Asia Menor: la Buena Diosa y Atys, los Coribantes, los Galos, que se mutilaban y despedazaban á sablazos; en la Edad Media, los Flagelantes; en nuestros días aún, los fakires, derwiches, etc.

Tiene las formas superiores menos materialistas: las excitaciones colectivas delos peregrinos, delos *revivals*, en los que la emoción de cada uno se aumenta con la de los demás; los medios artificiales conocidos desde la más remota antigüedad para llegar al éxtasis, es decir, á la plena posesión; la confusión frecuente entre el lenguaje del amor carnal y el del amor místico, que con tanta frecuencia ha excitado la indignación de los dogmáticos.

Todos estos hechos son muy conocidos, y hay millares de ellos en la historia. Convendría recordarlos para demostrar que tienen sus razones psicológicas: no son aberraciones, como puede parecer en el primer momento, sino las condiciones necesarias de la emoción intensa. Si se objeta que algunos confinan con la locura, se puede responder que á toda pasión violenta le sucede lo propio, y algunas veces llega á alcanzarla.

2.° El sentimiento religioso está también unido á condiciones materiales por su modo de expresión, que es el rito. Las prácticas rituales no son, como muchos piensan, puramente exteriores y artificiales, accesorias y adventicias; son una creación espontánea, que se deriva de la naturaleza de las cosas. Toda religión, grande ó pequeña, es un organismo constituído por una creencia fundamental que se une á percepciones, imágenes ó conceptos, ya de las nociones secundarias, con frecuencia contradictorias entre sí, ya de un estado emocional; todo esto forma un todo vivo, que evoluciona, vegeta ó retrocede. Este carácter orgánico distingue á las religiones positivas de las concepciones puramente teóricas y metafísicas, que no viven, que no han vivido jamás, y que no son más que especulación pura. Así, del mismo modo que el organismo animal, del infusorio al hombre, tiene su vida de relación, es decir, de relaciones con los agentes exteriores, del mismo la religión, como organismo, tiene su vida de relación con las potencias sobrenaturales y misteriosas, de las que el hombre cree depender. Esta vida se expresa por los ritos, que son los medios de acción, los procedimientos para establecer una relación.

La historia de los ritos es un capítulo de la expresión de las emociones. He aquí la sola diferencia: la expresión emocional, en el sentido de Duchenne, de Darwin, de sus sucesores y de todo el mundo, tiene un carácter individualista, traduce por el miedo, la cólera, el amor, etc.; la expresión ritual tiene un carácter

social: es la obra espontánea de una colectividad, de un grupo, y ha llegado á ser fija, permanente; ha sido erigida en institución por influjo de la sociedad; está protegida por la tradición. Sobre este asunto, no puedo entrar en los detalles; bastaría con recordar que los ritos tienen su origen psíquico. Ha habido en su desarrollo dos fases principales.

Durante el período primitivo, los ritos son la expresión *inmediata* y *directa* del sentimiento religioso, y traducen el genio de cada pueblo: en los Griegos, elegantes y alegres, como conviene á divinidades que son hombres superiores y dichosos; en los Romanos primitivos tienen un carácter agrícola y familiar, formalista y minucioso: la omisión del menor detalle anula el Sacrificio; en los Mejicanos se inmola hecatombes humanas á los dioses, «ébrios de sangre», etc. Las religiones racionalistas, por ser una medio filosofía, tienen poco ritual y una liturgia seca: se parecen á los temperamentos flemáticos, cuyos gestos son raros y sobrios. Las religiones de la imaginación y del corazón se manifiestan por la exuberancia y el esplendor de las ceremonias.

En el segundo período existe el paso de lo propio á lo figurado, en que el rito se convierte en *simbólico.* Puesto que es un medio de expresión, un lenguaje, y es muy natural que sea así, esta fase responde á las metáforas en el lenguaje hablado; así la ofrenda de un mechón de cabellos ó de una estatuita de pasta es el sustituto del sacrificio humano. Llegados á este punto, los ritos no se comprenden más que por su historia; pero los creyentes los usan, sin saber á fondo lo que significan, del mismo modo que emplean las metáforas, sin saber de dónde se derivan, sin poder conducirlas á su sentido primitivo. Por último, sucede que son simples supervivencias, análogas al fruncimiento de las cejas cuando estamos perplejos, vestigio de ciertas maneras de sentir y de obrar que han existido, pero que han desaparecido hace mucho tiempo.

El sentimiento religioso es, pues, una emoción completa con su cortejo de manifestaciones fisiológicas, y los autores, que le han clasificado entre los sentimientos intelectuales, no le han considerado más que en sus formas superiores, es decir, en el momento en que se extingue. En el período de su mayor esplendor — raramente bajo su forma, ya sea primitiva, ya sea intelectualizada — el sentimiento religioso puede convertirse en una pasión que en tenacidad y en violencia no le ceda á ninguna otra, y que tiene su nombre: el fanatismo religioso. Confina con la locura, sin entrar en ella. Esta pasión merece una monografía psicológica, y los documentos no faltan. De esto se desprendería:

1.° Nuevas pruebas de la independencia grande del sentimiento religioso y del sentimiento moral. En las guerras religiosas, la persecución, la tortura aplicada á los disidentes, el asesinato del jefe se consideran como actos meritorios: cosa que parece inexplicable á gentes de sentido juicioso. No se asombrarían menos, si se considera que la emoción religiosa, llegada al paroxismo de la pasión, llega á ser tan indómita como un amor violento y que es necesario satisfacer, que tiene la firme creencia en un derecho, superior á las obligaciones humanas, porque viene de más alto (creencia que alcanza su grado más elevado en la teomanía de la que se hablará poco después); que el sentimiento religioso y el sentimiento moral, aunque tengan numerosos puntos de contacto y momentos de fusión, son, sin embargo, distintos por naturaleza, esencialmente, porque responden á tendencias totalmente distintas de la naturaleza humana.

2.° Una prueba de la tendencia del sentimiento religioso á reunir, agrupar, *socializar*. La unidad de creencia crea la comunidad religiosa, como la comunidad de intereses interiores y exteriores crea la comunidad civil, una y otra tienden á expulsar los disiden-

tes (enemigos interiores) y á conquistar los enemigos del exterior: en este caso los infieles. La conciencia clara ú oscura de las condiciones de existencia de una sociedad, es decir, el instinto de su conservación, determina su moral, su manera de obrar. Así en las religiones nacionales que no forman más que una con la sociedad civil, el proselitismo es nulo ó débil: los griegos no ensayaron convertir á los persas, ni los romanos á los galos. Las religiones universales (cristianismo, islamismo, buddismo), formando otra sociedad fuera de la nacionalidad y excediéndola, han propendido á la conquista espiritual, es decir, á su extensión social.

IV

Se ha discutido mucho para saber si existen pueblos desprovistos de toda creencia religiosa. Esto continúa bastante dudoso, si se tiene en cuenta, de una parte, el misterio en que el salvaje se rodea delante del extranjero; de otra parte, la psicología tan pobre de los viajeros, para quienes la religión es con frecuencia sinónimo de culto organizado y desarrollado. El hecho así establecido, sería de un escaso valor, no existiendo más que en los fragmentos inferiores de la humanidad (1).

Una cuestión que apenas se ha planteado, es esta: ¿Existen individuos (no ya grupos sociales) desprovistos de todo sentimiento religioso? Eliminemos los idiotas, imbéciles, sordo-mudos no educados; se trata del hombre normal, que vive en una sociedad cualquiera, que como todas tiene una religión. Me inclino muy francamente por la afirmativa, aunque no encuentro ninguna observación decisiva sobre este punto. El caso sería análogo á la ceguera moral estudiada más arriba, á la ausencia de todo sentimiento estético si existe;

(1) Para esta discusión, consúltese especialmente Taylor, *Primitive culture*, t. I, cap. XI; Réville, *Religions des peuples non civilisés*, tomo I, p. 10 y siguientes.

denotaría una laguna en la vida afectiva. Notemos bien que la laguna no puede venir más que de aquí. Ningún hombre normal que viva en una sociedad, puede estar cerrado á las *ideas* religiosas, ignorar su existencia, el objeto, la significación; pero éstas pueden no tener sobre él ningún valor, quedar en su cerebro como una cosa extraña, sin suscitar ninguna tendencia, ninguna emoción; pueden ser concebidas, no sentidas.

Hemos recordado antes que el sentimiento religioso puede devenir una pasión impetuosa, puede también traspasar este límite, tomar una forma crónica y entrar en la patología. Para el alienista, la locura religiosa no es una entidad morbosa sino un síntoma; existe unas veces aislada, lo más frecuentemente junto á la epilepsia, el histerismo ó las formas melancólicas. Para la psicología hay que estudiarla en sí misma, á título de complemento del estado normal. Así considerada desde el punto de vista puramente psicológico, sus manifestaciones, aunque muy diversas, se dejan reducir á una clasificación sencilla; las formas depresivas ó asténicas y las formas exaltadas ó esténicas.

Una primera forma, que podría nombrarse *subjetiva*, consiste en la melancolía religiosa pura y simple: creerse incesantemente culpable, réprobo, condenado. Forma ansiosa, escrúpulos sobre todo, lamentaciones sobre faltas ó crímenes imaginarios. Este estado va unido á dos emociones primitivas, que tienen una y otra un carácter depresivo; de una parte el miedo, de otra el *self-feeling* bajo su forma negativa, la humildad, el decaimiento. Un razonamiento consciente ó inconsciente conduce al sujeto á un sentimiento de abyección, de desprecio de sí mismo; trata de debilitarse, de hacerse digno de piedad. El ascetismo, aunque invoca en su favor, con razón ó sin ella, motivos morales, descansa en el deseo fundamental de disminuir el individuo, al menos en esta vida: lo que se ve en sus formas simples y mitigadas, con mayor claridad todavía en su

extravagancia (el monaquismo del siglo V, Simeón el Estilita, etc.), en los actos de castración, mutilación y destrucción parcial; por último, en el suicidio religioso del Indio, arrojándose bajo el carro de Djaganâtha.

Una segunda forma, que puede llamarse *objetiva*, á falta de mejor término, es la melancolía demoniaca, el delirio de obsesión ó de posesión que, habiendo sido frecuente en todas las religiones, ha llegado ahora á ser muy raro (1). En la obsesión ó demonomanía *externa*, el enfermo no es un verdadero poseído; entiende, ve, toca, sospecha los espíritus malhechores obstinados en su pérdida, pero no los siente en sí. En la posesión ó demonomanía *interna* existe en él. Tiene un desdoblamiento de personalidad con alucinaciones sensoriales, viscerales y psico-motoras; estas últimas consisten en voces interiores, que el poseído oye hablar en él á pesar suyo.

II. La exaltación morbosa del sentimiento religioso se deriva de la atracción y del amor, como la depresión procede del temor. Emparentada con la alegría y algunas veces con la megalomanía, va acompañada de un aumento parcial ó total de la vida física y psíquica.

Una forma transitoria y relativamente pasiva es el éxtasis. Visto del exterior, se asemeja á la catalepsia por la insensibilidad á las impresiones exteriores y la suspensión de la actividad sensorial. Se diferencia por el lado motor. El extático no tiene la «flexibilidad de la cera» y la inmovilidad completa; puede moverse, marchar, hablar, y su figura toma una expresión particular. Visto en el interior, el éxtasis es un estado de conciencia intenso cuyo recuerdo queda al despertar, mientras que la catalepsia va acompañada de inconsciencia, ó al menos de olvido total. Su psicología es

(1) Para algunas observaciones recientes véase Krafft-Ebing, *op. cit.*, t. II, secc. 1.ª; Dagonet, *Maladies mentales*, p. 321 y siguientes.

bastante sencilla si, dejando los detalles, se atiende á las condiciones esenciales. Las confesiones, bastante numerosas, de extáticos, concuerdan en sus principales rasgos: 1.º Limitación del campo de la conciencia, con una representación intensa y directora, que sirve de eje y centro único de asociación; 2.º Un estado afectivo — el encantamiento — forma del amor en su más alto grado, con deseo y placer de la posesión, y que, como el amor profano, no encuentra su fin más que en la fusión y unificación completa (ἑνῶσις de los Alejandrinos). Las declaraciones de los grandes místicos, algunas metáforas de que se rodean, no dejan duda sobre este punto (1), y sus críticas, aun las de los teólogos, les han reprochado el equivocarse con frecuencia en la naturaleza de su amor.

Una forma de exaltación religiosa más estable y activa es la teomanía, es decir, «un estado mental en que el paciente se cree Dios, ó al menos inspirado por él para revelar su voluntad á los hombres». Establecer una demarcación entre los fundadores de religiones, los reformadores, fundadores de órdenes religiosas y los puros teómanos, es tan difícil como indicar el momento preciso en que un amor violento se convierte en locura. Se podría invocar un criterio práctico y decir que los unos han prosperado y que los otros han fracasado; pero esta explicación sería demasiado sencilla: el buen resultado y el éxito obedecen á causas múltiples. Por lo demás, esta discusión no tiene nada que hacer aquí. Basta con notar que la teomanía es, por sus caracteres psíquicos, la antítesis completa de la melancolía demoniaca. Al dolor del poseído, que aloja en sí mismo al enemigo, se opone una alegría inalterable

(1) Para más pormenores sobre el éxtasis, véanse nuestras *Enfermedades de la voluntad* (edición española), cap. V, y Godfernaux, *Le sentiment et la pensée*, p. 49. Las obras puramente médicas instruyen poco sobre la psicología de este estado; la lectura de los místicos instruye mucho más.

que no rompen ni las desgracias, ni las persecuciones, ni los suplicios. Al sentimiento de abyección se opone la megalomanía. Por modesto que se sea por naturaleza ó por reflexión, no obsta para que impunemente se crea uno escogido por la Divinidad para ser su profeta, para hablar y obrar en su nombre.

El bosquejo que precede, del que hemos eliminado voluntariamente los detalles y las observaciones—pues ya se sabe que no faltan — tiene por único objeto hacer notar que la composición primitiva del sentimiento religioso sirve de hilo conductor en su patología, que reposa por completo sobre el miedo ó sobre el amor. Añadamos que entre las emociones morbosas ninguna tiene — y sobre todo no ha tenido — una tendencia más marcada á propagarse rápidamente bajo la forma epidémica; lo que es una nueva prueba de que su naturaleza es menos individual que social.

CAPÍTULO X

EL SENTIMIENTO ESTÉTICO

Su origen; la teoría del juego y sus variantes. La actividad estética es el juego de la imaginación creadora bajo su forma desinteresada. Su naturaleza instintiva. — Transición entre el juego simple y el juego estético: arte primitivo de la danza-pantomima. Derivación de las artes en el movimiento, de las artes en el reposo. — ¿Por qué ha evolucionado la actividad estética? El arte ha tenido, en su origen, una utilidad social. — Evolución del sentimiento estético. Su aspecto sociológico: marcha del carácter estrictamente social hacia el individualismo en los órdenes diversos de las artes. Su aspecto antropológico: marcha del carácter estrictamente humano hacia el conjunto de los seres y de las cosas. Sentimiento de la naturaleza. — El sentimiento de lo sublime: sólo parcialmente corresponde á la estética. Su evolución: no es estético en su origen; llega á serlo después. — Por qué no hay más que dos sentidos estéticos. — El sentimiento de lo cómico. Psicología de la risa. Hay varias causas, no una sola causa. Tesis de la superioridad. Tesis del desacuerdo. Responden á dos momentos distintos, uno de los cuales es extraño á la estética.— Fisiología de la risa. Tesis de la derivación nerviosa. Tesis del cosquilleo.—Patología. ¿Hay casos de insensibilidad estética completa? — Dificultades y trasposición del asunto. — Función patológica de la emoción: tendencias pesimistas, megalomanía, influjo de la actividad inconsciente. — Función patológica de la imaginación creadora: sus grados. — Por qué la imagen intensa, en los artistas, no pasa al acto; cómo se modifica. Causa de esta desviación; sus ventajas.

Mientras que todas las emociones enumeradas hasta aquí tienen su origen y su razón de ser en la conservación del individuo, como individuo ó ser social, la emoción estética se sabe difiere de las otras en que la actividad que la produce tiene por fin, no el cumplimiento de una función vital ó social, sino el placer mismo de

ejercitarse. Cuanto más directamente unida á la vida está una tendencia, tanto más necesaria, exigente y seria es; cuando está menos dispuesta á la emoción estética es porque necesita un exceso que gastar. Siempre se ha exagerado su inutilidad, que no es más que relativa, porque ha servido en alguna medida á la conservación del individuo y de la especie, siendo y, sobre todo, habiendo sido un factor *social*: en la verdad accidental y de segundo orden, como veremos más adelante.

Conforme al plan adoptado, permaneceremos estrictamente en la psicología, evitando toda excursión á través de la historia ó las teorías del arte, si no es para buscar allí hechos y aclaraciones. Podremos así estudiar el origen de la emoción estética, la ley de su desarrollo; después sus dos formas de la vida afectiva, que se consideran, con razón ó sin ella, como emparentadas con ella: el sentimiento de lo sublime y el de lo cómico, y acabaremos por algunas indicaciones acerca de las manifestaciones morbosas.

I

Sobre el origen de la emoción estética, y por consecuencia, sobre la marca que le es peculiar entre todas las emociones, existe un acuerdo bastante raro entre los autores, á cualquiera escuela que pertenezcan: tiene su origen en un sobrante de vida, en una actividad de lujo; es una forma del juego. Schiller pasa por ser el primero que dió la fórmula: «El arte supremo es aquel en el que el juego alcanza su más alto grado, en que llegamos á jugar, por decirlo así, con el fondo de nuestro sér. Tal es la poesía, y sobre todo la poesía dramática..... Del mismo modo que los dioses del Olimpo, libres de toda necesidad, ignorando el trabajo y el deber, limitaciones del sér, se ocupaban en tomar formas mortales para jugar con las pasiones humanas, del mis-

mo modo nosotros, en el drama, representamos hazañas, atentados, virtudes y vicios, que no son los nuestros» (1). Kant refería lo bello al juego libre de la inteligencia y de la imaginación, y sus discípulos contemporáneos le siguen en este punto. Schopenhauer dice lo mismo en otros términos: «El arte es una liberación momentánea.» En fin, Herbert Spencer desarrolla esta tesis, desde el punto de vista experimental, refiriéndola á condiciones biológicas.

La actividad primitiva de nuestras facultades psíquicas y mentales se refiere á fines próximos: la conservación del individuo y su adaptación al medio. La actividad secundaria tiene su fin en sí misma, así que aparece bastante tarde en el reino zoológico. Los animales inferiores están encerrados en un círculo estrecho: nutrirse, defenderse, dormir y propagar su especie. Más adelante aparece «una actividad sin objeto, de órganos sin empleo», (Spencer, op. cit.): la rata, cuyos incisivos crecen continuamente en razón del empleo continuo que de ellos hace; el gato que afila sus uñas sobre la corteza de un árbol ó sobre una alfombra, etc. Más adelante todavía aparece el verdadero juego: los perros que simulan la caza y los combates, los gatos corriendo detrás de una pelota que cogen, sueltan, vuelven á coger, persiguen retozando como si fuera una presa, etc. En los niños se sabe el papel capital del juego y cómo difiere según el sexo, el carácter y la edad: tiene un signo individual y es con frecuencia una creación.

El juego es siempre un género del que la actividad estética no es más que una especie; y en la determinación de los caracteres propios de esta especie, los autores

(1) Esta teoría del juego parece, sin embargo, según investigaciones recientes, ser de origen inglés y debida á Home (1696 1782), de tal suerte que, continuada por Herbert Spencer, *Principles of Psychology*, t. II, último capítulo, no ha hecho más que volver á su país de origen.

son muy vagos (1). El más preciso, Grant Allen, en su *Physiological Aesthetics*, ha ensayado de responder á esto. Para él el juego es un ejercicio desinteresado de las funciones *activas* (la carrera, la caza, etc.); el arte, el de las funciones *receptivas* (contemplación de un cuadro ó de un monumento, lectura de una poesía, audición musical). Esto es claro, pero por completo inaceptable; puesto que la emoción estética exige una

(1) En un libro reciente y muy rico en observaciones sobre el juego en los animales (*Die Spiele der Thiere*, 1896; la única monografía que existe sobre este asunto), Groos sustituye en la tesis con una superabundancia de energía, la de un instinto primitivo cuya expresión, bajo todas sus formas, sería el juego. En esto no veo que una tesis excluya la otra. Los unos se atienen á las manifestaciones exteriores; Groos las relaciona á un instinto, es decir, á una disposición motora *sui generis*. Me inclino al sentido de Groos, tanto más, cuanto que la idea fundamental de la presente obra es la de reducir en último resultado la vida afectiva á una suma de tendencias fijadas en el organismo.

Por lo demás, la psicología del juego está reservada todavía á un autor que la trate en su totalidad. Esta palabra designa en efecto, manifestaciones psíquicas bastante diferentes. En el primer momento, en su origen, es inconsciente, es un gasto por el placer de gastar; pero por desinteresado que sea en su origen y en su fin. es útil: en el niño, el juego es con frecuencia una forma de la imitación; otras veces una forma de la experimentación, un ensayo de exploración agradable y no de coacción sobre las cosas y los séres. En el segundo momento se convierte en reflexiva; el placer se busca por él mismo y con conocfmíento de causa: es un estado complejo formado por la fusión de elementos variables. En un estudio especial, que el autor no considera como completo (*Die Reize des Spieles*, 1883), Lazarus adopta la clasificación siguiente: juegos que se refieren á la actividad física, atractivo de los espectáculos de todo género, juego intelectual, juego de azar. Sólo este último es acreedor á tentar á un psicólogo. Tiene uua forma medio-pasiva, bastante atenuada, que es lo que Pascal llamaba una diversión (lo que desvía, distrae), una manera de disimular el trabajo, de llenar los vacíos de la existencia, de «matar el tiempo». Tiene una forma activa, el juego-pasión, cuyo papel trágico es tan viejo como la humanidad, y que es la atracción de lo desconocido y peligroso, de audacia, de emulación, de deseo de la victoria, del amor á la ganancia, de la fascinación de adquirir de un golpe, sin trabajo,

actividad del espíritu en el espectador, sin hablar del creador (1).

El carácter propio de esta actividad superflua, de esta forma del juego, es que se gasta *en una combinación de imágenes y termina en una creación que tiene su fin en sí misma;* porque la imaginación creadora tiene algunas veces por objeto la utilidad práctica. No difiere de las otras formas del juego más que en los materiales empleados y en la dirección seguida. Se puede decir con más brevedad: es el juego de la imaginación creadora bajo su forma desinteresada.

No es este el lugar de disertar acerca de la imaginación creadora que la psicología contemporánea, pródiga en trabajos sobre lo que se ha llamado otras veces la imaginación pasiva (las imágenes visuales, auditivas, motoras, etc.), parece haber olvidado un poco. Quiero solamente indicar—este es mi sólo objeto—sus relaciones con la actividad instintiva.

Cuando se dice que las imágenes, su asociación y su disociación, la reflexión y la emoción, son los elementos constitutivos de la imaginación creadora, se encuentra con que se ha olvidado un factor irreductible, el principal, el *proprium quid* de esta operación del espíritu, el que da el impulso primero, el que es causa del trabajo creador y el que le da unidad. Esta x, que, á falta de término mejor, se puede llamar espontaneidad, es de la naturaleza de los instintos. Es una

en un instante. Estos y otros elementos demuestran que, en el juego como en el amor, es la complejidad lo que produce la intensidad. La ausencia de todo estudio completo y hecho del natural sobre este asunto, enseña una vez más cuán pobre es en monografías la psicología de las emociones.

(1) Para una crítica detallada de esta tesis, véanse los *Problèmes de l'esthétique contemporaine*, de Guyau, p. 12. Este autor, por temor del dilettantismo, sustituye en la teoría del juego la de la vida, como fuente del arte. No veo lo que se gana con reemplazar una fórmula precisa con otra más vaga; pues qué, ¿no se relacionan todas las emociones con la vida?

necesidad de crear, equivalente en el orden intelectual á la necesidad de la generación en el orden fisiológico. Se manifiesta primero y modestamente en la invención de los juegos de la infancia, más tarde, y con mayor aparato, por el nacimiento de los mitos, la obra colectiva y anónima de la humanidad primitiva; más tarde aún, en el arte propiamente dicho: quedando siempre la necesidad de sobreponer al mundo de los sentidos otro mundo salido del hombre que crece aquí por lo menos durante un momento. Si puede parecer equivocado relacionar el instinto, que es fijeza, con la actividad estética, que pasa por ser la libertad absoluta, notemos que se trata, no de su desarrollo, sino de su origen, y en este punto coinciden. La actividad creadora *verdadera* tiene el innatismo del instinto: cualidad que debe traducirse aquí por precocidad. Esto está probado por hechos innumerables; en el momento en que la luz brilla, la experiencia no existe para casi nada. Tiene su necesidad y su fatalidad; el creador tiene su tarea que cumplir; no es apto más que para una faena; hasta cuando tiene alguna agilidad queda aprisionado en su manera y guarda su estilo; si sale de él aborta y se convierte en un mal imitador. Tiene su impersonalidad: la creación no es hija de la voluntad, sino de ese empuje inconsciente que se llama la inspiración; el creador piensa que otra obra dentro de él, por él, llena su personalidad, y no es más que su portavoz. ¿Qué se necesita, pues, para presentar en su origen los caracteres del instinto? En la creación fisiológica, el óvulo fecundado se asimila según su naturaleza los materiales de su medio, y según un determinismo inexorable se convierte en un individuo sano ó en un monstruo. En el instinto, una excitación interna ó externa pone en juego un mecanismo preestablecido y el acto va directamente á su fin ó se convierte en un error grosero. En la creación estética el proceso es idéntico: se sabe por bastante número de documentos biográficos que no puedo re-

producir aquí, que el momento creador, en los artistas, se presenta bajo una de estas formas: ó bien la intuición rápida, la idea generadora apareciendo de golpe, ó bien un fragmento, una vista parcial que se completa poco á poco; la unidad antes ó la unidad después: la intuición ó el fragmento: también el óvulo intelectual está encerrado en este dilema: revelación ó aborto.

No insisto sobre un asunto, que exigiría largos estudios y que me propongo tratar en otra obra en que su sitio está indicado; pero conviene señalar que, bajo esta superabundancia de fuerza, esta actividad de lujo vagamente descrita, hay alguna cosa de más precisión: una tendencia á obrar que utiliza lo superfluo y le orienta en diversos sentidos; entre otros, en el sentido de la creación intelectual con las imágenes por materiales, instinto creador que tiene su tipo en el animismo primitivo, fuente común de los mitos y de las artes. Que no se objete que todo esto no concierne al creador y que en él sólo es necesidad esta tendencia, esta disposición á obrar que es la raíz de la emoción estética. El que lo experimente en cualquier grado, grosera ó finamente, espectador, oyente, dilettante, debe rehacer en la medida de sus fuerzas el trabajo del creador. Sin una analogía de naturaleza con él, por débil que sea, el espectador no sentirá nada; es necesario que viva su vida y juegue su juego, incapaz de producir por sí mismo, pero capaz y dispuesto á ser un eco.

Dejemos ahora estas consideraciones teóricas por una cuestión de *hecho*. ¿Se puede hallar la transición entre el juego en la forma sencilla de movimientos gastados para el placer, y la actividad estética, es decir, el juego-creación? Esta transición debe representar el nacimiento del arte y su forma primitiva. Este arte primordial, al presente empobrecido, seco como un árbol viejo que ha vaciado su savia en los retoños, es la danza, ó más bien la danza-pantomima que formaban otras veces un todo inseparable. Es en su origen «una expre-

sión de la fuerza muscular representando los actos de la vida». Se ve, sin comentarios, que aquí está la soldadura entre la actividad motora de lujo y la creación estética: la danza es lo uno y lo otro. Puesto que estamos en la fuente, conviene insistir tanto más cuanto que la importancia de este arte primordial ha sido olvidado ó señalado muy ligeramente en general (1) por la psicología. Indiquemos sus principales caracteres.

Primeramente el artista encuentra en sí mismo su propia materia; una posibilidad de movimientos que no le sirven ni para buscar su alimento, ni para defenderse, ni para atacar, ni para su conservación bajo ninguna forma, ni para la de su especie.

Este es el arte primordial. Se le encuentra en el origen de todos los pueblos y razas, aun en las más salvajes. Los documentos recogidos por los etnólogos no dejan sobre este punto duda alguna, salvo quizás para los árabes y los naturales de la Tierra del Fuego: y ni aun nada prueba que para éstos no haya insuficiencia de informaciones. Se puede, pues, llamar el arte natural por excelencia.

Es universal: esto resulta de lo que precede. Se encuentra en todas las latitudes, en todos los tiempos, en todas las razas, lo mismo en el chino utilitario y en el romano grave de las primeras edades, que en los pueblos reputados como artistas ó frívolos.

Es simbólico, significa alguna cosa, expresa un sentimiento, un estado del alma; es decir, que tiene el carácter fundamental, esencial, de la creación estética. En el origen, la danza tenía una significación sexual, guerrera, religiosa; estaba apropiada á todos los actos solemnes de la vida pública y privada. En los indígenas de la América del Norte había danzas de guerra, de paz, de negociaciones diplomáticas, de caza en

(1) Es preciso exceptuar á Sergi, de quien he tomado la definición anterior. En su *Psychologie physiologique*, libro IV, cap. VI, párrafo 374, da detalles históricos interesantes.

común; otras para cada dios, para las cosechas, los muertos, los nacimientos, los matrimonios. Los negros tienen por ella un amor llevado hasta el delirio. Los antiguos chinos juzgaban de las costumbres de un pueblo según su danza; tenían un gran número, á las que daban nombres diferentes. No se acabaría con esta enumeración; es más sencillo decir que esta es una fase de simbolismo que todas las razas han atravesado.

Indudablemente, en la génesis del sentimiento estético, tenemos aquí el primer momento, semi-fisiológico y semi-artístico: el juego llegando á ser arte. Notemos además que la danza primitiva es una manifestación completa que encierra la forma embrionaria de dos artes destinados á separarse más tarde por evolución: la música y la poesía. Música pobre, reducida á veces á tres notas, pero notable por el rigor del ritmo y de la medida. Poesía pobre, que consiste en una frase corta, repetida sin cesar, ó hasta en monosílabos sin significado preciso.

Tal es la fórmula original de las artes de movimiento; en cuanto á las artes de reposo, se derivan directamente de la misma fuente, excepción hecha de la arquitectura. Siendo la danza una pantomima, tiene cualidades plásticas; es una plástica viva. Además, como arte social y solemne, exige ornamentos que en un principio se han aplicado al cuerpo humano: dibujos, tatuajes ó simples embadurnamientos con colores. Más tarde, la representación de formas y colores se exterioriza; pasa del hombre á las cosas para darles forma y modificarlas, se convierte en ornamentación, escultura y pintura.

Acabamos de ver cómo nace la actividad estética y cuán humildes han sido sus orígenes. Queda pendiente otra cuestión: *¿por qué* ha evolucionado? En efecto; por su naturaleza, por su definición, no parece haber tenido por estímulo la utilidad, puesto que ha nacido de un

sobrante de actividad, puesto que no va unida á condiciones de existencia del individuo. La persistencia y el desarrollo de las emociones individuales, sociales, morales y religiosas se explican por sí mismas, por la utilidad. La emoción intelectual ó científica ha sido también, al principio, completamente práctica; por lo tanto, útil: saber es poder. El caso de la emoción estética es único. ¿Cómo ha podido, no sólo salir á luz, sino vivir y prosperar en el rudo combate por la vida que encerraba la humanidad primitiva? Decir que ha resistido y crecido porque tenía por base un instinto, una necesidad, no es responder; porque este instinto, á causa de su inutilidad biológica, habría podido atrofiarse ó desaparecer, como los órganos sin función, y lo que se ha verificado es el caso contrario. La conocida explicación de Darwin, sacada de la selección sexual — de la preferencia otorgada por las hembras á los machos más hábiles, más graciosos, de más brillantes colores ó mejores cantores — sólo es parcial, válida para ciertas especies de animales, no para todas. Además, la tendencia predominante en estos últimos años á negar absolutamente la herencia de las modificaciones adquiridas, no permite invocar la trasmisión, la consolidación y el aumento del instinto estético á través de las generaciones. De aquí el gran embarazo de Weissman, Wallace y todos los que sostienen esta tesis negativa. Admiten sólo la variación y la selección, no la fijación hereditaria de las variaciones. El primer factor basta para explicar el nacimiento de la actividad estética; pero los otros dos, la selección y la trasmisión, no tienen nada que ver con él; de manera que, por frecuente que se suponga la aparición de este instinto creador, habría siempre que volver á comenzar. Los dos autores citados anteriormente han disertado mucho sobre este punto. ¿Cómo han podido tomar un impulso tan maravilloso las aptitudes matemáticas, musicales y artísticas en general, tan rudimentarias en el orden

primitivo? «En la lucha por la vida, estas dotes del espíritu han podido muy bien ser útiles de vez en cuando y hasta haber tenido una importancia decisiva; pero en la mayor parte de los casos no lo son, y nadie pretenderá que el don de la música ó de la poesía aumentase en los tiempos lejanos las probabilidades de fundar una familia..... Estas no son cualidades favorables á la conservación de la especie; no han podido, pues, formarse por selección natural» (1).

Sólo hay una respuesta posible: que la actividad estética, en su origen, tenía alguna utilidad indirecta para la conservación, que se apoyaba en formas de actividad directamente útiles, de las cuales era auxiliar. Por otra parte, referir el arte al juego, que lleva un exceso de energía nerviosa y muscular, es referirle inmediatamente á las funciones vitales. Queda por precisar la naturaleza y la medida de su utilidad.

El arte en el movimiento, en su período de comien-

(1) Weissman, *Essais sur l'hérédité*, traducción francesa, p. 475; Wallace, *Darwinism*, cap. XV. — Antes que ellos, Schneider, *Freud und Leid*, pp. 28 29, que se adhiere á la teoría inglesa sobre la inutilidad fundamental de la actividad estética, ha tratado de referirla á la conservación del individuo y de la especie por una hipótesis extraordinaria, problemática y aventurada, apoyada en la herencia. Si experimentamos sentimientos diversos delante de un paisaje que representa un mar tempestuoso, ó un lago azul y tranquilo cubierto de barcos, ó bien una llanura inmensa ó montañas cubiertas de nieve, «es que nuestros sentimientos son los del hombre primitivo cuando vivía realmente en el seno de la naturaleza y debía arrancarla su pan de todos los días. Desde hace innumerables generaciones, nuestros antepasados han terminado al anochecer su trabajo diario y han pensado con satisfacción en la obra ejecutada; con este sentimiento es con el que han visto el anochecer y la puesta del sol. ¿Por qué un paisaje que la representa produce en nosotros una impresión de reposo y de paz? No tenemos más respuesta que esta: desde hace innumerables generaciones, el cielo de la tarde se ha asociado con la conciencia del trabajo terminado y con un sentimiento de reposo y de satisfacción.» Sin hablar de su excesiva fragilidad, por otra parte esta hipótesis no sería aplicable á todas las artes.

zo, esta por completo en el baile acompañado del canto. Weissman nos dice que el sonido musical es complementario del sentido del oído, que á su vez está ligado con la selección natural, porque no es indiferente para los animales y los hombres oir bien y distinguir bien los ruidos de la naturaleza inanimada ó viva, para obrar en consecuencia. Esto no explica nada: oir con finura y oir musicalmente, son dos estados mentales perfectamente distintos, que exigen cada uno condiciones cerebrales y psíquicas distintas. En la danza mímica y cantada es donde hay que buscar la explicación: ha tenido una utilidad *social*; favorece los movimientos de conjunto, la acción en común; da á un grupo de hombres la unidad, la conciencia y la percepción visual de esta unidad; es una disciplina, una preparación al ataque ó á la defensa en conjunto, una escuela de guerra. De aquí la importancia capital de la medida. «Los cafres cantan y bailan en gran número con tal precisión, que se diría que era una inmensa máquina en movimiento.» En algunos pueblos, el ritmo debe ser impecable y se castiga con la muerte quien comete una infracción (1).

Para las artes de reposo la explicación es más difícil. Hemos visto que de un grupo á otro hay una transición posible, por ser la danza una pintura viva; pero ¿qué utilidad hay en adornar utensilios, en dibujar, en esculpir?

Wallaschek (op. cit.) supone que los primitivos dibujaban ó esculpían en sus armas figuras horribles para asustar al enemigo, como se ve todavía en los dayaks. Prefiero la explicación de Grosse (2), que me parece á

(1) Wallaschek, *Primitive Music*, cap. X; consúltese para los pormenores.

(2) Grosse *Die Anfänge der Kunst* (1894). Este libro, muy lúcido é interesante, lleno de documentos etnográficos y de consideraciones generales, se consultará con mucho fruto sobre la cuestión de los comienzos del arte. Sobre el punto especial que nos ocupa, véase p. 191 y siguientes.

la vez más positiva y más general. Ante todo, los adornos son signos y tienen como tales un valor social. Además, y sobre todo, la práctica primitiva supone dos factores cuyo desarrollo en los salvajes está favorecido por lucha por la vida: una buena memoria, una gran habilidad manual. Son, como los niños, observadores muy refinados; no salen del círculo estrecho de las sensaciones; pero en él saben ver, oir, palpar, oler: su existencia depende de ello. Tienen (y se citan numerosos ejemplos) una excelente memoria de las formas y de las figuras. Finalmente, tienen pocos útiles, pero saben manejarlos; son hábiles, porque su existencia depende también de su habilidad. No es, pues, tan grande la distancia entre la práctica de los actos útiles á la vida y la práctica primitiva del arte.

Al comienzo, el arte es una dependencia y un auxiliar de lo útil: la actividad estética es demasiado débil para vivir de sus propias fuerzas; más tarde se emancipará. Insistiremos sobre esta antigua cuestión de las relaciones de lo bello y lo útil «que no se aclara más que á condición de salir de las épocas civilizadas, en que el divorcio se ha verificado, para remontarse hasta la época lejana de los orígenes.

II

Veamos ahora como, á partir de su origen, el sentimiento estético ha llegado, en el curso de las edades, á especializarse y á diferenciarse. Su evolución presenta dos aspectos, uno sociológico, otro antropomórfico, que son inseparables en la naturaleza de las cosas; pero que debemos estudiar separadamente para la claridad de la exposición.

1.° El sentimiento estético, de un carácter estrictamente social en su origen, tiende progresivamente hacia el individualismo. Se produce en él una división del trabajo que hace sus manifestaciones más numerosas y más complejas.

2.° El sentimiento estético de un carácter estrictamente social en su origen, se despoja de él poco á poco para comprender la naturaleza entera. Va desde la belleza humana bajo su forma orgánica, á la belleza abstracta y amada por sí misma.

Consideremos la marcha de su desarrollo bajo este doble aspecto.

I. Han preocupado en estos últimos tiempos, sobre todo en Francia, las relaciones del sentimiento estético con las condiciones sociales. Basta recordar los nombres de Taine, Hennequin, Guyau (1); pero todos estudian la cuestión bajo su forma contemporánea, ó por lo menos, civilizada; se colocan en una época en que el arte ha perdido ya en gran parte su valor social. Para Hennequin, una forma de arte expresa una nación, porque la ha adoptado y se ha reconocido en ella como en un espejo. La famosa teoría de la obra de arte, producto necesario de la raza, del medio y del momento (Taine), es muy discutida y vaga. Más vaga todavía es la tésis de Guyau: «El arte es, por medio del sentimiento, una extensión de la sociedad á todos los séres de la naturaleza, hasta á los séres que se conciben como si sobrepasaran la naturaleza ó finalmente á los séres ficticios, creados por la imaginación humana.» Es completamente abusivo llamar á esto una sociedad: quien dice una sociedad dice solidaridad; cualquier otro empleo de la palabra es arbitrario. La cuestión es, pues: ¿Ha sido el arte un factor cooperante á la solidaridad entre los hombres? Sólo en este sentido se puede afirmar que tiene ó ha tenido un carácter social. Ahora bien, para encontrarle ese carácter claro, positivo, indiscutible, hay que remontarse á los orígenes, á la época en que las necesidades estéticas colaboraban á la unidad social, servían para un fin social. Este carácter

(1) Para una historia de la cuestión, véase Grosse, *Anfänge der Kunst*, p. 12 y siguientes.

es tan evidente, por lo menos en lo que se refiere á las artes de movimiento, según hemos dicho ya antes, que es preferible recordar sumariamente cómo se han formado poco á poco la diferenciación y el individualismo.

Hemos visto que, al comienzo, la danza es en todas partes y siempre una manifestación colectiva, regida y guardada por la tradición, más tarde por leyes (en las repúblicas griegas), y sufre más tarde el influjo de la fantasía y del capricho individual, con gran escándalo de los conservadores. Pero la evolución de este arte ha sido bastante pobre, en comparación de la de sus dos acólitos, la poesía y la música. La poesía, cuando se ha separado de la danza, permanece mucho tiempo inseparable de la música, es cantada y se la acompaña con algún instrumento. Es al principio anónima, y sea quien fuere el autor, cae en el dominio común; pertenece al clan, al grupo, como si fuese la obra de todos. Más tarde — primera diferenciación social — se forman corporaciones de poetas cantores: los aedas, rapsodas, juglares, menestrales, bardos; en las razas negras del Alto Nilo estas corporaciones se consideran inviolables aun en tiempo de guerra (1). Después el individualismo del poeta, libre de su asociación con la música, se acentúa, se afirma y se hace la forma definitiva en los pueblos civilizados. No sería temerario decir que en nuestros días la poesía va cada vez más en el sentido de la subjetividad pura y del individualismo absoluto. Stuart Mill se ha atrevido á escribir: «All poetry is of the nature of soliloquy»; y según él, lo que caracteriza al poeta es su inconsciencia absoluta del oyente (2); lo que

(1) Letourneau, *L'évolution litteraire chez les différents peuples*, página 66. Obra para consultar los documentos.

(2) «The peculiarity of poetry appears to us to lie in the poet's utter inconsciousness of a listener.» Citado por Grosse (p. 48), que hace una viva crítica de él, diciendo con razón que un arte rigurosamente individual «no se puede pensar ni encontrar».

prueba cuán poco había sondeado los orígenes. Yo no busco si este aislamiento en una torre de marfil es para la poesía una ganancia ó una pérdida; pero consigno su frecuencia, que crece con la civilización, antítesis completa del carácter colectivo de las primeras edades.

Indisolublemente asociada, al principio, á la danza y á la poesía, la música sufre el destino común, está sometida á reglas inflexibles, es una función del Estado, un medio de educación y de orden. Ya se conoce su papel entre los griegos, sobre todo los dorios: su importancia para los filósofos que, como Platón, quieren reformar ó construir la sociedad. En los dos extremos del mundo, en pueblos absolutamente distintos, se encuentra: en China, dos mil años antes de nuestra era, un ministerio de la música, cuya importancia se ensalza sin cesar por sus filósofos; en Méjico, antes de la conquista, una academia oficial de música que la gobierna, así como á la poesía. Se la considera, pues, como si tuviese ante todo una utilidad social. Después recorre una evolución semejante á la que se ha descrito antes para la poesía, tarda en separarse de ésta, y toma su gran impulso todavía más tarde, para convertirse en el modo de expresión menos imperfecto de los sentimientos más refinados y más íntimos y no admitir ninguna regla fuera de sí misma. La separación que se ha producido en el Renacimiento entre la música religiosa, colectiva por esencia, y la música profana, que tiende hacia el individualismo, suministraría, en caso necesario, otras pruebas de hecho en apoyo de la marcha regular de la evolución estética.

En el grupo de las artes plásticas, las relación de la actividad estética con la utilidad individual ó social se muestra con menos claridad, y más bien bajo la forma de una superfetación parásita. Aquí la evolución ha salido de dos orígenes muy distintos: uno, poco fecundo, que es el adorno del cuerpo humano y que tiene, sin embargo, como hemos visto, un valor social como

signo; otro, la arquitectura, que es para este grupo la equivalente del baile, es decir, la forma primordial y sintética, de donde ha salido la diferenciación. Desde que el hombre ha podido pasar del período de las cavernas, la vida de troglodita y la de los refugios groseros á la construcción duradera, ha trabajado primero para los dioses y los reyes, encarnación del orden social y los únicos dignos de tan grande esfuerzo, ó para las reuniones y deliberaciones del clan, como se comprueba actualmente en muchos salvajes que no manifiestan su arquitectura rudimentaria más que en la construcción de la casa común: la obra es á la vez arquitectura, escultura y pintura, formando un todo inseparable como el baile, la poesía y la música. Después se ha hecho poco á poco la disociación, la autonomía de cada arte se ha afirmado, y cada una de estas artes, reservada exclusivamente al principio á los reyes ó á la comunidad, ha pasado al servicio de los grandes, de los ricos, de todo el mundo, individualizándose así cada vez más.

En suma, la relación entre el sentimiento estético, desinteresado, y las maneras de sentir prácticas, utilitarias, es poco inteligible ateniéndose sólo á los períodos civilizados. Ha variado mucho y en estas variaciones se pueden distinguir tres momentos principales.

El primer momento es el de la relación estrecha. El placer estético, en su forma embrionaria, coexiste con lo útil, ó más bien va envuelto por él en un estado de conciencia común, lo agradable. Para experimentarlo es preciso que posea alguna utilidad individual ó social. Este estado mental es todavía, en la actualidad, el de muchos hombres, probablemente el de la mayoría (1).

(1) Grant Allen (*Mind*, XX, Octubre 1880), hace notar que Homero califica á los sitios hermosos de «fértiles», «ricos en trigo», «que alimentan caballos», etc. Un labrador de los alrededores de Hyères le ponderaba la magnificencia de una llanura cubierta por completo de legumbres, mostrando el más profundo desdén por un

El segundo momento es el de la relación laxa. «Lo que la naturaleza ha hecho al principio para el uso, se convierte en adorno más tarde»: esta frase de Emerson es la fórmula que resume este período. El sentimiento estético no tiene lazo fijo con la conservación individual: está evocado por sucesos que dan su eco lejano, desinteresado, para el placer. Las leyendas, los genios, las hadas, los séres mitológicos que se han convertido en materia de poesía, de pintura, de ópera, han sido en otro tiempo una creencia, una realidad, un terror del que sólo nos queda el simulacro en forma de un juego(1). Por muchas razones los castillos góticos, las ruinas feudales, los torreones inclinados sobre rocas no inspiraban al siervo de la Edad Media ninguna poesía. Quizá algún día, con una civilización distinta, nuestras manufacturas y nuestras chimeneas de fábrica se convertirán en materia de arte, evocando un pasado desaparecido.

El tercer momento es el de la liberación completa, que tiene su expresión en la tesis del arte por el arte. No tengo que defenderla, ni atacarla, ni juzgarla, sino que consignar sencillamente que existe en teoría y en práctica, que aparece muy tarde y en las civilizaciones muy maduras.

En resumen, no hay ya más bello innato é infuso que el bien infuso é innato, sino una estética que se forma como se forma una moral, y la historia del sentimiento estético es la de sus fluctuaciones en esta evolución.

II. El segundo aspecto de su evolución consiste en el movimiento progresivo que la libra del antropomorfismo estricto, la aleja poco á poco de lo que es puramente humano para extenderla á todas las cosas y que

bosque pintoresco. Un americano que visitaba á Inglaterra, decía: «Nada más hermoso que ciertas partes de este país; se puede andar millas sin encontrar un solo árbol.» El que haya tratado con labradores podrá citar por centenares reflexiones de este género.

(1) Véase Spencer, *Essays*, I, 429.

comprenda todo. El mejor medio para seguir este movimiento de extensión es plantear la cuestión bajo una forma concreta, como lo ha hecho Grant Allen (1). ¿Cuáles son los objetos que el hombre ha considerado al principio como bellos y en qué orden ha extendido este juicio? Así se tiene la ventaja de no proceder a *priori* ni de correr el riesgo de confundirlo todo.

Lo que ha sido hermoso, ante todo, para el hombre, es su semejante: el australiano para la australiana, y la de la Tierra del fuego para el de la Tierra del fuego. Su estética tiene un carácter rigurosamente *específico* y sus relaciones con el instinto sexual son evidentes. En este grado apenas se distingue de la estética animal, si es que los animales la tienen, cosa que se ha discutido. En todo caso sus danzas, su música, sus torneos, su adorno, sólo se dirigen á un individuo de su especie y tienen por objeto la generación. Ningún hecho deja sospechar que en una especie cualquiera haya habido revolución, progreso en este sentido.

El hombre, por el contrario, ha salido inmediatamenta de esta situación por los adornos agregados á su persona. Esta adición puede parecer fútil; en realidad ha sido el paso decisivo para exceder á la naturaleza. Se ha creído que se podía definir al hombre como un animal razonable, un animal religioso: se podría igualmente definirlo un animal estético (2). En los colores y

(1) Grant Allen, *Mind* (artículo citado), p. 445 y siguientes.

(2) Se me permitirá que cite el pasaje siguiente, de Teófilo Gautier, de una psicología tan justa bajo su forma humorística: «El ideal atormenta hasta á las naturalezas más groseras. El salvaje que se tatúa, se pintarrajea de rojo ó de azul, se mete una espina de pescado en la naríz, obedece á un sentimiento confuso de la belleza. Busca cualquier cosa más allá de lo que es; trata de perfeccionar su tipo, guiado por una oscura noción de arte. El gusto de la ornamentación distingue al hombre del animal más claramente que cualquier otra particularidad Ningún perro ha tenido la idea de ponerse pendientes y los papous estúpidos que comen arcilla y lombrices de tierra, se los hacen con conchas y bayas de colores.»

dibujos hechos directamente sobre el cuerpo y fijados más tarde por la operación del tatuaje, se nota ya una elección, una simetría, una disposición artística.

Después, desde la persona humana, el instinto estético se extiende á lo que la toca de cerca; se exterioriza, se aplica á las armas ofensivas, á los escudos, á los vestidos, á los vasos, á los utensilios. Desde la edad de la piedra pulimentada, se encuentra todo un arsenal de adornos. En las cavernas y los túmulos anteriores al período de los metales se han encontrado collares, brazaletes, pulseras, anillos, alfileres de forma agradable. Se poseen numerosas representaciones muy correctas de animales, dibujadas ó esculpidas por el hombre en la época del reno.

Dejemos á un lado la arquitectura, útil desde el comienzo, y de que hemos hablado anteriormente. Se puede, en rigor, asimilarla á una extensión del vestido. Notemos solamente que desde la época de las habitaciones lacustres se ha comprobado el gusto por la simetría: es innato, natural y se deriva probablemente de un origen orgánico que es la disposición del cuerpo humano, en el cual una mitad se parece á la otra.

La poesía de las primeras edades es indiferenciada, á la vez épica, lírica y dramática; la división de los géneros se ha establecido más tarde, pero su carácter universal es el ser únicamente humana; está consagrada exclusivamente al hombre, á las hazañas humanas, á los sentimientos humanos. La naturaleza está ausente ó poco menos en la *Iliada*, los *Niebelungen*, la *Chanson de Roland*, etc. El poeta no se conmueve más que por los que Nietzsche llama los «super-hombre», los dioses ú hombres divinizados, los reyes, los héroes, y poco á poco el arte desciende á las regiones medias ó populares, á los representantes más humildes de la humanidad.

Sin discutir sobre el orígen de la música, que ha dado lugar á diversas hipótesis, la encontramos asocia-

da á la danza, primero bajo la forma vocal, es decir, traduciendo emociones humanas por un órgano humano. Casi enseguida se exterioriza en los instrumentos de percusión muy groseros, pero que bastan para marcar rigurosamente el ritmo ó la medida y para producir también sobre los sentidos una cierta excitación física. Después viene la imitación de la voz humana por la flauta ó algún otro instrumento de viento ó de cuerda; y la necesidad siempre creciente de traducir por la música los matices más delicados de la emoción, ha creado medios cada vez más flexibles, numerosos y complejos, desde la invención del órgano (época alejandrina) hasta nuestros días, en que la instrumentación ha tomado el papel preponderante.

Muy pronto la actividad estética se extendió á los animales para hacerlos entrar en su dominio, sobre todo los animales domésticos, compañeros ó servidores del hombre, como lo prueban las pinturas ó esculturas de la India, del Egipto y de Asiria. En la poesía, los caballos de los guerreros se convierten en personajes, lo mismo que el perro de Ulises y el de los Pandavas en la epopeya india. Entran en el arte á causa de sus virtudes morales: la bravura, la fidelidad.

Finalmente, ha llegado el último momento, en que el sentimiento estético se ha *deshumanizado* totalmente; ya no se refiere sólo á los hombres ó á los animales, sino al mundo vegetal é inorgánico: es la aparición del «sentimiento de la naturaleza». Se reconoce que ha aparecido muy tarde, y creo inútil establecerlo á fuerza de citas. En la poesía primitiva, como se acaba de decir, el hombre está en el primer plano; la naturaleza no es más que un accesorio. Pocas descripciones, algunos versos ó algunos epítetos bastan al principio. Aún más tarde, «los griegos, dice Schiller, tan artistas y con un clima tan bueno, tienen la exactitud en la pintura de un paisaje, pero la tienen como para describir un arma, un escudo ó un vestido. La naturaleza parece haber in-

teresado á su inteligencia más que á su sentimiento». La antigüedad greco-romana no ha sentido ninguna comunión estética con la naturaleza más que en las épocas llamadas de decadencia, es decir, de civilización adelantada (Eurípides, los Alejandrinos, el siglo de Augusto y sobre todo de Adriano). La pintura del paisaje parece que ha sido casi desconocida por los antiguos. Humboldt, en su *Cosmos*, hace notar que en el largo catálogo que Filostrato nos ha dejado de los cuadros de su tiempo, se encuentra, á título de excepción, la descripción de un volcán. En la época imperial romana, las pinturas murales fueron una moda; pero no representaban más que una naturaleza sobria y adornada.

Sin insistir sobre hechos conocidos, se puede decir que la conquista estética de la naturaleza ha recorrido dos momentos muy claros. Durante el primero, el arte reproduce una naturaleza risueña, cultivada, fértil, próxima al hombre, modificada por él, doblegada á sus necesidades, *humanizada*. Así son las pinturas de Pompeya, de las «villas» del campo en Roma ó de la costa de Pozzuoli. Durante el segundo, es el amor de una naturaleza ruda, salvaje, sin domar: el mar tempestuoso, los desiertos sin límites, los glaciares, los picos inaccesibles. El gusto por las escenas de la naturaleza abrupta ó violenta sólo data, según se dice, de J. J. Rousseau (1): eran seguramente á los ojos de los antiguos y mucho tiempo después horribles escenas que había que evitar. Los romanos, que han atravesado Suiza tantas veces, no encontraban en ella ninguna belleza, y se sabe que César, al pasar los Alpes, compuso un tratado de Gramática para distraer su aburrimiento. Hasta en los tiempos modernos la revelación de los paisajes tropicales y de su grandeza terrible no ha tenido más que un influjo lento y tardío sobre la poesía y las artes. Toda-

(1) J. Sully, *Psychology*, t. II, p. 145 y siguientes.

vía en la actualidad la inmensa mayoría de las gentes no sienten más que repulsión por el salvajismo de la naturaleza. Es, pues, sólo para el placer de unos pocos y desde sólo hace un siglo, para lo que se ha producido la inversión de los papeles, siendo los personajes humanos un accesorio y suministrando la naturaleza el asunto del cuadro.

Se ha explicado esta aparición tardía del sentimiento de la naturaleza por diversas razones poco concordantes. Para unos esta emoción está evocada por el contraste; la saciedad de la civilización y el disgusto de sus refinamientos alejan de ella al hombre, por lo menos en la imaginación, y le hacen buscar otro ideal. Otros (Schneider, Sergi) invocan influjos de los antepasados: el hombre primitivo temía á la naturaleza más de lo que gustaba de sus encantos (así lo hacen todavía los labradores y los niños); sobre todo la naturaleza salvaje le inspiraba un terror supersticioso, porque creía que estaba llena de genios malhechores. Este terror ha subsistido mucho tiempo aun después que el conocimiento de los fenómenos físicos ha cambiado el concepto del mundo, como un eco de los tiempos antiguos. Grant Allen invoca la facilidad de comunicaciones, que supone una civilización bastante adelantada; por práctica que parezca esta explicación, no deja de tener valor; el que debe abrirse un camino á través de los glaciares inexplorados ó de un bosque vírgen, hace esfuerzos sin cesar y lucha por su vida, lo que no se concilia con el carácter desinteresado de la contemplación estética; es preciso para admirar una cierta seguridad.

Estas explicaciones sólo me parecen parciales. La verdadera razón psicológica está en la extensión natural de la simpatía. Hemos visto en otra parte que supone dos condiciones principales: un temperamento emocional y un poder comprensivo de representación, lo cual se encuentra sobre todo en las generaciones muy civilizadas, cuya sensibilidad es muy vi-

va, muy afinada, y cuya facultad de comprender es muy extensa.

La conquista de la naturaleza por la inteligencia y por el sentimiento, se verifica por un procedimiento idéntico en los dos casos. Hay un movimiento ascendente de la inteligencia que, por la abstracción y la generalización, busca semejanzas cada vez más ocultas y difíciles de percibir: ciertas razas se detienen en los primeros grados, ciertas épocas no pasan de un nivel medio de conocimiento (por ejemplo, los primeros siglos de la Edad Media). De igual modo, hay un movimiento progresivo del sentimiento hacia analogías de naturaleza cada vez más tenues; y la misma observación se puede aplicar á las razas y á las épocas.

Se ha dicho que las tendencias panteísticas propias de ciertos pueblos, como los de la India, favorecen un florecimiento más precoz y un desarrollo más rápido del sentimiento de la naturaleza. En realidad es la tesis de la simpatía bajo otra forma, pues la comunidad de naturaleza supuesta entre todos los séres, comprende la de los sentimientos.

Notemos finalmente que esta extensión del sentimiento estético á la naturaleza inanimada se produce por un proceso análogo al que explica la génesis de la benevolencia. Los placeres y dolores vienen de nosotros, pero los referimos á los objetos que los ocasionan; lo que llamamos el alma de las cosas, es la nuestra proyectada hacia afuera, colocada en las cosas que se han asociado á nuestros sentimientos.

Mediante algunos hechos escogidos entre otros muchos, hemos tratado de demostrar que el sentimiento estético ha evolucionado desde la forma social al individualismo y del hombre á la naturaleza. Este modo de exposición *objetiva* nos ha parecido preferible, porque permite percibir bajo una forma concreta y comprobable la ley de su desarrollo y de su aumento en complejidad.

III

Se acostumbra á comprender bajo el nombre de sentimiento estético otras dos emociones, la de lo sublime y la de lo cómico, aunque yo no veo entre ellas más que una analogía de naturaleza bastante vaga y afinidades parciales. Vamos á tratar de ver en qué se parecen y en qué difieren estos tres estados.

«El sentimiento de lo sublime es la emoción particular causada por la percepción ó la representación de la inmensidad en el tiempo y el espacio, ó de la potencia física ó moral (1).» La distinción establecida generalmente entre lo soblime matemático y lo sublime dinámico me parece secundaria; porque ambos casos se reducen á la idea de fuerza que obra. La opinión común pretende que la emoción de lo sublime es más sencilla que la emoción estética propiamente dicha. Si se entiende por esto que ésta es mucho más rica en su desarrollo, mucho más complicada, mucho más variada de aspectos, comprendiendo lo bonito, lo gracioso, lo bello puro, lo patético, etc., esta opinión es indiscutible; pero si se entiende más sencilla en cuanto al origen, es inaceptable. Hemos presentado anteriormente la emoción de lo sublime como un ejemplo de combinación de forma binaria (2.ª parte, cap. VII), formada por la síntesis: 1.º de un sentimiento penoso de angustia, de rebajamiento, de disminución de vida, reductible á una emoción primitiva, el miedo; 2.º la conciencia de un impulso de una violenta energía desplegada, de un aumento de vida, reductible á una emoción primitiva, el sentimiento de la potencia personal, el *self-feeling* bajo su forma positiva. Además es necesaria una con dición negativa: el sentimiento consciente ó inconsciente de nuestra seguridad enfrente de una poten-

(1) J. Sully, *op. cit.*, t. II, p. 145 y siguientes.

cia formidable: sin ella desaparece todo carácter estético.

El egoísmo que está en su raíz, debe perderlo el sentimiento de lo sublime al extenderse por simpatía á los hombres y á las cosas. Al participar con la imaginación de la grandeza de un personaje real ó ficticio, el Napoleón de la historia, el Moisés de Miguel Angel, el Satanás de Milton, el yo se exterioriza y se enagena. La historia de este desarrollo es la que debemos seguir.

«La potencia del hombre, dice Bain, esto es lo sublime verdadero y literal, el punto de partida de la sublimidad de las demás cosas (1).» En efecto, de aquí es de donde hay que partir. Grant Allen (2) ha ilustrado brillantemente esta tesis, tratando de demostrar que el sentimiento de lo sublime ha evolucionado desde un antropomorfismo estrecho—la admiración de la fuerza física del hombre—hacia lo sublime de las cualidades morales é intelectuales y lo de la masa y del tiempo en la naturaleza. Su concepto merece que se le resuma, aunque sea un poco esquemático y no deje de tener lagunas; no es seguro tampoco, diga lo que quiera este autor, que el terror inspirado al hombre por los fenómenos naturales, no se haya producido muy pronto, bajo una forma que confina con la emoción de lo sublime.

Según él, para el hombre el primer objeto de admiración, es decir, de un respeto mezclado de temor, es el hombre fuerte, invencible, á quien no se resiste nada. Este sentimiento se manifiesta hasta en los animales superiores unos para con otros, y más claro tadavía en los niños entre sí: tienen la admiración de la fuerza física. Con el progreso social, el jefe de estado ó rey absoluto que tiene derecho de vida y de muerte sobre

(1) Bain, *The Emotions*, cap. XIV.
(2) Grant Allen, *Mind*, Octubre 1878.

todos, se convierte en la encarnación de la potencia, el objeto sublime, el sentimiento se especializa. Muerto él, se cree que su «doble» que le sobrevive, está investido de los mismos privilegios, quizá de mayores todavía: este es el paso del sentimiento, hasta entonces encerrado en el mundo de la experiencia, á un mundo suprasensible.

El autor habría podido demostrar que en este momento de la evolución, la idea de una potencia intelectual, probada por la superioridad del saber ó de la previsión, y la de una gran potencia moral, probada por el valor y la energía del esfuerzo, ha debido inspirar el mismo sentimiento.

Como en este período todo en la naturaleza se concibe como animado, el hombre ha asimilado necesariamente las fuerzas naturales á la fuerza humana: la tempestad, la tormenta, los temblores de tierra, los volcanes; en las montañas ve una potencia sobrehumana que las ha elevado. Finalmente, el movimiento del pensamiento, continuando siempre, conduce hacia un Dios superior á todos los demás ó único, considerado como la potencia absoluta, sin límites, que ha hecho todo. En cuanto á lo sublime de la masa, probablemente se ha sentido al principio enfrente de los grandes monumentos, templos, palacios, pirámides, tumbas, que el orgullo de los reyes ha hecho construir y que evocan la idea de su omnipotencia y de la suma enorme de fuerzas humanas gastadas. Por lo que toca á lo sublime en la inmensidad del tiempo, no está unido con el concepto de un tiempo vacío y abstracto; nos conmueve porque se nos aparece lleno, poblado de una multitud de acontecimientos pasados ó posibles, de actividades que se han sucedido con una prodigalidad indefectible.

Así todos los casos se reducen á una fuerza aplastante, concebida por analogía y sentida por simpatía, y tomando esta evolución en sus grandes rasgos ha recorrido dos períodos principales: uno, en que predomina

el terror; no es, no puede ser estética; otro en que predominan la admiración y la simpatía, y en que la conciencia de la seguridad personal da al sentimiento un carácter desinteresado: la emoción *se ha hecho* estética. «Es probable, dice J. Sully (op. cit.), que este sentimiento ha pasado de lo desagradable á lo agradable y se ha hecho estético por la eliminación del sentimiento del miedo.»

Se ha pretendido reducir la emoción de lo sublime á un contraste; descansa más bien sobre una armonía, sobre una síntesis de contradictorios (en el sentido hegeliano), es un caso de *combinación,* como hemos tratado de demostrar en otra parte de esta obra. No es ni el miedo ni el orgullo (conciencia de la fuerza) experimentados directamente ó por simpatía, sino un producto de su coexistencia en la conciencia y de su fusión en un estado especial que el análisis no puede disociar completamente. En suma, está mucho más emparentada con las dos emociones primitivas nombradas anteriormente, que con la emoción estética, á la cual se parece, no por naturaleza sino por accidente (1).

(1) La actividad estética es la forma del juego que crea usando las imágenes como materiales. Se admite generalmente que las percepciones ó representaciones visuales y auditivas son las únicas que provocan la emoción estética Sin embargo, Guyau (y quizá otros con él) ha sostenido que hay que atribuir este poder á todas las sensaciones externas, sin excepción *Probl. de l'esth. contemp*, cap. VI) al calor, al frío, á los contactos, á los sabores y á los olores; pero los hechos que enumera se reducen lo más á menudo á asociaciones, especialmente en lo que se refiere á los olores; las sensaciones llamadas inferiores no obran directamente, sino que reavivan representaciones de la vista y del oído. Una frescura deliciosa, un contacto suave, un olor embriagador producen un estado agradable, es decir, un placer físico y nada más si falta la asociación. Por otra parte, sin entrar en una discusión ociosa y escolástica, basta observar que no existe *en realidad* ningún arte en el sentido estético, que descansa sobre otras sensaciones que las de la vista y el oído, á menos que se consideren como tales la perfumería y la cocina.

IV

Es tambien por un abuso por lo que se considera el estado emocional designado por los nombres de lo risible, lo ridículo, lo cómico, como un anejo de la emoción estética, sin otro motivo, á lo que parece, sino que lo cómico entra en todas las artes y produce un placer desinteresado; su dominio se extiende mucho más allá.

Ha sido muy estudiado en obras generales y especiales (Darwin, Piderit, Spencer, L. Dumont, Hecker, Kräpelin, etc.); así que no me propongo insistir, pues tengo pocas observaciones personales que hacer. Sin embargo, esta manifestación de la vida afectiva, con su modo propio de expresión, la risa, no puede omitirse en un trabajo completo acerca de los sentimientos.

Este asunto presenta dos aspectos: uno interior, sub-

¿Por qué sólo dos especies de sensaciones tienen este privilegio esclusivo? Se han dado diversas razones: porque están más alejadas de las necesidades directas de la vida, á las cuales estan ligadas directamente las sensacíones del tacto, del gusto y del olfato (H. Spencer); porque sus placeres y sus dolores tienen en general un carácter moderado y sus nervios especiales sufren raras veces una conmoción violenta (Gurney); porque los nervios de los sentidos inferiores se excitan en masa y los de los sentidos superiores por fibras aisladas (??) según Grant Allen.—Me parece que se olvida una de las razones principales. Si nos referimos á las investigaciones expuestas anteriormente (1.ª parte, cap. IX) sobre las imágenes olfativas y gustativas, veremos que tienen sus caracteres propios. Para las imágenes visuales y auditivas, la reviviscencia es cómoda y la asociación fácil, sea bajo la forma de una simultaneidad, en grupos, sea bajo la forma de una sucesión en series. Para las imágenes del gusto y del olfato es todo lo contrario: la reviviscencia es débil ó nula; el poder de asociación entre ellas es nulo. (Las imágenes tactiles motoras forman un grupo intermediario, más bien más próximo á los sentidos inferiores.) Estas condiciones psicológicas las hacen completamente impropias para entrar en una construcción. Muy difícilmente evocables en la memoria, y no pudiendo agruparse ni en simultaneidades ni en series, no pueden suministrar ni un arte de reposo ni un arte de movimiento.

jetivo, psicológico; otro exterior, objetivo, fisiológico. Este último no ofrece dificultades, es reductible á una descripción exacta; pero referirlo á una causa exterior, decir por qué se ríe, es un problema muy difícil y que se ha resuelto de distintas maneras. A mi entender, el error consiste en creer que la risa tiene *una* causa. Hay *causas* muy distintas que parecen irreductibles ó al menos cuya unidad no se ha descubierto hasta ahora. Si se enumerasen sólo algunas de las múltiples definiciones de la risa que corren en los libros, no se encuentra una sola que no se preste á la crítica por algún lado, porque no hay una que abrace la cuestión en su multiplicidad de aspectos. Así, L. Dumont, en una obra especial sobre la risa, dice: «Es un conjunto de movimientos musculares que corresponde á un sentimiento de placer.» ¿Y la risa causada por el cosquilleo, por el frío, por la ingestión de ciertas sustancias, la risa de los histéricos, que alterna con el llanto, la risa nerviosa de los soldados en campaña cuando el momento de peligro ha pasado, todo esto debe inscribirse á cargo del placer? Aun clasificando estos hechos y sus análogos en una categoría aparte, como puramente reflejos, todavía quedan dificultades.

1.º Considerado desde el punto de vista de la psicología pura, el estado mental que se traduce en la risa, consiste, según unos, en la conciencia de un desacuerdo, de una contradicción de cierta naturaleza; según otros, en la conciencia, en el que ríe, de una superioridad con respecto á los hombres ó á las cosas.

La primera tesis parece ser la que tiene más adeptos. Pone como hecho fundamental un contraste sorprendido entre dos percepciones, imágenes ó ideas. Sin embargo, no todo contraste contradictorio hace reir; para esto debe llenar ciertas condiciones. Primeramente los dos elementos contradictorios deben darse simultáneamente como pertenecientes á un mismo objeto, de suerte que nos induzcan á pensar que una cosa es y no

es á la vez: un mono nos hace reir porque nos recuerda un hombre y no lo es; nos hace reir más si está adornado con traje humano, porque la contradicción es más chocante. Además, los dos estados de conciencia coexistentes deben ser próximamente de igual intensidad, de la misma masa: un viejo decrépito que lleva un bulto muy pesado no nos hace reir. «No pudiendo llegar á una unidad de conceptos, las dos fuerzas contradictorias puestas en juego en la risa se ven obligadas á esteriorizarse por medio de un gasto de energía muscular.» (L. Dumont.)

La segunda tesis, formulada primeramente por Hobbes (y que quizá es anterior á él), dice: «La risa es un orgullo repentino, que nace de la percepción repentina de nuestro sér, comparado con las flaquezas de los demás ó con nuestra debilidad anterior.» Sus partidarios han criticado vivamente la teoría del desacuerdo ó de la discordancia entre las cosas: «Un instrumento desconcertado, la nieve en Junio, Arquímedes haciendo geometría durante un sitio, todo lo que produce desorden, todo lo que va contra la naturaleza, el catálogo completo de las vanidades hecho por Salomón, todo esto es contradictorio, pero produce dolor, cólera, tristeza, no alegría (1).» Se podría criticar también esta tesis, como la precedente, y hacer una larga enumeración de casos en que el sentimiento, justificado ó no, de superioridad, no hace reir.

A mi entender, deben admitirse ambas tesis, porque son parcialmente verdaderas y responden á casos distintos.

La segunda teoría conviene con la forma primitiva é inferior del estado emocional que se traduce en risa. En el caso actual, ese estado se deriva directamente del sentimiento de fuerza, de poder, ó, como dice Hobbes, de orgullo: el contraste contradictorio, si se ve

(1) Bain, *Emotions*, cap. XIV.

está en segundo término. La expresión más grosera, más brutal—casi fisiológica—de ese estado mental, es la risa del salvaje después de la victoria, cuando tiene á sus pies al enemigo vencido. «Parece completamente cierto no sólo que la risa acompaña á la brutalidad y á la crueldad en las razas y en los niños incultos, sino que aun en el caso de la risa más refinada y más benévola es apta para acompañar el espectáculo de la pérdida de la dignidad en los demás, cuando esta pérdida no suscita otros sentimientos penosos (1).» Es de observación común la tendencia en muchas gentes á reir inmediatamente de todo accidente, aunque sea un poco grave, que ocurre á los demás, y esta risa instintiva no depende, con seguridad, de los lados buenos de la naturaleza humana. Claro es que, en esta forma, la risa es agena á la estética.

La teoría del desacuerdo conviene con las formas segundas y superiores: el sentimiento de superioridad se borra para pasar al segundo término. Es una manifestación intelectualizada que tiene ó puede tener un valor estético, pues el desarrollo del espíritu permite coger al vuelo contradicciones fugaces y sutiles, que constituyen el elemento principal de lo cómico. Toma un carácter casi desinteresado, aunque quizá no pierde jamás por completo su mancha original.

Por último, la risa puede tomar una forma aún más elevada en el espíritu humorístico de que ya hemos hablado (2.ª parte, cap. VII, 3.º), y en que el sentimiento de superioridad está mitigado por una gran dosis de simpatía.

2.º La naturaleza de la risa se conocería muy incompletamente si nos limitásemos á la psicología pura: pero no se ha abandonado el estudio fisiológico de aquel

(1) J. Sully, *Sensation and Intuition*, p. 262. *The Human Mind*, II, 148.

fenómeno. Se encontrará su descripción en las obras especiales sobre la expresión de las emociones (singularmente Darwin, cap. XII). La risa es un movimiento expiratorio reforzado; cuando es prolongada, el exceso de las expiraciones sobre las inspiraciones requiere suspiros profundos para restablecer el equilibrio; hay retracción hacia atrás y elevación de la comisura labial; los ojos se ponen brillantes por aumento de la circulación sanguínea, etc. Según Darwin, la gradación no interrumpida desde la risa loca (que en todas las razas humanas va acompañada de lágrimas), hasta la risa moderada, la sonrisa abierta y la sonrisa ligera, establece su comunidad de naturaleza; pero ¿la risa es el desarrollo completo de la sonrisa, ó ésta es una forma abortada de la risa franca de la primera edad? En general, los evolucionistas consideran la risa franca como la forma primitiva, unida al sentimiento brutal de superioridad. Sin embargo, la aparición precoz de la sonrisa en el niño, hacia los dos meses, en tanto que la risa sólo aparece al cuarto mes, parece en contradicción con el principio de que la evolución del individuo reproduce en forma abreviada y rápida lo que ha pasado en la evolución de la especie. Por otro lado, los animales no nos suministran en este punto ningún dato: ciertos monos ríen ó sonríen; es decir, que echan hacia atrás los rincones de la boca, que se les ponen brillantes los ojos y que emiten un sonido particular que se parece á la risa (Darwin, Wallace, Mantegazza, etc.)

Pero lo importante es saber por qué este conjunto de hechos fisiológicos va unido á ciertas disposiciones mentales. Si la risa fuese la expresión constante de la alegría ó del placer, la respuesta sería fácil; pero como es otras veces morbosa y otras futil y simplemente fisiológica, la explicación debe abrazar todos estos casos.

H. Spencer ha propuesto una que, aunque ya algo antigua (1863), sigue siendo todavía una de las más

satisfactorias. Para él (1) la risa se debe á la diversión súbita de la energía nerviosa por un camino nuevo; es un canal de derivación.--La excitación del sistema nervioso que existe en un momento dado, sobre todo, si es intensa, no puede gastarse más que de tres maneras: ó trasmitiéndose á otra parte del organismo cerebro-espinal, suscitando otros sentimientos ú otros pensamientos; ú obrando sobre las vísceras, el corazón, los pulmones, los órganos digestivos; ó produciendo movimientos musculares: y, como la descarga nerviosa, sobre todo si es moderada, sigue la línea de menor resistencia, pone primeramente en movimiento los músculos más móviles, obra sobre los órganos de la voz, sobre la boca y sobre la cara: á esta última es á la que pertenece la risa.

Puede resultar de excitaciones puramente físicas: cosquilleo, frío, acciones tóxicas, libertad después de una larga sujeción.

Puede ir unida á representaciones, tener una causa psíquica. Spencer admite la teoría del contraste, precisándola. Distingue el contraste ascendente que va de lo menos á lo más, y el contraste descendente, que va de lo más á lo menos. Este es el único que provoca la risa. Es preciso que haya paso brusco de un estado de conciencia intenso á otro que lo es mucho menos y que contrasta con aquél. Así, durante la audición de una sinfonía el estornudo de un espectador puede hacer reir; mientras dos amantes, en un escenario, se reconcilian después de largos disgustos, se pone á balar una cabra; el incidente es cómico. La intensidad de atención del primer momento cae bruscamente sobre un suceso futil que no le proporciona materia para trasferirse ó gastarse; es necesario que el exceso tenga salida: lo cual produce la risa.

El exceso de emoción, cuando no pone en movi-

(1) *Essays*, t. I, *Physiology of Laughter*.

miento todo el cuerpo y no resulta de un contraste, sigue otro camino: los actos automáticos de ciertos abogados ú otras personas que hablan en público, el del escolar atemorizado que da vueltas á la pluma entre los dedos, etc.

Hecker, en una obra especial, propone otra hipótesis (1). Refiere todo á un hecho-tipo: el cosquilleo, que explica la risa por causa física y la risa por causa mental.

En el cosquilleo, hay primeramente el efecto producido por cada sensación cutánea: excitación de los vaso-motores y del gran simpático, dilatación de la pupila, brillo de los ojos, restricción de los vasos, cómo se puede comprobar experimentalmente en la aplicación de un sinapismo ó una afusión brusca de agua caliente. Enseguida hay una condición necesaria, la intermitencia; para hacer cosquillas es preciso un cambio en la rapidez ó la dirección del movimiento, ó una interrupción. Al momento del contacto corresponde la expiración, al de la interrupción, la inspiración; en un caso la elevación, en el otro la depresión del diafragma. En resumen, el cosquilleo es una excitación intermitente de la piel que produce una excitación intermitente de los vaso-motores y una excitación intermitente de la respiración, y una alternativa de estado agradable y de estado penoso. Pero ¿para qué sirve la risa en este caso? Desempeña un papel protector, es un fenómeno *compensador* de la disminución de presión sanguínea en el cerebro; las expiraciones frecuentes que comprimen la caja torácica, y por consiguiente, el corazón, los grandes vasos, los pulmones, impiden que los vasos sanguíneos se vacien.

En cuanto á la risa de causa intelectual, Hecker, que toma su psicología del estético Fischer, y que pa-

(1) *Physiologie und Psychologie des Lachens und des Komischen* (1873). Para las críticas, véase Léon Dumont, *Theorie scientifique de la sensibilité*, 211; Piderit, *Mimik*, 138 y siguientes.

rece fundir juntamente las dos teorías del contraste y de la superioridad, refiere todas las manifestaciones de este género á lo cómico. Ahora bien, en lo cómico hay dos estados simultáneos: uno agradable, el sentimiento de nuestra superioridad, otro desagradable, la contradicción en el objeto; de aquí una alternativa rápida de placer y dolor. Lo cómico es una impresión intermitente, obra como el cosquilleo, es un cosquilleo psíquico que, á su vez, se traduce en risa y por las mismas causas. Tal es, á grandes rasgos, la tesis de Hecker.

Para terminar, la risa se manifiesta en circunstancias tan heterogéneas y tan múltiples—sensaciones psíquicas, alegría, contraste, sorpresa, rareza, extrañeza, bajeza, etc.—que la reducción de todas estas causas á una sola es muy problemática. Después de tantos trabajos acerca de un hecho tan trivial, la cuestión dista mucho de estar completamente dilucidada.

V

La patología del sentimiento estético merecería una obra (1). Debemos limitarnos en ésta á algunas observaciones sobre las condiciones psicológicas más generales que lo producen y sobre las causas naturales, casi todas las cuales obran en el sentido de una desviación.

La facultad de sentir estéticamente, ¿puede faltar en absoluto? ¿Hay casos de anestesia completa para toda manifestación de arte, por humilde que sea? Creo que no es nada temerario afirmarlo. *A priori*, puesto que existen la ceguera moral y la indiferencia religiosa, es inverosímil que una emoción de lujo esté dotada en todos los hombres sin excepción, de un carácter indeleble. A título de hecho, es difícil dar una prueba; pasa

(1) No conozco, como ensayo en este sentido, más que el libro de Nordau. *Dégénérescence (Entartung)* que se limita al período contemporáneo, y trata además otras cuestiones.

inadvertida, porque no tiene ninguna mala consecuencia para el individuo ó la sociedad. Sin embargo, se pueden notar por lo menos casos parciales. No es rara la insensibilidad total para la música, y si esto es sabido, se debe á que es la más fácil de comprobar (1). Muchas personas declaran que la lectura ó la audición de los versos les aburre y les «fatiga» extraordinariamente, y no pueden comprender por qué los poetas se toman tanto trabajo, cuando sería tan fácil expresarse en prosa.

Dejemos estos casos extremos para la patología propiamente dicha. Lo primero es preguntarse si hay aquí un objeto que estudiar ó si perseguimos una quimera. La cuestión no se plantea aquí como otras veces. Patología significa desórden, desviación, anomalía; ahora bien, en la emoción estética, ¿dónde está la regla? Se ha repetido á menudo que la esencia del arte es la libertad absoluta; no veo nada que objetar á esto, tiene su fin en sí mismo y no está sometido á más exigencias que la de crear obras viables, aceptadas por los contemporáneos, y, á ser posible, por la posteridad. Luego, ¿por qué procedimiento se puede decidir que tal manifestación estética es normal ó anormal?: es lo arbitrario. No tenemos ni aun el recurso de decir que todo lo que procede de lo bello es sano, y todo lo que procede de lo feo, malsano; porque además de que la línea de demarcación entre ambos es indecisa, muchas veces lo

(1) Hay, sobre este punto, una observación muy completa de Grant Allen, *Note deafness* (en *Mind*, III, 1878). El sujeto, joven de un espíritu muy culto, había estudiado infructuosamente la música durante su infancia. Advirtióse más tarde que era incapaz de distinguir una nota de otra, salvo con intervalos que llegaban á veces á la octava, y aun más. No existían para él acordes ni disonancias, ni timbre de instrumentos: éstos eran para él ruidos claramente oídos, de cuerdas en el piano, de chirrido en el violín, de soplo en el órgano, etc. Era muy sensible al ritmo de la poesía. Se ignora si las anomalías de este género provienen del órgano de Corti ó de los centros cerebrales.

feo tiene entrada en todas las artes á título de ingrediente ó de contraste, y un autor (Rosenkranz) ha podido escribir una «Estética de lo feo». No veo más que una manera de salir del apuro: *trasponer* el asunto, estudiar, no la patologia del sentimiento estético mismo, sino la del origen de que emana; en otros términos, no considerarla más que como un síntoma. Esto requiere alguna explicación.

Toda falta de a'monía entre las tendencias que constituyen al hombre sano, se traduce en una ruptura de equilibrio, una anomalía de la vida afectiva. Esta desviación de la vida normal puede considerarse bajo dos aspectos, uno general, otro especial, uno humano, otro profesional.

Si la consideramos en su forma general, es decir, como simplemente inherente á la constitución del hombre, el desequilibrio se expresa por manifestaciones múltiples, consecuencia de las diversas orientaciones según el temperamento, el carácter, las circunstancias: melancolía, fobias, aberraciones sexuales, impulsos irresistibles, etc.

Si la consideramos en su forma especial, particular, como propia de tal individuo que ejerce tal profesión, que tiene tales hábitos de vida, que es obrero, agricultor, comerciante, abogado, médico, etc., el desequilibrio se nos presenta imprimiendo su sello en la actividad profesional del individuo y en lo que esta actividad produce. El obrero pasará del ardor por el trabajo á excesos de pereza y alcoholismo; el negociante, de una timidez exagerada á una temeridad sin límites en sus negocios; y lo mismo según cada oficio. Ahora bien, el arte es una profesión como otra cualquiera y el *producto* artístico debe llevar la marca del obrero, una marca de desequilibrio en el caso actual. Por consiguiente, las anomalías del sentimiento estético pueden estudiarse, no según una norma imaginaria, según un pretendido principio regulador del arte, que no conocemos,

sino según un criterio psicológico; pueden estudiarse como los efectos y la revelación de una diátesis morbosa; más claramente, no se trata de estética sino de psicopatología acerca de la estética.

Aun así traspuesto, el asunto presenta todavía dificultades inevitables. Hé aquí la principal. Existen dos teorías acerca de la constitución psico-fisiológica del artista creador. (Recordemos que en el mero aficionado á obras de arte se requieren las mismas condiciones psicológicas, aunque en menor grado; están tanto más acentuadas cuanto más vivamente se siente.)

Una que se ha desarrollado con frecuencia, en obras muy conocidas, mantiene que la superioridad estética es inconciliable con la salud del cuerpo y del espíritu. Los hechos en su apoyo han sido reunidos frecuentemente con muy poca crítica, y en los caracteres enumerados como típicos se encuentra de todo. Entre los creadores, los hay vigorosos y mezquinos, grandes y pequeños, hermosos y deformes, abúlicos y emprendedores, tardíos y precoces, misántropos y disipados, morosos y alocados: de suerte que cuando más se puede deducir que tienen una tendencia á separarse del término medio, ya por arriba, ya por abajo.

La otra considera todo esto como secundario, accesorio; los defectos físicos y psíquicos no son en modo alguno condición necesaria del genio; éste brota lo mismo de un tronco sano que de un tronco podrido; lleva su señal de origen, pero es accidental. Hay también hechos en apoyo de esta tésis, que son, preciso es reconocerlo, menos numerosos que los de la tésis contraria.

Se puede generalizar la cuestión y preguntarse si la actividad estética no es siempre una desviación. Nordau ha sostenido la afirmativa: «El arte es un ligero comienzo de desviación de la salud perfecta.» Presentada así, la cuestión es equívoca. Si se entiende por salud mental la ataraxia de los antiguos filósofos, claro es que la creación y hasta el goce estético son in-

conciliables con aquella. Querer que se cree ó que se goce sin excitación, permaneciendo en el momento mismo en la calma plana, prosaica, rastrera, de la vida común, es pedir lo imposible. A ese título podría decirse otro tanto de toda emoción, cualquiera que sea, y pretender que es una desviación de la salud. Algunos intelectualistas, Kant entre otros, se han atrevido á ello: lo cual equivale á decir que el hombre es un sér exclusivamente razonable por naturaleza. Error psicológico tan enorme que no hay para qué discutirlo. Además, aun suponiendo que eso sea un ideal, la misión de la psicología no es estudiar al hombre ideal, sino al hombre real.

Después de este preámbulo un poco largo, pero que la ambigüedad de nuestro asunto hacía necesario, veamos el papel de los dos factores más esenciales — la emoción y la maquinación — cuando su actividad es patológica y en los casos claros.

I. La necesidad en el artista de sentir viva y sinceramente, es de tal evidencia, que no he de insistir en una trivialidad semejante. Sin embargo, esta disposición no es idéntica en todos los casos. La emoción viva puede ser intermitente, surgir tan solo en los momentos de inspiración y de creación; después, pasado el acceso, desaparecer para dejar que la vida afectiva tome su marcha normal. Esta es la señal de los genios y de los talentos sanos, que, descendiendo de sus alturas, vuelven á entrar en la vida ordinaria y se adaptan á ella. El caso más frecuente, según los documentos biográficos, sobre todo á medida que nos acercamos á la época contemporánea, es el estado de excitación permanente, la hiperexcitabilidad. Artistas y dilettantes son instrumentos delicados que vibran sin cesar á cada ruido. Aquí vuelve á tener empleo nuestro triple criterio de la actividad patológica: hay desproporción (aparente) entre la causa y el efecto, sacudida violenta y prolongada, cronicidad. Este estado fisiológico es una pérdida

continua, no una combustión, sino una serie de explosiones; no una vida, sino una fiebre. De ahí la necesidad de excitantes artificiales, tan frecuente en los emotivos de esta especie; la buscan en todas formas y el remedio agrava la enfermedad. Es inútil poner ejemplos: basta pensar en el contingente considerable de melancólicos, hipocondriacos, alcohólicos, alucinados, locos ó simples desequilibrados que han proporcionado los creadores ó aficionados apasionados del arte.

Además de los caracteres generales, se pueden notar como señales patológicas de la emoción estética:

1.º La tendencia obstinada hacia el pesimismo, el gusto persistente y exclusivo del arte triste, que predomina en ciertas épocas de la historia, sobre todo en la nuestra. Su contagio no está bastante explicado por la imitación y la moda; procede de causas más profundas, de un estado general de depresión, de debilidad, de decaimiento. El arte es la expresión de ese secreto malestar en los que crean y en los que gustan. Ese pesimismo no es una enfermedad del arte, sino del individuo y de la época que no puede producir otra cosa. Sabido es que la naturaleza del suelo modifica la flora y da á los frutos un sabor propio, un gusto de la tierra; el suelo humano sufre la misma necesidad, y en ciertos momentos de la civilización no puede salir de él más que una floración melancólica, de olor acre y extraño. El amor constante y saboreado con complacencia de lo lúgubre, lo morboso, lo macabro, es la forma estética del *placer del dolor*, de que anteriormente (1.ª parte, capítulo IV), hemos intentado hacer el análisis y determinar las causas patológicas.

2.º La tendencia hacia la megalomanía, bajo la forma de orgullo y con más frecuencia aún de vanidad sobreaguda. La observación del «genus irritabile vatum» es de larga fecha, pero, en diversas épocas, el delirio de grandezas se desarrolla en el dominio estético al modo de una epidemia. Ha encontrado su expresión suprema

en nuestro siglo en la doctrina de la «divinidad del arte» proclamada por la escuela de Schelling y que sobrevive en los «estetas» contemporáneos. «El comienzo de toda poesía, decía Schlegel, es suspender la marcha y las leyes de la razón, sumergirnos en el bello divagar de la fantasía, en el caos primitivo de la naturaleza humana. El verdadero placer del poeta no admite ninguna ley por cima de sí mismo.» Después se ha ido más allá y se podría hacer una bonita colección de las locuras que se han dicho acerca del asunto. Cuando nos preguntamos sin prejuicio y de buena fé en qué se fundan estas elevadas pretensiones, esta apoteosis, no lo encontramos. ¿Es porque el arte proporciona goces muy superiores á los de los sentidos? Pues lo mismo ocurre con la investigación científica, el amor á los viajes, las exploraciones. ¿Es porque crea? Sin embargo, la creación existe en todas partes, en las ciencias, las artes mecánicas, la política, el comercio, la industria: la creación artística no es más que una forma entre otras muchas. ¿Es porque añade un mundo ideal al mundo real? Otro tanto hacen las religiones, con la ventaja de que no trabajan para los menos, para lo selecto, sino para todo el mundo. Malherbe decía que un buen poeta no es más útil al Estado que un buen jugador de bolos: este es otro exceso, porque el artista tiene un papel social; puede presentir, instruir, expresar los sentimientos confusos de la masa, que llegan por medio de él á la vida.

Sí, tomando esta forma de megalomanía como un hecho y sin discutir su legitimidad, investigamos las causas psicológicas de su génesis, se encuentran dos principales.

La primera está en el carácter del individuo, en la hipertrofia de su yo. El *self-feeling* hace erupción bajo una máscara estética, como podría hacerlo bajo otra. El arte «egotista» es la expresión más sincera de esa oleada de orgullo (notemos de paso que se coloca como antípoda del arte primitivo que es colectivo, social.

anónimo); pero es una forma efímera que debe morir de inanición; por otra parte su fuerza de expansión sería limitada en caso necesario por la expansión de los yo rivales. Una necesidad de la civilización es hacer monstruos. Por la división del trabajo impone, en todas las condiciones, en todos los oficios, un exceso de desarrollo unilateral, hacia una aptitud única; exige que se sea especial. En los tiempos primitivos, el arte no era una profesión; el creador, sin dejar de hacer otra cosa, producía natural, espontáneamente, como un rosal da rosas; era una superabundancia, un colmo que se desbordaba. Poco á poco ha entrado en el camino de la profesión y, víctima de su propia gloria, *es necesario* que produzca, quiera ó no, como pueda, por artificio, fabricando obras de arte como otro cualquier artículo de comercio, sin cuidarse del exceso de producción. Es una hipertrofia de la función creadora.

La segunda causa debe buscarse en una región más profunda, por bajo de la conciencia, en lo inconsciente (cualquiera que sea la opinión que se profese acerca de su naturaleza), que produce lo que vulgarmente se llama la inspiración. Este estado es un hecho positivo que va acompañado de caracteres físicos y psíquicos que le son propios. Ante todo es impersonal é involuntario; obra á la manera de un instinto, cuando y como le place, puede ser solicitada, pero no conquistada. No la suplen para la creación original, ni la reflexión ni la voluntad. Hay numerosas anécdotas sobre las costumbres de los poetas, pintores, músicos mientras componen: andar á grandes pasos, tenderse en la cama, buscar la oscuridad completa ó la plena luz, meter los pies en agua ó en hielo, con la cabeza al sol, tomar vino, alcohol, bebidas aromáticas, haschich ú otros venenos de la inteligencia, etc. Aparte de algunas rarezas difícilmente explicables, todos estos procedimientos persiguen el mismo fin; crear un estado fisiológico particular, aumentar la circulación cerebral para provocar ó man

tener la actividad inconsciente. Los antiguos veían en la inspiración un estado sobrenatural, una acción divina, una posesión; creían en él firmemente. Es seguro que nosotros no vemos ya más que ficciones trasnochadas en las musas y en los dioses de la poesía y de la música de las diversas mitologías; queda, sin embargo, en lugar de ellos una impresión de misterio, de poder superior, de un don innato y raro concedido á un hombre, que es privilegio de éste, que obra por él, que es desconocido para los demás, algo análogo á lo que hemos encontrado ya en la teomanía; y la conciencia vaga de ese estado de elección, de ese favor excepcional de la naturaleza, encamina cómodamente al artista hacia la afirmación de su grandeza.

II. La patología de la imaginación creadora no entra en nuestro asunto; no se relaciona con él más que por el influjo que el sentimiento ejerce en sus operaciones. La construcción de un mundo imaginario es un atributo humano del que nadie carece, puesto que sin él no podríamos salir del presente para dar un paso en el porvenir y representárnoslo, por pobremente que sea. La observación muestra que, por cima de este nivel común existen todos los grados, desde la imaginación seca, clara, coherente, hasta el ensueño incoherente é incomprensible y la exuberancia desordenada: ahora bién, el predominio siempre creciente de la imaginación confina con el peligro de vivir por completo en el mundo de lo no real, lo cual ocurre con frecuencia. Los documentos biográficos nos permiten conocer las etapas de esta marcha ascendente hacia lo suprasensible.

Hay artistas que dividen su vida en dos partes y no las confunden; llevan sus cuentas por partida doble; tienen horas de imaginación desenfrenada y horas de buen sentido práctico. Tal fué Ariosto, del cual se dice que había puesto su locura en los poemas y su prudencia en la vida.

Otros son arrebatados momentáneamente por sus creaciones, y tan violentamente arrastrados por ellas que llegan casi á la alucinación. Según la naturaleza de su espíritu, ven sus personajes ó los oyen hablar; los sonidos resuenan en sus oídos, respiran olores, sienten sabores; sobre este último punto la declaración de Flaubert, referida por Taine, ha sido puesta en duda sin ninguna razón.

Hay también los que se encuentran en un estado de alucinación casi constante. Tal parece haber sido el caso de Torcuato Tasso. En ciertos momentos, decía Gérard de Nerval, «todo tomaba para mí aspectos nuevos: voces secretas salían de la planta, del árbol, de los animales, de los insectos más humildes, para advertirme y animarme. Los objetos sin forma y sin vida tenían giros misteriosos cuyo sentido yo comprendía.» Los «simbolistas de los distintos países, franceses, belgas, ingleses, nos repiten esto mismo hoy día aún mejor. No creo que nos engañen siempre. Vuelven por una simpatía aguzada y refinada al período primitivo del animismo espontáneo, para el cual todo en la naturaleza tiene vida, miradas y voz; en el que, como dice uno de ellos, «el mundo real toma aires de fantasmagoría.»

Por cima de esto no hay más que la alucinación completa, permanente, la de los asilos de locos; la sustitución total de un mundo imaginario al mundo real, sin intermitencias, sin duda, sin conciencia de la sustitución.

Esta es la parte clara del asunto; un punto oscuro debe detenernos, tanto más cuanto que se refiere al fenómeno fundamental de la vida afectiva: la tendencia. Si hay alguna ley psicológica bien establecida por los hechos y el razonamiento, es que toda representación intensa de un acto tiende á realizarse: lo que es inevitable, puesto que la imagen viva de un movimiento es un movimiento que comienza, es una reviviscencia de

los elementos motores incluídos en la imagen. El que desde lo alto de una torre sufre la fascinación de una caída posible, corre peligro de precipitarse; no es otra cosa la atracción del abismo. Por otra parte, los artistas tienen por naturaleza representaciones intensas y sienten violentamente: sueñan orgías, aventuras amorosas, dramas sanguinarios, sacrificios, virtudes y vicios de todas clases. ¿En qué consiste que todo esto queda en simple imaginación, sin pasar al acto, sin convertirse en realidad?

Es que para ellos la ley sufre no una excepción sino una *desviación*. La representación intensa *debe* objetivarse, es decir, de interior hacerse exterior, y lo hace de dos maneras: por un acto real, que es la manera común de los hombres; por la creación de una obra de arte que libra de lo obsesión, y es lo propio de los artistas. Si se quiere además una razón fisiológica, se podría admitir, como hipótesis, que en ellos los centros motores no tienen por lo general bastante energía para la realización práctica, y que de ahí proviene el que la satisfacción sea puramente estética.

Para no salir de la psicología, sabemos por numerosos testimonios que muchos no se han librado de la obsesión más que creando (ya he hablado de esto á propósito de la memoria); se fija en un poema, una novela, un drama, una sinfonía, en el barro ó en la piedra: Miguel Angel y las esculturas de la capilla de los Médicis, el Schiller de la primera manera en *Los Bandidos*; Byron, del cual Taine ha hecho tan bien la psicología, nacido para la acción y las aventuras, devuelto quizá á su verdadera vocación cuando fué á morir en Missolonghi, ¿no es acaso el poeta de los piratas, de las empresas raras y aventureras? El lector me dispensará de acumular ejemplos.

Sin embargo, no deja esto de tener excepciones. La ley que exige que la imagen intensa se actualice, queda siempre cumplida, pero algunas veces se cumple de

dos maneras; estética y prácticamente. Muchos han vivido sus sueños de amor, de orgías, de aventuras y de violencias, y además han hecho con ellas una obra de arte: un doble torrente ha corrido desde la misma cumbre. Algunos románticos han resucitado las edades desaparecidas en sus casas, sus muebles, su vida. Los soberanos artistas han podido dar á sus imágenes la realidad completa: Nerón, Adriano, Luis II de Baviera, etc.

Un antropólogo italiano, C. Ferrero, ha hecho observar con razón, que aunque nos quejemos de que el arte contemporáneo es con tanta frecuencia pesimista, satánico, macabro, neurótico, este mal no deja de tener cierta ventaja: es una válvula de seguridad, un emuntorio. El arte morboso «es una defensa contra las tendencias anormales que, sin él, acabarían por trasformarse en acciones.» Muchos se contentan con una satisfacción literaria, plástica ó musical. Esto parece incontestable. Se puede conceder también al autor que la sugestión de la obra de arte no tiene la misma fuerza que la sugestión directa, la del hecho visto, percibido y que, por esta razón, es menos peligrosa; pero como su difusión es mayor y obra principalmente sobre los predispuestos, podemos preguntarnos si, en último término, la ventaja es seria.

Es ésta una cuestión de sociología cuya discusión estaría aquí fuera de lugar y que no hacemos más que indicar. Nuestra conclusión es que la patología del sentimiento estético no existe por sí sola; es la expresión, entre otras muchas ya señaladas, de una predisposición morbosa que no puede seguir ese camino sino en los menos, en los que tienen la facultad de la imaginación creadora.

CAPÍTULO XI

EL SENTIMIENTO INTELECTUAL

Su origen: la necesidad de conocer. —Su evolución.—Período utilitario: la sorpresa, el asombro, la interrogación.—Período desinteresado: formas de transición. —Clasificación según los estados intelectuales. Clasificación según los estados afectivos: formas dinámicas, formas estáticas. —Período de la pasión: su rareza.—Patología.—La duda simple, la duda dramática, la locura de la duda —El misticismo en la ciencia: la desviación viene no del objeto, sino del método de investigación.

I

Es sabido que este nombre designa los estados afectivos, agradables, desagradables ó mixtos que acompañan el ejercicio de las operaciones de la inteligencia. La emoción intelectual puede estar ligada á percepciones, á imágenes, á ideas, al razonamiento y al curso lógico del pensamiento; en una palabra, á todas las formas del conocimiento. Salvo algunos casos raros que se señalarán más adelante, ésta no excede apenas de una tonalidad media, sobre todo en sus manifestaciones superiores: hemos dicho en otra parte, porque las nociones abstractas son poco aptas para promover las condiciones orgánicas de la emoción.

Después de haberla tomado en su origen tenemos que volver á trazar su evolución que recorre tres fases principales: la una utilitaria, práctica; otra desinteresada,

científica; la última mucho menos frecuente, en la cual alcanza el poder y el exclusivismo de una pasión.

I. Este sentimiento, como todos los demás, depende de un instinto, de una tendencia, de una necesidad; expresa en la conciencia su satisfacción ó su no-satisfacción. Esta necesidad primitiva—la necesidad de conocer—bajo su forma instintiva, se llama curiosidad. Tiene todos los grados, desde el animal que palpa y olfatea, hasta un Gœthe que todo lo escudriña, quiere saberlo todo, abrazarlo todo; desde la investigación pueril hasta las especulaciones más elevadas; pero cualesquiera que sean las diferencias en su objeto, en su punto de aplicación, en su intensidad, queda siempre idéntica á sí misma. El que está privado de ella como el idiota es un eunuco en el orden intelectual.

Dada esta necesidad innata ¿cómo se desenvuelve durante el primer período?

El primer momento es el de la *sorpresa*. Se produce tempranamente en el niño; de una manera clara hacia las veinte y dos semanas lo más tarde, según Preyer. Es un estado emocional especial, irreductible á cualquier otro, que consiste en un choque, en una desadaptación; en mi opinión, su carácter propio y singular, es el de que está sin contenido, sin objeto, salvo una relación; su materia es una *relación*, una transición entre dos estados, un simple movimiento del espíritu y nada más. La sorpresa tiene un modo de expresión y concomitantes fisiológicos muy claros. Se encontrarán la descripción de ellos en Darwin (cap. XII); los ojos y la boca están muy abiertos, las cejas levantadas, las sacudidas repentinas y seguidas de inmovilidad, los latidos del corazón y los movimientos de la respiración se aceleran, etc.

El segundo momento es el del *asombro*. Pienso con Bain y J. Sully (1) que la distinción entre estos dos mo-

(1) Bain, *Emotions*, cap. IV; J. Sully, *Psychology*, t. II, 126.

mentos no es una vana sutileza. La sorpresa es momentánea, el asombro es estable; la una es una desadaptación y el otro una readaptación; la una carece de materia objetiva, la otra tiene por materia un objeto desacostumbrado, extraño. Es, sin duda, este segundo momento el que Descartes llamaba la admiración y que ponía en el número de sus seis pasiones primitivas: «La admiración es una sorpresa súbita del alma, que la obliga á considerar con atención los objetos que le parecen raros y extraordinarios (1).» De hecho el asombro es el despertar de la atención, cuyos caracteres principales tiene; unidad de la conciencia, convergencia hacia un solo objeto, intensidad de la percepción ó de la representación, adaptación de los movimientos (2). Al principio, antes que el asombro vaya acompañado de placer ó de pena, según los casos, hay una manera de ser particular que se aproxima á lo que se ha llamado el estado neutro ó de simple excitación.

El tercer momento es el de la *interrogación*, de la reflexión que sucede al período de aturdimiento del primer choque. Es el momento de la curiosidad propiamente dicha que consiste en dos cuestiones planteadas implícita ó explícitamente: ¿Qué es esto? ¿para qué sirve? ¿Cuál es la naturaleza concreta de este objeto y cuál puede ser su utilidad? El hombre primitivo, el niño, los animales, plantean incesantemente esta doble cuestión, no en términos claros y analíticos, sin duda, sino instintivamente y por actos. El perro que enfrente de un objeto conocido, le mira, le olfatea, se aproxima, se aleja, se atreve á tocarlo, vuelve á él y comienza de nuevo, persigue esta investigación á su modo: resuelve un doble problema de naturaleza y de utilidad (3). La

(1) Descartes, *Traité des passions*, 2.ª parte, art. 70.

(2) Hemos dado más detalles sobre este punto en la *Psychologie de l'attention*.

(3) Para los hechos sobre la curiosidad de los animales, véase á Romanes, *Évolution mentale*, 283, 351.

interrogación consiste en asimilar el objeto nuevo á nuestras percepciones ó representaciones anteriores, en clasificarlo.

¿Es curioso el hombre primitivo? Herbert Spencer alega muchos hechos para establecer su poco gusto por la novedad (1). Sin embargo, la necesidad de conocer parece esparcida de una manera muy desigual entre las razas; el único hecho universal, es el de que la curiosidad primitiva está limitada á cosas muy sencillas y que todas tienen ó parecen tener una utilidad práctica. La curiosidad y el estado afectivo que la acompaña no tienen por fin más que la conservación del individuo, lo mismo, como hemos visto, que la tendencia á vivir en sociedad ó á adorar los dioses en este mismo período inicial de la evolución. Estar alerta, enterarse de lo que sirve ó perjudica, en una palabra, saber en el orden práctico, es un arma poderosa en la lucha por la vida, una causa de selección en favor de los que tienen curiosidad, á expensas de los que no la tienen. La supervivencia de esta curiosidad completamente utilitaria es la que explica por qué todavía, actualmente, los pueblos incultos y aun medio civilizados no admiten á los viajeros que vienen de lejos á su país para exploraciones de geografía, de arqueología, de zoología, de botánica; suponen siempre en estos extranjeros una rebusca de tesoros, el espionaje ó algún maleficio que se les escapa.

II. ¿Cómo se ha producido el tránsito al período desinteresado? Se puede admitir con J. Sully (op. cit., II, 131), que se ha hecho por la tendencia natural, innata, del espíritu humano hacia lo extraordinario, lo extraño, lo maravilloso. La misma tendencia que bajo su forma creadora, engendra los mitos religiosos, poéticos, sociales, y bajo la forma de la investigación trata de des-

(1) *Principles of Sociology*, I, p. 98 99.

cubrir las causas en lugar de imaginarlas (1). Llegamos aquí al punto de unión del sentimiento estético y del sentimiento intelectual que vemos bifurcarse y seguir cada uno su propio desenvolvimiento. Sin embargo, la investigación no es desinteresada más que á medias; pues, tratando de penetrar el misterio de las cosas, espera el hombre sacar buen provecho de él.

Por lo demás, de cualquier modo que se haya efectuado el tránsito, se ha realizado cuando llegó á ser menos áspera la lucha por la existencia, que es cuando la investigación desinteresada ha podido ser cultivada por si misma. Entonces la curiosidad ha llegado á ser la emoción científica y se ha extendido poco á poco á toda clase de investigación: el sentimiento intelectual se ha constituído en toda su plenitud.

Ha sido estudiado con cierta predilección por los psicólogos, sobre todo por los de la escuela Herbart ó que han sufrido su influjo, bajo los nombres de «sentimientos de relación», «sentimientos ligados al curso de las representaciones». No tengo la intención de seguirlos en su obra fastidiosa y poco instructiva, de divisiones, subdivisiones y distinciones, digna de los escolásticos del siglo XIV. Por otra parte, la pretendida clasificación de los sentimientos intelectuales varía de

(1) He aquí, según un viajero, un ejemplo de este tránsito espontáneo á la curiosidad desinteresada, en un cafre inteligente. «Hace una docena de años (es él mismo el que habla), que conducía yo mi ganado. El cielo estaba nublado, me senté sobre una roca, me hacía yo mismo preguntas, y estaba triste porque me era imposible poderlas contestar. ¿Quién ha hecho las estrellas? ¿Sobre qué descansan? No se cansan jamás las aguas, corren de día y de noche, ¿dónde se detienen? Las nubes pasan y vuelven á pasar y se cambian en lluvia, ¿de dónde vienen? Ciertamente nuestros hechiceros no dan la lluvia, pues ¿cómo podrían formarla? Y yo no los he visto jamás con mis propios ojos ir á buscarlas en el cielo. ¿Y quién guía el viento, quién le hace silbar? etc., y yo me apretaba la cabeza con las manos incapaz de responder.» Citado por Vignoli, *Mito e Scienza*, p. 63.

uno á otro autor; el uno da 15, el otro 60. Este es un trabajo artificial, un laberinto, una fuente de oscuridad, no de claridad. Desafío al psicólogo más sutil á notar y fijar los matices de los sentimientos que, por hipótesis, respondiera á esta enumeración sin fin (1). Pero el defecto más grave es que se clasifican los estados intelectuales únicamente, no los estados afectivos.

Yo no veo más que una sola división admisible; tiene la ventaja de ser sencilla, y sobre todo, de descansar sobre la naturaleza misma del proceso afectivo. Hay los placeres y las penas que acompañan la investigación ó la adquisición de un conocimiento cualquiera; y los placeres y penas que se unen á la posesión ó á la privación. Los primeros son dinámicos, los segundos estáticos.

La emoción intelectual, bajo su forma *dinámica*, depende de la cantidad de energía gastada. De hecho no es más que un caso particular del estado emocional que acompaña á toda forma de actividad dirigida hacia un fin que tiene éxitos buenos ó malos; no es más que un modo del *self-feeling*, no difiriendo de la emoción del explorador ó del cazador más que por su objeto, su materia, no por su naturaleza. La investigación del conocimiento es una caza como cualquiera otra, en la que la verdad es la presa; y así como muchos cazadores encuentran más encantos en las peripecias de su

(1) Doy una muestra escogiendo una clasificación que no es de las más cortas ni de las más largas. 1.° Emociones que nacen de las relaciones lógicas (razonables, irracionales, contradictorias, satisfacción lógica, ignorancia, desconocido, hipotético, posibilidad ó imposibilidad de la conclusión); 2.° Emociones que nacen de las relaciones de tiempo (presente, pasado, porvenir, anticipación, esperanza, presentimiento, sentimiento de lo irremediable, de la oportunidad, de la rutina, etcétera); 3.° Emociones que nacen de las relaciones de espacio (distancia, magnitud, aproximación, alejamiento, etc.); 4.° Emociones que nacen de las relaciones de la coexistencia y de la no-coexistencia, de cantidad, de identidad, etc. En total, 32: he abreviado mucho.

expedición que en sus presas, muchos instigadores de la verdad aceptarán las palabras conocidas de Lessing: «Si me ofreciera para escoger entre la verdad ya encontrada, y el placer de buscarla, tomaria el segundo partido.»

Bajo su forma *estática*, la emoción intelectual es todavía un caso particular del *self-feeling*, cuya principal manifestación es el sentimiento de la fuerza, del poder (ó su contrario): es una modalidad de aquel sentimiento, con el mismo título que el placer de la fuerza física, el placer de la riqueza (ó sus contrarios). Se aproxima, sobre todo, á la emoción que da la posesión, la propiedad: es sentida como un acrecentamiento bajo su forma positiva, como disminución y pobreza bajo su forma negativa; la ignorancia es un encogimiento, un límite.

En suma, la emoción intelectual es bastante sencilla; no es más que la trasposición de manifestaciones afectivas ya conocidas á un grupo de operaciones del espíritu. No tenemos para qué insistir más.

III. Queda por seguirla en una tercera fase que alcanza raramente, porque las ideas puras tienen poco atractivo para la generalidad de los hombres: tal es el caso en el que llega á ser una pasión. Es evidente que la pasión intelectual no puede salir más que del grupo dinámico, siendo la posesión por naturaleza un placer tranquilo, ó como decían los antiguos, un placer en el reposo.

Se encontrarían numerosos ejemplos en las biografías de los sabios y de los filósofos. Algunos nombres se presentan inmediatamente, Keplero, Espinosa y tantos otros que han consagrado su vida exclusiva y rigurosamente á la investigación de la verdad. Sin embargo, se puede objetar que, en ciertos casos y entre ciertos hombres, no prueba nada que la pasión intelectual no haya sido alimentada ó sostenida por elementos extraños, que aun admitiendo que el amor de la ciencia haya

sido el móvil principal, no fuera el único; que hay otros que han venido á adulterarlo: deseo de un puesto, de influjo, de riqueza, de renombre de gloria; brevemente la ambición bajo sus múltiples aspectos. No es fácil encontrar casos absolutamente puros; pues además de que la pasión intelectual es rara, la exigencia está puesta en términos casi contradictorios, puesto que no hace falta presentar desconocidos. He aquí, por tanto, un ejemplo que me parece completo. Descuret, en su *Médecine des passions*, ha resumido la biografía de un húngaro, Mentelli, filólogo, matemático, que, sin fin determinado, únicamente por el placer de aprender y de satisfacer sus necesidades intelectuales, consagró su vida entera al estudio, sin que pareciera experimentar otras necesidades. «Vivía en París, en un reducto infecto que se le había dado por caridad, y había suprimido de sus gastos todo lo que no era indispensable para vivir. Sus gastos, aparte de la compra de libros, eran de treinta y cinco céntimos por día, de los cuales, quince eran para comer y veinte para la luz; trabajaba veinte horas diarias, no interrumpiendo su trabajo más que un solo día para dar las lecciones de matemáticas, cuyo precio le era necesario para vivir. No tenía más necesidades que la del agua, que traía él mismo, de patatas que cocía en su lámpara, de aceite para alimentarla y de pan de munición. Se acostaba en un cajón grande donde tenía metidos de día sus pies cubiertos con una manta de lana ó con un poco de heno. Un sillón viejo, una mesa, un cántaro, una olla de hierro y un pedazo de estaño groseramente ahuecado que le servía de lámpara, componían todo lo demás de su mueblaje. Mentelli había suprimido todos los gastos del lavado, suprimiendo el lienzo. Un capote de soldado comprado en el cuartel, el cual no lo reemplazaba más que en el último extremo, un pantalón de nanquin, una gorra de piel y unos zuecos enormes componían todo su traje. En 1814, las granadas de los aliados, cayendo

alrededor del reducto que ocupaba, no le turbaron jamás. Durante la primera epidemia del cólera en París, fué necesario emplear la fuerza armada para obligar á este anacoreta científico á que interrumpiera sus estudios á fin de limpiar su celda infecta. Vivió así treinta años sin estar jamás enfermo, sin quejarse, muy dichoso. Por fin, el 22 de Diciembre de 1836, á la edad de sesenta años, habiendo ido como de costumbre á renovar su provisión de agua al Sena, resbaló su pie, cayó al río que estaba muy hondo y se ahogó. Mentelli no ha dejado ninguna obra, ningún rastro de sus largas investigaciones (1).»

Se podrían citar otros ejemplos; pero palidecerían en la comparación. Las grandes colaboraciones anónimas, como la de los Benedictinos, han contado ciertamente con pasiones de este género: así Don Mabillón fué un tipo de trabajador encarnizado, modesto, ignorado, llenando puntualmente sus deberes religiosos y el resto del tiempo corriendo el mundo á pie para recoger documentos históricos.

Hay, pues, casos en los que el amor de la ciencia, sólo y sin otros móviles que vengan á empañar su pureza, tiene los caracteres de una pasión fija, tenaz, que llena toda una vida y resume al hombre entero.

II

El sentimiento intelectual tiene también su patología, en la que deben señalarse dos casos principales; las formas extremas de la duda y la intrusión del misticismo en la ciencia.

1.° La duda es un estado de equilibrio inestable en el que se suceden las representaciones contradictorias, sin imponerse ó conciliarse. Yo distingo la duda sencilla, la duda dramática y la locura de la duda.

(1) Citado por Letourneau; *Physiologie des passions*, p. 23.

En la duda sencilla, limitada, la indecisión intelectual tiene por concomitante afectivo un malestar débil, un estado penoso, resultado de un deseo no satisfecho, de una tendencia que no llega á alcanzar su fin. Bajo esta forma, la duda es normal, legítima, necesaria; llega á ser morbosa cuando toma una forma crónica, permanente é invasora, cuando produce una conmoción violenta y de larga resonancia.

Tal es la duda que yo llamo dramática, porque es un desgarramiento interior, una crisis á menudo larga y repetida; precede á las grandes conversiones, y después se apaga; algunas veces dura toda la vida como en Pascal; y su violencia no puede sorprender, puesto que es en el orden intelectual, el equivalente de un amor intenso, incurable, siempre oculto y sin esperanza; en ambos casos, la situación es là misma, los efectos idénticos.

La locura de la duda nos hace penetrar más adelante en la patología. Esta es «una enfermedad crónica del espíritu caracterizada por una inquietud constante». Presenta variedades numerosas que han clasificado los alienistas. Los unos no salen de la realidad vulgar y ordinaria, como el que comprueba veinte veces seguidas si ha cerrado bien la puerta; otros se agotan en cuestiones abstrusas é insolubles, sin detenerse ni satisfacerse jamás, como una rueda que voltea constantemente; otros, los timoratos, se abisman en escrúpulos y puerilidades sin fin; pero cualquiera que sea la materia á la cual se aplique el espíritu, la operación psicológica es la misma; una interrogación sin tregua ni límites, acompañada de angustia, de pesadez de cabeza, opresión epigástrica, perturbaciones vaso-motoras, etc.; es el deseo ardiente de encontrar un estado fijo para el pensamiento sin llegar jamás á conseguirlo.

Bajo su forma más grave es, «la pérdida completa de toda noción y de todo sentimiento de la realidad». Tal es el excepticismo absoluto, no teórico y especulati-

vo al modo de los pirrónicos, sino *práctico*: descansa, no solamente sobre ideas, conceptos abstractos, recuerdos y razonamientos, sino sobre las percepciones mismas y los actos; el ejercicio de la inteligencia no vá acompañado de ninguna creencia, es decir, de ningún estado de espíritu que suponga una realidad. «Yo existo, dice uno de estos enfermos, pero fuera de la vida real y á despecho de mí mismo...; algo que parece estar en mi cuerpo me obliga á obrar como otras veces; pero no puedo llegar á creer que mis acciones son reales. Lo hago todo mecánica é inconscientemente... Mi individualidad ha desaparecido completamente; la manera como yo veo las cosas me hace incapáz de realizarlas, de sentir que existen..... Aun tocándolo y viéndolo, me aparece el mundo como un fantasma, como una alucinación gigantesca... Yo como, pero es una sombra de alimento lo que entra en una sombra de estómago. y mi pulso no es más que la sombra de un pulso... Tengo perfecta conciencia de lo absurdas que son estas ideas, pero no las puedo vencer.» (1) Este estado pertenece en efecto, á la categoría de las locuras con conciencia.

Pero ésta no es en su esencia una enfermedad del entendimiento: el elemento intelectual es secundario; esta duda perpetua, esta interrogación sin fin no son sino sus efectos; la causa está en un debilitamiento de la vida afectiva y de la voluntad, incapaz de terminar en una creencia, es decir, en una afirmación; más profundamente todavía, en una perturbación de la vida orgánica demostrada por perversiones sensoriales, por debilitamiento motor, por el estado melancólico del paciente, con su cortejo fisiológico y su descenso de las funciones vitales.

2.º La intrusión del misticismo en la ciencia, aun-

(1) Hack Tuke's, *Dictionnary*: art. INSANITY OF DOUBT. Casos análogos han sido contados por autores diferentes, Griesinger, Clouston, etc.

que domina fuertemente en la época contemporánea es una enfermedad intelectual de todos los tiempos. En su origen, la investigación científica no tuvo la conciencia clara ni de su objeto ni de su método. Los primeros filósofos de Grecia especulaban á la vez sobre las causas primeras, sobre las causas segundas y sobre las aplicaciones prácticas, sin establecer entre ellas ninguna distinción acentuada. Thales construye una cosmología y calcula los eclipses; Pitágoras reduce el universo á los números, pero hace progresar las matemáticas y funda una sociedad comunista según sus principios. Poco á poco, lentamente, se constituye su dominio propio: la determinación de las causas segundas, de las leyes. En el Renacimiento, la alquimia, la astrología, las ciencias ocultas son expulsadas, á pesar de sus servicios provisorios y algunos descubrimientos reales en su activo. Actualmente se han fijado los métodos en sus grandes líneas; lo cual nos permite determinar las anomalías y las desviaciones del sentimiento intelectual.

¿Cómo sale del camino normal? Es inútil notar que no es buscando lo desconocido, puesto que esta es su tarea fundamental, la de todos los días y de todos los tiempos. ¿Es persiguiendo lo incognoscible? Esta tesis sería bastante frágil, porque ¿dónde comienza lo incognoscible? Admitamos por hipótesis y para simplificar, que esta palabra comprende todo el dominio de las causas primeras, tenido por inaccesible; hecha esta eliminación es por un acto completamente arbitrario por lo que se decide que esto ó aquello es incognoscible. La historia de las ciencias suministra pruebas con profusión. Para no citar más que un ejemplo que se relacione muy de cerca con la psicología, uno de los más grandes fisiólogos de este siglo, J. Müller, declaró que no se puede medir el tiempo necesario para percibir una sensación, y que no podría ser jamás determinado; lo cual no impidió á Helmholtz medirlo algunos años más tarde, y es sabido

cuanto se ha trabajado después y se ha adelantado por este camino.

No en cuanto al objeto que persigue, sino en cuanto al *método* que emplea, es como el amor á la ciencia puede tomar un camino equivocado. El misticismo científico consiste en reemplazar los procedimientos regulares por la intuición y por la adivinación; á esperarlo todo de una revelación interior, de una iluminación sobrenatural; á sustituir lo subjetivo á lo objetivo, la creencia á la demostración y á la comprobación, la validez individual á la validez universal. Ciertamente, sería un grosero error pretender que la intuición y la adivinación no han jugado un papel capital en los descubrimientos de los sabios; se hallan en el origen de casi todos, y hay un momento en el que la creación científica y la creación artística coinciden en sus condiciones psicológicas; pero ningún sabio digno de este nombre confunde la visión de la verdad con la demostración de la verdad; no la tiene por científica más que cuando ha suministrado sus pruebas. El misticismo es la reintegración, en la ciencia, del amor de lo maravilloso y del deseo ilusorio de obrar sobre la naturaleza, sin investigaciones precedentes, sin pena, sin trabajo.

La emoción intelectual tiene, pues, dos principales formas morbosas; la duda, que, en último término, acaba en la disolución; el misticismo, que no es más que una desviación cuya esencia consiste en sustituir con los procedimientos imaginativos los procedimientos lógicos (1).

(1) Dos psicólogos americanos, sin decir nada de estas formas principales que acabamos de estudiar, cuentan entre las aberraciones contemporáneas del sentimiento intelectual algunas tendencias que me parecen, en comparación, enfermedades bien ligeras:

1.° Una forma sutil, que es la enfermedad propia del siglo XIX, es el amor de la cultura del espíritu por sí misma. Cuando el miento se dirige no hacia el objeto sino hacia los estados de espí-

En resumen, el sentimiento intelectual se mueve entre dos polos: el uno en que envuelve un conocimiento confuso y juega un papel preponderante bajo esa forma instintiva que se llama el olfato, el tacto; el otro no es más que un pálido acompañamiento del ejercicio del pensamiento abstracto. Bajo esta última forma, es el tipo al que se aproximan todas las otras emo-

ritu causados por el conocimiento de los objetos, se produce un amor al saber que tiene por objeto el desenvolvimiento del espíritu mismo. El conocimiento es adquirido en vista de la extensión y de la expansión del yo. La cultura de nuestras facultades mentales llega á ser un fin en sí mismo, y el conocimiento del universo objetivo está subordinado á este fin. Los sentimientos intelectuales, quitados de su propio lugar como funciones de la vida integral, ocupan otro independiente en la conciencia. Aquí, como siempre en casos semejantes, la tentativa se suicida ella misma. La única manera de desenvolver su yo es la de hacerlo objetivo, y la única manera de llegar á esto es la de sacrificarlo. La cultura del yo destruye el orden de las cosas y trata de emplear el conocimiento como un puro medio de satisfacer el interés personal. El resultado es que el individuo no sale jamás en realidad de sí mismo.» (Dewey, *Psychology*, p. 305-306.) Esta crítica es exacta. Se podría decir más sencillamente que la rebusca de la emoción intelectual por sí misma confina con el dilettantismo científico, es decir, con una disposición superficial y una tendencia del espíritu á correr en todas direcciones, sin profundizar en nada. Pero no se puede contar como morboso el amor de las investigaciones abstractas y puramente especulativas; pues el sentimiento intelectual sigue en esto fiel á su naturaleza, que es la curiosidad, y á su misión que es la atracción hacia la verdad. Por otra parte, las especulaciones de apariencia más teórica y más inútil pueden traducirse un día en resultados aplicables á la práctica.

2.° Ladd (*Psychology descriptive and explanatory*, p 566 y siguientes) considera como una forma morbosa del sentimiento intelectual la personificación de la ciencia, tan corriente en la época actual (en mi opinión es más bien una enfermedad del pensamiento, un caso de la tendencia incurable del espíritu humano á realizar abstracciones y á doblar la rodilla ante el ídolo que él se fabrica), y critica también el amor creciente á las minucias y la investigación obstinada de los hechos insignificantes.—Es necesario confesar que esta tendencia llega á ser á veces una plaga en las ciencias de observación, de experimentación ó de documentos; que aquellos que se li-

ciones, cuando se empobrece el elemento afectivo: la emoción moral, en los teóricos racionalistas (los estoicos, Kant), la emoción estética en los críticos, la emoción religiosa en los metafísicos y los teólogos dogmáticos.

mitan á esta clase de trabajos tienen una disposición natural á exagerar su alcance; pero este trabajo es necesario, y el progreso de toda ciencia es á costa de ese precio. Cada uno lo toma á su medida y según sus fuerzas; no hay arquitectos sin obreros.

CAPÍTULO XII

LOS CARACTERES NORMALES (1).

Necesidad del punto de vista sintético en psicología.—Historia sumaria de las teorías sobre el carácter: dirección fisiológica; dirección psicológica.—Dos marcas del carácter verdadero: unidad, estabilidad.—Eliminación de los caracteres adquiridos.—Procedimiento de clasificación: cuatro grados.—Géneros: los sensitivos, los activos, los apáticos.—Especies. Función secundaria de la inteligencia; su modo de acción.—Sensitivos: los humildes, los contemplativos, los analistas, los emocionales puros.—Activos: las medianías, los superiores.—Apáticos: tipo puro, tipo inteligente, los calculadores.—Variedades: los sensitivos-activos, los apáticos-activos, los apáticos sensitivos, los equilibrados.—Los sustitutos del carácter; caracteres parciales; de forma intelectual, de forma afectiva.

De diversas maneras muchos autores han hecho notar con razón que el gran trabajo de análisis que se hace en nuestros días, en el dominio de la psicología, debería completarse con estudios de un carácter completamente opuesto; es decir, que la psicología analítica y abstracta tiene por complemento indispensable una psicología sintética y concreta. Como toda ciencia, la psicología ordinaria procede por generalidades. Ya se ocupe de las percepciones ó de los conceptos, de la asociación de las ideas ó de los movimientos, de la atención ó de las emociones, toma estas manifestaciones en

(1) Este capítulo ha sido publicado como artículo (Octubre 1892); no ha sufrido cambio en cuanto al fondo.

donde quieran que las encuentra, en todos los hombres, en todos los animales y trata de explicarlas, reduciéndolas á sus condiciones más generales. Parte de la suposición implícita de que se encuentran en todo hombre los instintos, los hábitos, los fenómenos intelectuales, afectivos, voluntarios. ¿Pero en qué proporciones se combinan estos elementos para constituir las diversas individualidades psicológicas? ¿Qué múltiples agrupaciones pueden producir? ¿Hay preponderancia de las emociones, de la inteligencia ó de la acción? ¿La preponderancia de uno influye sobre el desenvolvimiento de los demás? Estas cuestiones y muchas otras análogas no las plantea la psicología analítica, y con razón, porque no son de su dominio. Sin embargo, valen la pena de ser planteadas, aunque no fuera más que por la utilidad práctica.

Se ha dicho en medicina que «no hay enfermedades, sino enfermos». También los tratados de patología, que describen los caracteres generales, clásicos, de una enfermedad, tienen por complemento necesario los estudios clínicos que describen casos concretos, particulares. Así, en psicología, se podría decir que no hay una humanidad, sino hombres; no basta con describir las manifestaciones del espíritu en general; es necesario también tener en cuenta los individuos que los encarnan y las variedades que nos revelan. El punto de vista sintético no es ni quimérico, ni despreciable, en psicología menos que en cualquier otra cosa.

Un error muy esparcido consiste en creer que, cuando se ha resuelto un todo complejo en sus elementos, se tiene *todo* lo que lo constituye. Se olvida que la mayor parte de los compuestos se parecen más bien á *combinaciones* químicas que á simples mezclas, que no se forman por una sencilla adición y que hay *más* en la síntesis que en el análisis.

La eliminación del punto de vista sintético es cada vez menos admisible á medida que se sube de lo inor-

gánico á la vida, á la conciencia, á la sociedad. Aun en el mundo inorgánico donde no existen más que las propiedades generales de la materia bruta, ciertos cuerpos compuestos presentan ya una especie de individualidad, es decir, una manera de ser y de reobrar que les es propia. Esto se ve á lo mejor en los cristales: su crecimiento puede ser interrumpido y recomenzado; rotos ó mutilados pueden reparar sus pérdidas; pueden sufrir disgregaciones ó modificaciones profundas, pero si una porción queda inalterada, tiene todavía el poder de crecer y de escapar á la «senectud»; dos sustancias totalmente diferentes pueden confundirse de una manera casi inextricable, conservando en todo cada una su individualidad.—En el mundo de lo vivo, la célula y el óvulo tienen una individualidad bien clara; después vienen esos agregados de unidad vaga, inestable y precaria, como la de los vegetales, de los hidrozoarios y de esas colonias animales fijas ó errantes que se han llamado federaciones; pero franqueadas estas etapas de la evolución, las formas animales superiores afirman su individualidad, tan francamente, que es inútil insistir.—Lo mismo pasa en psicología. ¿Qué no se ha dicho sobre la unidad y la identidad del yo, erigido en entidad simple é indisoluble? No se supondrá que el autor de este libro se inclina en tal sentido. Sin embargo, es necesario reconocer que se está tan ocupado, en estos últimos años, de las perturbaciones, alteraciones, disgregaciones, disoluciones de la personalidad, que el triunfo del método analítico ha sido completo y que el lado sintético de la cuestión se ha relegado á la sombra.

Sin insistir sobre una cuestión tan vasta para tratada incidentalmente—la oposición entre la psicología analítica y la psicología sintética—se puede decir que hay dos maneras igualmente legítimas de considerar todas las cosas en la naturaleza: la manera analítica, abstracta, para la cual no hay más que leyes, géneros, especies, lo general; y la manera sintética, concreta

para la cual no hay más que hechos, acontecimientos, individuos, lo particular. La una supone la otra y la completa: estos son dos momentos de un mismo método.

Hasta aquí es claro que en la nueva psicología ha prevalecido el procedimiento analítico. A pesar de estas condiciones desfavorables, se han hecho en el otro sentido algunos trabajos fructuosos en los cuales es lo principal la determinación de ciertos tipos de imaginación (visual, auditiva, motora y sus variedades). Pero el problema capital que se plantea en la psicología sintética está en otra parte; en el campo de la acción, no en el del conocimiento. Es práctico. Consiste en determinar los principales tipos de individualidad, según la manera de obrar y de reobrar, que tiene su fuente en los sentimientos y en el querer. Esto se designa con un término un poco vago, consagrado por el uso; el carácter.

I

El fin de este capítulo no es el de tratar esta difícil cuestión, sino sencillamente ensayar una clasificación de los caracteres y mostrar sus relaciones con la psicología afectiva.

Pasaré en silencio la historia de la cuestión; sería larga y monotona. Me parece que se ha desenvuelto en dos direcciones, la una fisiológica ante todo, la otra psicológica.

La teoría fisiológica es muy antigua y ha reinado exclusivamente durante siglos. Se resume en la doctrina clásica de los cuatro temperamentos que data de los médicos griegos. Estos grandes observadores la habían deducido de su larga experiencia, añadiéndole, es verdad, hipótesis quiméricas sobre el predominio de los líquidos del organismo ó de los elementos cósmicos. Criticada, defendida, abandonada, tomada de nuevo, modificada, aumentada por Cabanis con los dos tempe-

ramentos, nervioso y muscular, reducida á tres por otros, ha quedado la misma, en sustancia, hasta nuestros días. La psicología se ha contentado con adaptarla á su uso y traducirla á su lengua. Por lo demás, esta necesidad estaba, por decirlo así, hecha de antemano, pues la descripción de cada temperamento enumeraba caracteres, no solamente físicos, sino psíquicos. El *sanguíneo* estaba reputado como ligero, versátil, superficial, acomodaticio; el *melancólico* es profundo, encerrado en sí mismo, vacilante; el *colérico* tiene una imaginación activa, pasiones intensas, tenaces, difíciles de suplantar; el *linfático* (ó flemático), es blando, frío, de reacciones lentas, de imaginación tierna. La descripción detallada de estos cuatro tipos, se encuentra por todas partes, lo cual me dispensa de insistir. He de notar que durante este siglo, es en Alemania, sobre todo, donde ha dominado esta teoría psico-fisiológica. Kant la adopta y la desenvuelve. (*Anthropologie*, lib. III); Lotze reemplaza el «melancólico» con el «sentimental» que le parece prestarse menos al equívoco; Wundt en su *Psychologie physiologique*, reproduce casi sin cambiarlas las divisiones de Kant.

La teoría psicológica es más reciente y me parece de origen inglés. Se sabe que Stuart Mill reclamaba la constitución de una «Ethologia» ó ciencia del carácter que debería deducirse de las leyes generales de la psicología. A este llamamiento es al que parece haber tratado de responder Bain con su libro: *Study of Character* (1861). No es este el lugar de analizar tal obra, de la cual una mitad está consagrada á la crítica de los frenólogos, los que, también á su manera, escrutaban nuestra cuestión, sin preocuparse mucho de los temperamentos. Importa solamente notar que la posición de Bain es estrictamente, rigurosamente psicológica: admite tres tipos fundamentales, intelectual, emocional y volitivo ó enérgico. Más recientemente, M. B. Pérez ha propuesto una clasificación de los ca-

racteres, apoyada únicamente sobre un fenómeno objetivo: los movimientos, su rapidez y su energía. Distingue en primer término, los vivos, los lentos, los ardientes; después como tipos mixtos, los vivo-ardientes, los lento-ardientes y los ponderados (1). Paulhan reduce la ley que explica la formación del carácter á una ley más general, la de la «asociación sistemática, es decir, la aptitud de cada elemento, deseo, idea ó imagen, á suscitar otros elementos que pueden asociarse á él para un fin común». Ha dado una descripción muy detallada de las formas múltiples que se encuentran en la vida corriente con un gran número de ejemplos en su apoyo. Fouilleé estudia separadamente los temperamentos y los caracteres y divide aquellos en tres categorías: los sensitivos, los intelectuales y los voluntarios con las subdivisiones (2).

Si tratamos ahora de volver á plantear la cuestión por nuestra cuenta y riesgo, la primera cosa que hay que hacer es determinar claramente las notas esenciales de una verdadera individualidad, de un verdadero carácter; lo cual nos permitirá eliminar inmediatamente lo que á esto se parezca sin serlo: las aparien cias, los simulacros, los fantasmas de individualidad.

Para constituir un carácter, son necesarias y suficientes dos condiciones: la unidad y la estabilidad.

La unidad consiste en una manera de obrar y de reobrar siempre de una manera constante consigo misma. En la individualidad verdadera, las tendencias son convergentes, ó á lo menos, hay una que domina á

(1) B. Pérez, *Le caractère de l'enfant à l'homme*, cap. I. Se pueden aproximar á esta clasificación objetiva, los trabajos de los grafólogos y de los que se han ocupado de la expresión de las emociones.

(2) Paulhan, *Les caractères* (1894). Fouillée; *Temperament et caractère selon les individus, les seres et les races* (1895). Estas dos obras han aparecido después de la publicación del presente capítulo en forma de artículo.

las otras. Si se considera al hombre como un conjunto de instintos, necesidades y deseos, forman un tejido tan estrecho, que obran en una dirección única.

La estabilidad no es más que la unidad constituída en el tiempo. Si no dura, esta cohesión de los deseos no vale nada para determinar un carácter. Es necesario que se mantenga ó se repita siempre la misma en idénticas ó análogas circunstancias. La nota propia de un verdadero carácter, es la de aparecer desde la infancia y durar toda la vida. Se sabe de antemano lo que hará ó no hará en circunstancias decisivas. Todo lo cual equivale á decir que un verdadero carácter es *innato*.

Se podría reprochar á esta definición lo de ser muy ideal. En verdad, los caracteres, de una sola pieza, son bastante raros; se encuentran, sin embargo, y es la noción consciente ú oscura de este tipo la que regula sus juicios. Hay una necesidad instintiva de unidad ideal en nuestra concepción psicológica, moral y estética del carácter. Nos disgusta observar un desacuerdo entre las creencias y los actos de un hombre. Nos disgusta que un bandido comprobado tenga algún aspecto bueno y que una persona muy buena tenga una debilidad. Sin embargo, ¿qué es lo más frecuente? En el teatro, en una novela, los personajes indecisos no nos cautivan. Es que la individualidad nos aparece como un organismo que debe ser regido por una lógica interior, siguiendo leyes inflexibles. Apuntamos de buen grado á cuenta de la duplicidad y de la hipocresía lo que con frecuencia no es más que un sencillo conflicto entre tendencias incoherentes; y no es uno de los más pequeños resultados prácticos de los trabajos contemporáneos sobre la personalidad, el de haber mostrado que su unidad no es apenas más que un ideal y que, sin caer en la disolución mental y en la locura, puede estar llena de contradicciones inconciliadas.

Hechas estas reservas, nuestra definición del carácter tiene la ventaja de suministrarnos un criterio que

simplifica singularmente nuestra tarea; pues es claro que, entre los innumerables individuos humanos, los hay — y son la mayoría — que no tienen ni unidad, ni estabilidad, ni sello personal que les sea propio. Este número inmenso de casos frustrados, los cuales separo de nuestro estudio, los divido en dos categorías: los llamo los *amorfos* y los *inestables.*

Los *amorfos* son innumerables. Entiendo por amorfos, los que no tienen forma que les sea propia; tales son los caracteres adquiridos. En ellos no hay nada de innato; nada que se parezca á una vocación; la naturaleza los ha hecho plásticos hasta el exceso. Son íntegramente el producto de las circunstancias, del medio de educación que han recibido de los hombres y de las cosas. Otro individuo, y á falta de este otro, el medio social quiere por ellos y obra por ellos. No son una voz, sino un eco. Son esto ó aquello, á voluntad de las circunstancias. El azar decide sobre su ocupación, sobre su matrimonio y sobre todo lo demás: una vez cogidos en el engranaje, obran como todo el mundo. No representan un carácter individual, sino específico, profesional; son las copias en número ilimitado de un original que ha existido otras veces.—Se ha dicho que es lo peculiar de la civilización el hacer amorfos, y gracias á ella pululan tanto. Esto no es verdad más que á medias. Es cierto que la cultura excesiva borra el relieve del carácter y que, elevando á los unos y rebajando á los otros tiende al nivelamiento universal. Pero no hay que olvidar que en el otro extremo de la vida social, en el estado de salvajismo, donde no existe más que la tribu, el clan con sus costumbres, sus maneras, ritos, tradiciones, que pesan sobre cada cual con tanto peso que no pueden ser ni discutidas, ni refrenadas; en donde es rechazada con horror toda innovación (lo que ha llamado Lombroso misoneismo), son también muy desfavorables las condiciones para el desenvolvimiento individual.—Parece, según la historia, que los períodos

más propios para la aparición de los verdaderos caracteres, son los tiempos de una semi-civilización, como los primeros siglos de la República romana y los de la Edad media; ó las épocas de perturbación como el Renacimiento italiano, y, en general, todos los tiempos de revoluciones.

Los *inestables* son los desperdicios y las escorias de la civilización, á la que se puede acusar con razón de multiplicarlos. Son la antítesis de nuestra definición, no teniendo ni unidad ni permanencia. Caprichosos, cambiando de un instante á otro, unas veces inertes y otras explosivos; inciertos y desproporcionados en sus reacciones, obrando de la misma manera en circunstancias diferentes y diferentemente en circunstancias idénticas; son la indeterminación absoluta. Formas morbosas, de grados diferentes, que expresan la imposibilidad de las tendencias y de los deseos para alcanzar la cohesión, la convergencia, la unidad. Insistiremos sobre esto en el capítulo siguiente.

Excluídas estas dos categorías, los unos porque son un simple producto de su medio, los otros porque no son más que un tejido incoherente de impulsos casi impersonales, quedan los caracteres que existen por sí mismos y que es necesario intentar clasificar. Como toda buena clasificación, ésta debe hacerse sistemáticamente, es decir, descendiendo paso á paso de lo general á lo particular. Debe determinar los géneros, las especies, las variedades, y llegar de este modo hasta el individuo. El principal defecto de la doctrina de los cuatro temperamentos (adaptada á la psicología como antes hemos visto) es el de ser demasiado general; queda suspensa en el aire, sin intermediarios, sin términos medios, que la lleven hasta el individuo. Pone los géneros y nada más. Por otra parte, algunos autores parecen haber visto esta laguna, puesto que han descrito los caracteres mixtos; pero se está lejos de llegar á un acuerdo sobre su naturaleza y número.

El ensayo de clasificación que sigue recorre cuatro grados de determinación creciente y de generalidad decreciente. En el primer grado, las condiciones son las más generales, simples cuadros casi vacíos que no coponden á ningunarealidad concreta, análogos á los «géneros» en zoología y en botánica. En el segundo grado (análogo á las especies) los tipos fundamentales del carácter, formas *puras*, pero reales esta vez y que por consecuencia las justifica y las comprueba la observación. En el tercer grado, las formas mixtas ó compuestas, análogas á las variedades, menos claramente delineadas que las precedentes. En el cuarto grado, los sustitutos, ó equivalentes del carácter (se podría llamarlos también caracteres *parciales*), que se apartan cada vez más del tipo puro, pero que se encuentran en mucha gentes.

II

Comencemos por establecer las condiciones más generales de la determinación de los caracteres, las grandes líneas de orientación, los rasgos dominantes que imprimen una marca clara y decisiva.

La vida psíquica, considerada en su más alta generalidad, se reduce á dos manifestaciones fundamentales; sentir y obrar; tenemos en primer término, dos grandes divisiones, los sensitivos y los activos.

1.° Los *sensitivos*, á los cuales se les podría llamar también los afectivos, los emocionales, tienen por nota propia el predominio exclusivo de la sensibilidad. Impresionables hasta el exceso, se asemejan á instrumentos en vibración perpetua y viven, sobre todo, interiormente. Las bases fisiológicas de esta clase de carácter no son fáciles de enumerar; pero si se admite (lo cual nos parece incontestable) que las sensaciones internas orgánicas de la vida vegetativa son la fuente principal del desenvolvimiento afectivo, como las sensaciones ex-

ternas son la fuente del desenvolvimiento intelectual, es necesario admitir aquí un rompimiento del equilibrio en favor de las primeras. Se traduce por una extrema sensibilidad del sistema nervioso á las impresiones agradables ó desagradables. En general, esta clase comprende sobre todo á los pesimistas; porque una experiencia tan antigua como el mundo prueba que los sensitivos sufren más con una pequeña desgracia de lo que gozan con una gran felicidad. Inquietos, medrosos, tímidos, meditabundos, contemplativos; tales son los términos vagos con que se les puede caracterizar, por el momento, sin salir de las generalidades.

2.° Los *activos* tienen por nota dominante la tendencia natural y sin cesar renaciente para la acción. Se asemejan á máquinas siempre en movimiento, y viven sobre todo exteriormente. La base fisiológica de esta clase de caracteres consiste en un rico fondo de energía, una superabundancia de vida,—lo que Bain llama la espontaneidad,—muy diferente de la reacción intermitente y explosiva de los inestables, y que se reduce en suma á buen estado de nutrición. Tomados en conjunto y bajo su forma más pura, son optimistas; porque sienten tener bastante fuerza para luchar contra los obstáculos y vencerlos, y porque tienen placer en la lucha. Alegres, emprendedores, atrevidos, audaces, temerarios: tales son sus principales notas.

H. Schneider, en un interesante artículo de psicología zoológica (1) ha tratado de demostrar que todos los movimientos especiales que se producen en los animales superiores no son más que diferenciaciones de dos movimientos sencillos y primitivos: la contracción y la expansión. La tendencia á la contracción es la fuente de todos los impulsos y reacciones, comprendiendo el vuelo, por los cuales el animal obra en el sentido de su conservación. La tendencia á la expansión se

(1) *Vierteljahrsschrift fur wissensch. Philosophie*, t. III.

traduce por impulsos é instintos de forma agresiva: nutrirse, combatirse, apoderarse de una hembra, etc. La antítesis entre los sensitivos y los activos se reduce también á este contraste fundamental entre la contracción y la expansión, entre la tendencia á la vida interior de los unos y á la vida exterior de los otros.

3.° La reducción á esas dos grandes clases que preceden no basta. Sin duda, ateniéndose sólo á una construcción teórica, no hay nada más que obrar y sentir; pero la observación nos muestra que es necesario establecer una tercera clase: la de los *apáticos*, que corresponde poco más ó menos al temperamento linfático de la fisiología. Sus caracteres generales son bastante claros: consisten en un estado de atonía, en un debilitamiento del sentir y del obrar, por bajo del nivel medio. Las otras dos clases son positivas, ésta negativa; pero muy real. Los caracteres apáticos no deben confundirse con los amorfos: los primeros son innatos, los segundos adquiridos; bajo su forma pura el apático tiene por nota propia la inercia. No es plástico como el amorfo; no se deja influir. No llega á sentirse capaz para obrar. No es ni optimista ni pesimista, sino indiferente. Perezoso, adormilado, inerte, indiferente; tales son los epítetos que lo caracterizan en su generalidad. Este carácter tiene por base fisiológica la constitución linfática á menudo descrita: debilitamiento del *tono* nervioso (Henle), aumento de la circulación linfática, según unos; debilidad de la circulación sanguínea, según otros. Sin embargo, no hay que creer que no son más que una tierra ingrata sobre la cual no brota nada. Añadid aquí un tercer elemento eliminado hasta ahora con intención—la inteligencia,— y el carácter apático toma relieve, como veremos en lo que sigue.

En esta determinación de los géneros, reducidas á su más alto grado de generalidad las clases fundamentales, ¿es necesario admitir una cuarta clase, la de los *equilibrados*? Se podría decir: predominio del sentir,

predominio del obrar, atonía del uno y del otro; esto pide un complemento, á saber: un estado de perfecto equilibrio entre la sensibilidad y la acción. Este tipo existe; pero niego que tenga su sitio en una determinación primordial. Esta es una forma mixta, compuesta, y por consecuencia su estudio debe ser aplazado. Por otra parte, no hay necesidad de formarse ilusiones; todo carácter es una hipertrofia ó una atrofia; el carácter «perfectamente equilibrado» es un ideal análogo al *temperamentum temperatum* de los fisiólogos, ó bien se aproxima á los amorfos.

III

Salgamos de esta clasificación muy general para entrar en nuestra determinación de segundo grado. Pasemos de los géneros á las especies. Aquí entra en escena un nuevo factor: las disposiciones intelectuales.

El término sentir (comparado al inglés *feeling*) se aplica á dos grupos distintos de manifestaciones psíquicas, confundidas en su origen: los estados afectivos y los estados representativos. Hasta ahora, al emplear este término no se ha tenido en cuenta nada más que dos estados afectivos, porque son primitivos únicamente con los movimientos en la constitución del carácter. Forman la capa profunda, de primera aparición; las disposiciones intelectuales forman una segunda capa superpuesta. Lo que es fundamental en el carácter son los instintos, tendencias, impulsos, deseos, sentimientos: todo esto y nada más que esto. Este es un hecho de una observación tan sencilla y tan evidente, que no habría lugar de insistir, si la mayor parte de los psicólogos no hubieran embrollado esta cuestión con sus incurables prejuicios intelectualistas, es decir, con su esfuerzo á reducirlo todo á la inteligencia, á explicarlo todo por ella, á ponerla como el tipo irreductible de la vida mental. Tesis insostenible; pues así como fisiológica-

mente la vida vegetativa precede á la vida animal que se apoya en ella, psicológicamente, la vida afectiva precede á la vida intelectual y sobre ella descansa. El fondo de todo animal es el «apetito» en el sentido de Espinosa, la «voluntad» en el sentido de Schopenhauer, es decir el sentir y el obrar, no el pensar. No quiero insistir sobre este punto que exigiría mucho desarrollo: me abstengo, no por penuria, sino por superabundancia de pruebas (1).

Quedemos estrictamente en nuestro asunto limitándonos á algunas observaciones decisivas. El carácter que expresa al individuo en lo que tiene de más íntimo, no puede componerse más que de elementos esencialmente subjetivos y esto no es en las cualidades intelectuales donde hay necesidad de buscarlo; puesto que la inteligencia en su evolución ascendente de las sensaciones á las percepciones, á las imágenes, á los conceptos, tiende cada vez más hacia lo impersonal.

Se podría, además, probar con numerosos ejemplos que el desenvolvimiento excesivo de la inteligencia lleva consigo frecuentemente una atrofia del carácter, lo que establece claramente su independencia. Los grandes manejadores de abstracciones, confinadas en la especulación pura, tienden á reducir su vida ordinaria á una rutina monotona, donde la emoción, la pasión, lo imprevisto en la acción son excluídos todo lo posible (Kant, Newton, Gauss y muchos otros). Schopenhauer tiene razón al decir que muchos hombres de genio son «monstruos por exceso», es decir, por hipertrofia de las facultades intelectuales. «Si el hombre normal, dice, está formado de $^{2}/_{3}$ de voluntad y de $^{1}/_{3}$ de intelecto, el hombre de genio tiene $^{2}/_{3}$ de intelecto y $^{1}/_{3}$ de volun-

(1) Remito al lector el brillante capítulo de Schopenhauer, titulado: «Del primado de la voluntad», recordando que «voluntad» significa en él tendencia, sentimiento (*Le monde comme volonté etc.* Supplement au liv. II, cap. XIX.) Insistiremos sobre este punto en la CONCLUSIÓN de esta obra.

tad (1).» Hay en esto excepciones; ya se sabe. Estas prueban, no que el desenvolvimiento de la inteligencia favorezca el del carácter, sino que, *en algunos*, no lo entorpece. ¿No es tambien de observación corriente que estos dos factores, el carácter y la inteligencia, están con frecuencia en desacuerdo? Se piensa de una manera y se obra de otra, se escriben muchos tratados de moral y no se practican, se predica la acción y se permaneee muy tranquilo, se tiene el corazón muy tierno y se sueña con planes de destrucción universal (2).

La inteligencia no es, pues, un elemento fundamental del carácter: es la luz, no es la vida, ni por consecuencia la acción. El carácter tiene sus raíces en lo inconsciente, lo cual quiere decir en el organismo individual; esto es lo que lo hace tan difícil de penetrar y de modificar. Las disposiciones intelectuales no pueden obrar más que *indirectamente* en su constitución. Queda por ver mediante qué mecanismo.

Se sabe que las diferentes emociones (miedo, cólera, amor, desprecio, etc.), se traducen por ciertos movimientos espontáneos y aptitudes del cuerpo que constituyen su expresión natural. La emoción es la causa, los movimientos son el efecto. Se sabe, al menos, que los movimientos y aptitudes del cuerpo producidos artificialmente, pueden suscitar, en algunos casos y en grado más débil, las emociones correspondientes. Guardad por algún tiempo la postura de la tristeza y sentiréis que os invade. Mezcláos con una sociedad alegre, regulad conforme á ella vuestra conducta exterior y despertaréis en vosotros una alegría fugitiva. Colocad á los hipnotizados su brazo en actitud de amenaza, con el puño cerrado; la expresión se completa espontáneamente en los rasgos de la cara y en el resto del cuerpo: otro tanto

(1) *Op. cit.*, Supplement al liv. III, cap. XXXI.

(2) ¿Es necesario recordar los casos tan frecuentemente citados de Francisco Bacon, de d'Alembert, etc.? Sobre este punto, véase el artículo del Dr. Le Bon, *Revue philos.*, t. IV, p. 496.

pasa con la expresión del amor, de la súplica, del desprecio. Aquí el movimiento es la causa y la emoción el efecto. Los dos casos se pueden reducir á una fórmula única. Hay, entre tales movimientos y tal emoción, una asociación indisoluble. La emoción suscita los movimientos; los movimientos suscitan la emoción; pero con esta diferencia muy importante: que los movimientos no son siempre capaces de suscitar la emoción, y cuando lo consiguen, no suscitan más que estados débiles, inestables. En una palabra, la acción de fuera á dentro es siempre inferior á la acción de dentro á fuera.

Esta es, exactamente, la misma ley psicológica que rige las relaciones entre las disposiciones afectivas y las disposiciones intelectuales, en las manifestaciones del carácter.

Llamamos acción de abajo á arriba la de los sentimientos sobre las ideas, y acción de arriba á abajo la de las ideas sobre los sentimientos (por pura metáfora y sólo para entendernos).

La acción de abajo á arriba es sólida, tenaz, enérgica, eficaz: tiene su fuerza en sí misma; la saca del fondo inconsciente; es decir, de la organización. Al llegar á la conciencia no gana más que la luz. Así, un malestar del organismo, vago al principio, se afirma en la conciencia como hambre, y puede conducir al robo, al asesinato, á todos los excesos. Otro estado del organismo se traduce al principio por deseos flotantes, indecisos; después se afirma como amor hacia un sér determinado y puede estallar como una tormenta. Es superfluo pasar revista á todas las pasiones haciendo las mismas notas. Complejas ó simples, tienen la misma evolución. Las vocaciones morales, religiosas, estéticas, tienen sus períodos de incubación, de revelación y de acción. La frase de Corregio delante del cuadro de un maestro, verdadera ó falsa históricamente, es verdadera psicológicamente.

Por el contrario, la acción de arriba á abajo es inestable, vacilante, variable, débil, de dudosa eficacia. No tiene más que una fuerza prestada, extrínseca. El problema psicológico (pedagógico con frecuencia) que se presenta es éste: suscitar los estados intelectuales, ideas-imágenes, para que susciten por contragolpe los sentimientos correspondientes, si pueden. La acción es mediata, indirecta. Y de aquí muchas caídas y débiles resultados. Esta es una sensibilidad completamente intelectual y ¿quién no sabe que las pasiones intelectuales son fantasmas que una pasión verdadera hace desaparecer de un soplo?

Para concluir, la acción de las emociones sobre los movimientos se parece á la de los sentimientos sobre las ideas; la acción de los movimientos sobre las emociones se parece á la de las ideas sobre los sentimientos.

Después de haber establecido así, sumariamente, el papel secundario y superficial de la inteligencia en la formación del carácter, volvamos á nuestra clasificación. Estamos ahora frente á individuos reales, dotados con dosis desiguales de energía, de sensibilidad, de inteligencia. Tomemos una después de otra nuestras tres grandes divisiones, que no son hasta ahora más que cuadros vacíos, para llenarlos.

I. *Los Sensitivos.*—Distingo en este género tres especies principales que van á ser descritas, yendo de lo simple á lo complejo; por consecuencia apartándonos cada vez más del tipo para acercarnos á los caracteres mixtos.

1.º La primera especie no puede fijarse con ningún nombre propio; es la de los humildes. Sensibilidad excesiva, inteligencia limitada ó mediocre, energía nula: tales son sus elementos constitutivos. Todo el mundo los conoce, pues se encuentran fácilmente. Su nota dominante es la timidez, el recelo y todos los modos de sentir que paralizan. Como la liebre de La Fontaine,

viven en perpetua inquietud. Temen por ellos, por su familia, por su puesto humilde ó por su pequeño comercio, por el presente y por el porvenir. Se preocupan de la opinión de todo el mundo, aun de la de los desconocidos que no ven más que al paso. Tiemblan por su salud en la otra vida y en esta, se consideran como nada en el organismo social, que pesa sobre ellos con todo su poder, y el cual no comprenden con frecuencia. La más pequeña contrariedad los quebranta profundamente porque tienen la conciencia de ser débiles, sin resolución para la acción, sin espíritu de iniciativa. No hay nadie que no pueda poner nombres por bajo de este retrato; pero yo no puedo dar ningún nombre propio precisamente porque son humildes. Elimino de este estudio los casos patológicos; pero he de notar á título de aclaración que muchos hipocondriacos pertenecen á este tipo y nos lo muestran abultado.

2.º La segunda especie es la de los *contemplativos*, que se distinguen de los precedentes por un desarrollo intelectual muy superior; de suerte que sus elementos constitutivos pueden enumerarse en el orden siguiente: sensibilidad muy viva, inteligencia aguda y penetrante, actividad nula.

Agrupo bajo esta dominación variedades bastante numerosas, pero que se asemejan todas porque tienen en común las tres notas precitadas:

Los indecisos como Hamlet que sienten mucho, piensan mucho y no pueden pasar á la acción.

Algunos místicos (no los grandes, aquéllos que han sido activos, y de que hablaremos después), sino los puros adeptos de la vida interior que se encuentran en todas las épocas y en todos los países (yoghis de la India, sufis persas, therapeutas, monjes de todas las creencias), sumidos en la visión beatífica, no habiendo escrito nada ni fundado nada; que han pasado el tiempo siguiendo su ensueño, sin dejar rastro de sí.

Los analistas, en sentido puramente subjetivo, es de-

cir, aquellos que se analizan á sí mismos asidua y minuciosamente; que redactan su «diario», anotando hora por hora los pequeños cambios de su vida interna, sus variantes de humor á capricho de los influjos atmosféricos. Tales son, Maine de Biran entre los psicólogos, Alfieri entre los poetas. Por lo demás ¿para qué citar nombres puesto que esta manía de análisis personal ha llegado á ser en nuestros días una enfermedad, bajo el influjo de una excitación nerviosa excesiva, del refinamiento intelectual y del enervamiento de la voluntad? Notad que estos sensitivos son casi todos pesimistas.

3.° Queda la tercer especie que llamo de los *emocionales* en sentido restringido; no en el amplio sentido de Bain, que hace también una clase de ellos. En esta, la categoría de los sensitivos alcanza su apogeo; es rica en grandes nombres. A la impresionabilidad extrema y á la sutilidad intelectual de los contemplativos se añade la actividad. Pero su actividad tiene un sello especial; es intermitente y á veces espasmódica; procede de una emoción intensa, no de un fondo estable de energía. «La indolencia, dice Bain, es la disposición del carácter puramente emocional (1).» Nada mas exacto con una apariencia paradógica. No obran más que bajo el impulso momentáneo de motivos poderosos, después caen en la inacción que es su naturaleza esencial: alternativa de energía impetuosa y de debilidades bruscas.

A este grupo pertenecen muchos grandes artistas, poetas, músicos, pintores; capaces de actividad febril cuando la inspiración, es decir, cuando un empuje insconsciente los sostiene; después atraviesan períodos de agotamiento y de marasmo. Citamos al azar J.-P. Richter. Mozart, J. J. Rousseau. Este último entra ya en la patología, como lo han demostrado numerosos trabajos. Lo mismo se nota en algunos oradores, los que lo

(1) *Op. cit.*, p. 214.

son por «temperamento». No es más que en ciertos días cuando ellos se presentan en toda su grandeza; cuando tienen que defender una causa que les llega al corazón ó hay que aniquilar ó los enemigos.

II. *Los activos.*—Divido esta clase en dos especies, según que la inteligencia es mediana ó poderosa.

1.° La especie de *activos mediocres* nos hace ver mejor los rasgos distintivos de esta forma del carácter y en qué difiere de los sensitivos. «El hombre activo trabaja mejor (que el sensitivo) porque puede cumplir tareas fastidiosas mientras que el otro descuida todo lo que no tiene un interés intenso y sostenido. El uno puede pasearse únicamente para conservar su salud; el otro no puede salir sin una escopeta, instrumentos de pesca, un compañero, ó para ver algo (1).» Los activos son máquinas sólidas, bien dotadas de fuerza viva y todavía más de energía potencial. Considerad un pequeño comerciante, sin espíritu, sin cultura, que pertenezca á este tipo: se gasta en idas y venidas, ofertas de servicio, habladurías sin tregua ni fin; no es solamente el cebo de la ganancia el que lo sostiene; es su naturaleza la que le empuja; es *necesario* que obre. Poned un sensitivo en su lugar, no hará más que lo estrictamente necesario ó lo que le interese.

Pertenecen á este primer grupo todos aquellos que tienen un rico fondo de energía física con necesidad de gastarla: los *sportmen*, los que aman la vida de aventuras, sin otro fin que el de obrar; esos viajeros que recorren el mundo á toda máquina, sin razón de instrucción ó de negocios, sin estudiar nada el país que recorren, ni antes, ni durante, ni después, deseosos de acabar, para comenzar de nuevo. Agreguemos los batalladores sin malicia, pero inclinados á ello con todas sus fuerzas. En el tiempo de los ejércitos de mercena-

(1) Bain, *ibid*, pág. 214.

rios debieron reclutarse casi por entero entre las gentes de este grupo.

2.° Tomemos ahora los *condottieri* vulgares, los que tenían á sueldo por millares las repúblicas italianas, hermosos tipos de energía física y de actividad sin espíritu. Sobre este fondo macizo arrojad una inteligencia poderosa, penetrante, flexible, refinada, sin escrúpulos, que rompe con la diplomacia, y el *condottiere* vulgar llega á ser César Borgia, y pasamos así de la forma inferior del carácter activo á su forma superior.

Estos, los *grandes activos*, abundan en la historia y juegan en ella los primeros papeles. Desgraciadamente, entre ellos y las formas mixtas que encontramos más lejos, es tan vaga la línea de separación, que dudo en citar nombres. Julio César parece que pertenece á este tipo puro: el verso de Lucano, «*Nihil actum reputans si quid superesset agendum*» es la fórmula completa de un activo. Nada indica una viva sensibilidad ni en su vida ni en su estilo, á menos que se quieran invocar algunas pasiones conocidas y sus crisis epilépticas, lo cual no prueba nada.—Citemos también los *Conquistadores* del siglo XVI, aquellos capitanes españoles (Hernán Cortés, Pizarro) cuyas expediciones parecen novelas, que con un puñado de hombres atrevidos como ellos, derriban los grandes imperios de México y del Perú y aparecen como dioses ante los vencidos.

III. *Los Apáticos* (linfáticos ó flemáticos, según la clasificación ordinaria de los temperamentos).—Empleo esta palabra en su sentido etimológico, para designar no una ausencia completa de sensibilidad, lo cual es imposible, sino un debil grado de excitabilidad y, por consecuencia, de reacción. Se estaría dispuesto á creer que esta clase de caracteres no sobresale nunca de la medianía; pero la experiencia nos muestra lo contrario. La inteligencia desempeña aquí un papel soberano. En el silencio de las pasiones y en la ausencia de

la actividad fisiológica, encuentra un terreno favorable á su desenvolvimiento.

En ninguna parte se ve mejor el influjo de las disposiciones intelectuales en la constitución del carácter y los límites exactos que la naturaleza les impone.

Distingo aún dos especies en esta clase:

1.ª La primera especie es el tipo apático puro: poca sensibilidad, poca actividad, poca inteligencia. Este es un estado negativo. Nada hay que añadir á lo que ya se ha dicho. Están á la vez por encima y por debajo de los amorfos: por encima, porque tienen su carácter propio: su sello indeleble—la inercia—que los amorfos no lo tienen; por bajo, porque oponen una resistencia pasiva á los influjos exteriores; poco educables, poco sugestionables, nada plásticos, incapaces igualmente para el bien y para el mal.

2.ª Con una inteligencia poderosa cambia todo; pero debemos distinguir dos casos, según que las disposiciones intelectuales son especulativas ó prácticas.

El primer caso está fuera de nuestro asunto. Si un temperamento linfático coexiste con una alta inteligencia especulativa—lo cual se encuentra en gran número de matemáticos, metafísicos, sabios—no tenemos frente á nosotros más que inteligencias puras, estos son los *monstra per excessum*, de Schopenhauer y no tenemos nada que decir de su carácter.

El segundo caso (inteligencia práctica), merece atención porque nos muestra una forma de carácter muy especial, la que resulta de la acción de alto á abajo, del influjo de las ideas sobre los sentimientos y los movimientos. Llamo á este grupo de caracteres, el de los *calculadores*. Las ideas son el primer motor, aunque falta la espontaneidad; las tendencias no son suscitadas más que indirectamente; la voluntad no es un *laisser faire*, sino una alternativa de esfuerzo y de inhibición:—de esfuerzo, porque el poder motor de las ideas es siem-

pre muy débil comparado con el de los deseos;—de inhibición, no porque haya movimientos violentos que refrenar, sino porque la reflexión domina y no permite obrar más que á su tiempo y lugar. Podrían llamarse también estos caracteres *razonables*, pues son una obra del arte más todavía que de la naturaleza. Si este capítulo no estuviera consagrado exclusivamente á la psicología individual, haría notar que esta forma de carácter ha predominado en ciertas razas, en ciertos pueblos y en ciertas épocas.

Benjamin Franklin es de esto un hermoso ejemplo; este es «el genio del cálculo prudente». Que se lea su carta á Priestley titulada: «Algebra moral ó manera de resolver por sí mismo las cuestiones dudosas (1).» Las razones en *pro* y en *contra* se inscriben las unas frente á las otras, á diario, después de reflexionar durante un tiempo suficiente, á veces largo; después se comparan, se compensan, se equilibran: acabada la operación aritmética, se pasa á la acción.

Entre los grandes hombres de la historia que tienen este sello, citemos: Guillermo el Taciturno, nuestro rey Luis XI, tan poco caballeresco para su época; Felipe II, que no interrumpía sus rezos al saber la victoria de Lepanto, y confinado en la alcoba fría y desnuda, que todavía se ve en el Escorial, urdía las tramas en que envolvía los dos mundos.

En una escena más modesta, el mismo carácter tienen los especuladores fríos, tenaces, que no abandonan nada al capricho, á la imaginación, al azar; ni exaltados por los éxitos, ni abatidos por los reveses.

En resumen, las tres clases cuentan con grandes nombres. Los sensitivos célebres han obrado por la intensidad del sentimiento y su contagio. Los activos célebres, por el poder de su energía que se impone á los otros hombres. Los grandes calculadores por su poder

(1) Es reproducida en extenso por Bain, *La volonté*, cap. VII. p 4.

de reflexión que no deja nada á la probabilidad; son fuertes, porque son sabios; pero de una gloria empañada, sin prestigio, sin simpatía. Son, sin embargo, caracteres *verdaderos* porque tienen una manera de reobrar que les es propia, que procede de ellos mismos, no de fuera.

IV

No puedo entrar en mi determinación del tercer grado sin algunas notas precedentes. Pasamos de las especies á las variedades, de los caracteres relativamente sencillos á los caracteres compuestos. La doctrina de los temperamentos ensaya una determinación análoga cuando se empeña en la descripción de los temperamentos mixtos (linfático-sanguíneo, nervioso-sanguíneo, etc.), que ha despertado muchas discusiones. En lugar de una sola nota dominante, la sensibilidad, la energía ó la reflexión, tenemos *dos* yusta-puestas y coexistentes, ya armónicas, ya contrarias. Nos apartamos de la unidad. Los que tratan esta cuestión como lógicos razonan sobre puros conceptos, se dice: hay aquí modos de ser que se excluyen; no se puede, por ejemplo, ser á la vez apático y activo; las formas mixtas se deben rechazar. Nos guardaremos bien de escucharlos. Se trata de observar, no de razonar. Los caracteres mixtos, contradictorios ó no, ¿se dan en la experiencia? He aquí toda la cuestión. Sin embargo, no es este el punto que me embaraza, sino la dificultad de establecer diferencias claras, sobre todo legítimas é incontestables entre el segundo y el tercer grado de determinación, entre las especies y las variedades del carácter. He hecho ya notar que las formas superiores de los sensitivos, de los activos, de los apáticos, conducen insensiblemente á los tipos mixtos.

Sin desconocer las objeciones posibles, propongo los siguientes grupos:

1.° Los *sensitivos-activos*.—Nada hay de contradictorio en esta forma del carácter. Una sensibilidad viva, sin exceso, sin hiperestesia morbosa, concíliase fácilmente con un temperamento activo, enérgico, porque hay un lazo natural entre el sentir y el obrar. Estos caracteres resultan de una síntesis del tipo sensitivo y del tipo activo, teniendo las cualidades de los dos, á lo menos aquellas que no se excluyen. En suma, en sus más brillantes representantes, nos parece una de las más ricas, de las más armoniosas variedades del carácter.

La encuentro en su último grado en aquellos que, sin gran alcance intelectual, llevan la vida de placer, que es una necesidad puramente egoísta de alegría y de acción. Estos son los ejemplares descoloridos y sin originalidad del carácter sensitivo-activo; no es siempre fácil distinguirlos de los amorfos por una parte y de los inestables por otra.

Más arriba, los mártires y los héroes *fogosos*, que tienen necesidad de obrar, de consagrarse, de sacrificarse por su patria ó por su fe; los grandes místicos fundadores ó reformadores (Santa Teresa, San Francisco de Asís); los grandes predicadores religiosos (Pedro el Ermitaño, Lutero); los hombres de una caridad que los devora (San Vicente de Paul); en resumen, todos aquellos que, en el sentido amplio de la palabra, se llaman apóstoles.

Los hombres de guerra como Alejandro y Napoleón; muchos de los grandes revolucionarios (Danton); los poetas como Lord Byron; los artistas como Benvenuto Cellini y Miguel Angel.

No cito más que nombres muy conocidos y suficientes para fijar las ideas.

2.° Los *apáticos-activos*.—Esta variedad se aproxima mucho á la especie descrita bajo el nombre de «calculadores». Me parece, sin embargo, más compleja por la adición de una cierta cantidad de sentimiento ó de

pasión que les permite obrar, más bien bajo la forma defensiva que bajo la forma ofensiva. El elemento dominante es la idea que da á este carácter una fijeza inquebrantable y que somete su sensibilidad, bastante débil, á su poder soberano. Este es el *temperamento moral* por excelencia, pero de una moralidad fría, constituída en hábito, que inspira más bien respeto que simpatía. El ideal moral, que es la base y el sostén de esta forma de carácter, puede ser verdadero ó falso; varía según los lugares y los tiempos (salud pública, utilidad general, creencia en uno ó en otro dogma religioso, deber abstracto, imperativo categórico).

Se encuentra entre los mártires y los héroes *pasivos* que no corren á ponerse ante el peligro y que no solicitan el suplicio ó la muerte; que sin entusiasmos pero sin miedo y sin retroceder, cumplen con su deber hasta el fin.

El lenguaje corriente los llama estoicos. Agregamos á estos los fanáticos fríos, los jansenistas, etc.

3.° Los *apáticos-sensitivos*.—Síntesis contradictoria que, sin embargo, existe. Es preciso reconocer que si «carácter» significa sello esencial, fundamental, invariable, esta variedad es menos normal que semi-patológica. La reduzco á esta fórmula: atonía é instabilidad. Se encuentran (esto no es un retrato de fantasía, sino conforme á la naturaleza) gentes de temperamento linfático, que pasan sus días en la inacción, en el reposo, adormecidas, y que una circunstancia repentina los pone en acción y se entregan á ella tan febrilmente como los sensitivos; pero no sucede más que como episodios. Alguno, que he conocido sedentario, teniendo horror á la locomoción y al cambio, ha partido bruscamente para la Australia, fascinado con proyectos arriesgados y ha vuelto prontamente jurando que no lo volvería á hacer. Esta variedad tiene por nota dominante la apatía, pero se aproxima á los inestables.

4.° Si se admite el carácter *equilibrado*, es aquí

donde encuentra su puesto. ¿Hay necesidad de admitirlo? ¿No es esto un puro ideal? Concediendo, sin embargo, que se encuentren realmente gentes en los que el sentir, el pensar y el obrar están en proporción rigurosamente equivalentes, no es esto la supresión misma del carácter, es decir, del sello individual. Este perfecto equilibrio es un favor de la naturaleza y una prenda de felicidad. Sin duda, pero la constitución de un carácter reclama otra cosa. Pudiera decirse que los *equilibrados* entran en nuestra definición del carácter con sus dos condiciones fundamentales, unidad y estabilidad; que tienen una manera de obrar y de reobrar que les es propia, siempre constante consigo misma, y que puede ser prevista: pero es necesario saber si su iniciativa no viene más bien de las circuntancias que de ellos mismos, y si su personalidad no es principalmente una adaptación.

No quiero insistir sobre un problema ambiguo que llegaría á ser una discusión de palabras. En todo caso, esta es una forma fugaz, indecisa, sin relieve, que confina con los amorfos.

No encuentro nombres notables que colocar bajo este epígrafe. Se ha citado frecuentemente á Göethe como un bello ejemplo de ponderación y de equilibrio; ¿pero éste era un genio ó un carácter?

V

Apartándonos más y más de las formas sencillas, puras, bien recortadas, llegamos á un último grupo que he llamado los *sustitutos*, que reemplazan ó equivalen al carácter. La denominación más corta y más conveniente me parece la de caracteres *parciales*. Su fórmula es esta: un amorfo, *más* una disposición intelectual ó una tendencia afectiva muy preponderante. El carácter completo expresa al individuo por entero; el sensitivo, el activo, el apático, son sensibilidad, energía, apatía

hasta la médula; todas sus reacciones ó no-reacciones lo atestiguan. El carácter parcial no obra más que sobre un punto; pero sobre este punto único la reacción es enérgica, invariable, constante consigo misma, prevista. Para todo lo demás, siente, piensa y obra como todo el mundo. Este es un imitador, una copia, un impersonal, un producto de su educación y de su medio. Esta manera de ser da lugar al carácter de muchas gentes, y parece un carácter de muchos.

Los caracteres parciales que resultan de disposiciones intelectuales son los más sencillos. Supongamos una aptitud innata para las matemáticas, las artes mecánicas, la música, la pintura, etc.; esta tiende á desenvolverse, á disimular todo lo demás, á llegar á ser el sello del individuo entero y á dar la ilusión de un carácter que no existe, es decir, que es impersonal. El lenguaje corriente designa esta hipertrofia con una palabra tomada á los fisiólogos: «tiene tal protuberancia.»

Los caracteres parciales de forma afectiva consisten en el predominio exclusivo de una pasión (amor sexual, juego, avaricia, etc.). Todo lo que le aviva más ó menos suscita una reacción ordinaria ó de indiferencia. Notemos que esta forma de carácter parcial tiene poca estabilidad, porque está en la naturaleza de la pasión extenderse, invadir poco á poco al individuo y hacerle sufrir una trasformación patológica.

En fin, como la naturaleza es fecunda en combinaciones y es preciso cuidar de no olvidar ninguna, se encuentran formas compuestas: un carácter amorfo *más* una disposición intelectual y una pasión.

Por incompleta que sea la clasificación que acaba de exponerse, ha podido parecer minuciosa. No tengo para qué excusarme; mi fin era seguir el método natural: distinguir bien los elementos dominantes de los elementos subordinados, descender de lo general á lo particular por una filiación no interrumpida y por la adi-

ción de nuevas notas. ¿Es esto práctico? ¿Puede servir para orientarse en medio de las manifestaciones múltiples del carácter? Si nó, debe rechazarse.

Lo que resulta á lo menos de esta clasificación, es: que son muy diversas y heterogéneas estas modalidades individuales que se designan bajo el nombre colectivo de carácter. La unidad de la palabra disimula la multiplicidad de los casos. Esto nos permite responder, para terminar una cuestión muy importante desde el punto de vista práctico y frecuentemente discutida: ¿Es inmutable el carácter?

Se han dado dos respuestas contrarias, igualmente radicales.

Para los unos el carácter es adquirido; por consecuencia indefinidamente trasformable por una cultura apropiada. Esta es la teoría de la *tabla rasa*, trasportada del dominio de las sensaciones al de las tendencias y de los sentimientos. Se encuentra en algunos filósofos del siglo XVIII, é implícitamente en todos aquellos que tienen una fe ciega en la omnipotencia de la educación.

Para los otros, el carácter es innato, inmutable, y no puede trasformarse. Todo lo que es adquirido es un vestido prestado, una corteza superficial y frágil que cae al menor choque. A través de un gran lujo de distinciones metafísicas, Schopenhauer ha sostenido esta tesis con mucho numen y mucho vigor.

El problema parece reducido á este dilema, innato ó adquirido. Por mi parte no puedo aceptarlo bajo esa forma; es más complejo. El carácter es una entidad; no existen *más* que caracteres. A este término equívoco que no tiene más que una unidad abstracta y facticia, sustituímos la multiplicidad de las especies y de las variedades antes descritas y aún olvidadas. Pongamos en un extremo las formas puras, claras, que he llamado los tipos puros. Nada los modifica, nada los desvía; buenos ó malos, son sólidos como el diamante. Ponga-

mos en otro extremo los amorfos; son, por definición, la plasticidad encarnada. Entre estos dos extremos, dispongamos en série todos los modos del carácter, en forma de poder pasar por una transición insensible de uno al otro extremo. Es claro que á medida que se descienda hacia los amorfos, el individuo deviene menos refractario á los influjos de su medio, y que la parte de carácter adquirido aumenta en la misma proporción. Lo cual equivale á decir que los *verdaderos* caracteres no cambian.

CAPÍTULO XIII

LOS CARACTERES ANORMALES Y MORBOSOS

Los caracteres normales ¿son todos equivalentes?—Ensayo de clasificación según su valor.—Marcas de los caracteres anormales: ausencia de unidad, imposibilidad de previsión.—Primera clase. Los caracteres contradictorios sucesivos: las anomalías, las conversiones; su mecanismo psicológico. Los caracteres alternantes. —Segunda clase. Los caracteres contradictorios coexistentes. Forma incompleta: contradicción entre los principios y las tendencias. Forma completa. Contradicción entre las tendencias.—Tercera clase. Los caracteres inestables. Sus condiciones fisiológicas y psicológicas. Infantilismo psicológico.

En las obras antes citadas (Pérez, 1892; Paulhan, 1894; Fouillée, 1895) y en el precedente capítulo, las diversas formas de carácter han sido clasificadas, descritas, llevadas á principios explicativos. A pesar de las divergencias de interpretación y de las diferencias de nomenclatura, hay tipos aceptados por todos; tales son los activos, los sensitivos y los apáticos. ¿Pero son estos equivalentes? Tal es la cuestión que primero se presenta como transición de los caracteres normales á los caracteres morbosos. Parece admitirse implícitamente que, teniendo cada tipo sus cualidades y sus defectos, sus ventajas y sus inconvenientes, deben ponerse al mismo nivel. El que se limite á clasificar y á describir puede detenerse aquí y no afrontar la dificultad. Pero desde que se entra en el terreno de los caracteres fran-

camente morbosos se es conducido á preguntar primeramente si los caracteres reputados normales, lo son todos en el mismo grado, ó si algunos, por su misma naturaleza, no están más cerca de las formas patológicas, más aptos para sufrir una metamórfosis regresiva: en otros términos, se trata de establecer no una clasificación, sino una gerarquía, una apreciación de valor muy discutible frecuentemente y difícil de fijar.

Un antropólogo ruso, N. Seeland, es el único, en lo que yo conozco, que ha tomado la cuestión por este aspecto. En verdad; los autores antiguos, clasifican los temperamentos y por consecuencia los caracteres, dividiéndolos en fuertes (colérico, melancólico) y débiles (sanguíneo, flemático). Esta división (aceptada recientemente por Wundt) no es en el fondo muy clara, y da lugar á muchas objeciones. Seeland, rompiendo con la tradición, abandona resueltamente la división cuatripartita: no considera «todos los temperamentos como teniendo el mismo valor; los unos se aproximan más á la idea de la perfección, los otros menos (1).» Su clasificación es pues de hecho una gerarquía y hé aquí en resumen la que él propone (2) comenzando por las formas más perfectas del carácter:

I.—Los temperamentos *fuertes* ó *positivos* comprenden:

1.° El temperamento *alegre*, que es un tipo del cual el «sanguíneo» de las divisiones clásicas no es más que una variedad: contiene tres especies principales: *a)* el sanguíneo fuerte: predominio de la vida vegetativa, reacciones rápidas, pero apropiadas, conformes á un fin, pero sin agitación; *b)* el sanguíneo menos fuerte: se

(1) «Se ha sostenido que cada uno de los temperamentos vale lo que otro, y que todos son igualmente necesarios para el progreso de la humanidad: yo no lo creo.»

(2) *Le tempérament au point de vue psychologique et anthropologique.* Memoria publicada en los *Bulletins du Congrés international d'anthropologie*, IV, 1892, St. Petersburgo, p. 91 á 154.

parece al precedente, con mezcla del temperamento nervioso; las reacciones tienen menos moderación y mesura: así son los franceses y los polacos; *c)* el temperamento sereno: está entre el sanguíneo fuerte y el flemático, reuniendo las ventajas de los dos.

2.° El temperamento *flemático*, en el que la calma no rebasa de la intensidad media y presenta una uniformidad singular: este es una masa que, en su movimiento, no se deja acelerar ni retardar; pero la calma no excluye la fuerza, sino que, al contrario, la supone. Como pueblos, los holandeses, los ingleses y los noruegos pertenecen á este tipo.

II.—Descenderemos á un grado más bajo con el temperamento *medio* ó *neutro* «desconocido en la ciencia, aunque sea el de la mayor parte de los hombres». Corresponde á los equilibrados de Paulhan y á aquellos que por otra parte hemos llamado los amorfos, porque no tienen una nota clara que les sea propia.

III.—Por último, descendemos todavía más con los temperamentos *débiles* ó *negativos:* «Su reacción puede ser lenta ó rápida; pero lo que los caracteriza es la irregularidad, lo superfluo y aun la perversidad de sus manifestaciones.» Tres variedades: *a)* el melancólico puro se distingue por la tristeza y la apatía sin síntomas nerviosos, á lo menos dominantes; *b)* el nervioso, versátil con alternativas de actividad normal ó abatimiento y excitación; *c)* el colérico, que no es un género, es bastante raro; se distingue por la irascibilidad y puede combinarse con el melancólico ó el sanguíneo menos fuerte; el sereno y el flemático lo excluyen.

En apoyo de esta clasificación sigue una larga información antropológica, expuesta en diez y seis cuadros. Se ha hecho sobre 160 hombres y 40 mujeres, pertenecientes á los cuatro tipos principales: alegre, flemático, neutro y melancólico; comprende investigaciones comparativas sobre la talla, la circunferencia

del tórax, del cuello, de los brazos, la capacidad pulmonar, la respiración, el pulso, la temperatura, la fuerza dinamométrica, los índices cefálicos, el estado de los sentidos, etc. Los resultados son decisivamente favorables para los temperamentos alegres y desfavorables para los melancólicos (véase particularmente la tabla V, p. 114), entre los cuales se observa menos fuerza y finura sensorial, salvo para la sensibilidad para el dolor. En cuanto á las mujeres, el grupo nervioso, que reemplaza al grupo melancólico de los hombres, es el único que ofrece anomalías.

En sus conclusiones, el autor combate «la tendencia arraigada de buscar la esencia de los temperamentos en los fenómenos de la circulación y en su satélite, el cambio material». Ocho soldados de buena presencia, de los que cuatro pertenecían al tipo alegre y cuatro al melancólico, fueron sometidos por él á una alimentación idéntica y rigurosamente vigilados durante tres días; el resultado del análisis del peso, de las secreciones y excreciones «no mostró que el cambio material de los sanguíneos fuese más intenso que el de sus compañeros melancólicos». Un experimento tan breve y tan limitado ¿prueba algo?

Sea de esto lo que quiera y rechazando la teoría química, Seeland prefiere una explicación física. Para él, «el tejido nervioso, además de su actividad general, posee una vida elemental que es la base del temperamento y del carácter». Todo depende de la manera con que el sistema nervioso recibe las excitaciones exteriores é interiores. El temperamento alegre corresponde á vibraciones moleculares rápidas y armoniosas; el flemático, á vibraciones menos rápidas, pero de una constancia imperturbable; el neutro, á vibraciones poco rápidas, pero constantes; las formas negativas, á vibraciones lentas y discordantes, ó rápidas, pero interrumpidas.

Esta disposición gerárquica no está libre de objeciones. La doy solamente como ejemplo de una clasifi-

cación conforme al valor presumido de los caracteres y como introducción al estudio de las formas morbosas, que vamos á abordar.

Es menester ante todo, saber por qué signos se puede reconocer que un carácter es una derogación de los tipos normales. Sin volver sobre una materia tratada en el capítulo precedente se puede decir brevemente:

1.º Un carácter verdadero es reductible á una nota, á una tendencia preponderante que hace la unidad y la estabilidad durante la vida entera. Esta concepción es un poco ideal; cuanto más es el carácter recortado, tanto más se acerca á esto.

2.º En la práctica, un carácter claro permite siempre (salvo casos raros que se explican) predecirlo y preverlo. Sabemos de antemano lo que hará, en determinadas circunstancias, un activo, un sensitivo, un flemático, un contemplativo. Los neutros, que no son caracteres, hablando propiamente, son arrastrados por los acontecimientos ó por otros: por esto, el cálculo de previsión, tiene su punto de apoyo no en ellos, sino fuera de ellos.

Una de estas notas ó las dos, faltan en los caracteres anormales, y cuanto más derogan estas dos condiciones constitutivas — la unidad y la posibilidad de una previsión — más se apartan de las formas típicas para llegar á ser al fin francamente morbosos.

Se estaría tentado á creer que las anomalías del carácter, tales como la observación las da, son tan variadas de aspectos, tan múltiples, que escapan á toda clasificación y que es imposible salir del desorden; creo, no obstante, que las notas determinadas más arriba nos dan un hilo conductor. No necesito decir que excluyo del grupo de las anomalías las desviaciones ligeras, temporales, intermitentes, que no son más que infracciones pasajeras de la unidad del carácter. César, Richelieu, Napoleon, son tipos bien acentuados, y sin embargo, en ciertos momentos de su vida han cesado de

ser ellos mismos. En la conducción á la isla de Santa Elena, ante el furor y las injurias del pueblo, tuvo Napoleón momentos de una pusilanimidad sorprendente. Los hechos de este género prueban una vez más que el carácter completo no es más que un ideal; pero una indisposición de algunas horas no es una enfermedad. Hecha esta reserva, podemos, para clasificar, seguir la marcha regresiva de la unidad coordenada á la multiplicidad, de la estabilidad á la disolución, y tenemos así tres grupos que se apartan más y más de las formas normales: 1.°, los caracteres contradictorios sucesivos; 2.°, los caracteres contradictorios simultáneos; 3.°, los caracteres inestables ó poliformos, último grado de la disgregación. Debemos estudiarlos por este orden.

Por caracteres contradictorios *sucesivos*, entiendo dos formas, dos maneras opuestas de sentir y de obrar, tales que, abrazada la vida en conjunto, parece la de dos individuos, el uno antes de la crisis, el otro después.

Antes de llegar á los casos verdaderos, hay que hacer algunas eliminaciones previas:

1.° Los caracteres contradictorios en apariencia (el triunviro Octavio y el *emperador* Augusto), abundan en la historia política; Cromwell sucesivamente iluminado y grosero farsante, fué siempre, bajo estas apariencias, el hombre de una tendencia fundamental, muy práctico. Lejos de contradecirse y de ser inestable, el carácter es uno y sólido: perfectamente unificado en el fin, la contradicción no está más que en los medios. El moralista los llama con razón caracteres falsos, porque llevan máscara; para el psicólogo son normales y bien acentuados. Se encuentra un gran número en la vida común, y no hay necesidad para contradecirse en la apariencia ser actor en un gran teatro; basta con permanecer fiel al fin que se persigue y sin escrúpulos sobre el empleo de los medios. Los que en tiempos de revolución llegan á ser bruscamente crueles por miedo,

son de la misma categoría: su unidad está en el cuidado de su conservación.

2.º Las trasformaciones producidas por la evolución de la vida y el cambio de las circunstancias. Así un carácter activo puede desenvolverse sucesivamente en el amor, las aventuras peligrosas, la ambición, el logro de las riquezas.

Desembarazados de los casos equívocos, podemos repartir los caracteres contradictorios sucesivos en dos clases: la primera comprende las anomalías, la segunda las formas patológicas.

1.ª *clase*. Como en nuestra clasificación nos apartamos paso á paso del estado normal, es necesario comenzar por las formas mitigadas que son simples desviaciones del ideal del carácter, es decir, de una unidad constante é imperturbable. Fuera de todo ideal, los caracteres sucesivos son excepciones en relación á la generalidad, pues aun los neutros tienen durante toda su vida una especie de unidad, la de la plasticidad perpetua.

En esta primera clase distingo dos casos. Si el lector encuentra excesivas estas divisiones y subdivisiones, son sin embargo necesarias. No se clasifican sin distinguir, y no se sigue un orden regresivo sin señalar cada paso hacia la disolución.

1.º El caso más simple, el más próximo del estado normal consiste en el cambio de orientación de una sola y misma tendencia predominante en el individuo. Tal es la metamorfosis de los amores profanos, que han absorbido la primera parte de la vida, en un amor platónico y caballeresco que llena la segunda (Raimundo Lulio); el caso inverso no es raro, y se podrían encontrar ejemplos entre los místicos. Tales son las conversiones sinceras en religión ó en política (San Pablo, Lutero). De igual modo los casos en los que el ímpetu del temperamento, gastado primero en el sentido del bien, se gasta luego en el sentido del mal, ó viceversa. Todo

esto para el moralista es un cambio completo, hay aquí para él dos hombres; para el psicólogo, este es un cambio de orientación, y no ve aquí más que un hombre. Es fácil ver que bajo los dos contrarios existe un fondo común, una unidad latente; es la misma cantidad ó la misma cualidad de energía empleada en fines contrarios; pero sin esfuerzo se puede encontrar la crisálida en la mariposa.

2.° Hasta aquí las formas mitigadas: los casos francos, que nos alejan más de la regla, implican una dualidad fundamental y verdadera. Ejemplo: el tránsito de una vida de orgía ó una vida de ascetismo *que dura* (sin lo cual, esto no es más que un accidente pasajero); de la vida activa ó la vida contemplativa (Diocleciano); de la vida contemplativa á la vida activa (Juliano el Apóstata); en resumen, todos los casos en los que se quema lo que se ha adorado, ó se adora lo que se ha quemado; donde se encuentran dos individuos en el mismo individuo. El lenguaje corriente llama á esto «conversiones». Estas pueden ser religiosas, morales, políticas, estéticas, filosóficas, científicas, etc.; siempre consisten en la substitución de una tendencia ó de un grupo de tendencias por sus contrarias, de una creencia por su contraria, de una forma de unidad por otra forma: expresiones sinónimas que traducen los diversos aspectos psicológicos de la trasformación. Notemos de paso, que en los hombres que han atravesado dos fases antitéticas, la opinión común no ve siempre más que una, que es ordinariamente la última, la del fin; ó la más larga ó la más brillante; la otra queda en la sombra. San Agustín es el hombre de después de su conversión; Diocleciano el de antes de su abdicación. Hay en el fondo de este juicio la necesidad de la simplificación y de la unidad del espíritu aplicada al carácter.

¿Cómo se produce este cambio que divide la vida en dos fases contradictorias en los casos extremos? Es imposible dar una respuesta general; cada caso particular

supone condiciones particulares. Sin embargo, se puede tratar de determinar por aproximación las causas que obran con mayor frecuencia.

En primer término las causas físicas. Hay enfermedades graves que, al cambiar la constitución, trasforman el carácter; mostrando de esta manera hasta qué punto depende de la cenestesia: que se suponga como condición última las modificaciones químicas (de nutrición) ó las modificaciones físicas (hipótesis de Henle y de Seeland), no importa. Hay choques violentos, principalmente los traumatismos de la cabeza, de los cuales hablaremos después. Azam (1) da algunos ejemplos de estas metamorfosis. Un hombre laborioso y ordenado, por consecuencia de una fractura complicada de una pierna, llegó á ser impulsivo é intolerable; el autor supone una isquemia cerebral. Otro, en las mismas circunstancias, cambia un carácter alegre en una melancolía incurable. Una neuralgia facial persistente hace de un hombre profundamente bueno, un sér malo y áspero, etc.

Siguen las causas morales. Parecen obrar á la manera de un choque, cuyo efecto es inmediato ó á largo plazo: de aquí las metamorfosis bruscas ó de incubación lenta. Las primeras tienen su tipo en las conversiones que siguen á una crisis inesperada: San Pablo y su visión, Pascal y su accidente, R. Lulio y la revelación de una de sus queridas, el caballero español Marana cuya historia se ha contado tantas veces, que fué D. Juan durante una mitad de su vida, y que los cantos de la iglesia trasformaron repentinamente. El «golpe de la gracia» de los teólogos es de una psicología verdadera.—Las segundas no se producen de pronto, sino después de un combate entre las antiguas tendencias y las nuevas: San Agustín, Lutero, Loyola, F. de Borja, que viendo el cadáver de su emperatriz

(1) *Le caractère dans las maladies*, p. 188 y siguientes.

(mujer de Carlos V), proyectó renunciar al mundo, pero no lo hizo sino muy tarde. A estos nombres ilustres añadid los nombres oscuros de gentes que todos conocemos.

Se puede preguntar si los cambios, aun los más bruscos, lo son tanto como lo parecen; si no tienen sus antecedentes en la vida del individuo, si no son el resultado acelerado de una incubación semi-inconsciente. Cualquiera cosa que se piense, el mecanismo psicológico de las conversiones semeja mucho al de los impulsos irresistibles. En su evolución completa recorre tres momentos: 1.° la concepción de un fin ó de un ideal contrario; esto sueede á todo el mundo sin que dure ni obre; este estado no producirá nada si solamente atraviesa por el espíritu, si es transitorio; 2.° es necesario que esta concepción llegue á ser una idea *fija* con la estabilidad, el predominio, la obsesión que les son propias; 3.° entonces el acto se produce porque está ya incluído en la idea fija y porque la idea fija es una creencia, y toda creencia se considera como existiendo ó debiendo existir. En suma: no sucede nada, en tanto que la idea no ha llegado á ser un impulso. En el caso de la explosión violenta, el movimiento impetuoso de la pasión nace de golpe y triunfa inmediatamente. Esto se asemeja á los impulsos irresistibles que pasan al acto, ya después de un período de lucha, ya en un *rapto* repentino.

Hay, sin embargo, esta diferencia: que el nuevo carácter—es decir, una nueva manera de pensar, de sentir y de obrar—dura. Esta estabilidad sería imposible si en los dos casos, de incubación y de erupción, no se produjera un cambio profundo en la constitución individual. Las conversiones no crean una nueva tendencia, pero muestran que las más antitéticas están dadas en nosotros y que la una reemplaza á la otra, no por un acto de voluntad, precaria siempre, sino por una trasformación radical de nuestra sensibilidad.

2.ª *clase*. Comprende los caracteres *alternantes* que muchas veces se suceden con una rapidez y una frecuencia tal, que se aproximan á los caracteres contradictorios simultáneos. En lugar de dos caracteres diferentes, el uno antes y el otro después de la crisis, cuya fórmula para la vida entera del individuo sería A, después B, tenemos la alternancia de dos formas de carácter (con ó sin crisis intermediaria) y la fórmula sería: A, después B, despues A, y asi sucesivamente.

Esta alternativa se encuentra en el estado normal ó cuasi normal, pero es muy fugitiva y muy difícil de fijar, para que se la distinga de los caracteres inestables; no pasa lo mismo con las formas morbosas que la muestran de una manera abultada. Tales son los fenómenos tan estudiados en nuestros días bajo los nombres de alteraciones, enfermedades, desórdenes de la personalidad. El lector los conoce; son además extraños á nuestro asunto y si los indico, es solamente á título de esclarecimiento sobre un punto particular: las variaciones del carácter.

En los casos de personalidad alternante, pueden considerarse ó bien los cambios fisiológicos que son bastante oscuros, ó bien los cambios intelectuales que se reducen poco más ó menos á la memoria, ó bien los cambios afectivos que se descuidan un poco y que hasta se omiten en muchas observaciones: estos últimos únicamente nos interesan, porque se resumen en alternativas del carácter.

Si se toman, en efecto, las observaciones completas, se ve que las dos personalidades (hay algunas veces más) no consisten solamente en la alternativa de dos memorias, sino también de dos disposiciones afectivas distintas y opuestas ordinariamente. La célebre Félida d'Azam es, en su estado primero, sombría, fría, reservada; en su estado segundo, alegre, expansiva, viva hasta la coquetería y la turbulencia. En el caso de Mary Reynolds, contado por Weir Mitchell, nos encon-

tramos al principio una mujer melancólica, taciturna, que huye de la moda; después, en su nueva personalidad, «su disposición es total y absolutamente cambiada», está loca por los placeres, estrepitosa, buscando siempre la compañía, á menos que no recorra á pie ó á caballo los bosques, los valles, las montañas, embriagándose con los espectáculos de la naturaleza y no conociendo el miedo: estas alternativas han durado dieciseis años, después «la oposición emocional entre los dos estados parece borrarse gradualmente» para llegar á un término medio entre los dos, «á un temperamento bien equilibrado» que ha coexistido durante un cuarto de siglo con su segundo estado «llegando á ser permanente». Recordemos todavía la observación tan conocida de L. V. que presenta *espontáneamente* por lo menos dos formas opuestas de carácter: hablador, arrogante, violento, brutal, insubordinado, ladrón, queriendo matar á los que le dan órdenes; después dulce, fino, silencioso, sóbrio, de una timidez casi infantil. Digo espontáneamente, pues MM. Bourru y Burot, han producido *artificialmente* en V. modificaciones físicas que van acompañadas también de algunas modificaciones del carácter; pero me atengo á los cambios naturales.—Para otros ejemplos, véanse los libros especiales sobre las alteraciones de la personalidad.

Me inclino á creer que las alternativas de memoria, aunque son las más extrañas y las más perturbadoras, resultan de una alternativa de las disposiciones afectivas (del carácter) que resultan á su vez de los cambios fisiológicos; de suerte, que la reducción última conduce á la cenestesia. Cuando se ve, por ejemplo, en L. V. acompañar siempre al carácter violento la hemiplegia y la anestesia derechas, al caracter dulce la hemiplegia y la anestesia izquierdas—sin hablar de las modificaciones parciales á que acompañan la paraplegia, la anestesia total, etc., producidas artificialmente en estado de hipnotismo,—es difícil no admitir que los

cambios de memoria, de carácter, de hábito físico, forman un todo casi indisoluble: esta es también la conclusión que Bourru y Burot han sacado de sus experimentos.

A falta de pruebas positivas que establezcan que el cambio de la cenestesia es primordial en estas alternativas del carácter, podemos aproximarlo á una enfermedad mental en donde la alternativa, más sencilla aún, deja comprender mejor sus condiciones fisiológicas: esta es la locura de doble forma (llamada también locura circular, de formas alternas, etc.) Consiste en la alternativa regular de dos períodos: depresión, exaltación. La transición del uno al otro es instantánea ó se hace por gradaciones insensibles; pero nada más claro que el contraste entre dos períodos.

Durante la depresión, los síntomas afectivos son: melancolía, sentimiento de fatiga, torpeza, indiferencia, un pavor vago, y sobre todo, inquietud. Físicamente, el enfermo está pálido, envejecido, quebrantado, arrugado, rebajada la temperatura, disminución enorme del pulso, de las secreciones y excreciones del peso del cuerpo (hasta diez libras en una semana).

Durante la excitación, el cuadro es inverso, rasgo por rasgo: sentimiento de bienestar, alegría, orgullo, actividad exuberante; el enfermo está rejuvenecido, nutrido, las funciones orgánicas son amplias y fáciles. «Este contraste, dice un alienista, es una de las particularidades más curiosas y más interesantes de la medicina mental (1).»

Aquí la conexión entre la disposición afectiva y el estado romántico tiene la mayor claridad y parece reductible á una trofo-neurosis del cerebro (Schüle, Kraff-Ebing). Es preciso reconocer que esta enfermedad, que es la forma extrema, y las alternativas de la personalidad, que son formas mitigadas, no nos suminis-

(1) Regis, *Maladies mentales*, p. 200.

tran más que ejemplos patológicos; pero las manifestaciones morbosas están en germen en la vida normal. Desgraciadamente, estas alternativas no son comprensibles más que por su relieve y no se pueden citar más que los grandes casos. Comparadas con los caracteres sucesivos en los que el uno suprime el otro, los caracteres alternantes señalan una nueva etapa hacia la disolución y forman una transición hacia nuestro segundo grupo de los caracteres contradictorios *coexistentes*.

II

Consisten éstos en la coexistencia de dos tendencias contrarias, igualmente preponderantes é inconciliables; hay aquí dos caracteres, dos fuentes de acción contradictorias y, según nuestro criterio práctico, hay también, en una circunstancia dada, dos previsiones posibles é igualmente probables. Difieren de los caracteres sucesivos, en los que el segundo hombre ha eliminado al primero, y de los caracteres alternantes que ocupan la escena turnando de papel exclusivamente y durante algún tiempo. Se presentan bajo dos formas principales.

1.° La primera forma no es un tipo puro ni completo. Resulta de una contradicción entre el pensar y el sentir, entre la teoría y la práctica, entre los principios y las tendencias. Nada es menos frecuente que esto y apenas si hay necesidad de citar ejemplos: la abierta oposición entre el hombre privado y el hombre público, entre el hombre como sabio y el hombre como creyente; uno que en materia de pruebas científicas es intratable, es en religión ó en amor de una ingenuidad y de un candor sin igual. En cuanto á gentes que profesan enérgicamente una doctrina y obran en el sentido contrario, no faltan. Schopenhauer, en teoría pesimista, misógino, penetrado de la compasión para todos los séres, no es nada de esto en la práctica. Esta es una contradic-

ción no conciliada á la que puede oponerse la perfecta unidad de un Espinosa.

Un hombre que, por hipótesis, fuera completamente intelectual y, que sin embargo, tuviera gran actividad (si esto fuera posible) escaparía por su constitución á esta dualidad contradictoria. El magistrado observado por Esquirol que, con una perfecta lucidez de espíritu, había perdido toda la sensibilidad y «era tan indiferente para los suyos y para todas las cosas como para un problema de Euclides» se acerca á esto. Se encuentran formas atenuadas entre los apáticos inteligentes.

Pero esta dualidad contradictoria es tan común, que no osaría insistir en ella, si no pusiera tan de manifiesto la inanidad de este prejuicio tan esparcido: que basta con inculcar principios, reglas, ideas para que muevan á la acción. Sin duda, la autoridad, la educación, la ley, no tienen otro medio de influir sobre los hombres; pero este medio no es eficaz por sí mismo; puede ó no alcanzar éxito; es un experimento que se ensaya y que se reduce á esto: el carácter intelectual (si hay caracteres propiamente intelectuales como admiten ciertos autores) y el carácter afectivo ¿marcharán á la par?

2.º La segunda forma es pura y completa; encierra una contradicción más profunda porque existe entre dos maneras de sentir, dos tendencias, dos modos de obrar que se niegan uno á otro. Estos caracteres nos aproximan á nuestro último grupo (los inestables); tales son los incoherentes que no quieren ó no pueden resolver la contradicción que hay en ellos. Uno de los ejemplos más comunes se encuentra en las gentes que unen la sinceridad religiosa y el libertinaje. La opinión los juzga severamente y los tiene por hipócritas, confundiendo así dos casos muy distintos:—el del disimulo voluntario y el de la contradicción incurable—el sentimiento religioso y el sentimiento sexual, bien arraigados en ellos, obran alternativa-

mente, sin que se propongan esforzarse para conciliarlos. Citemos además, los hombres divididos entre la necesidad de la actividad y la del reposo, que pasan sin cesar de la una al otro; el amante que siente al mismo tiempo por su querida un amor ardiente y un violento desprecio. En los tiempos y países de profunda fé monárquica, se encuentra un estado análogo en las personas que tienen un sentimiento de fidelidad inquebrantable al rey y de desprecio para su persona. Estudiando los caracteres «compuestos», Paulhan recuerda que Rubens, lleno de calma, tranquilo y ordenado en la vida práctica, era presa de una fermentación trágica desde que cogía el pincel. Se ha dicho de un contemporáneo célebre (Wagner) que había en él «instintos de asceta y de sátiro, la necesidad de amar y de odiar; un apetito de alegría y una sed de ideal, dignidad altanera y una débil cortesanía, una mezcla de abnegación y de traición cobarde». Este retrato podría convenir á otros muchos. Denota algo más que una dualidad contradictoria, pues no es reductible á dos notas esenciales; pero no es todavía el tipo verdadero del inestable.

A creer á ciertos autores, la causa de los caracteres contraditorios simultáneos es bien sencilla: podría rereducirse á la dualidad cerebral. Se sabe que los dos hemisferios del cerebro, aun normalmente, son asimétricos, diferentes en cuanto al peso, á la distribución de las arterias, á la importancia funcional, siendo preponderante el lado izquierdo; que las alucinaciones pueden ser unilaterales ó bitalerales, de caracteres diferentes, etc. En resumen, el dualismo cerebral es innegable; pero que baste para explicar el dualismo del carácter, es una hipótesis de tal modo simplicista que no me detengo á discutirla.

Una explicación sacada de la psicología será menos sencilla, pero menos frágil. Para comprender cómo se constituyen estos caracteres, me parece mejor la mar-

cha siguiente: Tomemos como punto de partida los caracteres bien equilibrados «completamente unificados» que presentan una coordinación gerárquica de diversas tendencias. Un primer paso hacia la ruptura se señala por el predominio de una sola y única tendencia: se es activo, contemplativo, sensitivo, etc. Es todavía una unidad, pero en lugar de una unidad de convergencia, que se parece á una federación, tenemos una unidad de preponderancia que corresponde á una monarquía absoluta. Un segundo paso, decisivo, está marcado por la aparición de dos tendencias dominantes; pero es preciso que sean contradictorias. Así, Miguel Cervantes que, después de una vida de guerrero caballeresco, llega á ser el escritor que todo el mundo conoce, ofrece el ejemplo de una naturaleza compuesta, de ningún modo contradictoria. La contradicción está en los casos análogos al de aquél creyente libertino, porque al mismo tiempo que afirma reglas de moral prescritas por su religión, las niega con sus actos. De consiguiente dos tendencias incoordenadas. Sin embargo, esto no es más que la exageración de un hecho normal: un hombre muy grave puede tener accesos de loca alegría; otro puede ser presa de una pasión que desmienta todas sus costumbres. Dad á este estado transitorio, episódico, la estabilidad, la permanencia, y se establece el carácter contradictorio. Las causas de esta trasformación pueden asignarse á las circunstancias; yo las considero más bien dependientes del innatismo: son disposiciones inherentes á la constitución individual; la ocasión no sirve más que para hacerlas manifestarse.

En definitiva, se puede sostener sin paradoja, que estos caracteres son ó no son contradictorios, según los puntos de vista adoptados: para la lógica de la inteligencia, lo son; para la lógica de los sentimientos, no.

Cuando consideramos un carácter como contradictorio, que se trate de nosotros ó de los demás, procedemos *objetivamente*; observamos en el individuo la existencia

simultánea de dos ideas directoras, en que la una niega á la otra, y la consideramos ilógica racionalmente, porque el principio de contradicción es el nervio de todas nuestras afirmaciones y porque la lógica de la inteligencia descansa sobre él.

La lógica de los sentimientos es *subjetiva*; está regida por el principio de finalidad ó de adaptación. El individuo, como sér puramente afectivo, no mira más que á un fin, la satisfacción de sus deseos; y en esto, cada tendencia especial mira á su fin especial, su bien especial. Si, pues, el sabio movido por el amor de la verdad tiende hacia la verdad rigurosa y, movido por un vivo sentimiento religioso, se satisface con creencias de niño; no hay, no puede haber contradicción entre estos dos deseos; aquella no existe más que en la región de las ideas, objetivamente. La lógica de los sentimientos tiene también sus ilogismos, pero son de otra clase, y no veo más que dos: 1.º cuando una tendencia aislada, marchando hacia su fin, es una causa de perjuicio ó de ruina para el individuo entero; 2.º cuando éste se complace en su propia destrucción, como en el caso del «placer del dolor» que hemos estudiado en otro lugar y cuyo último término es el suicidio.

III

Las caracteres inestables ó polimorfos no pueden ser llamados «caracteres» más que por una extensión completamente abusiva de la palabra; pues no hay en ellos ni unidad, ni estabilidad, ni previsión posible: ¿cómo obrarán? á cada momento estamos enfrente de un enigma. De hecho, esta es la disolución del carácter y todos los ejemplares de este grupo son patológicos.

No hay utilidad en describirlos, pues se comprenden por sí mismos. Sus principales tipos se encuentran: en los histéricos cuya psicología proteiforme se ha hecho tantas veces y tan bien que no hay para qué in-

sistir; en las aventuras cuya historia, con infinitas variaciones, es en el fondo siempre la misma y puede resumirse así: precocidad, indisciplina en la casa paterna y en las escuelas, fugas frecuentes, ineptitud para todo trabajo continuado, pasando bruscamente del ímpetu al disgusto, probándolo todo y dejándolo todo, rodando al azar de los impulsos y de las circunstancias hasta una catástrofe final que los conduce al banquillo de los acusados ó á un asilo de locos.

Las causas de esta inestabilidad son congénitas ó adquiridas.

La diátesis espasmódica como la llama Maudsley, es la más frecuentemente innata. Tiene por notas los diversos síntomas comprendidos bajo el nombre de degeneración, agrupados en estigmas físicos y estigmas psíquicos: son demasiado conocidos para que haya necesidad de enumerarlos.

La inestabilidad adquirida en el curso de la vida es la reliquia de ciertas enfermedades, sobre todo de las heridas y golpes en el cerebro, y en especial las lesiones del lóbulo frontal. Tal es la conclusión que resulta de las observaciones de David Ferrier, de Boyer, Lépine, etc. Más recientemente Allen Starr (1) de 46 casos, ha observado 23 veces, como únicos síntomas, la obtusión mental, la imposibilidad de la atención, la irritabilidad, los actos incoordenados é impulsivos, la ausencia de crítica voluntaria, la pérdida del poder de inhibición; fenómenos que coinciden especialmente con las lesiones del lado izquierdo de la región frontal.

M. Paulhan, en su libro sobre los *Caracteres*, estudiando los que llama los inquietos, los nerviosos y los contradictores, da muchos ejemplos, entre ellos Alfredo de Musset, conforme á su propio retrato, confirmado por el de J. Sand. Escuchémosles á ambos: «Al salir de estas escenas vergonzosas, un amor extraño, una exal-

(1) *Brain* núm. 32, p. 570, y *Brain Surgery* (1893), cap. I.

tación llevada hasta el exceso me hacía tratar á mi querida como á una divinidad. Un cuarto de hora después de haberla insultado me arrojaba á sus rodillas; cuando acababa de acusar, pedía perdón; cuando ya no me burlaba, lloraba.» (Musset.) «Sus reacciones eran repentinas y violentas en razón á la vivacidad de sus alegrias... Se hubiera dicho que dos almas, disputando por animar su cuerpo, se entregaban á una lucha encarnizada para destruirse la una á la otra..... Regla invariable, inaudita, pero absoluta en esta extraña organización, el sueño cambiaba todas sus resoluciones, durmiéndose con el corazón lleno de ternura, se despertaba con el espíritu ávido de combates y de muertes y si había partido la víspera maldiciendo, volvía al siguiente día para bendecir.» (G. Sand.) — De este y de otros casos análogos, deduce Paulhan que «estos tipos resultan del predominio de la asociación por contraste». Me parece imposible reducir la psicología de los inestables — y de los caracteres contradictorios que confinan con ellos—á este solo hecho. En primer término, la asociación por contraste no es primitiva. Con razón, los psicólogos la reducen á la asociación por semejanza, mezclada algunas veces de elementos de contigüidad. Además el contraste no existe más que por parejas y entre los «nerviosos, inquietos, contradictores» no hay solamente paso del contrario al contrario, sino de lo diverso á lo diverso; recorren toda una gamma. En fin, la asociación por contraste no tiene una forma precisa más que como fenómeno *intelectual*, y no se podría sostener que el amor en tanto que representación, evocara la representación de la violencia, ó la *idea* de la envidia la de la indiferencia. Aquí, la asociación de las ideas no es más que un efecto, un resultado, una traducción en la conciencia de acontecimientos más profundos, del orden afectivo y aún del orgánico. Si Musset, representándose á Sand como una divinidad, la maltrataba como el dueño brutal de un in-

genio á su esclava. el cambio de orientación está en su manera de sentir, no de pensar. Veo aquí más bien el efecto de un agotamiento rápido pero parcial, muy frecuente en los desequilibrados. Si se trata de conservar la palabra contraste, es menester tomarla, no en su acepción psicológica, sino en el sentido de los fisiólogos, cuando hablan de «contraste sucesivo», que atribuyen (con razón ó sin ella) á la fatiga de ciertas porciones de la retina.

La fórmula que, en mi opinión, resume y explica los inestables, es ésta: *infantilismo psicológico*. Se podría decir también suspensión de desarrollo, pero la expresión no sería aplicable á todos los casos.

Si se consideran, en efecto, las notas distintivas del carácter de los niños (salvo excepciones) se observa en primer término la movilidad; desean una cosa, después otra y otra, pasando velozmente á los extremos, del ímpetu al fastidio, de la risa al llanto; es una multitud desordenada de apetitos y de deseos, cada uno de los cuales suplanta al otro. Después, debilidad ó ausencia total de la voluntad, bajo la forma superior de suspensión que domina y coordena. ¿Son impulsivos por falta de inhibición ó incapaces de gobernarse por exceso de impulsos? Los dos casos se encuentran y el resultado es el mismo. El cuadro de su carácter, que es inútil perseguir al detalle, es el de los inestables — es decir, de una no-constitución del carácter.

El término *infantilismo* conviene igualmente á las formas congénitas que á las adquiridas. Los unos no han cesado de ser niños, los otros lo vuelven á ser; están al mismo nivel, los unos por no haber subido, los otros por haber descendido demasiado: supensión de desarrollo ó regresión. No hay que objetar que esta inestabilidad se encuentra muchas veces en espíritus superiores; el genio es una cosa y el carácter otra, y no se trata aquí más que del carácter. El vulgo que, sorprendido de la incoherencia de su conducta, llama á estos hom-

bres «niños grandes», encuentra la nota exacta, sin un análisis sutil.

En suma, desde el carácter *verdadero* (es decir, la afirmación de una personalidad bajo una forma estable y constante consigo misma), que no se realiza jamás completamente, ni deja de tener breves eclipses, posee todos los grados posibles de infracción á la unidad y á la estabilidad, hasta el momento de la multiplicidad incoordenada, en la que el carácter no ha podido nacer ó ha cesado de existir.

CAPITULO XIV

LA DISOLUCIÓN DE LA VIDA AFECTIVA

La ley de disolución, su fórmula y su generalidad en psicología. Dificultades en lo que concierne á la vida afectiva.—Desaparición sucesiva de las emociones desinteresadas (estéticas, intelectuales), altruistas (morales, sociales), ego-altruistas (sentimiento religioso, ambición, etc.), egoístas.—Contraprueba: casos de suspensión de desarrollo.—La teoría de la degeneración y sus relaciones con la disolución.

Al comienzo de esta obra se ha presentado un cuadro general de la evolución de la vida afectiva; al terminar conviene intentar hacer un trabajo contrario: el cuadro de su disolución. ¿Se produce como por azar, variando de uno á otro hombre, ó sigue una marcha regular y determinada? ¿es reductible á una fórmula que se pueda asimilar á una ley?

La ley de disolución en psicología, consiste en una regresión continua que desciende de lo superior á lo inferior, de lo complejo á lo simple, de lo inestable á lo estable, de lo menos organizado á lo mejor organizado: en otros términos, las manifestaciones últimas en fecha en la evolución desaparecen las primeras; las que han aparecido las primeras desaparecen las últimas. La evolución y la disolución siguen un orden inverso.

He mostrado otras veces que la desaparición lenta y continua de la memoria comprueba esta fórmula, y, á título de contra-prueba, que, en los casos bastante raros

en que se ha recobrado esta facultad, la restauración sigue paso á paso en sentido inverso el camino descendido. El trabajo metódico de la disolución se muestra mejor todavía en la psicología de los movimientos; séame permitido, á título de exclarecimiento y de preparación, resumir lo que he expuesto más ampliamente en otra parte; la regresión motora en el caso sencillo de la embriaguez. Hay en ella primero un período de excitación, y aun de exuberancia y de verbosidad que es el antípoda de la reflexión, es decir, que la atención bajo su forma más alta y como resultante de una convergencia motora no puede ya constituirse. Después no se es dueño de su lengua, se entregan los secretos: la voluntad bajo su forma superior (de inhibición) ha desaparecido. Después se es incapaz de una acción ó de designio continuado: la voluntad bajo su forma inferior (de impulsión) queda impotente. Después aún los movimientos voluntarios, los más delicados, los de la palabra y las manos llegan á ser incoordenados. En un grado más bajo, hay la pérdida de los movimientos semi-automáticos; como los de la marcha; el embriagado titubea y pierde el equilibrio. Más bajo todavía, la tonicidad muscular se debilita; de su asiento cae bajo de la mesa; después, la abolición de los reflejos, y por último, si se llega hasta la muerte, pierde los movimientos automáticos de la respiración y del corazón. He aquí un orden de regresión bien marcada, fácilmente determinable, porque el papel psicológico de los movimientos es relativamente sencillo.

El objeto de este capítulo es establecer que la desaparición de los sentimientos, cuando se hace poco á poco, de una manera continua, por efecto de la edad ó de alguna enfermedad de lenta evolución (parálisis general, demencia senil, etc.), se conforma á la misma ley. Pero en razón de la complejidad de la vida afectiva, la cuestión presenta dificultades que es preciso primero señalar.

La primera es esta: la regresión afectiva, ¿no sería sencillamente el efecto de una regresión intelectual? ¿Es necesario tenerla por primitiva, independiente y autónoma, no por secundaria y consecutiva de la caducidad del intelecto? ¿O bien — y esta hipótesis me parece la más probable — se producen los dos casos? Es imposible dar una contestación perentoria, pues los dos elementos, intelectual y afectivo, están estrechamente asociados. Sin embargo, como la regresión es irremediable, ya resulte de una caducidad ó de una plétora orgánicas, las presunciones están más bien en favor de una extinción gradual de las tendencias.

La segunda dificultad es por lo menos tan grande. Hemos admitido que en todo hombre normal existen todas las tendencias primitivas; pero su coexistencia no implica su igualdad; la experiencia lo prueba. El carácter individual resulta de la preponderancia de una ó de muchas tendencias; estética ó sexual, moral ó religiosa, la una es perezosa y la otra colérica por temperamento. Resulta de esto que todos los casos de regresión no son estrictamente comparables entre sí, pues es evidente que la tendencia dominante debe aguantar mejor que las otras los choques y los asaltos, resistir por más tiempo al trabajo de destrucción. Esto es lo que explica en mi opinión cómo en una observación citada más abajo se ve desaparecer muy tarde en un artista el sentimiento estético, que es uno de los más frágiles y de los últimamente formados: esto, que es en apariencia una excepción, constituye una confirmación de la ley.

La posición ideal de nuestro asunto sería esta: Un hombre del promedio, en el que las tendencias fueran casi equipudientes, atacado de una enfermedad de lenta regresión, que permitiese notar el orden de debilitamiento y de extinción de los sentimientos; y después deteniéndose la caducidad para dar lugar á una restauración de la vida afectiva que se podría seguir paso á

paso en su marcha ascendente, para saber si es la repetición al revés del período de disolución. La investigación de un caso parecido es quimérica por lo menos. El único método práctico consistiría en recoger un gran número de observaciones en enfermos diferentes, y en componer así un cuadro esquemático de la disolución, análogo á las fotografías compuestas de Galton, formado por la acumulación de las semejanzas y la eliminación de las diferencias individuales. Esto es lo que se va á intentar, en cuanto lo permitan la extrema penuria de los materiales y la dificultad de una materia inexplorada. Estudiaremos primero la disolución propiamente dicha; después, á modo de contra-prueba, la suspensión de desarrollo.

I

Como la disolución de los sentimientos va de lo superior á lo inferior, de la adaptación compleja á la adaptación sencilla, acortando poco á poco el campo de la vida afectiva, se puede en esta limitación distinguir cuatro fases marcadas por la desaparicion sucesiva: 1.ª de las emociones desinteresadas; 2.ª de las emociones altruistas; 3.ª de las emociones ego-altruistas; 4.ª de las emociones puramente egoístas.

1.° Clasifico bajo el primer título las emociones estéticas y las formas superiores de emoción intelectual, que tienen por fin un ideal no práctico ni utilitario, que son un lujo, que no son necesarias para la vida. Las necesidades estéticas y científicas son tan poco notadas y tan poco exigentes en la mayor parte de los hombres, que es imposible establecer positivamente que desaparecen las primeras; pero se pueden emplear medios indirectos.

No se puede negar que los que tienen la pasión del arte ó de la ciencia, aquellos para quienes es esto una necesidad, una condición de vida, son extremada-

mente raros en comparación de los emocionados ó dominados por el amor, el deseo de las riquezas, la ambición. En la masa de la humanidad, la emoción estética y la emoción intelectual quedan embrionarias ó llegan á un desenvolvimiento débil, mediano todo lo más; son un resplandor, no una luz, y no se puede decir cuándo se extinguen, porque apenas si han brillado. Relativamente á las formas superiores, parecen una suspensión de desarrollo, es decir, una regresión; y esta suspensión de desarrollo es la regla, como debe suceder para las tendencias que exceden de las necesidades de la vida.

A esta prueba negativa se pueden añadir otras positivas.

La edad y las enfermedades de marcha regresiva disminuyen ó aniquilan el celo, el ardor, el entusiasmo para crear, descubrir ó sencillamente para saborear el arte y estar siempre en viva curiosidad. Omito las excepciones muy raras que exigirían cada una un examen particular. Para la mayoría de los hombres, el debilitamiento vital seca seguidamente el gusto por lo superfluo.

Notemos todavía, con la edad, la hostilidad decidida contra las innovaciones: nuevas formas del arte, nuevos descubrimientos, nuevas maneras de poner ó de tratar las cuestiones científicas. El hecho es tan conocido que no necesita pruebas. Ordinariamente, en estética sobre todo, una generación reniega de la que le sigue. La explicación común de este «misoneismo» es la de que hay una constitución cerebral fija, de hábitos intelectuales organizados. Sí, pero si el nuevo ideal artístico ó científico propuesto causase una emoción verdadera, profunda, intensa, arrastraría, rompería el hábito. Habría choque, revolución, conversión. Se encuentran casos de ruptura con el pasado estético ó científico; son raros, porque suponen la posibilidad de una sacudida violenta, la resurrección de una pasión impe-

riosa, orientada en otro sentido. Esta repulsión para la novedad es de origen emocional mucho más que intelectual; es una nota de debilitamiento de la vida afectiva, de tendencia hacia el menor esfuerzo, el reposo, la inercia.

2.° Teniendo los sentimientos altruistas (emociones sociales y morales), un valor práctico y contándose entre las condiciones de existencia de la humanidad, es mucho más fácil fijar el momento de su disolución parcial ó total. Ahora bien, puesto aparte el grupo precedente, desaparecen los primeros. Pasa mucho tiempo de estar alteradas ó extinguidas mientras las tendencias ego-altruistas y sobre todo egoístas, siguen intactas. Hemos visto hasta la saciedad cuan rápidamente se deviene insociable é ingobernable por el hecho de la demencia, de la parálisis general, de la melancolía, de la epilepsia, del histerismo, de los choques y heridas en la cabeza.

Pero su regresión se hace por grados que únicamente las observaciones pueden hacer percibir (1).

Observación 1. El 20 de Diciembre de 1889, F..... llegó al asilo atacado de parálisis general en forma de demencia. Es un hombre inteligente, bien educado, capaz de ocupar en el mundo un puesto brillante. Músico de talento se ha dado á conocer como violoncelista y ha sido largo tiempo el encanto de los conciertos más concurridos. Lo que sorprende sobre todo en este enfermo á su entrada, es una indiferencia profunda para todos los que le rodean, médicos, guardias, enfermos. Delante de un demente viejo que está muriendo y se lo presentan, no se emociona ni se turba y dice sencillamente: «Hé aquí uno que va á reventar.» A toda propuesta de salir del asilo y de volver al mundo, no se obtiene

(1) Debemos estas observaciones á la amabilidad del Dr. Dumas, que las ha recogido con la idea de estudiar especialmente la disolución de los sentimientos y nos las ha comunicado.

más que esta respuesta: «Amo mucho mi bienestar; que se me deje en paz.»—Los sentimientos altruistas más generosos parecen haber desaparecido en esta fecha; pero el amor de la familia, el amor filial, sobre todo, está todavía intacto. F..... habla sin cesar de su padre, quiere escribirle, verle. Se le presenta su retrato y se pone á llorar.—Los sentimientos personales están todavía intactos: amor de la libertad, instinto de conservación bajo todas sus formas.

El 15 de Enero de 1891 (al fin de más de un año).

F... está en la sala de distinguidos. Los sentimientos ya arruinados ó destruídos no han reaparecido. La regresión ha continuado casi sin interrupción. F... no habla de su padre, y si se le habla de él, responde con indiferencia. Un día se reunió toda su familia alrededor de su cama; reconoció á cada uno de sus parientes, los nombró y no manifestó ninguna emoción; el momento de la separación lo dejó tan frío como el de la llegada.

Los sentimientos egoístas están ya extinguidos: ya no pide la libertad de sus movimientos. Comer es la única cosa que le interesa; devora, y terminada su comida, recoge las migajas de pan esparcidas en el mantel. El instinto de la nutrición es el último que subsiste en él.

Sin embargo, en este enfermo, el sentimiento estético subsiste largo tiempo y sólidamente organizado, por la razón que hemos indicado más arriba, porque es la expresión directa de su temperamento y una parte esencial de su yo, porque es un artista.

«Dos meses después de su entrada en el asilo, desprovisto de las tendencias sociales y de los sentimientos generosos, podía aún coordenar sus movimientos y tocar en su violoncello los aires de otras veces. Un día en el jardín, fué sorprendido en éxtasis ante el cielo

azul, tachonado de pequeñas nubes blancas; y decía: «¡Qué bello es esto! ¡qué bello es esto!» Es por lo demás, lo único que se ha podido sacar de él ese día. La casualidad ha conducido al asilo al primer bajo del concierto X... Se le rogó que tocara delante de F... cerca de un mes antes de su muerte. Estaba alegre desde hacía bastante tiempo y no comprendía ya nada. Sin embargo esta vez comprendió y delante del bajo que tocaba aires de otras veces, brillaron sus ojos y por espacio de un minuto pareció que recobraba su espíritu bajo el influjo del arte.»

Observación 2. Ph. R....., de setenta años, atacado de demencia senil: fué hasta esta edad un ciudadano inteligente, pacífico, moderado. En las últimas elecciones se presentó candidato á diputado, y á pesar de las protestas de su familia, se puso á la cabeza de un grupo de anarquistas y redactó un programa de cuya lectura dispensamos al lector. Pretende haber recogido 700 votos. Sea lo que quiera ha sido preciso encerrarle. Sus tendencias políticas y sociales han perecido en su desorganización, pero los sentimientos de familia han quedado intactos. Habla de los suyos con una sencillez que emociona. Una carta escrita á su hermana (muy larga para ser trascrita, pero muy sentida) da de esto, desde el principio hasta el fin, una prueba irrecusable. Poco á poco, se debilitan estos sentimientos, la enfermedad marcha rápidamente, deviene goloso y la única función que persiste en él es el instinto de la generación bajo su forma más sencilla: la masturbación.»

En las observaciones que siguen, la regresión intelectual parece preceder y determinar la evolución afectiva.

Observación 3.—D..., paralítico general, á su entrada en el asilo, habla espontáneamente de tres mil francos que tiene colocados; se ocupa de las rentas y de los

cupones que habría debido cobrar. Hecha la comprobación resulta exacto todo. Tenía por tanto una idea bastante clara de la propiedad, puesto que se la despertaba la imagen de ciertos papeles que representaban los valores comprometidos. Más tarde se le habla de sus tres mil francos; lo ha olvidado todo y no comprende nada de esto. Se le recuerda lo que dijo y que posee valores garantizados por recibos: no comprende más por esto.—Pero D... lleva dinero encima y sabe muy bien lo que lleva: «Con diez céntimos, dice él, tengo todos los días una taza de café y poseo tres francos.» La vista de un metal brillante y blanco basta para poder despertar en él la idea de la posesión, representada por el placer que puede alcanzar. Tres meses después, no comprende ni aun esta posesión de tercer grado: poseer para él es tener qué comer; el pedazo de pan que tiene en la mano y que devora ávidamente, es la única cosa que no se le puede hacer dar.

Observación 4.ª—M..., antiguo empleado del resguardo, demente paralítico. Los primeros días de su entrada en el asilo, se entrega á divagaciones políticas, habla mucho del sufragio universal, y, sobre todo, de la libertad. Se le pide que defina esta palabra y da la explicación siguiente: La libertad es el derecho de hacer lo que se quiera. Poco tiempo después, cesa de perorar, después se debilita. No es capaz de dar su definición, no la comprende; obligado por las preguntas, acaba por decir: «La libertad es poder pasearse en el patio.» La idea abstracta es reemplazada por la idea concreta de un conjunto de movimientos. Más tarde, algunos días antes de su muerte, responde á la misma pregunta: «Ser libre, es cuando se está acostado; yo seré libre cuando esté acostado.» La idea de libertad llega, pues, á confundirse para él con la idea de un vago bienestar.

Estas observaciones muestran cómo el grupo de los

sentimientos altruistas se disuelve por trozos; la esfera afectiva se restringe más y más. Al principio, desaparecen las formas más vagas y más débiles de la benevolencia, extendida para todo el mundo; después las emociones familiares, más estables, más restringidas, más frecuentemente repetidas; finalmente, la indiferencia absoluta para todo el mundo (1).

3.° Las emociones ego-altruistas (para acabar la terminología de H. Spencer) forman un grupo de límites vagos, flotantes, indecisos. ¿Existen como grupo distinto ó responden sencillamente á un *momento* de la evolución de las emociones complejas? Sin discutir este punto ni concederle importancia, empleo esta fórmula porque es cómoda para seguir la regresión paso á paso, en su transición del puro altruismo al puro egoísmo.

El amor sexual es un representante bastante bueno de este grupo. ¿Hay necesidad de decir que apareciendo después que todos los demás instintos desaparece también antes que ellos, lo cual es rigurosamente confor-

(1) Cuando el espíritu sufre una degeneración, es el sentimiento moral el primero que desaparece, así como es el último en ser restaurado cuando ha desaparecido la enfermedad. Siendo la última y la más alta adquis ción de la evolución mental, es el primero en testimoniar la disolución por su debilitamiento. Cuando se deshace una organización mental, comienza la naturaleza por disociar los hilos más delicados, más perfectos, más artísticamente asociados en su maravilloso tejido. Si el sentimiento moral fuese un instinto tan antiguo, tan sólidamente fijo como el de marchar con la cabeza hacia arriba, ó como el instinto de la generación, organizado más sólidamente todavía- si esto sucediera, como muchas gentes por el interés mismo de la moral han tratado de persuadirse y de persuadir á los demás—el instinto moral no sería el primero en padecer cuando comienza la degeneración mental El imperativo categórico no emprendería la huida al primer asalto; sino que afirmaría su autoridad hasta el último período de la decadencia. Pero como es el últimamente adquirido y el últimamente fijado, es el más expuesto á variar, no solamente en los estados patológicos, sino en el estado normal, conforme con las diferentes condiciones en que está colocado.» (Maudsley, *Body and Will*, p. 266.)

me á la ley de regresión? No pertenece á la infancia ni tampoco á la vejez. Elimino las supervivencias y simulacros que no son más que un producto ficticio de la imaginación; se trata de la tendencia bajo su forma normal y completa, con *todas* sus condiciones fisiológicas y psicológicas.

El sentimiento religioso en sus formas medias, ni muy exageradas ni muy sutiles, pertenece también á esta categoría, ahondando sus profundas raíces en el individuo, pero para sobrepasarlo. De sus dos elementos constitutivos, el uno, el amor, va en el sentido de la desposesión del individuo; el otro, el miedo, en el sentido del estricto egoísmo; con la regresión, éste llega á ser exclusivo. El creyente, sobre todo en el estado de melancolía, se queja en un principio de no tener piedad, ni fervor, ni amor de Dios; no encuentra consuelo más que en la plegaria. Después, con el acrecentamiento de la caducidad ó simplemente por el efecto de la edad y de la aproximación de la muerte, la preocupación egoísta de la salvación llega á ser imperiosa. Es en este momento en el que los reyes, príncipes, señores de la Edad Media multiplicaban las fundaciones piadosas: monasterios, iglesias, hospitales; y existe todavía esto en nuestros días en las religiones que admiten para la redención la eficacia de las obras y de las plegarias después de la muerte. El sentimiento religioso vuelve de este modo al miedo, su forma primitiva en la evolución. Se podría todavía notar la supervivencia frecuente de las observancias y de los ritos, cuando ha desaparecido el *verdadero* sentimiento; es decir, la solidez del elemento orgánico y automático. En una religión que retrocede, el dogma se disuelve antes que el culto exterior, lo cual es lo inverso de la evolución, como hemos visto.

La ambición es el tipo de la forma superior del egoísmo; pero como debe tener en cuenta la naturaleza de los otros hombres y emplearlos en sus designios, es

este un egoísmo mitigado. Es sabido cuanto, bajo sus múltiples formas—busca del poder, honores, renombre, riqueza—es tenaz esta pasión y hasta que tarde dura; es que con ella gustamos por anticipado de la estabilidad del egoísmo en la ruina de las otras tendencias. Desaparece en el momento en que el hombre se declara sinceramente disgustado de todo y habla como el autor del *Eclesiastes*. El más grande de los califas de Córdoba, Abderrhaman III, que guardaba nota de los principales acontecimientos de su vida, escribió: «He reinado cincuenta años en paz y en guerra, querido de mis pueblos, temido de mis enemigos, respetado por mis aliados, viendo mi amistad solicitada por los más grandes reyes de la tierra. Nada me ha faltado de lo que el corazón del hombre puede ambicionar, ni la gloria, ni el poder, ni los placeres. Sin embargo, he contado los días que en mi larga vida he gozado de una felicidad pura, y he encontrado que son catorce.» Pero este desprecio de las cosas humanas viene tarde y más bien de la debilidad que de la sabiduría. Se renuncia, menos porque se ha pesado y apreciado su valor, que porque no se tiene ya el valor de conquistarlas ó de conservarlas. Los sabios aparte, la desaparición de toda ambición es el primer síntoma de la decadencia de las tendencias egoístas; es la señal de la fatiga, del agotamiento, de la falta de fé en sí mismo.

4.° El último grupo, el de las tendencias estrictamente egoístas, el más general y el más sólidamente organizado de todos, desaparece el último. La trinidad formada por el instinto ofensivo (cólera), el instinto defensivo (miedo), y las necesidades nutritivas, persiste en el hombre y los animales hasta el último límite. Se sabe que la cólera aparece después que el miedo: ¿desaparece antes? No poseo ningún hecho que me permita responder á esta pregunta. Lo que es cierto, es que los estados afectivos asociados á la nutrición duran hasta el fin y que todo lo que queda de actividad se

concentra en ellos, como lo muestran las observaciones anteriores; por otra parte el hecho es tan conocido que no hay para qué insistir sobre él.

II

Acabamos de ver cómo el trabajo de la disolución, atacando al edificio por lo más alto, derriba uno después de otro todos sus pisos, bajando hasta los cimientos. Sería útil comprobar si el trabajo de restauración sigue, como debe, el orden inverso; pero cuando la disolución ha ejecutado su obra hasta el fin, todo se ha concluido sin esperanza de regreso: sólo se encuentran casos de restauraciones parciales y fragmentarias. A falta de esta contraprueba podemos proceder de abajo á arriba, no para recordar la evolución afectiva—cosa que ya se ha hecho—sino para considerar los casos en que esta evolución se queda embrionaria ó bien aborta en diversos momentos de su marcha ascendente, es decir, en los idiotas, imbéciles, débiles de espíritu, seres humanos de desarrollo incompleto.

En el grado más bajo, en el perfecto idiota, falta todo instinto, hasta el de la nutrición. Sólo con mucho trabajo aprende á acercarse al seno de la madre. Más tarde, los hay que no sienten el hambre ni la sed; la vista de los alimentos no los hace salir de su torpeza y sin ayuda de otros perecerían de inanición. El caso ordinario más elevado, porque subimos, es una glotonería, una voracidad sin límites. Los idiotas pueden reducirse sólo á las necesidades nutritivas, sin otros indicios de placer ó de dolor que gruñidos sordos, gritos agudos ó una risa estridente.

Ninguna manifestación del miedo en el idiota completo; no teme nada porque no siente nada y no comprende nada. Si está menos desprovisto de sensibilidad teme los castigos y los golpes.

Lo mismo en cuanto á la cólera; hay los apáticos y

los insensibles. Por encima, en los imbéciles, la rabia bestial con convulsiones, sofocaciones, impulsos violentos y necesidad de destrucción.

Los que pasan del período puramente egoísta, que no son totalmente indiferentes á los que les rodean, manifiestan un afecto vago y sin duración para la persona que los cuida. Otros, menos desprovistos, «parecen amables y afectuosos, pero sus sentimientos no tienen raíces profundas y se puede comparar estos enfermos al perro que acaricia á los que le halagan». (Schüle). El más alto grado que alcanza, rara vez, es el de un cierto sentimiento de injusticia. Itard lo había observado en su famoso «salvaje del Aveyron» al que habia castigado intencionadamente, sin razón (1). En suma, las tendencias sociales y morales son nulas ó rudimentarias.

En cuanto al instinto sexual, ausencia completa ó perversiones múltiples y eretismo sin freno.

Finalmente, algunos pueden elevarse hasta una manifestación embrionaria de los sentimientos de lujo, desinteresados. La regla es que el idiota no juega; está encerrado en sí mismo, aislado y no tiene un exceso de vida que gastar. Esta actividad que parece vivir por sí misma, que no cuesta ningún esfuerzo, que es un origen de placer sin fatiga, le es casi desconocida; aun cuando se le convida ó se le arrastra, pone poco interés. Sin embargo, se encuentra un rudimento de tendencias estéticas en los que tienen cierto gusto por el dibujo ó la música. Notemos de paso que la facultad musical es como se sabe una de las primeras que aparecen; debe ser, por lo tanto, una de las últimas que desaparecen (2).

(1) Itard, *Mémoire sur le sauvage de l'Aveyron*, ed. Bourneville, p. 58 y siguientes.

(2) Ireland (*Journal of mental science*, Julio 1894) ha publicado algunas observaciones que van en favor de este retroceso tardío de la demencia. Caso en que el demente no sólo ha retenido su aptitud musical, sino que puede aprender nuevas piezas. Caso en que el enfermo, sentado delante de un piano, puede tocar melodías

Pero todo esto es muy pobre y se reduce á la imitación; tendencia natural y sencilla que hasta falta en los grados inferiores, en los débiles de espíritu.

Esta es la relación muy sumaria de la vida afectiva en estos desheredados. Se admite generalmente que en ese desarrollo abortado hay dos períodos principales; uno desde el nacimiento hasta los tres ó cuatro años; si la suspensión se produce durante este período, el estado psíquico se queda casi nulo; el otro, más tardío, tiene una psicología menos indigente, pero inarmónica y pervertida. En los dos casos la evolución, por incompleta que sea, reproduce en todos sus grados el orden contrario al de la disolución.

Es necesario, al terminar este estudio sobre la disolución, decir algunas palabras de una doctrina de que se usa y se abusa mucho en nuestros días y á la cual se ha hecho alusión con frecuencia en el curso de esta obra, que tiene una relación directa con la patología de los sentimientos y, finalmente, que permite contestar en alguna medida á una cuestión planteada al comienzo de este capítulo: la teoría de la degeneración.

Cuando se pasa revista á las formas anormales ó morbosas de la vida afectiva; impulsos destructores, fobias, tristeza incurable, perversiones sexuales, debilitación del sentido moral, locura de la duda y demás, y se buscan las causas de ellas, se ve primero que las hay próximas, inmediatas. Entre las más frecuentes se cuentan las enfermedades físicas, los traumatismos de la cabeza, los choques repentinos, como en los accidentes de

antiguas; pero es incapaz de cualquier otra cosa. Caso en que una joven de catorce años, loca después de una fiebre cerebral, que ya sólo tiene á su disposición algunas palabras, pero que sigue gustándole la música con delirio y toca fragmentos de frases. Dos mujeres, totalmente incoherentes en sus palabras, que tocan muy bien el piano: la una, sólo de oído; la otra, leyendo las notas, aunque es incapaz de leer un libro, etc. (Quizá en este último caso habría ceguera verbal sólo para las palabras.)

los trenes; las penas, de cualquier origen que sean, amor, ambición, ruina, separación; el recargo intelectual y los excesos de todas clases. Sin embargo, un poco de reflexión muestra, que las causas alegadas no son *toda* la causa; que con frecuencia son más bien accidentales y ocasionales. Unos soportan con valor ó con alegría una pérdida que hace sucumbir á otros. Muchos pueden entregarse impunemente á los excesos de placer ó de trabajo intelectual y físico. Entre los viajeros comprendidos en un mismo descarrilamiento, la mayor parte se libran con sólo el miedo, para uno que por este hecho se convierta en fóbico ó loco. Para explicar esta diferencia de resultados en que las condiciones parecen idénticas, hay que buscar un suplemento de causa en la constitución del individuo mismo. Cuando ofrece poca resistencia y sucumbe al menor choque, se dice que es un degenerado.

El concepto de la degeneración como causa fundamental se debe, todo el mundo lo sabe, á Morel; después ha hecho un gran camino. Por desgracia se la invoca con motivo de fenómenos tan numerosos y tan poco semejantes que ha concluído por hacerse sospechosa á algunos que en estos últimos tiempos lo han calificado de explicación «metafísica», es decir, vaga y trascendente. En realidad, lo que los autores comprenden bajo este nombre varía mucho de uno á otro. El fundador de la doctrina se formaba una noción clara, si no justa de la degeneración. «La idea más clara, dice Morel, que nos podemos formar de la degeneración humana, es representárnosla como una desviación morbosa de un tipo primitivo. Esta desviación, por simple que se suponga en su origen, contiene sin embargo elementos de trasmisibilidad tales, que el que lleva su semilla se hace cada vez más incapaz de cumplir su función en la humanidad y que el progreso se encuentra amenazado en sus descendientes... Degeneración y desviación morbosa del tipo normal de la humanidad

son, pues, en mi opinión, una sola y misma cosa.» Esto está bien claro. Morel era cristiano y creía en un hombre-tipo que salía de manos del Creador: esto simplificaba mucho las cosas. Así es que se ha abandonado esta posición. Se entiende actualmente por degeneración una predisposición morbosa que tiene sus señales propias, «sus estigmas» físicos y psíquicos.

Los estigmas físicos que han enumerado largamente los autores especiales, consisten en anomalías del sistema óseo, muscular, digestivo, de los aparatos respiratorio, circulatorio, génito-urinario, de la piel, de los órganos, de los sentidos y de la palabra y sobre todo del sistema nervioso central y periférico. Las listas detalladas cuentan lo menos sesenta.

Los estigmas psíquicos se determinan de un modo más vago. Los principales son: la irritabilidad que se revela por una desproporción marcada entre la acción y la reacción; la inestabilidad del carácter, ausencia de unidad, de consensus, cambios incesantes; la excentricidad de la conducta; la obsesión dolorosa con ideas fijas; los impulsos irresistibles ó una apatía extraordinaria.

Se ha objetado á esta doctrina que de mil individuos, tomados al azar, no hay quizá uno solo que no presente uno ó varios de los estigmas enumerados, de modo que la humanidad entera estaría incluída bajo el pretendido título de la degeneración. Ningún estigma, se ha dicho, es específico por sí mismo; ningún agrupamiento de síntomas lo es tampoco, por lo menos en una forma clara é indiscutible, de modo que no se puede deducir nada de aquí.

Esta y otras dificultades han dado materia á muchas discusiones en que no tenemos que entrar. La degeneración, cualquiera que sea su valor explicativo y el abuso que se hace de él, no es una pura palabra; expresa una realidad, resume una suma de caracteres. Esto nos basta y nos permite eliminar una hipótesis— la que consistirá en creer que la disolución afectiva

depende necesariamente de la disolución intelectual.

A decir verdad, la cuestión planteada anteriormente: la regresión de los sentimientos ¿es primitiva y la de las ideas secundaria ó inversamente? es bajo esta forma medianamente facticia. Sólo por un artificio de análisis disociamos el sentir y el pensar, estrechamente reunidos por su naturaleza. La ley de la regresión tiene una validez general en biología y probablemente también en psicología; no obra aisladamente; envuelve poco á poco al edificio entero y le mina por cualquier lado que comience. Claro está que cualquier otro debilitamiento intelectual, como los producen la edad y la enfermedad (dificultad para comprender las ideas generales, pérdida de un grupo de recuerdos, etc.), lleva consigo la desaparición de los estados afectivos correspondientes: una de las observaciones citadas más arriba (obs. 3) es un ejemplo de ello. Pero no hay que deducir de aquí que la regresión de la vida afectiva está, *por derecho*, subordinada siempre á la del conocimiento. La mayor parte de los casos de degeneración prueban lo contrario: es esencialmente un decaimiento orgánico, un estado de miseria fisiológica, que se traduce, ante todo, por alteraciones en el orden de las emociones, de las tendencias, de los actos, de los movimientos. La inteligencia sufre mejor el choque y á veces queda indemne. Todavía más; los partidarios de esta doctrina han mostrado que el degenerado está á veces dotado de brillantes facultades intelectuales: hasta algunos han sostenido que la degeneración es la condición necesaria de la alta originalidad del espíritu (el genio es una neurosis, etc.)

Sin exageración, la masa de los hechos permite inducir que la decadencia es primitivamente, no exclusivamente, la de las tendencias y manifestaciones afectivas, pues la degeneración — tomando esta palabra en su sentido menos vago—obra primera y principalmente sobre ellas.

CONCLUSION

Lugar de la vida afectiva en el conjunto de la vida psicológica.— Es la primera. - Pruebas fisiológicas. Pruebas psicológicas.

A través de los aspectos múltiples de nuestro objeto y de la diversidad de las cuestiones tratadas, la idea fundamental de este libro ha sido establecer que el fondo de la vida afectiva es el apetito ó su contrario, es decir, movimiento ó suspensiones de movimientos; que en su raíz es tendencia, acto en estado naciente ó completo, independiente de la inteligencia que no tiene nada que ver con él y que hasta puede no existir. Sería fastidioso molestar al lector con nuevas variaciones sobre un tema tantas veces repetido. Al terminar sólo quiero añadir algunas observaciones sobre el lugar de la vida afectiva en la totalidad de la vida psíquica y mostrar que este lugar es el primero.

Hay que precisar esta afirmación. Comparar, como lo han hecho ciertos autores, la «sensibilidad» y la «inteligencia» para investigar si una de estas dos «facultades» es superior á la otra, es una cuestión facticia, irracional, pues no hay medida común entre las dos y no tiene ninguna solución que no sea arbitraria. Pero se puede proceder objetivamente y preguntarse si una es primaria y la otra secundaria, si una viene á ingertarse en otra, y en este caso, cuál es el patrón y cuál es el ingerto. Si la vida afectiva aparece la primera, claro es que no puede ser derivada, que no es un modo, una función del conocimiento, que existe por sí misma y que es irreductible.

Así planteada, la cuestión es sencilla y la respuesta de toda evidencia.

Las pruebas fisiológicas de la prioridad en favor de la vida afectiva sólo necesitan un recuerdo sumario; pueden referirse todas á una sola: la vida orgánica, vegetativa, aparece en todas partes y siempre antes de la vida animal: los fisiólogos se complacen en repetir que el animal está ingerto en un vegetal que le preexiste. Ahora bien, la vida orgánica se expresa directamente por las necesidades y apetitos, materia de la vida afectiva; la vida animal por las sensaciones, materia de la vida intelectual. El papel primordial de la sensibilidad orgánica ya se ha expuesto en la introducción. Considérese por otra parte los miles de animales que no son más que un conjunto de necesidades, toda cuya psicología consiste en encontrar alimentos, en defenderse, en propagarse; sus sentidos (y muchos están reducidos al tacto solo) no son más que útiles, instrumentos groseros, armas teleológicas al servicio de sus necesidades, pero, por cerrados que estén al mundo exterior, el apetito no es menos intenso en ellos. En el hombre la vida fetal y aun la de los primeros meses ¿es muy diferente? ¿No está compuesta casi por completo de necesidades, satisfechas ó no, y por consiguiente de placeres y de dolores? Desde el punto de vista puramente fisiológico, el conocimiento aparece no como un amo, sino como un criado.

Las pruebas psicológicas no son difíciles de suministrar; por otra parte, Schopenhauer ha hecho este trabajo de una manera tan brillante y tan completa, que sería temerario volver á empezar. El capítulo titulado «Del primado de la voluntad en la conciencia de sí» (1), es una larga defensa de la prioridad de las tendencias sobre la conciencia. No os dejeis engañar por el equívoco de la palabra voluntad, porque para él «que-

(1) *Die Welt als Wille und Vorstellung*, 3.ª parte, cap. XIX.

rer es desear, aspirar, huir, esperar, temer, amar, odiar; en una palabra, es todo lo que constituye directamente nuestro bien ó nuestro mal, nuestro placer ó nuestro dolor.» No os preocupeis tampoco ni de la metafísica que les es propia, ni de su fisiología añeja, ni de su odio personal contra la inteligencia, á quien trata como enemiga, como usurpadora, «porque todos los filósofos hasta el día han hecho de ella la esencia íntima y primitiva de su llamada alma;» y hechas estas eliminaciones, se encontrarán páginas llenas de observaciones penetrantes y de una psicología acabada. Voy á recordar sus principales argumentos.

La voluntad (en el sentido indicado anteriormente) es universal. La base de la conciencia en todo animal es el deseo. Este hecho fundamental se traduce por la tendencia á conservar su vida, su bienestar y á reproducirse. Este fondo es común al pólipo y al hombre. Las diferencias entre los animales provienen de una diferencia en el conocer; á medida que se desciende en la serie, la inteligencia se hace cada vez más débil é imperfecta; ninguna degradación semejante tiene lugar en la voluntad (deseo); el más pequeño insecto quiere lo que quiere tan plenamente como el hombre: la voluntad es en todas partes idéntica á sí misma. Con relación á la inteligencia es el ciego vigoroso que lleva en sus hombros al paralítico que ve bien.

Es fundamental. La voluntad de vivir con el horror de la muerte que resulta de ella, es un hecho anterior á toda inteligencia é independiente de ella. En ella está la base de la identidad y del carácter; «el hombre está fundamentado en el corazón, no en la cabeza.» Es el orígen y el lazo de todas las asociaciones estables: religiosas, políticas, profesionales. Constituye la fuerza del espíritu de partido, de secta, de facción. Compárese la fragilidad de las amistades fundadas sólo sobre la analogía de las inteligencias á las que provienen del corazón. Asi, con gran razón las religiones han prometido

la recompensa en la eternidad á las cualidades morales del hombre, no á las dotes del espíritu.

Su potencia es soberana. No es la razón la que se sirve de la pasión, sino la pasión la que se sirve de la razón para llegar á sus fines. Bajo el influjo de un deseo intenso, el intelecto se eleva á veces á un grado de vigor de que nadie le cree capaz. El deseo, el amor, el temor, hacen perspicaz al entendimiento más obtuso. Por lo demás, si entre la voluntad y la inteligencia hubiese identidad de naturaleza, su desarrollo iría á la par; ahora bien, no hay nada más frecuente que un gran espíritu con un carácter mediano y «se encuentran á veces deseos violentos, tendencias apasionadas é impetuosas unidas á un intelecto débil, es decir, á un cerebro pequeño mal encerrado en un cráneo grueso.»

La memoria, que se considera ordinariamente como un hecho puramente intelectual, depende á menudo—lo hemos visto antes—del estado afectivo. Esto no se le ha escapado á Schopenhauer. «Una memoria, aun débil, retiene siempre perfectamente lo que vale para la pasión que domina actualmente: el enamorado no olvida ninguna ocasión favorable; el ambicioso nada de lo que sirve á sus proyectos; el avaro no olvida nunca la pérdida sufrida, ni el hombre orgulloso la herida hecha á su honor; el vanidoso retiene toda palabra de elogio, toda distinción de que es objeto.. Esto es lo que se podría llamar la memoria del corazón, más íntima que la del espíritu.»

¿Cómo es posible que hechos tan claros, tan numerosos, de observación común, que no exigen para que se los descubra ni experimentación ni investigaciones especiales, ni siquiera una larga reflexión, se hayan desconocido generalmente y que la opinión contraria haya predominado siempre, reduciendo las manifestaciones afectivas á «cualidades de la sensación», á una «inteligencia confusa» y otras fórmulas repetidas tantas veces? Yo no encuentro otras razones que éstas.

Durante muchos siglos esta cuestión se ha tratado filosóficamente, no psicológicamente, y el procedimiento filosófico es necesariamente intelectualista. Apenas se ocupaban más que de las formas adultas y complejas de la forma afectiva, sin cuidarse de su evolución, que es la única que conduce á su origen. El papel de los movimientos, como factores psicológicos, y de la actividad inconsciente, estaba olvidado ó era desconocido. Los placeres y dolores, en sus formas múltiples, eran considerados como los fenómenos esenciales, en lugar de los resortes ocultos que los suscitan.

En resumen, la psicología de los sentimientos tiene su punto de partida en las emociones complejas que la vida diaria pone á cada instante ante nuestra vista. Su complejidad es la obra de nuestra naturaleza intelectual que asocia, disocia, mezcla y combina percepciones, imágenes, ideas, cada una de las cuales, en tanto que se refiere á las condiciones de existencia individuales ó sociales, á las necesidades fisiológicas, al instinto ofensivo y defensivo de la conservación, á las tendencias sociales, morales, religiosas, estéticas, científicas, produce en el organismo efectos variables que, traducidos en la conciencia, dan á los estados intelectuales un tono afectivo.—El análisis muestra que estas formas complejas se pueden reducir á algunas emociones sencillas. La emoción sencilla es un complejo hecho de tendencias, es decir, de elementos motores y de estados de conciencia agradables, penosos ó mixtos: estos dos factores forman un todo indisoluble en apariencia.—Finalmente, el elemento fundamental (motor, dinámico) se manifiesta bajo dos formas: las tendencias inconscientes ó apetitos; entre las dos, identidad de naturaleza, con la conciencia además para las primeras. De aquí la posibilidad de adaptaciones múltiples y de una plasticidad indefinida para los deseos (forma psicológica), gracias á la conciencia. De aquí también la estabi-

lidad, la fijeza, el automatismo, la ausencia de invención y del estado de indecisión que nace con la conciencia para los apetitos (forma fisiológica).

Si comprendemos todas las tendencias primitivas conscientes bajo el nombre colectivo de *deseo* (ó de su contrario *la aversión*), se encuentran dos tesis, en apariencia contradictorias, sobre su *origen*. Según la una, el deseo es un fenómeno primitivo, anterior por una parte á todo conocimiento y por otra á toda experiencia de placer y de dolor. Según la otra, el deseo es un fenómeno secundario, la anticipación de un placer conocido que hay que buscar, de un dolor conocido que evitar: ésta cuenta más partidarios; por lo demás está condensada en dichos y fórmulas muy conocidos: No se desea lo que se ignora. No podemos desear más que lo que nos parece que es nuestro bien. «El deseo está fundado sobre un placer experimentado» (Bain). Las dos tesis son verdaderas, pero cada una para un momento distinto y la primera responde sólo á la cuestión de origen.

En el primer momento, el deseo es anterior á toda experiencia, á toda consideración de placer ó de dolor; obra como una fuerza ciega; es una *vis á tergo*, una propulsión que sólo es explicable por la organización física y mental. Es necesario que obre al principio sin saber á donde va, sin lo cual no obraría nunca ú obraría muy tarde, lo que no se verifica.

En el segundo momento, va guiado por la experiencia, descansa sobre el placer y el dolor experimentados, busca el uno y huye del otro. A él se aplican los dichos anteriores. Es la forma definitiva y comprende la inmensa mayoría de los casos. Sin embargo, se encuentra aún en el adulto, el deseo vago, sin objeto, sin fin determinado; nosotros hemos visto ejemplos de él.

La tendencia ciega, cuando ha conseguido su fin, se complace en él y lo busca de nuevo porque es agradable. Pero lo agradable y lo desagradable son cuali-

dades relativas que varían de un individuo á otro y de un momento á otro en el mismo individuo. Si cambia la organización física y mental, las tendencias cambian, y por consecuencia la posición del placer y del dolor cambia también. La patología nos lo ha probado indiscutiblemente.

Es, pues, la tendencia la que constituye el hecho primordial de la vida afectiva; y no podemos concluir de mejor modo que tomando de Espinosa el pasaje siguiente, que resume todo el espíritu de este libro: El apetito es la esencia misma del hombre, de la cual se deducen necesariamente todas las modificaciones que sirven para conservarle... Entre el apetito y el deseo no hay ninguna diferencia, sino que el deseo es el apetito con conciencia de sí mismo. Resulta de todo esto que lo que sirve de fundamento al apetito y al deseo no es que se haya pensado que una cosa es buena, sino que por el contrario, se juzga que una cosa es buena porque se tiende hacia ella por el apetito y el deseo (1).

(1) *Ethica*, III, prop. 9. schol.

INDICE